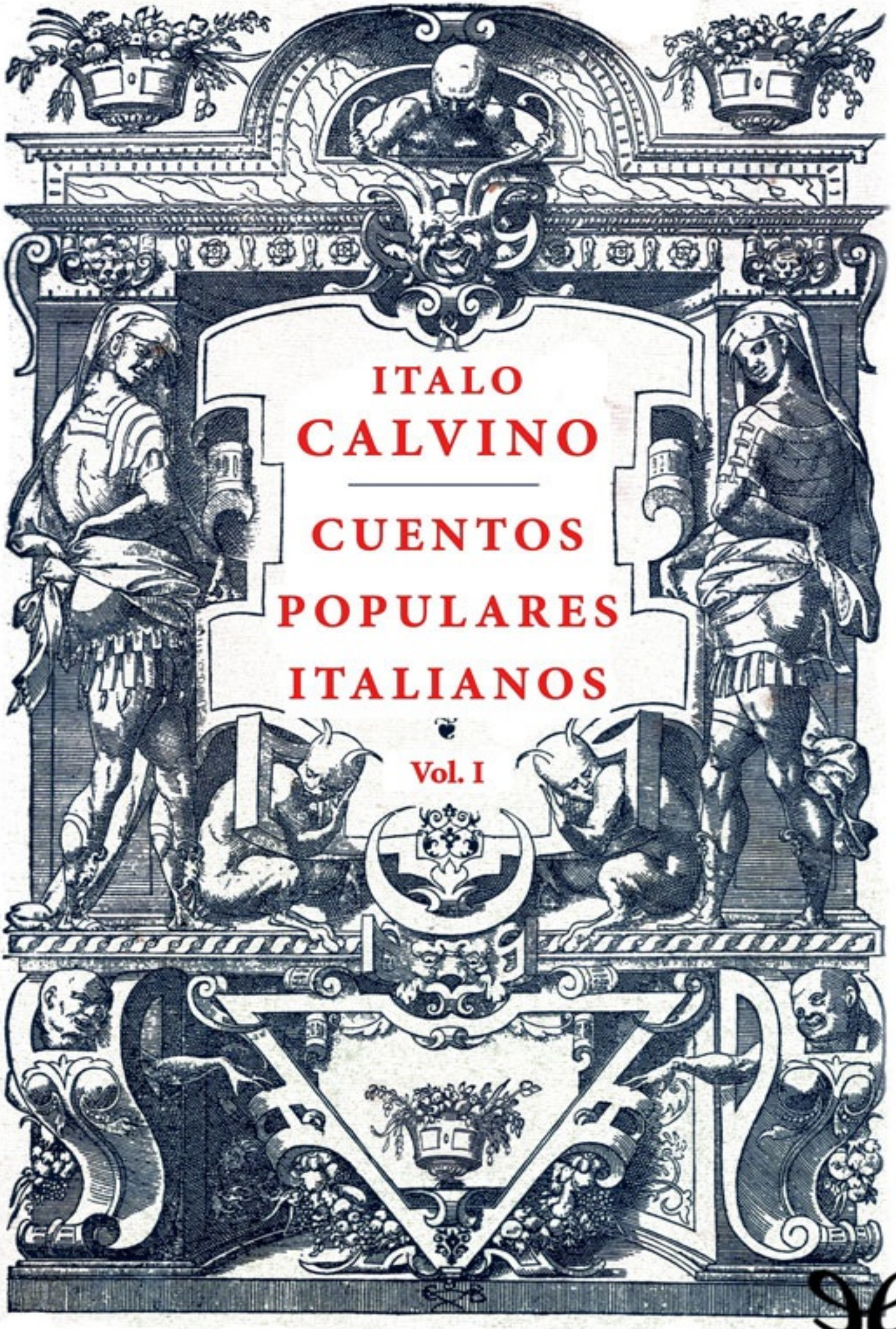

ITALO
CALVINO
CUENTOS
POPULARES
ITALIANOS
Vol. I

«Si en una época de mi actividad literaria me atrajeron los “folk-tales”, los “fairy-tales”, no era por fidelidad a una tradición étnica ni por nostalgia de las lecturas infantiles, sino por interés estilístico y estructural, por la economía, el ritmo, la lógica esencial con que son narrados».

Sólo un escritor tan sabio y versátil como Italo Calvino podía llevar a buen término la tarea de seleccionar los doscientos mejores cuentos de la tradición popular italiana, aquí publicados íntegramente acompañados de un extenso prólogo y anotados por el propio Calvino. A lo largo de dos años Calvino escogió, entre un cúmulo de narraciones recopiladas durante casi dos siglos, las versiones más bellas y originales y las tradujo al italiano a partir de los dialectos en que habían sido compiladas y en algún caso, enriqueció la versión con ayuda de sus variantes, enlazando con ligeras invenciones las partes aparentemente eludidas o mutiladas.

«Durante dos años viví en medió de bosques y palacios encantados, con el problema de cómo ver mejor el rostro de la bella desconocida que se tiende cada noche junto al caballero o con la incertidumbre de usar el manto que confiere la invisibilidad o la patita de hormiga, la pluma de águila y la uña del león, que sirven para transformarse en dichos animales. Y durante dos años el mundo que me rodeaba, fue impregnándose de ese clima, de esa lógica, y cada hecho, se prestaba a ser resuelto e interpretado en términos de metamorfosis y encantamiento (…). Poco a poco me pareció que, de la mágica caja que había abierto, la extraviada lógica que gobierna el mundo de los cuentos de hadas se había desencadenado para imperar una vez más sobre la tierra.

»Ahora que el libro está concluido, puedo decir qué no se trataba de una alucinación, de una suerte de enfermedad profesional. Se trataba, más bien, de algo que ya sabía en el instante de la partida, ese algo al que anteriormente aludí, la única convicción propia que me había impulsado a emprender el viaje; y lo que creo es esto: los cuentos de hadas son verdaderos».

Con estas palabras presentaba Italo Calvino la edición italiana (1956) de estos doscientos cuentos, acompañados de un extenso prólogo y anotados por el propio Calvino, que hoy Ediciones Siruela publica íntegramente en la cuidada traducción de Carlos Gardini.

Italo Calvino (1923-1985) inició su trayectoria como escritor en las filas del neorrealismo italiano. Con el paso del tiempo fue abandonando su costumbrismo y su compromiso ideológico para sumergirse cada vez más hondamente en la fantasía y la fabulación, llevando a la práctica en cada una

de sus obras esos principios teóricos que sólo formularía al final de su vida, en ese legado-manifiesto que son sus Seis propuestas para el próximo milenio, publicado por Ediciones Siruela, junto a su celebrada trilogía compuesta por “El vizconde demediado”, “El barón rampante” y “El caballero inexistente” o “El castillo de los destinos cruzados”.

Italo Calvino

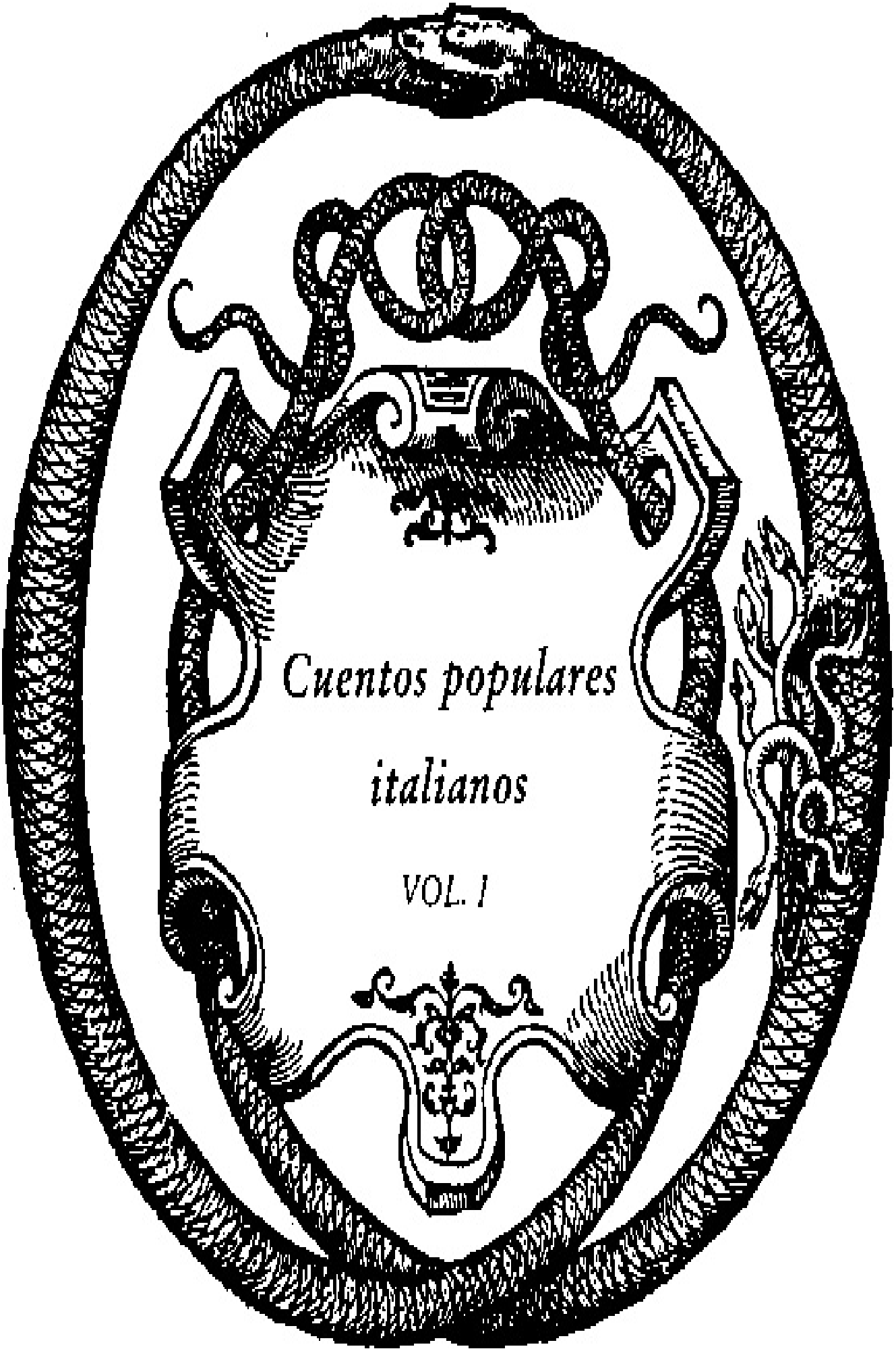
Cuentos populares italianos (Vol. I)

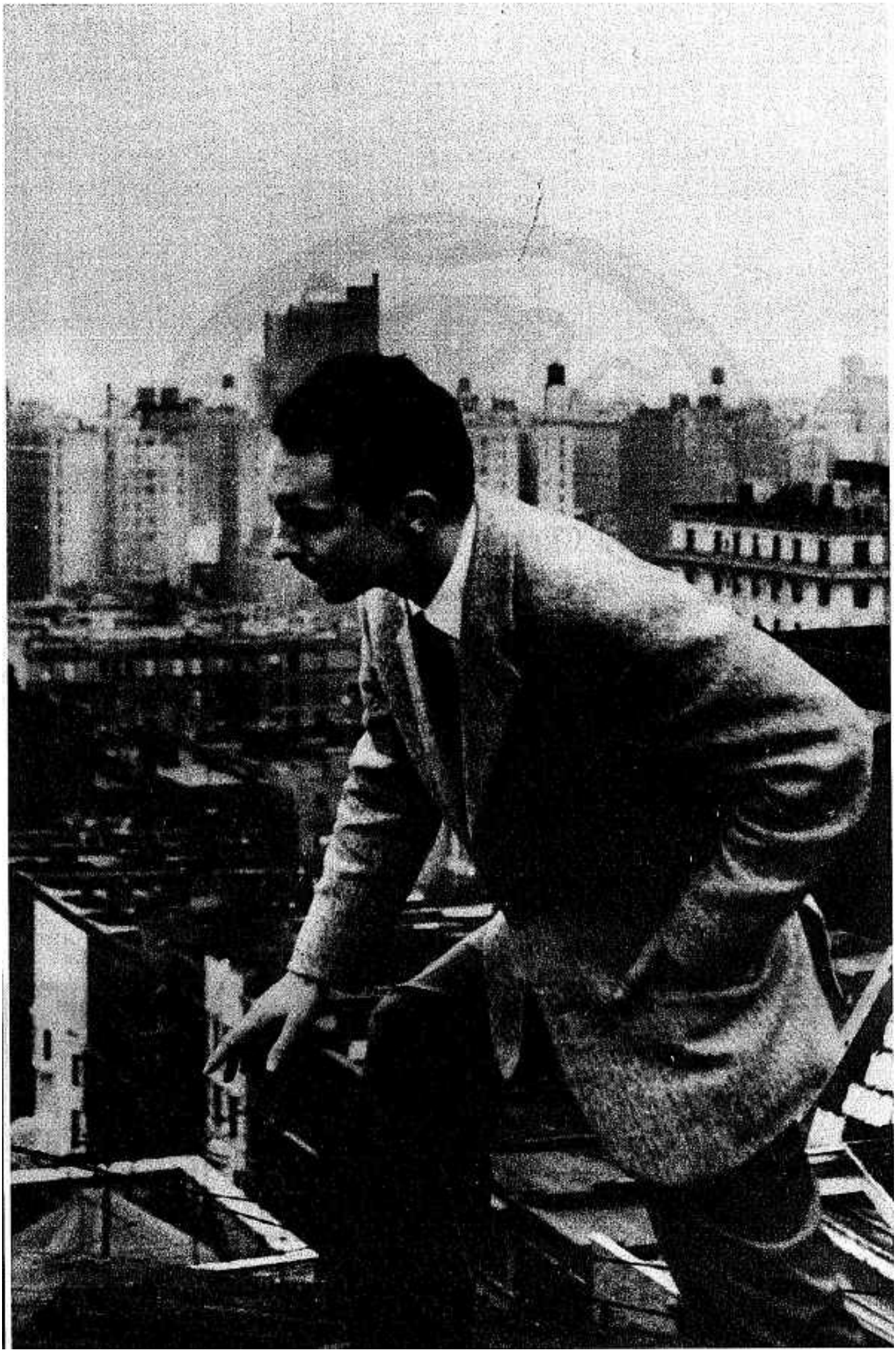
El ojo sin párpado - 34

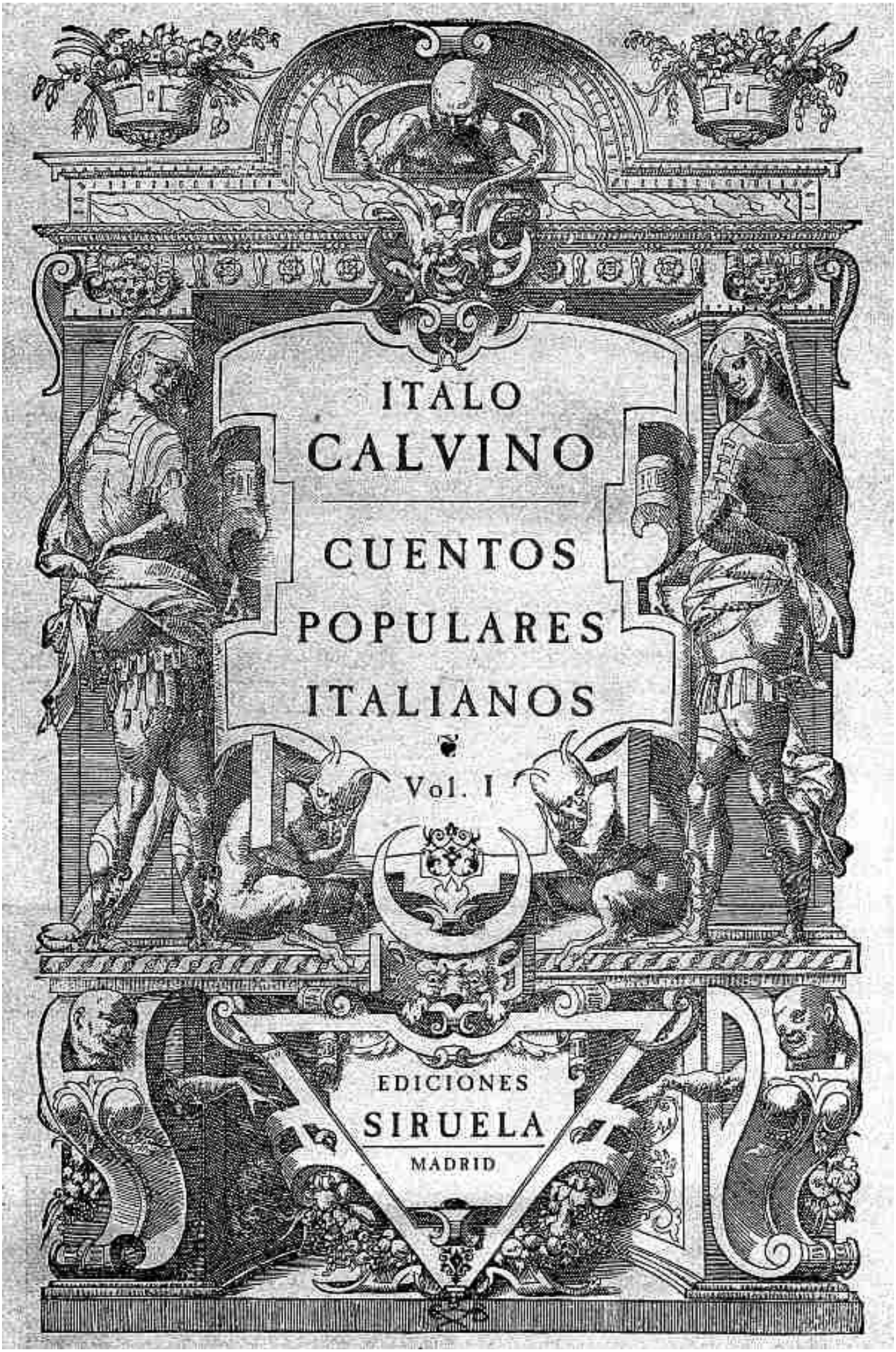
ePub r1.3
Titivillus 07.11.16

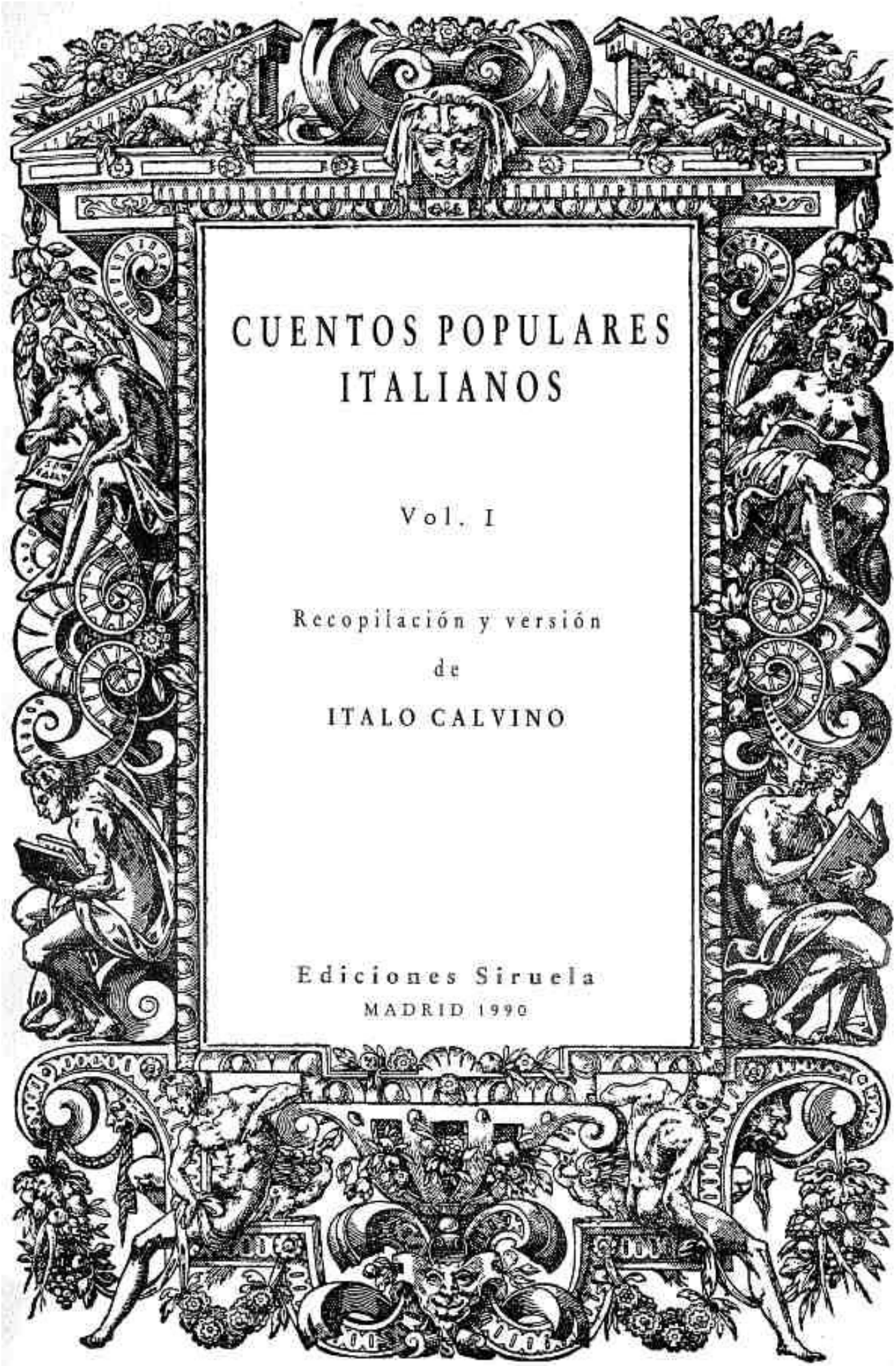
Título original: *Fiabe italiane*
Italo Calvino, 1956
Traducción: Carlos Gardini
Diseño de cubierta: J. Siruela
Retoque de portada: Piolín

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2


Cuentos populares
italianos
VOL. I




ITALO
CALVINO
CUENTOS
POPULARES
ITALIANOS
Vol. I
EDICIONES
SIRUELA
MADRID



CUENTOS POPULARES ITALIANOS

Vol. I

Recopilación y versión

de

ITALO CALVINO

Ediciones Siruela
MADRID 1990

INTRODUCCIÓN

UN VIAJE AL PAÍS DE LAS HADAS

El impulso que condujo a la composición de este libro provino de una exigencia editorial: se deseaba publicar, junto a los grandes libros de relatos populares extranjeros, una compilación italiana. Pero ¿qué texto escoger? ¿Existía un «Grimm italiano»?

Según se sabe, los grandes libros de cuentos tradicionales italianos nacieron antes que los demás. Ya a mediados del siglo XVI, en Venecia, con las Piacevoli Notti *de Straparola, la* novella *cede el paso a una hermana más antigua y más rústica, la* fiaba *de encantamiento y maravillas, con un giro imaginativo entre gótico y oriental a lo Carpaccio, y un sesgo dialectal moldeado en la prosa boccaccesca. En ese mismo siglo, en Nápoles, Giambattista Basile adopta, para sus acrobacias de estilista barroco-dialectal, los* cunti, *las historias* de' peccerille[1-Tr], *y nos da un libro, el* Pentamerone *(restituido a nuestra lectura por la versión de Benedetto Croce), que es como el sueño de un deforme Shakespeare partenopeo, obsesionado por una fascinación de lo horrendo a la que no hay brujas ni ogros que basten, y por una delectación en la imagen alambicada y grotesca que entreteje lo sublime con lo vulgar y soez. Y en el siglo XVII, nuevamente en Venecia, aunque esta vez con la suficiencia y ostentación de quien se entrega a un juego, el desdeñoso y ceñudo Garlo Gozzi lleva los cuentos tradicionales a las tablas escénicas, entre las máscaras de la* Commedia dell' Arte.

Pero en un divertimento *arduo y solemne: la hora del cuento de hadas ya sonaba desde los tiempos del Rey Sol en la Corte de Versalles, donde, al expirar el* Grand Siècle, *Charles Perrault había inventado un género y por último recreado en el papel un exquisito equivalente de aquella simplicidad de tono popular que impregnaba los relatos que hasta entonces habían circulado de boca en boca. El género se puso de moda y se desnaturalizó; damas y* précieuses *se dieron a la transcripción y a la invención de cuentos de hadas; entre los ornamentos y confituras de los cuarenta y un volúmenes del* Cabinet des Fées, *el cuento tradicional prosperó y murió en la literatura francesa con el gusto por los juegos de una fantasía elegante y temperada por una simétrica racionalidad cartesiana.*

Resurgió, lóbrego y truculento, en los albores del siglo XIX, en la literatura

romántica alemana, como anónima creación del Volksgeist, *con una antigüedad ancestral teñida de los matices de un atemporal Medievo, por obra de los hermanos Grimm. El culto patriótico de la poesía popular se difundió entre los literatos de Europa; Tommaseo indagó los cantos toscanos, corsos, griegos e ilirios; pero las* novelline *(tal era el nombre que recibían los cuentos de hadas en nuestro* Ottocento*) aguardaron en vano a que alguno de nuestros románticos se convirtiese en su descubridor. Educada en la escuela de Tommaseo, Caterina Percoto, la «condesa campesina», compuso relatos y leyendas patrióticas y morales en dialecto del Friul, algunas de ellas extraídas de la tradición oral*[1]*; y del tronco de los escritores didascálicos conservadores a lo Cantú, el sienés Temistocle Gradi (1824-1887), en sus «ensayos de lectura»*[2] *para los jóvenes del pueblo, vertió cuentos de hadas a la lengua vernácula para nutrir aquellas mentes con el pan que él juzgaba menos corruptor.*

Fue necesario que surgieran los diligentes estudiosos de folklore de la generación positivista para que alguien comenzara a escribir al dictado de nuestras abuelas. Estos creían, con Max Müller, en la India como patria de toda historia o mito de la humanidad —si no del género humano— y en las religiones solares, a tal punto complicadas que para explicar la aurora inventaban a Cenicienta y para explicar la primavera a Blancanieves. Pero entretanto, siguiendo el ejemplo de los alemanes (Widter y Wolf en Venecia, Hermann Knust en Livorno, el austríaco Schneller en Trentino, y luego Laura Gonzenbach en Sicilia), se dedicaron a recoger novelline *Angelo De Gubernatis en Siena, Vittorio Imbriani en Florencia, Campania y Lombardia, Domenico Comparetti en Pisa, Giuseppe Pitrè en Sicilia, unos de un modo aproximativo y sumario, otros con un escrúpulo que logra rescatar y comunicar la frescura de los relatos. Esta pasión contaminó a un grupo de investigadores locales, coleccionistas de curiosidades dialectales y menudencias, que integraban la red de suscriptores a las revistas de recopilación folklórica: la* Giambattista Basile, *de Luigi Molinaro del Chiaro, en Nápoles; el* Archivio per lo studio delle tradizioni popolari italiane, *de De Gubernatis, en Roma. El mismo Benedetto Croce, a los diecisiete años, todavía ignorando que corría detrás de un equívoco, se hacía dictar por las lavanderas del* Vomero *cantos y versos para la* Basile, *de Del Chiaro.*

Así, especialmente en los últimos treinta años del siglo, y por obra de estos nunca bien ponderados «demopsicólogos» (como por un tiempo quisieron llamarse, con un término acuñado por Pitrè), se acumuló una montaña de narraciones surgidas de la boca del pueblo en varios dialectos. Pero se trataba de un patrimonio destinado a demorarse en las bibliotecas de los especialistas, no a circular públicamente. No surgió el «Grimm italiano», si bien ya en 1875 Comparetti había intentado una compilación general que abarcara más regiones, publicando en la colección de los Canti e racconti del popolo italiano *—dirigida por él y D'Ancona— un volumen de* Novelle popolari italiane *y prometiendo dos más que nunca vieron la luz.*

Y la fiaba, *confinada por los estudiosos en doctas monografías, no gozó entre nuestros poetas y escritores de ese ímpetu romántico que recorrió Europa desde Tieck a Pushkin, sino que se convirtió en dominio de los autores de libros infantiles, cuyo maestro Collodi heredaba el gusto por el género de los* contes des fées *de la Francia dieciochesca*[3]. *Hubo de vez en cuando escritores ilustres que se lanzaron a escribir cuentos de hadas para niños; recordemos, como logro poético de excepción, el* C'era una volta… *de Capuana, libro de cuentos que conjugaba la fantasía con el espíritu popular*[4] [5]. *Cabe recordar, por lo demás, que Carducci introdujo las narraciones de tradición popular en las escuelas, insertando alguna* novellina *toscana de Pitrè o de Nerucci en las antologías para estudiantes dirigidas por él*[3]. *Y que D'Annunzio, en los momentos en que más interesado estaba en el folklore, transcribió y publicó con su firma, en la sección «Favole ed Apologhi» de la* Cronaca Bizantina, *algunos relatos abruzos recogidos por Finamore y De Niño*[6].

Carecíamos, sin embargo, de la gran compilación de cuentos populares de toda Italia que fuera al mismo tiempo un libro grato de leer, popular no sólo por sus fuentes sino por sus destinatarios. ¿Podía realizarse hoy? ¿Podía nacer con tal «retraso» respecto de las modas literarias y del entusiasmo científico? Nos pareció que sólo ahora, quizá, se daban las condiciones para emprender un libro semejante, dado el vasto cúmulo de referencias accesibles y dada la mayor distancia con que se planteaba el «problema del cuento popular».

Así las cosas, yo fui designado para esa tarea.

Era para mí —y no dejé de advertirlo— una especie de salto en el vacío, como si me arrojara desde el trampolín a un mar en el cual sólo se zambulle, desde hace un siglo y medio, gente a quien no atrae el placer deportivo de nadar en aguas insólitas, sino un reclamo de la sangre, casi un afán de salvar algo que se agita en las profundidades y que de lo contrario ha de perderse sin retornar jamás a la orilla, como el Cola Pesce della leggenda[2-Tr]. *Para los Grimm*[7], *se trataba de descubrir los fragmentos de una antigua religión de la raza, cuyo custodio era el pueblo, para hacerlos resurgir ese día glorioso en que, derrotado Napoleón, volviera a despertar la conciencia germánica; para los «hinduistas», se trataba de las alegorías de los primeros arios, quienes, perplejos ante el sol y la luna, fundaban la evolución civil y religiosa; para los «antropólogos», de los oscuros y sangrientos ritos iniciáticos de los jóvenes de la tribu, iguales en las selvas de todo el mundo entre nuestros ancestros cazadores y aún hoy entre los salvajes; para los prosélitos de la «escuela finesa», de especies de coleópteros aptos para ser clasificados y encasillados, reducidos a una sigla algebraica de letras y de cifras en sus catálogos —el* Type-Index *y el* Motif-Index— *y en sus mapas de las fluctuantes migraciones por los países budistas, Irlanda y el Sahara; para los freudianos, de un repertorio de sueños ambiguos comunes a todos los hombres, sustraídos al olvido de la vigilia y fijados en forma canónica para representar los temores más elementales. Y para todos los dispersos apasionados por las tradiciones dialectales, de la humilde fe en un dios*

ignoto, agreste y familiar, que se oculta en el habla de los paisanos.

En cambio, yo me sumergía en este mundo submarino sin estar armado con el arpón del especialista, desprovisto de las antiparras doctrinales, ni siquiera pertrechado con ese tanque de oxígeno que es el entusiasmo —que hoy harto se respira— por todo lo espontaneo y primitivo, por toda revelación de lo que hoy se llama —con una expresión gramsciana afortunada en exceso— el «mundo subalterno»; expuesto, eso sí, a todos los malestares que comunica un elemento casi amorfo, en el fondo jamás dominado conscientemente, como es el de la perezosa y pasiva tradición oral. («¡Ni siquiera eres meridional!», me decía un severo amigo etnólogo). Y, por otra parte, ni siquiera me hallaba protegido por la impermeabilidad de la distinción de Croce *entre lo que es poesía, en tanto que un poeta se apropia de ella y la recrea, y lo que, por el contrario, cae en un limbo objetivo casi vegetal; antes bien, ni por un momento logro olvidar que afronto una materia sumamente misteriosa, y siempre me dispongo a tributar mi fascinación y perplejidad a cada hipótesis que las escuelas opuestas arriesgan en este campo, sólo defendiéndome del peligro de que la teorización obstaculice el goce estético que tales textos pueden proporcionarme y cuidándome, por lo demás, de exclamar «¡Ah!» y «¡Oh!» con apresuramiento ante productos tan complejos, estratificados e indefinibles. En otras palabras, nada parecía justificar que yo aceptaba semejante tarea, a no ser un hecho que me ligaba a los cuentos de hadas y que luego he de referir.*

Entre tanto, al comenzar a trabajar, a ponerme al corriente del material existente, a dividir los cuentos por sus tipos según una clasificación empírica que fui ampliando paulatinamente, poco a poco me sentí presa como de un frenesí, de una voracidad, de una insaciabilidad de versiones y variantes, de una fiebre comparativa y clasificatoria. Advertí que también en mí se encarnaba esa pasión de entomólogo que me había parecido típica de los estudiosos de la Folklore Fellows Communications *de Helsinki, una pasión que rápidamente tendía a transformarse en manía, bajo cuya compulsión habría dado todo Proust a cambio de una nueva variante del «asno caga-cequíes»; temblaba de contrariedad si encontraba el episodio del esposo que pierde la memoria al abrazar a la madre en lugar del de la Sarracena Fea, y mis ojos —como los ojos de los maniáticos— adquirían una monstruosa agudeza para distinguir a primera vista, en el más áspero texto pullés o friulano, un tipo «Prezzemolina» de un tipo «Bellinda»*[3-Tr].

De un modo imprevisto, había sido capturado por la naturaleza tentacular, arácnea, de mi objeto de estudio; y no se trataba de una posesión externa y formal, sino que así me exponía a su propiedad más secreta: su infinita variedad y su infinita repetición. Y simultáneamente, mi parte lúcida, no corrupta sino sólo excitada por el progreso de la manía, descubría que la tradición narrativa popular italiana posee una riqueza, una limpidez, una variedad y una oscilación entre lo real y lo irreal, que nada tiene que envidiar a las tradiciones más ilustres de los países germánicos, nórdicos y eslavos, y no sólo en los casos en que uno se encuentra con un

extraordinario narrador oral —con más frecuencia una narradora— o en una localidad de sabia técnica narrativa, sino por sus cualidades generales: la gracia, la vivacidad, la síntesis de diseño, el modo de componer o fijar en la tradición colectiva determinado tipo de relato. Cuanto más profunda se hacía mi inmersión, más se disipaba el distante desapego con que me había zambullido; el viaje me provocaba dicha y admiración, y el frenesí clasificador —maníaco y solitario— cedió ante el deseo de comunicar a los demás las insospechadas visiones que mis ojos descubrían.

Ahora ha culminado el viaje al país de las hadas, el libro está hecho y me bastará concluir este prefacio para salirme de él: ¿lograré poner los pies sobre la tierra? Durante dos años viví en medio de bosques y palacios encantados, con el problema de cómo ver mejor el rostro de la bella desconocida que se tiende cada noche junto al caballero o con la incertidumbre de usar el manto que confiere la invisibilidad o la patita de hormiga, la pluma de águila y la uña de león que sirven para transformarse en dichos animales. Y durante dos años, el mundo que me rodeaba fue impregnándose de ese clima, de esa lógica, y cada hecho se prestaba a ser interpretado y resuelto en términos de metamorfosis y encantamiento: y las vidas individuales, sustraídas al claroscuro discreto y habitual de los estados de ánimo, se vieron arrebatadas por amores malditos, o conmovidas por enigmáticos sortilegios, súbitas desapariciones, transformaciones monstruosas, enfrentadas a rudimentarias opciones entre lo justo y lo injusto, puestas a prueba en travesías erizadas de obstáculos, hacia felicidades encarceladas bajo la custodia de un dragón; y así, en la vida de los pueblos, que ya parecían fijadas en un calco estático y predeterminado, todo volvía a ser posible: abismos erizados de serpientes se abrían como arroyos de leche, reyes considerados justos se revelaban tenaces perseguidores de sus hijos, reinos encantados y mudos se despertaban de pronto con gran alboroto y estirarse de brazos y piernas. Poco a poco me pareció que, de la mágica caja que había abierto, la extraviada lógica que gobierna el mundo de los cuentos de hadas se había desencadenado para imperar una vez más sobre la tierra.

Ahora que el libro está concluido, puedo decir que no se trataba de una alucinación, de una suerte de enfermedad profesional. Se trataba, más bien, de algo que ya sabía en el instante de la partida, ese algo al que anteriormente aludí, la única convicción propia que me había impulsado a emprender el viaje; y lo que creo es esto: los cuentos de hadas son verdaderos.

Son, tomados en conjunto, con su siempre reiterada y siempre diversa casuística de acontecimientos humanos, una explicación general de la vida, nacida en tiempos remotos y conservada en la lenta rumia de las conciencias campesinas hasta llegar a nosotros; son un catálogo de los destinos que pueden padecer un hombre o una mujer, sobre todo porque hacerse con un destino es precisamente parte de la vida: la juventud, desde el nacimiento que a menudo trae consigo un augurio o una condena, al alejamiento de la casa, a las pruebas para llegar a la edad adulta y la madurez, para confirmarse como ser humano. Y en este exiguo diseño, todo: la drástica

división de los vivientes en reyes y humildes, pero su igualdad sustancial; la persecución del inocente y su rescate como términos de una dialéctica inherente a la vida de todos; el amor que se encuentra antes de conocerlo y que súbitamente se sufre como un bien perdido; la suerte común de verse sujeto a encantamientos, esto es, de estar determinado por fuerzas complejas e ignoradas, y el esfuerzo por liberarse y auto determinarse entendido como un deber elemental, junto al de liberar a los otros, al punto de no poder liberarse solo, el liberarse liberando; la fidelidad a un empeño y la pureza de corazón como virtudes básicas que conducen a la salvación y al triunfo; la belleza como signo de gracia, aunque pueda ocultársela bajo atuendos de modesta fealdad, como un cuerpo de rana; y sobre todo la sustancia unitaria del todo —hombres, bestias, plantas y cosas—, la infinita posibilidad de metamorfosis de todo lo que existe.

CRITERIOS DEL PRESENTE TRABAJO

El método de transcripción de los cuentos de hadas «de la boca del pueblo» cobró impulso con la obra de los hermanos Grimm y, en la segunda mitad del siglo, se codificó en cánones «científicos» de escrupulosa fidelidad estenográfica a los dictados dialectales del narrador oral. En rigor, los Grimm no fueron «científicos» tal como se entiende en la actualidad o, mejor dicho, lo fueron a medias. El estudio de sus manuscritos confirma lo que la simple lectura de los Kinder- und Hausmärchen *ya revela al ojo ejercitado: que sobre las páginas dictadas por las viejecitas*[8] *los Grimm (Wilhelm en particular) trabajaron mucho por su propia cuenta, no sólo traduciendo gran parte de los cuentos de los dialectos alemanes, sino integrando una variante con otra, rehaciendo la narración si contaban con una versión rústica en exceso, retocando expresiones e imágenes, confiriendo unidad estilística a las voces discordantes.*

Llamo la atención al respecto para presentar y justificar (escudándome en nombres tan famosos y distantes) la naturaleza híbrida de mi trabajo, que también es «científico» a medias, o si se quiere en sus tres cuartas partes, siendo el cuarto restante fruto del arbitrio individual. Es científica, en suma, la parte del trabajo que corresponde a los otros, a esos folkloristas que durante un siglo y medio transcribieron pacientemente los textos que me sirvieron de materia prima; a la de ellos, se añade luego mi labor, comparable por su índole a la segunda parte del trabajo realizado por los Grimm: escoger de entre un cúmulo de narraciones,

siempre las mismas (reductibles, grosso modo*, a una cincuentena de tipos), las versiones más bellas, raras y originales; traducirlas a partir de los dialectos en que se las había compilado (o, en los casos en que sólo existía una versión italiana —a menudo sin auténtica frescura—, intentar la ardua tarea de rehacer la narración, procurando infundirles parcialmente esa frescura perdida); enriquecer la versión elegida con ayuda de sus variantes, siempre que al hacerlo no se traicionara el carácter, la unidad interna, a fin de hacerla lo más plena y articulada que fuese posible; enlazar con ligeras invenciones los puntos que parecen eludidos o mutilados; mantenerlo todo al nivel de un italiano nunca demasiado personal y nunca demasiado descolorido, que en lo posible ahondara en las raíces del dialecto sin deslizarse en expresiones «cultas», y que fuera lo bastante elástico como para acoger e incorporar las imágenes y giros dialectales más expresivos e inusitados. Este era mi programa de trabajo, que no sé hasta qué punto logré realizar.*

Por tanto, según lo atestiguan las notas finales del volumen, trabajé con un material ya recopilado, publicado en libros o revistas especializadas o bien asequible en manuscritos inéditos de museos o bibliotecas. No fui a que las viejecitas me contaran las historias personalmente, y no porque en Italia ya no existan «lugares de conservación», sino porque las compilaciones de los folkloristas, sobre todo las del siglo XIX, me suministraban una gran cantidad de material de trabajo, y no sé si la tentativa de una compilación original habría dado resultados apreciables a los fines de este libro[9]*. Y además, al fin y al cabo, ése no es mi oficio y hay que saber hacerlo, hay que saber entrar en confianza con el prójimo, y yo partiría con la prevención de que la gente tiene en la cabeza cosas más importantes que venir a contarme fábulas. Es posible que todo tenga su época; hoy se le pide a la gente que no sabe escribir que cuente su vida y sus pensamientos, tal como lo han hecho dos queridos amigos míos, Rocco Scotellaro y Danilo Dolci.*

Y, sin embargo, una manera justa de recoger hoy día los cuentos de la boca del pueblo es hacerlo de una manera moderna, que se valga de la mayor conciencia histórica, social y psicológica que es nuestro actual patrimonio; y éste es mi deseo: que mi libro sirva para reavivar en toda Italia cierto interés por tales investigaciones, para que entre nuestros estudios de folklore vuelvan a tener el puesto debido los que atañen a la narrativa popular y así se colmen las lagunas existentes respecto a varias regiones, y sobre todo que sean investigaciones inteligentes, actualizadas según las experiencias extranjeras más recientes e interesantes en este campo.

Orienté mi labor hacia dos objetivos:

1.° representar todos los tipos de cuento popular cuya existencia se halle documentada en los dialectos italianos;
2.° representar a todas las regiones de Italia.

En lo que concierne al auténtico «cuento de hadas» [fiaba] *—o sea el relato mágico y maravilloso que alude habitualmente a reyes de países indeterminados—, figuran todos los «tipos» de cierta importancia a través de una o más versiones que me parecieron las más representativas, las menos esquemáticas, y las más impregnadas del espíritu local (más adelante explicaré mejor dicho concepto). Hay en el libro, además, leyendas religiosas, relatos, fábulas de animales, pequeñas historias y anécdotas, además de alguna leyenda local: en suma, componentes narrativos populares de género diverso con los que me topé durante mi investigación y que me sorprendieron por su belleza, cuando no me sirvieron para representar regiones en las que no hallé auténticos cuentos de hadas o bien sólo hallé versiones harto pobres y comunes como para tomarlas en consideración.*

Acudí muy poco a las leyendas locales relativas al origen de ciertos lugares, o a usos y recuerdos históricos; es éste un campo totalmente distinto del que corresponde al cuento de hadas, las narraciones son breves, sin desarrollo, y los volúmenes de sus recopiladores —salvo raras excepciones— no refieren tales historias con las palabras del pueblo, sino que las evocan en un estilo enfático y nostálgico: en otras palabras, un material inútil para los fines de mi tarea.

Por dialectos italianos entendí los del área lingüística italiana, no los de la Italia política. Tuve pues en consideración los cuentos de Niza y no los del Valle de Aosta[10]*, los de Zara y no los del Alto Ádige. Hice una excepción con los griegos de Calabria, de quienes publico dos cuentos (pero me pareció que su folklore narrativo estaba muy fundido con el del resto de Calabria; y además me convenía incluirlos).*

Al final de cada cuento del libro hay entre paréntesis un nombre de región o localidad. Eso no quiere decir en absoluto que dicho cuento sea de ese lugar. Se sabe que los cuentos de hadas son iguales en todas partes. No tiene mucho sentido decir de dónde son: hasta los estudiosos de la escuela «finesa» o histórico-geográfica, que precisamente orientan sus investigaciones hacia la determinación de la zona de origen de cada tipo de cuento, obtienen resultados muy inciertos, que a menudo oscilan entre Asia y Europa. Pero —y apelo a las palabras de Vittorio Santoli[11]*— la circulación internacional «como patrimonio común no excluye la diversidad», que se expresa «a través de la elección o rechazo de ciertos motivos, la predilección por ciertas especies, la creación de ciertos personajes, la atmósfera que envuelve el relato, las características de estilo que reflejan una determinada cultura formal». Llamamos italianos a estos cuentos populares en la medida en que circulan en el pueblo de Italia, incorporados a nuestro folklore narrativo mediante la tradición oral, y por lo mismo los llamamos venecianos, toscanos o sicilianos; y del momento en que el cuento de hadas, sea cual fuere su origen, siempre absorbe elementos del sitio donde es narrado —un paisaje, una vestimenta, una moraleja o al menos un vago acento o sabor de esta región—, el criterio que preferentemente guió mi selección fue, en efecto, el grado de absorción de dichos elementos venecianos, toscanos o sicilianos.*

Las notas finales dan cuenta de la localidad que indiqué al pie de cada cuento y registran las versiones que vi en otros dialectos italianos. Esas notas dejarán bien en claro que la designación Monferrato, Marcas *o* Tierra de Otranto *no significa que ese cuento* provenga *de Monferrato, de las Marcas o de la Tierra de Otranto, sino sólo que para ese cuento tuve presente, ante todo, una versión de Monferrato, de las Marcas, o de la Tierra de Otranto, porque entre las diversas versiones que consulté fue ésa la que me pareció no sólo la más bella o la mejor narrada sino la que, echadas las raíces en un terreno, supo extraer de él más jugos nutricios, haciéndose más monferrina, más marquesana o más otrantina.*

Pero no se crea que en el material de cada región se hallan versiones dotadas por igual de dichos requisitos; cabe recordar que muchos de los primeros folkloristas alentaban un entusiasmo por compilar y publicar nutrido por la pasión «comparatista» típica de la cultura literaria de la época, que ponía el acento antes sobre las semejanzas que sobre las diferencias, sobre los testimonios de la difusión mundial de un motivo antes que sobre la definición de un acento particular del lugar, del tiempo o de la personalidad del que narra. Las designaciones geográficas de mi libro son absolutamente evidentes en ciertos casos (en muchas de las sicilianas, por ejemplo), mientras que en otros parecerán arbitrarias y sólo se verán justificadas por la referencia bibliográfica de la nota.

Ya preveo muchas de las críticas que me aguardan. Quien prefiera los textos populares genuinos no podrá perdonarme por haberles «metido mano» y aun por haber pretendido «traducirlos». Quien, por otra parte, rechace el concepto de «poesía popular», me acusará de timidez, de falta de libertad y de pereza, por mis escrúpulos de fidelidad y mis pretensiones de documentación; por no haber hecho, en definitiva, a partir de algún tema popular que me resultara particularmente inspirador, una obra completamente mía, al estilo de nuestros cuentistas clásicos, de los cuentos de hadas literarios dieciochescos y románticos, o de Hans C. Andersen.

No permaneceré insensible a tales expresiones de descontento, porque en ellas resonará el eco de mis propias insatisfacciones, que más de una vez me asaltaron durante mi tarea: cuántas veces me encontré frente a una página vernácula que no podía traducir sin destruirla; y cuántas veces, por otra parte, no hallaba de ciertos cuentos sino versiones tan endebles que me preguntaba si para salvarlos no debía reelaborarlos de principio a fin con nuevos hallazgos e imágenes.

No obstante, no podía imponer a mi trabajo un método diversificado. No me demoraré en el segundo tipo de objeciones: las creaciones felices jamás surgen programáticamente. Discuto la primera de ellas, la que preveo fundamental, la que se refiere a la legitimidad de mi intervención en los textos. Intentar traducir cantos populares en dialecto sería por cierto una empresa absurda: nos enfrentamos al verso, al peso de las palabras. El cuento goza de la mayor traducibilidad que es privilegio (y, si se quiere, límite) de la narrativa; y este libro nació precisamente del intento de tornar accesible a todos los lectores italianos (y extranjeros) el mundo

fantástico contenido en textos dialectales no descifrables por todos. Las recopilaciones dialectales —más adelante señalaré las que no sean de interés sólo para el especialista— ya existen (aunque no sean fáciles de conseguir); ojalá que mi libro induzca a algún lector a buscarlas y leerlas, e incluso a alguna editorial a publicarlas de nuevo.

¿Habría bastado, pues, una pura y simple traducción? Recuérdese que las compilaciones de las varias regiones fueron emprendidas con criterios diversos: Imbriani y Pitrè compilaban y hacían compilar con extrema fidelidad a los matices, a las inserciones, a los modos de decir, aun a las palabras incomprensibles, a los errores del narrador; Comparetti y Visentini publicaban la novellina *traducida al italiano, a veces reducida a un frío resumen; Gonzenbach y Scheneller hacían lo mismo, aunque en alemán, y Andrews en francés; De Niño refería las historias abruzas en italiano, con una pizca de literaria vivacidad «popular»; Zorzút transmite las suyas en friulano, con todos los papeles en regla, aunque con un sesgo literario y algo estetizante; por lo demás, parece que en Montale de Pistoya (de donde proviene el bellísimo libro de Nerucci) se narra de un modo diferente al del resto de Italia: minucioso, verboso, casi excesivo… Mi labor consistió en confeccionar un libro con este material heterogéneo; en el intento de comprender y rescatar en cada cuento ese elemento «diverso» que proviene del modo de narrar de la zona y del acento personal del narrador, en eliminar —para obtener un conjunto unitario— el elemento «diverso» que proviene del método de compilación, de la mediación del folklorista.*

Los cuentos toscanos exigen un comentario aparte. La misma tarea de traducción de los cuentos a partir de los dialectos de toda Italia (y de reescritura de los cuentos que ya encontré traducidos) debí emprenderla para los cuentos de Toscana. Porque los que se hablan en Toscana son tan dialectos como los otros, tan diferentes como los otros de la lengua italiana, y a veces más oscuros; y si mi libro no dice Sentu un ciàuru di carni munnana *[Huelo a carne humana (dialecto siciliano)], tampoco dice* Pinto e incoraggito dagli sberci della moglie, a bruzzolo il pescatore rideccolo al lago *[Impulsado y estimulado por las protestas de la mujer, al alba volvió el pescador al lago (dialecto toscano)]. El trabajo con los textos toscanos fue por cierto el más difícil, el que ofreció los resultados más discutibles, el que permite una más fácil confrontación con los textos, que casi siempre me será desfavorable. En muchos textos, además, tuve que (al contrario de lo que hice habitualmente con los otros dialectos) tratar de rebajar un poco el tono del lenguaje, desteñir y desecar un poco un vocabulario demasiado rico, cargado y complaciente, un trabajo que hice contra mi voluntad al pensar en la eficacia, en la fineza, en la armonía interna de esas páginas, pero también con la despiadada seguridad de que cada operación de «renuncia» estilística, de reducción a lo esencial, es un acto de moralidad literaria.*

En síntesis, la medida y la calidad de mi intervención varían en cada cuento, pues fueron determinadas por lo que el texto me sugería. A veces éste me imponía tal respeto que sólo supe traducirlo paso a paso (ciertos relatos pulieses como Los cinco

bribones, *o sicilianos como* De viaje por el mundo *o* Infortunio, *o la alegoría* El reloj del barbero*); en otros casos sólo me ofrecía un punto de partida para un ejercicio estilístico (en el cuento infantil* El niño en la bolsa *inventé nombres y parlamentos; en* Diablocojo, *acaso para sustraerme a la sujeción del parangón literario con el* Belfagor *de Maquiavelo, me puse a jugar con ciertas sugerencias groseras del texto; en la leyenda sarda de San Antonio, «monté» la narración como me parecía, con retazos de la tradición; para los cuentos ligures, a partir de débiles escorzos, trabajé por mi cuenta, suponiendo un texto dialectal del que no disponía, etcétera). A veces bauticé a los personajes del cuento, habitualmente anónimos; y esto bastaba para que algo se escurriera para pasar de un peldaño a otro en la escala de la participación poética.*

Al hacerlo, me refugiaba en el proverbio toscano que fue caro a Nerucci: La novella nun é bella, se sopra nun ci si rapella *[De nada vale el relato, si no se lo recuerda con añadidos]. El relato vale por lo que sobre él teje una y otra vez el que lo cuenta, por ese nuevo elemento que se le adhiere al pasar de boca en boca. Quise ser, también yo, un eslabón de la anónima e infinita cadena por la cual se transmiten los cuentos populares, eslabones que no son jamás puros instrumentos, transmisores pasivos, sino (y aquí confluyen el proverbio y Benedetto Croce) sus auténticos «autores».*

LAS COMPILACIONES DE LOS FOLKLORISTAS

La tarea cumplida por los folkloristas durante casi un siglo para documentar la narrativa oral italiana tiene una distribución geográfica harto desigual. Para algunas regiones, dispuse de un filón de materiales; para otras, no encontré casi nada[12]*. Hay compilaciones copiosas y meritorias sobre todo de dos regiones: Toscana y Sicilia*[13]*.*

Y de Toscana y Sicilia nos vienen las dos recopilaciones más bellas que posee Italia. Se trata de las Sessanta novelle popolari montalesi *de Gherardo Nerucci y las* Fiabe, novelle e racconti popolari siciliani *de Giuseppe Pitrè. El primero es un libro redactado en extravagante lengua vernácula del condado de Pistova, presentado como texto literario y de bella lectura: es el libro de un escritor. El segundo consiste en cuatro volúmenes que contienen, ordenados por género, textos en todos los dialectos de Sicilia, con gran cuidado de ofrecer sobre ellos la documentación más precisa posible, llenos de apéndices con «variantes y similitudes», de notas léxicas y*

comparativas; es el libro de un científico. Ambos representan, de manera distinta, un optimum *de posible restitución impresa de ese arte lábil y singular que es la narrativa oral. Y ambos son —dejando de lado el folklore, la fidelidad estenográfica, la tradición oral, etcétera— dos hermosos libros, dos hermosos textos casi desconocidos de la literatura italiana, en la cual merecen ingresar con pleno derecho, como nuestros últimos grandes* novellini.

Los cuatro volúmenes de Fiabe, novelle e racconti popolari siciliani[14] *contienen trescientas narraciones (y cien variantes que figuran en las notas) de todas las provincias de Sicilia (la compilación en alemán de Laura Gozenbach se limitaba a las provincias jónicas), llevadas a la lengua escrita por Giuseppe Pitrè (1841-1916), un médico que se consagró a los estudios folklóricos, y el vasto equipo de compiladores que él dirigía. No todos los fragmentos, naturalmente, exhiben una belleza que haga recomendable su conservación, pero es asombrosa, sobre todo si uno está familiarizado con recopilaciones similares, la proporción de fragmentos notorios, obra de un finísimo artesano narrativo.*

¿Cuál es el secreto de la recopilación? Que con ésta dejamos de lado la noción abstracta de un «pueblo» narrador para enfrentarnos a personalidades de narradores y narradoras bien definidas[15]*, casi siempre señaladas con nombre y apellido, edad y oficio, de modo que, sobre el calco de las historias sin tiempo ni rostro, podemos exhumar, del anónimo y tosco dialecto hablado, alguna reliquia o siquiera algún vestigio de un mundo imaginativo más sufrido, con un ritmo interior, una pasión o una esperanza expresadas mediante este afán de fabular. Una senda semejante, cuyos primeros guías en Italia fueron Pitrè y Nerucci, se incorporó luego a los cánones de la compilación «científica» y es la seguida por las compilaciones más recientes, aunque aquí no es nuestro propósito comentar los métodos de los folkloristas sino aludir a cierto modo particular de entender la narración oral.*

La compilación de Pitrè es de 1875; en 1881 Verga escribió I Malavoglia. *Fue Coccbiara quien estableció el paralelo entre ambos sicilianos*[16]*, el poeta y el científico, que contemporáneamente (el primer boceto «siciliano» de Verga es de 1874) aguzaban el oído, bien que con intenciones muy diversas, para escuchar a pescadores y comadres y apropiarse de sus palabras. Cómo no comparar el catálogo ideal de voces, proverbios y usos que tanto el uno como el otro procuraron redactar, el novelista ordenándolo según su ritmo interior, lírico y coral, el folklorista en un museo bien etiquetado expuesto en los veinticinco volúmenes de la* Biblioteca delle tradizioni popolari siciliane *(1871-1913), los veinticuatro años de su revista (el* Archivio per lo studio delle tradizioni popolari*, 1882-1906), los dieciséis volúmenes de la colección* Curiositá popolari tradizionali*, y hasta en las salas del Museo propiamente dicho, las que ahora están en los pabellones de la «Favorita» en Palermo. La primera auténtica entrada en escena del pueblo, que en la literatura italiana se dio con el lenguaje de la obra maestra de Verga —el primer escritor que haya registrado, casi como un folklorista, las modalidades dialectales—, se da en el*

folklore con Pitrè, el primer folklorista que se haya propuesto registrar no sólo motivos tradicionales o usos lingüísticos, sino también la poesía.

Con Pitrè el folklore adquiere conciencia del papel desempeñado en la existencia de una tradición narrativa por la creación poética del que narra, de ese algo que —al contrario de lo que sucede con el canto, fijado de una vez por todas en sus versos y rimas, repetido anónimamente en los coros con un limitado margen de posibles variaciones individuales— en el cuento popular debe ser recreado una y otra vez, al punto de que en el centro del hábito de narrar cuentos populares se halla la persona —excepcional en cada villa o aldea— de la narradora o del narrador con su estilo y fascinación intransferibles. Y es a través de esta persona que la herencia siempre renovada del cuento atemporal se comunica con el mundo de sus auditores, con la Historia[17].

La protagonista de la compilación de Pitrè es una vieja narradora analfabeta, Agatuzza Messia, «costurera de colchas de invierno en el Borgo (barrio de Palermo), en su largo Celso negro n.° 8», y antigua sirvienta en casa de los Pitrè. Buena parte de los más bellos cunti *de Pitrè provienen de labios de la Messia, y me han sido de gran ayuda en mi elección (*cf. *del n.° 148 al 158, vol. II de esta obra). Veamos cómo describe Pitrè, en el prefacio de su recopilación, a su «narradora-modelo»:*

Lejos de ser bella, tiene facilidad de palabra, domina la frase eficaz y narra de un modo atrayente, que nos permite adivinar su extraordinaria memoria y su ingenio surgido de la naturaleza. La Messia ya tiene sus setenta años, y es madre, abuela y bisabuela; de niña oyó de labios de su abuela una infinidad de cuentos y de historias, que ésta a su vez había aprendido de la madre, quien por su parte las conocía a través de un abuelo; tenía buena memoria, de modo que no las olvidó jamás. Hay mujeres que han escuchado cientos de historias similares, pero que no recuerdan ninguna; las hay que, recordándolas, carecen de la gracia para contarlas. Entre sus compañeras del Borgo, barrio o, como dice el pueblo, quartiere *de Palermo, ella gozaba de excelente reputación como narradora, y cuanto más se la escuchaba, más ganas daban de escucharla. Hace casi medio siglo, debió trasladarse a Mesina con el marido, y allí se quedó durante un tiempo: tal circunstancia es notable, puesto que nuestras aldeanas jamás se alejaban de su* paese *salvo por necesidades muy apremiantes. Al regresar a la patria, hablaba de cosas de las cuales no podían hablar las comadres de la vecindad […].*

Agatuzza Messia no sabe leer, pero sabe más cosas que nadie, y las repite con una propiedad lingüística que da gusto escucharla. Esta es una de sus características, sobre la cual llamo la atención de mis lectores. Si el relato alude a un barco que sale de viaje, ella utiliza, sin darse cuenta o sin aparentarlo, frases y voces marineras que sólo conocen los marineros o quienes tratan con la gente de mar. Si la heroína del cuento llega, pobre y solitaria, a una casa de panaderos y se aloja en ella, el lenguaje de la Messia revela tanta información sobre dicho oficio que uno cree que ella lo ejerció y se dedicó a cocer el pan, cuando en Palermo esta ocupación, común en las familias de los pueblos grandes y pequeños de la isla, sólo atañe a los panaderos. Por no hablar de cuando hay alusiones a las tareas domésticas, porque entonces la Messia se encuentra como en su propia casa; no puede ser de otro modo tratándose de una mujer que, por ejemplo, es la única del barrio que tuvo a su cargo a la casa y al Señor, como dicen ellas, a sus hijos y a los hijos de sus hijos […]. La Messia me vio nacer y me tuvo entre sus brazos: de ahí que yo haya podido recoger de sus labios las numerosas y bellas tradiciones que publico con su nombre. Ella le repitió al joven las historias que hace treinta años le había contado al niño; y sus narraciones no perdieron nada de su antigua gracia, franqueza y desenvoltura. Quien las lee no encuentra sino la palabra fría y desnuda; pero el relato de la Messia, más que en las palabras, consiste en el inquieto movimiento de los ojos, en el agitarse de los brazos, en los gestos de toda su persona, que se levanta, da vueltas por la habitación, se inclina, se incorpora, ya con voz débil, excitada, temerosa, dulce o estridente, evocando la voz de los personajes y las situaciones en que se hallan. Hay que tener muy en cuenta la mímica de las narraciones, especialmente en el caso de la Messia, y podemos estar seguros de que sin esos ademanes el cuento pierde la mitad de su fuerza y eficacia. Es una suerte que el lenguaje se conserve tal cual, lleno de natural inspiración y de imágenes tomadas de los agentes externos, en las cuales las cosas abstractas se vuelven concretas, las

suprasensibles corpóreas, vivas y dotadas de voz las que jamás tuvieron vida o sólo la tuvieron una vez.

Entre las típicas narradoras sicilianas, la Messia tiene un don narrativo pleno de color, de naturaleza, de objetos, atento a lo maravilloso aunque extrayéndolo a menudo de un dato realista, que nos ofrece una representación de la condición del pueblo; de ahí su lengua rica en invenciones pero sujeta, sin embargo, al sentido común de los modos de decir y los proverbios. Siempre está dispuesta, además (característica que obedece, a mi juicio, a rasgos personales, a su elección de los contenidos), a presentarnos personajes femeninos, activos, emprendedores, valerosos, que parecen casi en abierto contraste con la idea cerrada y pasiva de la mujer que se tiene tradicionalmente en Sicilia. En cambio carece —diría yo— de una nota acaso predominante en buena parte de los cunti *sicilianos: la pasión amorosa, la predilección por los motivos del amor —esposo o esposa— perdido, motivo de tantos cuentos tradicionales mediterráneos desde su más antiguo testimonio escrito, el cuento «griego» de* Eros y Psique*, incluido en* El asno de oro *de Apuleyo (siglo II d. C.), que aún perdura en cientos de historias sobre abrazos y desapariciones, esposos misteriosos y subterráneos, esposas invisibles, reyes, caballos o serpientes que por la noche se transforman en bellísimos mancebos, o en delicadas historias que oscilan entre el cuento de hadas, la novela corta y la balada, como ese suspiro de melancólica alegría sensual que es* La hermana del Conde.

Si la imaginación del cuento tradicional siciliano, pródiga en maravillas, exhibe una gama de motivos más bien limitada y a menudo con un punto de partida realista (¡cuántas familias hambrientas que se ponen a buscar hierbas para la sopa en el campo!), el cuento toscano se revela como un territorio abierto a los influjos más diversos, como un fruto más «culto» y puesto al día. Típico «lugar de conservación» no encerrado en sí mismo, sino que absorbió como una esponja todas las historias que circulaban por Italia, Montale, en el distrito de Pistoya, habría de ser el sitio de origen del abogado Gherardo Nerucci y de sus Sessanta novelle popolari montalesi. *En una de ellas, un tal «Pietro di Canestrino obrero» nos da, con la* Reina Marmota, *el relato más ariostesco que haya sido transcrito de boca de un aldeano, emparentado con no sé qué subproducto de la épica del siglo XIV, no en la trama, pues en sus grandes líneas se vislumbra un difuso cuento tradicional, ni tampoco en la fantástica geografía que ya era típica de los cantares caballerescos, sino en el modo de relatar, de convocar lo «maravilloso» mediante la abundancia de descripciones de jardines y palacios (harto más extensas y literarias en el texto montalés que cuanto manifieste mi reelaboración, sumamente abreviada para no apartarme en exceso del tono general del libro). La descripción del palacio de la Reina hasta incluye un catálogo de famosas beldades pretéritas presentadas en forma de estatuas: «… y estas estatuas representaban otras tantas mujeres famosas, iguales en el atuendo mas distintas en él rostro, las cuales eran: Lucrecia de Roma, Isabel de Ferrara, Elisabetta y Leonora de Mantua, Varisila de Verona, de bello aspecto y*

extraños rasgos; la sexta, Diana del Reino de Morea y Tierra Luba, la más célebre por su belleza en España, Francia, Italia, Inglaterra y Austria y la más sublime por su sangre real…», y así sucesivamente.

Este volumen de sesenta cuentos montaleses se publicó en 1880, cuando ya se había editado una buena parte de las compilaciones italianas más importantes, pero el abogado Gherardo Nerucci (que era algo más viejo[18] *que los otros folkloristas de la generación «científica»), había comenzado su labor mucho antes, en 1868, y varios de esos cuentos habían sido incluidos en los libros de sus colegas: entre los más bellos fragmentos de las compilaciones de Imbriani y Comparetti se cuentan los de Nerucci. Este no se ocupaba de narrativa comparada (su pasión por los relatos populares era de orden lingüístico) y no tenía, como los otros, la manía de las «similitudes». Pero ya en las notas de Imbriani se advierte que, para los montaleses, abundan más las citas de «fuentes» literarias que las enumeraciones de variantes folklóricas. Es cierto que en Montale también despuntan tipos de cuentos oscuros y prehistóricos, como* Cabeza de búfala, *que parece reclamar a grandes voces la interpretación etnológica; o bien, por otra parte, los hay de atmósfera extrañamente «inventada» y moderna, como* La novellina delle scimmie *(«La historia de las monas»); pero cuántos hay, en cambio, que reiteran motivos y argumentos de poemitas populares (y que podemos ubicar entre los siglos XIV y XVI), y cuántos que proceden de las* Mil y una noches. *Los de las* Mil y una noches *son tan fieles (salvo por la trasposición de ambientes) a la traducción dieciochesca francesa de Gotland (o sea una reelaboración según el gusto de Occidente) que debemos excluir que se trate de aportes antiguamente importados de Oriente por quién sabe qué vías orales; no cabe duda de que se trata de casos de «descenso» de la literatura al folklore en una época no muy alejada de la nuestra*[19]*. Y por cierto que, ante un* Paolino da Perugia *referido por Luisa, viuda de Ginanni, que repite de cabo a rabo la trama del* Andreuccio da Perugia *de Boccaccio —que no parte hacia Nápoles sino «a otra región no muy lejana» donde «había una gran feria»—, no creo que nuestra* pietas *arcaizante pueda tener esperanzas de haber descubierto el hilo de la tradición oral en la que Boccaccio había abrevado en su época y que continuó circulando de boca en boca por su propia cuenta; habrá descubierto, más bien, un directo «descenso» vernáculo de la* novella *más pintoresca del* Decameron.

Y, en efecto, el nombre de Boccaccio nos ayuda a definir el espíritu narrativo que impera en Montale de Pistoya[20]*. Se diría que en esta región se ha fijado (o que Nerucci ha recogido) el nudo entre* fiaba *y* novella, *el momento del paso del cuento maravilloso al cuento de fortuna o destreza individual, o sea el cuento de tipo «burgués»:* novella, *relato de aventuras o bien* histoire larmoyante *de mujer perseguida. Consideremos* El hijo del mercader de Milán, *que pertenece a un tipo de cuento muy antiguo y oscuro: el joven que confecciona con ciertas aventuras suyas —siempre las mismas, en las que participan un perro, una comida envenenada y pájaros— una adivinanza con versitos insensatos y se la propone a una princesa que*

resuelve enigmas, con lo cual gana la mano de la princesa. En Montale el héroe no es el predestinado habitual, sino un joven de iniciativa práctica, dispuesto a los riesgos, capaz de sacar fruto de las ganancias y resarcirse de las pérdidas. A tal punto esto es cierto que —conducta bastante extraña para un héroe de cuento—, en lugar de desposar a la princesa la exime de todo compromiso con él a cambio de ciertas ventajas económicas; y esto le sucede no una sino dos veces consecutivas, la primera a cambio de un objeto mágico (o mejor dicho, de la autorización para ganárselo) y la segunda, con un sentido más práctico aún, a cambio de una renta fija. El origen sobrenatural de la fortuna de Menichino pasa a segundo plano ante su indudable habilidad, que consiste en sacar fruto de estos poderes mágicos y en saber conservar las ventajas que éstos le confieren. Pero la auténtica, la primera virtud de Menichino es otra: la sinceridad, el arte de ganarse la confianza de la gente; la virtud de un hombre de negocios.

La Agatuzza Messia de Nerucci se llama Luisa, viuda de Ginanni. Entre los narradores de Montale, es quien sabe más cuentos (de ella provienen las tres cuartas partes de la compilación) y a menudo sabe referirlos con imágenes muy sugestivas, aunque no existe una gran divergencia entre la suya y las otras voces del volumen, las de Ferdinando Giovannini, sastre, de Giovanni Becheroni, campesino, de Pietro di Canestrino, «hombre activo», y aun de otros. El libro de Nerucci ofrece un aspecto muy unitario, una muestra de la extraordinaria lengua vernácula que surge cuando los montaleses quieren hablar en italiano, un toscano duro, chapurreado, afilado, aunque al fin sin gracia alguna, salvo por la presunción de un dialecto que quiere ser «lengua», lo que da efectos casi paródicos:

Le donne, sperso Pietro e nun vedendolo piú, si messano a ricercarlo; e doppo dimolti mesi, camina cammina arrivorno anche loro a piè dentro al porto di Spagna, e, accomide in un albergo, da un perrucchieri si fecian tagliar corti i capelli e da un sarto presano de' vestuari, e accosí si trasficurirno da omo; poi al camberieri gli dissano se c'era modo d'impiegarsi in qualche casa. Arrisponde il camberieri:

—C'é un omo a posta che cerca servitori per glialtri. Se vi garba, tra poco lui ha de vienir qui, vo' potete parlame con seco.

L'omo all'ora solita nentró nell'albergo, e le du' donne gli manifestorno il su' pensieri. Dice quell'omo:

—Oh! Appunto manca il coco e il camberieri al nostro Governatore novo della cittá I' vi metterò lí tutt'addua.

Fatto dunque e' patti, la figliola del ciabattino pigliò il posto di coco, e la su' camberiera quello di camberieri; ma, né Pietro ricognobbe loro, né loro ricognobban punto Pietro *(pág.* 230*).*

[Como Pietro se perdiese y no lo vieron más, las mujeres se pusieron a buscarlo; y al cabo de muchos meses, tras mucho caminar, también ellas llegaron a pie al puerto de España y, después de instalarse en una hostería, se hicieron cortar el cabello por un peluquero y obtuvieron vestidos en casa de un sastre, disfrazándose de hombres; luego le preguntaron al camarero si había manera de emplearse en alguna casa. El camarero les respondió:

—Aquí se hospeda un hombre que busca sirvientes para los demás. Si os conviene, pronto ha de venir aquí, de modo que podréis hablar con él.

El hombre volvió a la hostería a la hora de costumbre, y ambas mujeres le manifestaron sus deseos. El hombre les dijo:

—¡Oh! Justamente el nuevo Gobernador de la ciudad está sin cocinero y sin camarero. Os emplearé allí a los dos.

Hecho el trato, la hija del remendón tomó el puesto de cocinero, y su camarera el puesto de camarero; pero ni Pietro las reconoció, ni ellas reconocieron a Pietro].

Una lengua vernácula —recordémoslo— que Nerucci reelaboró al escribirla, con la seguridad que le otorgaba el perfecto conocimiento que de ella tenía[21]*, una lengua vernácula a la que se ha impuesto homogeneidad y que es representativa de los usos lingüísticos locales: una lengua trabajada, en otras palabras, por la pluma de un escritor, razón por la cual este libro se presenta —como antes señalé— más como obra de autor que como texto de recopilador, desnudo de notas, con sólo la indicación, debajo de cada título, de quién ha sido el narrador del relato. Pero Nerucci siempre supo brindarnos el tono coloquial, el característico estilo narrativo de Montale: un modo de narrar sin apuro ni economía, minucioso al punto de ser verboso y profuso por momentos, sin atajos, sin fuerza de síntesis, y que extrae su sabor precisamente de esta extraordinaria facilidad de palabra.*

He declarado que mi tarea de transcripción o reescritura fue, aplicada a los textos toscanos, harto espinosa, con un balance que da pérdidas seguras. Y fueron precisamente las quince narraciones que extraje de Nerucci —justamente porque son las más hermosas, las que ya tienen un «estilo»— las que me dieron más trabajo. (En cambio, con los textos sicilianos, cuanto más bellos eran, mejor trabajaba: traduciendo de forma literal o libre, según la orientación del texto). Una vez excluido el léxico dialectal, una vez reabsorbida una profusión narrativa que no tendría sabor fuera del contexto léxico y desentonaría con el estilo del resto del libro, ¿qué queda de ellas en mis versiones? Poco. Por esa razón, si alguien desea leer los auténticos cuentos populares de Montale, no puedo sino remitirlo al volumen de Nerucci; en nada creo haber conspirado contra el asombro con que los gustará.

Toscana[22] *y Sicilia son —según decía— las dos regiones privilegiadas por la cantidad y la calidad de cuentos recopilados. Junto a ellas, apenas un paso más atrás, tanto por el colorido del mundo fantástico que le es propio cuanto por la abundancia y la calidad del material recopilado, se encuentra Venecia, e incluso toda el área de los dialectos vénetos. Aquí hay que destacar el nombre de un laborioso investigador de tradiciones dialectales venecianas, Domenico Giuseppe Bernoni, quien consagró algunos de sus múltiples opúsculos (en 1873, 1875, 1893) a los cuentos tradicionales*[23]*. Y se trata de cuentos de notable limpidez, llenos de señorío poético; y siempre, aunque reiteren tipos muy confundidos, en ellos inadvertidamente se respira Venecia, sus espacios, su luz, y todos ellos son de algún modo acuáticos, ya con el mar, los canales, el viaje, las naves o el Levante. Bernoni no consigna el nombre de los narradores y no sabemos cuáles fueron sus criterios de fidelidad, pero no se advierte una mediación de tipo literario, sino apenas una lograda unidad que se trasunta en un sereno dialecto y en la atmósfera que circula por los diversos relatos; espero que alguna de estas dotes haya persistido en los siete que yo escogí (n.os 29 al 35).*

Dicha atmósfera no es adjudicable a Bernoni sino al espíritu fabuloso del mundo véneto marino, según lo prueba el hecho de que pueda reconocérsela en cuentos que tomé de otras fuentes: una que es también veneciana (n.° 36), una de Istria (n.° 45),

una dálmata (n.° 46), y aun un cuento humorístico de Trieste (n.° 44)[24]*. Otro espíritu descubro en los cuentos de la Venecia Tridentina*[25]*, que tienden a lo grotesco y lo horroroso, y a veces a la sentencia moral. Lugar aparte merece el Friul, donde la leyenda parece predominar sobre la* fiaba*, y los recopiladores, desde los primeros románticos, animados por un moralismo patriótico y religioso, como Caterina Percoto en sus relatos dialectales, hasta la reciente gran recopilación (1924-1927) de Dolfo Zorzút, tienden a infundirle al dialecto un tono evocativo, un corte literario*[26]*.*

Bolonia, en cuya tradición influyó una transfusión de sangre napolitana por vía literaria (uno de los primeros testimonios de la fortuna del Pentamerone *de Basile fue —como lo indica Croce— «una grácil versión boloñesa de 1713, obra de las dos hermanas Manfredi y las dos hermanas Zanotti, titulada* La ciaqlira día banzola*»), tuvo una buena y copiosa recopilación en la segunda mitad del siglo XIX, realizada por Carolina Coronedi-Berti, en un dialecto muy sabroso, en versiones ricas y bien narradas, con ambientes que son fruto de una imaginación algo alucinada y onírica, que se abren sobre paisajes indudablemente campestres. No se consignan los nombres de los narradores, pero con frecuencia se siente una presencia femenina, que oscila entre el sentimiento y el brío ardoroso*[27]*.*

Hay una recopilación donde el cuento popular se vuelve pretexto para el divertimento *verbal, en virtud de los giros picarescos y burlones: la de Giggi Zanazzo, romana, rica y de muy grata lectura*[28]*.*

Los Abruzos cuentan con dos recopilaciones bastante ricas: los dos volúmenes de Gennaro Finamore (1836-1923), médico y maestro), con textos dialectales de las diversas regiones vertidos con gran escrúpulo glotológico, que a veces exhalan un aire de poesía suspirante, como un sueño de Aligi; y el volumen del arqueólogo Antonio de Niño (1836-1907), amigo de D'Annunzio, quien vertió los textos al italiano, con párrafos muy breves, guarnecidos por canciones y ritornelos dialectales, con un propósito estilístico entre jocoso e infantil: un método espúreo desde el punto de vista científico y también a efectos de mi tarea, aunque el libro es pródigo en historias raras, imprevistas (si bien muchas proceden de las Mil y una noches*), curiosas (véase mi n.° 114, en el tercer tomo de esta obra), animadas por un espíritu irónico y juguetón*[29]*.*

Entre los mejor narrados que yo haya visto, se hallan ocho cunti *en dialecto pullés del libro de Pietro Pellizzari,* Fiabe e canzoni popolari del contado di Maglie in terra d'Otranto*: se trata de «tipos» harto difundidos, pero en una lengua tan vivaz, con un tono tan gozoso, con un placer en la deformación grotesca, que parecen historias nacidas así, a propósito para ese tejido estilístico (como el bellísimo* Los cinco bribones*, cuya trama reencontramos punto por punto en Basile*[30]*).*

En Palmi de Calabria, Letterio di Francia, docto autor de una historia de la Novellistica*, transcribió una recopilación (publicada en 1929 y 1931) que tiene los*

símiles más ricos y precisos que se hayan hecho en Italia, consignando los diversos narradores, entre los cuales se distingue una Annunziata Palermo: sería, en suma, un modelo de método si estos narradores no fueran en gran parte parientes de Di Francia. Pero, por lo que a nosotros respecta, es una recopilación plena de «tipos» curiosos y de variantes, con una imaginación cargada, colorida, compleja, donde a menudo se pierde la lógica de la trama en favor del tejido múltiple de las maravillas[31].

Fuera de estas regiones «privilegiadas», el material se vuelve escaso. Existe muy poco del Piamonte[32]*, si bien basta para que vislumbremos un mundo narrativo con características propias, donde los motivos de difusión universal adquieren una chata solidez arraigada en el campo, en la aldea natal. Lo poco que hay de Lombardia*[33] *no nos permite discernir una fantasía narrativa particular, salvo en un gusto predominante por el cuento infantil o la repetición de versos, o en un modo de relatar carente de empeño, «para dar risa». Muy poco hay en Liguria*[34] *(y era para mí como si al deambular por el mundo pasara ante mi propia casa y la encontrara cerrada), aunque no por una aparente aridez poética típica de la zona; los hallazgos que hice confirman mi previa noción —fundada sobre indicios subjetivos dispersos— de un gusto fantástico que tiende a lo gótico y lo grotesco. De las Marcas sólo hallé una docena de ejemplos*[35]*, pero contados de un modo tan alegre y vivaz que siento la tentación de incluir a ésta entre las regiones «privilegiadas». No hay casi nada de Umbría*[36] *ni de Molise*[37]*. Pero lo más grave es que nos falte una buena recopilación de Nápoles o la Campania*[38]*, de manera que muy poco sabemos sobre el terreno en el que se nutrió Basile (¡y, tres siglos antes, Boccaccio!). Tenemos pocos textos de Lucania*[39]*, y me da la impresión (a partir de los compilados por Comparetti) de que los* cunti *allí se narran con gran ímpetu romántico y con gusto por las historias más complicadas. Cerdeña carece de grandes recopilaciones*[40]*, pero ese modo de narrar, triste, magro, parco, siempre con una pátina de ironía, me parece característico de la isla. Córcega presenta en cambio curiosas variantes de los «tipos» difundidos en el Continente, con una tendencia a lo grotesco y lo jocoso*[41].

CARACTERÍSTICAS DEL CUENTO POPULAR ITALIANO

La cuestión de una pobreza de producción fantástica del pueblo italiano fue mal expuesta por Comparetti y reiterada casi en idénticos términos por Bartoli y Graf. Fue Ferdinando Neri (en un ensayo de 1934[42]*, que une un actualizado conocimiento de los problemas a la inteligencia estética) quien resolvió la cuestión para replantearla en sus justos términos. «El "balance" de las tradiciones populares es del todo ilusorio: a tal punto son casuales los testimonios, sobre todo si se remontan a una época lejana; y aun cuando se disponga de un documento seguro, las innúmeras semejanzas con el folklore de otras comarcas acaban por excluir toda posibilidad de localización que no sea accidental y transitoria. La leyenda pasa, es volátil, está en todos los caminos, como uña dispersa polvareda adherida a las plantas de los hombres». Y tras aclarar que, en el plano del folklore, no tenía sentido preguntar si Italia era más o menos rica en cuentos y leyendas respecto de otros países, Neri examinaba el asunto en el plano de la historia del gusto literario (reseñando todo el filón fantástico-popular de los «cantares» a lo Ariosto).*

¿No tiene sentido, entonces, hablar de «cuento popular italiano»? ¿Acaso todo el problema del cuento popular se remite a una antigüedad que no sólo sería prehistórica sino pregeográfica?

Las escuelas que estudian las relaciones entre el cuento popular y los ritos de la sociedad primitiva ofrecen resultados sorprendentes. Que los orígenes del cuento se encuentran allí, me parece fuera de duda[43]*. Pero, una vez dicho esto, volvemos a caer en una noche indiferenciada. ¿Acaso el nacimiento y el desarrollo de los cuentos tradicionales fueron paralelos y semejantes en todo el mundo, como quieren los defensores de la «poligénesis»? Si se tiene en cuenta la complejidad de ciertos «tipos», toda afirmación tajante al respecto parece azarosa. ¿Acaso cada motivo, cada complejo narrativo de difusión internacional puede hallar justificación en la etnología? Es evidente que no. Esa especie de «mosaico» que es el folklore «presenta numerosas estratificaciones culturales, diversamente combinadas»*[44]*. Entonces —prescindiendo del problema de los orígenes más remotos— es necesario reconocer la importancia de la vida que todo cuento popular tuvo en épocas «históricas», como puro pasatiempo, con esos interminables viajes de boca en boca, de país en país (a menudo con la mediación de una versión escrita, de un libro), hasta difundirse por toda el área donde hoy la encontramos. Ya aclaré que la escuela histórico-geográfica o «finesa» procura precisamente descubrir la forma prístina de cada narración popular para rastrear sus migraciones a través del análisis de todas las variantes literarias y folklóricas*[45]*. Es sobre los resultados (que con excesiva frecuencia, como antes decía, resultan muy vagos) de tales estudios donde podría basarse una investigación sobre la historia y las características del cuento popular italiano. Pero hasta el día de hoy, nadie ha emprendido tal investigación. Por esa razón debo aventurarme, en este campo, a suposiciones intuitivas, sobre la base del material que he examinado*[46]*.*

De un modo muy general, podemos decir que la influencia del mundo germánico

se limita a las zonas más septentrionales (lo cual puede apreciarse al hacer confrontaciones con los textos de los Grimm: los mismos «tipos» se presentan con múltiples variantes en la mayor parte de Italia), que la corriente más importante es la que procede de Francia, que la influencia del mundo árabe-oriental se sedimentó sobre todo en el Sur (como lo prueba la difusión de «tipos» cuyo origen oriental se da por seguro[47]*, una sedimentación mucho más profunda que ese espolvoreo más reciente originado en la fortuna popular alcanzada por algunas de las* Mil y una noches *de Galland), que la región toscana, a través de los cantares y poemitas populares —con frecuencia elaborados sobre motivos de la narrativa tradicional—, ha de haber ejercido la función de definir y propagar, entre los siglos XIV y XVI, los «tipos» más afortunados. El* cantare *—recordemos* Liombruno, Gismirante, *la* Istoria di tre giovani disperati e di tre fate[48]*— tiene su historia, diferente de la del cuento, pero ambas historias confluyen: el cantar extrae del cuento sus motivos, y a su vez le imprime al cuento su forma.*

Por supuesto que debemos ser cautos al «medievalizar» el cuento. La ciencia etnológica nos ha habituado a despojar el cuento de hadas de ese décor *que le imponía el gusto romántico, y a ver en el castillo la cabaña de las iniciaciones venatorias, en la princesa sacrificada al dragón la víctima de un sacrificio agrícola, en el mago un sacerdote del clan. Y por lo demás, basta la sumaria lectura de cualquier recopilación fiel a la tradición oral para comprender que el pueblo (hablo, entiéndase bien, del pueblo decimonónico, que no conocía las viñetas de Chiostri para los «libros de hadas» de Salani ni la* Blancanieves *de Disney, condición virginal que aún perdura en ciertas regiones de Italia) no «ve» los cuentos de hadas con las imágenes que nos parecen naturales a nosotros, habituados desde la infancia a los libros ilustrados. Las descripciones son casi siempre esqueléticas, la terminología es genérica: en las* fiabe *italianas no se habla nunca de «castillo», sino de «palacio»; nunca (o casi nunca) se dice «príncipe» o «princesa», sino «hijo del rey», «hija del rey»; además, las denominaciones de los seres sobrenaturales como los ogros y las brujas pertenecen al fondo pagano más antiguo de la región y desconocen una codificación exacta, lo cual no sólo se debe a la diversidad de los dialectos (desde la* masca *del Piamonte a la* mammadraga *de Sicilia, del* om salbadgh *romañés al* nanni-orcu *pullés) sino a la confusión que impera en el ámbito de un mismo dialecto (*mago *y* drago *son en Toscana, por ejemplo, dos vocablos a menudo confusos e intercambiables).*

No obstante esta aclaración, el cuento de hadas tiene una impronta medieval nada desdeñable. ¡Cuántos torneos, por la mano de la princesa, cuántas empresas caballerescas, cuántos diablos, cuántas contaminaciones de las tradiciones sacras! Será necesario indagar, pues, como uno de los momentos más importantes de la vida «histórica» del cuento popular, la osmosis entre cuento de hadas y epopeya caballeresca, que quizá haya tenido un epicentro de suma importancia en la Francia gótica, para luego difundir su influencia en Italia mediante la épica popular. Ese

trasfondo de cuento pagano y prepagano que debía impregnarlo todo (y que en tiempos de Apuleyo tomaba nombres y ornatos estilísticos de la mitología clásica) fue entonces informado por las instituciones, la ética, la fantasía feudal-caballeresca (y por el sincretismo religioso pagano-cristiano típico de ese mundo), fundiéndose en un punto determinado con otra ola de sugestiones y transfiguraciones, la de origen oriental, que a su vez se había propagado en la zona del sur (y junto con las tradiciones del período en que las relaciones y conflictos con turcos y sarracenos eran más intensos; véase cómo, en las numerosas historias marineras que incluyo, la arbitraria geografía del cuento maravilloso es sustituida por la noción de la división del mundo entre cristianos y musulmanes). Si el cuento de hadas, por lo tanto, se cubrió sucesivamente con los atuendos de diversas sociedades, el último de ellos fue el feudalismo occidental (pese a que hoy nos encontremos a menudo con ciertos ejemplos de atuendo decimonónico, como es el personaje del milord *inglés en el Sur*[49]*), mientras que en Oriente triunfó el cuento maravilloso «burgués» que aludía a las fortunas de Aladino o de Alí Baba.*

Todo ese discurso, decía, es sólo un conjunto de fáciles conjeturas, a la espera de estudios serios que vengan a esclarecernos. Las investigaciones de la escuela finesa siguen por ahora la pista de los cuentos, uno por uno, y se aproximan a algún resultado preciso cuando tratan con los «tipos» más complejos, aquellos donde resulta más reconocible un placer inventivo «moderno», o incluso una transmisión por vía literaria.

Hay uno que es, por cierto, uno de los raros cuentos —¿o quizá el único?[50]*— sobre el cual se emite el veredicto de «probable origen italiano»: el del amor de las tres naranjas (como en Gozzi), o de los tres cedros (como en Basile), o de las tres granadas (como en mi versión)*[51]*: una fuente de metamorfosis de gusto barroco (¿o persa?), que merecería ser total invención de Basile*[52] *o de un visionario tejedor de tapices, una serie de metáforas transformadas en relato: la* ricotta *y la sangre, el fruto y la muchacha en el árbol transformada en paloma, las gotas de sangre de paloma de las que súbitamente crece un árbol, de cuyo fruto —y aquí el círculo se cierra— surge la muchacha. Es un cuento que yo había querido tratar más honorablemente, pero entre las múltiples versiones populares que vi no hallé ninguna a la que pudiese considerar versión originaria. Transcribo dos de ellas: una abruza (la n.° 107), integrada con otras, para representar la forma más clásica, y una ligur (la n.° 8), como variante curiosa; aclaro sin embargo que aquí* Basile no tiene rival, y remito al lector a su cunto (el ultimo del Pentamerone).

En este ritmo exacto, en esta lógica alegre a la cual se somete la más misteriosa historia de transformaciones, me parece vislumbrar una de las características de la elaboración popular del cuento en Italia. Obsérvese el sentido de la belleza que palpita en esas comuniones o metamorfosis de las que participan la mujer y el fruto, la mujer y la planta: los dos hermosos cuentos (hermanos entre sí) de la Muchacha manzana *(florentina, Cf. mi n.° 85) y de la* Rosmarina *(Palermo, Cf. mi n.° 161). El*

secreto reside en la aproximación metafórica: la imagen de frescura de la manzana y de la muchacha, o de las peras en cuyo cesto llevan a vender a la muchacha para aumentar el peso, en la Niña vendida con las peras *(Monferrina, Cf. mi n.° 11).*

La natural «barbarie» del cuento de hadas se pliega a una ley de armonía. Aquí no hay ese continuo e informe derramamiento de sangre de los crueles hermanos Grimm; es raro que la fiaba *italiana sea truculenta, y si bien es continua la sensación de crueldad, de una injusticia casi inhumana, elementos a los que el cuento siempre ha de recurrir, si también aquí resuena en los bosques el llanto de innumerables muchachas o esposas solitarias con las manos cercenadas, la ferocidad sanguinaria jamás es gratuita, y la narración no se demora en los sufrimientos de la víctima, ni siquiera con afectada piedad, sino que corre hacia la solución reparadora. Solución que incluye la rápida, y casi siempre despiadada, justicia sumaria del malvado (o más a menudo, la malvada): la «camisa de pez» tristemente tradicional en las hogueras para brujas, y en Sicilia,* sdirubbata di lu finistruni appinninu, e abbruciata *(«arrojada por la ventana y luego quemada»).*

Hay en cambio, en la fiaba *italiana, un continuo y sufrido estremecimiento amoroso. Ya mencioné, a propósito de los* cunti *sicilianos, el éxito del tipo «Eros y Psique», que impregna una buena parte de nuestros cuentos maravillosos no sólo en Sicilia sino también en Toscana. Y el esposo sobrenatural conocido en una morada subterránea, cuyo nombre o secreto no pueden ser revelados so pena de que él se pierda de vista; o el amante evocado mediante sortilegios por una jofaina de leche, o un pájaro que vuela por los aires, a quien la insidia de una rival envidiosa (vidrio molido dentro de la jofaina, alfileres en el alféizar donde descansará de su vuelo) colmará de heridas e irritación; o el rey que es puerco o serpiente y al caer la noche se convierte en un bellísimo mancebo para la esposa que lo aguarda, y la cera de la vela encendida por obra de la curiosidad, que una vez más lo hace víctima del encantamiento; o el monstruo de Bellinda, con la extraña relación sentimental que paulatinamente se establece entre ambos; o bien —cuando es el hombre quien sufre — la esposa encantada llega muda hasta él todas las noches, en el palacio desierto, o se trata del hada de Liombruno, a quien nadie puede mencionar, o la muchacha-paloma que se quemó las alas emprende la fuga; historias diversas, aunque todas centradas en el amor precario que enlaza dos mundos totalmente distantes, que se pone a prueba mediante la ausencia; historias de amantes incognoscibles, que sólo se poseen en el momento de perderlos.*

En las fiabe *casi nunca encontramos el esquema más elemental, y más fácil para nosotros, de la historia de amor: el enamoramiento y las travesías para llegar a las bodas (acaso sólo en algún triste cuento de Cerdeña, esa región donde se hace el amor bajo la ventana, se desarrolle este tema). Las múltiples historias de conquista o liberación de una princesa siempre hablan de una mujer a quien jamás se vio, una víctima cuya liberación comporta una prueba de valor, un trofeo que es necesario ganar en una justa para alcanzar un destino afortunado, o bien de alguien de quien*

el protagonista se enamora al verla en un retrato, al escuchar el nombre, o a quien desea a través de una gota de sangre que relumbra en la blanca forma de un queso; enamoramientos abstractos o simbólicos, que conllevan un sortilegio, una maldición. Pero los enamoramientos más arduos y concretos de las fiabe *no son éstos, sino aquellos en que primero se posee a la persona amada y luego se la debe conquistar.*

Los etnólogos ofrecen sugestivas interpretaciones del tipo «Eros y Psique»[53]*: Psique es la muchacha que vive en las casas donde se recluye a los jóvenes durante el último período de la iniciación; mantiene relaciones con jóvenes disfrazados de animales, o bien en medio de la oscuridad, pues nadie debe verlos; todo sucede, pues, como si un solo joven invisible acudiera a amarla; cumplido el período iniciático, los jóvenes regresan a sus casas, olvidan a la joven que vivía recluida junto a ellos, se casan y forman nuevas familias. El relato surge precisamente de la crisis de dicha institución: representa un amor nacido durante la iniciación y condenado a muerte por las leyes religiosas, y narra cómo la mujer se rebela ante dichas leyes y reencuentra al joven amado. Aunque tales costumbres padezcan un olvido milenario, la trama del relato aún pervive con el mismo espíritu, aún representa el amor hostigado por una ley, una convención o una disparidad. Por esa razón sobrevivió desde la prehistoria hasta hoy, sin que su cifra esquemática enfríe la sensualidad que tan a menudo lo recorre, el júbilo y el extravío del enigmático abrazo nocturno.*

En mis versiones, para las cuales tuve que tener en cuenta a los niños que las leerían o las escucharían, mitigué naturalmente toda carga de este género. Tal necesidad ya basta para subrayar los diversos destinatarios del cuento en los varios niveles culturales. Lo que hoy estamos habituados a considerar «literatura infantil» no tenía en el siglo XIX *(y tampoco hoy, quizá) destinatarios por edad, pues perduraba como hábito de tradición oral: era un relato maravilloso, expresión plena de las necesidades poéticas de ese estadio cultural.*

*El cuento infantil existe, sí, pero como género en sí mismo, retomado por narradores más ambiciosos y perpetuado a través de una tradición más humilde y familiar, con características que pueden sintetizarse de este modo: tema horroroso y truculento, detalle escatológico, versos intercalados en la prosa con tendencia a repetición (*Cf. *como ejemplo, mi n.° 37,* El niño en la bolsa), *características en gran parte opuestas (truculencia, procacidad) a las que hoy son requisito de la literatura infantil.*

El afán por lo maravilloso aún predomina, si bien enfrentado a una tentativa moralizante. La moraleja del cuento siempre queda implícita en las simples virtudes de los personajes buenos y en el castigo de las no menos simples y absolutas perversidades de los malvados; casi nunca se insiste en ello de forma sentenciosa o pedagógica. Y es posible que la función moral cumplida por la narración de cuentos en el entendimiento popular no se ubique en la orientación de los contenidos, sino en la institución misma del cuento, en el hecho de contarlos y oírlos. Lo cual puede

entenderse en el sentido de un moralismo prudencial y pragmático, según parece sugerirlo la historia del Papagayo *(*Cf. *mi n.° 15), cuento que sirve de marco a otros cuentos y que Comparetti y Pitrè publicaron al principio de sus recopilaciones, casi a modo de prólogo. El papagayo, contando una historia interminable, salva la virtud de una muchacha. Parece una simbólica apología del arte de narrar (¿contra quienes reprueban su carácter profano y hedónico?): mediante la fascinación que su arcana maravilla ejerce sobre quien lo escucha, el cuento impide caer en pecado. Es una justificación reduccionista y conservadora, pero la misma construcción narrativa del* Papagayo *expresa algo más profundo: la inteligencia exhibida por el narrador, aquí objetivada con humorismo en la parodia de los cuentos «de nunca acabar». Y ésa es para nosotros su verdadera moraleja: el narrador de cuentos elude, con una suerte de picardía instintiva, la falta de libertad de la tradición popular, esa ley no escrita por la cual el pueblo sólo puede reiterar motivos trillados, sin verdadera «creación»; es posible que él mismo crea limitarse a hacer variaciones sobre un solo tema, pero en realidad termina por hablarnos de sus propios sentimientos.*

La técnica de construcción del cuento de hadas se vale simultáneamente del respeto a las convenciones y a la libertad inventiva. Dado un tema, existe un cierto número de pasos obligados para llegar a la resolución, los «motivos» que los diversos «tipos» intercambian entre sí (la piel de caballo que se lleva el águila, el pozo al que se desciende para internarse en el mundo subterráneo, las muchachas-paloma a quienes les roban el vestido mientras se bañan, las botas mágicas y el manto sustraído a los ladrones, las tres nueces que hay que partir, la casa de los Vientos, donde se recibe información sobre el camino que hay que tomar, etcétera); del narrador depende organizarlos, ponerlos uno sobre otro como los ladrillos de una pared, escurriéndose con rapidez en los puntos muertos (son característicos los modos mediante los cuales el relato se suspende y se retoma de pronto en los diversos dialectos con un abbasta *[«basta»] en romano, con un* lu cuntu nun metti tempu *[«el cuento no deja tiempo»] en siciliano), y utilizando como cemento su arte grande o pequeño, los añadidos propios, el colorido de sus paisajes, sus fatigas y sus esperanzas, sus propios «contenidos».*

La mayor o menor desenvoltura para arreglárselas en un mundo de fantasía también obedece a razones de experiencia histórica (el escritor burgués y literato que apela al realismo suele encontrarse falto de inventiva cuando narra la vida de los obreros fabriles): consideremos, por ejemplo, el diverso modo en que se habla de los reyes en las fiabe *sicilianas y en las toscanas. La corte del rey suele ser, en los cuentos populares, algo genérico y abstracto, un vago símbolo de poder y riqueza; en Sicilia, por el contrario, el rey, la corte, la nobleza, son instituciones muy precisas, concretas, con una jerarquía, una etiqueta, un código moral propios: todo un mundo y una terminología de invención, de los que estas viejecitas analfabetas exhiben un*

detallado conocimiento: Stu Re di Spagna avía lu Bracceri di manu manca e lu Bracceri di manu dritta *[Este Rey de España tenía un bracero a la izquierda y un bracero a la derecha];* Fici jittari lu bannu pri concurriri tutti li Baruna, Cavaleri e Profissura *[Hizo publicar bandos para que concurrieran todos los Barones, Caballeros y Profesores]. Y es una característica de la* fiaba *siciliana que los reyes no tomen decisiones sin consultar previamente al Consejo.* Lu Re tocca campana di Cunsigghiu: eccu tutti li Cunsigghieri. «Signuri miei, chi cunsigghiu mi dati?». *[El Rey toca la campana para llamar al Consejo: he aquí a todos los Consejeros. «Señores míos, ¿qué consejo me dais?»]; o bien, más rápidamente:* Lu Riuzzu grida: «Cunsigghiu! Cunsigghiu!» e cci cunta lu statu di li cosí *[El Reyecito grita: «¡Consejo! ¡Consejo!», y les refiere toda la situación].*

Los de Toscana, en cambio, pese a ser tan cultos en otros aspectos, jamás han conocido rey alguno y no saben nada al respecto: «rey» es una palabra genérica que no implica una idea institucional, sino que se limita a designar una condición ilustre; se dice «ese rey» como se diría «ese señor», sin adjudicarle ningún atributo regio, sea una corte, una jerarquía de aristócratas, o siquiera un estado territorial. Podemos encontrarnos, pues, con reyes que viven en casas vecinas, se miran por la ventana y se visitan como buenos paisanos de la misma aldea.

Frente al mundo de los reyes, está el de los campesinos. La orientación «realista» de muchos cuentos, el punto de partida dado por una condición extremadamente miserable, de hambruna y falta de trabajo, es típico de gran parte del folklore narrativo italiano. Ya he señalado, como motivo inicial de numerosas fiabe*, especialmente meridionales, el del repollo* (cavoliciddaru)*: una familia no sabe qué meter en la olla y recorre —el padre o la madre con las hijas— el campo en busca de alimentos para la sopa; un repollo más grande que los demás revela, en cuanto se lo arranca, un mundo subterráneo donde puede encontrarse un esposo sobrenatural, una bruja que aprisionará a las muchachas, o un Barbazul antropófago. (O también —en las zonas marítimas— está, en lugar del campesino sin tierra ni trabajo, el pescador infortunado que un día atrapa en la red un enorme pez parlante…).*

Pero la situación «realista» de la miseria no es sólo un motivo de apertura del cuento, una especie de trampolín para el salto hacia lo maravilloso, un término de contraste con lo regio y lo sobrenatural. Hay cuentos que son campesinos de principio a fin, con un héroe labrador y con poderes mágicos que apenas prestan una ayuda precaria a la fuerza de los brazos y a la virtud obstinada: son cuentos más raros y siempre rústicos, tradiciones dispersas, fragmentos de una epopeya de jornaleros que acaso jamás dejó de ser amorfa, y que en algún momento se apropió de ciertos motivos de las proezas caballerescas, sustituyendo empresas y justas para ganar la mano de la princesa por una cantidad de tierra que había que remover con el arado o la pala. Véase el estupendo De viaje por el mundo*, de Sicilia, y el* Giuseppe Ciufolo che se non zappava suonava lo zufolo*, de los Abruzos, o* El regalo del viento tramontano*, de Mugello, y* Catorce*, de las Marcas; y en lo que concierne a*

la vida de las mujeres, esa bellísima Odisea de oficios humildes y femeninos que es Infortunio*, o las fatigas de las costureras en* Dos primas *(ambos sicilianos).*

Quien sepa lo raro que resulta, en la poesía popular (y no popular), construir un sueño sin refugiarse en la evasión, apreciará estos extremos de una autoconciencia que no rehúsa la invención de un destino, esta fuerza de realidad que estalla totalmente en fantasía. Mejor lección, poética o moral, no podrían darnos los cuentos de hadas.

Italo Calvino

Septiembre de 1956

Esta obra ha sido posible gracias a la ayuda esclarecida y generosa de algunos insignes estudiosos, a quienes les brindo mi más fervorosa gratitud: en primer lugar, al profesor Giuseppe Cocchiara de la Universidad de Palermo, director del Museo Etnográfico G. Pitrè, que me guió en la tarea y puso a mi disposición la frondosa biblioteca del Museo; al profesor Paolo Toschi de la Universidad de Roma, que me dio preciosas indicaciones bibliográficas y me permitió servirme de los libros y manuscritos del Museo de las Tradiciones Populares Italianas, del cual es director; finalmente, al profesor Giuseppe Vidossi de Turín, que fue para mí guía sumamente competente y un filón inagotable de consejos e indicaciones, tanto en el campo de la narrativa popular como en el de la dialectología.

NOTA A LA SEGUNDA EDICIÓN ITALIANA

En nada quise modificar la introducción escrita en 1956, que refleja el horizonte cultural de esos años. Sólo quiero recordar que en los quince años transcurridos entre esa fecha y la de hoy la problemática del cuento popular se ha renovado radicalmente, en especial gracias al redescubrimiento (en América y en Europa) de una obra de Propp anterior a la que yo he citado (traducción italiana, V. J. A. Propp, *Morfología della fiaba*, Einaudi, Turín, 1967[4-Tr]), y a la multiplicación de los estudios morfológicos y semiológicos, acaecida principalmente en Francia a través de A. J. Greimas y su escuela.

El libro de Stith Thompson que citaba como fuente fundamental de mis apreciaciones fue luego traducido al italiano (Stith Thompson, *La fiaba nella tradizione popolare*, Il Saggiatore, Milán, 1967).

Entre los recopiladores de narraciones populares del siglo pasado no había citado a Serafino Amabile Guastella (1819-1899), autor de *Le parità e le storie morali dei nostri villani* (Ragusa, 1884), obra de la que me ocupé en la introducción a una edición reciente (Edizioni della Regione Siciliana, Palermo, 1969).

I. C.

CUENTOS POPULARES ITALIANOS (Vol. I)

1
JUAN SIN MIEDO

Había una vez un jovencito llamado Juan sin miedo, porque no tenía miedo a nada. Viajaba de un lado a otro, y un día llegó a una posada y pidió alojamiento.

—Aquí no hay sitio —le dijo el posadero—, pero si no tienes miedo te mando a un palacio.

—¿Por qué habría de tener miedo?

—Porque ese lugar da miedo, y hasta ahora nadie ha salido vivo de allí. Por la mañana la Compañía va con el ataúd para traer al que tuvo el coraje de pasar la noche en él.

Claro que Juan sin miedo no se asustó. Se llevó una vela, una botella y una salchicha, y se fue al palacio.

A medianoche estaba comiendo ante la mesa, cuando escuchó una voz en la campana de la chimenea:

—¿Tiro?

Y Juan sin miedo respondió:

—¡Pues tira!

De la chimenea cayó una pierna de hombre. Juan bebió un vaso de vino.

Luego dijo la voz:

—¿Tiro?

—¡Pues tira! —dijo Juan, y cayó otra pierna.

Juan se comió la salchicha.

—¿Tiro?

—¡Pues tira!

Y cayó un brazo. Juan se puso a silbar.

—¿Tiro?

—¡Pues tira!

Y cayó otro brazo.

—¿Tiro?

—¡Pues tira!

Y cayó un torso que se unió a las piernas y a los brazos, y quedó en pie un hombre sin cabeza.

—¿Tiro?

—¡Tira!

Cayó la cabeza y se colocó sobre el torso. Era un hombrón gigantesco. Juan alzó el vaso y brindó:

—¡Salud!

Dijo el hombrón:

—Toma la vela y sígueme.

Juan tomó la vela pero no se movió.

—¡Ve delante! —dijo el hombre.

—Ve tú —dijo Juan.

—¡Tú! —dijo el hombre.

—¡Tú! —dijo Juan.

Al fin el hombre fue delante y atravesó los aposentos del palacio, seguido por Juan que lo iluminaba. En el hueco de una escalera había una puertecita.

—¡Abre! —le dijo el hombre a Juan.

Y Juan:

—¡Ábrela tú!

Y el hombre la abrió de un empujón. Había una escalera de caracol.

—Baja —dijo el hombre.

—Baja tú primero —dijo Juan.

Bajaron a un sótano, y el hombre señaló una losa en el suelo.

—¡Álzala!

—¡Álzala tú! —dijo Juan, y el hombre la alzó como si fuera un guijarro.

Debajo había tres marmitas de oro.

—¡Llévalas arriba! —dijo el hombre.

—¡Llévalas tú! —dijo Juan.

Y el hombre las llevó de una en una.

Cuando estuvieron de nuevo en la sala, el hombre dijo:

—¡Juan, se rompió el encantamiento!

Se le separó una pierna, que se fue por la chimenea.

—De estas marmitas, una es para ti.

Y se le separó un brazo, que trepó por la chimenea.

—Otra es para la Compañía, que vendrá a buscarte creyéndote muerto.

Y se le separó el otro brazo, que se fue detrás del primero.

—La tercera es para el primer pobre que pase.

Se le separó la otra pierna y quedó sentado en el suelo.

—El palacio, quédatelo tú.

Y se le separó el torso, y sólo quedó la cabeza posada en el suelo.

—Porque la estirpe de los señores de este palacio se ha perdido para siempre.

Y la cabeza se elevó y salió por la campana de la chimenea.

Apenas se aclaró el cielo, se escuchó un cántico: *Miserere mei, miserere mei*. Era la Compañía con el ataúd, que venía a buscar el cadáver de Juan sin miedo. Y lo vieron en la ventana, fumando su pipa.

Juan sin miedo se hizo rico con esas monedas de oro y vivió feliz en el palacio. Hasta que un día le ocurrió que, al darse la vuelta, vio su propia sombra y se asustó tanto que cayó muerto.

2
EL TRAJE DE ALGAS

Un Rey hizo pregonar en las plazas que le daría una fortuna a quien le trajese a su hija desaparecida. Pero el pregón no tuvo efecto alguno porque nadie sabía adonde había ido a parar esta muchacha: una noche la habían raptado, y ya no quedaba lugar en la tierra sin registrar.

A un capitán se le ocurrió que si no se la encontraba en tierra, podría encontrársela en el mar, y armó una nave con el propósito de salir en su búsqueda. Pero cuando quiso reclutar la tripulación, no encontró marineros: porque nadie quería lanzarse a un viaje peligroso que quién sabe cuándo terminaría.

El capitán esperaba en el muelle y nadie se acercaba a la nave, nadie se atrevía a subir primero. En el muelle también se encontraba Baciccin Tribordo, quien tenía fama de borracho y vagabundo. Nadie quería llevarlo a bordo.

—Dime —le dijo el capitán—, ¿quieres venir a bordo?

—Claro que sí.

—Arriba entonces.

Y Baciccin Tribordo fue el primero en subir. Así, también los demás se armaron de valor y subieron a la nave.

En la nave, Baciccin Tribordo se pasaba el día con las manos en los bolsillos, añorando las tabernas, y todos murmuraban contra él, porque no se sabía cuándo terminaría el viaje, los víveres eran escasos y tenían que soportar un holgazán a bordo. El capitán decidió quitárselo de encima.

—¿Ves ese islote? —le dijo, señalándole un arrecife en medio del mar—. Baja a la chalupa y ve a explorarlo. Nosotros daremos la vuelta.

Baciccin Tribordo bajó a la chalupa y la nave se alejó a toda vela, dejándolo solo en medio del mar. Baciccin se acercó al arrecife. En el arrecife había una caverna y Baciccin se internó en ella. En el fondo de la caverna había una hermosa muchacha maniatada, y era la hija del Rey.

—¿Cómo hicisteis para encontrarme? —le preguntó a Baciccin Tribordo.

—Estaba pescando pulpos —dijo Baciccin.

—El que me raptó y me tiene prisionera es un pulpo enorme —dijo la hija del Rey—. ¡Huid antes de que vuelva! Pero debéis saber que este pulpo, tres horas al día, se transforma en salmonete y entonces es fácil de pescar, aunque hay que matarlo en el acto, porque si no se transforma en gaviota y sale volando.

Baciccin Tribordo se ocultó en el arrecife con su barca. El pulpo salió del mar; era enorme y podía rodear la isla con cada uno de sus tentáculos. Le temblaban todas las ventosas, porque se había enterado de que había un hombre en el arrecife. Pero llegó la hora en que debía transformarse en pez, y súbitamente se convirtió en salmonete y desapareció en el mar. Entonces Baciccin Tribordo echó las redes y cada vez que las sacaba encontraba múgoles, esturiones, dentones, y al fin también apareció, palpitante, el salmonete. En el acto Baciccin alzó el remo para matarlo de un golpe, pero en vez del salmonete golpeó a la gaviota, que se escapó volando de la red. El salmonete había desaparecido. La gaviota no podía volar porque el remo le había partido un ala, de modo que volvió a transformarse en pulpo, pero tenía los tentáculos cubiertos de heridas y rezumaba sangre negra. Baciccin se lanzó sobre él y lo remató a golpes de remo. La hija del Rey le dio un anillo con un diamante, en señal de perpetua gratitud.

—Ven que te llevo con tu padre —le dijo Baciccin, y la hizo subir a la barca. Pero la barca era pequeña, y estaban en medio del mar. Remaron y remaron hasta divisar una nave. Baciccin, con un remo, enarboló el vestido de la hija del Rey. Desde la nave los vieron y los llevaron a bordo. Era la misma nave que había abandonado a Baciccin. Al verlo regresar con la hija del Rey, dijo el capitán:

—¡Pobre Baciccin Tribordo! ¡Y nosotros que te creíamos perdido! ¡Nos cansamos de buscarte! ¡Y encontraste a la hija del Rey! ¡Bebamos! ¡Festejemos tu victoria!

Baciccin Tribordo no podía creerlo, tanto hacía que no probaba una gota de vino.

Ya estaban casi a la vista del puerto del que habían partido. El capitán le dio de beber a Baciccin, que bebió y se emborrachó hasta quedarse dormido. Entonces el capitán le dijo a la hija del Rey:

—¡No iréis a decirle a vuestro padre que os liberó ese borrachín! Debéis decirle que os liberé yo, que soy el capitán del barco; ése es uno de mis hombres, quien hizo lo que hizo porque yo se lo mandé.

La hija del Rey no dijo ni que sí ni que no.

—Yo sé lo que debo decir —respondió.

Entonces el capitán pensó en acabar con Baciccin Tribordo de una vez por todas. Esa misma noche, ebrio como estaba, lo cogieron y lo arrojaron al mar. Al alba la nave llegó a la vista del puerto; con las banderas hicieron señas de que traían sana y salva a la hija del Rey, y sobre el muelle había una banda y estaba el Rey con toda la Corte.

Se concertaron las bodas de la hija del Rey con el capitán. El día de la boda, en el

puerto, los marineros vieron salir del agua a un hombre cubierto de algas verdes de la cabeza a los pies, con peces y cangrejos en los bolsillos y entre los jirones de la ropa. Era Baciccin Tribordo. Este sube a tierra y, con el traje de algas que le cubre la cabeza y el cuerpo y se arrastra por el suelo, camina por la ciudad. Justo en ese momento pasaba el cortejo nupcial, que de pronto se topa con este hombre con su verde traje de algas. El cortejo se detiene.

—¿Quién es éste? —pregunta el Rey—. ¡Arrestadlo!

Los guardias se adelantan, pero Baciccin Tribordo alza una mano y el diamante del anillo relumbra al sol.

—¡El anillo de mi hija! —dijo el Rey.

—Sí, y éste es mi salvador —dijo la hija—, y éste es mi esposo.

Baciccin Tribordo refirió su historia y el capitán fue arrestado. Así como estaba, con su verde traje de algas, se puso junto a la novia vestida de blanco y se unió con ella en matrimonio.

(Costa ligur occidental)

3
LA NAVE DE TRES PISOS

Había una vez un matrimonio pobre que vivía en el campo. Tuvieron un hijo, pero en la vecindad no había nadie para hacer de padrino. Fueron a la ciudad, pero allí no conocían a nadie, y sin padrino no podían bautizarlo. Ante el pórtico de la iglesia vieron a un hombre arropado en un manto negro, y le dijeron:

—Buen hombre, ¿no querríais ser el padrino de nuestro hijo?

El hombre asintió y bautizaron al niño.

En cuanto salieron de la iglesia, el desconocido les dijo:

—Ahora debo hacerle un regalo a mi ahijado. He aquí una bolsa; servirá para criar al niño y darle instrucción. Y aquí hay una carta que le daréis en cuanto sepa leer.

El padre y la madre se quedaron estupefactos, y antes de que hallaran palabras para agradecérselo y preguntarle quién era, el hombre ya se había ido.

La bolsa estaba llena de monedas de oro, que sirvieron para enviar al niño a la escuela. En cuanto aprendió a leer, sus padres le dieron la carta; y él leyó:

> Querido ahijado:
> Vuelvo para retomar la posesión de mi trono después de un largo exilio y necesito un heredero. En cuanto leas esta carta, ponte en marcha y ven al encuentro de tu querido padrino, el Rey de Inglaterra.
> Posdata: Durante el viaje, guárdate de la compañía de un bizco, un cojo y un tiñoso.

Dijo el joven:

—Padre, madre, adiós. Debo ir al encuentro de mi padrino.

Y se puso en marcha. Después de caminar varios días, se encontró con un caminante, quien le preguntó:

—Hermoso joven, ¿adónde vas?

—A Inglaterra.

—Yo también: viajaremos juntos.

El joven lo miró a los ojos; tenía un ojo que miraba a oriente y otro que miraba a occidente, y el joven pensó que éste era el bizco de quien debía cuidarse. Se detuvo

con un pretexto y cambió de camino.

Encontró a otro caminante sentado en una piedra.

—¿Vas a Inglaterra? —le dijo éste—. Haremos el viaje juntos.

Y levantándose, comenzó a cojear con ayuda de un bastón.

«Este es el cojo», pensó el joven, y cambió de camino una vez más.

Encontró otro viajero que tenía los ojos sanos, las piernas también y, en cuanto a la tiña, tenía la cabeza más limpia y más cubierta de pelo negro que se haya visto jamás. Como éste también se dirigía a Inglaterra, viajaron juntos. Al anochecer se detuvieron en una taberna y se alojaron allí. Pero el joven, que no se fiaba de su acompañante, le entregó la bolsa con el dinero y la carta del Rey al posadero, para que éste se los cuidara. Por la noche, mientras el joven dormía, su acompañante se levantó, fue a ver al posadero y pidió que le entregara la bolsa, la carta y el caballo. Por la mañana, el joven se encontró solo, sin un centavo, sin la carta y a pie.

—Por la noche vino vuestro criado —le dijo el posadero—, a pedirme todos vuestros enseres. Y partió…

El joven se echó a andar. En un recodo, vio su caballo sujeto a un árbol en un prado. Se dispuso a montarlo, pero de detrás del árbol saltó su compañero de la noche anterior armado con una pistola.

—Si aprecias tu vida —le dijo—, debes fingir que eres mi criado y que soy yo el ahijado del Rey de Inglaterra.

Y con estas palabras, se quitó la peluca negra: tenía el cráneo cubierto de tiña.

Partieron, el tiñoso a caballo y el joven a pie, y así llegaron a Inglaterra. El Rey recibió al tiñoso con los brazos abiertos, creyéndolo su ahijado, mientras que el verdadero ahijado tuvo que alojarse en el establo como mozo de cuadra. Pero el tiñoso no veía la hora de deshacerse de él. Un día le dijo el Rey:

—Si pudieses liberar a mi hija, prisionera de un encantamiento en una isla, te la daría por esposa, pero todos los que partieron a liberarla encontraron la muerte.

Entonces el tiñoso le propuso:

—Haced el intento con mi criado. El seguro que será capaz de liberarla.

El Rey hizo llamar al joven en el acto.

—¿Eres capaz de liberar a mi hija? —le preguntó.

—¿Vuestra hija? —dijo el joven—. ¡Decidme dónde está, Majestad!

Y el Rey:

—Mira que si vuelves sin haberla liberado te haré cortar la cabeza.

El joven se dirigió al muelle. Miraba partir las naves y no sabía cómo llegar a la isla de la Princesa. Se le acercó un viejo marinero con la barba hasta las rodillas.

—Préstame atención —le dijo—, hazte construir una nave de tres pisos.

El joven fue a ver al Rey y mandó que le construyeran una nave de tres pisos. Cuando la nave estuvo lista para zarpar, volvió a aparecer el viejo marinero.

—Ahora —le dijo— que te llenen un piso de queso, otro de migas de pan, y el tercero de carroña.

El joven hizo preparar los tres cargamentos.

—Ahora —dijo el viejo—, cuando el Rey te diga: «Elige los marineros que quieras», dile: «Me basta con uno», y elígeme a mí.

Así lo hizo, y todos los ciudadanos acudieron a ver zarpar esa nave con tan extraño cargamento y con una tripulación compuesta por un solo hombre que, para colmo, era un viejo decrépito.

Navegaron tres meses, y después de tres meses, una noche vieron un faro y entraron en un puerto. Nada se veía en la orilla: sólo casas muy bajas y movimientos furtivos; al fin dijo una voz:

—¿Qué carga lleváis?

—Cortezas de queso —respondió el viejo marinero.

—Está bien —dijeron los de tierra—. Es lo que nos hace falta.

Era la Isla de los Ratones, y todos sus habitantes eran ratones. Estos dijeron:

—Compraremos toda la carga, pero no tenemos dinero para pagarla. Sin embargo, cada vez que nos necesitéis os bastará decir: «Ratoncitos, ratoncitos, venid en mi ayuda», y acudiremos en el acto.

El joven y el marinero bajaron la escala y los ratones descargaron las cortezas de queso con gran rapidez.

Siguieron viaje y llegaron de noche a otra isla. En el puerto no se veía nada, menos aún que en el anterior. No se distinguían casas ni árboles.

—¿Qué carga lleváis? —les dijo una voz en la oscuridad.

—Migas de pan —dijo el marinero.

—Está bien —respondieron—. ¡Es lo que necesitamos!

Era la Isla de las Hormigas, y todos sus habitantes eran hormigas. Ellas tampoco tenían dinero para pagarles, pero dijeron:

—Cuando nos necesitéis, os bastará decir: «¡Hormiguitas, hormiguitas, venid en mi ayuda!», e iremos en seguida adonde estéis.

Y se pusieron a descargar las migas de pan, por los cabos de amarre de proa y de popa. Luego la nave volvió a zarpar.

Llegaron a una isla cuyas altísimas rocas caían a pico sobre el puerto.

—¿Qué carga lleváis? —les gritaron.

—¡Carroña!

—¡Está bien! —les dijeron—. Es lo que necesitábamos.

Y grandes sombras negras revolotearon sobre la nave.

Era la Isla de los Buitres, totalmente habitada por esas aves rapaces. Descargaron la nave recogiendo las carroñas al vuelo, y dijeron que a cambio, cada vez que los llamaran: «¡Buitrecitos, buitrecitos, venid en mi ayuda!», ellos acudirían a ayudarlos.

Después de varios meses de navegación, llegaron a la isla donde estaba prisionera la hija del Rey de Inglaterra. Desembarcaron, se internaron en una larga caverna, y emergieron ante un palacio, en un jardín. Vino a recibirlos un enano.

—¿Está aquí la hija del Rey de Inglaterra? —preguntó el joven.

—Venid a preguntárselo al Hada Sibiana —dijo el enano, y los condujo al palacio, que tenía baldosas de oro y muros de cristal. El Hada Sibiana estaba sentada en un trono de cristal y de oro.

—Reyes y príncipes con todos sus ejércitos —dijo el Hada Sibiana— vinieron a liberar a la Princesa, y todos murieron.

—Yo sólo cuento con mi voluntad y mi coraje —dijo el joven.

—Pues bien —dijo el Hada—, deberás realizar tres pruebas. Si no tienes éxito, jamás saldrás de aquí. ¿Ves esta montaña que me oculta el sol? Mañana al despertarme quiero tener el sol en mis aposentos. Debes abatir la montaña esta misma noche.

El enano trajo un azadón y condujo al joven al pie de la montaña. El joven dio un golpe de azadón y el hierro se quebró.

«¿Cómo lo hago para cavar?», pensó, y se acordó de los ratones de la isla.

—¡Ratoncitos, ratoncitos —llamó—, venid en mi ayuda!

Apenas lo dijo, una marea de ratones bulló sobre las laderas de la montaña y la cubrió por completo; todos excavaban, roían y apartaban la tierra con las patas, y la montaña se empequeñecía cada vez más…

Al día siguiente, el Hada Sibiana se despertó cuando los primeros rayos del sol penetraron en sus aposentos.

—Muy bien —le dijo al joven—, pero no es suficiente.

Y lo condujo a los subterráneos del palacio. En medio del subterráneo, en una sala alta como una iglesia, había un inmenso cúmulo de guisantes y lentejas sin separar.

—Esta noche debes separar los guisantes de las lentejas, haciendo dos pilas aparte. Y pobre de ti si dejas una lenteja en la pila de los guisantes, o un guisante en la pila de las lentejas.

El enano le dejó un pabilo de candil y se fue con el Hada. El joven se quedó mirando ese inmenso cúmulo; el pabilo estaba a punto de extinguirse y él se preguntaba cómo era posible que un hombre realizara una tarea tan minuciosa, cuando se acordó de las hormigas de la isla.

—¡Hormiguitas, hormiguitas —llamó—, venid en mi ayuda!

Apenas pronunció estas palabras, el enorme subterráneo se pobló de minúsculas y palpitantes hormigas, que, con orden y paciencia, llevando unas los guisantes y otras las lentejas, hicieron las dos pilas.

—Aún no estoy vencida —dijo el Hada cuando vio el trabajo cumplido—. Ahora te aguarda una prueba mucho más difícil. Mañana al amanecer debes traerme un barril lleno del agua de la larga vida.

El manantial del agua de la larga vida estaba en la cima de una montaña altísima e infestada de bestias feroces. Ni pensar en llegar hasta allí, y mucho menos con un barril. Pero el joven llamó:

—¡Buitrecitos, buitrecitos, venid en mi ayuda!

Y el cielo se ennegreció de buitres que descendían en amplios círculos. El joven

sujetó una redoma al cuello de cada una de las aves. Una interminable bandada de buitres voló hasta el manantial, cada uno llenó su redoma, y todos volvieron junto al joven y vertieron las redomas en el barril que éste había preparado.

Una vez lleno el barril, se oyó un galopar de caballos: el Hada Sibiana emprendía la fuga, y detrás de ella corrían sus enanos. Del palacio salió feliz la hija del Rey de Inglaterra, y dijo:

—¡Por fin estoy salvada! ¡Me habéis liberado!

Con la hija del Rey y el barril del agua de la larga vida, el joven volvió hacia la nave donde el viejo marinero lo esperaba para levar anclas. Todos los días el Rey de Inglaterra escrutaba el mar con el catalejo, y cuando vio acercarse un barco con el pabellón inglés, corrió muy contento hacia el puerto. El Tiñoso, cuando vio al joven sano y salvo con la hija del Rey, casi se muere de rabia. Y decidió hacerlo asesinar.

Mientras el Rey festejaba el retorno de la hija con un gran festín, dos oscuros personajes vinieron a llamar al joven diciendo que se trataba de algo urgente. El joven los siguió sin comprender; una vez en el bosque, los dos personajes, que eran sicarios del Tiñoso, desenvainaron los cuchillos y lo apuñalaron.

Entre tanto, en el festín, la hija del Rey estaba pensativa, porque el joven había salido con esos oscuros personajes y no regresaba. Fue a buscarlo y, en cuanto llegó al bosque, halló el cadáver cubierto de heridas. Pero el viejo marinero había llevado consigo el barril del agua de la larga vida, y sumergió en ella el cadáver del joven: lo vieron salir de un salto, más sano que antes, y tan hermoso que la hija del Rey le echó los brazos al cuello.

El Tiñoso se puso verde de bilis.

—¿Qué hay en ese barril? —preguntó.

—Aceite hirviendo —le respondió el marinero.

Entonces el Tiñoso se hizo preparar un barril de aceite hirviendo y le dijo a la Princesa:

—Si no me amáis me mato.

Se traspasó con el puñal y saltó al aceite hirviendo. Se quemó en el acto, y en el salto perdió la peluca y quedó al descubierto la cabeza tiñosa.

—¡Ah! ¡El Tiñoso! —dijo el Rey de Inglaterra—. El más cruel de mis enemigos. Al final llegó su hora. ¡Entonces tú, joven valeroso, eres mi ahijado! ¡Te casarás con mi hija y heredarás mi reino!

Y así sucedió.

(Costa ligur occidental)

4
EL HOMBRE DE QUE SÓLO SALÍA NOCHE

En los tiempos de Babí Babò[5-Tr] vivía un pobre pescador con tres hijas casaderas. Había un joven que deseaba casarse con una de ellas, pero como sólo salía de noche la gente no se fiaba de él. De modo que la mayor no lo quiso por marido y tampoco la segunda; la menor, en cambió, aceptó. La boda se hizo de noche, y apenas estuvieron solos, el esposo le dijo:

—Debo confiarte un secreto: estoy hechizado, y mi condena consiste en ser tortuga durante el día y hombre sólo de noche; hay un único modo de romper el hechizo; debo dejar a mi mujer inmediatamente después de la boda y dar la vuelta al mundo, de noche como hombre y de día como tortuga; si al volver compruebo que mi mujer me fue fiel y soportó todas las desventuras por amor a mí, volveré a ser hombre para siempre.

—Estoy dispuesta —dijo la esposa.

El marido le puso en el dedo un anillo con un diamante.

Ya era de día, y el esposo se transformó en tortuga; y, con sus lentos pasos, partió a dar la vuelta al mundo.

La esposa fue a recorrer la ciudad en busca de trabajo. Encontró un niño que lloraba y le dijo a la madre:

—Déjemelo tener en brazos, que lo haré callar.

—Ojalá pueda hacerlo callar —dijo la madre—. Se pasa el día llorando.

—Por la virtud del diamante —dijo la esposa—, ¡que el niño ría, baile y salte!

Y el niño se puso a reír, a bailar y a saltar.

Luego entró en una panadería y le dijo a la dueña:

—Déjeme trabajar con usted, que no se arrepentirá.

La cogieron para trabajar; ella se puso a hacer el pan y dijo:

—¡Por la virtud del diamante, que todos compren pan en esta tienda mientras yo trabaje en ella!

Y todo el día la gente iba y venía por la tienda. Vinieron tres jóvenes que, al ver a

la bella esposa, se enamoraron de ella.

—Si me dejas pasar una noche en tu alcoba —le dijo uno de los tres—, te doy mil francos.

—Y yo —dijo otro—, te doy dos mil.

—Y yo tres mil —dijo el tercero.

Ella tomó los tres mil francos del tercero y por la noche lo dejó entrar furtivamente en la panadería.

—Aguarda un momento —le dijo— a que ponga la levadura en la harina, y hazme un favor: ayúdame a amasar un poco.

El hombre se puso a amasar y amasaba, amasaba, amasaba sin poder sacar los brazos de la pasta, por la virtud del diamante, y siguió amasando hasta que llegó el día.

—¡Al fin terminaste! —le dijo ella—. ¡Tardaste bastante!

Y lo echó.

Después le dijo que sí al de los dos mil francos, lo hizo entrar en cuanto oscureció y le dijo que soplara un poco el fuego para que no se apagase. Él sopló, sopló y sopló y, por la virtud del diamante, siguió soplando el fuego hasta la mañana, con la cara hinchada como un odre.

—¡Buena la has hecho! —le dijo ella por la mañana—. Vienes a verme a mí y te pasas la noche soplando el fuego.

Y lo echó.

A la noche siguiente hizo entrar al de los mil francos.

—Debo poner la levadura —le dijo—, mientras tanto cierra la puerta.

El hombre cerró la puerta y por la virtud del diamante, la puerta volvió a abrirse. La cerró de nuevo y de nuevo se abrió, y así pasó la noche y llegó la mañana.

—¿Cerraste esa puerta, al fin? Bueno, ahora ábrela y vete de aquí.

Los tres hombres, rojos de furia, fueron a denunciarla. En esos tiempos, además de los esbirros, había mujeres-esbirros que actuaban cuando había que arrestar a una mujer. De modo que cuatro mujeres-esbirro fueron a arrestar a la esposa.

—Por la virtud del diamante —dijo la esposa—, que estas mujeres se den bofetadas hasta mañana por la mañana.

Y las cuatro mujeres se pusieron a golpearse entre sí, y a todas se les hinchó la cara.

Como las cuatro mujeres-esbirro no volvían con la prisionera, se enviaron cuatro esbirros para ir a buscarlas. La esposa los vio llegar y dijo:

—Por la virtud del diamante, que estos hombres se pongan a saltar al burro.

Y al instante, uno de los esbirros se agachó, otro le puso las manos en la espalda y le saltó por encima; siguieron los otros dos, y así continuaron dando un salto tras otro.

En ese momento, con sus pasos lentos y pesados, llegó una tortuga. Era el esposo que volvía de dar la vuelta al mundo. En cuanto vio a la mujer, se transformó en un bello mancebo, y así vivió con ella muchos años.

(Costa ligur occidental)

5
¡Y SIETE!

Había una mujer que tenía una hija grande y rolliza y tan comilona que cuando la madre le servía la sopa ella tomaba un plato, tomaba un segundo, tomaba un tercero y aún pedía más. Y la madre le llenaba el plato y decía:

—¡Y tres…! ¡Y cuatro…! ¡Y cinco!

Cuando la hija le pedía el séptimo plato de sopa, la madre, en vez de llenarle el plato, le daba un bastonazo en la cabeza, gritando:

—¡Y siete!

Pasaba por allí un joven bien vestido, y vio por la ventana a la madre que golpeaba a la hija gritándole:

—¡Y siete!

Como esa hermosa joven, tan grande y rolliza, le gustó en el acto, entró y preguntó:

—¿Siete qué?

A la madre le daba vergüenza tener una hija tan comilona, y dijo: —¡Siete husos de cáñamo! ¡Tengo una hija tan loca por el trabajo que se pondría junto a las ovejas para hilar lana! ¡Figúrese que esta mañana ya ha hilado siete husos de cáñamo y con eso no le basta! ¡Tengo que pegarle para que deje de trabajar!

—Si es así, déjela conmigo —dijo el joven—. Probaré a ver si es cierto, y después me caso con ella.

La llevó a su casa y la encerró en un cuarto lleno de cáñamo para hilar.

—Yo soy capitán de un barco y salgo de viaje —le dijo—. Si cuando vuelva has hilado todo este cáñamo, me caso contigo.

En el cuarto también había hermosos vestidos y hermosas joyas, porque el capitán era muy rico.

—Cuando seas mi mujer, todos estos bienes serán tuyos —dijo, y después se fue.

La muchacha se pasaba el día probándose joyas y vestidos y mirándose en el espejo. Además, se hacía preparar comida por las sirvientas de la casa. El cáñamo ni

lo tocaba. Pasó el tiempo y al día siguiente llegaba el capitán; la muchacha pensó que jamás podría ser su esposa y se puso a llorar y a desesperarse. Y mientras lloraba desconsolada, voló por la ventana un bulto de trapo y cayó en el cuarto. El bulto de trapo se puso en pie y era una vieja de largas pestañas. La vieja dijo:

—No tengas miedo, he venido para ayudarte. Yo hilo y tú haces la madeja.

Jamás se había visto una hilandera más rápida que la vieja: en un cuarto de hora todo el cáñamo estuvo listo. Y cuanto más hilaba, más largas se le volvían las pestañas, más largas que la nariz, más largas que la cara; se alargaron más de un palmo y también se alargaron los párpados.

Cuando terminaron el trabajo, la muchacha le dijo:

—¿Cómo puedo recompensarte, buena mujer?

—No quiero recompensas. Me basta con que me invites al festín de bodas, cuando te cases con el capitán.

—¿Y cómo haré para invitarte?

—Basta que me llames: «¡Columbina!», y yo vendré. Pero ¡ay de ti!, si te olvidas de mi nombre. Será como si no te hubiese ayudado, y estarás perdida.

Al día siguiente llegó el capitán y encontró el cáñamo hilado por completo.

—Muy bien —dijo—. Creo que de veras eres la esposa que yo quería. Mira las joyas y los vestidos que compré para ti. Pero ahora debo partir a hacer otro viaje. Hagamos una segunda prueba. Aquí tienes una carga de cáñamo; es el doble que la anterior. Si cuando vuelva lo has hilado todo, me caso contigo.

La muchacha, como antes, se pasó los días probándose vestidos y joyas, comiendo sopa y lasaña, y llegó el último día sin que hubiese iniciado la tarea. Se puso a llorar, pero entonces oyó caer algo por la campana de la chimenea y vio un bulto de trapo que rodaba por el cuarto. El bulto de trapo se puso en pie y era una vieja con los labios colgando. También ésta le prometió su ayuda; se puso a hilar y era más rápida que la otra, y cuanto más hilaba, más se le alargaban los labios. En media hora hiló todo el cáñamo, pero la vieja no pidió otra recompensa que la de ser invitada al banquete de bodas.

—Basta que llames: «¡Columbara!»; pero no te olvides de mi nombre, si no mi ayuda será inútil y ¡ay de ti!

Volvió el capitán y preguntó desde la calle:

—¿Lo hilaste todo?

Y la muchacha:

—¡Pues claro! ¡Y hace rato!

—Toma estos vestidos y estas joyas. Esta vez, si cuando vuelva de mi tercer viaje has hilado esta tercera carga de cáñamo, mayor que las dos anteriores, te prometo que celebraremos las bodas en seguida.

También esta vez, como de costumbre, cuando llegó el último día sin que la muchacha hubiese hilado ni siquiera un ovillo, cayó un bulto de trapo de la canaleta y de allí salió una vieja de largos dientes. Se puso a hilar rápido, muy rápido, y cuanto

más hilaba más le crecían los dientes.

—Para invitarme a tu banquete de bodas —dijo la vieja—, debes gritar: «¡Columbún!», pero, si te olvidas de mi nombre, mejor sería que no me hubieses visto jamás.

Cuando el capitán llegó y vio que el cáñamo estaba listo, quedó muy satisfecho.

—Bien —dijo—, entonces serás mi mujer.

Y comenzó a dar órdenes para la ceremonia e invitó a todos los señores de la comarca.

La mujer, entusiasmada con los preparativos, no volvió a pensar en las tres viejas. En la mañana de bodas, se acordó de que tenía que invitarlas, pero cuando quiso pronunciar sus nombres se dio cuenta de que se le habían borrado de la mente. Se puso a pensar, se devanó los sesos, pero no había modo de recordarlos.

Perdió la alegría y cayó en una honda tristeza. El capitán se dio cuenta y le preguntó qué le pasaba; ella no dijo nada. Como no lograba explicarse esa melancolía, el novio pensó: «Quizá no sea el día adecuado», y postergó la boda para el día siguiente. El día siguiente fue peor todavía, y mejor no hablar del otro; cuantos más días pasaban, más triste y callada estaba la novia, con el ceño arrugado como si se esforzara por concentrarse en un pensamiento. Él intentaba hacerla reír, le gastaba bromas, le contaba historias, pero no había nada que hacer.

El capitán, ya que no podía consolarla a ella, buscó consuelo para él y una mañana salió de caza. En el bosque lo sorprendió un temporal y se refugió en una cabaña. Estaba allí, en medio de la oscuridad, cuando oyó unas voces.

—¡Eh, Columbina!

—¡Eh, Columbara!

—¡Eh, Columbún!

—¡Preparad la marmita para hacer la polenta! ¡Esta maldita novia no nos invita a su banquete!

El capitán se volvió y vio a tres viejas: una con las pestañas colgándole hasta el suelo, otra con los labios que le llegaban a los pies, una tercera con los dientes raspándole las rodillas.

«Espera un poco», pensó, «ahora sé qué contarle para que se ría. ¡Si no se ríe con lo que acabo de ver, no se reirá jamás!».

Volvió a casa y le dijo a la esposa:

—Préstame atención: hoy estaba en el bosque y entré en una cabaña para resguardarme de la lluvia. ¿Y qué veo al entrar? Tres viejas: una con las pestañas colgándole hasta el suelo, otra con los labios lamiéndole los pies, y la tercera con los dientes royéndole las rodillas. Y se llamaban: «¡Eh, Columbina! ¡Eh, Columbara! ¡Eh, Columbún!».

A la mujer se le iluminó el rostro en el acto; lanzó una interminable carcajada y dijo:

—Ordena de inmediato el festín de bodas; pero pido una gracia. Dado que estas

tres viejas me hacen reír tanto, deja que las invite.

Así se hizo. Para las tres viejas se dispuso una mesa redonda aparte, pero tan pequeña que entre las pestañas de la una, los labios de la otra y los dientes de la tercera, ya no se veía nada.

Terminado el banquete, el esposo le preguntó a Columbina:

—Pero dime, buena mujer, ¿cómo tienes las pestañas tan largas?

—¡Por haber aguzado los ojos para enhebrar el hilo! —dijo Columbina.

—Y tú, ¿cómo tienes los labios tan largos?

—¡De tanto mojarme el dedo para humedecer el hilo! —dijo Columbara.

—Y tú, ¿cómo tienes los dientes tan largos?

—¡A fuerza de morder el nudo del hilo! —dijo Columbún.

—Comprendo —contestó el esposo y le dijo a su mujer—: tráeme un huso.

Y cuando se lo trajo, lo arrojó al fuego de la chimenea.

—¡Tú no hilarás más en toda tu vida!

Así, la esposa grande y rolliza vivió feliz y contenta a partir de ese día.

(Costa ligur occidental)

6
CUERPO-SIN-ALMA

Había una vez una viuda con un hijo que se llamaba Giuanin. A los trece años, éste quiso recorrer el mundo para hacer fortuna.

—¿Para qué quieres ir a recorrer el mundo? —le dijo su madre—. ¿No ves que todavía eres pequeño? Cuando seas capaz de derribar de un puntapié ese pino que hay al fondo de la casa, entonces podrás irte.

Desde ese día, todas las mañanas, apenas se levantaba, Giuanin cogía impulso y se lanzaba a pies juntillas contra el tronco del pino. El pino no se movía y él caía al suelo cuan largo era. Se levantaba, se sacudía el polvo de encima, y se recluía en un rincón.

Una mañana, por fin, saltó contra el árbol con todas sus fuerzas y el árbol se inclinó, se inclinó, hasta que las raíces quedaron al desnudo y el árbol cayó derribado. Giuanin corrió a avisar a su madre, quien fue a ver, lo examinó escrupulosamente y le dijo:

—Ahora, hijo mío, puedes ir donde quieras.

Giuanin se despidió de ella y se puso en marcha.

Después de varios días de viaje, llegó a una ciudad. El Rey de esa ciudad tenía un caballo que se llamaba Rondello, y nadie se atrevía a montarlo. Los que lo intentaban parecían tener éxito en un primer momento, pero luego el caballo les hacía morder el polvo. Giuanin se puso a mirar un poco y notó que el caballo se asustaba de su propia sombra. Entonces se ofreció para domar a Rondello. Fue a verlo al establo, lo llamó, lo acarició, y de pronto le saltó encima y lo llevó afuera dirigiéndole el hocico contra el sol. El caballo no veía su sombra y no se asustaba: Giuanin lo apretó con las rodillas, aflojó las bridas y partió al galope. Al cuarto de hora estaba domado, obediente como un corderito; pero no se dejaba montar sino por Giuanin.

Entonces el Rey tomó a Giuanin a su servicio, y lo apreciaba tanto que los otros criados comenzaron a tenerle envidia. Y se pusieron a pensar en cómo desembarazarse de él.

Es necesario saber que ese Rey tenía una hija, y que esta hija había sido raptada años atrás por el Mago Cuerpo-sin-alma y nadie sabía nada de ella. Los servidores fueron a decirle al Rey que Giuanin se había ufanado públicamente de que la liberaría. El Rey lo hizo llamar; Giuanin, caído de las nubes, le dijo que no sabía nada. Pero el Rey, cuyos ojos perdían la luz de sólo pensar que se hicieran bromas al respecto, le dijo: —¡O la liberas, o te hago cortar la cabeza!

Giuanin, viendo que no había modo de hacerlo entrar en razón, pidió una espada herrumbrada que pendía del muro, ensilló a Rondello y partió. Al atravesar un bosque, vio un león que le hizo señas para detenerse. Giuanin tenía un poco de miedo al león pero le disgustaba darse a la fuga, así que desmontó y le preguntó qué quería.

—Giuanin —le dijo el león—, ya ves que aquí somos cuatro: yo, un perro, un águila y una hormiga; tenemos este asno muerto para repartírnoslo; tú tienes una espada, así que divídelo en partes y di cuál nos corresponde a cada uno.

Giuanin decapitó el asno y le dio la cabeza a la hormiga.

—Toma —le dijo—: te servirá de madriguera y dentro tendrás comida hasta hartarte.

Luego cortó las patas y se las dio al perro:

—Aquí tendrás mucho hueso para roer.

Arrancó las tripas y se las dio al águila:

—Aquí tienes comida apropiada, y hasta puedes llevártela a la copa de los árboles donde te quieras posar.

Le dio el resto al león, a quien le correspondía por ser el de mayor tamaño. Montó nuevamente, y estaba a punto de partir cuando oyó que lo llamaban. «Ay de mí», pensó, «no habré hecho una división justa». Pero el león le dijo:

—Has sido un buen juez y nos hiciste un buen servicio. ¿Qué podemos ofrecerte en señal de gratitud? Aquí tienes una de mis garras; cuando te la pongas, te convertirás en el león más fiero del mundo.

Y el perro:

—Aquí tienes uno de mis bigotes; cuando te lo pongas debajo de la nariz, te convertirás en el perro más veloz que se haya visto.

Y el águila:

—Aquí tienes una pluma de mis alas; con ella podrás convertirte en el águila más grande y veloz que vuele bajo el cielo.

Y la hormiga:

—Y yo te doy una de mis patitas; cuando te la pongas te convertirás en una hormiguita, tan pero tan chiquita que ni con lentes podrán verte.

Giuanin cogió todos los regalos, les dio las gracias a los cuatro animales y partió. Aún no sabía si creer o no en la virtud de esos regalos, porque bien podían haberle gastado una broma. Pero en cuanto perdió de vista a los animales se detuvo para hacer la prueba. Se transformó en león, en perro, en águila y hormiga, luego pasó de hormiga a águila y a perro y a león y luego se convirtió en águila, en hormiga, en

león y en perro y luego pasó de perro a hormiga y a león y a águila, asegurándose así de que todo funcionaba perfectamente. Reanudó la marcha muy satisfecho.

En el linde de un bosque había un lago y sobre el lago un castillo. Era el castillo del Mago Cuerpo-sin-alma. Giuanin se transformó en águila y voló hasta el alféizar de una ventana cerrada. Luego se transformó en hormiga y penetró en la estancia a través de una fisura. Era un bello aposento y la hija del Rey dormía bajo un dosel. Giuanin, sin dejar de ser hormiga, caminó sobre sus mejillas hasta despertarla. Entonces se quitó la patita de hormiga y la hija del Rey se vio de pronto junto a un hermoso joven.

—¡No temas! —le dijo Giuanin haciéndole señas de que se callara—. He venido a liberarte. Es necesario que el Mago te diga qué hay que hacer para matarlo.

Cuando el Mago volvió, Giuanin volvió a convertirse en hormiga. La hija del Rey recibió al Mago con mil melindres, lo hizo sentar a sus pies, le hizo apoyar la cabeza sobre sus rodillas. Y le dijo:

—Querido Mago mío, yo sé que tú eres un cuerpo sin alma y que por lo tanto no puedes morir. Pero siempre temo que alguien descubra dónde tienes el alma y logre matarte, lo cual me entristece.

Entonces le respondió al Mago:

—A ti puedo decírtelo, pues aquí estás tan encerrada que no puedes traicionarme. Para matarme haría falta un león tan fuerte que pueda matar al león negro que hay en el bosque; muerto el león, de su vientre saldrá un perro negro tan veloz que para alcanzarlo haría falta el perro más veloz del mundo. Muerto el perro negro, saldrá de su vientre un águila negra que no sé qué águila podría vencerla. Pero aunque mataran al águila negra, habría que sacarle del vientre un huevo negro y rompérmelo en la frente para que mi alma vuele y yo muera. ¿Te parece fácil? ¿Crees que vale la pena que te pongas triste?

Giuanin todo lo escuchó con sus orejitas de hormiga; salió por la fisura con sus pasitos y volvió al alféizar. Allí volvió a convertirse en águila y voló hacia el bosque. En el bosque se transformó en león y recorrió la espesura hasta que encontró al león negro. El león negro lo atacó, pero Giuanin era el león más fuerte del mundo y lo derrotó. (En el castillo, el Mago sintió que la cabeza le daba vueltas). Del vientre abierto del león surgió un veloz perro negro, pero Giuanin se convirtió en el perro más veloz del mundo y lo alcanzó, rodaron por tierra, mordiéndose hasta que el perro negro cayó muerto. (En el castillo, el Mago tuvo que meterse en cama). Del vientre abierto del perro salió volando un águila negra, pero Giuanin se convirtió en el águila más grande del mundo y ambas giraron por el cielo desgarrándose con el pico y las uñas, hasta que el águila negra cerró las alas y cayó a tierra. (En el castillo, el Mago sufría una fiebre brutal y se arrebujaba bajo las colchas).

Giuanin se convirtió en hombre, abrió el vientre del águila y halló allí el huevo negro. Se dirigió al castillo y se lo dio a la hija del Rey, que se puso muy contenta.

—¿Pero cómo lo has hecho? —le preguntó ella.

—Cosa de nada —le dijo Giuanin—. Ahora te toca a ti.

La hija del Rey entró en el aposento del Mago.

—¿Cómo estás?

—Ay, pobre de mí, alguien me ha traicionado…

—Te he traído una taza de caldo. Bebe.

El Mago se incorporó para sentarse y se inclinó para beber el caldo.

—Espera que le ponga un huevo, así queda más sustancioso —y con estas palabras, la hija del Rey le rompió el huevo negro en la frente. El Mago Cuerpo-sin-alma murió en el acto.

Giuanin, para gran alegría de todos, le devolvió la hija al Rey, quien de inmediato se la dio como esposa.

(Costa ligur occidental)

7
EL DINERO LO HACE TODO

Había una vez un Príncipe rico como el mar. Tuvo ganas de hacerse un palacio justo frente al del Rey, pero aún más bello que el del Rey. Al concluir el palacio, mandó poner esta inscripción sobre la fachada: *El dinero lo hace todo*.

El Rey salió, vio la inscripción y la leyó. Hizo llamar de inmediato al Príncipe, quien, como era nuevo en la ciudad, aún no había estado en la Corte.

—Te felicito —le dijo—, te has hecho un palacio que es una maravilla. En comparación, mi casa parece una choza. Te felicito. Ahora dime, ¿eres tú el que hizo poner que el dinero lo hace todo?

El Príncipe empezó a entender que su ambición había sido desmedida.

—En efecto —respondió—, pero si disgusta a Vuestra Majestad, nada costará borrarlo…

—No, tanto no pretendo; sólo quería que me explicases qué querías decir con esa inscripción. ¿Acaso piensas que serías capaz, porque tienes dinero, de hacerme asesinar?

El Príncipe comprendió que no estaba en una situación muy favorable.

—Oh, perdóneme, Majestad… ¡Haré quitar enseguida esa inscripción! Y si el palacio no le gusta, dígamelo y lo reduzco a escombros.

—Te digo que no… déjalo como está. Pero, ya que dices que con dinero se puede todo, demuéstramelo. Te doy tres días de plazo para que logres hablar con mi hija. Si lo consigues, muy bien, te casas con ella… Si no lo consigues, te hago cortar la cabeza. ¿De acuerdo?

El Príncipe fue presa de la angustia; no comía, no bebía, no dormía; sólo pensaba, día y noche, en el modo de salvar el pellejo. Al segundo día, seguro de que jamás podría llevar a cabo lo que le pedían, se decidió a redactar el testamento. No quedaban esperanzas: a la hija del Rey la habían encerrado en un castillo custodiado por un centenar de guardias.

El Príncipe, pálido y mustio como un trapo, se había resignado a morir. Fue a

verlo su nodriza, una vieja decrépita que lo había amamantado en la infancia y que él aún conservaba a su servicio. Al verlo tan abatido, la vieja le preguntó qué le pasaba. Un poco contra su voluntad, él le contó la historia.

—¿Y bien? —dijo la nodriza—. ¿Quieres darte por vencido? ¡Me haces reír! ¡Yo buscaré una solución!

Corrió y corrió dando saltos a casa del mejor orfebre de la ciudad y le pidió una oca hecha totalmente de plata, que abriera y cerrara el pico, pero que tuviese el tamaño de un hombre y estuviese vacía por dentro.

—Debe estar lista para mañana.

—¿Para mañana? ¡Estáis loca! —exclamó el orfebre.

—¡He dicho para mañana! —y la vieja extrajo una bolsa de monedas de oro—. Pensadlo: éste es el anticipo; mañana os daré el resto contra entrega.

El orfebre se quedó con la boca abierta.

—Así las cosas cambian —dijo—. Se puede intentar.

Y al día siguiente, la oca estuvo lista: una maravilla.

La vieja le dijo al Príncipe:

—Coge tu violín, entra en la oca y, en cuanto estemos en la calle, ponte a tocar.

Recorrieron las calles de la ciudad: la vieja arrastraba la oca de plata con una correa; en su interior, el Príncipe tocaba el violín. La gente los rodeaba boquiabierta. Todos corrían a admirar la oca. El rumor llegó hasta el castillo donde estaba encerrada la hija del Rey, quien solicitó a su padre permiso para ver el espectáculo. El Rey le dijo:

—Mañana vence el plazo que le di a ese Príncipe fanfarrón. Entonces podrás salir a ver la oca.

Pero la hija había oído que la vieja de la oca se iría de la ciudad al día siguiente, de modo que el Rey concedió que la oca fuera introducida en el castillo para que su hija pudiese verla. Era lo que esperaba la vieja. Cuando la Princesa se quedó sola con la oca de plata, hechizada por la música que salía del pico, vio que de pronto la oca se abría y de ella salía un hombre.

—No temáis —dijo el hombre—. Soy el Príncipe que debe hablaros para que vuestro padre mañana no lo haga decapitar. Podréis decir que hablasteis conmigo y salvarme.

Al día siguiente, el Rey hizo llamar al Príncipe:

—Y dime, ¿te sirvió tu dinero para hablar con mi hija?

—Sí, Majestad —respondió el Príncipe.

—¿Cómo? ¿Quieres decirme que hablaste con ella?

—Preguntádselo.

Y en cuanto llamaron a la hija, ella contó que el Príncipe estaba en la oca de plata que el mismo Rey había permitido introducir en el castillo.

Entonces el Rey se quitó la corona y la depositó en la cabeza del Príncipe:

—¡Es decir, que no sólo tiene dinero sino también un cerebro ágil! Alégrate, que

te doy la mano de mi hija.

(Génova)

8
EL PASTOR QUE NUNCA CRECÍA

Había una vez un pastor pequeño y malcriado. Cuando llevaba el rebaño a pastar, vio pasar a una vendedora de pollos con un canasto de huevos sobre la cabeza; le arrojó una piedra al canasto y de un golpe rompió todos los huevos. La pobre mujer, exasperada, le gritó:

—¡Qué nunca crezcas, hasta encontrar a la bella Bargaglina de las tres manzanas que cantan!

A partir de entonces, el pastorcito se volvió débil y enjuto, y cuanto más lo cuidaba su madre, más adelgazaba. Esta al fin le preguntó:

—¿Qué te ocurre? ¿Te ha echado alguien una maldición?

El entonces le contó su travesura y lo que le había dicho la vendedora de pollos: «Que nunca crezcas hasta encontrar a la bella Bargaglina de las tres manzanas que cantan».

—Entonces —le dijo su madre— no hay nada que hacer: debes partir en busca de esta bella Bargaglina.

El pastor se puso en marcha. Llegó a un puente y vio sobre el puente a una mujercita que se columpiaba en una cáscara de nuez.

—¿Quién pasa?

—Un amigo.

—Levántame los párpados, así veré quién eres.

—Soy uno que busca a la bella Bargaglina de las tres manzanas que cantan: ¿sabes algo de ella?

—No, pero toma esta piedra, que te vendrá bien.

El pastor llegó a otro puente y allí había otra mujercita que se bañaba en una cáscara de huevo.

—¿Quién pasa?

—Un amigo.

—Levántame los párpados, así veré quién eres.

—Soy uno que busca a la bella Bargaglina de las tres manzanas que cantan. ¿Tienes noticias de ella?

—No, pero toma este peine de marfil, que te vendrá bien.

El pastor se lo metió en el bolsillo y llegó a un riachuelo donde había un hombre que embolsaba niebla; también a éste le preguntó por la bella Bargaglina. El hombre le dijo que no sabía nada de ella, pero le dio un puñado de niebla que le vendría bien.

Luego llegó a un molino, y el molinero era una zorra que hablaba. La zorra le dijo:

—Sí, sé quién es la bella Bargaglina, pero es difícil que tú la encuentres. Sigue adelante hasta encontrar una casa con la puerta abierta; entra y verás una jaula de cristal con muchos cascabeles; dentro de la jaula están las manzanas que cantan. Debes coger la jaula, pero cuidado, porque hay una vieja que si tiene los ojos abiertos duerme, y si tiene los ojos cerrados está despierta.

El pastor reanudó la marcha; encontró a la vieja con los ojos cerrados y comprendió que estaba despierta.

—Hermoso joven —dijo la vieja—, mírame un poco la cabeza a ver si tengo piojos.

El pastor miró y mientras la despiojaba la vieja abrió los ojos; entonces él comprendió que se había dormido. Se apresuró a coger la jaula de cristal y emprender la fuga. Pero los cascabeles de la jaula tintinearon, la vieja se despertó y lo hizo perseguir por cien caballos. El pastor, al darse cuenta de que los caballos estaban por alcanzarlo, dejó caer la piedra que tenía en el bolsillo. La piedra se transformó en una montaña rocosa y escarpada y los caballos se rompieron las patas.

Los caballeros sin caballos volvieron junto a la vieja, que envió doscientos caballos. Cuando el pastor vio que de nuevo estaban por alcanzarlo, arrojó el peine de marfil: y el peine se transformó en una montaña muy lisa, los cascos de los caballos resbalaron y se mataron todos.

La vieja entonces le mandó trescientos, pero el pastor sacó el puñado de niebla, la oscuridad se propagó a sus espaldas y los caballos se perdieron. El pastor entonces tuvo sed, y como no tenía nada para beber cogió una de las manzanas de la jaula y la cortó. Oyó una vocecita que le decía:

—Córtame despacito, si no me harás daño.

El pastor la cortó despacito, comió media manzana y se guardó la otra mitad en el bolsillo. Así llegó a un pozo cerca de su casa; se puso la mano en el bolsillo para comer la otra mitad de la manzana y se encontró con una mujer muy pequeñita.

—Yo soy la bella Bargaglina —le dijo ella—, y como hogazas. Ve a buscarme una hogaza porque me muero de hambre.

El pozo era uno de esos pozos cerrados que tienen una portezuela en el medio; el pastor puso a la mujer sobre la portezuela y le dijo que lo esperara, que pronto le traería la hogaza.

A ese pozo solía ir, en busca de agua, una sirvienta llamada Esclava-fea. Llegó

Esclava-fea, vio a la bella mujercita sobre la tapa del pozo y dijo:

—Tú que eres tan pequeña eres bella, y yo que soy grande soy fea —y le dio tanta rabia que la tiró al pozo.

Cuando el pastor volvió, no vio a la bella Bargaglina y se desesperó.

La madre del pastor también solía ir a buscar agua a ese pozo, y un día descubrió un pez en la cuba. Llevó el pez a casa y lo frió. Se lo comieron y tiraron las espinas por la ventana. En el sitio donde cayeron las espinas creció un árbol, y se hizo tan grande que oscureció la casa. Entonces el pastor cortó el árbol, hizo leña para el fuego y la llevó a casa. Mientras tanto su madre había muerto, y él vivía solo, cada vez más débil y pequeño porque no podía crecer. Todos los días llevaba el rebaño a pastar, y volvía a casa al caer la tarde. Y cuál no sería su asombro al descubrir que los platos y cacerolas que había dejado sucios por la mañana estaban totalmente limpios; y no entendía quién los lavaba. Entonces se ocultó detrás de la puerta para ver quién era: y vio a una bella joven, muy, muy pequeñita, que salía de la pila de leña y lavaba los platos, las cacerolas, los cuchillos, barría el suelo, hacía las camas; luego abría la artesa, tomaba una hogaza y se la comía.

Entró el pastor y le dijo:

—¿Quién eres? ¿Cómo has podido entrar?

—Soy la bella Bargaglina —dijo la muchacha—. La que encontraste en tu bolsillo en lugar de la media manzana; Esclava-fea me tiró al pozo y me convertí en pez, luego me convertí en la espina de pescado que tiraste por la ventana, de espina de pescado me transformé en semilla de árbol y después en un árbol que crecía y crecía, y después en los leños que cortaste, y cada día, cuando no estás, vuelvo a convertirme en la bella Bargaglina.

Después de encontrar a la bella Bargaglina, el pastorcito comenzó a crecer y crecer, y la bella Bargaglina crecía con él. Hasta que él se transformó en un bello joven y se casó con la bella Bargaglina. Hicieron un gran banquete; yo estaba debajo de la mesa, me tiraron un hueso y se me incrustó en la nariz, y allí se me quedó.

(Región interior de Génova)

9
LA NARIZ DE PLATA

Había una lavandera que había enviudado y tenía tres hijas. Por mucho que las cuatro se las ingeniaban para lavar toda la ropa que podían, de todos modos pasaban hambre. Un día la hija mayor le dijo a la madre:

—Quiero irme de casa, aunque tenga que ir a servir al Diablo.

—No digas eso, hija mía —dijo la madre—. Nunca sabes lo que te puede pasar.

Pocos días después se presentó en la casa un señor vestido de negro, muy elegante y con nariz de plata.

—Sé que usted tiene tres hijas —le dijo a la madre—. ¿Le gustaría que una de ellas entrase a mi servicio?

La madre la habría mandado en el acto, pero esa nariz de plata no le gustaba. Llamó aparte a la hija mayor y le dijo:

—Mira que en este mundo no hay hombres con la nariz de plata: ten cuidado, si te vas con él puedes arrepentirte.

Pero como la hija no veía la hora de irse de casa, se fue con el hombre pese a todo. Atravesaron muchos bosques y montañas hasta que vieron en la lejanía un gran resplandor semejante a un incendio.

—¿Qué es eso? —preguntó la muchacha, que empezaba a tener un poco de aprensión.

—Mi casa. Vamos allá —dijo Nariz de Plata.

La muchacha siguió adelante sin poder contener un temblor. Llegaron a un gran palacio, y Nariz de Plata le mostró todas las habitaciones, una más bella que la otra, y le dio la llave de cada una de ellas. Cuando llegaron a la puerta de la última habitación, Nariz de Plata le dio la llave, pero le dijo:

—No abras esta puerta por razón alguna, si no, ¡pobre de ti! Eres dueña de todo el resto; pero de esta habitación, no.

La muchacha pensó: «¡Aquí hay gato encerrado!», y se prometió abrir esa puerta en cuanto Nariz de Plata la dejara a solas. Por la noche, mientras dormía en su cuarto,

Nariz de Plata entró furtivamente, se acercó a su lecho y le puso una rosa entre los cabellos. Luego se fue tan silenciosamente como había venido.

A la mañana siguiente Nariz de Plata salió para atender sus asuntos, y la muchacha, que se había quedado sola con todas las llaves, se apresuró a abrir la puerta prohibida. Apenas la abrió, brotaron llamas y humo: y en medio del fuego y el humo había una multitud de almas condenadas que se calcinaban. Entonces comprendió que Nariz de Plata era el Diablo y que esa habitación era el Infierno. Dio un grito, cerró la puerta en el acto, y se alejó cuanto pudo de esa habitación infernal, pero una lengua de fuego le había chamuscado la rosa que llevaba entre los cabellos.

Nariz de Plata regresó y vio la rosa consumida.

—¡Ah, conque así me obedeces! —exclamó. La levantó en andas, abrió la puerta del Infierno y la arrojó a las llamas.

Al día siguiente volvió a casa de aquella mujer.

—Su hija se halla muy cómoda conmigo, pero hay mucho trabajo y necesita ayuda. ¿Podría mandarme a su segunda hija?

Y así Nariz de Plata volvió con la otra hermana. También a ésta le mostró la casa, le dio las llaves y le dijo que podía abrir todas las habitaciones menos la última.

—Imagínese —dijo la muchacha—, ¿para qué voy a abrirla? ¿Qué me importan sus asuntos?

Por la noche, cuando la muchacha se fue a dormir, Nariz de Plata se acercó con mucho sigilo y le puso un clavel entre los cabellos.

A la mañana siguiente, apenas se fue Nariz de Plata, lo primero que hizo la muchacha fue abrir la puerta prohibida. Humo, llamas, alaridos, y en medio del fuego reconoció a su hermana.

—¡Hermana mía —gritó ésta—, libérame de este Infierno!

Pero la muchacha se sentía desfallecer; se apresuró a cerrar la puerta y a escapar, pero no sabía dónde ocultarse, porque ahora estaba segura de que Nariz de Plata era el Diablo y ella estaba irremediablemente en sus manos. Cuando volvió Nariz de Plata, lo primero que hizo fue mirarle la cabeza: vio el clavel marchito y, sin decirle una palabra, la levantó en andas y también la arrojó al Infierno.

Al día siguiente, vestido de gran señor, como de costumbre, volvió a presentarse en casa de la lavandera.

—En mi casa hay tanto trabajo que dos muchachas no alcanzan. ¿Podría mandarme a la tercera?

Y así se volvió con la otra hermana, que se llamaba Lucía y era la más astuta de las tres. También a ella le mostró la casa y le hizo las habituales recomendaciones; y también a ella, en cuanto se durmió, le puso una flor entre los cabellos: un jazmín. Por la mañana, Lucía fue a peinarse apenas se levantó y al mirarse en el espejo vio el jazmín.

—Fíjate —dijo—, Nariz de Plata me ha puesto un jazmín. ¡Qué gentileza! ¡Bah, lo pondré en agua!

Y lo dejó en un vaso. No bien terminó de peinarse, al ver que estaba sola en casa, pensó: «Ahora vamos a ver un poco esa puerta misteriosa».

Apenas abrió, surgió una ráfaga de fuego, y vio a todos los que ardían y, entre ellos, a su hermana mayor y a su segunda hermana.

—¡Lucía! ¡Lucía! —le gritaron—. ¡Sácanos de aquí! ¡Sálvanos!

Lucía consideró que ante todo lo mejor era cerrar la puerta; después pensó cómo salvar a sus hermanas.

Cuando volvió el Diablo, Lucía se había puesto el jazmín entre los cabellos; se comportó como si nada hubiera pasado. Nariz de Plata miró el jazmín.

—Oh, se mantiene lozano —dijo.

—Seguro, ¿por qué no iba a estar lozano? ¿Acaso una se pone flores secas en la cabeza?

—No, lo decía por decir —comentó Nariz de Plata—. Me pareces una buena muchacha. Si sigues así nos llevaremos bien. ¿Estás contenta?

—Sí, aquí estoy bien, pero estaría mejor si no me inquietara una cosa.

—¿Qué cosa?

—Cuando me fui de casa mi madre no estaba muy bien. Y ahora no tengo noticias de ella.

—Si es por eso —dijo el Diablo—, me doy una vuelta por allí y de paso te traigo noticias.

—Gracias, es usted muy bueno. Si puede ir mañana, yo preparo mientras tanto una bolsa de ropa sucia, así si mi madre se encuentra bien se la da para que la lave. ¿No le molestará el peso?

—Por favor —dijo el Diablo—, yo puedo cargar cualquier peso.

En cuanto el Diablo salió, Lucía abrió la puerta del Infierno, sacó a su hermana mayor y la metió en una bolsa.

—Entra aquí y no te muevas, Carlota —le dijo—. Ahora será el Diablo en persona quien te lleve a casa. Pero, si notas que intenta apoyar la bolsa, es necesario que digas: «¡Te veo! ¡Te veo!».

Cuando vino Nariz de Plata, Lucía le dijo:

—Aquí está la bolsa con la ropa sucia. ¿Pero en serio la va a llevar a casa de mi madre?

—¿No confías en mí? —preguntó el Diablo.

—Sí que confío, y mucho más porque tengo esta virtud: puedo ver desde lejos y, si usted intenta apoyar la bolsa en cualquier parte, yo lo veré.

—¡Ah, sí, qué bien! —dijo el Diablo, que no creía mucho en esa historia de la virtud de ver desde lejos, mientras se echaba la bolsa al hombro—. ¡Cómo pesa esta ropa sucia!

—¡Ya lo creo! —dijo la muchacha—. ¿Cuántos años hace que no lleva nada a lavar?

Nariz de Plata se puso en marcha. Pero a mitad de camino dijo:

—¡Vamos a ver! No sea cosa que esta muchacha, con la excusa de mandar a lavar la ropa, me vacíe la casa.

Y se dispuso a apoyar la bolsa para abrirla.

—¡Te veo! ¡Te veo! —gritó entonces la muchacha oculta en la bolsa.

—¡Caramba, es cierto! —dijo Nariz de Plata—. Ve de lejos.

Y echándose la bolsa al hombro, fue derechito a casa de la madre de Lucía.

—Su hija le manda esta ropa sucia y quiere saber cómo está…

Apenas estuvo sola, la lavandera abrió la bolsa. Imagínense su placer al encontrar a la hija mayor.

Una semana más tarde, Lucía volvió a hacerse la melancólica con Nariz de Plata, y a decirle que quería noticias de la madre.

Y lo mandó a su casa con otra bolsa de ropa sucia. Así Nariz de Plata se llevó a la segunda hermana, y en cuanto quiso mirar dentro de la bolsa volvió a oír:

—¡Te veo! ¡Te veo!

La lavandera, que ya sabía que Nariz de Plata era el Diablo, se asustó mucho al verlo regresar, porque pensaba que venía a pedirle la ropa de la vez anterior, pero Nariz de Plata dejó la nueva bolsa y le dijo:

—La ropa limpia vengo a buscarla otro día. Esta bolsa es tan pesada que me rompió los huesos, y quiero volver liviano a casa.

En cuanto se fue, la lavandera abrió ansiosamente la bolsa y abrazó a su otra hija. Pero sintió más pena que nunca por Lucía, que había quedado sola en manos del Diablo.

¿Qué hizo Lucía? Al poco tiempo volvió a insistir con la historia de su madre. El Diablo ya estaba harto de llevar bolsas de ropa sucia, pero esta muchacha era tan obediente que él le tenía aprecio. La noche anterior, Lucía le dijo que le dolía tanto la cabeza que se iba a acostar antes de hora.

—Le dejo la bolsa lista, así si por la mañana no me siento bien y no me encuentra levantada se la puede llevar.

Ahora bien, resulta que Lucía se había cosido una muñeca de trapo de su mismo tamaño. La acostó, la cubrió con las colchas, se cortó las trenzas y las cosió en la cabeza de la muñeca, que así parecía ella dormida. Y ella se encerró en la bolsa.

Por la mañana, el Diablo vio a la muchacha hundida entre las colchas y se puso en marcha con la bolsa al hombro.

—Esta mañana se siente mal —se dijo—. No estará atenta. Es una buena ocasión para ver si de veras sólo mete ropa sucia.

Se apresuró a apoyar la bolsa y se dispuso a abrirla.

—¡Te veo! ¡Te veo! —gritó Lucía.

—¡Caramba! —se dijo el Diablo—. ¡Su voz se oye tal como si estuviera aquí! ¡Mejor no bromear mucho con esta muchacha!

Se echó la bolsa al hombro una vez más y se la llevó a la lavandera.

—Después paso a recogerlo todo —dijo rápidamente—. Ahora debo volver a casa

porque Lucía está enferma.

Así volvió a reunirse la familia, y como Lucía había traído consigo dinero que pertenecía al Diablo, pudieron vivir felices y contentas. Clavaron una cruz ante el umbral, de modo que el Diablo no se atrevió a acercarse de nuevo.

(Langhe)

10
LA BARBA DEL CONDE

Pocapaglia era una aldea tan alta, en la cima de una colina con laderas tan abruptas, que sus habitantes, para no perder los huevos, que apenas puestos podían precipitarse en las profundidades del bosque, sujetaban una bolsita a la cola de las gallinas.

Eso significa que los pocapalleses no eran tan tontos como se decía, y que el proverbio

> Se sabe que en Pocapaglia
> El burro manda y el patrón rebuzna

era una malevolencia de las aldeas vecinas, que la tenían tomada con los pocapalleses sólo porque éstos eran gente tranquila que no quería tener problemas con nadie.

—Sí, sí —era todo lo que respondían los pocapalleses—. Esperad a que vuelva Masino y veremos quién rebuzna más, si vosotros o nosotros.

Masino era el más despierto de los pocapalleses y el más querido en toda la región. No era más robusto que los demás; en realidad, al verlo nadie hubiera dado un centavo, pero era astuto de nacimiento. Apenas nació, su madre, al verlo tan pequeñito, le había dado un baño de vino caliente para que siguiera con vida y se fortaleciera un poco. Su padre, para calentar el vino, había echado adentro una herradura al rojo vivo. Así Masino había absorbido la astucia que hay en el vino y la resistencia que hay en el hierro. Después de este baño, para refrescarlo, su madre lo había acunado en una cáscara de castaña todavía verde que, al ser amarga, da inteligencia.

En esos tiempos, mientras los pocapalleses esperaban el regreso de Masino, que hacía mucho había partido como soldado y acaso estaba en alguna parte del Africa, hechos extraños comenzaron a suceder en Pocapaglia. Cada noche, los bueyes y las vacas que volvían de pacer en la llanura eran robados por la Máscara Micillina[6-Tr].

La Máscara Micillina se ocultaba en los bosques que había al pie de la aldea y le bastaba un soplo para quitarle la vida a un buey. Los campesinos, al sentirla crujir

entre las matas después del crepúsculo, castañeteaban los dientes y se caían desmayados, al tiempo que se decía:

La Máscara Micillina
Roba el buey de la alquería,
Te mira con su ojo tuerto
Y te deja como muerto.

Los campesinos se habituaron a encender grandes hogueras por la noche para que la Máscara Micillina no se atreviese a salir de entre las matas. Pero la Máscara se acercaba sigilosamente al campesino que estaba de guardia junto a la hoguera, lo desmayaba de un soplo y, cuando éste se despertaba por la mañana, no encontraba ni vacas ni bueyes y sus compañeros lo oían llorar desconsolado, mientras se daba puñetazos en la cabeza. Entonces todos se ponían a batir los bosques para buscar huellas de las bestias, pero sólo encontraban mechones de pelo, horquillas y huellas de zapatos dejadas cada tanto por la Máscara Micillina.

Así siguieron las cosas durante meses, y las vacas, encerradas siempre en los establos, enflaquecieron tanto que para limpiarlas no hacía falta la escobilla, sino un rastrillo que pasaba entre una costilla y otra. Ya nadie osaba llevar las bestias a pastar, nadie osaba entrar en el bosque, y los hongos del bosque, como nadie los recogía, se abultaron tanto que parecían sombrillas.

La Máscara Micillina no iba a robar a otras regiones, porque sabía que gente tranquila y enemiga de las riñas como en Pocapaglia no la había en ningún sitio, y todas las noches esos pobres campesinos encendían una hoguera en la plaza de la aldea, las mujeres y los niños se encerraban en las casas, y los hombres se congregaban alrededor del fuego para rascarse la cabeza y lamentarse. Rasca que te rasca, lamenta que te lamenta, los campesinos decidieron que había que ir a ver al Conde para pedirle ayuda.

El Conde vivía en lo más alto de la región, en una gran alquería redonda cercada por un murallón erizado de trozos de vidrio. Y un domingo por la mañana, llegaron todos juntos con el sombrero en la mano, llamaron, les abrieron, entraron al patio que había ante la casa redonda del Conde, llena de verjas y de ventanas con tranca. En el patio estaban sentados los soldados del Conde, que se alisaban los bigotes con aceite para darles lustre y miraban a los campesinos con mala cara. Y en el fondo del patio, en una silla de terciopelo, estaba el Conde, con una larga barba negra que cuatro soldados con cuatro peines peinaban de arriba abajo.

El campesino más viejo se armó de valor y dijo:

—Señor Conde, nos atrevimos a venir a verlo para contarle nuestra desgracia, porque todos los animales que van al bosque nos los roba la Máscara Micillina.

Y así, entre suspiros y lamentos, mientras los otros campesinos no cesaban de hacer señas afirmativas, le contó todos sus temores.

El Conde no decía nada.

—Y hemos venido —dijo el viejo—, para atrevernos a pedir un consejo a Su Señoría.

El Conde no decía nada.

—Y hemos venido —añadió—, para atrevernos a pedir a Su Señoría la gracia de ayudarnos, porque si nos concede una escolta de soldados podremos llevar a pastar las bestias de nuevo.

El Conde movió la cabeza.

—Si concedo los soldados —dijo—, también debo conceder el capitán…

Los campesinos escuchaban esperanzados.

—Pero si me falta el capitán —prosiguió el Conde—, ¿con quién juego a la lotería?

Los campesinos se arrodillaron:

—Ayúdenos, señor Conde, ¡por piedad!

Los soldados bostezaban y se untaban los bigotes.

El Conde sacudió la cabeza y dijo:

—Yo soy el Conde y valgo por tres.
Y si a la Máscara nunca vi,
Pues esa historia cierta no es.

Ante esas palabras los soldados, sin dejar de bostezar, cogieron los fusiles y lentamente empujaron a los campesinos con la bayoneta calada, hasta que despejaron el patio.

Al volver a la plaza, desalentados, los campesinos no sabían qué hacer. Pero el más viejo, el que había hablado con el Conde, dijo:

—¡Lo que hace falta es llamar a Masino!

Así fue como se pusieron a escribirle una carta a Masino y se la enviaron a Africa. Y una noche, mientras estaban reunidos alrededor de la hoguera de la plaza, como de costumbre, Masino regresó. ¡Imaginaos las efusiones, los abrazos, las marmitas de vino caliente con especias! Y los «¿Dónde estuviste?», y los «¿Qué viste?», y los «¡Si supieras nuestras desgracias!».

Masino primero los dejó hablar a ellos, después les contó:

—En Africa vi caníbales que si no podían comer hombres comían cigarras, en el desierto vi a un loco que se había dejado unas uñas de doce metros de largo para poder excavar en busca de agua, en el mar vi un pez con un zapato y una pantufla que quería ser rey de los otros peces porque ningún otro pez tenía zapatos ni pantuflas, en Sicilia vi una mujer que tenía setenta hijos y una sola olla, en Nápoles vi gente que caminaba sin mover los pies, porque los otros hablaban tanto que los empujaban con el murmullo; vi a quien le gusta negra, vi a quien le gusta blanca, a quien pesaba un quintal y al que es flaco como una escama, vi a muchos que tenían miedo, pero no como en Pocapaglia.

Los campesinos agacharon la cabeza, llenos de vergüenza, porque Masino, al

acusarlos de miedosos, los había tocado en su punto débil. Pero Masino no quería tomarla con sus paisanos. Mandó qué le contaran todos los detalles de la historia de la Máscara y al fin dijo:

—Ahora os hago tres preguntas. Después de medianoche, voy a buscar a la Máscara y os la traigo.

—¡Pregunta! ¡Pregunta! —dijeron todos.

—La primera pregunta es para el barbero. ¿Cuántos han venido a verte este mes?

Y el barbero respondió:

—Barbas cortas, barbas anchas,
Barbas hirsutas y blandas,
Pelos suaves, pelos duros,
Y los corté uno por uno.

—Y ahora tú, zapatero, ¿cuántos te han traído las sandalias para ajustar, en este mes?

—Ah —suspiró el zapatero—,

Hacía sandalias de cuero y madera,
Bien ajustadas por dentro y por fuera;
Hacía zapatos de seda labrada,
Pero como no hay dinero ya no me traen nada.

—La tercera pregunta es para ti, cordelero: ¿cuántas cuerdas has vendido este mes?

Y dijo el cordelero:

—Cuerdas torcidas, cuerdas hiladas,
Cuerdas de paja y cuerdas trenzadas,
Cuerdas de pozo, cordeles delgados,
Unos muy gruesos y otros aguzados,
Duros como el hierro, blandos como el lodo,
En este mes lo vendí todo.

—Está bien —dijo Masino, y se acurrucó junto al fuego—. Ahora dormiré dos horas, porque estoy cansado. Despertadme a medianoche e iré a buscar a la Máscara.

Se cubrió la cara con el sombrero y se durmió.

Los campesinos guardaron silencio hasta medianoche, casi conteniendo la respiración por temor a despertarlo. A medianoche Masino se incorporó, bostezó, tomó una taza de vino caliente, escupió tres veces en el fuego, se levantó sin mirar a ninguno de los que había alrededor y se encaminó hacia el bosque.

Los campesinos se quedaron esperando, mirando el fuego que se hacía brasas, las brasas que se hacían ceniza, la ceniza que se ponía negra, hasta que regresó Masino. ¿Ya quién traía Masino, arrastrándolo de la barba? Al Conde, al Conde que lloraba, daba puntapiés, pedía piedad.

—¡Aquí tenéis a la Máscara! —gritó Masino, y en seguida—: ¿dónde habéis puesto el vino caliente?

El Conde, ante los ojos desencajados de todos los aldeanos, trató de volverse lo

más chiquitito que pudo, sentándose en el suelo encogido como una mosca friolera.

—No podía ser uno de vosotros —explicó Masino—, porque todos habéis ido a casa del barbero y no tenéis pelo para perder entre los arbustos; además había huellas de zapatones pesados, y todos vosotros andáis descalzos. Y no podía ser un espíritu porque en ese caso no habría tenido necesidad de comprar tantas cuerdas para sujetar las bestias robadas y llevárselas. ¿Pero dónde está ese vino caliente?

El Conde, muy tembloroso, trataba de esconderse detrás de la barba que Masino le había enredado y destrozado para sacarlo de entre las matas.

—¿Y cómo lo hacía para desmayarnos con la mirada? —preguntó un campesino.

—Os daba un golpe en la cabeza con un palo envuelto en trapos, de manera que sólo sentíais un soplo en el aire, no os quedaba la marca, y os despertabais con la cabeza dolorida.

—¿Y las horquillas que perdía? —preguntó otro.

—Le servían para sujetarse la barba a la cabeza, como el pelo de las mujeres.

Los campesinos habían escuchado en silencio, pero cuando Masino les preguntó qué querían hacer, estalló una tempestad de gritos:

—¡Lo quemamos! ¡Lo despellejamos! ¡Lo atamos a un palo de espantapájaros! ¡Lo encerramos en un tonel y lo echamos a rodar! ¡Lo encerramos en una bolsa con seis gatos y seis perros!

—¡Piedad! —decía el Conde con un hilo de voz.

—Hacedlo así —dijo Masino—: que os restituya las bestias y os limpie los establos. Y ya que tanto le gusta andar por los bosques cuando oscurece, que sea condenado a recorrerlos todas las noches, trabajando para vosotros. Y decid a los chicos que nunca recojan las horquillas que encuentren en el suelo, porque son de la Máscara Micillina, que jamás volverá a tener arreglados el pelo y la barba.

Y así se hizo. Luego Masino partió a recorrer mundo, y en sus correrías hizo una guerra tras otra, todas tan largas que de ahí vino el proverbio:

Oh soldadito de guerra,
Comes mal, duermes en tierra,
Pones la pólvora en el cañón,
¡Bim-Bom!

(Bra)

11
LA NIÑA VENDIDA CON LAS PERAS

Había una vez un hombre que tenía un peral que le daba cuatro cestos de peras por año. Sucedió que un año sólo le dio tres cestos y medio, y al Rey había que llevarle cuatro. Como no sabía cómo llenar el cuarto cesto, metió dentro a su hija más pequeña y luego la cubrió con peras y con hojas.

Los cestos fueron llevados a la despensa del Rey, y la niña rodó junto con las peras y se ocultó. En la despensa, como no tenía otra cosa que comer, mordisqueaba las peras. Con el tiempo, los sirvientes advirtieron que menguaba la provisión de peras, y más tarde encontraron los restos.

—Debe de haber un ratón o un topo —dijeron— que mordisquea las peras. Hay que echar un vistazo.

Y hurgando entre las esteras descubrieron a la niña.

—¿Qué haces aquí? —le dijeron—. Ven con nosotros y servirás en la cocina del Rey.

La llamaron Perita, y Perita era una niña tan habilidosa que pronto supo desenvolverse mejor que las sirvientas del Rey, y era tan graciosa que todos le tomaron afecto. Hasta el hijo del Rey, que era de la misma edad, estaba siempre junto a Perita, y entre ambos nació una gran simpatía.

Al crecer la muchacha, creció la envidia de las sirvientas; por un tiempo nada dijeron, luego empezaron a sembrar cizaña. Así comenzaron a rumorear que Perita se había ufanado de que les quitaría el tesoro a las brujas. El rumor llegó a oídos del Rey, quien la llamó y le dijo:

—¿Es cierto que te ufanaste de ir a quitarles el tesoro a las brujas?

—No —dijo Perita—, no es cierto, Vuestra Majestad; no sé nada. Pero el Rey insistió:

—Lo dijiste y la palabra dada hay que cumplirla.

Y le prohibió volver al palacio hasta que no hubiese conquistado ese tesoro.

Caminó y caminó hasta que cayó la noche. Perita encontró un manzano y no se

detuvo. Encontró un melocotonero y no se detuvo. Encontró un peral, se acurrucó entre las ramas y se adormeció.

Por la mañana había una viejecita al pie del árbol.

—¿Qué haces ahí arriba, preciosa? —le preguntó la viejecita.

Y Perita le contó la dificultad en que se hallaba. La viejecita le dijo:

—Toma estas tres libras de grasa, estas tres libras de pan y estas tres libras de sorgo y sigue adelante.

Perita le dio las gracias y reanudó la marcha.

Llegó a un lugar donde había un horno. Y había tres mujeres que se arrancaban el pelo, y con el pelo limpiaban el horno. Perita les dio las tres libras de sorgo y ellas se pusieron a limpiar el horno con el sorgo y la dejaron pasar.

Luego llegó a un lugar donde había tres mastines que ladraban y atacaban a la gente. Perita les arrojó las tres libras de pan y la dejaron pasar.

Luego llegó a un río de aguas rojas que parecían sangre y no supo cómo atravesarlo. Pero la viejecita le había dicho que dijera:

Agüita linda agüita,
Si no tuviese prisa
Bebería una tacita.

Más allá del río, Perita vio uno de los palacios más bellos y hermosos del mundo. Pero la puerta se abría y cerraba con tal rapidez que nadie podía pasar. Perita entonces untó los goznes con las tres libras de grasa y la puerta comenzó a abrirse y cerrarse con lentitud.

Una vez en el palacio, Perita vio el cofre del tesoro sobre una mesita. Se adueñó de él y se dispuso a irse, pero el cofrecito comenzó a hablar:

—¡Puerta, mátala! ¡Puerta, mátala! —decía el cofre.

Y la puerta respondía:

—No, que no la mato, porque hacía mucho que nadie me aceitaba y ella me aceitó.

Perita llegó al río y el cofre dijo:

—¡Río, ahógala! ¡Río, ahógala!

Y el río respondía:

—No, que no la ahogo, porque me dijo «Agüita linda agüita».

Llegó junto a los perros, y el cofre dijo:

—¡Perros, coméosla! ¡Perros, coméosla!

Y los perros:

—No, que no nos la comemos, porque nos dio tres libras de pan.

Llegó al horno.

—¡Horno, quémala! ¡Horno, quémala!

Y las mujeres:

—No, que no la quemamos, porque nos dio tres libras de sorgo y así conservamos

el pelo.

En cuanto estuvo cerca de casa, Perita, curiosa como todas las muchachas, quiso ver qué había dentro del cofre. Lo abrió y salió una gallina con pollitos de oro. Se alejaban tan rápido que era imposible alcanzarlos. Perita se puso a correr tras ellos. Pasó junto al manzano y no los encontró, pasó junto al melocotonero y no los encontró, pasó junto al peral y estaba la viejecita con una varita en la mano, dando de comer a la gallina y a los pollitos de oro.

—Vamos, vamos —dijo la viejecita y la gallina volvió a meterse en el cofre con los pollitos.

Al volver a casa, Perita vio que el hijo del Rey salía a su encuentro.

—Cuando mi padre te pregunte qué quieres como premio, pídele la caja de carbón que hay en la bodega.

En el umbral del palacio real estaban las sirvientas, el Rey y todos los de la Corte. Perita le dio al Rey la gallina con los pollitos de oro.

—Pide lo que quieras —dijo el Rey—, y te lo daré.

—La caja de carbón que hay en la bodega —dijo Perita.

Le dieron la caja de carbón, Perita la abrió y de la caja salió el hijo del Rey, que se había escondido dentro. Y el Rey se alegró de que Perita se casara con su hijo.

(Monferrato)

12
LA SERPIENTE

Había un campesino que todos los días iba a segar el prado, y a mediodía sus hijas le llevaban algo de comer. Un día fue la mayor y en cuanto llegó al bosque, como estaba cansada, se sentó en una piedra para descansar. Apenas se sentó, sintió una sacudida y de debajo de la piedra salió una serpiente. La muchacha dejó el cesto y ¡patitas para qué os quiero!, salió corriendo: y ese día el padre no pudo comer nada. Cuando volvió a casa, reprendió a sus hijas.

Al día siguiente fue la segunda. Se sentó en la piedra y ocurrió lo mismo: ¡patitas para qué os quiero! Entonces dijo la tercera:

—¡Voy yo! ¡Voy yo! Yo no tengo miedo.

Y en vez de un cesto de alimentos se llevó dos. Cuando sintió la sacudida y vio a la serpiente, le dio un cesto de comida y la serpiente le habló:

—Llévame a casa contigo y seré la causa de tu fortuna.

La muchacha se la puso en el delantal. Le llevó el otro cesto al padre, luego volvió a casa y ocultó la serpiente debajo de la cama. La serpiente crecía cada vez más, tanto que ya no cupo debajo de la cama. Se fue, pero antes de partir le concedió tres dones a la muchacha: si lloraba, derramaría lágrimas de perlas y de plata; si reía, le caerían de la cabeza pepitas de oro, y si se lavaba las manos, de entre los dedos le brotarían peces de todas clases.

Ese día no había nada para comer, y el padre y las hermanas se desesperaban de hambre, pero ella se lavó las manos en seguida y la aljofaina se llenó de peces. Las hermanas le cogieron envidia y le dijeron al padre que había gato encerrado y que era mejor esconder a la muchacha en la buhardilla.

Por la ventana de la buhardilla la muchacha miraba el jardín del Rey, donde el hijo del Rey jugaba a la pelota. Mientras jugaba, resbaló y se cayó, y la muchacha se echó a reír. Al reírse le cayó una lluvia de pepitas de oro. El hijo del Rey no acertaba a entender de dónde habían caído, porque la muchacha cerró la ventana en el acto.

Al día siguiente, cuando volvió al jardín para jugar a la pelota, el hijo del Rey vio

que había nacido un granado, ya alto y colmado de frutos.

Intentó coger las granadas, pero el árbol crecía a ojos vistas, y bastaba alzar una mano para que las ramas se elevaran un palmo. Como ninguno podía recoger ni siquiera una hoja de ese árbol, el Rey hizo reunir a los Sabios para que le explicaran el encantamiento. Y el más anciano de todos los Sabios dijo que sólo una muchacha podía coger esos frutos, y que esa muchacha debía convertirse en la esposa del hijo del Rey.

Entonces el Rey hizo promulgar un bando para que todas las muchachas casaderas fueran al jardín, so pena de perder la cabeza, para intentar apoderarse de las granadas. Vinieron muchachas de todo rango, pero para alcanzar esos frutos no bastaban escaleras ni escalerillas. También vinieron las dos hijas mayores del campesino y se cayeron de la escalera con las piernas al aire. El Rey ordenó hurgar en las casas por si hallaban otras muchachas, y así encontraron a la que estaba encerrada en la buhardilla. Apenas la llevaron junto al árbol, las ramas se inclinaron y le alcanzaron las granadas.

—¡He aquí a la esposa! ¡He aquí a la esposa! —gritaron todos, y el hijo del Rey el primero.

Se concertaron las bodas y también las hermanas, siempre envidiosas, fueron invitadas a la fiesta. Las tres fueron en la misma carroza, y en medio de un bosque se detuvieron. Las dos mayores hicieron descender a la menor, le cortaron las manos, le arrancaron los ojos y la dejaron en un zarzal, dándola por muerta. La mayor se vistió de novia y así se presentó al hijo del Rey. El hijo del Rey no entendía cómo podía haberse vuelto tan fea, pero como en algo se parecía, pensó que era él quien se había equivocado al creerla más bella.

La muchacha sin ojos y sin manos se quedó llorando en el bosque. Pasó un arriero y tuvo compasión de ella; la hizo montar en su asno y la llevó a su casa. Ella le dijo que mirara el suelo: estaba cubierto de plata y de perlas que eran las lágrimas de la muchacha. El arriero las fue a vender e hizo más de mil liras: así vivía contento, pese a que esa muchacha sin ojos y sin manos no pudiese trabajar y ayudar a la familia.

Un día la muchacha sintió que una serpiente se le enroscaba en la pierna: era su amiga la serpiente.

—¿Sabes que tu hermana se casó con el hijo del Rey y ahora es Reina, porque el viejo murió? Ahora espera un hijo y tiene antojo de higos.

La muchacha le dijo al arriero:

—Llévale una carga de higos a la Reina.

—¿Y cómo lo hago para encontrar higos en esta época? —dijo el arriero, pues estaban en invierno.

Pero a la mañana siguiente fue al huerto y la higuera estaba colmada de frutos, aunque no tenía ninguna hoja. El arriero llenó dos cestos y los cargó en el asno.

—¿Cuánto puedo pedir a cambio de higos de invierno? —preguntó el arriero.

—Debes pedir un par de ojos —le dijo la muchacha.

Así lo hizo, pero ni la Reina ni el Rey ni su hermana estaban dispuestos a sacarse los ojos. Entonces las hermanas parlotearon entre sí y dijeron:

—Démosle los de nuestra hermana, total ¿para qué nos sirven?

Y con esos ojos compraron los higos.

El arriero le llevó los ojos a la muchacha, que se los puso en su lugar y volvió a ver como antes.

Luego la Reina tuvo antojo de melocotones y el Rey mandó llamar al arriero, a ver si era capaz de encontrar melocotones como había encontrado higos. A la mañana siguiente, en el huerto, el melocotonero estaba colmado de frutos, y el arriero se apresuró a llevar una cantidad a la Corte. Cuando le preguntaron qué quería en pago, respondió:

—Un par de manos.

Pero nadie quería cortarse las manos, ni siquiera para complacer al Rey. Entonces las hermanas murmuraron entre sí:

—Démosle las de nuestra hermana.

Cuando la muchacha recobró las manos se las puso de nuevo en los brazos y se curó.

Al poco tiempo, la Reina parió un escorpión. Pero el Rey, no obstante, dio una fiesta a la que invitó a todo el mundo. Y la muchacha se vistió de Reina, y era la más bella de la fiesta. El Rey se enamoró de ella, y al enamorarse se dio cuenta de que era su antigua prometida. Ella se rió y cayeron pepitas de oro, lloró y cayeron perlas, se lavó las manos y brotaron peces en la aljofaina. Y entre lágrimas y risas, entre pepitas, perlas y peces, le contó toda su historia.

Las malvadas hermanas, junto con el escorpión, fueron quemadas sobre una pila de leños alta como una torre. El mismo día se celebró el gran banquete nupcial.

Y hubo lujo a rienda suelta,
Pero yo que estaba tras la puerta
Me fui a comer a una hostería,
Y así termina la historia mía.

(Monferrato)

13
LOS TRES CASTILLOS

A un muchacho se le había metido en la cabeza la idea de hacerse ladrón. Se lo contó a su madre.

—¿No te da vergüenza? —le dijo su madre—. Ve a confesarte en seguida, y ya verás qué te dice el confesor.

El muchacho se fue a confesar.

—Robar es pecado —le dijo el confesor—, pero si robas a los ladrones, ya no es pecado.

El muchacho fue al bosque y encontró a los ladrones. Llamó a la puerta y pidió que lo tomaran como sirviente.

—Nosotros robamos —dijeron los ladrones—, pero no cometemos pecado porque robamos a los recaudadores de impuestos.

Una noche que los ladrones habían salido para asaltar a un recaudador de impuestos, el muchacho cogió el mejor mulo de la cuadra, lo cargó de monedas de oro y emprendió la fuga.

Le llevó las monedas a su madre y él se fue a la ciudad a buscar trabajo. En esa ciudad había un Rey que tenía cien ovejas, pero nadie quería servirlo como pastor. El muchacho se ofreció. El Rey le dijo:

—Mira, aquí hay cien ovejas. Mañana por la mañana llévalas a pastar a ese prado, pero no cruces el arroyo porque hay una serpiente que se las come. Si me las traes todas de vuelta te recibiré bien; si no, te pongo de patitas en la calle, siempre y cuando la serpiente no te haya comido.

Para ir a ese prado había que pasar bajo las ventanas del Rey. Su hija estaba asomada y vio pasar al muchacho. Le gustó y le tiró una hogaza. El pastor pilló la hogaza al vuelo y se la llevó consigo para comérsela en el prado. Cuando estuvo en el prado vio una piedra blanca sobre la hierba, y se dijo: «Mejor me siento allí encima a comer la hogaza de la hija del Rey». Pero la piedra estaba cruzando el arroyo. El pastor no le dio importancia, cruzó el arroyo y las ovejas lo siguieron.

La hierba era alta, las ovejas pacían tranquilas, y él comía la hogaza sentado en la piedra. De pronto, sintió un golpe debajo de la piedra, tan fuerte que parecía que el mundo se venía abajo. El muchacho miró a su alrededor, no vio nada, y siguió comiendo la hogaza. De debajo de la piedra vino un golpe aún más fuerte, y el pastor siguió como si nada.

Hubo un tercer golpe, y de debajo de la piedra salió una serpiente de tres cabezas, que tenía una rosa en cada boca y avanzaba hacia el muchacho como si quisiera ofrecerle las rosas. El muchacho estaba a punto de cogerlas cuando la serpiente se le abalanzó con las tres bocas abiertas, de tal modo que podía engullírselo en tres bocados. Pero el pastorcito, más listo que ella, empuñó el cayado y le dio un golpe en una cabeza, otro golpe en la segunda, y uno en la tercera, y le dio tantos golpes que la mató.

Luego le cortó las tres cabezas con el machete; se puso dos en el morral y abrió la otra para ver qué había dentro. Dentro había una llave de cristal; el muchacho alzó la piedra y encontró una puerta con cerradura. El muchacho introdujo en ella la llave de cristal y la abrió. Se encontró en un magnífico palacio todo de cristal. Por todas las puertas salían sirvientes de cristal:

—Buenos días, amo, ¿qué ordenáis?

—Os ordeno que me llevéis a ver todos mis tesoros.

Y lo condujeron por las escaleras de cristal y las torres de cristal, y le mostraron establos de cristal con caballos de cristal, y armas y armaduras de cristal. Y luego lo llevaron a un jardín de cristal, entre avenidas de árboles de cristal donde cantaban pájaros de cristal, y canteros donde se abrían flores de cristal alrededor de lagos de cristal. El muchacho tomó un ramillete de flores de cristal y se lo puso en el pelo. Al atardecer, cuando regresó con las ovejas, la hija del Rey, que estaba asomada a la ventana, le dijo:

—¿Me das esas flores que tienes en el cabello?

—Claro que sí —dijo el pastor—. Son flores de cristal, del jardín de cristal de mi castillo de cristal.

Y le arrojó las flores y ella las cogió al vuelo.

Al día siguiente volvió junto a la piedra, abrió la otra cabeza de serpiente y encontró una llave de plata. Alzó la piedra, introdujo la llave de plata en la cerradura y entró en un palacio de plata, y acudieron sirvientes de plata que le dijeron:

—¡Ordenad, señor amo!

Y lo llevaron a ver cocinas de plata, donde pollos de plata se cocían sobre hornillos de plata, y jardines de plata donde se paseaban pavos reales de plata. El muchacho cortó un ramillete de flores de plata y se lo puso en el cabello. Y al atardecer se lo dio a la hija del Rey, que se lo pidió.

El tercer día abrió la tercera cabeza y encontró una llave de oro. Introdujo la llave en la cerradura y entró en un palacio de oro, y los sirvientes a sus órdenes también eran de oro de la peluca a las botas, y los lechos eran de oro con sábanas de oro y la

almohada era de oro y el dosel de oro, y había jaulas de oro con pájaros de oro. En un jardín con canteros de oro y fuentes con surtidores de oro, cogió un ramillete de flores de oro, se lo puso en el cabello, y al atardecer se lo dio a la hija del Rey.

Sucedió que el Rey hizo promulgar un bando: habría una justa, y el vencedor ganaría la mano de su hija. El pastor abrió la puerta con la llave de cristal, bajó al palacio de cristal y cogió un caballo de cristal con bridas y silla de cristal, y así se presentó en la justa con armadura de cristal y escudo y lanza de cristal. Venció a todos los caballeros y huyó sin ser reconocido.

Al día siguiente volvió en un caballo de plata con arreos de plata, y su armadura era de plata y su lanza y su escudo eran de plata. Los venció a todos y huyó sin ser reconocido. Al tercer día volvió en un caballo de oro, armado totalmente de oro. También esta vez venció, y la Princesa dijo:

—Yo sé quién es: es uno que me regaló flores de cristal, de plata y de oro, traídas de los jardines de sus palacios de cristal, de plata y de oro.

Y entonces se casaron y el pastorcito fue Rey.

Y hubo alegría y algazara,
Y a mí que fui a verlo no me dieron nada.

(Monferrato)

14
EL PRÍNCIPE QUE SE CASÓ CON UNA RANA

Había una vez un Rey que tenía tres hijos en edad de casarse. Para que no surgieran rivalidades en cuanto a la elección de las tres esposas, les dijo:

—Tirad con la honda tan lejos como podáis: donde caiga la piedra tomaréis esposa.

Los tres hijos cogieron las hondas y tiraron. El más grande tiró y la piedra cayó sobre el techo de una panadería; y le correspondió la panadera. El segundo tiró y la piedra cayó en la casa de una tejedora. La piedra del menor cayó en una zanja.

Apenas tiraban, cada uno corría a entregarle el anillo a la prometida. El mayor encontró una jovencita blanda como un pan, el mediano una muchacha pálida, delgada como un hilo, y el más pequeño, después de mucho mirar en la zanja, sólo encontró una rana.

Volvieron junto al Rey para hablarle de sus prometidas.

—Ahora —dijo el Rey—, quien tenga la mejor esposa heredará el reino. Hagamos las pruebas.

Y a cada uno les dio cáñamo para que a los tres días se lo trajeran hilado por las prometidas, a ver quién lo hacía mejor.

Los hijos fueron a ver a sus novias y les recomendaron que hilaran cuidadosamente; y el más pequeño, muy mortificado, se acercó al borde de la zanja con el cáñamo en la mano y se puso a llamar:

—¡Rana, rana!
—¿Quién me llama?
—Tu amor que poco te ama.
—Si ahora me ama poca cosa,
Me amará más al verme hermosa.

Y la rana salió del agua y se posó sobre una hoja. El hijo del Rey le dio el cáñamo y le dijo que tenía tres días para hilarlo.

A los tres días los hermanos mayores corrieron ansiosamente a casa de la

panadera y de la tejedora para recoger el cáñamo. La panadera había hecho una hermosa labor, pero la tejedora —era su oficio— lo había hilado de tal modo que parecía seda. ¿Y el más pequeño? Fue a la zanja:

—¡Rana, rana!
—¿Quién me llama?
—Tu amor que poco te ama.
—Si ahora me ama poca cosa,
Me amará más al verme hermosa.

Saltó sobre una hoja con una nuez en la boca. Al pequeño le daba un poco de vergüenza ir a ver al padre con una nuez cuando sus hermanos le habían llevado el cáñamo hilado, pero se armó de valor y fue a verlo. El Rey, que ya había examinado el trabajo de la panadera y el de la tejedora del derecho y del revés, abrió la nuez del más pequeño mientras los hermanos se reían burlonamente. Cuando abrió la nuez, surgió una tela tan fina que parecía una telaraña, y jamás terminaban de tirar de ella y desplegarla, hasta que cubrió entera la sala del trono.

—¡Pero esta tela no se termina nunca! —dijo el Rey, y apenas dijo estas palabras la tela se terminó.

El padre no quería resignarse a la idea de que una rana se convirtiera en reina. A su perra de caza preferida le habían nacido tres cachorros. Se los dio a los hijos.

—Llevádselos a vuestras prometidas e id a buscarlos dentro de un mes: quien mejor lo haya criado será reina.

Al mes se comprobó que el perro de la panadera se había transformado en un dogo enorme e imponente, porque no le había faltado el pan; el de la tejedora, que había sufrido más estrecheces, se había convertido en un famélico mastín. El más pequeño llegó con una cajita; el Rey abrió la cajita y de ella salió un perrito de aguas adornado, peinado, perfumado, que se erguía sobre las patas traseras y sabía hacer ejercicios militares y obedecer órdenes.

Y el Rey dijo:

—No hay duda; mi hijo menor será Rey y la rana será Reina.

Se concertaron las bodas, las tres el mismo día. Los hermanos mayores fueron a buscar a sus prometidas con carrozas ornamentadas tiradas por cuatro caballos, y las novias subieron cargadas de plumas y de joyas.

El más pequeño fue a la zanja, y la rana lo esperaba en una carroza hecha con una hoja de higuera tirada por cuatro caracoles. Se pusieron en marcha; él iba delante, y los caracoles lo seguían tirando de la hoja con la rana. De vez en cuando se detenía para aguardarlos, y una vez se quedó dormido. Al despertarse, vio ante él una carroza de oro, tapizada de terciopelo, tirada por dos caballos blancos; dentro había una muchacha bella como el sol y con un vestido verde esmeralda.

—¿Quién sois? —le preguntó el hijo menor.

—Soy la rana —y como él no quería creerle, la muchacha abrió un arca donde estaban la hoja de higuera, la piel de la rana y cuatro caparazones de caracol—. Era

una Princesa transformada en rana —dijo—, y sólo podía recobrar la forma humana si el hijo de un Rey consentía en casarse conmigo ignorando mi belleza.

El Rey se alegró mucho, y a los hijos mayores, rojos de envidia, les dijo que quien no era capaz de elegir mujer no merecía la Corona. Y el más pequeño y su esposa fueron el Rey y la Reina.

(Monferrato)

15
EL PAPAGAYO

Había una vez un mercader que debía salir de viaje pero que tenía miedo de dejar a su hija sola en casa, porque había un Rey que le había echado el ojo.

—Hija mía —le dijo—, yo parto, pero tú debes prometerme que no asomarás la nariz a la puerta y que no le abrirás a nadie hasta que yo vuelva.

Esta muchacha había visto, esa mañana, un hermoso papagayo posado sobre un árbol cerca de la ventana. Era un papagayo bien educado y la muchacha había entablado, para su gran diversión, una charla con él.

—Querido padre —dijo ella—, me da mucha tristeza quedarme sola en casa. Si al menos pudiera tener un papagayo que me hiciera compañía…

El mercader, que sólo veía por los ojos de su hija, fue a buscar un papagayo en el acto. Encontró un viejo que vendía uno por poco dinero. Le regaló pues el papagayo, y después de hacerle mil recomendaciones se marchó.

Apenas se fue el mercader, el Rey comenzó a estudiar el modo de llegar hasta la muchacha. Y, habiéndose puesto de acuerdo con una vieja, la mandó a que le llevara una carta.

Pero la muchacha, entre tanto, había comenzado a discurrir con el papagayo.

—¿Qué me cuentas, papagayo?

—Te contaré una hermosa historia. Había una vez un Rey que tenía una hija. Era hija única, no tenía hermanos ni hermanas ni nadie con quien jugar. Entonces le hicieron una muñeca de su mismo tamaño, con un rostro igual al suyo. Adondequiera que iba se llevaba la muñeca y jamás se sabía quién era ella y quién la muñeca. Un día en que el Rey cruzaba un bosque en carroza con la hija y la muñeca, los asaltaron sus enemigos y mataron al Rey y se llevaron a la hija; la muñeca quedó abandonada en la carroza. La muchacha se puso a llorar tan fuerte que los enemigos prefirieron dejarla en libertad, y ella se marchó a solas por el bosque. Llegó a la Corte de una Reina y se puso a su servicio. Era tan habilidosa que la Reina le cobró afecto. Las otras siervas comenzaron a tenerle envidia y, para hacerla caer en desgracia, le

dijeron:

»—Sabes, el ama te quiere mucho y te lo cuenta todo, pero no te ha dicho algo que nosotras sabemos y tú no: a saber, que tenía un hijo que ha muerto.

»Entonces la muchacha fue a ver a la Reina y le dijo:

»—Majestad, ¿es cierto que vos tuvisteis un hijo que murió?

»La Reina casi se desmaya al escuchar esas palabras; es necesario saber que no quería que se lo recordaran, al punto de haber establecido la pena de muerte para quien le hablase de su hijo muerto. También la muchacha tenía que ser condenada a muerte, pero la Reina tuvo piedad de ella y la hizo recluir en una mazmorra. Encerrada en la mazmorra, la muchacha se desesperaba: no quería probar la comida y pasó la noche llorando. A medianoche, mientras lloraba, escuchó ruido de cerrojos y vio pasar cinco hombres: cuatro eran magos y el quinto era el hijo de la Reina, a quien tenían prisionero y llevaban a dar un paseo.

En ese momento, el papagayo fue interrumpido por un sirviente que venía con una carta para la hija del mercader. Era una carta del Rey, que al fin había logrado hacérsela llegar. Pero la muchacha quería saber la continuación del cuento, que estaba en lo mejor, y le dijo:

—No recibiré más cartas hasta que llegue mi padre. No me molestéis. Papagayo, prosigue con tu historia.

El sirviente se alejó con la carta y el papagayo prosiguió:

—Por la mañana los carceleros comprobaron que la prisionera no había comido y se lo contaron a la Reina. La Reina la llamó y la muchacha le dijo que su hijo estaba vivo, prisionero de cuatro magos en las mazmorras, y que cada medianoche lo llevaban a dar un paseo. La Reina envió doce soldados armados con mazas de hierro, los cuales mataron a los magos y liberaron al hijo de la Reina. Y la Reina se lo dio como esposo a la muchacha que lo había salvado.

El sirviente volvió a llamar, insistiendo en que la hija del amo leyera la carta del Rey.

—Bueno, ahora ha terminado la historia, así que puedo leerla —dijo la hija del mercader.

—No, todavía no ha terminado, falta un poquito —se apresuró a decir el papagayo—. Escúchame: la muchacha no quiso casarse con el hijo de la Reina. Se contentó con una bolsa de monedas y un vestido de hombre y se fue a otra ciudad. El hijo del Rey de esta ciudad estaba enfermo y ningún médico lograba curarlo: desde la medianoche a la madrugada, revolvía los ojos y deliraba como un condenado. Llegó la muchacha vestida de hombre y dijo que era un médico extranjero y pidió que lo dejaran una noche con el enfermo. Antes que nada, miró debajo de la cama y vio que había un escotillón. Descendió por el escotillón y se encontró en un corredor muy largo con una luz al fondo.

En ese momento llamó el sirviente y anunció que había una vieja que pedía que la recibieran, y que decía ser tía de la muchacha. (No era ninguna tía: era la vieja que

venía de parte del Rey). La hija del mercader, sin embargo, no veía la hora de saber cómo terminaba el cuento y dijo que no recibía a nadie.

—Prosigue, papagayo, sigue contándome.

Y el papagayo continuó:

—La muchacha caminó hasta la luz y vio a una vieja que estaba hirviendo en un caldero el corazón del hijo del Rey; porque ese Rey había hecho matar al hijo de la vieja. La muchacha sacó el corazón del caldero, se lo dio a comer al hijo del Rey y éste se curó.

»Dijo el Rey:

»—Le había prometido la mitad de mi estado a quien curase a mi hijo. Tú eres mujer, te casarás con mi hijo y serás reina.

—Es una hermosa historia —dijo la hija del mercader—; ahora que ha terminado puedo recibir a esa mujer que dice ser mi tía.

—No, todavía no ha terminado —dijo el papagayo—. Falta un poquito. Escúchame. La muchacha vestida de médico tampoco quiso casarse con el hijo del Rey y volvió a irse. Llegó a otra ciudad donde el hijo del Rey estaba embrujado y no podía hablar. La muchacha se ocultó debajo de la cama y a medianoche vio que entraban dos brujas por la ventana, le quitaban un guijarro de la boca y entonces el hijo del Rey hablaba; antes de irse volvían a ponerle el guijarro en la boca y él quedaba mudo.

Llamaron a la puerta, pero la hija del mercader, cautivada por el cuento, ni siquiera oyó. El papagayo siguió adelante.

—A la noche siguiente, cuando las brujas depositaron el guijarro sobre la cama, ella tiró de las sábanas, lo hizo caer y se lo puso en el bolsillo. Por la mañana las brujas no encontraron la piedra y tuvieron que escapar. El hijo del Rey estaba curado. La muchacha fue nombrada médico de la Corte.

Seguían llamando. La hija del mercader iba a decir «¡Adelante!», pero antes le preguntó al papagayo:

—¿La historia sigue o ya ha terminado?

—Sigue —dijo el papagayo—. Escúchame: la muchacha no quiso quedarse como médico de la Corte y se fue a otra ciudad. Decían allí que el Rey de esta ciudad había enloquecido. Había encontrado una muñeca en un bosque y se había enamorado de ella: se había recluido en sus aposentos para contemplarla y lloraba porque no era una mujer de carne y hueso. Se presentó la muchacha.

»—¡Esta es mi muñeca! —exclamó.

»—¡Y ésta es mi esposa! —dijo el Rey al verla idéntica a la muñeca.

Volvieron a llamar a la puerta y el papagayo ya no sabía cómo continuar la historia.

—Aguarda, aguarda, todavía falta un poquito —decía, pero no sabía cómo seguir.

—Abre, abre, soy tu padre —dijo la voz del mercader.

—Ah, bueno, la historia termina aquí —dijo el papagayo—. El Rey se casó con la

muchacha y vivieron felices y contentos.

La muchacha corrió a abrir la puerta y a abrazar a su padre, que volvía del viaje.

—Muy bien por mi hija, que no se ha movido de casa —dijo el mercader—. ¿Y el papagayo?

Fueron a ver al papagayo, pero en su lugar se encontraron con un apuesto joven.

—Perdóneme, señor mercader —dijo el apuesto joven—, yo soy un Rey que me disfracé de papagayo porque me enamoré de su hija. Sabiendo que otro Rey, un rival mío, quería raptarla, me presenté vestido de papagayo para distraerla con honestidad e impedir que mi rival urdiera sus intrigas. Creo haberlo logrado y estar en condiciones de pedirle la mano de su hija.

El mercader asintió. La hija se casó con el Rey que le había contado el cuento y el otro Rey se murió de rabia.

(Monferrato)

16
LOS DOCE BUEYES

Había una vez doce hermanos que riñeron con su padre y se fueron de casa. Se construyeron una cabaña en el bosque y se ganaban la vida como leñadores. Sus padres tuvieron una hija que les sirvió de consuelo. La niña creció sin haber conocido a sus doce hermanos; de ellos sólo sabía lo que le contaban, y tenía muchas ganas de conocerlos.

Una vez se fue a lavar a una fuente y antes se quitó el collar de coral y lo colgó de una rama. Pasó un cuervo, le quitó el collar y se alejó volando. La muchacha empezó a seguir al cuervo en el bosque y encontró la casa de los hermanos. En la cabaña no había nadie; la muchacha cocinó los tallarines, les preparó la mesa y luego se ocultó debajo de una cama. Cuando volvieron los hermanos, encontraron los tallarines cocidos y listos para servir y se los comieron. Pero luego empezaron a tener miedo de que se tratara de alguna treta de las brujas, porque de brujas el bosque estaba lleno.

Al día siguiente, uno de los doce se quedó de guardia y vio que la muchacha salía de debajo de una cama. Cuando supieron que no era una bruja sino su hermanita, a quien no conocían, la recibieron con muchos festejos y le pidieron que se quedara con ellos. Pero le recomendaron que no hablara con nadie en el bosque, porque estaba lleno de brujas. Una noche la muchacha se encontró sin fuego y con la cena por preparar. Para no perder tiempo, fue a pedir un poco de fuego a una cabaña vecina. En la cabaña había una vieja que le dio fuego con mucha gentileza, pero le dijo que al día siguiente, a cambio, iría a sorberle un poco de sangre del dedo meñique.

—Yo no puedo abrirle la puerta a nadie —dijo la muchacha—. Mis hermanos no quieren.

—No es necesario que abras la puerta —dijo la vieja—, basta con que metas el meñique por el agujero de la cerradura cuando yo llame, y ya me encargo yo de sorberlo.

De modo que la vieja iba todas las noches a chuparle la sangre y la muchacha se ponía cada vez más pálida. Los hermanos se dieron cuenta y le hicieron tantas

preguntas que ella confesó que había ido a buscar fuego a casa de una bruja y que debía pagarlo con sangre.

—Déjalo de nuestra cuenta —dijeron los hermanos.

Vino la bruja, llamó y, como la muchacha no metía el dedo en el agujero, ella metió la cabeza en la gatera. Uno de los hermanos tenía el hacha pronta y la decapitó de un tajo. Luego arrojaron a un precipicio el cuerpo y la cabeza de la bruja.

Un día la muchacha, mientras iba a la fuente, se encontró con otra vieja que vendía escudillas blancas.

—No tengo dinero —dijo la muchacha.

—Te las regalo —dijo la vieja.

Cuando los hermanos se asearon y volvieron a la casa, encontraron doce escudillas llenas de agua. Se pusieron a beber y en el acto se convirtieron en bueyes. Sólo el duodécimo, que tenía poca sed, bebió apenas un sorbo y quedó transformado en un cordero. Y la hermana se encontró sola con once bueyes y un cordero que alimentar.

Pero un Príncipe que iba de cacería se perdió en el bosque, llegó a la casa de la muchacha y se enamoró de ella. Le dijo que quería desposarla, pero ella le respondió que debía pensar en sus hermanos bueyes y que no podía dejarlos. El Príncipe se la llevó al palacio con todos los hermanos: la muchacha se transformó en señora y en Princesa, y los once bueyes y el cordero fueron instalados en un establo de mármol con comederos de oro.

Pero las brujas del bosque no se daban por vencidas. Un día la Princesa se paseaba bajo la pérgola de la viña con su hermano el corderito, a quien llevaba siempre consigo, cuando se le presentó una vieja.

—Buena Princesa, ¿me darías un racimo de uvas?

—Sí, buena vieja, toma el que prefieras —dijo la Princesa.

—Yo no llego hasta la pérgola. Cógelo tú, sé buena.

—Cómo no —dijo la Princesa, y alzó una mano para coger un racimo.

—Coge aquél, que está más maduro —dijo la vieja, señalándole un racimo que había sobre la cisterna.

La Princesa trepó a la pared de la cisterna para cogerlo: la vieja le dio un empujón y la Princesa cayó adentro. El corderito se puso a balar alrededor de la cisterna, pero nadie entendía por qué balaba y nadie oía los lamentos de la Princesa desde el fondo. La bruja, entre tanto, adoptó la forma de la Princesa y se acostó. El Príncipe al volver le preguntó:

—¿Qué te pasa que estás en cama?

—Me siento mal —dijo la presunta Princesa—. Necesito comer un poco de cordero. Degüella a ése, que no hay manera de que pare de gritar.

—¿Pero entonces qué es lo que me contabas? —farfulló el Príncipe—. Decías que ese cordero era tu hermano, ¿y ahora quieres comértelo?

¡La bruja había cometido un error! Se quedó sin saber qué decir. El Príncipe

comenzó a entender que había algo raro en el asunto. Fue al jardín y se puso a seguir al cordero, que balaba como un desesperado. El cordero se acercó a la cisterna y el Príncipe oyó la voz de su mujer.

—¿Qué haces en el fondo de la cisterna? —exclamó—. ¡Si acabo de verte en la cama!

—¡No, si estoy aquí desde esta mañana! ¡Me tiró una bruja!

El Príncipe hizo sacar a su mujer en el acto. La bruja fue capturada y quemada. A medida que el fuego quemaba una mano, una pierna, un codo, he aquí que cada uno de los bueyes se convertía en hombre, y al fin se transformaron en hombres todos ellos, hasta el cordero, y eran tan fuertes y robustos que parecía que una hueste de gigantes hubiese invadido el castillo. A todos se los nombró príncipes, y yo seguí siendo un pobre infeliz igual que antes.

(Monferrato)

17
CRIC Y CROC

En una comarca lejana había un famoso ladrón llamado Cric, a quien nunca habían podido capturar. El tal Cric quería conocer a otro ladrón llamado Croc, tan famoso como él, para formar una cofradía. Un día Cric comía en la taberna, a la mesa de un desconocido. Quiso mirar la hora y notó que se había quedado sin reloj. «Si éste me ha robado el reloj sin que yo me diera cuenta», piensa, «no puede ser sino Croc», y en el acto le roba la bolsa del dinero. Cuando el desconocido va a pagar y se encuentra sin la bolsa, le dice al compañero: —Entonces tú eres Cric.

Y el otro:

—Y tú eres Croc.

—Sí.

—Bien, robaremos juntos —y se unieron.

Fueron a la ciudad, donde estaba el tesoro del Rey totalmente rodeado de guardias. Hicieron un agujero bajo tierra, entraron y lo robaron. Cuando el Rey vio el saqueo, no sabía dónde golpearse la cabeza. Va a ver a uno que estaba preso por ladrón, llamado Portacalcina, y le dice: —Si me dices quién me robó el tesoro, te dejo en libertad y te hago marqués.

Respondió Portacalcina:

—Sólo pueden ser Cric o Croc o los dos juntos, porque son los ladrones más grandes que hay. Pero yo os diré cómo atraparlos. Haced vender la carne a cien liras la libra. Quien vaya a comprar será el ladrón.

El Rey hace vender la carne a cien liras la libra, y nadie compra ya carne. Finalmente le dicen que en una carnicería entró a comprar carne un fraile.

—Seguro que era Cric o Croc disfrazado —dijo Portacalcina—. También yo me disfrazaré e iré por las casas como un mendigo. A quien me dé de comer carne, le hago una marca roja en el portón para que lo encuentren los guardias.

Pero cuando hizo la marca roja en la casa de Cric, el ladrón se dio cuenta y marcó de rojo todas las puertas de la ciudad, a fin de que no pudieran descubrirlo.

Portacalcina le dijo al Rey:

—¿No dije que eran astutos? Pero hay quien es más astuto que ellos. Haced lo que os digo: pongamos una tinaja de pez hirviendo al pie de la escalera del tesoro. Quien vaya a robar caerá dentro y podremos reconocer el cadáver.

Cric y Croc, que mientras tanto se habían gastado todo el dinero, volvieron a robar. Croc iba el primero, en la oscuridad, y se cayó en la tinaja. Cric, al ver que su amigo había muerto en la pez, trató de sacar el cadáver, pero en vano. Entonces le cortó la cabeza y se la llevó.

Al día siguiente el Rey va a mirar.

—¡Esta vez está, esta vez está!

Pero encuentra un cadáver decapitado, de modo que no puede reconocerlo ni saber nada sobre los cómplices.

—Aún hay un sistema —dijo Portacalcina—. Haced arrastrar el cadáver con dos caballos por toda la ciudad. Donde se oiga un llanto, ésa será la casa del ladrón.

En efecto, la mujer de Croc, cuando desde la ventana vio que arrastraban por las calles el cuerpo de su marido, comenzó a gritar y a llorar. Pero Cric, que estaba en la casa, comprendió de inmediato que así los descubrirían. Entonces se puso a romper platos y escudillas y la emprendió a bastonazos con la mujer. Irrumpen los guardias, atraídos por el llanto, y ven que hay una mujer que ha roto los platos, y un hombre que no se cansa de pegarle y ella que no se cansa de llorar.

Entonces el Rey hizo colgar en las esquinas un decreto por el cual le perdonaba la vida al ladrón que le había robado, siempre que fuera tan hábil como para robarle una sábana del lecho. Entonces comparece Cric y dice que es capaz de hacerlo.

Por la noche el Rey se desnuda y se mete en la cama con la escopeta, dispuesto a esperar al ladrón. Cric pidió un cadáver al sepulturero, lo vistió con sus ropas y lo llevó al techo del palacio real. A medianoche, el cadáver, sujeto a una cuerda, se mecía ante las ventanas del Rey. El Rey piensa que es Cric, le dispara y lo ve caer con cuerda y todo. Corre abajo a ver si está muerto; entre tanto Cric se mete en su cuarto y le roba la sábana. Así ganó el perdón y, para que ya no tuviera que robar, el Rey le dio la mano de su hija.

(Monferrato)

18
EL PRÍNCIPE CANARIO

Había un Rey que tenía una hija. La madre de esta hija había muerto y la madrastra estaba celosa de la hija y siempre le hablaba mal de ella al Rey. La muchacha se disculpaba desconsolada; pero tanto hizo y tanto dijo la madrastra que el Rey, aunque quería a su hija, terminó por hacerle caso y le dijo que se la llevara de la casa. No obstante debía tenerla en un lugar donde estuviese cómoda, porque jamás habría permitido que la maltrataran.

—En cuanto a eso —dijo la madrastra—, estate tranquilo, no te preocupes.

E hizo encerrar a la muchacha en un castillo del bosque. Escogió un grupo de damas de la Corte y se las dejó por compañía, con la consigna de que no la dejaran salir y ni siquiera asomarse a la ventana. Naturalmente les pagaba con fondos de la Casa real. A la muchacha le asignaron un cuarto bien puesto, y podía comer y beber todo lo que quisiera; pero salir no podía. En cambio las damas, bien pagadas como estaban, con tanto tiempo libre, hacían lo que querían y ni le prestaban atención.

El Rey a menudo le preguntaba a la mujer:

—¿Y cómo está nuestra hija? ¿A qué se dedica?

Y la Reina, para hacer ver que se interesaba por ella, fue a hacerle una visita. Apenas llegó al castillo, todas las damas corrieron a su encuentro para decirle que estuviese tranquila, que la muchacha estaba muy cómoda y era muy feliz. La Reina entró un momento en la cámara de la muchacha.

—¿Estás bien, no? ¿No te falta nada, no? Veo que tienes buena cara, el aire de aquí es bueno. ¡Pásatelo bien, eh! ¡Hasta pronto!

Y se fue. Al Rey le dijo que jamás había visto a su hija tan contenta. Pero la Princesa, siempre sola en ese cuarto, con las damas de compañía que ni la miraban, pasaba los días tristemente asomada al ventanal. Se asomaba con los codos apoyados en el antepecho, y le habría salido un callo en los codos si no hubiese pensado en ponerse debajo un almohadón. La ventana daba al bosque y la Princesa no veía sino las copas de los árboles, las nubes y el sendero de los cazadores todo el santo día. Un

día pasó por el sendero el hijo de un Rey. Iba detrás de un jabalí y, al pasar ante ese castillo tanto tiempo deshabitado, se asombró al ver signos de vida: paños tendidos entre las almenas, humo en las chimeneas, ventanas abiertas. Al mirar descubrió que por una de ellas se asomaba una muchacha, y le sonrió. La muchacha también vio al Príncipe, vestido de amarillo, con botas de cazador y espingarda, mirándola y sonriéndole, y ella también le sonrió. Así se quedaron una hora, mirándose y sonriéndose, haciéndose inclinaciones y reverencias, porque la distancia que los separaba no les permitía otra comunicación.

Al día siguiente el hijo del Rey volvió a ese lugar con el pretexto de la caza, y estuvieron mirándose dos horas; y esta vez, además de las sonrisas, las inclinaciones y las reverencias, se pusieron una mano en el corazón y luego exhibieron largo tiempo sus pañuelos. Al tercer día el Príncipe se quedó tres horas y se mandaron un beso con la punta de los dedos. Al cuarto día estaba allí, como de costumbre, cuando una Bruja se asomó por detrás de un árbol y se echó a reír:

—¡Juá! ¡Juá! ¡Juá!

—¿Quién eres? ¿De qué te ríes? —dijo irritado el Príncipe.

—¡De que jamás se vio a dos enamorados tan tontos como para mantenerse tan lejos!

—¿Acaso sabes cómo llegar hasta ella, abuelita? —dijo el Príncipe.

—Me caéis simpáticos —dijo la Bruja—, y os ayudaré.

Llamó a las puertas del castillo y le dio a las damas de compañía un viejo libraco sucio y apergaminado, diciendo que se trataba de un regalo para la Princesa, para que ésta se distrajera con la lectura. Las damas se lo llevaron a la muchacha, que de inmediato lo abrió y leyó: «Este es un libro mágico. Si vuelves las páginas en el sentido apropiado, el hombre se convierte en pájaro, y si vuelves las páginas en sentido inverso, el pájaro se convierte en hombre».

La muchacha corrió a la ventana, apoyó el libro en el antepecho y comenzó a volver apresuradamente las páginas mientras miraba cada tanto al joven vestido de amarillo, de pie en medio del sendero, y he aquí que éste pasó de mover los brazos a agitar las alas, y de joven vestido de amarillo a ser un canario; el canario se puso a volar y pronto se elevó más que las copas de los árboles y no tardó en volar hacia ella y posarse en el antepecho. La Princesa no resistió la tentación de tomar a ese hermoso canario en la palma de la mano y darle un beso, luego se acordó de que era un joven y se avergonzó, luego volvió a recordarlo y dejó de avergonzarse, pero no veía la hora de convertirlo nuevamente en joven. Retomó el libro, hizo correr las páginas en sentido inverso, y las plumas amarillas del canario temblaron: se agitaron sus alas, se movieron sus brazos y helo aquí convertido en el joven vestido de amarillo con sus botas de cazador, que se arrodilló a sus pies, diciéndole:

—¡Te amo!

Cuando concluyeron con sus palabras de amor, ya anochecía. La Princesa comenzó a volver lentamente las páginas del libro. El joven, sin dejar de mirarla a los

ojos, volvió a ser un canario, se posó en el alféizar, luego en el alero, y al fin se confió al viento y voló en grandes círculos hasta posarse en una rama a baja altura. Entonces ella volvió las páginas al revés, el canario se convirtió en Príncipe, el Príncipe saltó a tierra, llamó a sus perros con un silbido, arrojó un beso hacia la ventana y se alejó por el sendero.

Cada día, pues, las páginas del libro se volvían para que el Príncipe volara hacia la ventana en lo alto de la torre, luego para darle forma humana, una vez más para que se alejara volando, y aún otra vez para que volviera a casa. Ambos jóvenes jamás habían sido tan felices.

Un día, la Reina vino a ver a la hijastra. Se paseó por el cuarto, siempre diciendo:

—¿Estás bien, no? Te veo un poquito delgada, pero no tiene importancia, ¿no? Nunca estuviste tan bien, ¿no?

Y mientras tanto se cercioraba de que todo estuviera en su lugar: abrió la ventana, miró hacia afuera y vio en el sendero al Príncipe vestido de amarillo que se acercaba con sus perros. «Si esta melindrosa se cree que va a hacerse la coqueta en la ventana, le daré una lección», pensó. Le pidió que fuese a preparar un vaso de agua con azúcar; entonces se quitó cinco o seis alfileres del cabello y los clavó en el almohadón, con la punta hacia arriba, pero de modo que no se vieran. «¡Así aprenderá a estar asomada al ventanal!». La muchacha volvió con el agua con azúcar.

—Ah, ya no tengo sed —dijo la Reina—. ¡Bébetela tú, pequeña! Yo tengo que volver junto a tu padre. ¿No necesitas nada, verdad? Adiós, entonces.

Y se fue.

En cuanto se alejó la carroza de la Reina, la muchacha se apresuró a volver las páginas del libro, el Príncipe se transformó en canario, voló hacia la ventana y cayó como una flecha en el almohadón. Súbitamente se elevó un agudo piar de dolor. Las plumas amarillas estaban tintas en sangre, pues el canario se había clavado las agujas en el pecho. Se elevó con un aleteo desesperado, se confió al viento, descendió en trémulos círculos y se posó en el suelo con las alas abiertas. La Princesa, espantada, sin darse cuenta todavía de lo sucedido, volvió rápidamente las páginas en sentido inverso, con la esperanza de que al devolverle la forma humana se borraran las heridas, pero, ay, el Príncipe reapareció manando sangre de profundos tajos que se destacaban sobre la pechera del traje amarillo, y así yacía rodeado por sus perros.

Los aullidos de los perros atrajeron a los otros cazadores, que lo socorrieron y se lo llevaron en unas angarillas de ramas, sin dirigir siquiera los ojos a la ventana de su amada, aún aterida de dolor y de espanto.

Una vez en palacio, el Príncipe no lograba curarse, y los doctores no sabían suministrarle alivio alguno. Las heridas no se cerraban y el dolor persistía. El Rey, su padre, hizo promulgar bandos en todas las calles, prometiendo tesoros a quien supiera el modo de curarlo; pero no encontraban a nadie.

Mientras tanto la Princesa se desesperaba por no poder estar junto a su amado. Se puso a cortar las sábanas en tiras delgadas y las anudó para hacer una cuerda muy

larga, y con esa cuerda descendió una noche de la altísima torre. Se puso a caminar por el sendero de los cazadores. Pero la densa oscuridad y los aullidos de los lobos la indujeron a esperar la mañana; encontró una vieja encina de tronco hueco, entró en ella, se acurrucó allí dentro y se durmió de inmediato, pues estaba muerta de cansancio. Se despertó cuando aún era noche cerrada: le parecía haber oído un silbido. Prestó atención y oyó otro silbido, luego un tercero y un cuarto. Y vio la lumbre de cuatro bujías que se acercaban. Eran cuatro Brujas, que venían de los cuatro extremos del mundo y se habían dado cita bajo ese árbol. La Princesa, por una hendidura del tronco, espiaba sin ser vista a las cuatro viejas con las bujías en la mano, que se saludaban efusivamente y se echaban a reír:

—¡Juá! ¡Juá! ¡Juá!

Encendieron una fogata al pie del árbol y se sentaron para calentarse y asar un par de murciélagos para la cena. Cuando se hartaron de comer, comenzaron a preguntarse qué habían visto de bueno en el mundo.

—Yo vi al Sultán de los Turcos, que se compró veinte mujeres nuevas.

—Yo vi al Emperador de los Chinos, que se dejó crecer tres metros la coleta.

—Yo vi al Rey de los Caníbales, que por error se comió al Chambelán.

—Yo vi al Rey de por aquí, que tiene un hijo enfermo y nadie sabe el remedio porque sólo yo lo conozco.

—¿Y cuál es? —preguntaron las otras Brujas.

—En su cuarto hay una baldosa movediza. Basta alzar la baldosa para encontrar una ampolla. En la ampolla hay un ungüento que le borraría todas las heridas.

La Princesa estuvo a punto de lanzar un grito de alegría desde el interior del árbol: debió morderse un dedo para callar. Como las Brujas ya se habían dicho cuanto tenían que decirse, se fueron cada cual por su camino. La Princesa salió del árbol y con la luz del alba marchó hacia la ciudad. En cuanto llegó a una tienda de ropavejero, compró un viejo traje de doctor y un par de anteojos y luego llamó a la puerta del palacio real. Los criados, al ver las trazas del doctorcito, no querían dejarlo entrar, pero el Rey dijo:

—Vamos, a mi hijo no puede hacerle ningún mal, porque no puede dejarlo peor de lo que está. Dejad que pruebe éste también.

El presunto médico pidió que lo dejaran a solas con el enfermo, lo cual le fue concedido.

Cuando se acercó a la cabecera de su amado, que gemía sin conocimiento en el lecho, la Princesa estuvo a punto de romper a llorar y cubrirlo de besos, pero se contuvo porque tenía que seguir deprisa las instrucciones de la Bruja. Se puso a caminar a lo largo y a lo ancho del cuarto hasta encontrar una baldosa movediza. La alzó y encontró una ampollita llena de ungüento. Con este ungüento frotó las heridas del Príncipe y bastó tocarlas con la mano húmeda de ungüento para que desaparecieran. Llena de alegría, llamó al Rey. El Rey vio a su hijo sin heridas, con el rostro lleno de color, durmiendo en paz.

—Pedidme lo que queráis, doctor —dijo el Rey—. Todas las riquezas del tesoro del Estado son para vos.

—No quiero dinero —dijo el doctor—. Sólo dadme el escudo del Príncipe con el emblema familiar, el estandarte del Príncipe y su jubón amarillo, el que está desgarrado y ensangrentado.

Y una vez que le dieron estos tres objetos, se fue.

Tres días más tarde, el hijo del Rey salió de nuevo a cazar. Pasó ante el castillo del bosque pero no se dignó alzar los ojos hacia la ventana de la Princesa. Ella se apresuró a tomar el libro, volvió las páginas, y el Príncipe, aunque muy a su pesar, se transformó en canario. Voló hacia el cuarto y la Princesa volvió a convertirlo en hombre.

—Déjame en paz —dijo él—. ¿No te basta con haberme herido con tus alfileres, causándome tantos sufrimientos?

El Príncipe, en efecto, había dejado de amar a la muchacha pues pensaba que ella era la causa de sus desdichas.

La muchacha estaba a punto de desfallecer.

—¡Pero yo te salvé! ¡Fui yo quien te curó!

—No es cierto —dijo el Príncipe—. Quien me salvó es un médico extranjero, que no pidió otra recompensa que mi emblema, mi estandarte y mi jubón ensangrentado.

—¡He aquí tu emblema, he aquí tu estandarte, y he aquí tu jubón ensangrentado! ¡Yo era ese médico! ¡Los alfileres eran una crueldad de mi madrastra!

El Príncipe la miró a los ojos estupefacto. Jamás le había parecido tan hermosa. Cayó a sus pies y le pidió perdón, expresándole su gratitud y su amor.

Esa misma noche le dijo a su padre que quería casarse con la muchacha del castillo del bosque.

—Tú sólo debes casarte con la hija de un Rey o un Emperador —dijo el padre.

—Me caso con la mujer que me salvó la vida.

Y se dispusieron las bodas, invitando a todos los Reyes y Reinas de los alrededores. Vino también el Rey padre de la Princesa, que no sabía nada. Cuando vio avanzar a la prometida, exclamó:

—¡Hija mía!

—¿Cómo? —dijo el Rey dueño de la casa—. ¿La prometida de mi hijo es vuestra hija? ¿Y por qué no nos lo dijo?

—Porque —dijo la novia— ya no me considero hija de un hombre que permitió que me encarcelara mi madrastra.

Y señaló con el índice a la Reina.

El padre, al enterarse de todas las desgracias de su hija, sintió compasión por ella y desdén por su pérfida mujer. Y ni siquiera esperó a volver a casa para mandarla arrestar. Así se celebraron las bodas para gran satisfacción y alegría de todos, a excepción de aquella malvada.

(Turín)

19
REY CRIN

Una vez había un Rey que tenía por hijo a un cerdo al que llamaban Rey Crin. Rey Crin se paseaba por los aposentos reales y habitualmente era muy educado, como conviene a un personaje regio, pero cada tanto se ponía a hacer travesuras. Le dijo el padre, acariciándole la grupa:

—¿Qué te pasa que te portas tan mal, qué te pasa?

Rey Crin se puso a gruñir:

—Eu, eu, quiero mujer, eu eu, quiero a la hija del panadero.

El Rey mandó llamar al panadero, que tenía tres hijas, y le preguntó si su hija mayor estaba dispuesta a casarse con su hijo cerdo. La hija, entre el placer de casarse con el hijo de un Rey y el desagrado de casarse con un cerdo, se decidió por aceptar.

La noche de bodas, Rey Crin se paseó muy satisfecho por todas las calles de la ciudad y se embarró todo. Volvió a la cámara donde lo aguardaba su esposa y con aire mimoso se restregó contra su falda. La esposa, disgustada, en vez de acariciarlo lo sacó a puntapiés.

—¡Fuera de aquí, puerco feo!

Rey Crin se alejó gruñendo:

—¡Eu! Me las pagarás.

Y esa noche encontraron a la novia muerta en el lecho.

El viejo Rey se quedó muy apenado, pero después de unos meses, como al hijo volvió a metérsele en la cabeza la idea de tomar mujer y no hacía sino travesuras, y gruñía: «¡Eu, eu, eu! ¡Quiero a la hija del panadero!», se decidió a llamar a la segunda hija del panadero, la cual aceptó.

La noche de bodas, Rey Crin volvió a revolcarse por las calles y a restregarse contra la novia, que lo pateó diciendo:

—¡Fuera de aquí, puerco feo!

Y por la mañana la encontraron muerta. Esto causó una honda impresión en la Corte, porque ya era la segunda vez.

Pasó el tiempo, y de nuevo Rey Crin empezó a portarse mal.

—¿Tendrás el coraje de pedir a la tercera hija del panadero?

Y él:

—¡Eu, eu, sí que la quiero! ¡Eu, eu, sí que la quiero!

Hicieron la prueba de llamar a la tercera hija para preguntarle si quería casarse con Rey Crin. Y notaron que ella aceptaba muy contenta. La noche de bodas, como de costumbre, Rey Crin fue a revolcarse por las calles y tal como estaba corrió a acariciar a su señora. Y ella lo acarició y lo limpió con finos pañuelos de batista, diciéndole:

—Mi hermoso Crin, mi querido y hermoso Crin, te quiero tanto.

Y Rey Crin se puso muy contento.

Por la mañana toda la Corte esperaba la noticia de la muerte de la tercera esposa, pero en cambio la encontraron más feliz y alegre que antes. Fue un gran día de fiesta para la Casa real, y el Rey ofreció un banquete.

A la noche siguiente, la esposa tuvo curiosidad por ver a Rey Crin mientras dormía, porque se le había metido una idea en la cabeza. Encendió una cerilla y vio a un bello mancebo, más bello de lo que pudiera imaginarse. Pero mientras lo miraba se le cayó la cerilla, que fue a dar en el brazo del joven. Este se despertó y saltó del lecho lleno de cólera.

—¡Has roto el encantamiento y no volverás a verme! —gritó—. ¡A menos que puedas llenar siete frascos de lágrimas y gastar siete pares de zapatos de hierro, siete mantos de hierro y siete sombreros de hierro!

Y desapareció.

La esposa se quedó tan dolorida que no podía estar sin buscarlo. Mandó a un artesano hacer siete pares de zapatos de hierro, siete mantos de hierro y siete sombreros de hierro. Luego partió.

Mientras caminaba, la noche la sorprendió en una montaña. Vio una casucha y llamó a la puerta.

—Pobre muchacha —le dijo una vieja—. No puedo alojarte, porque mi hijo es el Viento y cuando viene a casa pone todo patas arriba y ay de ti si te encuentra.

Pero tanto le rogó que la vieja la ocultó en la casa, y cuando vino el Viento y comenzó a olfatear, diciendo:

—Hum, hum,
¡Qué olor a cristianum!,

le dio de comer y lo aplacó. Por la mañana la madre del Viento se levantó temprano y despertó sigilosamente a la joven.

—Huye, huye antes de que se levante mi hijo, y llévate de recuerdo esta castaña. No la abras si no es en caso de gran necesidad.

Mientras caminaba, la noche la sorprendió en lo alto de otra montaña. Vio una casucha, y una vieja le dijo desde la puerta:

—Sí, te alojaría con gusto, pero soy la madre del Rayo, y cuando venga mi hijo no lo pasarás bien.

Por fin la ocultó, presa de compasión, y cuando vino el Rayo:

—Hum, hum,
¡Qué olor a cristianum!,

pero no la encontró, comió y se fue a dormir.

—Huye antes de que mi hijo despierte —le dijo por la mañana la madre del Rayo —. Toma esta nuez, que puede serte útil.

Mientras caminaba, la noche la sorprendió en lo alto de otra montaña. Allí estaba la casa de la madre del Trueno, que al fin la ocultó. Y también allí:

—Hum, hum,
¡Qué olor a cristianum!,

pero no la encontró, y por la mañana la joven partió con una avellana que la madre del Trueno le dio de regalo.

Tras mucho caminar llegó a una ciudad y le dijeron que la Princesa de esa ciudad no tardaría en casarse con un bello mancebo que estaba con ella en el castillo. A la joven se le ocurrió que el mancebo debía ser su esposo. ¿Pero cómo hacer para impedir ese matrimonio? ¿Y cómo hacer para entrar en el castillo?

Abrió la castaña y de ella brotaron joyas y diamantes en profusión y los fue a vender bajo el palacio de la Princesa. La Princesa se asomó y la hizo subir.

—Le doy todo a cambio de nada —le dijo—, siempre y cuando que me deje dormir una noche en el cuarto de ese joven que está en su palacio.

La Princesa temía que la joven le hablase y se fugara con él, pero su criada le dijo:

—Déjelo de mi cuenta. Le daremos *l'ndurmia*[7-Tr] y no se despertará.

Así lo hicieron, y cuando el bello mancebo se hubo dormido, la criada acompañó a la joven a su cuarto y allí la dejó. Y la joven vio con sus propios ojos que se trataba de su esposo. Comenzó a decirle:

—¡Despiértate, esposo mío, despiértate! Caminé tanto que gasté siete pares de zapatos de hierro, siente mantos de hierro y siete sombreros de hierro, amén de llorar siete frascos de lágrimas. ¡Y ahora que te encuentro, no me oyes!

Y así estuvo hasta la mañana. Por la mañana, desesperada, quebró la nuez. Brotaron bellos vestidos, paños de seda, una cosa más bella que la otra. Al ver todas esas maravillas, la criada fue a contárselo a la Princesa y la Princesa, con tal de tener esos vestidos, le dejó pasar otra noche con el joven, pero le acortó el plazo obligándola a entrar más tarde al cuarto y salir de él más temprano.

También esa noche fue todo inútil: el joven no se despertaba. La pobre muchacha rompió la avellana y brotaron carrozas, coches de lujo y caballos. También esta vez,

la codiciosa Princesa le permitió pasar una noche con el mancebo.

Pero esta vez él se había cansado de beber de ese vaso que le ofrecían todas las noches. Fingió beber pero arrojó el líquido al suelo. Y, mientras la joven hablaba, él simuló dormir hasta que, seguro de que era su mujer, se incorporó y la abrazó. Partieron con todos esos carruajes y caballos y volvieron a casa y celebraron una fiesta.

Con mucho lujo y mucha bambolla,
Y yo no pude ni oler las ollas.

(Colinas del Po)

20
LOS BIELLESES, GENTE DURA

Un campesino iba un día hacia Biella. El tiempo era tan malo que por las calles casi no se podía avanzar. Pero el campesino tenía un compromiso importante y seguía su rumbo con la cabeza gacha, contra la lluvia y la tempestad.

Encontró a un anciano que le dijo:

—¡Buenos días! ¿Adónde vas, buen hombre, con tantas prisas?

—A Biella —dijo el campesino sin detenerse.

—Podrías decir al menos: «si Dios quiere».

El campesino se detuvo, encaró al anciano y le replicó:

—Si Dios quiere, voy a Biella; y si Dios no quiere, debo ir igual. Ahora bien, ese anciano era el Señor.

—Entonces irás a Biella dentro de siete años —le dijo—. Mientras tanto, salta a ese pantano y quédate allí siete años.

Y el campesino súbitamente se convirtió en rana, dio un brinco y se quedó en el pantano.

Pasaron siete años. El campesino salió del pantano, se transformó en hombre, se enfundó el sombrero en la cabeza, y reanudó su marcha hacia el mercado.

A los pocos pasos volvió a encontrarse con el anciano.

—¿Adónde vas, buen hombre?

—A Biella.

—Podrías decir: «si Dios quiere».

—Si Dios quiere, bien; si no, ya sé cuál es el trato, y sé cómo ir sólo a ese pantano.

Y no hubo modo de sacarle otra respuesta.

(Biellese)

21
EL TIESTO DE MEJORANA

Había una vez un boticario; era viudo y tenía una hija bella y atractiva que se llamaba Estrella Diana. Estrella Diana iba todos los días a casa de una costurera para aprender costura. En casa de la costurera había una terraza llena de macetas con flores y plantas, y todos los atardeceres Estrella Diana iba a regar un tiesto de mejorana por el que sentía predilección. Frente a la terraza había un balcón, y un joven señor asomado. Y el joven señor le dijo un día:

—Estrella Diana, Estrella Diana,
¿Cuántas hojas tiene tu mejorana?

Y la muchacha le respondió:

—Oh muy noble caballero,
¿Cuántas estrellas hay en el Cielo?

Y él:

—Las estrellas del cielo no se pueden contar.

Y ella:

—Mi mejorana no se debe mirar.

El señor se disfrazó entonces de vendedor de pescado y fue bajo la ventana de la costurera a vender pescado. La costurera mandó a Estrella Diana a comprar un pescado para freírlo a la hora de la cena. Ella bajó y le preguntó al vendedor cuánto costaba. Él le dijo el precio, pero era una cifra tan elevada que Estrella Diana le dijo que no lo quería. Entonces él le respondió:

—Si me da un beso, se lo doy gratis.

Estrella Diana le dio un beso fugaz y él le dio el pescado para la cena de la

costurera.

Al atardecer, cuando Estrella Diana apareció entre los tiestos de la terraza, el señor le dijo desde el balcón:

—Estrella Diana, Estrella Diana,
¿Cuántas hojas tiene tu mejorana?

Y ella:

—Oh muy noble caballero,
¿Cuántas estrellas hay en el Cielo?

Y él:

—Las estrellas del cielo no se pueden contar.

Y ella:

—Mi mejorana no se debe mirar.

Entonces le dijo el señor:

—Por un solo pescadito
Me diste un lindo besito.

Estrella Diana comprendió la jugarreta y se retiró furiosa de la terraza; pensó en el acto una treta para replicarle. Se vistió de hombre y se ajustó al talle una fajita preciosa; salió a lomos de una muía y se paseó por la calle donde vivía el señor. El vio la fajita y dijo:

—¡Qué hermosa! ¿Me la vendería?

Ella puso voz de hombre y le dijo que no se la vendía a ningún precio. Él dijo que haría cualquier cosa con tal de poseer esa fajita.

—Entonces —dijo ella— déle un beso a la cola de mi muía y le daré la fajita.

Como al señor le gustaba mucho la fajita, miró alrededor para asegurarse de que nadie lo veía, le dio un beso a la cola de la muía, cogió la fajita y se fue.

Cuando se vieron, ella en la terraza y él en el balcón, se entabló el diálogo de costumbre.

—Estrella Diana, Estrella Diana,
¿Cuántas hojas tiene tu mejorana?
—Oh muy noble caballero,
¿Cuántas estrellas hay en el Cielo?
—Las estrellas del cielo no se pueden contar.
—Mi mejorana no se debe mirar.
—Por un solo pescadito
Me diste un lindo besito.
—Por tener una fajita

Le besaste la cola a mi mulita.

El señor se sintió muy mal al escuchar esa réplica. Decidió ponerse de acuerdo con la costurera y le pidió permiso para ponerse debajo de la escalera. Cuando Estrella Diana subió los escalones, el joven, desde abajo, le tiró de la falda. La muchacha gritó:

—¡Costurera, costurera,
Me tiran de la falda desde la escalera!

Y ese atardecer se entabló el siguiente diálogo de la terraza al balcón:

—Estrella Diana, Estrella Diana,
¿Cuántas hojas tiene tu mejorana?
—Oh muy noble caballero,
¿Cuántas estrellas hay en el Cielo?
—Las estrellas del cielo no se pueden contar.
—Mi mejorana no se debe mirar.
—Por un solo pescadito
Me diste un lindo besito.
—Por tener una fajita
Le besaste la cola a mi mulita.
—¡Costurera, costurera,
Me tiran de la falda desde la escalera!

Esta vez fue Estrella Diana quien se sintió mal; y pensó: «¡Te daré una lección!». Dándole una propina al criado, logró entrar en la casa del joven y se le apareció con una sábana en la cabeza, una antorcha en la mano y un libro abierto. El joven, al ver ese fantasma, se puso a temblar y dijo:

—Yo soy joven, linda muertecita,
Ve a casa de mi tía, que es una viejecita.

Estrella Diana apagó la antorcha y se fue. Al día siguiente, el dúo continuó:

—Estrella Diana, Estrella Diana,
¿Cuántas hojas tiene tu mejorana?
—Oh muy noble caballero,
¿Cuántas estrellas hay en el Cielo?
—Las estrellas del cielo no se pueden contar.
—Mi mejorana no se debe mirar.
—Por un solo pescadito
Me diste un lindo besito.
—Por tener una fajita
Le besaste la cola a mi mulita.
—¡Costurera, costurera,
Me tiran de la falda desde la escalera!
—Yo soy joven, linda muertecita,
Ve a casa de mi tía, que es una viejecita.

Ante la nueva burla, el joven se dijo: «Esto ya es intolerable. Encontraré una nueva

manera de cobrar venganza». Y dicho y hecho, fue a casa del boticario y le pidió la mano de Estrella Diana. El boticario quedó muy contento y en el acto redactaron el contrato. Se acercaba el día de la boda y Estrella Diana temía que su prometido aún albergara el propósito de vengarse de todas sus tretas. Se hizo una muñeca de engrudo de su mismo tamaño, semejante a ella en todo, y en lugar de corazón le puso una bolsita llena de natillas. Cuando se retiró a su cuarto después de la boda, puso la muñeca en la cama con su cofia y su camisón, y luego se escondió.

Entró el esposo:

—¡Ah, al fin solos! ¡Llegó el momento de vengarme de todas las humillaciones que me has infligido!

Desenvainó un puñal y atravesó el corazón de la muñeca. La bolsita estalló y las natillas salpicaron por todas partes, hasta en la boca del esposo.

—¡Ah, pobre de mí! ¡Qué dulce es la sangre de mi Estrella Diana! ¡Y yo que acabo de matarla! ¡Pero qué he hecho! ¡Ah, si pudiese hacerla revivir!

Entonces apareció Estrella Diana, vivita y coleando.

—¡Aquí estoy! ¡Yo soy tu Estrella Diana, y de ninguna manera estoy muerta!

El esposo, feliz y contento, la abrazó, y felices y contentos vivieron a partir de entonces.

(Milán)

22
EL JUGADOR DE BILLAR

Había una vez un joven que se pasaba el día en el café, y a todos les ganaba al billar. Un día, en un café, se encontró con un señor forastero.

—¿Jugamos una partida de billar? —le dijo el joven.

—Juguémosla.

—¿Qué nos apostamos?

—Si usted gana, le doy a mi hija por esposa —dijo el forastero.

Jugaron la partida y ganó el joven.

—Bueno —dijo el forastero—. Yo soy el Rey del Sol. Pronto le escribiré.

Y se fue.

Todos los días el joven esperaba que el cartero le trajera una carta del Rey del Sol, pero la carta nunca llegaba. Entonces salió de viaje. Cada domingo se detenía en una ciudad, esperaba a que la gente saliera de misa, y preguntaba a los más viejos si sabían dónde estaba el Rey del Sol. Nadie sabía nada de él, pero un día encontró a un viejo que le dijo:

—Que existe, eso es seguro; pero dónde, no sabría decírselo.

El joven viajó otra semana más. Y finalmente, en otra ciudad, encontró a otro viejo que salía de misa y que le indicó el camino hacia otra ciudad aún más lejana. Llegó allí al domingo siguiente, y a la salida de misa le preguntó a un viejo si sabía dónde estaba el Rey del Sol.

—Por aquí cerca —dijo el viejo—, al final de esta calle, a la derecha, está su palacio. Va a reconocerlo en seguida, porque es un palacio sin puerta.

—¿Y qué hay que hacer para entrar?

—Mire, vaya hasta ese bosquecillo. En medio del bosquecillo hay un estanque, donde a mediodía van a bañarse las tres hijas del Rey del Sol.

El joven fue a ocultarse en el bosquecillo. Al mediodía en punto, llegan las tres hijas del Rey del Sol. Se desnudan, se tiran al estanque y comienzan a nadar. El joven, sin que lo vieran, se acercó a los vestidos de la más bella y se los llevó.

Las tres muchachas salieron del agua y de inmediato fueron a vestirse. Pero la más bella no encontraba sus vestidos.

—Vamos, nosotras ya estamos listas —le dijeron las hermanas—. ¿Qué haces?

—¡No encuentro mis ropas! ¡Esperad!

—Búscalas mejor. Nosotras debemos irnos.

Y la dejaron sola. La muchacha se puso a llorar. En ese momento apareció el joven.

—Si me llevas con tu padre, te daré tus ropas.

—¿Pero usted quién es?

—Yo soy el que ganó al billar y debo casarme con la hija del Rey del Sol.

Los dos jóvenes se miraron y se enamoraron de inmediato.

—Debes casarte conmigo —dijo la muchacha—. Pero ten en cuenta que mi padre te pondrá una venda en los ojos y te hará escoger entre las tres. Para reconocerme has de tocarnos las manos. Yo tengo un dedo mocho.

Y lo hizo entrar en el palacio del Rey del Sol.

—Vine aquí para casarme con su hija —le dijo el joven al Rey del Sol.

—De acuerdo, mañana te casas con ella —dijo el Rey del Sol—. Ahora elige la que quieras.

Y lo hizo vendar.

Entró la primera. Él le tocó las manos y dijo:

—Esta no me gusta.

El Rey le mandó la segunda. El joven le tocó las manos y dijo:

—Esta tampoco.

Vino la tercera. El joven se aseguró de que tuviera el dedo mocho y dijo:

—Quiero casarme con ésta.

Se celebraron las bodas y ambos esposos tuvieron un cuarto para ellos en el palacio. A medianoche, la esposa le dijo:

—Escúchame, es necesario que te diga que mi padre está tramando algo para matarte.

—Escapémonos —dijo él.

Se levantaron temprano, cogieron un caballo cada uno y se escaparon. Se levantó el Rey, fue al cuarto de los esposos y no los encontró. Fue a los establos y vio que le faltaban los dos caballos más hermosos. Entonces ordenó que una tropa de soldados a caballo siguiera y arrestara a ambos esposos.

Mientras los esposos galopaban, la hija del Rey oyó un ruido de cascos a sus espaldas. Se volvió y vio avanzar la tropa de soldados. Se quitó la peineta de los cabellos y la clavó en tierra. La peineta se transformó en un bosque. Y en el bosque había un hombre y una mujer que cortaban leña.

Los soldados les preguntaron:

—¿Habéis visto pasar a la hija del Rey del Sol con su marido?

Y el hombre y la mujer respondieron:

—Nosotros venimos aquí a cortar leña; cuando anochece, nos vamos a casa.

Y los soldados:

—¡Decidnos si habéis visto pasar a la hija del Rey con su marido!

Y ellos:

—Sí, cuando llenamos un carretín, nos vamos.

Los soldados se marcharon con fastidio.

—¿Los encontrasteis? —les preguntó el Rey del Sol.

—Ya estábamos a punto de alcanzarlos —respondieron—, cuando de pronto nos encontramos en un bosque, y había un hombre y una mujer que nos respondían siempre al revés.

—¡Tendríais que haberlos arrestado! ¡Eran ellos!

Y los soldados volvieron a perseguirlos. Estaban a punto de alcanzarlos, cuando la hija del Rey del Sol volvió a clavar la peineta en tierra, y la peineta se transformó en un huerto, y había un hombre y una mujer que recogían achicoria y rabanitos.

—¿Habéis visto pasar a la hija del Rey con su marido? —preguntaron los soldados.

—Un centavo el hato de rabanitos, el de achicoria medio centavo.

Los soldados volvieron a preguntarles, y los dos volvieron a hablarles de achicoria y rabanitos. Y la tropa se marchó.

—Estábamos a punto de alcanzarlos —le dijeron al Rey—, cuando nos encontramos en un huerto, con un hombre y una mujer que siempre respondían al revés.

—¡Tendríais que haberlos arrestado! ¡Eran ellos!

Los soldados, galopa que te galopa, estaban otra vez pisándoles los talones a los dos esposos, cuando la muchacha volvió a clavar la peineta en tierra y se vieron delante de una iglesia, con dos sacristanes que tocaban las campanas. Y los soldados les preguntaron si habían visto a la hija del Rey.

Y los sacristanes:

—Ahora tocamos la segunda, después la tercia, y después viene la Misa.

Y los soldados se fastidiaron.

—¡Tendríais que haberlos arrestado! ¡Eran ellos! —gritó el Rey del Sol. Al fin también él se fastidió.

(Milán)

23
EL LENGUAJE DE LOS ANIMALES

Un rico mercader tenía un hijo llamado Bobo, muy despierto y con muchas ansias de aprender. El padre le confió a un maestro muy docto para que le enseñara todas las lenguas.

Concluidos sus estudios, Bobo regresó a casa. Un atardecer paseaba con el padre por el jardín. En un árbol trinaban los pájaros: un gorjeo ensordecedor.

—Estos pájaros me rompen los tímpanos todas las noches —dijo el mercader tapándose las orejas.

—¿Quieres que te explique qué dicen? —preguntó Bobo.

El padre lo miró perplejo.

—¿Cómo vas a saber lo que dicen los pájaros? ¿Acaso eres adivino?

—No, pero el maestro me enseñó el lenguaje de todos los animales.

—¡Ah, qué bien he gastado mi dinero! —dijo el padre—. ¿Qué diablos entendió ese maestro? Yo quería que te enseñara las lenguas que hablan los hombres, no las que hablan las bestias.

—Las lenguas de los animales son más difíciles y el maestro quiso comenzar por ellas.

El perro corría ladrando detrás de ellos.

—¿Quieres que te explique qué dice? —preguntó Bobo.

—¡No! ¡Déjame en paz con el lenguaje de las bestias! ¡Mi pobre dinero!

Paseaban junto a la zanja y cantaban las ranas.

—Lo único que me faltaba eran las ranas… —gruñó el padre.

—Padre, ¿quieres que te explique…? —comenzó Bobo.

—¡Vete al diablo tú y quién te educó!

Y el padre, enfurecido por haber malgastado su dinero en la educación de su hijo, y con la idea de que semejante conocimiento del lenguaje de los animales era un arte maligno, llamó a dos criados y les dijo qué debían hacer al día siguiente.

Por la mañana, despertaron a Bobo. Uno de los criados lo hizo subir a la carroza y

se sentó junto a él; el otro, en el pescante, fustigó a los caballos, que partieron al galope. Bobo no sabía nada de este viaje, pero notó que el sirviente que iba junto a él tenía los ojos tristes e hinchados.

—¿Adónde vamos? —le preguntó—. ¿Por qué estás tan triste?

Pero el sirviente callaba.

Entonces los caballos comenzaron a relinchar, y Bobo comprendió que decían:

—Triste viaje el nuestro. Llevamos al amito a la muerte.

Y el otro respondía:

—Ha sido cruel la orden de su padre.

—Entonces, ¿mi padre os dio órdenes de matarme? —les dijo Bobo a los sirvientes.

Los sirvientes se sobresaltaron.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntaron.

—Me lo han dicho los caballos —dijo Bobo—. Entonces matadme en el acto. ¿Para qué hacerme sufrir con la espera?

—Nos falta ánimo para hacer tal cosa —dijeron los sirvientes—. Pensamos en cómo podríamos salvarte.

En ese momento los alcanzó el perro, que había ido detrás de la carroza. Y Bobo comprendió que sus ladridos decían:

—¡Daría la vida por salvar al amito!

—Aunque mi padre es cruel —dijo Bobo—, hay criaturas fieles; vosotros, mis sirvientes, y este perro, que dice estar dispuesto a dar la vida por mí.

—Entonces —dijeron los sirvientes—, matemos al perro y llevémosle su corazón al amo. En cuanto a ti, amito, escapa.

Bobo abrazó a sus criados y a su perro fiel y se marchó a la aventura. Al anochecer llega a una cabaña y pidió a sus dueños que lo hospedaran. Estaban cenando, cuando del patio llegó el ladrido del perro. Bobo se puso a escuchar junto a la ventana, y luego dijo:

—Rápido, que se acuesten mujeres y niños. Vosotros armaos hasta los dientes y estad atentos. A medianoche vendrá a asaltarnos una banda de malandrines.

Los campesinos creyeron que no estaba bien de la cabeza.

—¿Pero cómo lo sabes? ¿Quién te lo dijo?

—Lo supe por el perro que ladraba para advertiros. Pobre bestia, de no estar yo habría malgastado el aliento. Si me hacéis caso, os salvaréis.

Los campesinos, con sus fusiles, se agazaparon detrás de un seto. Las mujeres y los niños se encerraron en la casa. A medianoche se oyó un silbido, luego otro, y después otro; luego se vio gente que se movía. Del seto salió una descarga de plomo. Los ladrones se dieron a la fuga; dos de ellos quedaron secos en el barro, con los cuchillos en la mano.

Bobo recibió grandes festejos, y los campesinos querían que se quedara con ellos, pero él se despidió y continuó el viaje.

Al anochecer llega a la casa de otros campesinos y no sabe si llamar o no, cuando oye el parloteo de las ranas en la zanja. Las escucha con atención.

—¡Vamos, pásame la hostia! —decían—. ¡A mí! ¡A mí! ¡Si no me pasáis la hostia, no juego más! ¡Si tú la coges se rompe! ¡La hemos conservado entera tantos años…!

Bobo se acerca y mira: las ranas jugaban a la pelota con una hostia consagrada. Bobo se persigna.

—¡Hace ya seis años que está en la zanja! —dijo una rana.

—Desde que la hija del campesino fue tentada por el demonio, y en lugar de tomar la comunión se guardó la hostia en el bolsillo y la tiró a la zanja al volver de la iglesia.

Bobo llamó a la puerta. Lo invitaron a cenar. Al conversar con el campesino, se entera de que éste tiene una hija que desde hace seis años está enferma, sin que ningún médico conozca la enfermedad, y que ya está en trance de muerte.

—¡Ya lo creo! —dijo Bobo—. Es Dios quien la castiga. Hace seis años que tiró a la zanja la hostia consagrada. Hay que buscar esa hostia y después hacerla comulgar devotamente; así se curará.

El campesino se quedó pasmado.

—¿Pero quién te ha dicho esas cosas?

—Las ranas —dijo Bobo.

El campesino, aún sin comprender, hurgó en el pozo, halló la hostia, hizo comulgar a la hija y ésta se repuso. No sabían cómo recompensar a Bobo, pero él no quiso nada; se despidió y se fue.

Lin día de mucho calor se encontró a dos hombres que reposaban a la sombra de un castaño. Se recostó junto a ellos y pidió permiso para hacerles compañía. Se pusieron a charlar.

—¿Adónde vais?

—Vamos a Roma. ¿No sabes que murió el Papa y que se elige uno nuevo?

Mientras tanto, una bandada de pájaros se posó sobre las ramas del castaño.

—Estos pájaros también van a Roma —dijo Bobo.

—¿Y cómo lo sabes? —le preguntaron.

—Comprendo su lenguaje —dijo Bobo. Aguzó el oído, y luego dijo—: ¿Sabéis qué dicen?

—¿Qué?

—Dicen que uno de nosotros tres será elegido Papa.

En ese tiempo, se elegía Papa dejando libre una paloma que volaba sobre la plaza de San Pedro colmada de gente. Aquel sobre cuya cabeza se posara la paloma, debía ser elegido Papa. Los tres llegaron a la plaza atestada y se mezclaron con la multitud. La paloma voló y voló y al fin se posó sobre la cabeza de Bobo.

Entre cánticos y gritos de alegría fue colocado en un trono y vestido con preciosos atuendos. Se irguió para dar la bendición, y en medio del silencio que había

caído sobre la plaza se oyó un grito. Un viejo había caído al suelo fulminado. El nuevo Papa acudió a verlo y en el viejo reconoció a su padre. Lo había matado el remordimiento, y apenas tuvo tiempo de pedir perdón a su hijo, para luego expirar entre sus brazos.

Bobo lo perdonó, y fue uno de los mejores papas que jamás tuvo la Iglesia.

(Mantua)

24
LAS TRES CABAÑAS

Una pobre mujer agonizante llamó a sus tres hijas y les habló de este modo:

—Hijas mías, dentro de poco moriré y os quedaréis solas en el mundo. Cuando yo me haya ido, haced lo siguiente: id a ver a vuestros tíos y que os construyan una cabaña a cada una. Quereos mucho. Adiós.

Y expiró. Las tres muchachas salieron llorando.

Se pusieron en camino y se encontraron con un tío suyo, esterero. Dijo Catalina, la mayor:

—Tío, mamá murió. Usted que es tan bueno, hágame una cabaña de esteras.

Y el tío esterero le hizo la cabaña de esteras.

Las otras dos hermanas siguieron adelante y se encontraron con otro tío, leñador. Dijo Julia, la segunda:

—Tío, mamá murió. Usted que es tan bueno, hágame una cabaña de madera.

Y el tío leñador le hizo la cabaña de madera.

Sólo quedó Mariquita, la más pequeña, que siguió su camino y se encontró con otro tío, herrero.

—Tío —le dijo—, mamá murió. Usted que es tan bueno, hágame una cabaña de hierro.

Y el tío herrero le hizo una cabaña de hierro.

Al caer la noche vino el lobo. Fue a la cabaña de Catalina y llamó a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Catalina.

—Soy un pobre pollito mojado; ábreme, por caridad.

—Vete de aquí. Eres el lobo y quieres devorarme.

El lobo dio un empujón a las esteras, entró y se comió a Catalina de un solo bocado.

Al día siguiente las dos hermanas fueron a visitar a Catalina. Encontraron las esteras derribadas y la cabaña vacía.

—¡Oh, pobres de nosotras! —dijeron—. Seguro que a nuestra hermana mayor se

la ha comido el lobo.

Al anochecer volvió el lobo y fue a la cabaña de Julia. Llamó a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Julia.

—Soy un pollito encogido, albérgame, por piedad.

—No, eres el lobo, y quisieras comerme como a mi hermana.

El lobo dio un empujón a la cabaña de madera, derribó la puerta y de un bocado se comió a Julia.

Por la mañana Mariquita va a visitar a Julia, no la encuentra y se dice para sí: «¡Se la ha comido el lobo! Pobre de mí, me he quedado sola en el mundo».

Al caer la noche el lobo fue a la cabaña de Mariquita.

—¿Quién es?

—Soy un pobre pollito aterido, te ruego que me dejes entrar.

—Vete de aquí, que eres el lobo y quieres comerme como te comiste a mis hermanas.

El lobo dio un empujón a la puerta, pero la puerta era de hierro como el resto de la casa y el lobo se rompió un hombro. Aullando de dolor, corrió a ver al herrero.

—Ajústame el hombro —le dijo.

—Yo ajusto el hierro, no los huesos —dijo el herrero.

—Pero yo me rompí los huesos con el hierro, de modo que a ti te corresponde ajustármelos —dijo el lobo.

Entonces el herrero cogió clavos y martillo y le ajustó el hombro.

El lobo volvió a casa de Mariquita y se puso a hablar junto a la puerta cerrada.

—Escúchame, Mariquita, por culpa tuya me he roto un hombro, pero yo te quiero igual. Si mañana por la mañana vienes conmigo, iremos a buscar garbanzos a un campo cercano.

—Sí, sí. Ven a buscarme —respondió Mariquita.

Pero astuta como era, había comprendido que el lobo sólo quería hacerla salir de casa para comérsela. De modo que al día siguiente se levantó antes del alba, fue al campo de garbanzos y recogió una buena cantidad. Volvió a casa, se puso a cocer los garbanzos y arrojó las vainas por la ventana. A las nueve llegó el lobo.

—Linda Mariquita, ven conmigo a buscar garbanzos.

—Ni voy ni nada, tonto: yo ya tengo mis garbanzos. Mira debajo de la ventana y verás las vainas, huele el humo que sale de la chimenea y sentirás el olor, y sólo te queda relamerte los labios.

El lobo estaba fuera de sí de rabia, pero dijo:

—No importa, mañana por la mañana te vengo a buscar a las nueve y vamos a recoger altramuces.

—Sí, sí —dijo Mariquita—. Te espero a las nueve.

Pero también esta vez se levantó más temprano, fue al campo de los altramuces, recogió una buena cantidad y se los llevó a casa para cocinarlos. Cuando el lobo vino a buscarla, le mostró las vainas al pie de la ventana.

El lobo interiormente juró venganza, pero a ella le dijo:

—¡Ah, picarona, me has engañado! ¡Y yo que te quiero tanto! Mira, mañana debes venir conmigo a un campo que yo conozco. Hay unos melocotones que son una maravilla, y podremos darnos la gran panzada.

—Claro que iré —dijo Mariquita.

Por la mañana corrió al campo de melocotones antes que despuntara el día, pero esta vez el lobo no esperó a que fueran las nueve; también él corrió al campo de melocotones para engullirse a Mariquita de un bocado.

Apenas vio Mariquita que se acercaba el lobo, como no sabía hacia dónde escapar, hizo un agujero en un gran melocotón y se ocultó allí dentro. El lobo, que sentía olor a cristiano, husmeó los melocotones, dio vueltas y vueltas pero no la encontró. Entonces pensó: «Habrá vuelto a su casa. Me daré una panzada de melocotones yo solito», y comió melocotones hasta reventar.

Mariquita temblaba al advertir que el lobo se acercaba a su melocotón, pensando que se lo comería con ella dentro. Pero cuando llegó al melocotón de Mariquita, el lobo ya estaba ahíto.

—Este que es tan grande —dijo— se lo llevaré de regalo a Mariquita para ganarme su amistad.

Mordió el melocotón y llevándolo entre los dientes galopó hasta la cabaña de hierro y lo arrojó por la ventana.

—¡Mariquita! —dijo—. Mira qué regalo más bonito te he traído.

Mariquita, ya segura dentro de su casa, salió del melocotón, cerró la ventana y por detrás de los cristales le hizo los cuernos al lobo.

—Gracias, amigo lobo —le dijo—, yo estaba escondida en el melocotón y tú me has traído a casa.

Cuando escuchó esto, el lobo se golpeó la cabeza contra las piedras.

Al anochecer nevaba. Mariquita se calentaba ante el hogar, cuando oyó un rumor en el tubo de la chimenea. «Este es el lobo que viene a comerme», pensó. Tomó un caldero de agua y lo puso a hervir en el fuego. Muy, muy, muy lentamente, el lobo baja por la chimenea, da un salto pensando que caerá encima de la muchacha y en cambio se zambulle en el agua hirviendo y queda cocido. Así fue como la astuta Mariquita se desembarazó de su enemigo y vivió en paz toda la vida.

(Mantua)

25
EL CAMPESINO ASTRÓLOGO

Un Rey había perdido un anillo precioso. Buscó por aquí, buscó por allá, pero el anillo no apareció. Hizo promulgar un bando: si algún astrólogo podía decirle dónde estaba, lo hacía rico para toda la vida. Había un campesino que no tenía un centavo, que no sabía leer ni escribir, llamado Cámbara. «¿Será muy difícil ser astrólogo?», se dijo. «Probemos». Y fue a ver al Rey.

El Rey le tomó la palabra y lo encerró en un aposento para que estudiara el caso. En el aposento sólo había una cama y una mesa con un gran libraco de astrología, y papel de carta y tinta. Cámbara se sentó a la mesa y empezó a hojear el libro sin entender nada y a hacer garabatos con la pluma. Como no sabía escribir, le salían signos muy extraños, y los criados que entraban dos veces al día para traerle de comer pensaron que debía ser un astrólogo muy sabio.

Eran los criados quienes habían robado el anillo, y como tenían la conciencia sucia, las miradas que les lanzaba Cámbara cada vez que entraban, para darse aires de hombre autoritario, les parecían miradas de suspicacia. Empezaron a temer ser descubiertos y jamás concluían con sus reverencias y atenciones: «¡Sí, señor astrólogo! ¡Lo que usted mande, señor astrólogo!».

Cámbara, que no era astrólogo sino campesino, y por lo tanto malicioso, no había tardado en sospechar que los criados sabían algo del anillo. Y urdió una trampa para hacerlos caer.

Un día, a la hora en que le traían el almuerzo, se ocultó bajo la cama. Entró el primer criado y no vio a nadie.

—¡Uno! —gritó Cámbara desde debajo de la cama. El criado dejó el plato y se retiró espantado.

Entró el segundo criado y escuchó esa voz que parecía venir de debajo de la tierra:

—¡Dos!

También él emprendió la fuga. Entró el tercero:

—¡Y tres!

Los criados se consultaron:

—Nos han descubierto. Si el astrólogo nos acusa ante el Rey, estamos perdidos.

Decidieron hablar con el astrólogo y confesárselo todo.

—Somos gente humilde —le dijeron—, y si le decís al Rey que nos habéis descubierto, será nuestra perdición. Os entregamos esta bolsa de oro: os rogamos que no nos traicionéis.

Cámbara tomó la bolsa y dijo:

—No os traicionaré, pero haced lo que os voy a decir. Tomad el anillo y hacédselo tragar a ese pavo que anda por el patio. Dejad el resto de mi cuenta.

Al día siguiente Cámbara se presentó ante el Rey y le dijo que, tras prolongados estudios, había logrado averiguar el paradero del anillo.

—¿Y dónde está?

—Se lo tragó un pavo.

Despanzurraron el pavo y encontraron un anillo. El Rey colmó al astrólogo de riquezas y ofreció un banquete en su honor, con todos los Condes, los Marqueses, los Barones y los Notables del Reino.

Entre otros tantos manjares, se sirvió un plato de cámbaros. Ahora bien, en esa región no se conocían los cámbaros y era la primera vez que allí se veían, pues eran un presente de otro Rey.

—Tú que eres astrólogo —le dijo el Rey al campesino—, deberías saber decirme cómo se llama esto que hay en el plato.

El pobre no sabía nada de esos animalitos y nunca los había oído nombrar. Y se dijo para sí, a media voz:

—Ah, Cámbara, Cámbara. ¡Qué mal fin has tenido!

—¡Muy bien! —dijo el Rey, que ignoraba el verdadero nombre del campesino—. Lo has adivinado: ése es el nombre, ¡cámbaros! Eres el astrólogo más grande del mundo.

(Mantua)

26
EL LOBO Y LAS TRES MUCHACHAS

Había tres muchachas que trabajaban en una aldea. Recibieron noticias de que su madre, que vivía en Burgofuerte, estaba en trance de muerte. Entonces la hermana mayor se preparó dos espuertas con cuatro frascos y cuatro tortas y partió hacia Burgofuerte. En el camino se encontró con el lobo, que le dijo:

—¿Adónde corres tan deprisa?

—Voy a Burgofuerte, mamá está en trance de muerte.

—¿Qué hay en esas espuertas?

—Cuatro frascos, cuatro tortas.

—Me las das, o que te coma será tu suerte a la corta.

La muchacha se lo dio todo al lobo y volvió cabizbaja junto a sus hermanas. La segunda llenó las espuertas y partió hacia Burgofuerte. Se encontró con el lobo.

—¿Adónde corres tan deprisa?

—Voy a Burgofuerte, mamá está en trance de muerte.

—¿Qué hay en esas espuertas?

^—Cuatro frascos, cuatro tortas.

—Me las das, o que te coma será tu suerte a la corta.

También la segunda hermana vació las espuertas y se apresuró a volver a casa.

—Ahora iré yo —dijo la más pequeña.

Preparó las espuertas y partió. Se encontró con el lobo.

—¿Adónde corres tan deprisa?

—Voy a Burgofuerte, mamá está en trance de muerte.

—¿Qué hay en esas espuertas?

—Cuatro frascos, cuatro tortas.

—Me las das, o que te coma será tu suerte a la corta.

Entonces la hermana pequeña cogió una torta y se la arrojó al lobo, que estaba con la boca abierta. Era una torta que ella había preparado antes a propósito, llena de clavos. El lobo la cogió al vuelo y la mordió y se lastimó todo el paladar. Escupió la

torta, hizo una cabriola y escapó, diciéndole a la muchacha:

—¡Me las pagarás!

El lobo se internó a la carrera por ciertos atajos que sólo él conocía, y llegó a Burgofuerte antes que la muchacha. Entró en casa de la madre enferma, se la engulló de un bocado, y se metió en la cama.

Llegó la muchacha, vio a su madre apenas asomada entre las sábanas y le dijo:

—¡Qué negra estás, mamá!

—Es por todos los males que tuve, hija mía —dijo el lobo.

—¡Qué cabeza tan grande tienes, mamá!

—Es por todos los pensamientos que tuve, hija mía.

—Déjame abrazarte, mamá —dijo la niña.

Y el lobo, ¡ahm!, se la comió de un bocado.

En cuanto devoró a la niña el lobo escapó. Pero en cuanto salió, los aldeanos, al ver un lobo que salía de una casa, lo persiguieron con horquillas y azadas, le cerraron el paso y lo mataron. En seguida le abrieron la panza y de ella salieron madre e hija, aún vivas. La madre sanó y la hija volvió junto a las hermanas, diciéndoles:

—¿Habéis visto cómo yo lo engañé?

(Lago de Garda)

27
EL PAÍS DONDE NUNCA SE MUERE

Un día dijo un joven:

—A mí, esta historia de que todos deben morirse no me gusta nada. Quiero ir en busca del país donde nunca se muere.

Saluda al padre, a la madre, a los tíos y a los primos, y se va. Camina durante días, camina durante meses, y a todo el que encuentra le pregunta si sabe dónde está el lugar donde nunca se muere: pero nadie lo sabía. Un día se encontró con un viejo con una barba blanca hasta el pecho, que empujaba una carretilla llena de piedras. Le preguntó:

—¿Sabría decirme dónde queda el lugar donde nunca se muere?

—¿No quieres morir? Quédate conmigo. Hasta que yo termine de transportar con mi carretilla toda la montaña, piedra por piedra, no morirás.

—¿Y cuánto calcula que necesitará?

—Cien años necesitaré.

—¿Y después debo morir?

—Pues claro.

—No, no es éste el lugar que busco: quiero ir a un lugar donde no se muera nunca.

Saluda al viejo y sigue adelante. Tras mucho caminar, llega a un bosque tan grande que parece no tener fin. Había un viejo con la barba hasta el ombligo, que cortaba ramas con un honcejo.

—Discúlpeme —le dijo el joven—, ¿me podría decir dónde queda un lugar donde uno no muere nunca?

—Quédate conmigo —le dijo el viejo—. No morirás hasta que no haya podado todo el bosque con mi honcejo.

—¿Y cuánto tardará?

—Pues… como doscientos años.

—¿Y después tengo que morir igual?

—Seguro. ¿No te basta?

—No, no es éste el lugar que busco: busco un lugar donde uno no muera nunca.

Se despidieron y el joven siguió adelante. Meses después, llegó a orillas del mar. Había un viejo con la barba hasta las rodillas, que miraba un pato que bebía agua del mar.

—Discúlpeme, ¿sabe dónde queda un lugar donde uno no muere nunca?

—Si tienes miedo a morir, quédate conmigo. Mira: hasta que este pato no termine de secar el mar con el pico, no morirás.

—¿Y cuánto tiempo le llevará?

—A ojo de buen cubero, unos trescientos años.

—¿Y después tengo que morir?

—¿Y qué quieres? ¿Cuántos años quieres vivir?

—No. Este tampoco es lugar para mí; debo ir allá donde nunca se muere.

Reanudó el viaje. Un atardecer, llegó a un magnífico palacio. Llamó a la puerta, y le abrió un viejo con la barba hasta los pies:

—¿Qué deseas, muchacho?

—Estoy buscando el lugar donde nunca se muere.

—Muy bien, has dado con él. El lugar donde nunca se muere es aquí. Mientras estés conmigo, estarás seguro de no morir.

—¡Al fin! ¡Di tantas vueltas! ¡Este es justo el lugar que buscaba! ¿Pero a usted no le molesta que me quede?

—Al contrario, me alegra: así me haces compañía.

De modo que el joven se instaló en el palacio con el viejo, y hacía vida de señor. Pasaban los años sin que uno se diera cuenta: años, años y años. Un día el joven le dijo al viejo:

—La verdad es que estoy muy bien aquí con usted, pero me gustaría hacer una visita a mis parientes.

—¿Pero qué parientes quieres ir a visitar? A estas alturas ya estarán todos muertos.

—En fin, ¿qué quiere que le diga? Tengo ganas de ir a visitar mi aldea, y quién sabe si no me encontraré con los hijos de los hijos de mis parientes.

—Si de veras se te ha metido esa idea en la cabeza, te enseñaré lo que tienes que hacer. Ve a la cuadra, toma mi caballo blanco, que tiene la virtud de correr como el viento, pero ten presente que nunca debes bajarte de la silla, por ninguna razón, porque si no te mueres en el acto.

—No desmontaré, quédese tranquilo: ¡tengo mucho miedo a morir!

Fue a la cuadra, sacó el caballo blanco, lo montó y corrió como el viento. Pasó por el lugar donde había encontrado al viejo con el pato: donde estaba el mar ahora había una gran pradera. En una parte había una pila de huesos: eran los huesos del viejo. «Vaya, vaya», se dijo el joven, «hice bien en seguir adelante. ¡Si me hubiese quedado, ahora también estaría muerto!».

Siguió su camino. Donde estaba el gran bosque que el viejo tenía que podar con su honcejo, todo estaba desnudo y ralo: no se veía ni un árbol. «También aquí», pensó el joven, «me habría muerto hace tiempo».

Pasó por el lugar donde estaba la gran montaña que un viejo tenía que deshacer piedra por piedra: ahora había una llanura plana como una mesa de billar.

—¡Con éste sí que estaría bien muerto!

Al fin llega a su aldea, pero está tan cambiada que no puede reconocerla. Busca su casa, pero no está ni siquiera la calle. Pregunta por los suyos, pero nadie había oído jamás su apellido. Se sintió mal. «Más vale que me vuelva en seguida», se dijo.

Hizo girar el caballo y emprendió el regreso. Aún no había hecho la mitad del camino cuando se encontró con un carretero que conducía un carro lleno de zapatos viejos, tirado por un buey.

—¡Por caridad, señor! —dijo el carretero—. Baje un momento y ayúdeme a poner esta rueda, que se me salió del eje.

—Tengo prisa, no puedo bajar de la silla —dijo el joven.

—Hágame el favor, mire que estoy solo y ya anochece…

El joven sintió piedad y desmontó. Aún tenía un pie en el estribo y otro en tierra, cuando el carretero le agarró un brazo y le dijo:

—¡Ah! ¡Al fin te atrapé! ¿Sabes quién soy? ¡Soy la Muerte! ¿Ves todos esos zapatos rotos que hay en el carro? Son los que me has hecho gastar para perseguirte. ¡Ahora has caído! ¡Todos deben terminar en mis manos, no hay escapatoria!

Y también al pobre joven le llegó la hora de morir.

(Verona)

28
EL DEVOTO DE SAN JOSÉ

Había uno que sólo era devoto de San José. A San José le rezaba todas las oraciones, a San José le prendía las velas, por San José daba las limosnas, en fin, sólo vivía para San José. Llegó el día en que murió y se presentó ante San Pedro. San Pedro no quería recibirlo, porque todo lo que había hecho de bueno en la vida era rezarle a San José. De buenas acciones, ni hablar; y el Señor, la Virgen y los otros Santos parecían no existir para él.

—Ya que he llegado hasta aquí —dijo el devoto de San José—, al menos déjeme verlo.

Y San Pedro mandó llamar a San José. Salió San José y apenas vio a su devoto, exclamó:

—Pero qué bien, estoy contento de tenerte con nosotros. Ven, pasa.

—No puedo. Éste no quiere.

—¿Y por qué?

—Porque dice que sólo te recé a ti, y nada a los otros Santos.

—Ah, vamos, qué importa. Pasa igual.

Pero San Pedro se obstinó en que no quería. Palabra va, palabra viene, al fin San José le dijo a San Pedro:

—¡Pero qué tonto! O lo dejas entrar, o me llevo a mi mujer y a mi hijo y me voy con el Paraíso a otra parte.

Su mujer era la Virgen y su hijo era Nuestro Señor. San Pedro pensó que lo mejor era ceder y dejar entrar al devoto de San José.

(Verona)

29
LAS TRES VIEJAS

Había una vez tres hermanas, jovencitas las tres: una tenía sesenta y siete años, otra setenta y cinco y la tercera noventa y cuatro. Estas muchachas vivían en una casa con un hermoso balcón, y el balcón tenía un agujero en el medio para ver pasar a la gente. La de noventa y cuatro años vio pasar a un hermoso joven; tomó de inmediato su pañuelo más fino y perfumado y, cuando el joven pasó debajo del balcón, lo dejó caer. El joven recogió el pañuelo, aspiró ese suave aroma y pensó: «Debe ser una bellísima niña». Dio algunos pasos, luego retrocedió y tocó la campanilla de la casa. Salió a abrirle una de las tres hermanas, y el joven le preguntó:

—Discúlpeme, ¿hay una muchacha en este palacio?

—¡Claro que sí, y no una sola!

—Hágame el favor: yo quisiera ver a la que perdió este pañuelito.

—No, no puedo darle permiso —respondió la mujer—. En este palacio es costumbre que no se pueda ver a ninguna hasta que no esté casada.

El joven tanto se había exaltado imaginándose la belleza de esta muchacha, que dijo:

—Que sea lo que deba ser. Me casaré con ella sin verla. Ahora iré a ver a mi madre para decirle que encontré una joven bellísima y que quiero casarme con ella.

Fue a casa y se lo contó todo a su madre, que le dijo:

—Hijo querido, cuidado con lo que haces, no vayan a engañarte. Antes de hacer algo así hay que pensárselo bien.

Y él:

—Que sea lo que deba ser. Un Rey nunca falta a su palabra.

Porque aquel joven era un Rey.

Volvió a casa de la novia, tocó la campanilla y entró. Salió la vieja de costumbre y él le preguntó:

—Por casualidad, ¿es usted su abuela?

—Eso, eso: su abuela.

—Ya que es su abuela, hágame el favor: muéstreme al menos un dedo de la muchacha.

—Ahora no. Tiene que venir mañana.

El joven saludó y se fue. Apenas salió, las viejas confeccionaron un dedo falso con el dedo de un guante y una uña postiza. Él, entretanto, deseoso de ver ese dedo, no pudo dormir en toda la noche. Llegó el día, se vistió y corrió a la casa.

—Patrona —le dijo a la vieja—, aquí estoy: vengo a ver el dedo de mi prometida.

—Sí, sí —le dijo ella—, en seguida, en seguida. Lo verá por este agujero de la puerta.

Y la prometida sacó el dedo falso por la cerradura. El joven vio que era un dedo bellísimo; le dio un beso y le puso un anillo de diamantes. Luego, presa de un amor furioso, le dijo a la vieja:

—Sabe, abuelita, yo quiero casarme lo antes posible, no puedo esperar más.

Y ella:

—Mañana mismo, si quiere.

—¡De acuerdo! Me caso mañana, ¡palabra de Rey!

Ricos como eran, podían disponer las bodas de un día para otro, pues no les faltaba nada; y al día siguiente, la novia se preparaba con la ayuda de sus dos hermanitas. Llegó el Rey y dijo:

—Aquí estoy, abuelita.

—Espere aquí un momento, que ahora se la traemos.

Y las dos viejas trajeron del brazo a la tercera, cubierta por siete velos.

—Tenga bien presente —le dijeron al novio— que hasta que no esté en la cámara nupcial no podrá verla.

Fueron a la iglesia y se casaron. Luego el Rey quiso organizar un banquete, pero las viejas no se lo permitieron.

—¿Sabe?, la novia no está acostumbrada a estas cosas.

Y el Rey tuvo que callarse la boca. No veía la hora de que llegara la noche para estar sólo con su prometida. Pero las viejas acompañaron a la novia a la cámara nupcial y no lo dejaron entrar porque debían desnudarla y meterla en el lecho. Al fin él entró, siempre con las dos viejas detrás, y la novia estaba debajo de las colchas. Él se desnudó y las viejas se fueron llevándose las velas. Pero él se había traído una bujía en el bolsillo, la encendió y ¿con qué se encontró? ¡Con una vieja arrugada y decrépita!

Al principio se quedó inmóvil y rígido de espanto; luego se enfureció tanto, tanto, que agarró a la novia con violencia, la levantó en el aire y la tiró por la ventana.

Bajo la ventana había una pérgola de una viña. La vieja desfondó la pérgola y quedó colgada de un palo por un extremo del camisón.

Esa noche había tres Hadas paseando por los jardines: al pasar bajo la pérgola vieron a la vieja colgada. Ante ese espectáculo imprevisto, las tres Hadas se echaron a reír, a reír, a reír hasta que les dolieron las costillas. Pero una vez que se hartaron de

reír, dijo una de ellas:

—Ya que tanto nos reímos a costa suya, es necesario darle una compensación.

—Por cierto —dijo otra Hada—. Ordeno, ordeno, que te conviertas en la joven más bella que dos ojos puedan contemplar.

—Ordeno, ordeno —dijo otra Hada—, que tengas un bellísimo esposo que te ame y te quiera.

—Ordeno, ordeno —dijo la tercera—, que seas una gran señora toda la vida.

Y las tres Hadas se fueron.

En cuanto llegó el día, el Rey se despertó y se acordó de todo. Para asegurarse de que todo no había sido un mal sueño, abrió las ventanas para ver al monstruo que había tirado la noche anterior. ¡Y he aquí que se encuentra, posada sobre la pérgola de la viña, con una bellísima joven! Se llevó las manos a la cabeza.

—¡Qué hice, pobre de mí!

No sabía cómo hacer para alzarla; al fin cogió una sábana del lecho, le lanzó una punta para que se agarrara, y la subió hasta el cuarto. En cuanto la tuvo junto a él, a la vez feliz y lleno de remordimientos, comenzó a pedirle perdón. La novia lo perdonó y así ambos gozaron de buena compañía.

Pasado un rato alguien llamó a la puerta.

—Es la abuelita —dijo el Rey—. ¡Pase, pase!

La vieja entró y vio en la cama, en lugar de a su hermana de noventa y cuatro años, a esa bellísima joven. Y esta bellísima joven, como si nada, le dijo:

—Clementina, tráeme el café.

La vieja se llevó la mano a la boca para sofocar un grito de estupor; fingió que nada ocurría y le trajo el café. Pero en cuanto el Rey salió para atender sus asuntos, corrió junto a la esposa y le preguntó:

—¿Pero cómo, cómo te has puesto tan joven?

—¡No digas nada, por caridad! —dijo la esposa—. ¡Si supieras lo que hice! ¡Me hice cepillar!

—¡Cepillar! ¡Pero cuéntame! ¿Cepillar por quién? Porque yo también quiero hacerme lo mismo.

—¡Por el carpintero!

La vieja corrió a casa del carpintero.

—Carpintero, ¿me da una cepillada?

—Caramba —dijo el carpintero—, está bien que usted esté seca como una tabla, pero si la cepillo la mando al otro mundo.

—Eso no es problema suyo.

—¡Cómo que no! ¿Y si la mato?

—No se preocupe, le digo. Le doy un tálero.

Cuando oyó «tálero», el carpintero cambió de idea. Cogió el tálero y le dijo:

—Tiéndase aquí en el banco, que le voy a dar todas las cepilladas que quiera.

Y comenzó a cepillar una mandíbula. La vieja dio un grito.

—¿Pues qué quiere? Si va a gritar, no se haga nada.

Ella se cambió de posición y el carpintero le cepilló la otra mandíbula. La vieja no gritó más: había muerto en el acto.

De la otra nunca se supo qué le pasó, si murió ahogada, degollada, en la cama o donde fuese: nunca se pudo saber.

Y la esposa se quedó sola en la casa con el joven Rey, y fueron muy felices.

(Venecia)

30
EL PRÍNCIPE CANGREJO

Había una vez un pescador que jamás lograba pescar lo suficiente para comprarle la polenta a su familia. Un día, al tirar las redes, sintió un peso tan grande que apenas podía levantarlo. Tiró y tiró y se encontró con un cangrejo de tal tamaño que dos ojos no bastaban para verlo entero.

—¡Oh, qué pesca hice esta vez! ¡Con esto puedo comprar la polenta para mis hijitos!

Volvió a casa con el cangrejo al hombro y le dijo a la mujer que pusiera la olla al fuego, pues él traería la polenta. Y llevó el cangrejo al palacio del Rey.

—Sagrada Majestad —le dijo el Rey—, he venido para que me hagáis la merced de comprarme este cangrejo. Mi mujer puso la olla en el fuego pero yo no tengo dinero para comprar la polenta.

—¿Pero qué quieres que haga con un cangrejo? —respondió el Rey—. ¿No puedes ir a vendérselo a otro?

En ese momento entró la hija del Rey.

—¡Oh, qué hermoso cangrejo, qué hermoso cangrejo! Cómpramelo, papaíto, cómpramelo, te lo ruego. Lo pondremos en la piscina junto a los mújoles y las doradas.

La hija del Rey era una apasionada de los peces y se pasaba las horas sentada en el borde de la piscina, mirando cómo nadaban los mújoles y las doradas. El padre, que sólo veía por los ojos de su hija, decidió darle ese capricho. El pescador puso el cangrejo en la piscina y recibió una bolsa de monedas de oro con la que podía comprar a sus hijos polenta para un mes.

La Princesa no se cansaba de mirar ese cangrejo y jamás se alejaba de la piscina. Lo había aprendido todo con respecto a él y a sus costumbres, y sabía que desde mediodía hasta las tres desaparecía y no se sabía adonde iba. Un día la hija del Rey estaba contemplando su cangrejo, cuando oyó que tocaban la campanilla. Se asomó al balcón y vio a un pobre vagabundo que pedía limosna. Le arrojó una bolsa de

monedas de oro, pero el vagabundo no tuvo la habilidad de cogerla al vuelo y se le cayó en una zanja. El vagabundo bajó a la zanja para buscarla, se sumergió en el agua y se puso a nadar. La zanja se comunicaba con la piscina del Rey mediante un canal subterráneo que quién sabe dónde terminaba. El vagabundo siguió nadando bajo el agua y al fin se encontró en una bella fuente en medio de una amplia sala subterránea cubierta de tapices y con una mesa servida. El vagabundo salió de la fuente y se ocultó detrás de los tapices. Al mediodía en punto, surgió del centro de la fuente un Hada sentada a lomos de un cangrejo. El Hada y el cangrejo irrumpieron en la sala, el Hada tocó al cangrejo con su varita, y del caparazón del cangrejo salió un hermoso joven. El joven se sentó a la mesa, el Hada la golpeó con la varita, y hubo viandas en los platos y vino en las botellas. En cuanto el joven hubo comido y bebido, volvió al caparazón de cangrejo, el Hada lo tocó con la varita y el cangrejo volvió a llevarla en su grupa; luego se sumergió en la fuente y desapareció con ella debajo del agua.

Entonces el vagabundo salió de detrás de los tapices, se zambulló en la fuente y nadó bajo el agua hasta salir a la piscina del Rey. La hija del Rey estaba mirando sus peces. Vio aflorar la cabeza del vagabundo y le dijo:

—Oh, ¿y qué hace usted aquí?

—No digáis nada, dueña mía —dijo el vagabundo—. Tengo algo maravilloso que contaros.

Salió del agua y se lo contó todo.

—¡Ahora entiendo adónde va el cangrejo desde el mediodía hasta las tres! —dijo la hija del Rey—. Bueno, mañana a mediodía iremos a verlo juntos.

Al día siguiente, pues, nadaron desde la piscina hasta la sala por el canal subterráneo y ambos se ocultaron detrás de los tapices. Y a mediodía, en efecto, emergió el Hada montada sobre el cangrejo. El Hada lo golpea con la varita y del caparazón sale el hermoso joven para ir a comer. A la Princesa, a quien ya le gustaba el cangrejo, el joven salido del cangrejo le gustó mucho más y se enamoró de inmediato.

Y al ver que tenía cerca el caparazón vacío, se introdujo en él sin que nadie la viese.

Cuando el joven volvió dentro del caparazón se encontró con la hermosa muchacha.

—¿Qué has hecho? —le dijo en voz baja—. Si el Hada se da cuenta nos mata a los dos.

—¡Pero yo quiero librarte del encantamiento! —le dijo, también en un susurro, la hija del Rey—. Enséñame qué hay que hacer.

—No es posible —dijo el joven—. Para librarme de él haría falta una muchacha que me amara y estuviese dispuesta a morir por mí.

—¡Yo soy esa muchacha! —dijo la Princesa.

Mientras se entablaba este diálogo dentro del caparazón del cangrejo, el Hada se había montado sobre su lomo, y el joven, maniobrando las patas como de costumbre,

la llevaba hacia mar abierto a través de los canales subterráneos, sin que ella sospechara que allí dentro estaba oculta la hija del Rey. En cuanto dejó al Hada y volvió a nado hacia la piscina, el Príncipe —porque era un Príncipe— le explicó a su enamorada qué debía hacer para liberarlo, mientras ambos yacían apretados en el interior del caparazón.

—Debes ir a una roca a orillas del mar y tocar música y cantar. El Hada está loca por la música y saldrá del mar para escucharte y te dirá: «Toca, hermosa joven, para deleitarme». Y tú responderás: «Claro que sí, siempre que tú me des esa flor que llevas en la cabeza». Cuando tengas la flor en la mano quedaré libre, porque esa flor es mi vida.

El cangrejo, entre tanto, ya había llegado a la piscina y dejó salir a la hija del Rey del caparazón.

El vagabundo había regresado por su cuenta y, al no encontrar a la Princesa, pensó que se había metido en una buena, pero la joven emergió de la piscina, le dio las gracias y lo recompensó con prodigalidad. Luego fue a ver a su padre y le dijo que quería aprender música y canto. El Rey, que en todo la contentaba, mandó llamar a los más grandes músicos y cantantes para que la instruyeran.

Apenas aprendió, la hija le dijo al Rey:

—Papá, tengo ganas de ir a tocar el violín a una roca a orillas del mar.

—¿A una roca a orillas del mar? ¿Estás loca?

Pero, como de costumbre, se lo consintió, y la mandó con sus ocho damiselas vestidas de blanco. Para prevenir cualquier peligro, mandó que las siguieran de lejos algunos hombres armados.

Sentada sobre una roca, con las ocho damiselas vestidas de blanco en ocho rocas que había alrededor, la hija del Rey tocaba el violín. Y de las olas emergió el Hada.

—¡Qué bien tocas! —le dijo—. Toca, toca para deleitarme.

—Claro que sí —le dijo la hija del Rey—, siempre y cuando me des esa flor que llevas en la cabeza, porque a mí me enloquecen las flores.

—Te la daré si eres capaz de ir a buscarla adonde yo la arroje.

—Sí que la iré a buscar —dijo, y se puso a tocar.

En cuanto terminó, le dijo:

—Ahora dame la flor.

—Tómala —dijo el Hada.

Y la arrojó al mar, tan lejos como pudo. La Princesa la vio agitarse entre las olas, se zambulló y se puso a nadar.

—¡Dueña mía, dueña mía! ¡Socorro, socorro! —gritaron las ocho damiselas erguidas sobre las rocas con los velos blancos al viento.

Pero la Princesa nadaba y nadaba, desaparecía entre las olas y subía a la superficie, y ya dudaba de poder alcanzar la flor cuando una ola se la puso en las manos.

En ese momento oyó una voz debajo de ella que le decía:

—Me has devuelto la vida y serás mi esposa. Ahora no tengas miedo: estoy debajo de ti y te trasladaré a la orilla. Pero de esto no le digas nada a nadie, ni siquiera a tu padre. Yo debo ir a avisar a mis padres y dentro de veinticuatro horas vendré a pedir tu mano.

—Sí, sí, he comprendido —fue todo lo qüe ella le respondió, pues ya no le quedaba aliento. Y el cangrejo, bajo el agua, la llevó hasta la orilla.

Así, al volver a casa, la Princesa le dijo al Rey que se había divertido mucho, y nada más.

Al día siguiente a las tres, se oye un redoblar de tambores, un resonar de trompetas y un galopar de caballos, comparece un mayordomo y anuncia que el hijo de su Rey pide audiencia.

El Príncipe le pidió formalmente al Rey la mano de la Princesa y después le contó toda la historia. El Rey se sintió un poco incómodo porque lo ignoraba todo; llamó a su hija y ella llegó corriendo y se arrojó en brazos del Príncipe:

—¡Este es mi prometido, éste es mi prometido!

El Rey comprendió que sólo le quedaba ya disponer las bodas lo antes posible.

(Venecia)

31
MUDA POR SIETE AÑOS

Había una vez un padre, una madre, dos niños y una muchacha. El padre trabajaba de viajante y un día en que había salido los dos niños le dijeron a la madre:

—Vamos al encuentro de papá.

—Sí, sí, id —les dijo la madre.

Los niños llegaron al bosque y se pusieron a jugar. Al poco tiempo, vieron al padre a lo lejos, corrieron a su encuentro y lo agarraron de las piernas, diciéndole:

—¡Papá, papaíto, papaíto!

El padre estaba ese día de mal humor, y les dijo:

—¡No me hagáis enfurecer! ¡Marchaos!

Pero los niños no le daban tregua y seguían agarrándose a sus piernas.

Envenenado como estaba, el padre les gritó:

—¡Malditos, que el Diablo se os lleve!

En ese momento sale el Diablo y se los lleva a los dos sin que el padre se dé cuenta.

En casa, cuando la madre vio que el padre regresaba sin los hijos, comenzó a preocuparse y a llorar. El marido al principio le dijo que no sabía nada, luego le contó lo de la maldición, y le dijo que no los había vuelto a ver.

Entonces dijo la hermanita:

—Aunque me cueste la vida, quiero ir a buscarlos.

Y pese a la oposición de papá y mamá, preparó algunos alimentos y partió.

Encontró un palacio con una puerta de hierro. Entró y había un señor. Le preguntó:

—¿Usted no ha visto a mis hermanos a los que el Diablo se llevó?

—No sé —le dijo el señor—. Puedes ir a mirar allí: hay una sala con veinticuatro camas. Fíjate en si están en alguna de esas camas.

Y, en efecto, la niña encontró a sus hermanos acostados y se puso muy contenta.

—Hermanitos míos, ¿estáis aquí? ¡Pero entonces estáis bien!

—Ven a ver si estamos bien —le dijeron los hermanos.

Ella alzó las colchas y vio allí debajo una multitud de lenguas de fuego.

—¡Ay, hermanitos! —dijo—. ¿Qué puedo hacer para salvaros?

Y ellos:

—Si te quedas muda durante siete años, nos salvarás: pero ten cuidado porque las pasarás de todos los colores.

Y ella:

—Bien, quedaos tranquilos, ya he comprendido.

Y se fue. Pasó delante del señor, quien le hizo señas para que se acercara, pero ella ocultó el rostro, se persignó y se fue.

Caminó hasta llegar a un bosque; como estaba muy cansada, se echó a dormir. Un Rey que estaba de caza la encontró dormida.

—¡Mira qué bella! —se dijo.

La despertó y le preguntó cómo había llegado al bosque. Ella, mediante señas, le indicó que no necesitaba nada.

—¿Quieres venir conmigo? —le preguntó el Rey.

Ella afirmó con la cabeza. El Rey hablaba en voz alta porque creía que era sordomuda, pero luego comprendió que oía aun las palabras dichas en voz baja.

Llegó a casa, la hizo bajar de la carroza, y luego le dijo a su madre que había encontrado una niña muda que dormía en el bosque y que se casaba con ella.

—¡Pero yo no quiero! —dijo la madre.

—Pero aquí mando yo —dijo el Rey, y la desposó.

La suegra era de mal corazón y a su nuera la trataba con desdén y la humillaba, pero la nuera todo lo soportaba en silencio. Y llegó así la época en que esperó un niño. La suegra le hizo llegar a su hijo una carta falsa, diciéndole que se apresurara a ir a cierta ciudad porque le estaban devorando todos sus bienes. El Rey deja a la esposa en ese estado y se va. La esposa tiene un niño, pero la suegra, de acuerdo con la comadre, coge un perro y se lo mete en la cama. Al niño lo encierra en una caja y lo lleva al tejado del palacio. La pobre joven lo veía y oía todo con gran desesperación, pero pensaba en la condena de sus hermanos y se esforzaba en callar.

La suegra le escribió a su hijo una carta contándole que su esposa había tenido un perro. El Rey respondió que no quería saber nada más de su esposa; que le dieran un poco de dinero para mantenerse y que abandonara el palacio antes de su retorno.

Pero la vieja le ordenó a un criado que se llevara a la joven, la asesinara y la arrojara al mar, y que luego le trajera los vestidos a casa.

El sirviente, una vez en la playa, dijo:

—Ahora, señora, baje la cabeza que debo matarla.

La joven se puso de rodillas y unió las manos con lágrimas en los ojos. El sirviente tuvo compasión. No quiso matarla, sino que le cortó el cabello, cogió sus vestidos y a cambio le dejó su camisa y sus pantalones.

La joven se quedó sola en la playa hasta que vio un navío y le hizo señas. Era un

navío de soldados, y éstos, creyéndola un muchacho, le preguntaron quién era. Ella explicó, mediante gestos, que era marinero de un buque náufrago y que sólo él se había salvado. Los soldados le dijeron:

—Bueno, aunque seas mudo, vendrás a guerrear con nosotros.

Hubo una batalla y la joven también se puso a manejar el cañón: sus camaradas, al verla tan valiente, la nombraron cabo en el acto. Concluida esa guerra, ella pidió que le permitieran dejar el servicio, y la gracia le fue concedida.

Una vez en tierra, no sabía adonde ir: por la noche vio una casa en ruinas y entró. A medianoche oye pasos, espía, y ve que por detrás de la casa surgen trece asesinos. Espera a que se vayan, luego va a ver de dónde han salido y encuentra una gran mesa servida. Había comida para trece personas, y ella comió un poquito de cada plato para no despertar sospechas. Luego volvió a esconderse, pero se había olvidado una cuchara en un plato. Los asesinos volvieron mientras aún era de noche, y uno vio la cuchara y dijo:

—¡Oh! ¡Aquí hay alguien que quiere traicionarnos!

—Bueno —dijo otro—, salgamos y que uno de nosotros se quede de guardia.

Y así lo hicieron. Ella creía que todos se habían ido, salió, y el asesino la capturó.

—Ah, te cogí, canalla. ¡Ahora verás!

Más muerta que viva, la muchacha le dio a entender que era muda y que había entrado allí porque no sabía adonde ir. El asesino la consoló y le dio de comer y de beber. Volvieron los otros compañeros, se enteraron de todo, y le dijeron:

—Ya que estás aquí, quédate con nosotros. Si no, tendremos que matarte.

Ella terminó por asentir y se quedó con ellos.

Los asesinos nunca la dejaban sola. Un día el jefe le dijo:

—Mañana por la noche tenemos que ir todos al palacio del Rey tal —y le dijo el nombre— para robarle el tesoro. Debes venir también tú.

Ese Rey era el esposo de la joven, y entonces ella le escribió una carta aconsejándole que armara bien a toda la servidumbre porque estaba en peligro. Y cuando a medianoche los asesinos llegaron a las puertas del palacio y entraron uno por uno, los sirvientes agazapados y ocultos los mataron uno por uno. Así murieron el jefe y otros cinco; todos los demás emprendieron la fuga como pudieron, y dejaron sola a la joven, también ella vestida de asesino. Los sirvientes la capturan, la sujetan y la llevan a la cárcel. Desde la celda la joven ve que levantan una horca. Sólo faltaba un día para que se cumplieran los siete años. Pidió mediante gestos que le concedieran otro día antes de ejecutarla, y el Rey accedió. Al día siguiente la llevan al cadalso y ella, desde el primer escalón, hace señas para que la ejecuten a las cuatro en vez de a las tres. También esto el Rey se lo concede. Suenan las cuatro, ella sube el otro escalón, y en ese momento aparecen dos guerreros. Se presentan ante el Rey y solicitan licencia para hablar.

—Hablad —dice el Rey.

—¿Por qué va a morir ese joven?

El Rey se lo explica.

—Pues sabed que no es un hombre, sino nuestra hermana.

Y le cuentan al Rey por qué ella ha estado muda durante siete años. Y le dicen:

—Puedes hablar, estamos a salvo.

Le quitaron los grilletes, y ella dijo en presencia de todo el pueblo:

—Soy la esposa del Rey, y por la maldad de mi suegra mi criatura fue asesinada. Subid al tejado, coged, esa caja y fijaos si tuve un perro o un niño.

El Rey ordenó a sus criados que bajaran la caja. En su interior encontraron huesos de niño.

Entonces todo el pueblo comenzó a gritar:

—¡Que vayan a la horca la Reina y la comadre, en vez de ella!

Así las dos viejas fueron colgadas, y la joven volvió al palacio con su esposo, y los dos hermanos adquirieron un puesto de gran importancia en la Corte.

(Venecia)

32
EL PALACIO DEL HOMBRE MUERTO

Una vez había un Rey y este Rey tenía una hija. Un día la hija estaba en el balcón con sus damiselas, cuando pasó una vieja.

—Mi señora —dijo la vieja—, por caridad, dadme algo.

—Sí, buena mujer —le dijo la joven, y le tiró una bolsa con monedas.

—Es poco mi señora… —dijo la vieja—. Dadme más.

La hija del Rey le tiró otra bolsita.

—Mi señora, ¿me dais un poco más? —insistió la vieja.

Entonces la hija del Rey perdió la paciencia.

—¿Sabes lo que eres tú? Una pesada. ¡Ya te he dado dos veces y no voy a darte más!

La vieja entonces se enojó y dijo:

—¿Ah, sí? ¡Pues yo le ruego al cielo que no os podáis casar si no encontráis al Hombre muerto!

La hija del Rey se retiró del balcón y rompió a llorar.

Su padre, cuando se enteró de la razón de su llanto, le dijo:

—¡Pero no estés siempre haciéndole caso a esas historias!

Y ella:

—No sé qué será de mí, pero quiero irme, quiero ir a buscar al Hombre muerto.

—¡Haz lo que te parezca! ¡Por mí será como si te hubiese perdido! —dijo el Rey, y también él rompió a llorar. La muchacha se fue a pesar de todo.

Tras muchos días de viaje llegó a un palacio de mármol. La puerta estaba abierta y de dentro salía luz. La muchacha entró y preguntó:

—¿Hay alguien aquí?

Nadie le respondió.

La muchacha fue a la cocina: la olla hervía con la carne dentro; abrió el aparador: estaba lleno de provisiones.

—Ya estoy aquí, aquí me quedo —dijo la muchacha.

Y se puso a comer, porque tantos días de viaje le habían dado mucha hambre. Una vez que ha comido, abre una puerta y ve un hermoso lecho. —Yo me acuesto, mañana veremos qué pasa.

Al día siguiente se despertó y se puso a recorrer el palacio. Abrió todas las puertas, hasta que se encontró en un cuarto donde había un hombre muerto, tendido cuan largo era. A sus pies se leía un cartel con esta inscripción:

Quien me vele durante un año,
Tres meses y una semana,
Será mi esposa amada.

«Encontré lo que buscaba», se dijo la muchacha. «Ahora sólo me resta quedarme aquí noche y día». Y no se movía de allí, salvo para prepararse la comida.

Así pasó un año, y ella siempre estaba a solas velando al muerto, hasta que un día escuchó que en Canalazzo gritaban:

—Esclavas… esclavas… quién compra esclavas.

«Eso es», se dijo la muchacha, «voy a comprarme una esclava. Al menos tendré compañía y de vez en cuando podré echarme a dormir un poco, porque estoy tan cansada que ya no puedo más».

Fue al balcón, llamó al vendedor de esclavas y le compró una. La hizo entrar y la tuvo siempre a su lado.

Pasaron tres meses más, y la muchacha estaba tan cansada que le dijo a la esclava:

—Escúchame, voy a acostarme; déjame dormir sólo tres días; al cuarto día me llamas. ¡Recuérdalo bien, no te equivoques!

—Quedaos tranquila, no me equivocaré —dijo la esclava.

La muchacha se fue a dormir y la esclava se quedó noche y día con el muerto. Pasaron tres días, pasaron cuatro, y la muchacha dormía. La esclava pensaba: «¡Cómo voy a ir a despertarla! ¡Qué duerma, que duerma!».

Y hete aquí que llega el momento, el muerto abre los ojos, ve a la esclava, se levanta, la abraza y le dice:

—¡Tú serás mi esposa amada!

Ante estas palabras, todo el palacio se desencantó. Surgieron camareros por un lado, damiselas por el otro, cocineros, cocheros: en resumen, se llenó de gente.

El ruido también despertó a la joven. Comprendió que había pasado la semana.

—¡Ah, traición! —dijo—. ¡Esa alma negra no me ha despertado y yo he perdido mi fortuna! ¡Maldita la hora en que compré a esa esclava!

El Hombre muerto era Rey y gran señor. Le dijo a la esclava:

—¿Me velaste siempre a solas?

La esclava le respondió:

—También había llamado a una mujer que se quedaba un poco todos los días, pero dormía siempre y no me era muy útil.

—¿Y ahora dónde está? —preguntó el Rey.

—Está encerrada en su dormitorio, como de costumbre.

Y el Rey se casó con la esclava. Pero por mucho que la vistieran de gran reina, con oro y con brillantes, era fea y fea quedaba. El Rey dio mesa franca durante ocho días. Concluido el almuerzo, quiso que todos los sirvientes compartieran la sobremesa con ellos, y le dijo a la novia que llamara a esa criada que la había acompañado mientras lo velaba.

—No, no voy a llamarla —dijo la novia—. No vendrá, se pasa el día durmiendo.

Pero la pobre joven, en cambio, se pasaba llorando y suspirando día y noche, porque por haber dormido un día más había perdido su fortuna.

Después de los ocho días de mesa franca, el Rey dijo que tenía que irse a inspeccionar sus propiedades y que tenía por costumbre, cada vez que se iba, traerle algún regalo a toda la servidumbre. Los hizo venir a todos y les preguntó qué querían: uno le pedía un pañuelo, otro un traje, alguno un par de pantalones, algún otro un atuendo ceremonial, y él lo anotaba todo en un papel para no olvidarse. Le dijo a la esposa:

—Llama a tu criada para que me diga qué quiere, porque también a ella quiero traerle algo.

Y llamaron a la joven. El Rey la halló tan bella y tan gentil en el trato y en el lenguaje que quedó encantado.

—Dime, querida —le preguntó—, ¿qué quieres que te traiga?

—Hacedme el favor —dijo la muchacha con un suspiro—, traedme un eslabón, una vela negra y un cuchillo.

El Rey quedó estupefacto ante semejante pedido.

—De acuerdo, de acuerdo, estate tranquila, que no me olvidaré de traértelos.

Partió, hizo cuanto tenía que hacer y cuando terminó fue a comprar los regalos para la servidumbre. Y, cargando con todas esas cosas, subió a la nave para regresar. La nave levó anclas, pero no podía ir para atrás ni para adelante. Los navegantes preguntaron:

—Sagrada Majestad, por casualidad, ¿no habrá olvidado algo?

—No, nada —respondió él, pero volvió a mirar su nota y vio que se había olvidado del pedido de la joven.

Bajó a tierra de inmediato, entró en una tienda y pidió las tres cosas. El comerciante lo miró a la cara.

—Discúlpeme si le pregunto para quién son estas cosas.

—Debo dárselas a una criada —dijo el Rey.

—Entonces, escúcheme. Haga esto: cuando llegue a casa no le dé nada, hágala esperar tres días. Después de los tres días vaya al cuarto de la criada y dígale: «Ve a buscarme un vaso de agua y después te doy las tres cosas». En cuanto ella salga, déjeselas sobre la cómoda y usted escóndase debajo de la cama o en otro lado, para ver qué hace.

—Entendido —dijo el Rey.

Cuando llegó a casa todos los sirvientes salieron a su encuentro y a cada uno de ellos le dio el regalo prometido. En último lugar vino la joven, y le preguntó si le había comprado esas tres cosas.

—¡No seas pesada! —dijo él—. Sí que te las compré, después te las daré…

La joven volvió a su cuarto y se puso a llorar, pues creía que no le había traído nada.

A los tres días llamaron a su puerta. Era el Rey.

—Vine a traerte tus regalos, pero antes ve a buscarme un vaso de agua, pues tengo sed.

La muchacha se apresuró a buscarlo, el Rey lo dejó todo sobre la cómoda y luego se ocultó debajo de la cama. Cuando ella volvió y no vio al Rey, se dijo: «Otra vez me ha dejado sin los regalos». Posó el vaso en la cómoda y vio que los regalos estaban allí.

Entonces cerró la puerta con una tranca, se desnudó, dio un golpe al eslabón, encendió la vela negra y la colocó sobre una mesita. Luego cogió el cuchillo y lo clavó en la mesita. Se arrodilló en camisón delante del cuchillo y dijo:

—¿Recuerdas cuando estaba en casa con Su Majestad mi padre, y una vieja me dijo que jamás me casaría hasta encontrar al Hombre muerto?

—Sí que me acuerdo —respondió el cuchillo.

—¿Recuerdas cuando salí de viaje, encontré un palacio y vi allí dentro al Hombre muerto?

—Sí que me acuerdo —respondió el cuchillo.

—¿Y cuando velé durante un año y tres meses y compré a esa esclava fea para hacerme compañía, y le dije que me dejara dormir tres días porque estaba cansada, y ella en cambio me dejó dormir toda la semana, y entonces el Hombre muerto se desencantó, la abrazó y se casó con ella?

—También me acuerdo —dijo el cuchillo.

—¿A quién sería más justo que le tocara esa suerte? ¿A mí que pené un año y tres meses, o a ella que veló pocos días?

—A ti —respondió el cuchillo.

—Ya que te acuerdas y dices que esa suerte debía tocarme a mí —exclamó la muchacha—, arráncate de esta mesita y clávate en mi pecho.

El Rey, en cuanto oyó que el cuchillo se arrancaba de la mesita, salió de debajo de la cama, abrazó a la joven y le dijo:

—¡Lo he oído todo! ¡Tú serás mi esposa! Ahora quédate tranquila en tu cuarto y déjalo todo de mi cuenta.

Fue a ver a la esclava y le dijo:

—Ahora que he vuelto de mi viaje quiero dar ocho días de mesa franca.

—Procura no derrochar tanto el dinero —dijo la esclava.

—¿Sabes?, es mi costumbre, cada vez que hago un viaje.

Y hubo mesa franca con un gran festín. Díjole el Rey a la esclava: —Quiero que todos mis sirvientes compartan la sobremesa y tú llama a tu criada, porque quiero que esté ella también.

—¡Pero déjala ya, a ésa, que nadie la aguanta!

—Si no vas tú a llamarla, voy yo.

Y así la joven se unió a la mesa, llorando como de costumbre. Concluido el festín, el Rey habló de su viaje. Y dijo que había estado en una ciudad donde se había dado un caso como el suyo: un Rey había sido hechizado, una joven lo había velado durante un año y tres meses, luego había tomado una esclava para acompañarla y al fin la joven, como estaba muy cansada, se había ido a dormir y la esclava no la había despertado, por lo cual el Hombre muerto, al levantarse, había visto a la esclava y se había casado con ella.

—Ahora decidme, ¿a quién le tocaba ser esposa del Rey, a la que estuvo una semana, o a la que estuvo un año y tres meses?

—A la que estuvo un año y tres meses —respondieron todos.

—Pues bien, señores —dijo el Rey—. Esta es la mujer que estuvo un año y tres meses, y ésta es la esclava que ella compró. ¡Decidme qué muerte merece esta mora fea que traicionó de tal modo a su ama!

Y todos exclamaron al unísono:

—Que la quemen en medio de la plaza, sobre un barril de pez.

Así se hizo, y el Rey desposó a la joven y ambos vivieron siempre felices y contentos, y ni siquiera se volvió a hablar de ellos.

(Venecia)

33
MANZANO Y CASCARÓN

Había una vez un matrimonio de grandes señores. Querían tener un hijo y no podían. Un día, el señor se encontró con un Mago en la calle y le preguntó:

—Decidme, señor Mago, ¿qué tengo que hacer para tener un hijo?

El Mago le da una manzana y le dice:

—Dásela a comer a tu mujer y a los nueve meses le nacerá un hermoso niño.

El marido vuelve a casa con la manzana y se la da a su mujer.

—Cómete esta manzana y tendremos un hermoso niño: me lo dijo un Mago.

La mujer, muy contenta, llamó a la criada y le pidió que pelara la manzana. La criada la peló y se guardó las cáscaras: luego se las comió.

El ama tuvo un hijo y el mismo día tuvo un hijo la criada: el de la criada era blanco y rojo como una cáscara de manzana, y el del ama era blanco, blanco como una pulpa de manzana. El amo los consideró a los dos hijos suyos, los hizo criar juntos y los mandó a la escuela.

Manzano y Cascarón crecieron y se quisieron como hermanos. Un día, mientras estaban de paseo, oyeron hablar de la hija de un Mago, que era hermosa como el sol: pero nadie la había visto porque nunca salía y ni siquiera se asomaba a la ventana. Manzano y Cascarón se hicieron construir un gran caballo de bronce con el vientre hueco y se ocultaron allí dentro con una trompeta y un violín. El caballo caminaba solo porque ellos movían sus ruedas, y así se dirigieron hacia el palacio del Mago y se pusieron a tocar. El Mago se asoma, ve ese caballo de bronce que toca solo y lo hace entrar en la casa para divertir a su hija. La hija se divirtió mucho, pero cuando se quedó sola y vio que salían Manzano y Cascarón de dentro del caballo, se llevó un buen susto.

—No tengas miedo —le dijeron Manzano y Cascarón—. Hemos venido para ver tu belleza, pero si prefieres que nos vayamos en seguida, nos vamos. Si en cambio te gusta nuestra música y quieres que nos quedemos un poco, nos quedamos. Después nos metemos de vuelta en el caballo y lo hacemos salir sin que nadie se dé cuenta de

que estamos ahí escondidos.

Se quedaron, pues, a tocar música y a divertirse, y finalmente la hija del Mago no quería dejarlos ir.

—Si quieres venir conmigo —le dijo Manzano—, serás mi esposa.

La hija del Mago respondió que sí; los tres se ocultaron en el vientre del caballo y se fueron. En cuanto salieron, el Mago volvió a casa, llamó a su hija, la buscó, interrogó al portero: nada. Entonces comprendió que le habían engañado, se enfureció, se exasperó, se asomó al balcón y lanzó tres sentencias contra su hija:

—Que encuentre tres caballos, uno blanco, uno rojo y uno negro, y que ella, a quien le gustan los caballos blancos, monte sobre el blanco y sea éste el caballo que la traicione.

»Si no:

»Que encuentre tres cachorros, uno blanco, uno rojo y uno negro, y que ella, a quien le gustan los cachorros negros, tome en sus brazos el negro y sea éste el cachorro que la traicione.

»Si no:

»Que la noche que vaya a dormir con su esposo, entre una serpiente por la ventana, y sea ésta la serpiente que la traicione.

Mientras el Mago lanzaba las tres sentencias por el balcón, pasaban por la calle tres viejas Hadas que lo oyeron todo.

Por la noche, las Hadas, fatigadas de tanto viajar, se detuvieron en una hostería, y en cuanto entraron dijo una de ellas:

—¡Mirad dónde está la hija del Mago! ¡Si supiera las tres sentencias que le envió su padre, no dormiría tan tranquila!

En efecto, dormidos sobre un banco de la hostería, estaban Manzano, Cascarón y la hija del Mago. A decir verdad, Cascarón no se había dormido del todo pues no podía conciliar el sueño, acaso porque sabía que siempre es mejor dormir con un ojo abierto. Y lo oyó todo.

Oyó a una de las Hadas diciendo:

—El Mago le auguró que debía encontrar tres caballos, uno blanco, uno rojo y uno negro, y que ella debía montar el blanco, que será el que la traicione.

—Sin embargo —añadió la otra Hada—, si alguien lo supiera, en el acto decapitaría al caballo y nada sucedería.

Y la tercera Hada agregó:

—Y si alguno lo revela, transfórmese en piedra de mármol.

—Luego el Mago le auguró —dijo la primera Hada— que debía encontrar tres cachorritos, y ella tomará en sus brazos a aquel que deberá traicionarla.

—Pero —dijo la segunda Hada—, si alguien se diera cuenta, en el acto decapitaría al cachorrito y nada sucedería.

—Y si alguno lo revela, transfórmese en piedra de mármol —dijo la tercera.

—Luego le auguró que la primera noche que duerma con su esposo, entrará una

serpiente por la ventana y que ésta será la serpiente que la traicione.

—Pero si alguien se diera cuenta, decapitaría a la serpiente y nada sucedería —dijo la segunda Hada.

—Y si alguno lo revela, transfórmese en piedra de mármol.

Cascarón se vio así dueño de esos tres secretos terribles que no podía revelar, so pena de transformarse en piedra de mármol.

Al día siguiente reanudaron el viaje y llegaron a una casa de postas, donde el padre de Manzano les había enviado tres caballos: uno blanco, uno rojo y uno negro. La hija del Mago montó de inmediato en la silla del blanco, pero Cascarón desenvainó la espada y decapitó al caballo.

—¿Qué haces? ¿Estás loco?

—Perdóname, no puedo decírtelo.

—Manzano, este Cascarón es un joven de corazón cruel —dijo la hija del Mago —. No quiero seguir el viaje en su compañía.

Pero Cascarón le dijo que había decapitado al caballo en un momento en que había perdido la razón. Le pidió perdón y ella acabó perdonándolo.

Llegan a casa de los padres de Manzano y tres perritos les salen al encuentro: un blanco, uno rojo y uno negro. Ella le tiende los brazos al negro, pero Cascarón saca la espada y lo decapita.

—¡Que nos deje de inmediato este hombre loco y cruel! —grita la novia.

En ese momento acudieron los padres de Manzano y recibieron con gran alborozo al hijo y a la prometida, y, al enterarse de la disputa con Cascarón, dijeron tanto que la persuadieron a perdonarlo una vez más. Pero durante el almuerzo, en medio de la general alegría, Cascarón se mantenía aparte y pensativo, sin que nadie pudiera hacerle declarar el pensamiento que lo oprimía.

—No tengo nada, no tengo nada —decía, pero se retiró antes que los demás diciendo que tenía sueño.

Pero en lugar de ir a su cuarto, entró en la cámara nupcial y se ocultó debajo de la cama.

Los esposos se acuestan y se duermen. Cascarón vela, oye que rompen los cristales y ve entrar una serpiente enorme. Entonces se incorpora, desnuda la espada y la decapita. La esposa se despierta ante el estrépito, ve a Cascarón frente al lecho con la espada desenvainada, no ve a la serpiente, que ya ha desaparecido, y grita:

—¡Al asesino! ¡Al asesino! ¡Cascarón quiere matarnos! Dos veces lo he perdonado, pero esta vez que pague con su vida.

Prenden a Cascarón, lo llevan a la cárcel, y a los tres días lo visten para la ejecución. Perdido por perdido, pide la gracia de hablar un par de cosas con la esposa de Manzano antes de morir. La esposa va a verlo a la prisión.

—¿Recuerdas —dice Cascarón— cuando nos detuvimos en una hostería?

—Sí que me acuerdo.

—Bien, pues, mientras tú y tu prometido dormíais, entraron tres Hadas y dijeron

que el Mago había lanzado tres maldiciones contra su hija: encontrar tres caballos y subir sobre el caballo blanco, siendo éste el que la traicionaría. Pero, dijeron las Hadas, de haber alguien que decapitara al caballo, nada sucedería; y que quien lo revelara, se transformaría en piedra de mármol.

Al decir estas palabras, los pies y las manos del pobre Cascarón se transformaron en mármol.

La joven comprendió.

—¡Basta, basta, por caridad! —gritó—. ¡No me cuentes más!

—Perdido por perdido —dijo él—, prefiero que se sepa. Las tres Hadas dijeron también que la hija del Mago se encontraría con tres cachorros…

Le contó la maldición de los cachorros, y se transformó en piedra hasta el cuello.

—¡He comprendido! ¡Pobre Cascarón, perdóname! ¡No me digas más! —decía la esposa.

Pero él, con un hilo de voz —porque ya tenía la garganta de mármol— y balbuceando —porque las quijadas ya se volvían de mármol—, le contó la maldición de la serpiente.

—Pero… quien lo revelara… se transformaría en piedra de mármol…

Y calló, mármol de la cabeza a los pies.

—¡Qué hice! —decía la esposa desconsolada—. Esta criatura fiel está condenada… A menos que… Es cierto, sólo mi padre puede salvarlo.

Y tomó papel, pluma y tinta y le escribió una carta a su padre, pidiéndole perdón y conjurándolo a que viniese a su encuentro.

El Mago, que sólo veía por los ojos de su hija, llegó con los caballos al galope.

—Padre mío —le dijo la hija abrazándolo—, te pido una gracia. ¡Mira a este pobre joven convertido en mármol! Por salvarme la vida de tus tres maldiciones es de mármol de la cabeza a los pies.

El Mago suspiró y dijo:

—Por el amor que te tengo, también he de hacer esto.

Extrajo del bolsillo una redoma con bálsamo, le dio una pincelada a Cascarón y Cascarón volvió a ser de carne y hueso como antes.

Así, en lugar de acompañarlo a la horca, lo acompañaron triunfalmente a su casa, entre música y cantos, en medio de una gran multitud que gritaba: «¡Viva Cascarón! ¡Viva Cascarón!».

(Venecia)

34
EL MEDIOHOMBRE

Una mujer esperaba un niño y tenía antojo de perejil. Tenía por vecina una bruja, una bruja muy famosa, que tenía un huerto lleno de perejil. La puerta del huerto siempre estaba abierta, porque había tanto perejil que quien quisiere podía ir a recogerlo. La mujer que tenía antojo de perejil entró, se puso a comer perejil una hoja tras otra, y come que te come arrasó con la mitad del huerto. Cuando la bruja volvió y vio el huerto a medio pelar, al punto de que ya no quedaba ni una hilera verde, dijo:

—¡Pero bueno…! Se lo quieren comer todo… Mañana me pongo de guardia a ver quién es.

La mujer volvió al día siguiente y se puso a comer el resto del perejil. Cuando terminó de masticar la última plantita, salió la bruja y le dijo:

—¡Eh…! ¿Eres tú la que se ha comido todo el perejil?

La mujer se asustó:

—Déjeme ir, por caridad, espero un niño…

—De acuerdo —dijo la bruja—, te dejo, pero el niño o la niña que tengas, al cumplir siete años, será mitad para ti y mitad para mí.

Y la mujer, espantada, le dijo que sí con tal de poder irse.

Tuvo un hijo varón. Este creció, cumplió seis años, y un día, cuando pasaba ante la casa de la bruja, ella lo vio y le dijo:

—Oye, recuérdale a tu madre que sólo falta un año.

El niño fue a casa y dijo:

—Mamá, me dijo una vieja que sólo falta un año.

—Y tú —le dijo la madre—, si vuelve a decírtelo, dile que está loca.

Al niño le faltaban tres meses para cumplir los siete años y la bruja le dijo:

—Dile a tu madre que sólo faltan tres meses.

—¡Señora, usted está loca! —le dijo el niño.

—¡Sí, sí, ya veremos si estoy loca! —repuso la vieja.

A los tres meses coge al niño en la calle y se lo lleva a su casa. Lo tiende sobre

una mesa y lo corta a lo largo en dos mitades con un cuchillo, dejándole así media cabeza y medio cuerpo de cada lado.

A una de estas mitades le dijo:

—Tú vete a casa.

Y a la otra:

—Tú quédate conmigo.

Una mitad se queda y la otra se va a casa. Se va a casa y le dice a la madre:

—¿Has visto, mamá, lo que me ha hecho esa vieja? ¡Y tú decías que estaba loca!

Y la madre dejó caer los brazos sin decir palabra.

El medio muchacho se hizo grande y no sabía qué oficio elegir: decidió hacerse pescador. Un día va a pescar anguilas y captura una anguila del mismo tamaño que él. La saca del agua y la anguila le dice:

—Déjame en libertad y volverás a pescarme.

Él la devuelve al agua, vuelve a arrojar la red y la saca llena de anguilas. Volvió con la barca colmada de anguilas por todas partes y ganó una bolsa de monedas.

Al día siguiente volvió a pescar la anguila grande, que le dijo:

—Déjame en libertad, que por amor de la anguilita, todo lo que quieras se cumplirá.

Y él la dejó ir sin demora.

Un día, cuando iba a pescar como de costumbre, pasó ante el palacio del Rey. En el balcón estaba la hija del Rey con sus damiselas. La hija del Rey vio a este hombre, con media cabeza, medio cuerpo y una sola pierna y se echó a reír. El levanta el ojo hacia ella y le dice:

—Ah, te ríes de mí… Entonces, por amor de la anguilita, que la hija del Rey tenga un hijo mío.

Al poco tiempo, la hija del Rey esperaba un niño y los padres lo advirtieron.

—¿Pero qué historia es ésta? —le preguntaron.

—Pues yo no sé nada —dice la muchacha.

—¿Cómo que no sabes nada? ¿Quién es el padre?

—De veras que no lo sé, no sé nada.

Y pese a todas las preguntas de los padres, que le pedían que hablase, pues la perdonaban, ella seguía diciendo que no sabía. Entonces comenzaron a maltratarla, a humillarla, y ella no conocía el sosiego.

Nació el niño, un hermoso varoncito, pero los padres lloraban por la deshonra de tener en su casa un hijo de padre desconocido y llamaron a un Mago para que él adivinase quién era.

—Esperemos a que el niño tenga un año —dijo el Mago.

Y cuando cumplió un año, el Mago dijo:

—Es necesario dar una mesa franca a todos los señores de la ciudad, y cuando los señores estén en la sala, es necesario pasear al niño con una manzana de oro y una manzana de plata. La manzana de oro se la dará al padre, y la manzana de plata se la

dará al abuelo.

El Rey hizo publicar los bandos y ordenó preparar una sala rodeada de sillones. Cuando todos los señores de la ciudad estuvieron sentados en los sillones, hizo llamar a la nodriza con el niño en brazos y le puso una manzana en cada mano.

—Esta es para tu padre y ésta para tu abuelo.

La nodriza da la vuelta por la sala, regresa ante el Rey y el niño le da la manzana de plata.

—Ya sé que soy tu abuelo —dice el Rey—, pero quiero saber quién es tu padre.

Pero el niño daba vueltas y vueltas sin darle a nadie la manzana de oro.

Llamaron al Mago una vez más.

—Ahora —dijo el Mago—, ofreced una mesa franca a todos los pobres de la ciudad.

Y el Rey hizo publicar los bandos.

Cuando el Mediohombre se enteró de que en el palacio ofrecían una mesa franca para todos los pobres, le dijo a su madre:

—Prepárame mi media camisa, mi media chaqueta, mi pantalón, mi zapatilla y mi medio sombrero, que el Rey acaba de invitarme.

Todo el salón estaba colmado de miserables, pescadores, mendigos. El Rey había hecho colocar bancos en todas partes. La nodriza comenzó a dar vueltas con el niño y el niño tenía la manzana de oro en la mano.

Y seguía dando vueltas. En cuanto el niño vio al Mediohombre, sonrió, le echó los brazos al cuello y dijo:

—¡Papá, toma esta manzana!

Y estallaron risas en todos los bancos.

—¡Eh! ¡Mirad de quién se enamoró la hija del Rey!

Sólo el Rey fue capaz de conservar la calma.

—Entonces —dijo—, sea éste el esposo de mi hija.

Y pronto se celebraron las bodas. Los novios salieron de la iglesia pensando que los aguardaba una carroza. Los aguardaba, en cambio, un tonel, un gran tonel vacío: el Mediohombre, su esposa y el niño fueron obligados a entrar y encerrados en el tonel. Luego el tonel fue arrojado al mar.

El mar estaba borrascoso y el tonel desaparecía y reaparecía entre las olas. Al fin dejaron de verlo, y todos dijeron, en el palacio del Rey, que ya se había hundido.

Sin embargo, flotaba. Y en su interior el Mediohombre, al ver que la hija del Rey se moría de miedo, le dijo:

—Esposa mía, ¿quieres que haga enfilar el tonel hacia una playa?

Y dicho y hecho, por amor de la anguilita, el tonel se encontró en tierra firme, en una playa. El Mediohombre lo desfondó y salieron los tres. Era hora de comer, y por amor de la anguilita apareció una mesa servida para tres, llena de manjares y bebidas. Una vez que comieron y bebieron como corresponde, el Mediohombre dijo:

—Esposa mía, ¿estás contenta de mí?

—Más contenta estaría —dijo ella—, si en vez de medio fueras entero.

Entonces él se dijo para sí: «Por amor de la anguilita, que yo esté entero y sea más buen mozo que antes», y en el acto se convirtió en un bellísimo joven, entero y vestido de gran señor.

—¿Estás contenta?

—Como contenta estoy contenta, pero más lo estaría si en vez de estar en una playa desierta estuviéramos en un hermoso palacio.

Y él, para sí: «Por amor de la anguilita, que podamos encontrarnos en un hermoso palacio con dos manzanos, uno a cada lado, uno que dé manzanas de oro y otro que dé manzanas de plata, y que haya camareros, mayordomos, damiselas y todo lo que hace falta en un palacio».

Apenas lo pensó, se hizo todo: palacio, manzanos, mayordomos.

A los pocos días, el Mediohombre que ya no era medio sino entero, ofreció una mesa franca para todos los Reyes y Reinas de la vecindad, y acudió también el padre de su esposa. El Mediohombre, que los recibía al entrar, les dijo:

—Sólo una cosa os recomiendo: que no toquéis esas manzanas de oro ni esas manzanas de plata. Pobre de aquel que las toque.

—No temáis, no temáis —dijeron los invitados—. Tendremos las manos quietas.

Se ponen a comer y beber, y el Mediohombre se dice para sí: «Por amor de la anguilita, que una manzana de oro y una manzana de plata se introduzcan en los bolsillos de mi suegro».

Después del almuerzo, conduce a los huéspedes a pasear por el jardín y nota que faltan dos manzanas.

—¿Quién ha sido? —pregunta.

Todos los Reyes dicen:

—Yo no. Yo no he tocado nada.

—Os había advertido —dice el Mediohombre— que no tocarais esas manzanas. Ahora tendré que registrar a Vuestras Majestades.

Y comenzó a registrarlos, Rey por Rey y Reina por Reina. Ninguno tenía las manzanas. Al fin le tocó el turno al suegro, y allí estaban las manzanas, una en cada bolsillo.

—¡Habéis visto! ¡Nadie ha tenido el coraje de tocar nada y vos solo me habéis robado dos! ¡Ahora tendréis que véroslas conmigo!

—Pero yo no sé nada… —insistía el Rey—. No sé cómo ocurrió… ¡Yo no las cogí, puedo jurarlo!

—¿De modo que, con todas las pruebas en contra —dijo el Mediohombre—, insistís en que sois inocente?

—Sí —dijo el Rey.

—Pues bien, , así como sois inocente vos, era inocente vuestra hija, y lo justo es que haga con vos lo que hicisteis con ella.

En ese momento se presentó la esposa.

—Jamás se diga que mi padre sufrió por mi causa; aunque él haya recurrido a la crueldad, sigue siendo mi padre y solicito gracia para él. Y el Mediohombre, movido a compasión, le concedió la gracia. El Rey, feliz de haber reencontrado a la hija que creía muerta y de saber que era inocente, los llevó a todos consigo a su palacio, y allí vivieron juntos en la paz y en la abundancia, y todavía deben estar allí si no se han muerto.

(Venecia)

35
EL ABUELO INVISIBLE

Había una vez una madre con tres hijas, y vivían en una extrema miseria, hasta tal punto que un día una de las muchachas dijo:

—Escúchame, en lugar de estar aquí pasando penurias, me voy a recorrer mundo a ver si tengo suerte.

Y así cogió sus cosas y se fue.

Caminó y caminó hasta encontrarse con un palacio. Ve la puerta abierta y piensa: «Voy a ver si necesitan una sirvienta». Entra y dice:

—¡Ah de la casa!

Nadie le responde. Va a la cocina y ve que en la olla hay algo que hierve. Abre un aparador y ve que hay pan, arroz, botellas de vino, ve que hay de todo y dice:

—Aquí hay de todo y yo tengo hambre, así que en seguida me preparo una buena sopa.

Mientras dice estas palabras, ve dos manos que preparan la mesa. Las manos ponen un plato de arroz en la mesa, y la muchacha dice:

—Entonces como.

Y se pone a comer. Terminado el arroz, las manos le traen un pollo. La muchacha se lo come.

—Pues sí —dice—, la verdad es que estaba flaca, pero ahora estoy un poco mejor.

Recorre el palacio y ve una hermosa sala de huéspedes, un tinelo, un dormitorio con lecho de dosel.

—¡Mira qué cama tan bonita! ¡Me voy a acostar!

Y, en efecto, durmió toda la noche.

Por la mañana, en cuanto se despierta, aparecen las manos con la bandeja del café. Bebe el café y las manos se llevan la taza en la bandeja. Se viste y pasa a un salón donde hay un ropero lleno de trajes, chalinas, faldas y todo el lujo que uno pueda llevar puesto. La muchacha se quita sus harapos y se viste de gran Reina. Si

antes era bella, ahora no caben palabras para describirla.

Había una pérgola y la bella se asomó: en ese preciso instante pasa un Rey. El Rey ve a la bella joven y le pregunta qué tiene que hacer para hablar con ella, porque le ha tomado gran afecto. La muchacha responde que no tiene padre ni madre, pero que si pasa otra vez le dará una respuesta. El Rey hace muchas reverencias y se aleja con su carroza.

La muchacha vuelve a la casa, va hacia la chimenea y dice:

—Querido señor, me encuentro en este palacio sin ver a nadie, y ahora se me declara este Rey que siente afecto por mí: ¿qué debo decirle cuando venga en busca de una respuesta?

Oyó en la chimenea una voz que le respondía:

—¡Ah, bendita seas tú, que eres bella y lo serás cada vez más! Dile que tienes un pobre abuelito solo y enfermo, que está contento de que te despose siempre que no tarde mucho para las bodas. Ahora ve, que bella eres y cada vez lo serás más.

Y la muchacha era cada vez más bella.

Al día siguiente, va al balcón y en ese instante pasa el Rey; apenas la ve, le pide una respuesta. Ella le responde que no puede hacerle entrar en casa porque su pobre abuelito está enfermo. Pero que su abuelo está contento de que se casen, siempre que lo hagan de inmediato, y mientras tanto hablarán de amor por el balcón. El Rey se puso muy contento.

Hablaron de amor por el balcón durante ocho días. A los ocho días, la muchacha va a la chimenea y dice:

—Abuelito, hace ocho días que hablamos de amor. ¿Qué te parece?

El abuelo responde:

—Tómalo pues por esposo, y empieza a llevarte todas las cosas de casa. Lo que te recomiendo es que no me dejes nada: ten cuidado con eso, recuerda, debes llevártelo todo. Y ahora vete, que bella eres y cada vez lo serás más.

Y ella era cada vez más bella.

Va al balcón y apenas ve al Rey le propone disponer las bodas, y que mientras tanto haga venir carrozas y caballos para llevarse todo lo que hay en el palacio. Pasaron ocho días llevándose las cosas. Y el Rey le dijo a su padre:

—Mira, papá, qué lindo ajuar tiene mi esposa. Ni siquiera nosotros que somos Reyes tenemos cosas tan bonitas. ¡Y ya verás, además, qué hermosa muchacha!

La novia, entre tanto, había barrido todo el palacio, y tirado las escobas y la basura. Ahora estaba totalmente vacío. Sólo quedaba un collar de oro que quería ponerse en el momento de salir, y lo había dejado colgado de un clavo. Entre tanto, desde el balcón, vio venir al Rey en un coche de dos caballos: entonces fue a la chimenea y dijo:

—Abuelo, me voy, porque mi esposo ha venido a buscarme. Quédate tranquilo porque me lo llevo todo y además he barrido el palacio.

—Muy bien —dijo el abuelo—, te lo agradezco: bella eres y cada vez lo serás

más.

Cada vez más bella, la muchacha subió a la carroza en brazos del Rey; y así partieron. A mitad de camino se toca el cuello y exclama:

—¡Ah, pobre de mí, me olvidé el collar de oro…! ¡Rápido, atrás!

—¡Eh, déjalo! —le dijo el Rey—. ¡Te conseguiremos uno más bonito!

Pero ella quería regresar a toda costa. Desmontó de la carroza y entró en el palacio, mientras el Rey la esperaba afuera. La muchacha fue a la chimenea y dijo:

—¿Abuelito?

—¿Qué te pasa?

—Perdóname, por favor, porque me olvidé el collar de oro. —Y con estas palabras, lo descolgó del clavo.

—¡Fuera de aquí! —gritó la voz de la chimenea—. ¡Fuera, barbuda fea! ¡Tanto te recomendé que te lo llevaras todo sin dejarte nada! ¡Fuera, barbuda fea!

En ese momento, la muchacha estaba ciñéndose el collar y sintió pelo entre los dedos. Se miró en el espejo: tenía una barba larga hasta el pecho.

Cuando bajó las escaleras, el Rey se llevó las manos a la cabeza.

—¡Te dije que no volviéramos atrás! ¿Ahora qué hago, después de tanto decirle a mi padre lo bella que eras? No puedo llevarte a casa. Por aquí cerca tengo una choza en el bosque. Allí te dejaré.

Así lo hizo, y todos los días iba a verla, porque todavía la quería, y no permitía que le faltase nada. Todo anduvo bien por un tiempo, hasta que llegó a oídos del Rey que su hijo tenía amores con una mujer barbuda. Entonces el Rey llamó a su hijo y le habló así:

—¿Cómo crees que un Rey pueda tener amores con una mujer barbuda? ¡Va en ello la dignidad de la Corona! ¡O la dejas o la hago matar!

El joven fue a ver a la muchacha y le dijo:

—Mira, tengo que decirte una cosa. Mi padre se ha enterado de que tengo amores con una mujer barbuda y me ha dicho que si no te abandono, te hará matar. Dime dónde quieres que huyamos.

—Concédeme sólo esta gracia —dijo la muchacha—: manda hacer un velo negro y un vestido negro de terciopelo, y condúceme a casa del abuelo. Le pediremos ayuda a él.

El Príncipe le llevó el vestido y el velo y así vestida y encubierta, subieron a la carroza y fueron al palacio.

Ella se encaminó a la chimenea y dijo:

—¿Abuelito?

—¿Quién es?

—¡Soy yo, abuelito!

—¿Qué quieres, barbuda fea?

—Abuelo bendito, escúchame, estoy condenada a muerte por culpa tuya…

—¿Por culpa mía? ¿No te dije que te lo llevaras todo y no te olvidaras nada? Si

no te hubieses olvidado el collar de oro yo me habría librado de mi encantamiento y en cambio ahora debo reiniciar mi condena desde el principio.

—Abuelito —dijo la muchacha—, yo no pido la belleza que tenía en este palacio, pero al menos querría el rostro que tenía al llegar. Por eso, abuelito, hazlo por caridad, déjame como antes.

—Bien —dijo el abuelo—, ¿te olvidaste algo?

—No, no —dijo la muchacha—, tengo en la mano el collar de oro que había dejado colgado de un clavo.

Entonces el abuelo le dijo:

—Póntelo en el cuello, que bella eras y cada vez lo serás más.

La muchacha se puso el collar de oro y la barba desapareció en el acto.

—¡Abuelito! ¡Muchas gracias! ¡Adiós!

—Vete, pues —dijo el abuelo—, que bella eres y cada vez lo serás más.

Y la muchacha ahora era bella como un sol.

Bajó las escaleras y fue a la carroza junto a su esposo. Él, al verla tan bella como antes y aun más que antes, la abraza alborozado y le dice:

—¡Ahora mi padre no te condenará a muerte, y ni siquiera dirá que en mis amores contigo va la dignidad de la Corona!

En efecto, cuando llegaron al palacio real, se asomó el padre.

—Esta —le dijo el hijo— es la barbuda fea con la que tengo amores.

—Ah —dijo el viejo Rey—, hijo mío, tienes razón; más bella no puede ser.

La abraza y ordena las bodas; entre tanto la conduce al balcón para que pueda verla todo el pueblo. Pronto se reunió una gran multitud debajo del balcón y, al ver a la nueva Reina, todos gritaban:

—¡Viva, viva la nueva Reina!

A los pocos días, los dos jóvenes se casaron e hicieron un festín con rábanos en compota, ratones pelados, gatos despellejados, cazuela de mona; comieron por hoy y por mañana; al final de todo había un ramo de rosmarino, y a mí ni siquiera me dijeron: «Tómate un vaso de vino».

(Venecia)

36
EL HIJO DEL REY DE DINAMARCA

Había una vez un Rey y una Reina que no podían tener hijos. Finalmente, de tanto rogarle a sus ídolos, la Reina pudo tener una hija. Para saber el destino de la niña, llamó a doce astrólogos; a once de ellos les regaló un telescopio de oro, y al duodécimo, que era el más viejo, sólo un telescopio de plata. Los astrólogos se congregaron en torno a la hija: uno dijo que sería bella, otro que sería habilidosa, algún otro destacó su virtud, en fin, las cosas de costumbre. Sólo el más viejo guardaba silencio.

—Habla tú también —dijo el Rey.

Y el astrólogo, que se había tomado a mal lo del telescopio de plata, respondió que todo lo dicho por los otros era correcto, pero que la muchacha se enamoraría del primer hombre que oyese nombrar.

—¿Y qué podemos hacer para impedirlo? —preguntó el Rey.

—Hay que construir un palacio unido a éste —explicó el astrólogo—, que contenga todo lo necesario para la hija de un Rey, y alojarla allí, con nodrizas y camareras. Pero debe ser un palacio que no tenga siquiera una ventana, a no ser una ventanita muy alta, muy alta.

Así se hizo. El Rey visitaba a su hija una vez al mes y la veía crecer y hacerse cada día más bella, tal como lo habían pronosticado los astrólogos, pero cuanto más crecía más comprendía que no podía estar eternamente encerrada, y que debía existir otro mundo, diferente de aquel en que estaba prisionera.

Un día en que sus camareras estaban en el jardín, la muchacha se puso debajo de esa ventanita tan alta, tan alta, y empezó a levantar una torre con mesas, mesitas y sillas, una encima de la otra, hasta que llegó al alféizar. Desde allí podía contemplar el cielo con el sol y las nubes, pero no la tierra, y de la tierra le llegaban sonidos y palabras.

Oyó la voz de dos jovencitos que pasaban por la calle.

—¿Qué es este palacio que hay junto al del Rey? —decía uno.

—¿No lo sabes? Allí está encerrada la hija del Rey, porque le han pronosticado que se enamorará del primer hombre al que oiga nombrar. —¿Y es bella?

—Se dice que sí, pero nadie la ha visto jamás.

—Puede ser todo lo bella que quiera, pero seguro que no tiene la belleza del hijo del Rey de Dinamarca. ¿Sabes que el hijo del Rey de Dinamarca es tan bello que debe llevar siete velos sobre el rostro? Y no ha de casarse hasta encontrar una esposa tan bella como él.

La hija del Rey, al escuchar esas palabras, sufrió un mareo y se cayó al suelo. Acudieron sus damiselas y vieron que lloraba y suspiraba:

—¡Quiero irme de aquí, quiero irme de aquí!

—Tened paciencia —dijeron las damiselas—. Esperad a que vuelva vuestro padre y decídselo a él.

A fin de mes su padre fue a visitarla como de costumbre, y ella rompió a llorar y le dijo que estaba encarcelada sin razón alguna y que quería salir. El Rey entonces la hizo pasar a su palacio, dando órdenes de que no se le mencionara ningún hombre. Pero la muchacha ya tenía en mente al hijo del Rey de Dinamarca, y se la veía siempre melancólica. Su padre le preguntaba qué le pasaba, y ella:

—¡Nada, nada!

Al fin un día se armó de coraje, entró al estudio de su padre, cayó de rodillas y le habló del hijo del Rey de Dinamarca.

—Padre mío, os lo suplico, mandad a preguntarle si me quiere por esposa.

—Levántate y cálmate —le dijo el Rey—. Ahora mandaré a los embajadores. Soy más poderoso que el Rey de Dinamarca, así que no se negará.

Los embajadores llegaron a la corte del Rey de Dinamarca. El Rey de Dinamarca llamó a su hijo. Vino el hijo con el rostro cubierto por siete velos y su padre le dijo que le pedían por esposo.

Entonces él alzó el primer velo y les preguntó a los embajadores:

—¿Es bella como yo?

—Sacra Majestad, sí.

Y así alzó un velo tras otro y cuando llegó al último preguntó:

—¿Es bella como yo?

Los embajadores agacharon la cabeza.

—Sacra Majestad, no.

—Decidle entonces que no la quiero.

—Pero ha dicho —insistieron los embajadores— que si usted no la quiere, se ahorcará.

Entonces el hijo del Rey de Dinamarca cogió una cuerda y se la arrojó a los embajadores:

—Tomad esa cuerda y decidle que se cuelgue.

Los embajadores regresaron con la cuerda en la mano, y el Rey montó en cólera. Pero la muchacha se puso a llorar, a suspirar, a rogarle a su padre, hasta tal punto que

éste envió nuevamente a los embajadores ante el Rey de Dinamarca.

También esta vez el hijo del Rey de Dinamarca alzó todos los velos y, al llegar al último, preguntó:

—¿Es bella como yo?

—Sacra Majestad, no. Pero ha dicho que tomará un cuchillo y se matará.

—Tomad este cuchillo y decidle que se mate.

Volvieron con el cuchillo y el Rey quiso declararle la guerra a Dinamarca, pero la hija, a fuerza de súplicas y plegarias, logró aplacarlo y pocos meses después lo persuadió de que una vez más enviara a los embajadores.

El hijo del Rey de Dinamarca formuló las mismas preguntas.

—Sacra Majestad, no —respondieron los embajadores cuando se alzó el último velo—, pero si una vez más es rechazada, dijo que cogerá una pistola y se pegará un tiro.

—Tomad esta pistola y que se pegue un tiro.

Volvieron con la pistola. Y el Rey de nuevo montó en cólera y la hija de nuevo derramó abundantes lágrimas.

—Os ruego, padre mío —le dijo—, que me hagáis un tonel de hierro, luego encerradme allí dentro y lanzadme al mar.

El padre ni quería oír hablar de eso, pero la hija, a fuerza de súplicas, consiguió que le concedieran lo que pedía. Se metió en el tonel vestida de princesa, con la cabeza coronada, y con la cuerda, el cuchillo y la pistola, además de algunos alimentos para el viaje. Y fue lanzada al mar.

Estuvo a la deriva días y días, y al fin el mar la arrojó a una isla donde se erguía el palacio de una Reina. Las damiselas abrieron los balcones por la mañana y vieron el tonel en la playa.

—¡Ah, Sacra Majestad! —dijeron—. ¡Si vieseis qué linda cubeta nos ha arrojado el mar a la orilla!

La Reina dio órdenes de traer el tonel. Lo abrieron en su presencia y salió aquella hermosa joven.

—¿Por qué viajas así por el mar? —le preguntó la Reina, y ella se lo contó.

—Vamos, vamos, no te lo tomes tan a pecho —le dijo la Reina—. El hijo del Rey de Dinamarca es mi hermano. Y todos los meses viene a visitarme para beber un vaso de agua de mar. Ha de venir en pocos días.

Llegó pues el hijo del Rey de Dinamarca. Su hermana la Reina, en lugar de enviarle la damisela de costumbre con el vaso de agua de mar, le envió a esta joven. Él, en cuanto la vio, se enamoró locamente.

—¿Quién es esta bella señora? —le preguntó a su hermana.

—Una amiga.

—Hermana mía, te diré una cosa: ahora, en vez de venir una vez al mes, vendré cada quince días.

Volvió a los quince días, y la joven le llevó el vaso de agua de mar.

—Hermana mía, te diré una cosa: ahora, en vez de venir cada quince días, vendré cada ocho.

Volvió a los ocho días, pero esta vez fue la damisela de costumbre quien le trajo el agua de mar. El hijo del Rey de Dinamarca no quiso bebería.

—Pero esa hermosa joven —preguntó—, ¿se ha ido?

—No se encuentra bien.

—Quiero ir a verla a su cuarto.

La joven estaba en cama y tenía la cuerda, el cuchillo y la pistola sobre la sábana. Pero él sólo tenía ojos para ella y no lo advirtió. Ella le dijo:

—¿Qué te parece, cuál elijo de las tres?

Como él no comprendía, la joven le explicó que era la hija de aquel Rey que le había enviado los embajadores.

—¡Fui víctima de un engaño! —dijo él—. ¡De haber sabido que eras tan bella, habría dicho que sí en el acto!

La joven entonces se levantó y le escribió a su padre: «Me encuentro en la casa de la Reina tal y también está aquí el hijo del Rey de Dinamarca, que quiere casarse conmigo».

El padre fue a buscarla muy contento; luego todos fueron a ver al Rey de Dinamarca y allí celebraron las bodas.

(Venecia)

37
EL NIÑO EN LA BOLSA

Pedrito era un chico así de alto, que iba a la escuela. Camino de la escuela había un huerto con un peral, y Pedrito Pedrón se subía para comer peras. Pasó la Bruja Bibruja debajo del peral y le dijo:

—Pedrito Pedrón, dame esa pera
Que tu blanca manita toca,
Que al verla, te soy sincera,
Se me hace agua la boca.

Pedrito Pedrón pensó: «A ésta se le hace agua la boca porque quiere comerme a mí, no las peras». Y se negaba a bajar del árbol. Tomó una pera y se la tiró a la Bruja Bibruja. Pero la pera cayó al suelo, justo donde había pasado una vaca y había dejado un recuerdo.

La Bruja Bibruja repitió:

—Pedrito Pedrón, dame esa pera
Que tu blanca manita toca,
Que al verla, te soy sincera,
Se me hace agua la boca.

Pero Pedrito Pedrón, en lugar de bajar, le tiró otra pera y la pera cayó al suelo, justo donde había pasado un caballo y había dejado un laguito.

La Bruja Bibruja repitió su súplica y Pedrito Pedrón pensó que era mejor darle el gusto. Bajó y le llevó una pera. La Bruja Bibruja abrió la bolsa pero en vez de meter la pera metió a Pedrito Pedrón, ató la bolsa y se la echó al hombro.

Después de un rato de caminar, la Bruja Bibruja se paró para hacer una necesidad: dejó la bolsa y se ocultó en un arbusto. Pedrito Pedrón, mientras tanto, con sus dientes de ratoncito, había roído la cuerda que sujetaba la bolsa y salió, metió en la bolsa una enorme piedra y huyó. La Bruja Bibruja agarró de nuevo la bolsa y se la echó al hombro.

—¡Ay, Pedrito Pedrón,
Pesas como un pedrejón!

dijo, y se fue a casa. La puerta estaba cerrada y la Bruja Bibruja llamó a su hija:

—Margarita Margaritón,
Ven aquí y abre el portón
Y prepara el calderón
Para hervir a Pedrito Pedrón.

Margarita Margaritón abrió y luego puso en el fuego un enorme caldero lleno de agua. En cuanto el agua hirvió, la Bruja Bibruja vació la bolsa. ¡Plaf!, hizo la piedra, y desfondó el caldero; el agua cayó en el fuego y por todas partes, quemándole las piernas a la Bruja Bibruja.

—Pero madre, ¿qué quieres decir:
Traes piedras para hervir?,

dijo Margarita Margaritón. Y la Bruja Bibruja le respondió, saltando de dolor:

—Enciende el fuego una vez más.
Que yo en seguidita estoy acá.

Se cambió la ropa, se puso una peluca rubia y salió con la bolsa. Pedrito Pedrón, en vez de ir a la escuela, había vuelto al peral. Pasó la Bruja Bibruja disfrazada, esperando que nadie la reconociera, y le dijo:

—Pedrito Pedrón, dame esa pera
Que tu blanca manita toca,
Que al verla, te soy sincera,
Se me hace agua la boca.

Pero Pedrito Pedrón la había reconocido y se cuidaba de bajar:

—No le doy peras a la Bruja Bibruja,
Que me mete en la bolsa y me apretuja.

Y la Bruja Bibruja dijo para convencerlo:

—No soy quien crees, te soy sincera,
Pues llegué aquí de mañanita.
Pedrito Pedrón, dame una pera
Con tu blanca manecita.

Y tanto hizo y tanto dijo que Pedrito Pedrón, convencido, bajó a darle una pera. La Bruja Bibruja se apresuró a meterlo en la bolsa.

En cuanto llegaron al arbusto, debió detenerse una vez más para hacer una necesidad, pero esta vez la bolsa estaba tan bien sujeta que Pedrito Pedrón no podía

escapar. Entonces el muchacho se puso a imitar el graznido de la codorniz. Pasó un cazador con un perro buscando codornices, encontró la bolsa y la abrió. Pedrito Pedrón salió de un salto y le suplicó al cazador que pusiera al perro en su lugar. Cuando la Bruja Bibruja volvió y agarró la bolsa, el perro no hacía sino menearse y ladrar, y la Bruja Bibruja decía:

—Pedrito Pedrón, oh pobrecito.
Saltas y ladras como un perrito.

Llegó a su casa y llamó a su hija:

—Margarita Margaritón,
Ven aquí y abre el portón
Y prepara el calderón
Para hervir a Pedrito Pedrón.

Pero cuando sacudió la bolsa para vaciarla sobre el agua hirviente, el perro saltó furioso, le mordió una pantorrilla, corrió al fondo y comenzó a despedazar gallinas.

—Pero madre, o esto es un yerro
O tú quieres comerte un perro,

dijo Margarita Margaritón. Y la Bruja Bibruja:

—Enciende el fuego una vez más,
Que en seguidita yo estoy acá.

Se cambió la ropa, se puso una peluca roja y volvió al peral; y tanto dijo y tanto hizo que Pedrito Pedrón se dejó atrapar una vez más. Esta vez no se detuvo en ningún lugar y llevó la bolsa derechito a casa, donde su hija la esperaba en el umbral.

—Agárralo y enciérralo en el gallinero —le dijo—, y mañana por la mañana, mientras yo no estoy, hazlo picadito con patatas.

Margarita Margaritón, a la mañana siguiente, tomó un picador y una cuchilla y abrió una puertecita del gallinero.

—Pedrito Pedrón, hazme un favor:
Pon la cabeza en el picador.

Y él:

—Pero enséñame cómo, por favor.

Margarita Margaritón posó el cuello en el picador y Pedrito Pedrón agarró la cuchilla, le cortó la cabeza y la puso a freír en la sartén.

Vino la Bruja Bibruja y exclamó:

—Margarita, pobre de mí,
¿Quién te puso a freír así?

—¡Yo! —gritó Pedrito Pedrón desde el tubo de la chimenea.

—¿Cómo lo has hecho para subirte ahí? —preguntó la Bruja Bibruja.

—Puse una olla sobre otra y subí.

Entonces la Bruja Bibruja intentó hacerse una escalera de ollas para subir y atraparlo, pero cuando estaba bien alto desfondó las ollas, se cayó en el fuego y se quemó hasta el último pedacito.

(Friul)

38
¡CUACUÁ! ¡PÉGATE ACA!

Un rey tenía una hija bella como la luz del sol, a quien todos los príncipes y grandes señores hubieran deseado por esposa de no ser por el pacto que ella había sellado con su padre.

Resulta que una vez este Rey había ofrecido un gran banquete, y mientras todos los invitados se reían y estaban alegres, sólo su hija permanecía seria y cejijunta.

—¿Por qué estás triste? —le preguntaron los comensales.

Y ella ni una palabra. Todos intentaron hacerla reír, pero nadie lo logró.

—Hija mía, ¿estás enojada? —le preguntó el padre.

—No, no, padre mío.

—Y entonces, ¿por qué no te ríes?

—No me reiría ni aunque en ello me fuese la vida.

Entonces el Rey tuvo esta idea:

—¡Muy bien! Ya que te has obstinado en no reír, hagamos una prueba, mejor dicho un pacto. Quien quiera casarse contigo, debe lograr que te rías.

—De acuerdo —dijo la Princesa—. Pero añado esta condición: que a quien intente hacerme reír y no lo logre, le corten la cabeza.

Así se acordó, todos los comensales fueron testigos y la palabra dada ya no se podía retirar.

La voz se corrió por todo el mundo, y todos los príncipes y los notables querían hacer el intento de conquistar la mano de esa Princesa tan bella. Pero cuantos lo intentaban, perdían la cabeza. Todas las mañanas, muy temprano, la Princesa iba al balcón y esperaba la llegada de un pretendiente. Así pasaban los años, y el Rey temía que su hija se marchitara como una vieja hoja de lechuga.

Sucedió que la noticia también llegó a un pueblecito. Ya se sabe que en las veladas uno se entera de historias de todo tipo, y así se habló sobre ese pacto de la Princesa. Un muchacho con tiña en la cabeza, hijo de un pobre remendón, lo escuchó todo con la boca abierta.

—¡Quiero ir yo! —dijo.

—¡Pero vamos, no digas tonterías, hijo! —exclamó su padre.

—Sí, padre, quiero probar. Mañana salgo de viaje.

—Te van a matar. Esos no se andan con contemplaciones.

—¡Padre, yo quiero ser Rey!

—Sí, sí —rieron todos—. ¡Un Rey con la cabeza tiñosa!

Al día siguiente, por la mañana, cuando el padre ya se había olvidado de la ocurrencia de su hijo, éste compareció ante él, diciéndole:

—Me voy de todos modos, padre. Aquí todos me miran mal a causa de la tiña. Dame tres panes, tres carantanes[8-Tr] y una jarra de vino.

—Pero piensa…

—Ya lo he pensado todo.

Y se fue.

Caminó y caminó hasta encontrar a una pobre mujer que se arrastraba apoyándose en un bastón.

—¿Tienes hambre, mujer? —le preguntó el tiñoso.

—Sí, hijo, y mucha. ¿No tienes nada para darme de comer?

El tiñoso le dio uno de sus panes, y la mujer se lo comió. Pero como vio que todavía tenía hambre, le dio también el segundo y, como realmente lo movía a compasión, terminó por darle el tercero.

Caminó y caminó. Encontró otra mujer, cubierta de harapos.

—Hijo, ¿me darías algún dinero para comprarme un vestido?

El tiñoso le dio un carantán; luego pensó que quizá no bastara con un solo carantán y le dio otro; pero la mujer le dio tanta pena que al final le dio también el tercero.

Caminó y caminó. Encuentra otra mujer, vieja y arrugada, con la lengua fuera de la sed que tenía.

Hijo, si me das un poco de agua para mojarme la lengua, salvas a un alma del Purgatorio.

El tiñoso le dio su jarra de vino; la vieja bebió un poco y él la invitó a echarse otro trago, hasta que al fin se lo bebió todo. Cuando alzó el rostro, ya no era una vieja, sino una hermosa muchacha rubia con una estrella entre los cabellos.

—Yo sé adonde vas —le dijo—, y se de tu buen corazón porque las tres mujeres que encontraste eran la misma: yo. Quiero socorrerte. Toma este hermoso pato y llévalo siempre contigo. Es un pato que, cuando alguien lo toca, chilla: «¡Cuacuá!», y tú en seguida debes decir: «¡Pégate acá!».

Y la hermosa muchacha desapareció.

El tiñoso reanudó la marcha seguido por el pato. Por la noche llegó a una taberna y, como no tenía dinero, se sentó afuera, en un banco. Salió el tabernero con intenciones de echarlo, pero entonces llegaron las dos hijas del tabernero y, al ver el pato, le dijeron al padre:

—Por favor, no eches a este forastero. Hazlo entrar y dale de comer y déjalo dormir.

El tabernero miró el pato, comprendió cuál era el propósito de las hijas y dijo:

—Bueno, el joven dormirá en un bonito cuarto, y al pato lo llevaremos al establo.

—Así no hay trato —dijo el tiñoso—. El pato se queda conmigo; es un pato demasiado bonito para estar en un establo.

Una vez que cenó, el tiñoso se fue a dormir y puso el pato debajo de la cama. Mientras dormía, le pareció haber oído un ruido; y en seguida el pato chilló:

—¡Cuacuá!

—¡Pégate acá! —gritó él, y se levantó a mirar.

Era la hija del tabernero, que se había acercado de puntillas, en camisón, había cogido el pato para quitarle las plumas y ahora estaba adherida a él en esa posición.

—¡Socorro! ¡Hermana! ¡Ven a despegarme! —gritó.

Viene la hermana, también en camisón, abraza a su hermana por el talle para despegarla del pato, pero el pato grita:

—¡Cuacuá!

—¡Pégate acá! —grita el tiñoso.

Y también la hermana se queda pegada.

El joven se asomó por la ventana: ya era casi de día. Se vistió y dejó la taberna, seguido por el pato y las dos hermanas pegadas. En el camino se cruzó con un cura. Al ver a las hijas del tabernero en camisón, el cura comenzó a decir:

—¡Ah, desvergonzadas! ¿Qué modo es ése de ir a esta hora por la calle? ¡Ahora veréis!

Y, ¡paf!, una palmada en el trasero.

—¡Cuacuá! —chilla el pato.

—¡Pégate acá! —dice el tiñoso, y también el cura se queda pegado.

Siguen caminando, con tres personas pegadas al pato. Encuentran un calderero cargado de cacerolas, ollas y cazuelas.

—¡Ah, lo que hay que ver! ¡Un cura en esa posición! ¡Ahora verás!

Y, ¡toc!, un bastonazo.

—¡Cuacuá! —chilla el pato.

—¡Pégate acá! —dice el tiñoso, y también se queda pegado el calderero con todas sus cazuelas.

Esa mañana, la hija del Rey estaba asomada al balcón como de costumbre, cuando vio llegar este cortejo: el tiñoso, el pato, la primera hija del tabernero pegada al pato, la segunda hija del tabernero pegada a la primera, el cura pegado a la segunda, el calderero con cacerolas, ollas y cazuelas pegado al cura. Ante tal espectáculo, la Princesa se echó a reír como una loca. Luego llamó a su padre, y también él se echó a reír: toda la Corte se asomó a las ventanas y todos reían hasta reventar.

En lo mejor de esa carcajada general, desaparecieron el pato y todos los que

estaban pegados.

Sólo quedó el tiñoso. Subió las escaleras y se presentó al Rey. El Rey lo miró un poco, lo vio con esa tiña en la cabeza, con esos paños, todo andrajoso, y no supo qué hacer.

—Eres un joven muy listo —le dijo—. Te tomo a mi servicio, ¿qué te parece?

Pero el tiñoso no quiso aceptar: quería casarse con la Princesa.

El Rey, para darse tiempo, hizo que lo lavaran y lo vistieran de señor. Cuando volvió a aparecer, el joven estaba irreconocible: era tan apuesto que la Princesa se enamoró de él y sólo veía por sus ojos.

En primer lugar, el joven quiso ir a buscar a su padre. Llegó en carroza, cuando el pobre remendón se lamentaba en el umbral porque el único hijo que tenía lo había abandonado.

Lo llevó al palacio, se lo presentó a su suegro el Rey y a su novia la Princesa y se celebraron las bodas.

(Friul)

39
LA CAMISA DEL HOMBRE CONTENTO

Un Rey tenía un hijo único y lo quería como a la luz de sus ojos. Pero este Príncipe siempre estaba descontento. Pasaba días enteros asomado al balcón, mirando a lo lejos.

—¿Pero qué te hace falta? —le preguntaba el Rey—. ¿Qué te pasa?

—No lo sé, padre mío. Ni siquiera yo lo sé.

—¿Estás enamorado? Si quieres a una muchacha, dímelo y la haré tu esposa, sea la hija del Rey más poderoso de la tierra o la campesina más miserable.

—No, padre, no estoy enamorado.

¡Y a todo recurría el Rey para distraerlo! Teatros, bailes, música, canto; pero nada servía, y del rostro del Príncipe desaparecía día a día el color de rosa.

El Rey publicó un edicto y de todas las partes del mundo acudió la gente más instruida: filósofos, doctores y profesores. Les mostró al Príncipe y les pidió consejo. Todos se retiraron a meditar y después volvieron junto al Rey.

—Majestad, hemos pensado, hemos leído las estrellas, y he aquí lo que debéis hacer. Buscad un hombre que esté contento, pero contento de todo y por todo, y cambiad la camisa de vuestro hijo por la suya.

Ese mismo día, el Rey mandó embajadores por todo el mundo para que buscaran un hombre contento.

Le trajeron un cura.

—¿Estás contento? —le preguntó el Rey.

—¡Yo sí, Majestad!

—Bien. ¿Te gustaría ser mi obispo?

—¡Oh, claro que sí, Majestad!

—¡Entonces vete! ¡Fuera de aquí! Busco a un hombre feliz y contento de su estado, no uno que quiera estar mejor de lo que está.

Y el Rey se puso a esperar a otro. Había un Rey vecino, le contaron, que vivía de veras feliz y contento: tenía una mujer hermosa y buena, gran cantidad de hijos, había

derrotado a todos sus enemigos en la guerra, y su país estaba en paz. El Rey, lleno de esperanzas, mandó de inmediato a sus embajadores para que le pidieran la camisa.

El Rey recibió a los embajadores.

—Sí, sí —les dijo—, no me falta nada, pero es una lástima que, cuando se tienen tantas cosas, haya que morir y dejarlo todo. ¡Con este pensamiento, sufro tanto que de noche no duermo!

Y los embajadores juzgaron, con toda razón, que era mejor regresar.

Para desahogarse un poco, el Rey fue de cacería. Le disparó a una liebre y creía haberle acertado, pero la liebre huyó dando brincos. El Rey la persiguió y se alejó de su séquito. En medio del campo, oyó una voz de hombre que cantaba una *falulella*[9-Tr]. El Rey se detuvo. «¡Quién canta así», pensó, «tiene que estar contento!». Y siguiendo el sonido de la voz se metió en una viña, y entre las hileras vio a un joven que cantaba mientras podaba las vides.

—Buenos días, Majestad —dijo el joven—. ¿Tan temprano y ya en el campo?

—Bendito seas, ¿quieres que te lleve conmigo a la capital? Serás mi amigo.

—Ay, Majestad, no. Os lo agradezco, pero no me interesa. No me cambiaría ni por el Papa.

—Pero ¿por qué? Tú, un joven tan apuesto…

—Que no, os digo. Estoy contento como estoy y basta.

«¡Al fin un hombre feliz!», pensó el Rey.

—Escúchame, joven, debes hacerme un favor.

—Si puedo, de todo corazón, Majestad.

—Aguarda un momento.

Y el Rey, que no cabía en sí de la alegría, corrió a buscar a su séquito:

—¡Venid, venid! ¡Mi hijo está curado! ¡Mi hijo está curado!

Y los lleva junto al joven.

—Joven bendito —le dice—, ¡te daré lo que quieras! Pero dame, dame…

—¿Qué, Majestad?

—¡Mi hijo esta a punto de morir! Sólo tú puedes salvarlo. ¡Ven aquí, espera!

Y se aferra a él, empieza a desabotonarle la chaqueta. Súbitamente se detiene, se le aflojan los brazos.

El hombre contento no tenía camisa.

(Friul)

40
UNA NOCHE EN EL PARAÍSO

Había una vez dos amigos que se querían tanto que se habían hecho este juramento: quien se case primero deberá llamar al otro para que actúe como padrino de boda, aunque se encuentre en el fin del mundo.

Al poco tiempo, muere uno de los amigos. El otro, que debía casarse, no sabía qué hacer y le pidió consejo al confesor.

—Asunto difícil —dijo el párroco—. Tu palabra debes mantenerla. Invítalo aunque esté muerto. Ve a la tumba y dile lo que debas decirle. Que él decida si viene o no.

El joven fue a la tumba y dijo:

—Amigo, ha llegado el momento. Ven a hacerme de padrino de boda.

Se abrió la tierra y salió el amigo.

—Claro que voy. Debo cumplir mi promesa, porque si no, quién sabe cuánto tendría que estar en el Purgatorio.

Van a casa y después a la iglesia para los esponsales. Luego vino el banquete de bodas y el joven muerto empezó a contar historias de toda clase, pero de lo que había visto en el otro mundo no decía una palabra. El novio no veía la hora de hacerle preguntas, pero le faltaba valor. Al final del banquete, el muerto se levanta y dice:

—Amigo, ya que te hice el favor, podrías venir a acompañarme un poco.

—Claro, ¿por qué no? Pero, espérame un segundito, porque, ya sabes, es la primera noche con mi mujer…

—¡Pues claro, como quieras!

El novio le dio un beso a la novia.

—Salgo un momento y en seguida vuelvo.

Y salió con el muerto. Hablando de bueyes perdidos llegaron a la tumba. Se abrazaron. El vivo pensó: «¡Si no se lo pregunto ahora, no se lo pregunto nunca!». Se armó de valor y le dijo:

—Oye, quiero preguntarte una cosa, a ti que estás muerto: del otro lado, ¿qué tal

se está?

—Yo no puedo decir nada —repuso el muerto—. Si quieres saberlo acompáñame al Paraíso.

La tumba se abrió y el vivo siguió al muerto. Y se hallaron en el Paraíso. El muerto lo llevó a ver un hermoso palacio de cristal con puertas de oro, en cuyo interior los ángeles tocaban música para que bailaran los bienaventurados; San Pedro tocaba el contrabajo. El vivo estaba boquiabierto, y quién sabe cuánto se hubiese quedado allí de no haber tenido otras cosas que ver.

—¡Ahora ven por aquí! —le dijo el muerto, y lo llevó a un jardín donde los árboles, en lugar de hojas, tenían pájaros multicolores que cantaban.

—¡Adelante, qué haces ahí tan asombrado!

Y lo llevó a un prado donde bailaban los ángeles, dulces y alegres como enamorados.

—¡Ahora te llevo a ver una estrella!

Jamás se habría cansado de mirar las estrellas; los ríos eran de vino en vez de agua, y la tierra era de queso.

De pronto volvió en sí de su asombro:

—Oye, compadre, ya hará unas horas que estoy aquí. Tengo que volver con mi esposa, que debe estar preocupada.

—¿Ya te cansaste?

—¿Cansado? Sí, justo yo…

—¡Pero si todavía hay cosas por ver!

—Te creo, pero es mejor que me vaya.

—Bueno, como quieras.

Y el muerto lo acompañó hasta la tumba y después desapareció.

El vivo salió de la tumba, pero el cementerio estaba irreconocible. Estaba lleno de monumentos, estatuas, árboles altos. Salió del cementerio y, en vez de esas precarias chozas de piedra, vio grandes palacios, y tranvías, automóviles, aeroplanos.

«¿Dónde diablos estoy? ¿Me equivoqué de camino? ¿Pero cómo se viste esta gente?».

—Caballero —le pregunta a un viejecito—, ¿esta aldea es…?

—Sí, ése es el nombre de esta ciudad.

—Pues, no sé por qué, pero no me sitúo. ¿Puede decirme dónde queda la casa del que se casó ayer?

—¿Ayer? Mira, yo soy el sacristán, y puedo asegurarte que ayer no se casó nadie.

—¿Cómo? ¡Si yo me casé!

Y le contó que había acompañado a su compadre muerto al Paraíso.

—Estás soñando —dijo el viejo—. Esa es una vieja historia que cuentan: la del novio que siguió al compadre a la tumba y nunca volvió, y la novia murió de pena.

—¡Pero no, si el novio soy yo!

—Oye, lo único que puedes hacer es ir a hablar con nuestro Obispo.

—¿Obispo? Pero en esta aldea lo único que hay es un párroco.

—¿Qué párroco? Hace años que hay un Obispo.

Y lo llevó ante el Obispo.

El Obispo, cuando el joven le contó lo sucedido, se acordó de una historia escuchada en su niñez. Echó mano a los libros y comenzó a hojearlos: treinta años atrás, no; cincuenta años atrás, no; cien, no; doscientos, no. Y sigue volviendo páginas. Al fin, en un papel roto y apergaminado, encuentra los dos nombres.

—Fue hace trescientos años. El joven desapareció en el cementerio y su esposa murió de dolor. ¡Lee aquí, si no me crees!

—¡Pero si soy yo!

—¿Y estuviste en el otro mundo? ¡Cuéntame, cuéntame algo!

Pero el joven se puso amarillo como la muerte y se tambaleó. Murió así, sin poder contar nada de lo que había visto.

(Friul)

41
JESÚS Y SAN PEDRO EN EL FRIUL

I
De cómo San Pedro se fue con el Señor

Había una vez un hombre humilde que se llamaba Pedro y era pescador. Una noche volvió a su casa fatigado, sin haber capturado ni un pez, y su mujer no le había preparado la cena.

—Di vueltas todo el día pero no encontré nada —le dijo—, y dinero no tenemos.

—¿Y cómo hago para acostarme sin cenar? ¡Rápido, encuéntrame algo de comer!

—Aquí no hay nada, Pedro. Si quieres, vamos a ese campo donde hay unas lindas berzas, y nos las llevamos.

—¡Pero yo no quiero robar!

—Entonces ayunemos.

—¿Berzas, dices? ¿Y si nos descubren? Los dos juntos…

—Eso: para que no nos vean, vamos uno por un lado y otro por otro. Pedro se decidió y enfilaron hacia ese campo, él por un camino y su mujer por otro. En el camino, Pedro se encontró con un hombre rubio de ojos grises, que estaba sentado en un tronco. «¿Qué hará aquí este forastero?», se dijo Pedro, y le preguntó:

—¡Qué tal, buen hombre! ¿Qué hacemos por aquí…?

—He venido para enseñar a los hombres a no hacer el mal… —dijo el forastero.

«¡Oh, parece que me lo dijera justo a mí!», pensó Pedro.

—… y si han hecho algún mal, para hacerles hacer penitencia… —añadió el

forastero.

A Pedro esas palabras no le gustaron: reanudó la marcha y siguió su camino. Pero las palabras del forastero seguían zumbándole en la cabeza. Una vez en el campo, vio una sombra de mujer que se movía.

—¡La dueña, la dueña! ¡Escapemos!

Y Pedro huyó a la carrera, tropezando con arbustos, zanjas y setos. Corrió a casa, siempre pensando en esas palabras: «hacerles hacer penitencia», y en cuanto llegó asió la escoba por el mango y la emprendió a golpes con su mujer.

—¡Ah, querías que me hiciese ladrón! ¡Ah, perra! ¡Ah, canalla!

—¡Piedad, Pedro, perdóname! —gritaba la mujer—. No pude robar nada; vino el dueño y tuve que escapar.

—¡Y a mí me hizo escapar la dueña! ¡Perra! ¡Canalla! ¡Hacer de mí un ladrón! Pues no quiero estar más contigo, yo también quiero ir a hacer penitencia.

Y corrió por el camino hasta encontrarse con el forastero. Se lo contó todo.

—Sí, Pedro, hiciste bien en venir conmigo —dijo el forastero—. Ahora, has de saber que tú no viste a la dueña y que tu mujer no vio al dueño: fuisteis sólo vosotros dos que os asustasteis por casualidad y, como teníais la conciencia sucia, no os reconocisteis. Ven conmigo, serás mi primer amigo y mi brazo derecho: yo soy el Señor.

II
LAS ENTRAÑAS DE LIEBRE

Una vez el Señor y San Pedro pasaban por un campo, cuando una liebre saltó de un seto y tropezó con los pies del Señor.

—¡Rápido, Pedro! Abre la bolsa y métela dentro.

Pedro la puso en la bolsa y dijo:

—Hace tanto que no comemos, Señor: a ésta la hacemos asada.

—Bien, Pedro. Esta noche prepararemos una buena cena. Tú, que eres buen cocinero, cocinarás la liebre.

Llegaron a una aldea, vieron la insignia de una taberna y entraron en ella.

—Buenas noches, señor tabernero.

—Buenas noches, caballeros.

—Tráiganos media jarra de vino —dijo el Señor—. Y tú, Pedro, mientras tanto,

cocina la liebre.

San Pedro, que es muy experto, toma una cuchilla, la afila con el honcejo que trae consigo, pela la liebre, la descuartiza y la mete en una cazuela. Mientras cocinaba, se le hizo agua la boca. «¡Qué gorda es! ¡Y qué buen aroma! ¡Qué te parece! Voy a probar un poquito, a ver cómo está. ¡Está buena! Las entrañas ya están cocidas. ¿No podría comérmelas yo, con esta costra de pan? ¡Mira que si el Señor se da cuenta!». Dicho y hecho, saca las entrañas con el tenedor y se las come.

—Señor —dice luego—, la liebre está lista. ¿La sirvo?

—¿Ya está cocida? Tráela, tráela.

Pedro toma la cazuela con una mano y se limpia la grasa de los bigotes con la otra. Vuelve junto al Señor. Sirve media liebre en el plato del Señor y media en el suyo. Se ponen a comer. Pero el Señor empieza a buscar en el plato.

—Dime, Pedro, ¿dónde están las entrañas?

—Pues, Señor, no lo sé, ni me fijé. A lo mejor era una liebre sin entrañas… En mi plato tampoco están…

—Ah, pues será así —dice el Señor, sonriendo y volviendo a comer.

Pero Pedro no puede probar un bocado más.

—Vamos, Pedro, ¿por qué pones esas caras? ¿Acaso se te han atragantado las entrañas?

—¿A mí, Señor?

—Vamos, no te culpo a ti. Come, come.

—No puedo, Señor, es como si tuviera un nudo aquí. Voy a tomar un vaso de vino.

Por la noche, Pedro no podía cerrar los ojos. Acababa de dormirse, al alba, cuando el Señor lo despertó porque debían ponerse en camino para llegar a la ciudad antes del mediodía. Y Pedro se levantó, siempre pensando en esas entrañas y en el Señor, que acaso lo sabía todo.

En la ciudad sólo ven caras serias y cabizbajas, ningún aviso de bailes ni de fiestas como suele haber en las ciudades.

—¿Qué pasa aquí? —se preguntaba San Pedro.

—Pedro, pregúntale a alguno —le dice el Señor.

Pedro le pregunta a un soldado y éste le dice, en voz baja, que la hija del Rey está muy enferma, que los médicos la han desahuciado, y que el Rey prometió una bolsa de napoleones al que fuese capaz de curarla.

El Señor le dijo a Pedro:

—Escúchame, Pedro, quiero hacerte ganar esa bolsa de napoleones. Ve a palacio y di que eres un gran doctor. Cuando estés solo en los aposentos de la hija del Rey, toma tu honcejo y córtale la cabeza. Pon la cabeza en agua y sácala al cabo de una hora, vuelve a unirla al torso y la hija del Rey se curará.

Pedro va a ver al Rey y pide que lo dejen una hora a solas en los aposentos de la hija. En cuanto está solo, saca el honcejo y ¡zas!: la cabeza se separa, la cama se

inunda de sangre. Pedro mete la cabeza en un balde de agua y se sienta a esperar que pase una hora.

Pasa la hora y, ¡toc, toc!, llaman a la puerta.

—¡Esperad un momento! —dice Pedro.

Saca la cabeza, la une al torso, ¡pero nada! No se pega. Pedro empieza a tener miedo.

De afuera llaman. ¡Toc, toc!

—¡Abre, doctor! —dice el Rey.

«¿Qué hago?», piensa Pedro, «¿qué hago?».

¡Pum! Derriban la puerta. Entra el Rey y ve la sangre.

—¿Qué hiciste, canalla? ¡Asesinaste a mi hija! ¡Esta la pagas con la horca! ¡Guardias! ¡Sujetadlo y llevadlo a la horca!

—¡Majestad, perdón, misericordia!

—¡Fuera de aquí!

«¡Sólo el Señor puede salvarme!», piensa Pedro, arrastrado en las calles por los soldados; y en ese instante, en medio de la multitud, ve al Señor:

—¡Sálvame, sálvame, Señor!

—¿Adónde lleváis a este hombre? —pregunta el Señor a los soldados.

—A la horca.

—¿Qué hizo?

—¿Qué hizo, pregunta? ¡Mató a la hija del Rey!

—No es cierto, dejadlo. Mejor dicho, llevadlo ante el Rey para que reciba la bolsa de napoleones. La hija del Rey está vivita y coleando.

Los soldados regresan para ver si es cierto. Y cuando llegan ante el palacio real, ven a la Princesa en el balcón, muy alegre. El Rey sale al encuentro de Pedro y le da la bolsa de napoleones.

Pedro, pese a su edad, se siente tan fuerte en ese momento que alza la bolsa como una pluma, se la echa a la espalda y va a la esquina donde lo aguarda el Señor.

—¿Has visto, Pedro?

—Bueno, Señor. Después, ¡no digas que no sirvo para nada!

—Dame el dinero para que lo dividamos como de costumbre.

Pedro baja la bolsa y el Señor se pone a hacer montones.

—Cinco para mí, cinco para ti, cinco para el otro… —y así prosigue—. Cinco para mí, cinco para ti, cinco para el otro…

Pedro lo mira un poco sorprendido.

—Pero, Señor —dice al fin—, nosotros somos dos. ¿Por qué haces tres pilas?

—¡Pero Pedro! —y continúa—: ésta para mí, ésta para ti, ésta para el otro…

—¿Y quién es el otro?

—El que se comió el hígado…

—Señor, Señor —dice Pedro muy suelto de cuerpo—, si el que se lo comió fui yo.

—Ah, ¿has visto cómo te he echado el lazo? Has obrado mal, Pedro, y el susto que te di fue tu castigo. Te perdono, pero no lo hagas más.

Y Pedro hizo la promesa…

III
LA HOSPITALIDAD

Una noche Jesús y San Pedro, tras mucho caminar por los senderos de la montaña, llegaron a casa de una mujer y pidieron albergue para la noche. La mujer los examinó de pies a cabeza y les dijo:

—¡Yo no quiero saber nada de vagabundos!

—¡Por el amor de Dios, señora!

Pero la mujer les cerró la puerta en la cara.

Pedro, rencoroso como siempre, miró al Señor como diciéndole que él sabía cuál era el merecido de esa mujer. Pero el Señor, sin prestarle atención, siguió su camino y entró en otra casa más pobre, negra de hollín, donde había una mujercita que hilaba junto al fuego.

—Señora, ¿tendría la caridad de darnos alojamiento por esta noche? Hemos caminado tanto que las piernas no nos responden más.

—¡Pues claro! ¡Hágase la voluntad de Dios! Pasen en seguida, buena gente. ¿Y adónde quieren ir ahora, que está más oscuro que una boca de lobo? Haré lo que pueda. Vengan por aquí, mientras tanto, y siéntense junto al fuego. Supongo que además tendrán hambre.

—Bueno, la verdad es que más en lo cierto no podía estar —dijo Pedro.

La mujercita, que se llamaba Doña Catín, echó unas ramas al fuego y se puso a preparar una cena: caldo con unas judías tan, tan tiernas, que Pedro se las comió como si supiesen a gloria, y algunas manzanas que había colgadas de las vigas del cielo raso. Luego los llevó a dormir sobre el heno.

—¡Bendita mujer! —dijo Pedro estirándose con satisfacción.

A primera hora del día siguiente, cuando dejaron la casa de Doña Catín, dijo el Señor:

—Señora, lo que comience a hacer esta mañana, podrá hacerlo durante todo el día.

Y se fueron. La mujercita se puso a tejer, y tejió, tejió, tejió durante todo el día.

La lanzadera iba y venía en la urdimbre, y la casa se llenaba de tela, de tela, de tela, que salía por la puerta, por las ventanas, cubría las tejas. Al anochecer, vino la Comadre Giacoma a visitar a Doña Catín. La Comadre Giacoma era la que les había cerrado la puerta en la cara a Jesús y a San Pedro. Ve toda esa tela y no deja en paz a Doña Catín hasta que ésta se lo cuenta todo. Cuando supo que los dos forasteros que había echado le habían hecho ese regalo a su vecina, se mordió los dedos de rabia, y preguntó:

—¿Pero usted sabe si tenían intención de volver a pasar por aquí, esos forasteros?

—Creo que sí. Dijeron que iban sólo hasta el extremo del valle.

—Entonces, si vuelven mándemelos a casa, por favor, que a lo mejor me conceden una gracia a mí también.

—Cómo no, comadre.

Y al anochecer del día siguiente, cuando los dos peregrinos volvieron a presentarse en su casa, Doña Catín les dijo:

—A decir verdad, esta noche se me hace algo complicado darles alojamiento, pero si van a casa de mi comadre Giacoma, que es esa que se ve por allí, seguro que hará lo imposible para darles la bienvenida.

Pedro, que tenía buena memoria, torció un poco la nariz y quiso decir todo lo que pensaba de la Comadre Giacoma; pero el Señor le hizo señas para que se callara, y fueron a esa casa. La mujer les salió al encuentro con toda cordialidad:

—¡Oh, buenas noches! ¿Tuvieron un buen viaje los señores? Entren, entren: somos gente pobre, pero de buen corazón. ¿Quieren calentarse un poco al lado del fuego? En seguida preparo la cena…

Así, en medio de tanta cordialidad, el Señor y San Pedro comieron y durmieron en casa de la Comadre Giacoma y, por la mañana, fueron a despedirse de esa mujer que no cesaba de hacer saludos y reverencias.

—Señora —dijo el Señor—, lo que comience a hacer esta mañana, podrá hacerlo durante todo el día.

Y se fueron.

«¡Ahora verás!», pensó la comadre arremangándose, «quiero tejer el doble de lo que tejió Doña Catín».

Pero antes de ir al telar, para no tener que interrumpirse después, se fue tranquilamente al muladar para hacer sus necesidades. Va, empieza, pero ocurre que lo que pensaba hacer con tranquilidad no lo termina de hacer nunca.

«¡Caramba! ¿Pero qué me pasa? ¿Cómo puede ser que nunca termine? ¿Qué me habrá sentado mal? ¡Al diablo! Pero… no será que…».

A la media hora trató de irse de allí para volver al telar. ¡Pero tuvo que volver corriendo al muladar! Y así se pasó todo el día ¡Vaya tela! Fue un milagro que el Tagliamento no se saliera de madre.

IV
EL GRANO SARRACENO

Al caer el sol, tres viajeros acalorados, sudorosos y polvorientos entraron en una aldea. En los patios terminaban de moler el grano y aún volaba el cascabillo por el aire.

—¡Ah de la casa! —dijeron los tres a una mujer que aventaba el grano.

Esta mujer, que era viuda, los invitó a entrar y les dio comida y un sitio para dormir en el granero, a condición de que al otro día la ayudaran a moler. Los viajeros, que eran el Señor, San Juan y San Pedro, fueron a dormir al granero. Al despuntar el día, Pedro oyó cantar el gallo y dijo:

—Vamos, es hora de levantarse, porque hemos comido y es justo que trabajemos.

—Duérmete y calla —respondió el Señor, y San Pedro se volvió de lado.

Acababan de volver a dormirse, cuando apareció la viuda con un palo en la mano.

—¡Pero bueno! ¿Os creéis que vais a remolonear en el granero hasta el día del juicio, panda de vagos? ¿Después de comer y beber a costa mía?

Descargó un palazo en la espalda de Pedro y se fue, muy furiosa.

—¿Habéis visto cómo yo tenía razón? —dijo Pedro, pasándose la mano por la espalda—. Vamos, vamos a trabajar, si no este diablo de mujer nos adorna para las fiestas.

—Duérmete y calla —le dijo de nuevo el Señor.

—¡Muy bien dicho, sí, pero si vuelve la toma conmigo!

—Si tanto miedo te causa una mujer —dijo el Señor—, ven a este lado, y deja que Juan ocupe tu lugar.

Se cambiaron de lugar y luego volvieron a dormirse.

La viuda regresó muy airada, con el palo en la mano.

—¿Pero cómo? ¿Todavía seguís durmiendo?

Y, para no cometer injusticias, esta vez decidió golpear al de en medio: ¡que de nuevo era Pedro!

—¡Siempre a mí! —gemía Pedro.

El Señor, para tranquilizarlo, le cambió el lugar.

—Así estás más seguro. Duérmete y calla.

La viuda regresó.

—¡Ahora te toca a ti!

Y le dio otro golpe a Pedro, que esta vez se marchó del granero.

—Que el Señor diga lo que quiera, pero yo aquí no me quedo más.

Y corrió al patio, cogió la trilla y se fue a trabajar lo más lejos que pudo de esa mujer endemoniada.

Poco después vinieron el Señor y San Juan, tomaron las trillas, pero el Señor dijo:

—Ahora tráeme un tizón.

Y, tras indicarles a los demás que se estuvieran quietos, prendió fuego en los cuatro ángulos de la era. En un instante creció una gran llamarada que envolvió las gavillas. Cuando se apagó sólo parecían quedar cenizas, pero en realidad estaba todo el heno a la derecha, toda la paja a la izquierda, el cascabillo en el aire y el grano en el medio, bien separado de las espigas, hermoso y limpio como si lo hubiesen aventado y cernido. El trabajo estaba hecho sin un golpe de trilla siquiera.

Ni siquiera esperaron a que les dieran las gracias: salen del patio y se van. Pero la viuda, en lugar de arrepentirse de su prepotencia y de estar satisfecha con ese trillado sin fatiga, hace despejar la era, hace medir y trasladar el trigo y hace llevar a la era otra carga de gavillas. En cuanto los hombres desataron las gavillas, también la viuda cogió un tizón y prendió fuego. Pero esta vez las llamas ardieron en serio, y el grano se quemaba con estrépito, como una fritura en la sartén.

La viuda, con las manos en la cabeza, corrió hasta alcanzar a los tres viajeros. Apenas los vio, se echó de rodillas y les contó su desgracia. El Señor, al ver que se había arrepentido de veras, le dijo a Pedro:

—Ve, rescata lo que puedas, y enséñale que se debe devolver bien por mal.

San Pedro llegó al lugar de la trilla e hizo la señal de la cruz: las llamas se apagaron y el grano medio chamuscado formó una sustancia grumosa. Negro como estaba, deformado y reventado, ya no parecía trigo; pero, gracias a la bendición de San Pedro, aún estaba lleno de harina, y esos granitos oscuros, pequeños, puntiagudos, fueron el primer grano sarraceno que se vio sobre la tierra.

42
EL ANILLO MÁGICO

Un joven humilde le dijo a su madre:

—Madre, me voy a recorrer el mundo; aquí nadie me da más importancia que a una castaña seca, y jamás voy a llegar a nada. Quiero irme a hacer fortuna y también para ti, madre, vendrán días más felices.

Y con estas palabras, se fue. Llegó a una ciudad y, mientras paseaba por las calles, vio a una viejecita que subía por una calle en pendiente y vacilaba bajo el peso de dos enormes baldes de agua que llevaba al hombro colgados de un palo. Se acercó y le dijo:

—Deje que yo le lleve el agua, que usted no puede aguantar tanto peso. Tomó los baldes, la acompañó hasta su casa, subió las escaleras y llevó los baldes a la cocina. Era una cocina llena de gatos y de perros que recibieron a la viejecita agasajándola con brincos y con fiestas.

—¿Qué puedo darte en recompensa? —dijo la viejecita.

—No es nada —dijo él—. Se lo hice como favor.

—Espera —dijo la viejecita.

Salió y volvió con un anillo. Era un anillito de cuatro centavos; se lo puso en el dedo y le dijo:

—Debes saber que éste es un anillo precioso; cada vez que lo hagas girar y ordenes lo que quieras, lo que quieras sucederá. Pero ten cuidado de no perderlo, porque sería tu ruina. Y para estar más segura de que no lo perderás, te doy también uno de mis perros y uno de mis gatos, para que te sigan por todas partes. Son animales fieles y pueden serte útiles en cualquier momento.

El joven le dio las gracias y se fue, pero no le dio mayor importancia a todo lo que le había dicho la vieja, porque no creía ni una palabra. «Cosas de vieja», se dijo, y ni siquiera se preocupó de hacer girar el anillo aunque sólo fuera para probar. Salió de la ciudad, seguido por el gato y el perro; a él le gustaban mucho los animales y estaba contento de tenerlos consigo: jugaba con ellos y los hacía correr y saltar. Se

hizo de noche y tuvo que buscar refugio bajo un árbol; el perro y el gato se recostaron a su lado. Pero no podía dormir porque tenía mucha hambre.

Entonces se acordó del anillo que llevaba en el dedo. «Con probar no pierdo nada», pensó; hizo girar el anillo y dijo:

—¡Ordeno algo para comer y algo para beber!

No había terminado de decirlo cuando se halló ante una mesa servida con toda clase de comidas y bebidas, con tres sillas alrededor. Se sentó y se anudó una servilleta al cuello; en las otras sillas hizo sentar al perro y al gato, Ies anudó una servilleta en el cuello, y todos se pusieron a comer con mucha satisfacción. Ahora sí que creía en el anillito.

Cuando terminó de comer se tendió en el suelo y empezó a pensar en todas las cosas maravillosas que ahora podía hacer. Lo que más le molestaba era la elección: ya deseaba montones de oro y de plata; ya carrozas y caballos, ya tierras y castillos, y así pasaba de un deseo al otro.

«¡Así me voy a volver loco!», se dijo al fin, cuando se hartó de fantasear. «Muchas veces oí decir que la gente pierde la cabeza cuando se hace con una fortuna, pero lo que es yo, la cabeza quiero conservarla. Así que basta por hoy: mañana pensaré».

Se tendió sobre el costado y se durmió profundamente. El perro se recostó a sus pies, el gato junto a su cabeza, y ambos velaron por él.

Cuando se despertó, el sol ya brillaba sobre las verdes copas de los árboles, soplaba un poco de viento, los pajaritos cantaban, y a él se le había pasado todo el cansancio. Pensó en ordenarle un caballo al anillo, pero el bosque estaba tan hermoso que prefirió ir a pie; pensó en ordenar el desayuno, pero había unas fresas tan buenas entre los arbustos que se contentó con ellas; pensó en ordenar algo de beber, pero había un arroyo tan límpido que prefirió beber en el cuenco de su mano. Y así, atravesando prados y campos, llegó hasta un gran palacio; una hermosa muchacha estaba asomada a la ventana, y al ver a ese joven que venía tan contento, con las manos en los bolsillos y seguido por un perro y un gato, le sonrió. Él alzó la mirada y, si bien había conservado el anillo, no tardó en perder el corazón. «Ahora sí que es momento de usar el anillo», se dijo. Lo hizo girar y exclamó:

—Ordeno que frente a ese palacio surja otro palacio aún más hermoso, con todo lo necesario.

Y en un abrir y cerrar de ojos, se irguió un palacio más grande y más hermoso que el otro, y él estaba en su interior como si siempre hubiese vivido allí, y el perro estaba en su cesta y el gato se lamía las patas junto al fuego. El joven fue a la ventana, la abrió y se encontró justo frente a la ventana de la bella muchacha. Se sonrieron, suspiraron, y el joven comprendió que había llegado el momento de ir a pedir su mano. Ella estaba muy contenta y asimismo sus padres. A los pocos días se concertaron las bodas.

La primera noche que pasaron juntos, después de los besos, abrazos y las caricias,

ella imprevistamente le preguntó:

—Pero, dime, ¿cómo es posible que tu palacio surgiera de pronto, como si fuese un hongo?

Él no sabía si decírselo o no; luego pensó: «Es mi mujer, y no viene al caso tener secretos con la mujer de uno». Y le contó la historia del anillo. Luego, muy contentos, se durmieron los dos.

Pero mientras él dormía, la esposa le quitó el anillo con mucho sigilo. Luego se levantó, llamó a toda la servidumbre, y:

—¡Rápido, dejad este palacio y regresemos a casa de mis padres!

Cuando volvió a casa, hizo girar el anillo y dijo:

—¡Ordeno que el palacio de mi esposo sea puesto en la cima más alta y escarpada de aquella montaña!

El palacio desapareció como si nunca hubiese existido. Ella miró la montaña: allá estaba, haciendo equilibrios sobre la remota cima.

El joven se despertó por la mañana, no encontró a su mujer junto a él, fue a abrir la ventana y vio el abismo. Miró mejor y vio profundos barrancos, muy, muy abajo, y nevadas montañas alrededor. Quiso tocar el anillo, y no lo encontró: llamó a la servidumbre, pero no respondió nadie. Vinieron en cambio el perro y el gato, que se habían quedado allí, porque a su mujer le había hablado del anillo, pero no de los dos animales. Al principio no entendía nada, pero poco a poco fue comprendiendo que su mujer era una traidora infame y se dio cuenta de lo sucedido; pero esto no era ningún consuelo. Fue a ver si podía bajar de la montaña, pero las puertas y las ventanas daban todas a abruptos despeñaderos. Los víveres del palacio sólo durarían unos días, y pensó en la horrible posibilidad de morirse de hambre.

Cuando el gato y el perro vieron que su amo estaba tan triste, se acercaron a él.

—No desesperes aún, amo —le dijo el perro—: el gato y yo podremos encontrar algún modo de bajar entre las rocas, y una vez abajo recuperaremos el anillo.

—Queridos animalitos —dijo el joven—, vosotros sois mi única esperanza, pues de lo contrario prefiero tirarme al precipicio antes que morirme de hambre.

El perro y el gato descendieron por la ladera, saltando sobre rocas y peñascos, y al fin llegaron al pie de la montaña. En la llanura había que atravesar un río; entonces el perro puso al gato sobre su lomo y nadó hasta la otra orilla. Cuando llegaron al palacio de la esposa traidora, ya era de noche; todos dormían profundamente. Entraron sigilosamente por la gatera del portón; y el gato le dijo al perro:

—Ahora quédate de guardia; yo voy a ver qué puede hacerse.

Subió las escaleras con pasos furtivos y al fin llegó ante el cuarto donde dormía la traidora, pero la puerta estaba cerrada y él no podía entrar. Mientras reflexionaba sobre lo que podría hacerse, pasó un ratón. El gato lo cazó. Era un ratón de gran tamaño, que comenzó a suplicarle que le perdonara la vida.

—De acuerdo —dijo el gato—, pero tú debes roer esta puerta para que yo pueda entrar.

El ratón empezó a roer; roe que te roe se gastó los dientes, pero el agujero era tan pequeño que no sólo no pasaba el gato, sino tampoco él, que era ratón.

—¿Tienes pequeños? —preguntó entonces el gato.

—Claro que sí. Tengo siete u ocho, uno más listo que otro.

—Ve y tráete uno de inmediato —dijo el gato—. Si no vuelves, te voy a buscar y te como.

El ratón corrió y pronto volvió con un ratoncito.

—Escucha, pequeño —dijo el gato—. Si eres un poco despierto le salvarás la vida a tu padre. Entra en el cuarto de esta mujer, súbete al lecho y quítale el anillo que tiene en el dedo.

El ratoncito se apresuró a entrar, pero no tardó en regresar muy mortificado.

—No tiene ningún anillo en el dedo —dijo.

El gato no se desanimó.

—Entonces lo tendrá en la boca —dijo—. Entra de nuevo. Pásale la cola por la nariz, ella estornudará y al estornudar abrirá la boca y el anillo se caerá. Tú cógelo y tráelo en seguida.

Todo sucedió tal como había dicho el gato; poco después llegó el ratoncito con el anillo. El gato cogió el anillo y bajó con grandes saltos.

—¿Tienes el anillo? —preguntó el perro.

—Claro que sí —dijo el gato.

Salieron a través del portón y se alejaron; pero el perro en el fondo estaba celoso porque había sido el gato el que había recobrado el anillo.

Llegaron al río. El perro dijo:

—Si me das el anillo, te llevo a la otra orilla.

Pero el gato no quería y se empezaron a pelear. Mientras se peleaban, el gato dejó escapar el anillo. El anillo se cayó al agua; en el agua se lo tragó un pez. El perro se apresuró a atrapar el pez entre los dientes y así se apoderó del anillo. Llevó el gato a la otra orilla, pero no hicieron las paces, y cuando llegaron junto a su amo aún seguían peleándose.

—¿Tenéis el anillo? —preguntó el joven con ansiedad.

El perro escupió el pez, el pez escupió el anillo, pero el gato dijo:

—No es cierto que lo haya traído él: fui yo el que conseguí el anillo y después el perro me lo robó.

—Pero si yo no hubiese atrapado el pez —dijo el perro—, se habría perdido el anillo.

Entonces el joven los acarició a los dos y les dijo:

—No os peleéis, si yo os quiero a los dos por igual.

Y durante media hora estuvo acariciando al perro con una mano y al gato con la otra, hasta que los dos animales volvieron a hacerse amigos como antes.

Entró con ellos en el palacio, hizo girar el anillo y dijo:

—Ordeno que mi palacio esté donde está el de mi esposa traidora, y que mi

esposa traidora venga aquí donde estoy yo con todo su palacio. Y los dos palacios volaron por los aires y se cambiaron de lugar: el del joven quedó en pleno centro de la llanura, y el de ella en el pico de esa aguzada cima, mientras la esposa en su interior chillaba como un águila.

El joven hizo venir a su madre y le dio la vejez feliz que le había prometido. El perro y el gato se quedaron con él, siempre con alguna riña de por medio, pero en paz por lo general. ¿Y el anillo? Bueno, al anillo acudió de vez en cuando, pero no demasiado, porque pensaba, y con razón: «No es bueno que el hombre obtenga con mucha facilidad todo lo que desea».

Cuando escalaron la montaña, encontraron a su mujer muerta de hambre, seca como un clavo. Fue un fin cruel, pero no se merecía otro mejor.

(Trentino)

43
EL BRAZO DEL MUERTO

En una aldea existía la costumbre de que, al morir un hermano, la hermana debía velarlo durante tres noches junto a la tumba del cementerio, y cuando moría una hermana, debía velarla el hermano. Murió una muchacha, y su hermano, que era un muchacho grande y robusto y no le tenía miedo a nada, fue a velarla al cementerio.

Cuando dieron las doce, salieron tres muertos de las tumbas y le preguntaron:

—¿Quieres jugar con nosotros?

—¿Y por qué no? —respondió él—. ¿Dónde queréis jugar?

—Nosotros jugamos en la iglesia —le dijeron.

Entraron en la iglesia y lo condujeron al interior de una cripta subterránea llena de ataúdes medio podridos, y de pilas de huesos humanos desparramados por todas partes. Se llevaron unos huesos y un cráneo y subieron nuevamente a la iglesia.

Pusieron los huesos en el suelo.

—Estos son nuestros bolos.

Cocieron el cráneo.

—Esta es nuestra pelota.

Y comenzaron a jugar a los bolos.

—¿Quieres apostar dinero?

—¡Claro que sí!

El jovencito se puso a jugar a los bolos con la calavera y los huesos, y demostró mucha habilidad: siempre ganaba él y se hizo con todo el dinero que tenían los muertos. Cuando éstos se quedaron sin un centavo, devolvieron la pelota y los bolos a la cripta y regresaron a sus tumbas.

La segunda noche los muertos quisieron el desquite, y apostaron sus anillos y dientes de oro: volvió a ganarles el joven. Hicieron otra partida la tercera noche, y luego le dijeron:

—Volviste a ganar y ya no tenemos nada para darte. Pero, como las deudas de juego deben pagarse en el acto, te damos este brazo de muerto, que está algo seco

pero bien conservado y que te será más útil que una espada. A cualquier enemigo que toques con el brazo, el brazo se aferrará a él por el pecho y lo dejará muerto y tendido, aunque se trate de un gigante.

Los muertos se fueron y dejaron al jovencito con ese brazo en la mano.

Al día siguiente le llevó a su padre el dinero y el oro ganados con los bolos y le dijo:

—Querido padre, quiero irme por el mundo en busca de fortuna.

El padre le dio su bendición y el jovencito se fue con el brazo de muerto oculto bajo el abrigo.

Llegó a una gran ciudad cuyos muros estaban tapizados con paños negros y cuyos pobladores vestían de luto; también los caballos y las carrozas estaban de luto.

—¿Ha sucedido algo aquí? —le preguntó a uno que pasaba.

Y éste, sollozando, le respondió:

—Debes saber que cerca de esa montaña hay un castillo negro habitado por brujos. Y estos brujos exigen que todos los días se les mande una criatura humana, que entra en el castillo y jamás retorna. Primero quisieron a las muchachas, y el Rey tuvo que enviarles todas las camareras, amas de llaves, panaderas y tejedoras, luego todas las damiselas de la Corte, y todas las damas, y hace pocos días a su única hija. Y ninguna de ellas ha vuelto. Ahora el Rey envía a sus soldados, de tres en tres a ver si pueden defenderse, pero ninguno regresa. Oh, si alguien lograra liberarnos de los brujos sería el amo de la ciudad.

—Quiero intentarlo —dijo el joven.

Y en seguida se hizo presentar al Rey.

—Majestad, quiero ir yo solo al castillo.

El Rey lo miró a los ojos.

—Si tienes éxito —le dijo— y liberas a mi hija, te la daré por mujer y heredarás mi reino. Basta que logres pasar tres noches en el castillo para que se quiebre el sortilegio y desaparezcan los brujos. En las almenas del castillo hay un cañón. Si mañana por la mañana aún estás vivo, dispara un cañonazo, pasado mañana por la mañana dispara dos, y la tercera mañana dispara tres.

Al caer la tarde, el joven se dirigió al castillo negro con el brazo de muerto debajo del abrigo. Subió por las escaleras y entró en una sala. Había una gran mesa servida y poblada de manjares, pero las sillas tenían el respaldo apoyado contra la mesa. Dejó todo como estaba, fue a la cocina, encendió el fuego y se sentó junto a la hornilla, siempre con el brazo de muerto en la mano. A medianoche escuchó voces que gritaban en la chimenea:

¡Hemos matado a tantos,
Y ahora te toca a ti!
¡Hemos matado a tantos,
Y ahora te toca a ti!

Y ¡zas!, de la chimenea cayó un brujo, y ¡zas!, cayó otro más, y ¡zas!, cayó un tercero, todos ellos con unas caras tan feas que daban espanto y con narices tan largas que se extendían en el aire como tentáculos y trataban de enroscarse en las manos y piernas del joven. Este comprendió que ante todo debía cuidarse de esas narices, y se defendió con el brazo de muerto como si estuviese practicando esgrima. Tocó a un brujo en el pecho con el brazo de muerto, y nada. A otro lo tocó en la cabeza, y nada. Al tercero lo tocó en la nariz y la mano de muerto se aferró a esa nariz y la estiró de tal modo que el brujo cayó muerto. El joven comprendió que, si bien la nariz de los brujos era peligrosa, era también su punto débil y se esforzó por acertarles en la nariz. El brazo de muerto también se aferró a la nariz del segundo y lo mató; y lo mismo hizo con el tercero. El joven se restregó las manos y se fue a dormir.

Por la mañana subió a las almenas y disparó el cañón: ¡bum! A lo lejos, desde la ciudad donde todos esperaban ansiosos, se agitaron numerosos pañuelos con un listón negro.

Cuando volvió a entrar en la sala, por la noche, observó que parte de las sillas había sido colocada en la posición correcta. Y por las otras puertas entraron damas y damiselas tristes y vestidas de luto, y le dijeron:

—¡Resistid, por caridad, resistid! ¡Liberadnos!

Luego se sentaron a la mesa y comieron. Después de la cena se fueron todas, con grandes reverencias. El joven se fue a la cocina, se sentó debajo de la chimenea y esperó la medianoche. Cuando dieron las doce, volvieron a escucharse las voces:

¡Nos mataste tres hermanos,
Y ahora te toca a ti!
¡Nos mataste tres hermanos,
Y ahora te toca a ti!

Y ¡zas, zas, zas!, tres brujos de larga nariz cayeron de la chimenea. El jovencito blandió el brazo de muerto y pudo, sin mayor esfuerzo, agarrarles la nariz y matarlos a los tres.

Por la mañana disparó dos cañonazos: ¡bum, bum!, y en la ciudad se agitaron numerosos pañuelos blancos: se habían quitado el listón de luto.

La tercera noche observó que había aún más sillas de la sala que estaban en la posición adecuada, y las jóvenes enlutadas que entraron fueron todavía más numerosas que la noche anterior.

—Sólo os queda esta noche —le imploraron—, y nos liberaréis a todas.

Luego comieron con él y volvieron a irse. Y él ocupó su sitio de costumbre en la cocina. A medianoche las voces que gritaban en la chimenea parecían un coro:

¡Nos mataste seis hermanos,
Y ahora te toca a ti!
¡Nos mataste seis hermanos,
Y ahora te toca a ti!

Y ¡zas, zas, zas, zas!: cayó una interminable lluvia de brujos, con sus largas narices tendidas, pero el joven repartía mandobles con su brazo de muerto y mataba a cuantos se le acercaban y sin esfuerzo, porque era suficiente que esa manaza reseca les pellizcara la nariz para que fueran cadáver. Se fue a dormir con suma satisfacción, y, en cuanto cantó el gallo, la vida renació en el castillo, y un cortejo de señoras y damas de calidad, con vestidos de cola, entró a la cocina para despertarlo y manifestarle su gratitud. En el centro del cortejo se hallaba la Princesa. Cuando llegó ante el joven, le echó los brazos al cuello y le dijo:

—¡Quiero que seas mi esposo!

Los soldados liberados entraron en grupos de tres y le presentaron armas.

—Subid a las almenas del castillo —ordenó el joven—, y disparad tres cañonazos.

Tronó el cañón y en la ciudad se agitaron innúmeros pañuelos amarillos, verdes, rojos y azules, y resonó el eco de bombos y trompetas.

El joven descendió de la montaña con su cortejo de gente liberada y entró en la ciudad: los paños negros habían desaparecido y sólo se veían banderas y cintas de color que flameaban al viento. El Rey los aguardaba con la corona guarnecida de flores. El mismo día se celebraron las bodas, y se hizo una fiesta tan grande que aún hoy hay gente que la comenta.

(Trentino)

44
LA CIENCIA DE LA PEREZA

Había una vez un viejo turco que tenía un solo hijo y lo quería más que a la luz de sus ojos. Se sabe que, para los turcos, Dios no nos ha impuesto castigo más brutal que el trabajo; por esa razón, cuando su hijo cumplió catorce años, el turco lo mandó a la escuela para que aprendiera el mejor sistema para ejercitarse en la pereza.

En esa misma comarca vivía un profesor, por todos conocido y respetado porque en su vida sólo había escogido la senda del menor esfuerzo. El viejo turco fue a visitarlo y lo encontró en el jardín, tendido a la sombra de una higuera, con un cojín debajo de la cabeza, otro debajo de la espalda, y otro debajo del trasero. El viejo turco se dijo: «Más vale que, antes de hablarle, lo observe un poco, a ver cómo se porta». Y se ocultó detrás de un seto para espiarlo.

El profesor estaba quieto como un muerto, con los ojos cerrados, y sólo cuando escuchaba el ¡chas!, que anunciaba la caída de un higo maduro a poca distancia de su mano, estiraba lánguidamente el brazo para cogerlo, llevárselo a la boca y tragárselo. Luego, tieso como un tronco, esperaba a que cayera otro.

«Este es, sin duda, el profesor que necesita mi hijo», se dijo el turco. Salió de su escondite, lo saludó y le preguntó si estaba dispuesto a enseñarle a su hijo la ciencia de la pereza.

—Hombre —le dijo el profesor con un hilo de voz—, no hables tanto que me canso de escucharte. Si quieres educar a tu hijo para que se transforme en un auténtico turco, mándamelo y basta.

El viejo turco volvió a casa, tomó a su hijo de la mano, le puso un cojín de plumas debajo del brazo y se lo llevó al jardín.

—Te recomiendo —le dijo— que imites al profesor en todo lo que no hace.

El muchacho, que sentía especial inclinación por esa ciencia, también se tendió debajo de la higuera y vio que el profesor, cada vez que caía un higo, estiraba un brazo para recogerlo y engullirlo. «¿Por qué esa fatiga de estirar el brazo?», pensó, y se mantuvo recostado con la boca abierta. Le cayó un higo en la boca y él,

lentamente, lo mandó al fondo.

Luego volvió a abrir la boca. Cayó otro higo, esta vez un poco más lejos; el discípulo no se movió, sino que dijo, muy despacito:

—¿Por qué tan lejos? ¡Higo, cáeme en la boca!

El profesor, al advertir la sapiencia de su discípulo, le dijo:

—Vuelve a casa, que aquí no tienes nada que aprender. Soy yo, más bien, quien debe aprender de ti.

Y el hijo volvió con el padre, que dio gracias al cielo por haberle dado un vástago tan ingenioso.

(Trieste)

45
BELLA FRONTE

Había una vez un joven que, al terminar la escuela, escuchó estas palabras de su padre:

—Hijo, ahora que has concluido tus estudios, estás en la edad justa para ponerte a viajar. Te daré un barco para que te inicies en las cargas y descargas, en las ventas y las compras. ¡Cuidado con lo que haces, porque quiero que de inmediato aprendas a obtener ganancias!

Le dio siete mil escudos para comprar mercancías, y el hijo salió de viaje. Ya hacía tiempo que viajaba sin haber hecho ninguna compra, cuando llegó a un puerto y vio un féretro a orillas del mar; todos los que pasaban dejaban alguna limosna.

—¿Por qué tienen aquí a este muerto? —preguntó—. A los muertos hay que sepultarlos.

—Este se murió lleno de deudas —le respondieron—, y ésa es nuestra costumbre: hasta que uno no paga todas sus deudas no lo sepultan. Y hasta que a éste no le paguen las deudas con limosnas, no lo haremos sepultar.

—Entonces haced pregonar que acudan a mí todos sus acreedores, que yo les pagaré. Y sepultadlo en el acto.

Se hizo el pregón, y el joven pagó todas las deudas y se quedó sin un centavo. Volvió a casa.

—¿Qué novedades tienes? —le preguntó el padre—. ¿Por qué has vuelto tan pronto?

—Anduve navegando —dijo él—, me topé con los corsarios y me despojaron de todo el capital.

—No importa, hijo. ¡Da gracias de que te perdonaron la vida! Te daré algo más, pero no vayas más por esos pagos.

Y le dio otros siete mil escudos.

—Sí, maese padre, estad seguro de que tomaré otro derrotero.

Y partió una vez más. En medio del mar, vio un navío turco. El joven se dijo:

«Con éstos es mejor llevarse bien: conviene visitarlos e invitarlos a hacer lo mismo». Subió a bordo del navío, y preguntó:

—¿De dónde venís?

—¡Venimos de Levante! —le respondieron.

—¿Y qué carga traéis?

—Nada. ¡Sólo una bella joven!

—¿Y adónde la lleváis?

—Adonde quieran comprarla, porque la vendemos. Es la hija de nuestro Sultán, y nosotros la raptamos por lo bella que es.

—Dejádmela ver.

Y después de verla, preguntó:

—¿Cuánto pedís por ella?

—¡Siete mil escudos!

Así fue como el joven les dio a esos corsarios todo el dinero que le había dado su padre, y se llevó a la joven a su nave. La hizo bautizar y se casó con ella; y volvió a casa de su padre.

—Hijo mío, que seas bienvenido.
¿Cuál es tu mercancía preciosa?
—Padre, una joya he conseguido
Que hará que tu frente esté orgullosa.
No me costó ni un puerto ni un castillo,
Pero jamás viste dama tan hermosa.
La hija del Sultán que está en Turquía:
¡Esa es mi primera mercancía!

—¡Ah, pedazo de cretino! ¿Ese es el cargamento que trajiste?

Y el padre los insultó a los dos y los echó de la casa.

Los infelices no sabían cómo arreglárselas para comer.

—¿Qué hacemos? —se preguntaba él—. ¡Yo no tengo arte ni parte!

—Escúchame —le dijo ella—, yo sé hacer hermosos cuadros. Yo los hago y tú los vendes. Pero acuérdate de que a nadie debes decirle que los hago yo.

Mientras tanto, el Sultán de Turquía había enviado innúmeros buques en busca de su hija. Y uno de estos buques por casualidad atracó en la ciudad donde se hallaban los dos esposos. Muchos hombres bajaron a tierra, y el joven, al ver tanta gente, le dijo a la mujer:

—Haz muchos cuadros que hoy podremos venderlos.

Ella los hizo y le aconsejó:

—Llévalos, pero no los vendas por menos de veinte escudos la pieza.

Él los llevó a la plaza. Vinieron los turcos, dieron una ojeada a los cuadros y murmuraron entre sí:

—¡Pero éstos son obra de la hija del Sultán! ¡Sólo ella sabía hacerlos de este modo!

Se acercan y le preguntan a cuánto los vende.

—Los vendo caros —dijo él—. No los dejo a menos de veinte escudos.

—Bien, los compramos. Pero queremos más.

—Vengan a casa de mi mujer —dijo él—. Quien los hace es ella.

Los turcos fueron y vieron a la hija del Sultán. La prendieron, la ataron y se la llevaron a Turquía.

El esposo se quedó desesperado, sin mujer, sin trabajo y sin dinero. Todos los días iba a ver a los navegantes por si había algún barco que quisiera llevarlo a bordo, pero nunca encontraba nada. Un día, se encuentra con un viejo pescando en una barca. Y le dice:

—¡Buen hombre, usted sí que está mejor que yo!

—¿Por qué, hijo mío? —preguntó el viejo.

—¡Buen hombre, cómo me gustaría pescar con usted!

—¡Si quieres venir conmigo, sube a bordo!

Tú con la caña, yo con la barquita,
Puede que pesquemos alguna sardinita.

Y el joven subió. Hicieron un pacto: en la vida lo dividirían todo, lo malo y lo bueno; y, para comenzar, el viejo compartió su cena con él.

Después de comer, se echaron a dormir; entre tanto, se levantó una súbita tempestad. El viento se adueñó de la embarcación, la arrastró el oleaje y acabó por arrojarla a la costa de Turquía.

Los turcos, al ver llegar la barca, la capturaron, tomaron a los pescadores como esclavos y los llevaron ante el Sultán. El Sultán los mandó al jardín: el viejo a trabajar como hortelano, el joven a cortar flores. En el jardín del Sultán, los dos esclavos lo pasaban muy bien, y se habían hecho amigos de los otros jardineros; el viejo fabricaba guitarras, violines, flautas, clarinetes, flautines; y el joven tocaba todos los instrumentos y cantaba canciones.

La hija del Sultán, en castigo, se encontraba encerrada en una torre muy, muy alta, con sus damiselas. Cuando escuchó que cantaban y tocaban tan bien, pensó en su lejano esposo.

—Sólo Bella Fronte —porque ella lo llamaba Bella Fronte— sabía tocar todos los instrumentos, pero el instrumento más dulce de todos era su voz. ¿Quién toca y canta en el jardín?

Y mirando a través de las persianas (porque no podía abrirlas), reconoció a su esposo en el joven instrumentista.

Todos los días, las damiselas iban a ver a los jardineros para que les llenaran una canasta de flores. Y la hija del Sultán les dijo:

—¡Poned a ese joven en la canasta, cubridlo de flores, y traédmelo aquí!

Entre damiselas y jardineros, por divertirse un poco, lo metieron en la canasta, y las damiselas se lo llevaron. En cuanto estuvo en la torre, se asomó entre las flores, ¡y

se encontró con su mujer! Se abrazaron, se besaron, se lo contaron todo: y en el acto estudiaron la manera de escapar.

Hicieron cargar un gran buque con perlas, piedras preciosas, lingotes de oro, joyas; y en la estiba se ocultaron Bella Fronte, la hija del Sultán, y todas las damiselas. Y el buque zarpó.

Ya estaban en el alta mar, cuando Bella Fronte se acordó del viejo y le dijo a su esposa:

—Querida, aunque me cueste la vida debo regresar: no puedo traicionar mi promesa. ¡Con ese viejo hice un pacto: siempre dividiríamos lo bueno y lo malo!

Regresaron y el viejo los esperaba en la playa. Lo hicieron subir a bordo y reiniciaron el viaje.

—Buen hombre —le dijo Bella Fronte—, dividamos el botín. De todas estas riquezas, la mitad es para ti y la mitad para mí.

—Y también tu mujer —dijo el viejo— es mitad para ti y mitad para mí.

Entonces le dijo el joven:

—Buen hombre, yo te debo muchas cosas: te dejo todas las riquezas de esta nave. Pero a mi mujer, déjamela toda para mí.

Y el viejo:

—Eres un joven generoso. Debes saber que yo soy el alma de ese muerto que hiciste sepultar. Si dispones de toda esta fortuna es gracias a tu buena acción.

Le dio la bendición y desapareció.

El buque llegó a la ciudad entre salvas de cañón: llegaba Bella Fronte con su mujer, el señor más rico del mundo. En la orilla estaba su padre, que acudía a abrazarlo.

Y vivieron una vida descansada.
Pero a mí nadie me da nada.

(Istria)

46
LA CORONA ROBADA

Un Rey tenía tres hijos y los quería mucho. Un día el Rey se fue a cazar con el Primer Ministro y, como estaba muy cansado, se recostó debajo de un árbol y se quedó dormido. Al despertarse, busca ante todo la corona. No la tiene en la cabeza, tampoco a los lados y, en las alforjas, menos. ¿Dónde estaba? Llamó de inmediato al Primer Ministro.

—¿Quién se ha apoderado de mi corona?

—Sacra Majestad, ¡cómo podéis imaginar que yo fuera a tocar vuestra corona! Además, no he visto a nadie que se la haya llevado.

El Rey volvió a casa hecho una furia e hizo condenar a muerte al Primer Ministro. Pobrecito, él no tenía la culpa: la que había robado la corona era el Hada Alcina, la Reina de las Hadas.

Al Rey le daba vergüenza exponerse ante el pueblo sin corona; se encerró en su cuarto y dio órdenes de que nadie lo visitara. Los hijos no sabían nada, y no comprendían qué le pasaba al Rey. El mayor dijo un día:

—¿A qué se debe que nuestro padre se pase el día encerrado y no quiera ver a nadie? Seguro que le ha ocurrido alguna desgracia. Quiero entrar a ver si puedo consolarlo.

Pero el padre lo sacó a gritos, y pobre de él si no hubiese salido rápido.

—Quiero intentarlo yo también —dijo el hijo de en medio, pero también a él le pasó lo mismo y regresó muy mortificado.

Sólo quedaba el más pequeño, que se llamaba Benjamín y era el benjamín de su padre. También él entró en el cuarto del Rey y le rogó que le contara la causa de su aflicción.

—Te lo contaría todo —dijo el Rey—, pero es una deshonra muy grande, así que no puedo.

Y el hijo, sin vacilar:

—Ya que no quieres contármelo, antes que verte sufrir me mato.

Y se apuntó al pecho con una pistola.

—¡Detente, hijo mío! —gritó el Rey—. ¡Lo sabrás todo!

Y se puso a contarle, con lujo de detalles, cómo había perdido la corona, rogándole sin embargo que no dijera nada a sus hermanos.

Benjamín escuchó en silencio y dijo:

—¿Sabes quién te robó la corona? Sólo pudo ser el Hada Alcina, que se divierte tanto atormentando a la gente. Me voy de viaje para encontrarla. O vuelvo con la corona o no me veis más el pelo.

Y así lo hizo: ensilló el caballo, preparó una bolsa con dinero y partió. En una encrucijada, encontró tres caminos. Para cada camino, había una indicación en una piedra. En una piedra estaba escrito: *Quien va por acá, volverá*. En otra decía: *Quien va por acá, quizá*. Y en la tercera, en cambio: *Si vas por acá, no vuelves más*. Él estaba por elegir el primero, luego lo pensó y se internó en el segundo, pero no tardó en regresar e internarse en el tercero.

El primer tramo de camino era bueno, pero luego abundaron las espinas, las rocas, las serpientes, los insectos y toda clase de fieras. El caballo no podía seguir adelante. Benjamín desmontó, ató el caballo a un árbol, le dio un beso y le dijo, casi llorando:

—Quién sabe si volveremos a vernos.

Y siguió a pie.

Caminó hasta encontrarse con una cabaña. Llamó a la puerta, porque tenía mucha hambre.

—¿Quién es? —preguntó una voz.

—Un pobre caballero sin caballo que pide un poco de hospitalidad.

Le abrió una vieja, que le dijo muy asombrada:

—¿Pero qué haces por aquí, bello joven? ¡No entres, por caridad! Si llega mi hija, te mata y te come. ¿No lo sabes? Soy la madre de la Bora[10-Tr]. Espera, que te traigo algo de comer.

Mientras comía, Benjamín le contó a la vieja por qué recorría el mundo en busca del Hada Alcina. La vieja no sabía nada al respecto pero, como era una diabla buena, prometió ayudarlo. Lo hizo entrar, lo escondió debajo de la cama, y cuando llegó la Bora, furiosa y hambrienta, primero le dio de comer tanto que le sació el hambre, después le contó la historia del joven y le hizo prometer que no le tocaría un cabello.

La Bora, que ya estaba ahíta, dejó que Benjamín saliera de debajo de la cama y le habló amistosamente. Y le contó que, al recorrer el mundo como ella solía hacerlo, había visto la corona de su padre el Rey: estaba sobre la cama del Hada Alcina. Y luego le dijo que junto a la corona había un manto de estrellas y una manzana de oro que tocaba música, ambas cosas sustraídas a dos Reinas que estaban prisioneras en un pozo, por encantamiento. Y luego le explicó dónde quedaba el palacio del Hada y dónde estaba el pozo de las dos Reinas.

—¿Pero cómo podré entrar en el palacio? —preguntó Benjamín.

—Toma esta botella —dijo la Bora—, con la cual podrás dormir al guardián. Así podrás entrar y encontrarte con el jardinero.

—Y con el jardinero, ¿qué hago?

—No te preocupes —dijo la Bora—. Debes saber que el jardinero del Hada Alcina es mi padre. Mi madre y yo te daremos una carta de recomendación para él.

Benjamín les dio las gracias a la madre y a la hija, y se puso en marcha. Caminó hasta encontrar el palacio del Hada; durmió al guardián y encontró al jardinero, quien prometió ayudarlo.

—Ten cuidado, que en las escaleras hay dos moros que tienen orden de matar a todos los que pasen, salvo a mí cuando le llevo flores al Hada.

Entonces Benjamín se vistió de jardinero, tomó en sus brazos un gran florero con nardos que le ocultaban el rostro^ y subió las escaleras sin que los moros le impidieran el paso. Entró en el cuarto del Hada, que estaba durmiendo, cogió la corona que estaba encima del dosel, el manto de estrellas y la manzana de oro. Luego se volvió para mirar al Hada: era tan bella que tuvo ganas de besarla mientras dormía. Y ya estaba a punto de rozarla con los labios, cuando la manzana de oro se puso a tocar música y Benjamín, temiendo que el Hada se despertase, se apresuró a huir, ocultando el rostro detrás de un florero con jazmines para que no lo viesen los moros. Había sorteado un gran peligro: quien besaba al Hada Alcina se convertía en mármol de la cabeza a los pies.

Benjamín le dio las gracias al jardinero y emprendió el regreso. A las seis o siete horas de camino, encontró un pozo húmedo, tan profundo que el fondo no se veía. Y alrededor de este pozo giraba un pato con alas tan grandes que más de una persona podía albergarse debajo de ellas. El pato comprendió en seguida que Benjamín quería descender al pozo, y se acercó de tal forma que él pudiese colocarse debajo de una de sus alas. Luego descendió al pozo volando.

En el fondo del pozo estaban las dos Reinas prisioneras del encantamiento.

—¡He aquí vuestro manto de estrellas y vuestra manzana musical! —dijo Benjamín, saltando desde el ala del pato—. ¡Sois libres! Si queréis venir conmigo, subid al pato.

Las dos Reinas, muy contentas, se colocaron debajo de las alas y el pato salió del pozo y luego voló sobre bosques y montañas hasta llegar al sitio donde estaba atado el caballo de Benjamín.

Benjamín saludó al pato, hizo montar a las dos Reinas y regresó a casa de su padre.

Cuando volvió a ver la corona, el Rey no cabía en sí de alegría. Pidió a su hijo que se arrodillase y le puso la corona en la cabeza:

—Es tuya y te la mereces.

Benjamín se casó con una de las Reinas, la más bella de las dos. Hicieron grandes fiestas, se dieron la gran vida, y mi historia está concluida.

(Dalmacia)

47
LA QUE NUNCA SE HARTABA DE HIGOS

Un Rey hizo publicar un bando: quien pudiera colmar de higos a su hija, podría casarse con ella. Fue uno con un canasto lleno, pero la hija se comía los higos casi antes de que él se los diera. Cuando se los comió todos, dijo:

—¡Quiero más!

Había en el campo tres muchachos dedicados a la labranza. Dijo el mayor:

—Ya no tengo más ganas de labrar. Voy a ver si colmo de higos a la hija del Rey.

Subió a la higuera y recogió una buena cantidad. Se puso en camino; se encontró con un paisano que le dijo:

—Dame un higo.

—No puedo —le respondió—. Quiero colmar de higos a la hija del Rey y no sé si me bastarán.

Y siguió adelante.

Se presentó ante la hija del Rey y le ofreció los higos. Si no se lo quita a tiempo, también se come el canasto.

Volvió a casa, y el hermano de en medio dijo:

—Yo también me cansé de la labranza. Voy a probar si puedo colmar de higos a la hija del Rey.

Subió al árbol, llenó el canasto y se fue. Encontró al paisano, que le dijo:

—Dame un higo.

El hermano de en medio se encogió de hombros y siguió adelante. Pero le pasó lo mismo: si no le quita a tiempo el canasto, la hija del Rey también se lo come.

Entonces decidió ir el más pequeño.

Caminaba con su canasto lleno de higos, y el paisano le pidió uno.

—Tome tres, si quiere —dijo el más pequeño, ofreciéndole el canasto. El paisano comió un higo, luego le dio una varita y dijo:

—Cuando estés allí, te bastará tocar el suelo con esta varita para que el canasto vacío vuelva a llenarse.

La hija del Rey se comió todos los higos del canasto, pero el más pequeño tocó el suelo con la varita y el canasto volvió a llenarse. A las dos o tres veces, la hija del Rey le dijo a su padre:

—¡Uf con estos higos! ¡Ya estoy harta!

Y el Rey le dijo;

—Venciste, pero si quieres casarte con ella, es necesario que vayas a invitar a su tía, que vive en la otra orilla del mar.

Al oír estas palabras, el más pequeño se fue con fastidio. En el camino de regreso se encontró con el paisano en la puerta de la casa y le contó su infortunio. El paisano le dio una trompeta.

—Vete a la orilla del mar y tócala. La tía de la hija del Rey que vive en la otra orilla del mar oirá el sonido y vendrá, y tú la conducirás ante el Rey.

El más pequeño hizo sonar la trompeta y vino la tía. Cuando el Rey vio a la tía, dijo:

—Muy bien. Sin embargo, para casarte debes traer el anillo de oro que está perdido en el fondo del mar.

El más pequeño acudió de nuevo al paisano, que le dijo:

—Vuelve a orillas del mar y toca la trompeta.

Él tocó, y salió un pez que tenía el anillo en la boca. El Rey, al ver el anillo, dijo:

—En esta bolsa hay tres liebres para el banquete de bodas, pero son muy flacas. Llévalas a pastar al bosque tres días y tres noches, luego vuelve a ponerlas en la bolsa y tráelas aquí.

¿Pero cómo hacer para volver a atrapar las liebres en el bosque? El paisano, cuando él le preguntó, le dijo:

—Por la noche toca la trompeta, y las liebres correrán a meterse en la bolsa.

Así, el más pequeño hizo pastar a las liebres en el bosque durante tres días y tres noches. Pero al tercer día fue al bosque la tía, vestida de tal modo que no la reconocieran, y le dijo:

—¿Qué haces, jovencito?

—Cuido tres liebres.

—Véndeme una.

—No puedo.

—Dime cuánto quieres.

—Cien escudos.

La tía le dio cien escudos, se llevó la liebre y se fue.

El más pequeño esperó a que llegara a su casa, luego tocó la trompeta. La liebre se escapó de las manos de la tía, corrió por el bosque y volvió a la bolsa.

Fue la hija del Rey, vestida de tal modo que no la reconocieran.

—¿Qué haces?

—Cuido tres liebres.

—Véndeme una.

—No puedo.

—¿Cuánto quieres?

—Trescientos escudos.

Se los dio y se llevó la liebre. Pero cuando estuvo cerca de casa, el más pequeño tocó la trompeta y la liebre se escapó de entre las manos de la hija del Rey y no se detuvo hasta meterse en la bolsa.

Fue el Rey, vestido de tal modo que no lo reconocieran.

—¿Qué haces?

—Cuido tres liebres.

—Véndeme una.

—Tres mil escudos.

Pero también esta vez la liebre huyó y se metió en la bolsa. Cumplidos los tres días y las tres noches, el más pequeño volvió a casa del Rey, quien le dijo:

—Una última prueba y después te casas con mi hija. Debes llenar la bolsa de la verdad.

En la puerta siempre estaba el paisano, quien le dijo:

—Tú sabes todo lo que hiciste en el bosque. Cuéntalo y la bolsa se llenará.

El más pequeño volvió a casa del Rey. El Rey tenía la bolsa abierta, y él contó:

—Vino la tía y compró una liebre por cien escudos, pero se le escapó y volvió a la bolsa; vino vuestra hija y compró una liebre por trescientos escudos, pero se le escapó y volvió a la bolsa; vinisteis vos, Majestad, y comprasteis una liebre por tres mil escudos, pero se os escapó y volvió a la bolsa.

Todo era verdad y la bolsa estaba llena.

Entonces el Rey comprendió que debía darle a su hija.

(Romaña)

48
LOS TRES PERROS

Había una vez un viejo campesino que tenía un hijo y una hija. Cuando agonizaba, los llamó a su lecho de muerte y les dijo:

—Hijos míos, estoy a punto de morir y no tengo nada que dejaros: sólo tres ovejitas que hay en el establo. Tratad de llevaros bien, para no padecer hambre.

Cuando murió, los dos hermanos continuaron juntos: el muchacho cuidaba las ovejas y la muchacha se quedaba en casa, hilando y preparando la comida. Un día en que el hermano estaba con las ovejas en el bosque, pasó un hombrecito con tres perros.

—Que tengas buenos días, niño.

—Buenos días a usted, hombrecito.

—¡Qué ovejitas tan lindas tienes!

—Y qué lindos perros tiene usted.

—¿Quieres comprar uno?

—¿Cuánto cuesta?

—Si me das una ovejita, te doy uno de mis perros.

—¿Y qué me dirá mi hermana?

—¿Qué te va a decir? También tenéis necesidad de un perro, para que os cuide las ovejas.

Persuadido, el muchacho le dio una oveja y se quedó con un perro. Le preguntó cómo se llamaba y el hombrecito le dijo:

—Cascafierro.

Cuando fue hora de volver a casa, el corazón no cesaba de latirle, porque estaba seguro de que su hermana iba a tomárselo a mal. En efecto, cuando la muchacha fue a ordeñar las ovejas al establo, vio que había dos ovejas y un perro, y empezó a decirle de todo y a golpearlo.

—¿Me vas a decir para qué queremos un perro? ¡Si mañana no me traes las tres ovejas, ya verás!

Aunque al fin se convenció de que necesitaban un perro para cuidar las ovejas.

Al día siguiente, el muchacho fue al mismo lugar y volvió a encontrarse con el hombrecito, que estaba con los dos perros y la ovejita.

—Que tengas buenos días, niño.

—Buenos días a usted, hombrecito.

—La ovejita se me muere de melancolía —dijo el hombrecito.

—También mi perro se muere de melancolía —dijo el niño.

—Entonces dame otra ovejita y yo te doy otro perro.

—¡Madre mía! ¡Mi hermana me quería comer, por una ovejita sola! ¡Imagínese si le doy otra!

—Mira: un perro solo no sirve de nada. Si vienen dos lobos, ¿cómo te salvas?

Y el muchacho asintió.

—¿Cómo se llama?

—Rompecadenas.

Cuando volvió a casa al atardecer, con una oveja y dos perros, la hermana le preguntó:

—¿Has traído ya las tres ovejas?

Él no sabía qué responder.

—Sí —dijo—, pero no hace falta que vayas al establo, las ordeño yo.

Pero la muchacha quiso ir a verlo y el muchacho terminó acostándose sin cenar.

—Si mañana no están de vuelta las tres ovejas, yo te mato —le dijo la muchacha.

Al día siguiente, mientras estaba en el bosque, vio pasar al hombrecito con las dos ovejas y el último perro.

—Que tengas buenos días, niño.

—Buenos días, hombrecito.

—Ahora tengo este perro que se muere de melancolía.

—Lo mismo le pasa a mi ovejita.

—Dame esa ovejita y llévate este perro.

—No, no. Ni hablar de eso.

—Ahora tienes dos. ¿Por qué no quieres el tercero? Al menos tendrás tres perros, uno mejor que el otro.

—¿Su nombre?

—Quiebramuros.

—Cascafierro, Rompecadenas, Quiebramuros, venid conmigo.

Por la noche, el muchacho no tuvo valor para volver a casa.

«Mejor que me vaya a recorrer el mundo», pensó.

Y caminó y caminó, acompañado por sus perros que le indicaban el camino por bosques y valles. Empezó a llover con fuerza; había oscurecido y él no sabía adonde ir. En el linde del bosque, vio un hermoso palacio iluminado, cercado por un alto muro. El muchacho llama a la puerta; nadie le abre. Entonces:

—Quiebramuros, ayúdame tú.

No había terminado de decirlo, y ya Quiebramuros había hendido la muralla con dos golpes de sus patas.

El muchacho y los perros entraron, pero se toparon con un pasadizo con cerradura de hierro.

—¡Cascafierro, a ti! —dijo el muchacho.

Y Cascafierro dio cuenta de la cerradura con un par de mordiscos.

Pero el palacio tenía una puerta asegurada con pesadas cadenas.

—¡Rompecadenas! —llamó el muchacho, y al perro le bastó una dentellada para dejar el camino libre.

Los perros subieron por las escaleras, con el muchacho detrás. En el palacio no se veía un alma. Había una pequeña estufita prendida y una mesa servida con todos los bienes de Dios. Se sentó a comer; debajo de la mesa había tres escudillas, con la sopa para los perros. Terminó de comer y encontró una cama lista para dormir y tres cestas para los perros. Cuando se levantó, por la mañana, encontró la escopeta y el caballo listos para ir de caza. Fue a cazar, y a su regreso encontró la mesa preparada con el almuerzo, la cama hecha, y todo limpio y reluciente. Así pasaban los días, y él jamás veía a nadie y tenía lo que se le antojaba; en resumen, vivía como un señor. Entonces empezó a pensar en su hermana, porque quién sabe las necesidades que estaría pasando la pobre, y se dijo: «Voy a ir a buscarla y traerla conmigo; además, si está tan bien como se está aquí, no volverá a gritarme por no traer las ovejas».

Al día siguiente tomó consigo los perros, montó a caballo, vestido de señor, y fue a casa de su hermana. Cuando llegó, su hermana, que estaba hilando en el umbral lo vio venir de lejos y pensó: «¿Quién será ese apuesto señor que viene hacia aquí?». Pero cuando vio que era su hermano, siempre con esos perros en lugar de las ovejas, le hizo una de las escenas habituales.

Pero el hermano le dijo:

—¡Vamos, por qué me gritas ahora, si yo hago vida de señor y he venido a buscarte para llevarte conmigo, ahora que ya no necesitamos más ovejas!

La subió al caballo y la condujo al palacio, donde ella también hizo vida de señora. Tenía todo lo que se le ocurría. Pero, en cuanto a los perros, no podía soportarlos, y cada vez que el hermano volvía a casa, ella empezaba a refunfuñar.

Un día en que el hermano se había ido a cazar con los tres perros, ella salió y vio en el fondo del jardín una hermosa naranja; fue a cogerla y, al desprenderla de la rama, surgió un Dragón y se le arrojó encima para devorarla. Ella comenzó a llorar y a disculparse, diciendo que no era ella sino su hermano el que había entrado en el jardín en primer lugar, y que en todo caso a quien habría que devorar era a su hermano. El

Dragón le respondió que a su hermano no podía devorarlo porque siempre iba acompañado por esos tres perros. La muchacha le preguntó al Dragón qué debía hacer, pues con tal de salvar la vida era capaz de entregar a su hermano; y el Dragón le dijo que hiciera sujetar a los perros con cadenas de hierro, más allá de la

empalizada y del muro del jardín. La muchacha lo prometió y el Dragón la dejó ir.

Cuando el muchacho volvió a casa, la hermana empezó a protestar, diciendo que no quería ver más a esos perros de porquería cuando estaba comiendo, porque olían de un modo inaguantable. Y el hermano, que siempre tenía la paciencia de contentarla en todo, fue y los ató como ella decía. Luego la hermana le dijo que fuese a buscar aquella naranja que estaba en el fondo del jardín, y él fue. Estaba a punto de arrancarla, cuando apareció el Dragón. El muchacho comprendió que su hermana le había traicionado, y llamó:

—¡Cascafierro! ¡Rompecadenas! ¡Quiebramuros!

Y Rompecadenas rompió las cadenas, Cascafierro destrozó las barras de hierro de la empalizada, Quiebramuros abrió el muro con sus patas; llegaron donde estaba el Dragón y lo despedazaron.

El muchacho volvió junto a su hermana y le dijo:

—¡Basta! ¿Así es como me quieres? ¡Querías que el Dragón me comiera! No quiero estar más contigo.

Montó a caballo y se fue a correr mundo con sus tres perros. Llegó a casa de un Rey que tenía una sola hija, y había un Dragón que iba a comérsela. Se presentó ante el Rey y le dijo que quería a su hija por esposa.

—A mi hija no puedo dártela —le dijo el Rey—, porque se la va a comer un terrible animal. Ahora bien, si eres capaz de liberarla, es tuya, naturalmente.

—Bien, Majestad, dejadlo de mi cuenta, no os preocupéis.

Fue a buscar al Dragón, lo atacó y sus perros se lo comieron. Volvió triunfante y el Rey le concedió la mano de su hija.

Llegó el día de las bodas y el novio, olvidando lo que antes había ocurrido, invitó a su hermana. Después de los esponsales, la hermana, que siempre quería perjudicarle, dijo:

—Esta noche yo me encargo de prepararle la cama a mi hermano.

Y todos dijeron que sí, pensando que se trataba de un gesto digno de una hermana. Pero ella, en el lugar del esposo, puso una sierra afilada bajo las sábanas. Por la noche el hermano se acostó y se cortó en dos. Lo llevaron a la iglesia entre grandes lamentos, y los tres fieles perros seguían el féretro: luego cerraron la puerta y los tres perros se quedaron dentro para cuidar los restos, uno a la derecha, otro a la izquierda y otro en la cabecera.

Cuando los perros comprobaron que no quedaba nadie, uno de ellos habló y dijo:

—Ahora voy y lo traigo.

Y otro:

—Y yo lo llevo.

Y el tercero:

—Y yo lo pego.

Así, dos perros se fueron y volvieron con una redoma de ungüento; el que se había quedado de guardia untó la herida con el ungüento y el joven volvió a estar

sano.

El Rey mandó investigar quién había puesto la sierra en la cama; cuando se descubrió que era la hermana, la condenó a muerte.

El joven ahora era feliz con su esposa, hasta el punto de que el viejo Rey, fatigado, abdicó y él obtuvo el trono. Pero lo único que le disgustaba era que los tres perros habían desaparecido y por mucho que los buscaba en todo el Reino era imposible encontrarlos. Lloró, se desesperó, pero tuvo que resignarse.

Una mañana le anunciaron la llegada de un Embajador. Este Embajador le dijo que en el mar había tres buques anclados con tres grandes personajes, y que estos personajes querían reanudar su antigua amistad con él. El joven Rey sonrió, porque él siempre había sido un campesino y jamás había conocido personajes de importancia. No obstante, siguió al Embajador para encontrarse con quienes decían ser sus amigos. Encontró dos Reyes y un Emperador que lo acogieron con mucha efusividad y le dijeron:

—¿No nos reconoces?

—Me temo que estáis equivocados —dijo él.

—Ay, ¡jamás hubiésemos creído que podrías olvidarte de tus fidelísimos perros!

—¡Cómo! —exclamó él— ¿Cascafierro, Rompecadenas y Quiebramuros? ¿Transformados de esta manera?

Le respondieron:

—Un Mago nos había transformado en perros, y no podíamos volver a ser como éramos hasta que un campesino ascendiera al trono. Por lo tanto, debemos agradecerte a ti tanto como tú debes agradecernos a nosotros, porque nos hemos ayudado recíprocamente. De ahora en adelante seremos buenos amigos y recuerda, en toda circunstancia, que tienes dos Reyes y un Emperador dispuestos a ayudarte.

Permanecieron varios días en la ciudad, entre grandes fiestas. Cuando llegó el día de la despedida, se separaron deseándose todo tipo de venturas, y fueron siempre felices.

(Romaña)

49
TÍO LOBO

Había una vez una niña golosa. Un día de Carnaval la maestra les dijo a las niñas:

—Si terminái bien el tejido, os doy buñuelos.

Pero esa niña no sabía tejer, y pidió ir al baño. Se encerró allí dentro y se durmió. Cuando volvió a la escuela, las otras niñas se habían comido todos los buñuelos. Y ella se fue llorando a casa de su madre y le contó lo que le había pasado.

—No te preocupes, pobrecita. Te hago yo los buñuelos —dijo la mamá.

Pero la mamá era tan pobre que ni siquiera tenía una sartén.

—Ve a casa de Tío Lobo a preguntarle si nos presta la sartén.

La niña fue a la casa de Tío Lobo y llamó a su puerta: ¡bum, bum! —¿Quién es?

—¡Soy yo!

—¡Hace años, hace meses, que nadie llama a esta puerta! ¿Qué quieres? —Me manda mamá a preguntarte si nos prestas la sartén para hacer buñuelos.

—Espera, que me pongo la camisa.

¡Bum, bum!

—Espera, que me pongo los calzones.

¡Bum, bum!

—Espera, que me pongo los pantalones.

¡Bum, bum!

—Espera, que me pongo la chaqueta.

Por fin, Tío Lobo abrió y le dio la sartén.

—Os la presto, pero dile a tu mamá que, cuando me la devuelva, me la mande llena de buñuelos, con una hogaza de pan y una botella de vino. —Sí, sí. Te lo traeré todo.

Cuando llegó a casa, la madre le hizo muchos buñuelos y apartó unos cuantos para Tío Lobo. Antes de que anocheciera, le dijo a la niña:

—Llévale los buñuelos a Tío Lobo, y esta hogaza de pan y esta jarra de vino.

La niña, golosa como era, comenzó a olfatear los buñuelos por el camino. «¡Oh,

qué bien huelen! ¿Y si probase uno?». Probó uno, dos, tres, y se los comió todos, y para acompañarlos se comió todo el pan, y para ayudarlos a bajar se bebió el vino.

Entonces, para llenar la sartén, recogió en el camino bosta de burro. La jarra la llenó con agua sucia. Y, para reemplazar el pan, hizo una hogaza con la argamasa de un albañil que estaba trabajando en la calle. Y cuando llegó a casa de Tío Lobo le dio esta dudosa mercancía.

Tío Lobo prueba un buñuelo.

—¡Puah! ¡Pero esto es bosta de burro!

En seguida bebe el vino para quitarse el mal gusto de la boca.

—¡Puah! ¡Pero esto es agua sucia!

Muerde un pedazo de pan.

—¡Puah! ¡Pero esto es argamasa!

Miró a la niña con ojos de fuego y le dijo:

—¡Esta noche te voy a comer!

La niña corrió a casa de su madre:

—¡Esta noche viene Tío Lobo y me come!

La madre empezó a cerrar puertas, ventanas, a cerrar todos los agujeros de la casa para que Tío Lobo no pudiese entrar, pero se olvidó de tapar la chimenea.

Cuando anocheció y la niña ya estaba en la cama, se oyó afuera la voz de Tío Lobo:

—¡Ahora te como! ¡Estoy cerca de la casa!

Luego se oyeron pasos en las tejas:

—¡Ahora te como! ¡Estoy en el tejado!

Luego se oyó un gran estrépito dentro de la chimenea:

—¡Ahora te como! ¡Estoy en la chimenea!

—¡Mamá, mamá! ¡Viene el lobo!

—¡Escóndete debajo de la colcha!

—¡Ahora te como! ¡Estoy en el hogar!

La niña se acurrucó en el lecho, temblando como una hoja.

—¡Ahora te como! ¡Estoy en la sala!

La niña contuvo la respiración.

—¡Ahora te como! ¡Estoy al pie de la cama! ¡Ahm, que te como!

Y se la comió.

Y así se come Tío Lobo a todas las niñas golosas.

(Romaña)

50
GIRICOCCOLA

Un mercader que tenía tres hijas debía partir en viaje de negocios.

—Antes de partir —dijo a las hijas— os haré un regalo, porque quiero dejaros contentas. Decidme qué queréis.

Las muchachas lo pensaron y dijeron que querían oro, plata y seda para hilar. El padre compró oro, plata y seda, y después partió recomendándoles que se portaran bien.

La menor de las tres hermanas, que se llamaba Giricoccola, era la más hermosa, y las hermanas siempre le habían tenido envidia. Cuando el padre se fue, la mayor eligió el oro para hilar, la segunda eligió la plata, y la seda se la dieron a Giricoccola. Después del almuerzo las tres se pusieron a hilar frente a la ventana, y la gente que pasaba alzaba la vista para mirarlas, las estudiaba un poco, y finalmente todos los ojos quedaban fijos en la más pequeña. Cayó la tarde y la Luna surcó el cielo; miró la ventana y dijo:

—La del oro es bella,
La de la plata es más bella,
Mas nadie supera a la de la seda.
Buenas noches, bellas y feas.

Cuando las hermanas oyeron esto temblaron de furia y decidieron cambiar de hilo. Al día siguiente le dieron la plata a Giricoccola y después del almuerzo se pusieron a hilar frente a la ventana. Al caer la tarde pasó la Luna, y dijo:

—La del oro es bella,
La de la seda es más bella,
Mas nadie supera a la de la plata.
Buenas noches, bellas y feas.

Las hermanas, furibundas, hicieron tantos desaires a Giricoccola que había que tener la paciencia de esa pobre muchacha para soportarlas. Y a la tarde del día siguiente,

cuando se pusieron a hilar frente a la ventana, le dieron el oro para ver qué decía esta vez la Luna. Pero la Luna, en cuanto pasó, dijo:

—La que hila la plata es bella,
La de la seda es más bella,
Mas nadie supera a la que hila el oro.
Buenas noches, bellas y feas.

Las hermanas ya no podían aguantar siquiera la presencia de Giricoccola: la apresaron y la encerraron en el granero. La pobre muchacha lloraba en su encierro, cuando la Luna abrió el ventanuco con un rayo.

—Ven —le dijo, cogiéndola de la mano y llevándosela consigo.

A la tarde siguiente las dos hermanas hilaban solas frente a la ventana. Al caer la noche, surgió la Luna y dijo:

—La que hila el oro es bella,
La de la plata es más bella,
Mas nadie supera a la que está en mi casa.
Buenas noches, bellas y feas.

En cuanto oyeron esto, las hermanas fueron corriendo al granero: Giricoccola no estaba. Mandaron llamar a una astróloga para que adivinase dónde se encontraba la hermana. La astróloga dijo que Giricoccola se encontraba en la casa de la Luna y que nunca había estado tan cómoda.

—¿Pero qué podemos hacer para quitarle la vida? —preguntaron las hermanas.

—Dejádmelo a mí —dijo la astróloga. Se vistió de gitana y fue a pregonar sus mercancías bajo la ventana de la Luna.

Giricoccola se asomó, y la astróloga le dijo:

—¿Quieres un pasador? ¡Mira qué lindos, los vendo baratos!

Como a Giricoccola le gustaban mucho esos pasadores, hizo entrar a la astróloga.

—Espera que te ponga uno en el pelo —dijo la astróloga, y se lo abrochó en la cabeza, transformándola de inmediato en una estatua. La astróloga se apresuró a escapar para contárselo a las hermanas.

Cuando la Luna regresó a casa después de su vuelta alrededor del mundo, encontró a la muchacha convertida en estatua.

—Vaya, ¿lo ves? —le dijo—, te advertí que no abrieras a nadie y no me hiciste caso. Merecerías que te dejara así.

Pero al fin tuvo compasión de ella y le desprendió el pasador del pelo: Giricoccola volvió a la vida y prometió que no volvería a abrir la puerta a nadie.

Al poco tiempo las hermanas volvieron a consultar a la astróloga para saber si Giricoccola seguía muerta. La astróloga consultó sus libros mágicos y dijo que, aunque no se explicaba cómo, la muchacha había recobrado la vida y la salud. Las hermanas volvieron a suplicarle que la matara, y la astróloga regresó a la ventana de Giricoccola con una cajita de peines. Cuando vio los peines, la muchacha no pudo

contenerse e hizo pasar a la mujer. Pero en cuanto tuvo un peine en la cabeza volvió a ser una estatua, y la astróloga fue a contárselo a las hermanas.

La Luna volvió a casa, y al verla otra vez convertida en estatua, se irritó y le cantó las cuarenta. Pero en cuanto se desahogó, volvió a perdonarla y le quitó el peine de la cabeza; la muchacha resucitó.

—Pero si esto vuelve a suceder —le dijo—, te dejo muerta.

Y Giricoccola renovó su promesa.

¡Pero ved si las hermanas y la astróloga iban a rendirse o no! La mujer volvió con una camisa recamada, la más hermosa que se hubiera visto jamás. A Giricoccola le gustó tanto que quiso probársela, y en cuanto se la hubo puesto se convirtió en estatua. La Luna ya estaba harta. Esta vez, estatua y todo, la vendió por tres céntimos a un deshollinador.

El deshollinador recorría la ciudad con la hermosa estatua sujeta al albardón de su asno. Una vez la vio el hijo del Rey y se enamoró. Pagó su peso en oro, la llevó a su cuarto y se pasaba las horas adorándola; y cuando salía cerraba el cuarto con llave, porque quería ser el único en deleitarse con el espectáculo. Pero sus hermanas, que tenían que asistir a un gran baile, querían hacerse una camisa igual a la de la estatua, de modo que cuando el hermano se ausentó, entraron con una llave falsa para quitarle la camisa.

En cuanto la desprendieron de la camisa, Giricoccola recobró la vida y se movió. Las hermanas casi se mueren del susto, pero Giricoccola les contó su historia. Entonces la escondieron detrás de una puerta y aguardaron a que volviera su hermano. El hijo del Rey se desesperó al no ver su estatua, pero entonces Giricoccola salió de su escondite y se lo contó todo. El joven la llevó de inmediato ante sus padres y la presentó como su novia. Pronto se celebraron las bodas. Las hermanas de Giricoccola se enteraron a través de la astróloga y se murieron de rabia.

(Bolonia)

51
TABAGNINO EL JOROBADO

Tabagnino el jorobado era un pobre remendón que no sabía cómo ganarse la vida, porque nadie le daba siquiera un zapato para arreglar. Se puso a recorrer el mundo en busca de fortuna. Cuando cayó la noche y no sabía dónde ir a dormir, vio a lo lejos una lucecita y, guiándose por ella, llegó a una casa y llamó a la puerta. Abrió una mujer, y él le pidió alojamiento.

—Pero ésta —dijo la mujer— es la casa del Hombre Selvático, que se come a todos los que encuentra. Si te dejo entrar, mi marido te comerá.

Tabagnino el jorobado rogó y suplicó, y la mujer dijo al fin, compadecida:

—Entra pues, y si te parece bien, te entierro bajo las cenizas.

Así lo hizo, y el Hombre Selvático, apenas llegó, empezó a dar vueltas por la casa, olfateando y diciendo:

—Ucho, ucho,
Huelo a cristianucho.
Si no está, es porque se ha ido.
O que está bien escondido.

—Ven a cenar —dijo su mujer—. ¿Ahora en qué estás pensando? —y le sirvió un gran caldero de macarrones.

Marido y mujer se pusieron a comer macarrones, y el Hombre Selvático se dio tal panzada que en un momento dijo:

—Basta, estoy lleno y no quiero comer más. Los que sobran, si hay alguien en casa, dáselos a él.

—Hay un pobre hombrecito que pidió alojamiento para esta noche —dijo la mujer—. Si me prometes no comértelo, le diré que salga.

—Pues que salga.

Y la mujer sacó de las cenizas a Tabagnino el jorobado y le dijo que se sentara a la mesa. El pobre jorobadito, cubierto de cenizas, temblaba como una hoja frente al Hombre Selvático, pero se armó de coraje y se comió los macarrones.

—Esta noche ya no tengo hambre —le dijo el Hombre Selvático—, pero te advierto que si mañana por la mañana no te das prisa en escapar, te engullo de un bocado.

Así se pusieron a conversar como buenos amigos, y el jorobado, que era taimado como el diablo, empezó a decirle:

—¡Qué colcha más bonita tienes en la cama!

Y el Hombre Selvático:

—Está totalmente recamada de oro y de plata, y el ribete es todo de oro.

—¿Y esa cómoda?

—Dentro tiene dos bolsas de monedas.

—¿Y esa varita detrás de la cama?

—Es para que venga el buen tiempo.

—¿Y esa voz que se oye?

—Es un papagayo que tengo en el gallinero y que habla como un ser humano.

—¡Qué cosas más bonitas tienes!

—¡Ah, pero esto no es todo! En el establo tengo una yegua de una belleza nunca vista, que corre como el viento.

Después de la cena, la mujer condujo a Tabagnino a su agujero bajo las cenizas, y luego se fue a dormir con su marido. Apenas despuntó el día, la mujer fue a despertar a Tabagnino.

—¡Vamos, escápate rápido, antes de que se levante mi marido!

El jorobado le dio las gracias y se fue.

Anduvo de un lado a otro hasta que llegó al palacio del Rey de Portugal y le pidió hospitalidad. El Rey quiso verlo y oír su historia. La descripción de los hermosos objetos que había en la casa del Hombre Selvático despertó la codicia del Rey, quien le dijo a Tabagnino:

—Escúchame bien, puedes quedarte en el palacio y hacer lo que se te antoje, pero a cambio de una cosa.

—Decidme, Majestad.

—Dijiste que el Hombre Selvático tiene una hermosa colcha recamada de oro y plata ribeteada de oro. Muy bien, ve a buscarla y tráemela, porque si no te hago cortar la cabeza.

—¿Pero cómo queréis que lo haga? —dijo el jorobado—. El Hombre Selvático se come a todo el mundo. Es igual que condenarme a muerte.

—Eso no me interesa. Piénsalo y arréglatelas.

El pobre jorobado se puso a pensar, y cuando lo pensó bien, fue a ver al Rey y le dijo:

—Sacra Majestad, dadme un cartucho lleno de avispones vivos, que no hayan comido en siete u ocho días, y yo os traeré la colcha.

El Rey ordenó al ejército que cazara los avispones y se los dio a Tabagnino.

—Toma esta varita —le dijo—. Es mágica y puede venirte bien. Cuando tengas

que vadear un curso de agua, golpéala en tierra y no tengas miedo. Entre tanto, mientras tú vas allá, yo iré a esperarte a aquel palacio que hay cruzando el mar.

El jorobado fue a la casa del Hombre Selvático, se puso a fisgar y comprendió que estaban cenando. Se encaramó a la ventana del dormitorio, entró y se ocultó debajo de la cama. Cuando el Hombre Selvático y su mujer se acostaron y se durmieron, el jorobado metió el cartucho lleno de avispones debajo de la colcha y las sábanas, y lo abrió. Los avispones, sintiendo el calorcito, salieron y empezaron a zumbar y molestar.

El Hombre Selvático comenzó a agitarse, tiró la colcha y el jorobado la plegó bajo la cama. Los avispones se enfurecieron y empezaron a picar con todas sus fuerzas; el Hombre Selvático y su mujer huyeron dando gritos; y cuando Tabagnino estuvo solo también escapó con la colcha bajo el brazo.

Al cabo de un rato, el Hombre Selvático se asomó a la ventana y le preguntó al papagayo que estaba en el gallinero:

—Papagayo, ¿qué hora es?

—Es la hora —dijo el papagayo— en que Tabagnino el jorobado se lleva tu hermosa colcha.

El Hombre Selvático corrió a su cuarto y comprobó que la colcha había desaparecido. Entonces montó en la yegua y partió al galope, hasta que divisó al jorobado desde lejos. Pero Tabagnino ya había llegado a orillas del mar, golpeaba en tierra la varita que le había dado el Rey, y las aguas se abrían para darle paso; y en cuanto él pasaba, volvían a cerrarse. El Hombre Selvático, detenido en la orilla, se puso a gritar:

—Oh Tabagnino de trece meses,
¿Cuándo volverás a esta región?
Quiero comerte un día de este año,
Y si no te como, será para mi daño.

Al ver la colcha, el Rey empezó a saltar de alegría. Dio las gracias al jorobado, pero luego le dijo:

—Tabagnino, ya que has tenido la habilidad de quitarle la colcha, también podrás apropiarte de la varita que hace venir el buen tiempo.

—¿Pero cómo queréis que lo haga, Sacra Majestad?

—Piénsalo bien, si no lo pagarás con tu cabeza.

El jorobado lo pensó bien, y le pidió al Rey una bolsita con nueces.

Llegó a casa del Hombre Selvático, se puso a escuchar, y oyó que se iban a la cama. Se encaramó encima del tejado y empezó a tirar puñados de nueces en las tejas. El estrépito en las tejas despertó al Hombre Selvático, quien dijo a su mujer:

—¡Oye cómo graniza! Rápido, pon la varita en el tejado, que si no el granizo me arruina el trigo.

La mujer se levantó, abrió la ventana y puso la varita en el tejado, donde esperaba

Tabagnino, dispuesto a adueñarse de ella y escapar.

Poco tiempo después, el Hombre Selvático se levantó, contento de que hubiera dejado de granizar, y se dirigió a la ventana.

—Papagayo, ¿qué hora es?

—Es la hora —dijo el papagayo— en que Tabagnino el jorobado se lleva la varita del buen tiempo.

El Hombre Selvático montó la yegua y salió al galope en persecución del jorobado. Ya estaba a punto de alcanzarlo en la playa, cuando Tabagnino dio un golpe con la varita, el mar se abrió, lo dejó pasar y volvió a cerrarse. El Hombre Selvático gritó:

—Oh Tabagnino de trece meses,
¿Cuándo volverás a esta región?
Quiero comerte un día de este año,
Y si no te como, será para mi daño.

Cuando vio la varita, el Rey no cabía en sí de la alegría. Pero dijo:

—Ahora debes ir a buscarme las dos bolsas de monedas.

El jorobado pensó cómo hacerlo; luego ordenó que le prepararan arreos de leñador, se cambió de ropas, se puso una barba postiza y se dirigió a la casa del Hombre Selvático, con un hacha, cuñas y una maza. El Hombre Selvático nunca había visto a Tabagnino de día, quien además, después de alimentarse bien en el palacio del Rey, era algo menos jorobado; de manera que no lo reconoció.

Se saludaron.

—¿Adónde va?

—A buscar leña.

—¡Oh, aquí en el bosque hay toda la leña que usted quiera!

Entonces Tabagnino cogió sus arreos y se puso a trabajar en una encina de gran tamaño. Insertó una cuña, luego otra, y después otra más, y empezó a asestarles mazazos. Después se hizo el impaciente, fingiendo que una cuña se le había incrustado.

—No se enfade —dijo el Hombre Selvático—, ahora voy a echarle una mano.

E introdujo las manos en la abertura del tronco para ver si ensanchándola se podía desencajar la cuña. Entonces Tabagnino hizo saltar todas las cuñas con un golpe de maza y la hendidura del tronco se cerró sobre las manos del Hombre Selvático.

—¡Ayúdeme, por caridad! —empezó a gritar el Hombre Selvático—. Corra hasta mi casa, dígale a mi mujer que le dé esas dos cuñas grandes que tenemos, y sáqueme de aquí.

Tabagnino corrió a casa de la mujer y le dijo:

—Rápido, su marido quiere que me dé las dos bolsas de monedas que están en la cómoda.

—¿Cómo voy a dárselas? —dijo la mujer—. ¡Tenemos que comprar provisiones!

¡Si fuera una, pero las dos!

Entonces Tabagnino abrió la ventana y gritó:

—¿Pero cuántas tiene que darme, una o dos?

—¡Las dos! ¡Rápido! —aulló el Hombre Selvático.

—¿Ha oído? Y está bastante furioso —dijo Tabagnino. Cogió las dos bolsas y escapó.

Tras muchos esfuerzos, el Hombre Selvático logró sacar las manos del tronco, no sin dejar un buen jirón de piel, y volvió a casa gimiendo.

—¿Pero por qué me hiciste darle las dos bolsas de monedas? —preguntó la mujer.

El marido hubiese querido que se lo tragara la tierra. Fue a ver al papagayo y le preguntó:

—¿Qué hora es?

—¡La hora en que Tabagnino el jorobado se lleva tus dos bolsas de monedas!

Pero esta vez el Hombre Selvático estaba demasiado dolorido como para perseguirlo y se contentó con mandarle una maldición.

El Rey quiso que Tabagnino fuese a buscar también la yegua que corría como el viento.

—¿Cómo lo hago? ¡El establo está cerrado con llave, y la yegua tiene tantos cencerros sujetos a los jaeces!

Pero después lo pensó y pidió una lezna y una bolsa de algodón. Con la lezna abrió un agujero en la pared de madera y así logró meterse en el establo; después empezó a punzar el vientre de la yegua. La yegua coceaba y el Hombre Selvático, desde la cama, oía el ruido y decía:

—¡Pobre bestia, está mal esta noche! ¡No puede estarse quieta!

Y al rato, Tabagnino volvió a pincharla con la lezna. El Hombre Selvático se cansó de escuchar las coces de la yegua; fue al establo, la hizo salir y la ató en el descampado. Luego volvió a dormir. El jorobado, que se había escondido en la oscuridad del establo, salió por el agujero que había practicado, y con el algodón rellenó los cencerros y vendó los cascos de la yegua. Después la soltó, se acomodó en la silla, y se alejó silenciosamente al galope. Poco tiempo después, el Hombre Selvático, como de costumbre, se despertó y fue a la ventana.

—Papagayo, ¿qué hora es?

—¡Es la hora en que Tabagnino el jorobado se lleva tu yegua!

El Hombre Selvático hubiera querido perseguirlo, pero ahora era Tabagnino quien tenía la yegua, ¿y quién la alcanzaría?

El Rey, muy contento, dijo:

—Ahora quiero el papagayo.

—¡Pero el papagayo habla y grita!

—¡Arréglatelas!

El jorobado pidió dos tartas a cuál más sabrosa, además de confites, bizcochos y toda clase de dulces. Lo metió todo en una espuerta y partió.

—Mira, papagayo —le dijo bajito—, mira lo que te voy a dar. Si vienes conmigo tendrás siempre más.

El papagayo comió tarta y comentó:

—¡Rica!

Así, a fuerza de tarta, bizcochitos, confites y caramelos, Tabagnino se lo llevó consigo. Cuando el Hombre Selvático fue a la ventana, preguntó:

—Papagayo, ¿qué hora es? ¿Qué hora es, te digo? ¿Eh, me oyes?

¿Qué hora es?

Corrió al gallinero y lo encontró vacío.

Cuando Tabagnino llegó con el papagayo, se organizó una gran fiesta en el palacio del Rey.

—Ahora que ya has hecho todo esto —dijo el Rey—, sólo te queda una cosa.

—¡Pero no hay nada más que traer! —dijo el jorobado.

—¿Cómo? —dijo el Rey—. Queda la pieza más gorda. Debes traerme al Hombre Selvático en persona.

—Lo intentaré, Sacra Majestad. Basta con darme un traje que disimule la joroba y que me haga cambiar las señas personales.

El Rey llamó a los sastres y barberos más habilidosos y ordenó que le entregaran ropas que lo hicieran irreconocible, además de una peluca rubia y dos hermosos bigotes.

Así disfrazado, el jorobado fue a casa del Hombre Selvático y lo encontró trabajando en un campo. Lo saludó quitándose el sombrero.

—¿Qué busca?

—Soy el fabricante de ataúdes —dijo Tabagnino— y busco tablas para el ataúd de Tabagnino el Jorobado, que falleció.

—¡Oh! ¡Por fin reventó! —dijo el Hombre Selvático—. Estoy tan contento que yo mismo le daré las tablas, y puede quedarse aquí para fabricar la caja.

—Con mucho gusto —dijo el jorobado—. El único inconveniente es que aquí no puedo tomar las medidas del muerto.

—Si es por eso —dijo el Hombre Selvático—, aquel bribón tenía más o menos mi estatura. Tómeme las medidas a mí.

Tabagnino se puso a cortar tablas y clavar clavos. Cuando estuvo listo el ataúd, dijo:

—Aquí está, veamos ahora si es del tamaño apropiado —el Hombre Selvático se tendió dentro—. Probemos con la tapa —puso la tapa encima y la clavó. Luego tomó la caja y se la llevó al Rey.

Acudieron todos los señores de la vecindad, pusieron el ataúd en medio de un prado y le prendieron fuego. Después celebraron una gran fiesta, porque el Reino quedaba libre de ese monstruo.

El Rey nombró a Tabagnino secretario y siempre lo trató con muchos honores.

Largo el cuento y angosto el camino,
Contad el vuestro que ya he contado el mío.

(Bolonia)

52
EL REY DE LOS ANIMALES

Un hombre enviudó y le quedó una hija, la muchacha más hermosa que jamás se viera. Al poco tiempo, encontrándose muy solo, sin nadie que cuidara de la hija, decidió volver a casarse, pero le tocó una mujer tan insoportable que la pobre Stellina las pasaba moradas.

—Escúchame, padre —le dijo un día Stellina—, antes que estar aquí amargándome todo el día, me voy a trabajar de campesina.

—Ten paciencia —le respondió el padre.

Pero un día la madrastra le dio una bofetada por haber roto una escudilla. Stellina no aguantó más y se marchó. Fue a casa de una tía que vivía en la montaña. Esta tía era un poco hada, pero era muy pobre, y le dijo:

—Querida Stellina, tengo que mandarte a cuidar las ovejas, pero te voy a dar lo único valioso que tengo —y le dio un anillo—. Si te ves necesitada, toma este anillo en la mano y te ayudará.

Una mañana Stellina estaba en el prado con las ovejas, y vio que se acercaba un apuesto joven.

—¿Cómo es posible que, siendo tan bella, hagas este trabajo? —le dijo—. Ven conmigo, que serás mi esposa y harás vida de gran señora.

Stellina se puso roja como un tomate y no supo qué responder, pero tanto insistió el joven que la muchacha se dejó convencer y se fue con él. En el camino había una carroza; subieron, y la carroza partió como el viento. Corrieron casi todo el día, hasta llegar frente a un hermoso palacio.

—Aquí tienes, Stellina —dijo el joven, invitándola a entrar—. Este palacio está a tu disposición. Ordena, y tendrás todo lo que desees. Yo te dejo, porque debo atender mis asuntos. Nos veremos mañana.

Y así se marchó.

Stellina se había quedado boquiabierta, sin atinar a decir una palabra. Sintió que la tomaban de la mano, pero no vio a nadie; y se dejó conducir a un magnífico cuarto

donde le habían preparado vestidos y joyas. La desnudaron y luego la vistieron de gran señora. Siempre le parecía que tenía alrededor gente que la servía, pero no veía a nadie. En cuanto la vistieron, la condujeron a otra habitación, donde había una mesa servida con comida caliente. Se sentó y se puso a comer, y le cambiaban los platos, le servían manjares, pero nadie estaba a la vista. Después de comer se paseó por el palacio: había cuartos decorados de amarillo, cuartos decorados de rojo, con sofás y poltronas y las cosas más bonitas que pudieran verse. Detrás del palacio había un hermoso jardín y este jardín estaba lleno de animales. Había perros, había gatos, había asnos, gallinas e incluso sapos de un tamaño jamás visto. Y todos estos animales estaban juntos, y por el ruido que hacían parecían estar en conversación. Stellina se divirtió contemplándolos, y así llegó la noche y decidió acostarse.

Entró en un cuarto donde había un lecho principesco, y entonces sintió que la ayudaban a desvestirse, y le trajeron una bujía, una bata de noche y pantuflas. Se acostó. Todo estaba en silencio. Se durmió y no se despertó hasta bien entrado el día.

«Quiero tocar la campanilla», se dijo, «y ver si me vienen a servir». Y apenas sonó la campanilla, vio aparecer una bandeja de plata con café y golosinas. Bebió el café y se levantó. La vistieron, la peinaron, en fin, la atendieron como a una Princesa.

Más tarde regresó el joven.

—¿Has dormido bien? ¿Estás contenta?

Stellina respondió que sí, él le apretó la mano, y luego se despidió y se fue. Salvo por aquella visita que el joven le hacía todos los días, Stellina no lo veía nunca.

A los dos meses de vivir así, Stellina empezó a aburrirse. Una mañana, después de que se ausentase el joven, dijo:

—Quisiera salir a pasear un poco por esta hermosa campiña, siquiera para tomar un poco de aire fresco.

No acababa de decirlo cuando vio que le traían un bello sombrero, un abanico y un quitasol.

—¡Entonces siempre hay alguien cerca escuchándome! —dijo Stellina—. ¡Dejadme verlo alguna vez! —pero todo era inútil: nadie se mostraba.

En ese momento Stellina se acordó del anillo que le había dado la tía. Nunca había pensado en usarlo porque nunca le faltaba nada. Fue a buscarlo al cajón de la cómoda donde lo había guardado, y cuando lo tuvo en sus manos dijo:

—¡Ordeno que se haga visible la persona que siempre está conmigo!

Y en el acto apareció a su lado una bella damisela.

Stellina dio un brinco de alegría.

—¡Al fin tendré alguien con quién charlar un poco!

—Gracias, gracias —dijo la bella damisela—. Finalmente me has vuelto visible. Hacía mucho tiempo que era invisible y muda por obra de un encantamiento.

Se hicieron las mejores amigas del mundo, y resolvieron investigar juntas el misterio de ese lugar.

Salieron y avanzaron por una cavedaña[11-Tr]. Caminaron, pero la cavedaña no

parecía terminar nunca. Finalmente llegaron a un sitio donde la cavedaña pasaba entre dos columnas. En una columna estaba escrito: *Pregunta*, y en la otra: *Y sabrás*.

Stellina se volvió a la columna donde decía *Pregunta* y le dijo:

—Quiero saber dónde estoy.

La columna que decía *Y sabrás* respondió:

—Estás en un lugar donde te encontrarás cómoda, pero…

—¿Pero qué? —preguntó Stellina—. ¿Pero qué? —le preguntó a una columna, le preguntó a la otra, pero no obtuvo ninguna otra respuesta.

A las dos amigas ese «pero» les pareció sin duda una mala señal, y continuaron su camino muy pensativas. Poco más allá terminaba el jardín, circundado por una cerca. Y pasando la cerca, había un apuesto caballero sentado en el suelo.

Apenas las vio, el caballero se levantó y les dijo:

—¿Cómo estáis ahí dentro? Cuidado, os encontráis en grave peligro, pues estáis en poder del Rey de los animales, quien a su palacio colmado de riquezas lleva a todos los que logra capturar, y se los come uno por uno.

Cuando oyó esta noticia, Stellina se quedó más muerta que viva.

—¿Y qué podemos hacer para escapar? —preguntó al caballero.

—Yo os rescataré —respondió—. Soy el hijo del Rey de la India, y llegué aquí mientras recorría el mundo. Apenas te vi me enamoré de ti, y te llevaré ante mi padre, quien te recibirá como mereces, a ti y a tu damisela.

—Sí, acepto, iré con ella —dijo Stellina.

—Pero si el palacio está colmado de riquezas —dijo la damisela—, es un pecado dejarlas ahí. Ahora que el Rey de los animales está ausente, apoderémonos de ellas. Y mañana por la mañana regresaremos aquí y nos fugaremos.

—¿Y yo cómo voy a pasar la noche al descubierto? —dijo el Príncipe—. Aquí no hay siquiera una cabaña.

—¡De eso me encargo yo! —dijo Stellina. Extrajo el anillo de su bolso, lo apretó en la mano y dijo—: ordeno que de inmediato aparezca un palacete con servidores, carrozas, y todo lo necesario para comer y dormir.

Y en medio del prado surgió un palacete que era una maravilla. El Príncipe saludó a las muchachas y se metió dentro.

Stellina y la damisela regresaron al palacio y se dedicaron a recorrerlo de punta a punta. Bajaron a la bodega, que estaba llena de cajas y baúles que no se acababan nunca.

—¿Qué son estas ropas? —dijo Stellina—. Parece una tienda, no una bodega. Veamos qué hay en estas cajas. —Empezaron a levantar las tapas: una estaba llena de piezas de platería, otra de joyas, otra de monedas. Stellina apretó el anillo en sus manos y dijo—: ordeno que estas mercancías sean trasladadas de inmediato al palacete del hijo del Rey de la India. —Y dicho y hecho, la bodega quedó vacía.

Stellina y la damisela continuaron su recorrido y descubrieron una escalerilla secreta. Bajaron y se encontraron en la oscuridad; y una voz clamaba:

—¡Pobre de mí! ¡Pobre de mí!

A Stellina le temblaron las piernas, pero recordó que tenía el anillo y siguió adelante. Estaban en una amplia habitación y había una mesa con cabezas de hombres y mujeres, con piernas y brazos. Otras cabezas colgaban de las paredes o yacían sobre las sillas.

—¡Pobre de mí! ¡Pobre de mí! —decían las cabezas.

Las dos muchachas comprendieron aterradas que ése era el cuarto secreto del Rey de los animales.

Después hallaron un granero lleno de trigo, maíz y cebada, y entendieron que se trataba de la comida para todas las bestias del jardín, sin duda hombres y mujeres encantados y convertidos en brutos por el Rey de los animales, que después se los comía uno por uno.

Esa noche Stellina a duras penas consiguió dormirse. Por la mañana, como de costumbre, el Rey de los animales fue a saludarla y a preguntarle si había dormido bien. Stellina le respondió gentilmente como todas las mañanas, fingiendo que no sabía nada.

—Adiós, Stellina, que lo pases bien —dijo él—. Será hasta mañana.

Y se fue.

Stellina se apresuró a entrar en el granero con la damisela. Empezaron a arrojar trigo, maíz y cebada desde la ventana al jardín, para que las bestias se dedicaran a comer y no las vieran huir. De ese modo impedirían que avisaran al Rey de los animales. Y mientras las bestias comían, Stellina y la damisela tomaron las de Villadiego.

Cuando llegaron a las dos columnas, Stellina tomó el anillo y dijo:

—Ordeno que me digáis qué significa ese «pero».

—Ese «pero» significa que no puedes escapar a menos que des muerte al Rey de los animales —dijo la columna.

—¿Pero cómo? —preguntó Stellina.

—Ve al cuarto del Rey de los animales y quítale la nuez que esconde debajo del cojín de la poltrona.

Y en cuanto dijo estas palabras, la columna se desmoronó.

Stellina se armó de valor, volvió sobre sus pasos, y cogió la nuez que encontró en la poltrona. Apenas la tuvo en sus manos, apareció el Rey de los animales.

—¡Ah, Stellina, me has traicionado! —aulló, y así diciendo cayó muerto.

Apenas cayó muerto todas las bestias recobraron su verdadero aspecto: había Reyes, Reinas y Príncipes, y todos dieron las gracias a Stellina. Algunos querían regalarle un Reino, otros proponerle matrimonio.

—Lo lamento —dijo ella—, pero ya tengo un esposo que me aguarda.

Y salieron todos juntos del palacio, que de inmediato ardió en llamas. Cada uno de esos señores se fue a su casa, y Stellina se fue a la India con el hijo del Rey y todo el tesoro y se casaron y fueron siempre felices.

(Bolonia)

53
LOS CALZONES DEL DIABLO

Un hombre tenía un hijo, el hijo más bello que se hubiese visto jamás. Sucedió que el padre cayó enfermo y un día llamó al hijo:

—Sandrino, siento que mi muerte se aproxima. Pórtate bien y cuida lo poco que te dejo.

Murió, pero el hijo, en lugar de cuidar sus bienes y trabajar, se dedicó a divertirse y en menos de un año se vio en la miseria. Entonces se presentó al Rey de la ciudad a ver si lo tomaba a su servicio. El Rey, dada la apostura del joven, lo cogió como camarero. La Reina, cuando lo vio, se prendó tanto de él que lo quiso como camarero privado. Pero en cuanto Sandrino se dio cuenta de que la Reina se había enamorado de él, pensó: «Mejor cortar por lo sano antes de que se entere el Rey», y pidió licencia. El Rey quería saber por qué se iba, pero él respondió que debía atender ciertos asuntos particulares y se marchó.

Fue a otra ciudad y se presentó al Rey para ver si lo tomaba a su servicio. El Rey, al ver la bella apostura del joven, dijo que sí de inmediato, y Sandrino entró a servir en palacio. El Rey tenía una hija, quien apenas lo vio se enamoró hasta tal punto que parecía trastornada. La situación se volvió muy delicada, tanto que Sandrino se vio en la obligación de marcharse antes de tropezar con un inconveniente. El Rey, que nada sabía, le preguntó la causa de su decisión. Él respondió que debía atender ciertos asuntos, y el Rey no pudo decir nada.

Fue a casa de un Príncipe, pero la mujer se enamoró de él, y también de allí se marchó. Cambió de amo cinco o seis veces más, y siempre enamoraba a alguna mujer y tenía que irse. El pobre joven maldecía su belleza, y llegó a decir que le daría el alma al Diablo con tal de librarse de ella. No bien pronunció estas palabras, se le presentó un joven gentilhombre.

—¿De qué te lamentas? —le preguntó, y Sandrino le contó su historia.

—Escúchame —dijo el gentilhombre—, te doy este par de calzones. Cuida de tenerlos siempre cerca y de no quitártelos nunca. Vendré a buscarlos dentro de

exactamente siete años. Entre tanto, no te debes lavar, ni siquiera la cara, no debes cortarte la barba, ni el pelo, ni las uñas. Aparte de eso, puedes hacer lo que quieras y pasarlo bien.

En cuanto dijo estas palabras, desapareció, y se oyó el tañido de medianoche.

Sandrino se puso los calzones y se tendió a dormir en la hierba. Se despertó cuando ya era de día. Se restregó los ojos, y de pronto se acordó de los calzones y de lo que le había dicho el Diablo. Se levanta y siente que le pesan los calzones, se mueve y oye un tintineo de monedas: tenía los calzones llenos de monedas de oro, y cuantas más sacaba más salían.

Fue a una ciudad y se alojó en un mesón, en el cuarto más bonito que tenían. Se pasaba el día sacando dinero de los calzones y amontonando las monedas. Por cada servicio que le hacían, daba una moneda de oro; a cada pobre que estiraba la mano, una moneda de oro: de manera que siempre tenía una procesión a su puerta.

Un día preguntó al camarero:

—¿Sabes si hay algún palacio en venta?

El camarero le dijo que había uno justo frente al del Rey y que nadie lo compraba porque era muy caro.

—Consíguemelo —dijo Sandrino—, y te daré tu parte.

El camarero se las ingenió y se ocupó de comprar el palacio.

Sandrino comenzó a amueblarlo totalmente de nuevo. Luego hizo revestir de hierro todas las habitaciones de la planta baja, y tapiar las entradas. Allí encerrado, se pasaba el día sacando monedas. Cuando llenaba un cuarto pasaba al otro, y así llenó todos los cuartos de abajo. Transcurría el tiempo, y el pelo y la barba le habían crecido tanto que estaba irreconocible. Además, tenía las uñas largas como peines para cardar lana, y en los pies tenía que llevar sandalias como las que usan los monjes, porque ningún zapato le calzaba. Una costra del grosor de un dedo le cubrió la piel: en suma, parecía más una bestia que un hombre. Para mantener limpios los calzones, los protegía con albayalde o harina.

Debemos saber que al Rey de esa ciudad un Rey vecino le había declarado la guerra, y él estaba desesperado porque no tenía dinero para sufragarla. Un día llamó al Intendente.

—¿Qué novedades hay, Sacra Majestad?

—Estamos entre el yunque y el martillo —dijo el Rey—. No tengo un céntimo para costear la guerra.

—Majestad, aquí hay un vecino que tiene tanto dinero que no sabe dónde ponerlo. Puedo ir a pedirle si nos presta cincuenta millones. A lo sumo nos dirá que no.

El Intendente se presentó en casa de Sandrino en nombre del Rey, le hizo mil reverencias y después le comunicó el mensaje.

—Decidle a Su Majestad que estoy dispuesto a ayudarlo —dijo Sandrino—, a condición de que me retribuya dándome a una de sus hermosas hijas por mujer. Cualquiera de las tres, me da igual.

—Se lo comunicaré —dijo el Intendente.

—En ese caso, espero la respuesta en un plazo de tres días —dijo Sandrino—. Si no, me consideraré libre de todo compromiso.

Cuando el Rey recibió el mensaje, exclamó:

—¡Oh, pobre de mí! ¡Qué van a decir mis hijas cuando lo vean, que más que hombre parece una bestia! Debiste decirle que al menos te diera un retrato, algo para ir preparando a las muchachas.

—Voy a pedírselo —dijo el Intendente.

Sandrino, cuando se enteró del pedido del Rey, llamó a un pintor para que le hiciera un retrato y se lo envió al Rey. Cuando el Rey vio a esa bestia, dio un paso atrás, gritando:

—¡Y qué hija mía va a querer una jeta como ésta!

Pero, en un esfuerzo por hacer la prueba, hizo llamar a la mayor y le explicó el asunto. La muchacha reaccionó airadamente.

—¡Venirme a mí con esas proposiciones! ¿Pero os parece que es posible casarse con un hombre así? —y le dio la espalda sin una palabra más.

El Rey se tumbó en una poltrona negra que reservaba para los días infortunados, y allí permaneció más muerto que vivo. Al día siguiente, armándose de coraje, hizo llamar a la hija de en medio, dispuesto a lo peor. La muchacha vino, él le hizo el mismo discurso que a la primera, y le explicó que de su respuesta dependía la salvación del Reino.

—Bueno, señor padre —dijo la muchacha con cierta curiosidad—, permitidme ver ese retrato.

El Rey le alcanzó el retrato y ella lo tomó en sus manos, pero apenas le echó una ojeada lo arrojó lejos de sí como si hubiese tocado una serpiente.

—¡Señor padre!, jamás os habría creído capaz de insinuarle a una hija vuestra que se casara con una bestia. ¡Ahora sé cuánto me queréis!

Y así marchó, entre quejas y desvaríos.

«Vayamos, pues, a la ruina», se dijo el Rey, «pero más vale que no le mencione este matrimonio a ninguna de mis hijas. Con lo que me han dicho estas dos, ni pensar en lo que me diría la menor, que es la más bella». Se hundió en la poltrona negra y dio orden de que durante ese día no abrieran a nadie. Las hijas no fueron a verlo a la hora de comer, y ni siquiera preguntaron qué le ocurría. Sólo la menor, sin decir una palabra, bajó y fue en busca del padre. Empezó a hacerle mimos y a decirle:

—¿Pero por qué estáis tan afligido, papaíto? Vamos, levantaos de esta poltrona, alegraos un poco, que si no también yo me pongo a llorar.

Y empezó a rogarle y suplicarle que le explicara qué sucedía, hasta que al fin el Rey le comentó la situación.

—¿Ah, sí? —dijo la muchacha—. Veamos, mostradme ese retrato.

El Rey abrió un cajoncito y le dio el retrato. Zosa (así se llamaba la muchacha) se puso a mirarlo de arriba abajo y al fin dijo:

—¿Veis, señor padre? Debajo de estos cabellos tan largos y desgreñados, ¿veis qué hermosa frente? La piel es negra, eso es verdad, pero si se lavase las cosas cambiarían mucho. ¿Veis qué hermosas manos, si no fuera por esas tremendas uñas? ¡Pero si hasta los pies son hermosos! Y así todo el resto. Alegraos, señor padre, que yo me caso con él.

El Rey estrechó a Zosa en sus brazos y no se cansaba de abrazarla y besarla. Después llamó al Intendente y le mandó decir a aquel señor que su hija menor estaba dispuesta a casarse con él.

—Está bien, estamos de acuerdo —dijo Sandrino en cuanto lo supo—. Decid pues a Su Majestad que puede disponer de cincuenta millones. Más aún, venid a buscarlos en seguida y traeos una bolsita para llevaros algo vos mismo, porque quiero demostraros mi gratitud. Decidle a Su Majestad que ni piense en darle nada a la novia, porque yo quiero encargarme de todo.

Cuando las hermanas se enteraron del compromiso de Zosa, empezaron a gastarle bromas, pero ella no les hacía caso y las dejaba trinar.

El Intendente fue a buscar el dinero y Sandrino le entregó una gran bolsa con las habituales monedas de oro.

—Hará falta contarlas —dijo el Intendente—, porque me parece que esto pasa de la suma pactada.

—No importa —respondió Sandrino—. A mí no me preocupa un poco de más o un poco de menos.

Luego envió sirvientes a todas las joyerías de la ciudad para comprar lo más hermoso que tuvieran: aros, cadenitas, brazaletes, broches, anillos con brillantes del tamaño de una avellana. Dispuso todo en una bandeja de plata y envió a cuatro de sus camareros a presentar los regalos a la novia.

El Rey se regocijaba, la hija pasaba horas probándose las joyas, las hermanas empezaron a sentir envidia y comentaban:

—Estaría mejor si fuera más buen mozo.

—A mí me basta con que sea bueno —decía Zosa.

Entre tanto Sandrino había hecho llamar a los sastres, peluqueros, zapateros y merceros más diestros, así como a los que mejor cosían galones y paños; ordenó todo lo que hacía falta para el ajuar, y dijo que en quince días todo debía estar listo.

Se sabe que con dinero todo es posible, y a los quince días, en efecto, todo estuvo listo: batas de tela tan fina que bastaba un soplo para traspasarlas, recamadas hasta las rodillas, faldas hechas con seda de Flandes en paños de un brazo de alto, pañuelos tan recamados que no dejaban sitio ni para sonarse la nariz, atuendos de seda de todos los colores, de brocado de oro y de plata guarnecido con gemas, de terciopelo rojo o azul turquí.

En vísperas de la boda, Sandrino ordenó que se llenaran cuatro tinajas de agua caliente y fría. Cuando estuvieron preparadas, Sandrino se zambulló en la de agua más caliente, y se quedó hasta que la costra de mugre que tenía pegada se ablandó un

poco, después saltó a la otra tinaja de agua caliente y empezó a restregarse la piel; le salían virutas como si fuera un carpintero. ¡Hacía siete años que no se lavaba! Cuando se limpió la suciedad más gruesa, se metió en la otra tinaja, llena de agua perfumada apenas tibia. Allí se enjabonó y su hermosa piel de otros tiempos empezó a hacerse reconocible. Luego se metió en la otra tina, llena de agua de Colonia y agua de Felsina, y allí permaneció un buen rato para darse el último enjuague.

—¡El barbero, rápido!

Vino el barbero y lo esquiló como a una oveja. Después recurrió a utensilios de hierro para ensortijarle el pelo y lo trató con pomadas, y por fin le cortó las uñas.

A la mañana siguiente, cuando bajó de la carroza para ir a buscar a su prometida, las hermanas, asomadas a la ventana para presenciar la llegada del monstruo, se encontraron con un joven apuestísimo.

—¿Quién será? Debe de ser alguien que ha mandado el novio para no mostrarse en persona.

También Zosa subió al carruaje pensando que se trataba de un amigo. Al llegar al palacio, preguntó:

—¿Y el novio?

Sandrino tomó su retrato y le dijo:

—Mira bien esos ojos, mira esa boca. ¿No me reconoces?

Zosa no cabía en sí de la alegría.

—¿Pero cómo habías llegado a reducirte a ese estado?

—No me hagas preguntas —dijo el novio.

Las hermanas se morían de envidia al ver que el novio era él. Y durante el banquete nupcial miraban a Zosa y a Sandrino como si quisieran comérselos con los ojos, y comentaban:

—Daríamos el alma al Diablo con tal de no verlos tan felices.

Precisamente ese día terminaban los siete años que había dicho el Diablo, y a medianoche debía venir en busca de los calzones de Sandrino. El novio, a las once, saludó a todos los invitados y dijo que quería quedarse a solas.

—Esposa mía —le dijo a Zosa en cuanto estuvieron solos—, vete a acostar, que yo iré más tarde.

«¿Qué se le pasará por la cabeza?», se preguntó Zosa, pero, con la ayuda de sus doncellas, se desnudó y se metió en la cama.

Sandrino había hecho un hato con los calzones del Diablo, y lo esperaba. Había hecho retirar a toda la servidumbre; estaba solo; y de pronto se dio cuenta de que tenía la piel de gallina y el corazón en la garganta. Sonó medianoche.

La casa se estremeció. Sandrino vio al Diablo que se acercaba. Le enseñó el hato.

—¡Toma tus calzones! ¡Cógelos, te los devuelvo! —dijo.

—Debería llevarme tu alma, ahora —dijo el Diablo.

Sandrino temblaba.

—Pero como en lugar de tu alma me has hecho encontrar dos —prosiguió el

Diablo—, me llevo ésas y te dejo en paz.

A la mañana siguiente, Sandrino dormía feliz junto a su esposa. Vino el Rey a darles los buenos días y a preguntarle a Zosa si sabía algo de sus hermanas, pues nadie había vuelto a verlas. Entraron al aposento de las hermanas y no encontraron a nadie, pero en la mesa había una nota: */Malditos seáis! Por vosotros estamos condenadas y nos lleva el Diablo*.

Entonces Sandrino comprendió cuáles eran las dos almas que el Diablo se había llevado en vez de la suya.

(Bolonia)

54
COMO A LA SAL

Había una vez un Rey que tenía tres hijas: una morena, una castaña y una rubia. La primera era feúcha, la segunda más o menos, y la más pequeña era la más buena y hermosa. Y las dos mayores le tenían envidia. Ese Rey tenía tres tronos: uno blanco, uno rojo y uno negro. Cuando estaba contento usaba el blanco, cuando estaba más o menos usaba el rojo, cuando estaba irritado el negro.

Un día fue a sentarse en el trono negro, porque estaba enojado con las dos hijas mayores. Ellas empezaron a fastidiarlo con sus zalamerías.

—Señor padre —le dijo la mayor—, ¿habéis descansado bien? ¿Es porque estáis enojado conmigo que os veo en el trono negro?

—Sí, contigo.

—¿Pero por qué, señor padre?

—Porque no me amas.

—¿Yo? Yo os amo, señor padre, claro que sí.

—¿Cuánto?

—Como al pan.

El Rey resopló un poco, pero no dijo nada porque estaba muy complacido con esa respuesta.

Vino la hija segunda.

—Señor padre, ¿habéis descansado bien? ¿Por qué estáis en el trono negro? ¿No estaréis enojado conmigo, verdad?

—Sí, contigo.

—¿Pero por qué conmigo, señor padre?

—Porque no me amas.

—Pues claro que os amo…

—¿Cuánto?

—Como al vino.

El Rey farfulló algo entre dientes, pero se veía que estaba satisfecho. Vino la más

pequeña, muy sonriente.

—Oh señor padre, ¿habéis descansado bien? ¿En el trono negro? ¿Por qué? ¿Os habéis enojado conmigo, tal vez?

—Sí, contigo. Porque tú tampoco me amas.

—Pero yo sí que os amo.

—¿Cuánto?

—¡Como a la sal!

Al oír esta respuesta, el Rey montó en cólera.

—¡Como a la sal! ¡Como a la sal! ¡Ah, desgraciada! ¡Fuera de mi vista, que no quiero volver a verte! —y dio orden de que la llevaran a un bosque y le dieran muerte.

Su madre la Reina, que realmente la amaba, en cuanto supo la orden del Rey se devanó los sesos para hallar el modo de salvarla. En el Palacio Real había un candelero de plata así de grande, donde Zizola (así se llamaba la hija menor) cabía sin dificultad, de modo que la Reina la escondió ahí dentro.

—Ve a vender este candelero —le dijo a su criado de confianza—, y cuando te pregunten cuánto cuesta, si es gente pobre diles un precio alto, si es un gran señor dáselo por nada.

Abrazó a su hija, le hizo mil recomendaciones, y en el candelero pusieron higos secos, chocolate y bizcochos.

El criado llevó el candelero a la plaza y, cuando le preguntaban el precio, a los que no le caían bien les pedía un despropósito. Finalmente pasó el hijo del Rey de Torraba, examinó el candelero de arriba abajo, y luego preguntó cuánto costaba. El criado le pidió un precio irrisorio y el Príncipe hizo llevar el candelero a palacio. Lo instaló en el comedor y todos los que iban a comer se deshacían en elogios.

Por la noche el Príncipe iba a conversar afuera; como sin embargo no quería que nadie se quedara esperándolo, los criados solían dejarle la cena preparada y se iban a acostar. Cuando Zizola se dio cuenta de que no había nadie en la sala, salió del candelero, se comió toda la cena y volvió a su escondite. Llega el Príncipe, no encuentra nada para comer, toca todas las campanillas y empieza a injuriar a los criados. Ellos no se cansaban de jurarle que habían dejado la cena lista, que debía de habérsela comido el perro o el gato.

—Si vuelve a pasar, os despido a todos —dijo el Príncipe; mandó que le sirvieran otra cena, comió y se fue a dormir.

A la noche siguiente, pese a que todo estaba cerrado con llave, ocurrió lo mismo. Parecía que los gritos iban a derrumbar la casa; luego dijo:

—Vamos a ver mañana por la noche.

¿Y qué hizo al día siguiente por la noche? Se ocultó bajo la mesa, cubierta con un mantel que llegaba hasta el suelo. Llegan los criados, ponen los platos con todos los manjares, hacen salir al perro y al gato y cierran la puerta con llave. Apenas se retiran, se abre el candelero y sale la bella Zizola. Se acerca a la mesa y se pone a

comer a manos llenas. Sale el Príncipe, la agarra de un brazo, ella trata de escapar pero él se lo impide. Entonces Zizola cae de rodillas y le cuenta su historia de cabo a rabo. El Príncipe ya se había enamorado ardientemente. La calmó y le dijo:

—Bien, por lo pronto te digo que serás mi esposa. Ahora vuelve dentro del candelero.

Cuando se acostó, el Príncipe no pudo cerrar un ojo en toda la noche, a tal punto estaba enamorado; y por la mañana ordenó que trasladasen el candelero a su cámara, porque era tan bello que de noche quería tenerlo cerca. Luego dio orden de que le llevasen raciones dobles de comida a su cámara, porque tenía hambre. Así le llevaron el café, y luego el desayuno, y el almuerzo, todo doble. En cuanto le traían las bandejas, cerraba la puerta con llave, hacía salir a su Zizola y comían juntos con gran alegría.

La Reina, que estaba sola en la mesa, se puso a suspirar:

—¿Pero qué tendrá mi hijo contra mí que no baja a comer conmigo? ¿Qué le habré hecho?

Él siempre le decía que tuviera paciencia, que quería estar solo; hasta que un buen día le dijo:

—Quiero tomar mujer.

—¿Y quién es la novia? —dijo la Reina muy contenta.

—¡Quiero casarme con el candelero! —dijo el Príncipe.

—¡Caramba, mi hijo se ha vuelto loco! —exclamó la Reina tapándose los ojos con las manos.

Pero él hablaba en serio. La madre trataba de hacerlo entrar en razón, de hacerle pensar en lo que diría la gente, pero él seguía en sus trece: dio orden de preparar la boda en un plazo de ocho días.

El día acordado un gran cortejo de carrozas salió de palacio, y en la primera iba el Príncipe acompañado por el candelero. Llegaron a la iglesia y el Príncipe hizo trasladar el candelero frente al altar. Cuando llegó el momento, abrió el candelero y entonces salió Zizola, vestida de brocado, con tantas piedras preciosas en el cuello y las orejas que irradiaba esplendor por todas partes. Celebradas las bodas y de vuelta en palacio, contaron a la Reina toda la historia. La Reina, que era una picara, dijo:

—Dejadlo de mi cuenta que a ese padre le quiero dar una lección.

Así pues, organizaron el banquete de bodas e invitaron a todos los Reyes de la vecindad, incluido el padre de Zizola. Y la Reina hizo preparar una comida especial para el padre de Zizola, con todos los platos sin sal. La Reina anunció a los invitados que la novia no se encontraba bien y no podía asistir al banquete. Se pusieron a comer; pero la sopa del rey era insípida, de modo que se puso a mascullar: «Este cocinero, este cocinero se olvidó de salar la sopa». Y se vio obligado a dejarla en el plato.

Después vino el guiso, también sin sal. El Rey dejó el tenedor a un lado.

—¿Por qué no coméis, Majestad? ¿No os gusta?

—Oh, sí, está muy bueno, muy bueno.

—¿Y por qué no coméis?

—Es que no me siento muy bien.

Intentó llevarse a la boca un pedazo de carne, pero por más que masticaba no se lo podía tragar. Y entonces recordó la respuesta de su hijita, que lo quería tanto como a la sal, y fue presa del remordimiento y el dolor, y poco a poco rompió a llorar, diciendo:

—¡Ay, desgraciado de mí, qué hice!

La Reina le preguntó qué le ocurría, y él empezó a contar toda la historia de Zizola. Entonces la Reina se levantó y mandó llamar a la novia. El padre la abrazó y lloró y le preguntó cómo había llegado allí. Le parecía como si hubiese resucitado. Mandaron llamar también a la madre y reiniciaron la boda con una fiesta todos los días, y creo que todavía siguen bailando.

(Bolonia)

55
LA REINA DE LAS TRES MONTAÑAS DE ORO

Había una vez un hombre humilde qué tenía tres hijos. Este hombre estaba gravemente enfermo, y un día llamó a sus hijos alrededor del lecho y les dijo:

—Como veis, estoy a punto de morir; no tengo nada para dejaros, pero os ruego que seáis honestos y que trabajéis como yo lo hice siempre, que el cielo os ayudará.

Expiró, y los tres muchachos quedaron solos.

—Vamos a buscar trabajo —dijo el mayor— como nuestro padre nos aconsejó.

Y los tres partieron juntos en busca de fortuna.

Al caer la noche se encontraron frente a un bello palacio, y llamaron a la puerta para pedir alojamiento. Llaman, miran por todas partes y no ven a nadie. Entonces entran y descubren una mesa servida para tres con deliciosos manjares. Se quedan boquiabiertos. Luego dijo el mayor:

—Ya que no se ve a nadie, comamos, y si alguien da señales de vida le pediremos permiso —y se pusieron a comer y a beber hasta quedar satisfechos.

Después empezaron a recorrer el palacio; había un cuarto con un hermoso lecho con dosel; y otro cuarto con otro lecho sobre el cual había una guirnalda de flores; y otro lecho, en otro cuarto, que tenía encima una corona de hojas de oro.

—Estas camas parecen hechas a propósito para nosotros —dijeron los muchachos —. ¡Bien! Acostémonos.

Cada cual se dirigió a una habitación y el mayor dijo:

—Ojo, levantaos temprano, porque yo no pienso esperaros.

Por la mañana, el mayor se levantó temprano; sin decir nada, junta sus cosas y se va: era un tipo hecho a su manera. Cuando se despierta el de en medio, va al cuarto de su hermano mayor y ve que ya se ha ido; entonces también él decide marcharse.

El menor dormía a pierna suelta; se levantó tarde y buscó inútilmente a sus hermanos. La mesa estaba lista para el desayuno; el menor comió y después se asomó por una ventana. Afuera se veía un hermoso jardín, y el menor quiso bajar a verlo.

El menor se llamaba Sandrino y era sin duda un jovencito muy buen mozo.

Recorría el jardín cuando en el extremo de una cavedaña[12-Tr] vio un gran pozo lleno de agua. Del agua salía la cabeza de una bellísima joven, que permanecía quieta, inmersa hasta el cuello.

—¿Qué hacéis ahí, señora? —preguntó Sandrino.

—Buen viento el que te trae, apuesto joven —respondió ella—. Has de saber que yo soy la Reina de las Tres Montañas de Oro. Soy víctima de un encantamiento y estoy condenada a permanecer en el agua hasta encontrar un valiente que duerma tres noches seguidas en el palacio.

—Si es sólo eso —dijo Sandrino—, me quedo a dormir yo.

—Bueno —dijo la Reina—, al que se quede a dormir, en tres días lo acepto como esposo. Pero cuídate de no tener miedo si oyes ruidos extraños, porque a tu cuarto irán fieras de todo tipo, pero si te mantienes firme verás que se van sin hacerte daño.

—Oh, yo no tengo miedo, podéis estar segura. Haré lo que me habéis dicho.

Al anochecer el muchacho se acuesta, y a medianoche oye el primer ruido: el rugido de las fieras.

—Empieza la función —dice Sandrino, y espera a ver qué ocurre.

En el cuarto irrumpieron lobos, osos, águilas, serpientes y toda clase de bestias capaces de espantar al mismo Diablo. Se pusieron a dar vueltas por todas partes, pasaron junto al lecho, pero Sandrino se mantuvo firme y así, poco a poco, las fieras abandonaron el cuarto, y buenas noches.

Por la mañana el muchacho fue hasta el pozo: la Reina estaba con el agua hasta la cintura. Estaba contenta y le hizo un sinfín de cumplidos. Por la noche, en el cuarto de Sandrino, la misma música con todas esas bestias, pero él no cedió y por la mañana fue a ver a la Reina, que estaba con el agua hasta las pantorrillas. Le dijo muchas y hermosas palabras y Sandrino se fue a desayunar muy contento.

Llegó la última noche. El rugido de las bestias era como para asustar a cualquiera, y esta vez llegaron hasta la cabecera; Sandrino no se movió hasta que se fueron. Por la mañana la Reina tenía el agua sólo hasta los pies. Él le dio la mano y la hizo caminar fuera del agua. Aparecieron damiselas que lo agasajaron. Fueron de inmediato a tomar el desayuno y resolvieron casarse a los tres días.

En la mañana del día de la boda, la Reina le dijo a Sandrino:

—Debo avisarte de algo muy grave. Cuando estés en el reclinatorio, no te duermas, pues de lo contrario desaparezco y no me verás nunca más.

—¡Lo único que me faltaba! —dijo Sandrino—. ¿Cómo me voy a dormir?

Fueron a la iglesia, y cuando se arrodillaron en el reclinatorio, Sandrino sintió tanto sueño que se quedó dormido. Y la Reina escapó. Cuando al poco tiempo Sandrino despertó, vio que la Reina no estaba.

—¡Ay de mí! —exclamó, y volvió al palacio y la buscó por todas partes y, al ver que no la encontraba, se hizo con una bolsa de monedas, dispuesto a recorrer el mundo.

Caminó hasta el anochecer, y entró en un mesón y preguntó al mesonero si había

visto a la Reina de las Tres Montañas de Oro.

—Yo no la he visto —dijo el mesonero—, pero sepa usted que yo soy el que manda en todos los animales de la tierra, así que les preguntaré a ellos si la vieron — da un silbido y pronto llegan perros, gatos, tigres, leones, monos y otros animales. El mesonero les pregunta—: ¿alguno de vosotros ha visto a la Reina de las Tres Montañas de Oro?

—No —respondieron los animales—, no la hemos visto para nada.

El mesonero despidió a todas las bestias, diciéndole a Sandrino:

—Escúcheme, ¿sabe lo que voy a hacer mañana? Le enviaré a casa de mi hermano, que es el que manda en todos los peces, así sabrás si ellos la han visto.

Por la mañana Sandrino le dio un saquito de monedas al mesonero y se fue a casa del hermano.

Cuando supo que lo enviaba el hermano, el hombre que mandaba en todos los peces recibió muy gustoso a Sandrino en su mesón, diciéndole:

—Espere un momento. En seguida llamo a todos los peces y les pregunto.

Dio un silbido y pronto llegaron los lucios, las tencas, las anguilas, los esturiones, los delfines, las ballenas y toda clase de peces.

—No, no hemos visto nada —respondieron todos, y el mesonero los despidió.

—Mañana —le dijo a Sandrino—, le daré una nota para mi hermano, el que manda en los pájaros. Puede que ellos la hayan visto.

Sandrino no veía la hora de que llegase el día siguiente. Y tras mucho caminar, llegó al tercer mesón.

—En seguida le atiendo —dijo el mesonero, y a su silbido acudieron volando gallinas, lechuzas, mochuelos, faisanes, aves del paraíso, halcones. Sólo faltaba el águila. El mesonero volvió a silbar y el águila apareció.

—Disculpad la demora —dijo—. Estaba almorzando en la Corte del Rey de Marone, que se casa con la Reina de las Tres Montañas de Oro.

Al escuchar esta noticia, Sandrino se desesperó. Pero el jefe de todos los pájaros le dijo:

—Estése tranquilo, ya veremos cómo ponemos las cosas en orden —y se volvió hacia el águila—: ¿puedes llevar a este joven a la Corte del Rey de Marone?

—¡Cómo no! —dijo el águila—. Pero quiero que cada vez que le pida agua me dé agua, que cada vez que le pida pan me dé pan, y que cada vez que le pida carne me dé carne. Si no, lo tiro al mar.

Entonces el joven cargó dos cestos de pan, dos toneles de agua y dos libras de carne. El águila emprendió el vuelo llevándolo a caballo. Cada vez que el águila pedía pan, agua, carne, él se lo daba sin tardanza. Pero aún debían atravesar un trecho de mar, y se había quedado sin carne. El águila pidió carne y Sandrino no supo qué hacer. Se cortó un trozo de pierna y se lo dio al águila. La Reina le había dado un ungüento mágico, con el cual se untó la herida y curó.

El águila lo llevó directamente a la cámara de la Reina.

En cuanto se vieron, cayeron uno en brazos del otro. Se contaron todo lo ocurrido, y luego la Reina lo acompañó a presencia del Rey y dijo que éste era su salvador y su marido. Al Rey le pareció justo y con gran placer decretó las bodas, que duraron un mes y una semana.

(Bolonia)

56
EL QUE SE ENFADA PIERDE

Un hombre humilde tenía tres hijos: Giovanni, Fiore y Pírolo. Como estaba muy grave, los llamó a su cama.

—Como veis, hijos míos, estoy cerca de la muerte. Sólo puedo dejaros tres medidas de cuatrines que ahorré con mis esfuerzos; tomad una cada uno y tratad de ingeniároslas.

En cuanto dijo estas palabras, lanzó un profundo suspiro y expiró. Los muchachos se echaron a llorar, pero su pobre padre ya se había ido de este mundo.

Repartieron las tres medidas de cuatrines; pero Giovanni, que era el mayor, dijo:

—Muchachos, no podemos quedarnos sin hacer nada. Aquí tendremos que comernos la paja y terminaremos en la calle. Es necesario que uno de nosotros salga en busca de fortuna.

—Tienes razón —respondió Fiore, el de en medio—. Saldré yo, a ver si tengo suerte.

Y a la mañana siguiente se levantó, se lavó la cara y los pies, se lustró las botas, se echó el dinero al hombro, abrazó a sus hermanos y se fue.

Caminó y caminó hasta que, al caer la noche, pasó frente a una iglesia y vio al Arcipreste, que había salido a tomar el fresco.

—Mis respetos, señor Arcipreste —dijo Fiore quitándose el sombrero.

—Buenas, jovencito. ¿Adónde vas?

—Recorro el mundo en busca de fortuna.

—¿Y qué llevas en esa bolsita?

—Una medida de cuatrines que me dejó mi padre.

—¿Quieres quedarte conmigo?

—Con mucho gusto.

—Debes saber que también yo tengo una medida de cuatrines; y si vienes conmigo, haremos un pacto: el primero de nosotros que se enfade pierde su dinero.

Fiore aceptó. El Arcipreste le mostró el terreno que tenía que labrar al día

siguiente, y le dijo:

—Cuando estés trabajando, no hace falta que pierdas tiempo para desayunar y almorzar; yo te mando la comida.

—Como le parezca, señor Arcipreste —respondió Fiore. Cenaron juntos, charlaron un poco, y después la criada más vieja lo acompañó a su cuarto.

Por la mañana Fiore se levantó temprano, fue a trabajar, y empezó a labrar la tierra como le había indicado el Arcipreste. Y así continuó hasta la hora del desayuno. Esperó, esperó, pero no vino nadie. Fiore empezó a inquietarse, a lanzar imprecaciones. Pero como pasaba el tiempo, retomó la azada y siguió trabajando con la panza vacía, esperando la hora del almuerzo. Llegó la hora del almuerzo, y Fiore escudriñaba el sendero para ver quién venía; cuando se acercaba alguien pensaba que era la criada del Arcipreste y recobraba el ánimo, pero después veía que no era ella e insultaba como un turco.

Cuando se acercó la noche, llegó finalmente la vieja con un montón de excusas, diciendo que había estado lavando ropa y no había podido ir, y otras historias de ese tenor. Fiore, que se moría por cantarle las cuarenta, se contuvo para no perder la medida de cuatrines. Metió una mano en la espuerta de la vieja y sacó una olla y un frasco. Trató de destapar la olla, pero la tapa estaba cerrada de tal forma que parecía empotrada con cal. Fiore tiró la olla al diablo, gritando insolencias.

—¿Pero sabe una cosa? —decía la criada con aire inocente—: la hemos cerrado así para que no le entraran moscas.

Fiore cogió el frasco, pero también estaba cerrado de la misma manera. Lanzó tantas imprecaciones como para rajar las paredes, después dijo:

—Vaya, vaya con el señor Arcipreste, que después voy yo a cantarle el resto. ¡Ya le enseñaré yo si ésta es forma de tratarme!

La criada volvió a casa. El Arcipreste la esperaba en la puerta.

—¿Cómo ha ido? ¿Cómo ha ido?

—¡Muy bien, reverendo! ¡Tiene una furia de mil demonios!

Al cabo de un rato llegó Fiore, con una cara tan larga que podría ponérsele un bozal, y no esperó a entrar para decirle de todo al Arcipreste.

—¿Pero cómo? —dijo el Arcipreste—. ¿No recuerdas que hicimos un pacto, y que el primero que se enfadase perdería la medida de cuatrines?

—¡Qué se vaya también al diablo! —respondió Fiore; recogió sus cosas y se fue, dejándole el dinero. Y el Arcipreste y sus dos criadas se morían de la risa.

Medio muerto de hambre, de fatiga y de cólera, Fiore volvió a casa. Los hermanos estaban junto a la ventana, y con sólo verle la cara se dieron cuenta de que le había ido mal.

Cuando Fiore, después de comer y beber, se lo contó todo a sus hermanos, Giovanni dijo:

—Te apuesto a que si voy yo traigo de vuelta mi dinero, el del Arcipreste, y también el que perdiste. Indícame dónde está y déjalo de mi cuenta.

Así que también Giovanni fue a casa del Arcipreste, pero también él, con el hambre y la sed y esa historia de la olla y el frasco, se enfadó tanto que, de haberlas tenido, no sólo hubiese perdido sus cuatrines sino diez medidas más. Y volvió a casa hambriento y desesperado como un ladrón.

Pírolo, que era el más pequeño pero también el más astuto, dijo:

—Escuchad, hermanos, dejadme ir a mí. Me comprometo a traer vuestro dinero y el del Arcipreste.

Los hermanos no querían por temor a perder hasta la última medida de cuatrines, pero tanto hizo y tanto dijo que al final lo dejaron ir.

Se puso en marcha, llegó a la casa del Arcipreste y entró a su servicio. Como de costumbre, apostaron a quién se enfadaba primero, y el Arcipreste dijo:

—Yo tengo tres medidas de cuatrines, y apuesto las tres contra la tuya.

Luego fueron a cenar, y Pírolo se metió en el bolsillo todo el pan, la carne, el jamón y el queso que pudo.

Por la mañana, antes que despuntara el sol, Pírolo ya estaba trabajando. Cuando llegó la hora del desayuno, por supuesto que no vino nadie, así que Pírolo sacó del bolsillo pan y queso y empezó a comer. Después fue a la casa de unos campesinos, se presentó como criado del Arcipreste y pidió algo de beber. Los campesinos lo agasajaron, le preguntaron por la salud del Arcipreste, y así hablando lo llevaron a la bodega y le sirvieron un tazón del mejor vino; con eso tuvo bastante hasta la hora del almuerzo. Dio las gracias, anunció que volvería más tarde, y muy alegre se fue para seguir trabajando. A la hora del almuerzo tampoco vino nadie, pero Pírolo tenía pan y fiambre. Después volvió a beber vino, y regresó al trabajo cantando. Hacia el anochecer, apareció a lo lejos una mujercita, la vieja criada del sacerdote, que le traía el almuerzo. Pírolo siguió cantando.

—Discúlpame, chico, si me he retrasado… —empezó la vieja.

—¡Oh, de ningún modo! —repuso él—. Para comer siempre se está a tiempo.

La vieja, cuando oyó esta respuesta, se quedó sorprendida; y empezó a sacar de la espuerta la olla con la tapa pegada. Él se echó a reír.

—Ah, muy bien. Veo que ha tomado precauciones para que no entraran las moscas.

Y con el mango de la azada desfondó la tapa, y así se comió la sopa. Después cogió el frasco, hizo saltar el cuello con el mango de la azada y se bebió el vino. Después de comer bien y beber bien, le dijo a la vieja:

—Váyase yendo, que en un momento termino el trabajo y también voy para allá. Agradézcale la molestia al señor Arcipreste.

El Arcipreste esperaba a la vieja con los brazos abiertos.

—¿Y qué tal? ¿Qué novedades hay? —le preguntó.

—Esto va mal —dijo la criada—. El tipo está alegre como una pascua.

—No te preocupes, ya se le pasará —dijo el Arcipreste.

Pírolo volvió y empezaron a cenar. Durante la cena Pírolo bromeaba con las dos

criadas, y el Arcipreste se comía las uñas.

—Y mañana, ¿qué trabajo hay que hacer? —preguntó Pírolo.

—Escúchame —dijo el Arcipreste—: tengo cien cerdos. Tienes que ir a venderlos al mercado.

A la mañana siguiente, Pírolo partió hacia el mercado con los cien cerdos. Al primer mercader que encontró se los vendió todos, salvo una marrana grande como una vaca; pero antes de venderlos les cortó el rabo a todos, y se guardó noventa y nueve rabos de cerdo. Se guardó el dinero en el bolsillo y se dirigió a la casa, pero se detuvo un momento en un campo, abrió noventa y nueve agujeros con una pequeña azada y plantó en ellos los rabos, dejando fuera sólo el rizo, que sobresalía de la tierra. Luego cavó una gran fosa y metió dentro a la marrana, y también dejó fuera sólo el rizo del rabo. Luego empezó a gritar:

—Corra corra, don Raimondo,
¡Los cerdos se van al fondo!
¡Se caen al precipicio
Y sólo se les ve el rizo!

El Arcipreste se asomó a la ventana y Pírolo le hizo desesperadas señas para que se acercara. El Arcipreste corrió a su encuentro.

—¡Fíjese qué desgracia! Estaba aquí con las bestias y de pronto las veo hundirse a todas ante mis narices. ¡Mire, mire, todavía tienen el rabito afuera! ¡Seguro que están hundiéndose en el Infierno! ¡Tiremos a ver si logramos salvar alguna!

El Arcipreste empezó a tirar de los rabitos pero todos se le quedaban en la mano; en cambio Pírolo tomó el rabito de la marrana, tiró con todas sus fuerzas, y la sacó entera y viva. El animal gritaba como endemoniado.

El Arcipreste iba a estallar de furia, pero pensó en la apuesta, se contuvo, y dijo como si tal cosa:

—¡Y bueno, qué se le va a hacer! ¡En fin, mala suerte! —y se dirigió a la casa, retorciéndose las manos.

Por la noche Pírolo preguntó, como de costumbre:

—Y mañana, ¿qué tengo que hacer?

—Tengo cien ovejas para llevar al mercado —dijo el Arcipreste—, pero no quisiera que se repitiera lo de hoy.

—¡Diablos! —dijo Pírolo—. ¡No puede ser que tengamos tanta mala suerte!

Y al día siguiente partió hacia el mercado y vendió las ovejas a un mercader, todas salvo una, que era coja. Se guardó el dinero en el bolsillo y emprendió el regreso. Cuando llegó al campo del día anterior, cogió una escalera muy muy larga que estaba allí tirada, la apoyó contra un chopo, subió llevando a cuestas la oveja coja, y la sujetó a la copa del árbol. Bajó, quitó la escalera y empezó a gritar:

—Corra corra, don Carmelo,
¡Las ovejas se van al cielo!

Quedó sólo ésta que es coja
Y está ahí, arriba en la copa.

El Arcipreste fue corriendo. Y Pírolo:

—Estaba aquí con mis ovejas, cuando de pronto las veo saltar a todas por el aire como si las hubiesen llamado del Paraíso. Esta pobre, que es coja, también saltó, pero no tuvo suerte: se quedó ahí en la copa del chopo.

El Arcipreste estaba rojo como un pavo, pero también esta vez se contuvo y actuó como si tal cosa.

—Bueno, qué vamos a hacer —dijo—. Ya no tiene remedio, hemos tenido mala suerte…

Cuando estaban cenando, Pírolo volvió a preguntar qué tenía que hacer. Y el Arcipreste:

—Hijo mío, ya no tengo más tareas que darte. Mañana por la mañana voy a decir misa a una parroquia vecina. Puedes venir conmigo a ayudarme en la misa.

Al día siguiente Pírolo se levantó temprano, lustró los zapatos del Arcipreste, se puso una camisa blanca, se lavó la cara y fue a despertar al patrón. Salieron juntos; pero apenas emprendieron el viaje empezó a llover, y el Arcipreste dijo:

—Vuelve a casa y tráeme las galochas; no quiero ensuciarme los zapatos que uso para decir misa. Te espero bajo este árbol con el paraguas.

Pírolo corrió a casa y dijo a las criadas:

—Rápido, ¿dónde estáis? ¡El Arcipreste ha dicho que tengo que besaros a las dos!

—¿Besarnos a nosotras? ¿Pero estás loco? ¡Cómo el Arcipreste iba a decir eso!

—¡A las dos! —insistió—. ¡Es cierto! ¡Si no, que lo diga él! —y asomándose a la ventana, le gritó al Arcipreste, que esperaba afuera—: señor Arcipreste, ¿una o las dos?

—¡Pues las dos, naturalmente, las dos! —gritó el Arcipreste.

—¿Lo habéis oído? —dijo Pírolo y las besó.

Después cogió las galochas y corrió hacia el Arcipreste, que le dijo:

—¿Pero qué creías que iba a hacer con una galocha sólo?

Cuando volvió a casa, el Arcipreste se dio cuenta de que las criadas le ponían mala cara.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¡Cómo que qué pasa! ¿A nosotras nos pregunta qué pasa? ¿Le parece que ésas son órdenes de dar? ¡Si no lo hubiésemos escuchado con nuestros propios oídos no lo habríamos creído jamás!

Y le contaron lo del beso.

—Basta —dijo el Arcipreste—, ya me ha hecho demasiadas. Tengo que despedirlo cuanto antes.

—Pero hasta que no cante el cuclillo —le dijeron las criadas—, no se puede despedir a los trabajadores.

—Nosotros simularemos que canta el cuclillo —llamó a Pírolo y le dijo—:

escúchame, ya no tengo más trabajo para ti, así que debo despedirte.

—¿Cómo? —dijo Pírolo—. Sabe bien que hasta que no cante el cuclillo no puede despedirme.

—Es justo —dijo el Arcipreste—, esperemos a que cante el cuclillo.

Entonces la criada vieja mató y desplumó algunas gallinas, y cosió todas las plumas a una faja y un par de calzones del Arcipreste. Se vistió con las plumas y por la noche se subió al techo y se puso a cantar:

—¡Cucú! ¡Cucú!

Pírolo estaba cenando con el Arcipreste.

—Escucha —dijo el Arcipreste—, me parece que canta el cuclillo.

—No puede ser —dijo Pírolo—, si estamos apenas en marzo y el cuclillo no canta hasta mayo.

Y sin embargo, se oía cantar muy claramente:

—¡Cucú! ¡Cucú!

Pírolo corrió a coger la escopeta que había detrás de la cama del Arcipreste, abrió la ventana y apuntó al pajarraco que cantaba en el tejado.

—¡No tires! ¡No tires! —gritó el Arcipreste, pero Pírolo tiró.

La criada emplumada cayó del tejado llena de perdigones.

El Arcipreste esta vez perdió la luz de los ojos:

—¡Pírolo! ¡Vete de aquí, no quiero verte más!

—¿Por qué? ¿Está enfadado, señor Arcipreste?

—¡Sí, claro que estoy enfadado!

—Bueno, entonces deme las tres medidas de cuatrines y después me voy.

Así Pírolo volvió a casa con cuatro medidas de cuatrines, además del dinero que había ganado vendiendo los puercos y las ovejas. Devolvió el dinero a los hermanos, instaló una tienda de ropavejero, tomó mujer y vivió siempre contento.

(Bolonia)

57
EL OGRO CON PLUMAS

Un Rey se puso enfermo. Vinieron los médicos y le dijeron:

—Escuche, Majestad, si quiere curarse, tiene que adueñarse de una pluma del Ogro. Es un remedio difícil de conseguir, porque el Ogro a todos los cristianos que ve se los come.

El Rey se lo dijo a todo el mundo pero nadie quería ir. Se lo pidió a un súbdito muy leal y valiente, y éste respondió:

—Iré.

Le enseñaron el camino:

—En la cima de un monte hay siete cavernas: en una de las siete, vive el Ogro.

El hombre emprendió la marcha y en el camino lo sorprendió la oscuridad. Pernoctó en un mesón, y el mesonero le comentó:

—Si me trajeras una pluma también a mí, ya que hace tanto bien…

—Sí, con mucho gusto se la traeré —dijo el hombre.

—Y si hablas con el Ogro, trata de preguntarle acerca de mi hija, que ha desaparecido hace muchos años y no sé dónde está.

Por la mañana el hombre siguió su viaje. Llegó a un río, llamó al barquero para cruzarlo. En el trayecto se pusieron a conversar.

—¿Me traerás una pluma a mí también? —pidió el barquero—. Sé que traen suerte.

—Sí, se la traeré, cómo no.

—Y además, si puedes pregúntale por qué hace tantos años que estoy sin poder salir de la barca.

—Se lo diré.

Desembarcó y siguió viaje. En una fuente se sentó a comer un poco de pan. Llegaron dos señores bien vestidos y también se sentaron y empezaron a darle conversación.

—¿Por qué no nos traes una a nosotros también? —le preguntaron.

—¿Y por qué no?

—Y además, si puedes pregúntale al Ogro el motivo de una cosa. En nuestro jardín, antes, había una fuente que manaba oro y plata. Y ahora está seca.

—Muy bien, se lo preguntaré y listo.

Siguió su camino y volvió la oscuridad. Había un convento y llamó a la puerta. Salieron los monjes a abrirle y les pidió asilo.

—Pase, pase.

Contó la historia a los monjes.

—¿Pero usted sabe bien todas las condiciones? —le preguntaron.

—Me han dicho que hay siete cuevas. En el fondo de una cueva hay una puerta. Llamo, y sale el Ogro.

—Eh, caballero —dijo el Prior—, si no estás al tanto de todas las condiciones, te va a costar el pellejo. ¿Crees que es una bestia cualquiera ese Ogro? Ahora lo sabrás. Es decir, nosotros te hacemos un favor y tú nos haces uno a nosotros.

—De acuerdo.

—Escucha. Cuando llegues a la cima de la montaña, cuenta siete cuevas: la séptima es la del Ogro. Párate en ésa. Dentro de esas cuevas está tan oscuro que no se ve más allá de las narices. Nosotros te daremos una vela y cerillas, así podrás ver. Pero es necesario que vayas justo a mediodía, porque a esa hora el Ogro no está. Estará la mujer, en cambio, que es una buena muchacha y sabrá aconsejarte en todo. Pero si por una de esas casualidades te encuentras con el Ogro, te come de un bocado.

—Ha hecho bien en decírmelo: de eso yo no sabía nada.

—Ahora te diré algo que debes preguntarle para nosotros. Estuvimos aquí no sé cuántos años viviendo en paz, pero hace diez años que no hacemos sino reñir. El que no quiere esto quiere aquello, siempre hay gritos y caras largas. ¿Qué querrá decir?

A la mañana del día siguiente el hombre subió a la montaña. A las once llegó a la cima; se sentó a descansar. Cuando llegó el mediodía se dirigió a la séptima cueva; la oscuridad era muy densa pero él prendió la vela y vio una puerta. Apenas llamó le abrió una bella muchacha.

—¿Quién es? ¿Quién te trajo aquí? ¿Pero no sabes quién es mi marido? A todos los cristianos que ve se los come.

—Yo he venido a llevarme unas plumas. Ya que estoy aquí, lo intento. Si me come, amén.

—Escúchame, yo hace muchos años que estoy aquí y estoy absolutamente harta. Si sabes arreglártelas, nos escapamos los dos. No debe verte, porque si no te come; pero yo te esconderé debajo de la cama. Cuando él venga a acostarse le quito las plumas. ¿Cuántas?

—Cuatro plumas.

Y se lo contó todo: le habló del Rey, del mesonero, del barquero, de los dos señores, de los monjes, y de sus respectivos pedidos.

Y así hablando, almorzaron. Entre tanto se había hecho tarde. La joven se puso a

preparar la comida del Ogro.

—Cuando tiene hambre en seguida percibe el olor a cristiano. En cuanto come, deja de oler. ¡Si no, pobre de ti!

A las seis se oyó un gran ruido en la puerta, y el hombre se apresuró a ocultarse debajo de la cama. Entró el Ogro y empezó a decir:

—Ucho, ucho,
Huelo a cristianucho.
Si no está, es que se ha ido
O que hay alguien escondido.

—Vamos —dijo la mujer—, tienes tanta hambre que ya no ves nada. Come de una vez.

El Ogro se puso a comer, pero seguía oliendo a cristiano, hasta tal punto que después de haber cenado seguía dando vueltas por la casa. Finalmente llegó la hora de ir a acostarse. Se desnudaron, se taparon, y el Ogro se durmió.

El hombre, debajo de la cama, era todo oídos.

—Presta atención —le dijo en voz baja la mujer—. Ahora fingiré que sueño y le arranco una pluma.

Arrancó una pluma y se la pasó debajo de la cama.

—¡Ay! ¿Qué haces? ¡Me estás desplumando! —dijo el Ogro.

—Oh… estaba soñando…

—¿Qué soñabas?

—Soñaba con aquel convento. Hace diez años que los monjes se llevan tan mal que ya no pueden convivir.

—No es un sueño, es la pura verdad —dijo el Ogro—. Esos monjes se llevan muy mal porque hace diez años el Diablo entró en el convento vestido de fraile.

—¿Y qué hay que hacer para ahuyentarlo?

—Haría falta que los verdaderos monjes se pusieran a hacer buenas acciones. Entonces se darían cuenta de quién es el Diablo.

Y con estas palabras, el Ogro volvió a dormirse.

Un cuarto de hora más tarde, la mujer le arrancó otra pluma y se la dio al hombre que estaba debajo de la cama.

—¡Ay! ¡Me has hecho daño!

—Estaba soñando.

—¿Otra vez? ¿Y con qué soñabas?

—Con esa fuente, en el jardín de los dos señores, que antes manaba oro y plata. Soñé que estaba seca. ¿Qué querrá decir?

—Esta noche tienes sueños verdaderos. La fuente ya no mana oro ni plata porque está tapada. Haría falta que cavaran en el agujero de la fuente, pero muy despacito: encontrarían una bola y alrededor de la bola una serpiente dormida. Tendrían que aplastar la cabeza de la serpiente con la bola antes de que la serpiente se diese cuenta,

y la fuente volvería a manar oro y plata.

Al cuarto de hora le volvió a arrancar una pluma.

—¡Ay! Esta noche estás decidida a desplumarme.

—Ten paciencia: soñaba.

—¿Y con qué soñabas esta vez?

—Que allá en el río hay un barquero que hace años no puede dejar la barca.

—Eso también es cierto. El no sabe lo que tiene que hacer: una vez que alguien entre en la barca y le pague, antes de dejarlo bajar, tiene que bajar él primero. Así se quedaría el otro, y él estaría libre.

La mujer le arrancó la cuarta pluma.

—¡Pero qué estás haciendo, caray!

—Perdóname, sigo soñando. Soñé con un mesonero que hace muchos años espera a una hija desaparecida.

—Soñabas con tu padre, quieres decir. Porque tú eres la hija de ese mesonero.

A las seis de la mañana, el Ogro se levantó, saludó a la mujer y se fue. Entonces el hombre salió de su escondite con las cuatro plumas en un envoltorio, abrazó a la joven y escaparon juntos.

Pasaron por el convento para explicarles a los frailes:

—Escuchen, el Ogro me dijo que uno de ustedes es el Diablo. Deben empezar a hacer muchas buenas acciones para que se vaya.

Los monjes se pusieron a hacer buenas acciones hasta que el Diablo se marchó.

Los dos pasaron por el jardín; dieron una pluma a los dos señores y les explicaron la historia de la serpiente. Y la fuente volvió a manar oro y plata.

Llegaron hasta el barquero.

—¡Aquí tiene la pluma!

—Te lo agradezco. ¿Y qué ha dicho de mí?

—Ahora no. Se lo digo en cuanto desembarque.

Una vez fuera de la barca, le explicaron lo que tenía que hacer.

Cuando llegaron al mesón, el hombre gritó:

—¡Mesonero, aquí le traigo su pluma y a su hija!

El mesonero quería dársela en matrimonio de inmediato.

—Espere que vaya a darle la pluma al Rey y le pida su venia.

Le llevó la pluma al Rey, quien se repuso y le dio una recompensa. El hombre dijo:

—Ahora, con el permiso de Vuestra Majestad, me voy a mi boda.

El Rey duplicó la recompensa y él se marchó. Llegó al mesón, pero el Ogro había notado la desaparición de la joven y corría para recuperarla y comerse a todos de un bocado. Llegó al río y subió a la barca.

—Pagad vuestro viaje —dijo el barquero.

El Ogro pagó, sin imaginar que el barquero sabía el secreto. Cuando llegaron a la orilla, el barquero fue el primero en saltar a la costa y el Ogro nunca más pudo bajar

de la barca.

(Garfagnana Estense)

58
EL DRAGÓN DE LAS SIETE CABEZAS

Había una vez un pescador cuya mujer, pese a que hacía tiempo que estaban casados, no le daba hijos. Un buen día el pescador se fue con sus redes a pescar al lago vecino, y logró capturar un pez de gran belleza y tamaño. Apenas salió del agua, el pez empezó a suplicarle que por favor lo dejara en libertad, a cambio de lo cual le prometía mostrarle un estanque en las cercanías donde en poco tiempo podría obtener una pesca mucho más rica. El pescador se asustó al comprobar que el pez hablaba, y sin pensárselo mucho restituyó su libertad al animal, que no tardó en desaparecer debajo del agua. Pero el pescador fue al estanque y en dos o tres redadas pescó tantos peces que volvió a casa más cargado que un burro.

La mujer quiso saber qué había hecho para traer tanto pescado a casa, y él le contó todo con pelos y señales. La mujer, ante esta noticia, se impacientó con el marido y le dijo:

—¡Imbécil! ¡Cómo has podido dejar escapar un pez tan grande! Mañana trata de encontrarlo otra vez, que lo quiero aquí y quiero prepararlo con una salsa que por un tiempo nos quitará las ganas de comer pescado.

Al día siguiente, el pescador, para satisfacer a la mujer, vuelve al lago, arroja la red, y vuelve a atrapar el pez parlante: pero también ahora el hombre se dejó conmover por las súplicas y los llantos del pez y lo dejó escapar, y luego obtuvo todo el pescado que quiso en el estanque. Sin embargo, cuando el pescador volvió y se lo contó a su mujer, ella perdió la paciencia y, apoyando las manos en las caderas, le dijo de todo:

—¡Buey! ¡Hombre de estopa! ¿No te das cuenta de que la fortuna quiere venir a tu encuentro a toda costa? ¿Y tú la desprecias así? ¡Si mañana no me traes el pez, haré que te arrepientas! ¿Entendido?

De madrugada, hete aquí al pescador en el lago; arroja las redes, las saca del agua, y de nuevo encuentra el pez. Esta vez no se detuvo a escuchar llantos ni palabras: corrió derechito a casa y entregó el pez aún con vida en manos de su mujer,

que lo echó en una palangana de agua fresca. Los dos se acercaron a la palangana para apreciar el tamaño de ese pez y razonar cuál era el mejor modo de cocinarlo. Entonces el pez, asomando la cabeza fuera del agua, dijo:

—Ya que para mí no hay remedio y ha llegado la hora de morir, dejad que al menos haga mi testamento.

El pescador y la mujer le concedieron la gracia y el pez habló así:

—Cuando esté muerto, cocido y cortado en dos, que mi carne se la coma la mujer, el caldo de la cocción dádselo a beber a la yegua, mi cabeza arrojádsela a la perra, y las tres espinas más gruesas plantadlas derechas en el huerto. La hiel colgadla de una viga de la cocina. Tendréis hijos, pero cuando algo malo le suceda a cualquiera de ellos, la hiel sudará sangre.

Una vez muerto y cocido el pez, los dos siguieron las instrucciones recibidas al pie de la letra; y sucedió que la mujer, la yegua y la perra dieron a luz, las tres la misma noche, y la perra tuvo tres cachorritos, la yegua tres potrillos y la mujer tres hijos varones. El pescador dijo:

—¡Fíjate: en una noche han nacido nueve personas!

Los gemelos se parecían tanto entre sí que no era posible reconocerlos si no se les ponía una señal. De las espinas plantadas en la huerta, por otra parte, brotaron tres hermosas espadas.

Cuando los chicos llegaron a cierta edad, el padre le dio un caballo, un perro y una espada a cada uno, y por su parte añadió una escopeta de caza. Pero el primogénito pronto se cansó de vivir en casa en medio de la pobreza y quiso recorrer el mundo en busca de fortuna. Monta a caballo, se lleva consigo el perro, la espada y la escopeta en bandolera, saluda a todos los de la casa y se marcha. Antes de partir, dice a los hermanos:

—Si alguna vez la hiel que cuelga de la viga llega a sudar sangre, venid en mi busca, porque habré muerto o me habrá ocurrido alguna desgracia. Adiós.

Y partió al galope.

El primogénito, después de haber cabalgado muchos días por parajes desconocidos, llegó a las puertas de una gran ciudad en estado de total abandono. Entró: sus habitantes vestían todos de negro y tenían la cara triste. Va a una hostería, se sienta a una mesa a comer y pregunta al hostelero a qué se deben esas ropas negras.

—¿Cómo? —dijo el hostelero—. ¿No sabes que hay un Dragón de siete cabezas que todos los días a mediodía viene hasta el puente y si no le damos una muchacha para comer entra en la ciudad y devora a cuantos se le antoja? Todos los días lo echan a suertes: hoy le tocó a la hija del Rey y a mediodía tiene que ir al puente para dejarse comer. El Rey, sin embargo, ha clavado un anuncio en la columna, donde dice que dará su hija en matrimonio a quien logre rescatarla.

—¿Y no habrá modo —dijo el joven— de salvar a la hija del Rey y liberar a la ciudad de semejante flagelo? Yo tengo una fuerte espada, un fuerte perro y un fuerte

caballo. Vamos, condúceme ante el Rey.

Llevado en el acto a presencia de Su Majestad, el joven le pidió permiso para combatir al Dragón y aniquilarlo. Pero el Rey respondió:

—Joven ardoroso, has de saber que muchos lo han intentado antes que tú, y les ha costado la vida, pobres desdichados. Pero si estás dispuesto a correr el riesgo y vences al Dragón, mi hija será tu esposa y a mi muerte heredarás el Reino.

El joven, que no tenía miedo, cogió el perro y el caballo y fue a sentarse en el parapeto del puente.

Justo a mediodía llegó la hija del Rey totalmente vestida de seda negra y acompañada por su séquito. Cuando llegaron a la mitad del puente, los del séquito se volvieron llorando y ella se quedó absolutamente sola. Se volvió y vio que había un hombre con un perro sentado en el puente. Le dijo:

—Caballero, ¿qué haces aquí? ¿No sabes que ahora viene el Dragón para comerme y si te encuentra también te comerá a ti?

—Precisamente —respondió el joven— estoy aquí para liberarte y casarme contigo.

—Desgraciado —dijo llorando la Princesa—, vete de aquí, si no el Dragón hoy se comerá a dos en vez de a uno solo. Es un Dragón lleno de encantamientos. ¿Cómo vas a hacer para matarlo?

El joven, que con sólo mirar a la Princesa se había enamorado de ella, dijo:

—Qué más da, desde ahora es mayor mi deseo de correr este riesgo por amor a ti, y que sea lo que deba ser.

Apenas habían concluido estos razonamientos, el reloj de palacio dio las doce. La tierra empezó a temblar, se abrió un agujero y de allí, en medio del fuego y el humo, emergió el Dragón de las siete cabezas; y sin vacilar, abriendo las siete bocas, se lanzó sobre la Princesa, silbando de alegría al ver que ese día le habían preparado un almuerzo de dos cuerpos humanos. Pero el joven no perdió tiempo pensando: de un brinco monta a caballo, carga contra el Dragón, azuza al perro, y con la espada empieza a dar estocadas a diestro y siniestro, con tal ferocidad que le cortó seis cabezas una tras otra. Entonces el Dragón pidió una tregua; y el joven, que también estaba sin aliento, dijo:

—De acuerdo, descansemos.

Pero el Dragón refregó por la tierra la cabeza que le quedaba y volvió a pegarse las otras seis. Cuando vio esto, el joven comprendió que tenía que cortarle las siete de una sola estocada; y arremetió con tal ímpetu que a fuerza de cortar a diestro y siniestro logró hacerlo. Luego cortó con la espada las siete lenguas y le preguntó a la hija del Rey:

—¿Tienes un pañuelo?

La Princesa se lo dio y el joven guardó las siete lenguas en el pañuelo. Luego montó a caballo y se dirigió a un albergue para cambiarse las ropas sucias de polvo y sangre y presentarse al Rey pulcro y atildado.

Sucedió que en una choza vecina al puente vivía un carbonero muy taimado y maligno, que había presenciado el combate desde lejos. Pensó el carbonero: «Aprovechemos que este idiota deja en el suelo las cabezas del Dragón y pierde el tiempo vistiéndose para ponerse guapo». Fue, juntó las cabezas cortadas, las guardó en una bolsa y corrió hacia el Rey blandiendo una cuchilla empapada en la sangre del Dragón.

—¡Sacra Majestad! —le dijo—. Aquí tenéis al matador del Dragón: y éstas son las siete cabezas que con esta cuchilla le he separado del cuerpo, una por una. ¡Por lo tanto, Sacra Majestad, cumplid con la palabra real y dadme a vuestra hija por esposa!

Al Rey este individuo no le gustaba nada. La historia no quedaba muy clara: llegó a sospechar que el ardoroso joven había sido devorado y que el carbonero había llegado en el último momento, cuando el Dragón agonizaba, para darle sólo el golpe de gracia. De todas maneras, la palabra del Rey es la palabra del Rey, así que respondió:

—Si así son las cosas, mi hija es tuya. Llévatela.

Entre tanto la Princesa, en la sala de audiencias, al oír lo que decían empezó a gritar que ese carbonero era un mentiroso y que no era él quien había matado al Dragón, sino aquel joven que de inmediato llegaría al palacio. Se armó un gran alboroto: pero el carbonero se mantuvo firme, mostrando las cabezas como prueba. El Rey, como no podía desmentir esa evidencia, tuvo que ordenar a su hija que se callara la boca y se preparara a unirse en matrimonio a ese carbonero.

De inmediato el Rey mandó pregonar la noticia, e hizo preparar tres días de mesa franca con tres grandes convites, anunciando que en el último se concertaría la boda. Entre tanto, el verdadero vencedor del Dragón llegó al Palacio Real: pero los guardias del portón no le dejaban pasar por nada del mundo, y en ese mismo momento el joven oyó al pregonero que anunciaba en las plazas los esponsales de la Princesa y el carbonero. El joven empezó a protestar y pidió que lo dejaran hablar con el Rey, pero los guardias ni se dignaron escucharlo y permanecieron duros como piedras, hasta que apareció el carbonero y ordenó que echaran al joven, a la fuerza y sin tardanza. Al pobre no le quedó más remedio que marcharse tragándose la rabia; volvió al albergue y se puso a barruntar el modo de impedir ese casamiento, revelar el engaño y hacerse reconocer como el matador del Dragón.

En la Corte cubrieron la mesa de manjares, y se invitó a toda la nobleza. El carbonero, vestido de terciopelo, se sentó junto a la Princesa, y como era de baja estatura le pusieron siete cojines en el asiento para que pareciera más alto.

El joven, piensa que te piensa en el albergue, llamó al perro acurrucado a sus pies, y le dijo:

—Escucha, Fido, corre hasta la hija del Rey, hazle fiestas, sólo a ella, te lo advierto, y antes de que empiecen a comer tira los manjares al aire y escápate. Pero ten cuidado de que no te agarren.

El perro, que comprendía las palabras del amo, partió a la carrera y de un salto

subió al regazo de la Princesa, gruñendo y pasándole la lengua por las manos y la cara. Ella lo reconoció y se alegró mucho de verlo, y le hacía caricias preguntándole al oído dónde se encontraba su salvador. Pero el carbonero, sospechando de todas esas caricias, quería que echaran al perro de la sala. He aquí que traen la sopa a la mesa; el perro muerde entonces una punta del mantel y da un tirón: al suelo el mantel y lo que había encima, con todos los cacharros. Luego escapa por las escaleras, de modo que nadie puede alcanzarlo ni ver adonde se dirige. Por no hablar del alboroto que se armó entre los invitados. Tuvieron que suspender el banquete, y el asunto estuvo en boca de todo el mundo.

Cuando se organizó el segundo banquete, el joven le dijo al perro:

—Vamos, Fido, corre y haz como ayer.

Al ver otra vez al perro, la Princesa se echó a reír de alegría, pero el carbonero, temeroso y suspicaz, se empeñó en que echaran al perro a palos. La Princesa, en cambio, lo defendió con todas sus fuerzas, y el carbonero, aunque a regañadientes, no osó contradecirla. También esta vez, cuando traen la sopa, el sagaz animal muerde el mantel, tira todo al suelo y huye más veloz que el viento. Lo siguieron guardias y criados, pero por mucho que se esforzaron, lo perdieron de vista.

Al llegar el tercer banquete, dijo el joven:

—Vamos, Fido, corre y haz lo mismo que las otras veces. Pero hoy, déjate seguir hasta aquí.

El perro siguió las instrucciones al pie de la letra y los guardias que perseguían al perro llegaron hasta el cuarto del joven, lo arrestaron y lo condujeron ante el Rey. El Rey lo reconoció:

—¿Pero tú no eres el que quería salvar a mi hija del Dragón?

—Así es, Majestad. Y la he salvado.

Ante esas palabras el carbonero empezó a vociferar:

—¡No es cierto! Al Dragón lo maté yo con mis propias manos, y como prueba, fui yo quien trajo las siete cabezas.

Y dio órdenes de que las siete cabezas fueran depositadas a los pies del Rey.

Sin alterarse, el joven se volvió al Rey y le dijo:

—Si él trajo las siete cabezas, yo, para no cargar con algo tan pesado, traje sólo las lenguas. Veamos si estas siete cabezas tienen sus respectivas lenguas en la boca.

Las siete lenguas no aparecieron. Entonces el joven extrajo del bolsillo el pañuelo donde las había guardado, y contó lo sucedido con pelos y señales. Sin embargo, el carbonero no quería darse por vencido: pretendió que pusieran cada lengua en su sitio para ver si encajaban; y cada vez que la prueba tenía éxito, se ponía tan furioso que arrancaba uno de los siete cojines del asiento, y cuando llegó al último desapareció bajo la mesa y huyó. Pero lo aprehendieron de inmediato y acto seguido fue ahorcado en la plaza por orden del Rey.

Muy contentos, Rey, novia e invitados se sentaron a la mesa para celebrarlo, y así concluyeron las bodas. Luego llegó la noche y todos se fueron a dormir. Apenas

despuntó el día, el joven se levantó, abrió la ventana, y vio frente a él una gran selva poblada de pájaros. Sintió ganas de ir a cazar. Pero la mujer le suplicó que no fuera, porque era una selva encantada y el que se metía en ella nunca volvía. Pero al joven, cuanto más peligrosa fuera una empresa más lo atraía, de modo que tomó caballo perro espada y escopeta, y se fue. Ya había cazado muchos pájaros, cuando estalló un temporal que parecía el fin del mundo, con relámpagos truenos rayos y centellas, y el agua que caía a cántaros. El joven, calado hasta los huesos, había perdido el rumbo en medio de la oscuridad. Vio una gruta y entró en busca de refugio. Era una gruta llena de estatuas, estatuas de mármol blanco en diversas actitudes. Pero el joven, exhausto y empapado, no les prestó mayor atención; juntó leña seca y con la lumbre encendió fuego para secar los panes y cocinar las aves.

Al cabo de un rato, entró en busca de refugio una viejecita, empapada de la cabeza a los pies, tiritando y castañeteando los dientes, y rogó al joven que la dejara calentarse al fuego.

—Acérquese, abuelita —dijo él—, que así me hace compañía.

La viejecita se sentó y ofreció al joven un poco de sal para las aves cocidas, salvado para el caballo, un hueso para el perro y grasa para untar la espada, pero en cuanto comieron el joven, el caballo y el perro, y en cuanto la espada fue untada de grasa, todos se convirtieron en estatuas de sal y permanecieron rígidos donde estaban.

La Princesa, al ver que su marido no volvía, lo creyó muerto, y el Rey ordenó muy dolorido que la ciudad se vistiese de luto.

Mientras tanto, en la casa del pescador, desde el día en que se había marchado el primogénito el padre y los hermanos miraban todos los días la hiel colgada de la viga. Un día encontraron la cocina anegada con la sangre que llovía de la hiel. Entonces dijo el hermano segundo:

—Mi hermano mayor ha muerto, o ha sufrido alguna gran desgracia. Salgo en su búsqueda. Adiós.

Montó a caballo, con el perro, la espada y la escopeta en bandolera, y partió al galope.

Por dondequiera que pasaba, el segundogénito interrogaba a la gente acerca de su hermano.

—¿No habéis visto a nadie parecido a mí?

—¡Caramba! —reían todos—. ¿No eres tú el mismo de la otra vez?

Así el joven comprendía que también su hermano había pasado por allí, y seguía su camino. Llegó a la Ciudad Real, y cuando sus enlutados habitantes lo vieron entrar, hicieron grandes demostraciones de alegría.

—¡Pero es él, es él! ¡Entonces está a salvo! ¡Viva! ¡Viva nuestro Príncipe!

Lo condujeron ante el Rey, y toda la Corte, incluida la Princesa, lo tomó por el primogénito. El Rey le dio una reprimenda interminable y el segundogénito, fingiendo naturalidad, pidió perdón e hizo las paces con la Princesa. Y supo manejarse tan hábilmente con las preguntas y respuestas que logró enterarse de todo

lo ocurrido a su hermano, de su boda y su desaparición.

Cuando por la noche se fue a acostar, el segundogénito desenvainó la espada y la colocó de filo en medio de la cama, diciéndole a la Princesa que cada cual debía dormir de su lado. La Princesa no comprendió muy bien el motivo, pero se acostaron y se durmieron.

Al alba, en cuanto se levantó, él abrió la ventana, y vio la selva frente a él y dijo:

—Quiero ir a cazar allí.

Y la Princesa:

—¿Pero no te basta con haber sorteado el peligro una vez, con haberme hecho sufrir tanta ansiedad?

Él no le hizo caso y partió con caballo perro espada y escopeta. Lo que le había ocurrido al primogénito también le ocurrió a él, y también él se quedó en la gruta transformado en estatua: y la Princesa, al no verlo regresar, pensó que esta vez realmente lo había perdido, y la ciudad volvió a vestirse de luto por orden del Rey.

En casa del pescador, entre tanto, la cocina había vuelto a inundarse con la sangre que se escurría de la hiel suspendida de la viga. El tercer hijo no lo pensó dos veces y partió al galope en busca de los hermanos, con su caballo, su perro, su espada y su escopeta. Mientras avanzaba en su camino, también él preguntaba:

—¿Han pasado por aquí dos mozos idénticos a mí?

Y la gente:

—¡Qué tipo tan cómico! ¿Siempre preguntando lo mismo? ¿Pero no eres tú, siempre? ¡Qué loco!

Así el hermano menor supo que andaba por buen camino y llegó a la ciudad, donde lo recibieron con grandes festejos, como a un muerto resucitado, y tanto el Rey como la Princesa y la Corte creían que se trataba siempre del primogénito. También él durmió por la noche con la Princesa y puso la espada en medio del lecho, para que cada cual durmiera en un lado. Y por la mañana vio la selva desde la ventana y dijo:

—Salgo de cacería.

La Princesa se desesperó una vez más.

—¿Pero quieres ir en busca de tu perdición? ¿Así es como me quieres? ¡Haciéndome morir de miedo cada vez!

Pero el hermano menor no veía la hora de encontrar a sus hermanos y partió. Cuando buscó refugio en la gruta, a causa del temporal, miró las estatuas una por una y reconoció a sus dos hermanos. «Aquí se obra ciertamente un engaño», se dijo, «mantendré los ojos abiertos».

Acababa de encender el fuego y estaba cocinando las aves cuando apareció la viejecita y muy ceremoniosa le pidió que la dejara calentarse un poco, pero el joven le clavó una mirada torva y le dijo:

—Fuera de aquí, bruja fea, que no te quiero tener cerca.

Esa recepción pareció desconcertar a la vieja, que repuso lloriqueando:

—¿Pero no tienes caridad con el prójimo? Y sin embargo yo iba a ofrecerte algo

para que cenes mejor: sal para el ave asada, salvado para el caballo, un hueso para el perro y hasta grasa para untar las armas, así no se oxidan.

—¡Vieja malandrina! —dijo el joven, sin conmoverse—. ¡A mí no me engañas! —y así gritando se lanza sobre ella, la tira al suelo, la inmoviliza con una rodilla, le aprieta la garganta con la mano izquierda, con la derecha desenvaina la espada y se la apoya en el cuello, y le dice apretando los dientes—: ¡bruja infame! ¡O me devuelves a mis hermanos o te degüello en el acto!

La vieja todavía quería insistir en que no le había hecho mal a nadie, pero el joven ya estaba por abrirle un tajo en el gaznate, así que al fin confesó todo el encantamiento y prometió obedecerlo con tal de salvar el pellejo. De inmediato extrajo del bolsillo un frasco de ungüento para devolver la vida a las estatuas. El joven ni siquiera pensó en dejarla ir, y apoyando el acero en sus riñones la obligó a untar las estatuas, que una a una volvieron a convertirse en personas vivientes, y la gruta se llenó de ellas. Los hermanos, no bien se vieron, se abrazaron con fuerza, muy alegres, y los demás no sabían cómo darle las gracias al menor. En medio de aquel bullicio la bruja trató de escabullirse, y estaba a punto de lograrlo cuando los hermanos se dieron cuenta. La persiguieron y la descuartizaron sin misericordia; el encantamiento de la selva se quebró y el primogénito se adueñó del frasco de ungüento que devolvía la vida a los muertos.

Durante el retorno a la Ciudad Real, todos los que habían quedado libres del hechizo marchaban en procesión y hablaban animosamente, y los tres hermanos se contaban cuanto les había sucedido. Pero el primogénito, al enterarse de que los otros hermanos habían dormido con su mujer, la Princesa, fue presa del furor de los celos, desenvainó la espada y les quitó la vida.

No acababa de cometer el crimen cuando sintió un profundo remordimiento y quiso a toda costa abrirse la garganta con su propia espada, aunque todos los demás señores se lo impidieron. Entonces se acordó del frasco de ungüento, untó las heridas de los hermanos muertos y los vio incorporarse sanos y salvos como si nada hubiese ocurrido. El primogénito, lleno de alegría, les pidió perdón y ellos se lo concedieron, explicándole que estaba equivocado y comentándole lo de la espada en medio del lecho. Y prosiguieron la marcha hasta que llegaron al palacio del Rey.

Llamaron a la Princesa, quien de tanto llorar se había quedado seca como un lagarto, y que al verlos a los tres quedó perpleja, sin saber cuál era su marido. Pero el primogénito se dio a conocer y presentó a sus hermanos, a quienes el Rey hizo casar con las hijas de dos de los nobles liberados y nombró Funcionarios de la Corte, y más tarde también trajeron a palacio a los viejos pescadores.

(Montale Pistoiese)

59
BELLINDA Y EL MONSTRUO

Había una vez un mercader de Livorno, padre de tres hijas llamadas Asunta, Carolina y Bellinda. Era rico y había acostumbrado a sus hijas a que nada les faltara. Las tres eran bellas, pero la menor era de tal belleza que la habían bautizado Bellinda. Y no sólo era bella, sino buena, discreta y sensata, mientras que las hermanas eran soberbias, tercas y desdeñosas, y para colmo siempre llenas de envidia.

Cuando fueron mayores, los mercaderes más ricos de la ciudad iban a pedirlas en matrimonio, pero Asunta y Carolina los echaban con desprecio, diciendo:

—Nunca nos casaremos con un mercader.

En cambio Bellinda respondía de buen modo:

—Casarme no puedo, porque todavía soy muy joven. Cuando sea mayor, hablaremos de nuevo.

Pero como dice el refrán: mientras haya dientes en la boca, no se sabe qué nos toca. Acaeció que el padre perdió un buque con todas las mercancías y al poco tiempo quedó arruinado. De tantas riquezas que tenía sólo le quedó una pequeña casa en el campo, y para subsistir no tuvo otro remedio que retirarse allí con toda la familia y trabajar la tierra como un campesino. Figuraos las muecas que hicieron las dos hijas mayores cuando se enteraron de que tenían que hacer esa vida.

—No, padre mío —dijeron—, a la viña nosotras no vamos; nos quedamos en la ciudad. Gracias a Dios, tenemos grandes señores que quieren tomarnos por esposas.

¡Sí, pero que convencieran ahora a esos señores! Cuando supieron que se habían quedado sin un céntimo, todos se lavaron las manos. Más aún, comentaban entre ellos:

—¡Se lo tienen merecido! Así aprenderán cómo son las cosas en este mundo. Se les irán un poco los humos.

No obstante, si les complacía ver a Asunta y Carolina en la miseria, sentían compasión por la pobre Bellinda, que jamás había sido descortés con nadie. Incluso hubo dos o tres jovencitos que fueron a pedir la mano de la bella hermana menor,

pese a que no tenía dinero. Pero ella no quería saber nada del asunto, porque su único pensamiento era ayudar a su padre, y ahora no podía abandonarlo. En efecto, en la viña era ella quien madrugaba, hacía las tareas domésticas, preparaba la comida para las hermanas y el padre. Las hermanas, en cambio, se levantaban a las diez y no movían un dedo; al contrario, encima la tomaban con ella, con esa villana, como la llamaban, que tan pronto se había acostumbrado a esa vida de perros.

Un día, el padre recibe una carta donde le anuncian que acaba de llegar a Livorno el buque que creían perdido, con una parte del cargamento que se había salvado. Las hermanas mayores, ya pensando que en poco tiempo volverían a la ciudad y se acabaría la miseria, casi enloquecieron de alegría. Dijo el mercader:

—Ahora iré a Livorno para ocuparme de recobrar lo que me corresponde. ¿Qué queréis que os traiga de regalo?

—Yo quiero un vestido de seda color aire —dijo Asunta.

—A mí tráeme uno color durazno —dijo Carolina.

Bellinda, por su parte, permanecía callada y no pedía ningún regalo. El padre tuvo que insistir una vez más, y ella dijo:

—No es momento de incurrir en tantos gastos. Tráeme una rosa, y con eso estaré contenta.

Las hermanas la hicieron blanco de sus bromas, pero ella no se inmutó.

El padre fue a Livorno, pero cuando estaba a punto de poner las manos en su cargamento, irrumpieron otros mercaderes para declarar que él estaba endeudado con ellos y que por lo tanto esa mercancía no era de su pertenencia. Tras mucho discutir, el pobre viejo se quedó con las manos vacías. Pero no quería decepcionar a las hijas, y con las pocas monedas que poseía compró el vestido color aire para Asunta y el vestido color durazno para Carolina. Después no le quedó ni un céntimo, y pensó que al fin y al cabo la rosa de Bellinda valía tan poco que comprarla o no, no cambiaba las cosas.

Así emprendió el viaje de regreso. Mientras caminaba, lo sorprendió la noche. Se internó en un bosque y se desorientó. Nevaba y soplaba el viento: era para morirse. El mercader se refugió bajo un árbol, seguro de que en cualquier momento lo despedazarían los lobos, cuyos aullidos se oían por todas partes. En eso, volvió los ojos y descubrió una luz a lo lejos. Se acercó y vio un hermoso palacio iluminado. El mercader entró. No había un alma; va hacia un lado, va hacia el otro: nadie. Había una chimenea encendida: empapado hasta los huesos como estaba, el mercader decidió calentarse un poco, y pensaba: «Ahora aparecerá alguien». Pero por mucho que esperó, no apareció nadie. El mercader vio una mesa servida con toda suerte de manjares, y se puso a comer. Luego cogió una vela, pasó a otra habitación, donde había una hermosa cama preparada, se desnudó y se acostó.

Por la mañana, al despertar, se quedó estupefacto: en la sillita que había junto a la cama tenía un traje nuevo. Se vistió, bajó las escaleras y salió al jardín. En medio de un bancal había florecido un rosal bellísimo. El mercader se acordó del pedido de su

hija Bellinda y pensó que ahora también podría satisfacerlo. Eligió la rosa que le pareció más bella y la arrancó. En ese momento se oyó un rugido detrás de las plantas y entre las rosas apareció un Monstruo tan espantoso que de sólo mirarlo uno perdía el aliento.

—¿Cómo te atreves —exclamó—, después que te he alojado y te he dado alimento y vestido a robarme las rosas? ¡Lo pagarás con la vida! El pobre mercader cayó de rodillas y le dijo que aquella flor era para su hija Bellinda, quien no deseaba otro presente que una rosa. Cuando el Monstruo supo toda la historia, se apaciguó.

—Si tienes una hija así —dijo—, tráemela, que yo la quiero tener conmigo, y estará como una Reina. Pero si no me la mandas, te perseguiré a ti y a tu familia dondequiera que estéis.

Al pobre, más muerto que vivo, bastante le costó decir que sí con tal de irse, pero el Monstruo lo hizo entrar nuevamente al palacio para elegir todas las alhajas, metales preciosos y brocados que le gustaran, y le llenó un cofre diciendo que él se encargaría de mandárselo a casa.

Cuando el mercader estuvo de regreso en la viña, las hijas corrieron a su encuentro, las dos mayores haciendo melindres y pidiéndole los regalos, y Bellinda muy contenta y solícita. Él entregó uno de los vestidos a Asunta, el otro a Carolina, y después miró a Bellinda y le entregó la rosa rompiendo a llorar, y contó su desgracia con todo lujo de detalles.

Las hermanas mayores en seguida empezaron:

—¡Ahí tienes! ¡No te decíamos nosotras! Con esas ideas raras. ¡La rosa, la rosa! Ahora todos tendremos que pagar las consecuencias.

Pero Bellinda, sin perder la compostura, le dijo al padre:

—¿El Monstruo dijo que si voy a su palacio no nos hará nada? Pues bueno, entonces voy, porque es mejor que me sacrifique yo y no que suframos todos.

El padre le dijo que nunca, nunca la conduciría a ese lugar, y también las hermanas —pero lo hacían a propósito— le decían que era una locura. Pero Bellinda no les prestó atención y se dispuso a partir.

A la mañana siguiente, pues, padre e hija emprendieron la marcha. Pero antes, al levantarse para salir, el padre había encontrado al pie de la cama el cofre con todas las riquezas que había elegido en el palacio del Monstruo. Sin decir nada a las hijas mayores, ocultó el cofre debajo de la cama.

Al caer la noche llegaron al palacio del Monstruo y lo encontraron totalmente iluminado. Subieron las escaleras: en el primer piso había una mesa preparada para dos, colmada de manjares. Mucha hambre no tenían, pero se sentaron para probar algún bocado. En cuanto terminaron de comer, se oyó un gran rugido y apareció el Monstruo. Bellinda se quedó atónita: no se lo había imaginado tan feo. Pero poco a poco se armó de valor, y cuando el Monstruo le preguntó si había venido por propia voluntad, ella le respondió abiertamente que sí.

El Monstruo pareció muy contento. Se volvió hacia el padre, le dio una valija

llena de monedas de oro, y le dijo que se fuera inmediatamente del palacio y que no volviera por allí: él se haría cargo de todo lo que su familia pudiera necesitar. El desdichado padre besó por última vez a su hija, como si tuviese cien espinas en el corazón, y se volvió a casa llorando tanto que hasta las piedras se hubiesen conmovido.

Bellinda, que se había quedado sola (el Monstruo le había deseado buenas noches y se había ido en el acto), se desvistió y se acostó y durmió feliz de haber realizado una buena acción y haber salvado a su padre de quién sabe qué desgracia.

Por la mañana se levantó tranquila y confiada y quiso visitar el palacio. En la puerta de su habitación estaba escrito: *Habitación de Bellinda*. En la portezuela del guardarropa estaba escrito: *Guardarropa de Bellinda*. En cada uno de sus hermosos atuendos estaba recamado: *Vestido de Bellinda*. Y por todas partes había carteles que decían:

Aquí tú eres la Reina,
Y cuanto quieras tendrás.

Por la noche, cuando Bellinda tomó asiento para cenar, se oyó el rugido de siempre y apareció el Monstruo.

—Permíteme —le dijo— que te haga compañía mientras cenas.

Bellinda le respondió grácilmente:

—Usted es el amo.

Pero él protestó:

—No, aquí la única ama eres tú. Todo el palacio y todo lo que contiene son de tu pertenencia.

Guardó silencio un instante, como si reflexionara, y luego preguntó:

—¿Es cierto que soy tan feo?

—Como feo, es muy feo —repuso Bellinda—, pero tiene tan buen corazón que se vuelve casi hermoso.

—Bellinda —le dijo él de pronto—, ¿te casarías conmigo?

Ella tembló de la cabeza a los pies, sin saber qué contestarle. Pensaba: «Si ahora le digo que no, ¡quién sabe cómo reaccionará!». Luego se armó de valor y respondió:

—Para decirle la verdad, no tengo deseos de casarme con usted.

El Monstruo, sin decir nada, le deseó buenas noches y se fue suspirando.

Así sucedió que Bellinda se quedó tres meses en ese palacio. Y todas las noches el Monstruo iba a preguntarle lo mismo, si quería casarse con él, y después se iba suspirando. Bellinda se había acostumbrado tanto que si una noche no lo hubiera visto lo habría echado de menos.

Bellinda paseaba todos los días por el jardín, y el Monstruo le explicaba las virtudes de las plantas. Había un árbol frondoso que era el árbol de la risa y el llanto.

—Cuando tiene las hojas hacia arriba —le dijo el Monstruo—, en tu casa están riendo; cuando las tiene hacia abajo, en tu casa están llorando.

Un día Bellinda vio que todas las ramas del árbol de la risa y el llanto apuntaban hacia arriba.

—¿Por qué tiene las hojas tan erguidas? —le preguntó al Monstruo.

—Se casa tu hermana Asunta —respondió el Monstruo.

—¿No podría asistir a la boda? —preguntó Bellinda.

—Puedes ir —dijo el Monstruo—. Pero dentro de ocho días debes regresar, si no me encontrarás bien muerto. Te doy este anillo: cuando la piedra se pone turbia quiere decir que estoy mal y que debes correr en seguida hacia mí. Mientras tanto, elige en el palacio lo que quieras llevar como regalo de bodas, y esta noche pon todo en un baúl al pie del lecho.

Bellinda dio las gracias, cogió un baúl y lo llenó de vestidos de seda, sábanas finas, alhajas y monedas de oro. Lo dejó al pie del lecho y se fue a dormir; y por la mañana despertó en casa de su padre con baúl y todo. La recibieron con gran alegría, incluso las hermanas, pero cuando supieron que era tan rica y dichosa y que el Monstruo era tan bueno volvieron a ser presa de la envidia, porque, si bien a ellas no les faltaba nada gracias a los regalos del Monstruo, la vida que llevaban no podía llamarse vida de ricas, y Asunta se casaba con un simple leñador. Desdeñosas como eran, lograron arrebatarle el anillo a Bellinda con la excusa de probárselo un poco, y así se lo escondieron. Bellinda empezó a desesperarse, porque no podía ver la piedra del anillo; y al llegar el séptimo día tanto lloró y suplicó que el padre ordenó a las hermanas que le devolvieran el anillo sin demora. Apenas lo tuvo en la mano, Bellinda vio que la piedra ya no era límpida como antes; y entonces quiso partir y volver en seguida al palacio.

A la hora del almuerzo el Monstruo no apareció, y Bellinda estaba preocupada y lo buscaba y llamaba por todas partes. Sólo lo vio en el momento de la cena, muy abatido.

—¿Sabes que he estado muy mal y que si hubieses tardado un poco más me habrías encontrado muerto? —le dijo—. ¿No me quieres ni un poquito?

—Sí que lo quiero —respondió ella.

—¿Y te casarías conmigo?

—Ah, eso no —exclamó Bellinda.

Pasaron otros dos meses y el árbol de la risa y el llanto volvió a erguir las hojas porque se casaba Carolina. También esta vez Bellinda fue con el anillo y un baúl de regalos. Las hermanas la recibieron con una risa falsa; y Asunta se había vuelto todavía más pérfida, porque el marido leñador todos los días le daba una paliza. Bellinda contó a sus hermanas el riesgo que había corrido por haberse quedado mucho tiempo la vez anterior, y dijo que esta vez no podía entretenerse. Pero las hermanas volvieron a quitarle el anillo y cuando se lo devolvieron la piedra estaba totalmente turbia. Regresó muerta de miedo y el Monstruo no apareció ni para el almuerzo ni para la cena; vino a la mañana siguiente, muy lánguido, y le dijo:

—He estado a punto de morir. Si vuelves a retrasarte, será mi fin.

Transcurrieron varios meses. Un día, las hojas del árbol de la risa y el llanto pendían hacia abajo como hojas secas.

—¿Qué ocurre en mi casa? —gritó Bellinda.

—Tu padre está muriéndose —dijo el Monstruo.

—¡Ah, déjeme ir a verlo! —dijo Bellinda—. ¡Le prometo que esta vez seré puntual!

El pobre mercader, cuando vio que la hija menor venía a acompañarlo, mejoró de la alegría. Bellinda lo cuidó día y noche, pero una vez fue a lavarse las manos, dejó el anillo en la mesita y no volvió a encontrarlo. Lo buscó desesperadamente por todas partes, suplicó a las hermanas, y cuando lo encontró la piedra estaba negra, salvo un ángulo muy pequeñito.

Volvió al palacio y lo halló totalmente a oscuras, como si hiciera un siglo que estuviera abandonado. Llamó al Monstruo con gemidos y sollozos, pero nadie le respondió. Lo buscó por todas partes, y corría desesperada por el jardín cuando lo vio tendido bajo el rosal, agonizando entre las espinas. Se arrodilló junto a él y comprobó que aún le latía el corazón, aunque muy poco. Se arrojó sobre él, besándolo y abrazándolo, y decía:

—¡Monstruo, Monstruo, si te mueres no habrá más alegría para mí! ¡Oh, si vivieras, si aún vivieras, me casaría contigo de inmediato con tal de hacerte feliz!

No acababa de decirlo, cuando de golpe notó que el palacio se iluminaba y que de todas las ventanas brotaban cantos y sonidos. Bellinda volvió la cabeza sorprendida, y cuando miró nuevamente el rosal, el Monstruo había desaparecido. En su lugar se encontraba un apuesto caballero que se incorporó entre las rosas, hizo una reverencia y dijo:

—Gracias, mi Bellinda, me has liberado.

Bellinda estaba perpleja.

—Pero yo quiero al Monstruo —dijo.

El caballero cayó de rodillas a sus pies y le dijo:

—Aquí tienes al Monstruo. Por obra de un encantamiento, debía ser un monstruo hasta que una bella joven consintiera en casarse conmigo pese a mi fealdad.

Bellinda le dio la mano al joven, que era un Rey, y caminaron juntos hacia el palacio. En la puerta se encontraba el padre de Bellinda, que la abrazó, acompañado por las dos hermanas. Las hermanas, del fastidio que sintieron, se quedaron una a cada lado de la puerta y se convirtieron en estatuas.

El joven Rey se casó con Bellinda y la convirtió en su Reina. Y así vivieron y reinaron felices.

(Montale Pistoiese)

60
EL PASTOR EN LA CORTE

Un muchacho cuidaba el rebaño. Un cordero se cayó en una zanja y murió. Volvió a casa y los padres, que no lo querían, lo insultaron y le pegaron; después lo echaron de casa, a la oscuridad de la noche. El muchacho caminó gimoteando por la montaña, hasta que encontró una piedra hueca, puso hojas secas en el suelo y se acurrucó como mejor pudo, entumecido de frío. Pero no podía dormir. En la oscuridad, llegó un hombre a la roca, quien le dijo:

—Te has adueñado de mi lecho, atrevido. ¿Qué haces aquí a esta hora? El muchacho, lleno de miedo, le contó cómo lo habían echado de su casa y le suplicó que lo cobijara por esa noche.

—¡Has traído hojas secas, muy bien! —dijo el hombre—. A mí nunca se me había pasado por la cabeza. Quédate.

Y se tendió a su lado.

El chico se hizo muy muy pequeño para no molestarlo, y se quedó quietecito sin mover un dedo y fingiendo que dormía, pero no pegaba un ojo por temor a ese hombre. El hombre también seguía despierto, y murmuraba para sí, pensando que su compañero dormía:

—¿Qué puedo regalarle a este chico que me ha llenado la roca de hojas y que se encoge de ese modo para no incomodarme? Le puedo dar una servilleta de hilo, y cada vez que la despliegue encontrará una comida servida para cuantos él desee; le puedo dar una cajita donde habrá una moneda de oro cada vez que la abra; le puedo dar un organillo, y cada vez que lo toque todos cuantos lo escuchen se pondrán a bailar.

El murmullo hizo que el muchachito poco a poco fuese durmiéndose. Se despertó al alba y creía haber soñado. Pero junto a él, en el lecho de hojas, estaban la servilleta, la cajita y el organillo. El hombre ya no estaba. Y él ni siquiera conocía su rostro.

Caminó y caminó hasta llegar a una ciudad llena de gente, donde se preparaba

una gran justa. El Rey de esa ciudad había ofrecido como galardón la mano de su hija y todo el tesoro del Estado. El muchachito se dijo: «Ahora puedo probar la cajita. Si me da el dinero, también yo me apunto a la justa». Comenzó a abrirla y a cerrarla y cada vez que la abría encontraba dentro una moneda de oro muy lustrosa. Compró caballos, armaduras, trajes principescos, tomó escuderos y servidores y se hizo pasar por el hijo del Rey de Portugal. Como siempre salía vencedor, el Rey se vio obligado a concederle la mano de su hija.

Pero en la Corte, aquel mozuelo criado entre ovejas siempre pasaba por mal educado: comía con las manos, se limpiaba con las cortinas, a las Marquesas les daba manotazos en el hombro. Y el Rey sospechó de él. Envió embajadores a Portugal y supo que el hijo del Rey, por ser hidrópico, jamás se había movido del palacio. Entonces ordenó que aquel embustero fuera encarcelado al instante.

La prisión del palacio estaba justo bajo la sala de convites. Apenas entró el muchachito, los diecinueve prisioneros que había lo recibieron con un coro de burlas, porque sabían que había pretendido ser el yerno del Rey. Pero él los dejaba hablar. A mediodía el carcelero les trajo, como de costumbre, una olla de habichuelas. El muchachito corre hacia la olla, le da un puntapié y tira todo al suelo.

—¡Estás loco! ¿Y ahora qué comemos? ¡Esta sí que nos la vas a pagar!

—Callaos y escuchad —les dice. Se saca la servilleta del bolsillo—: para veinte —y se lo explica todo. Apareció un almuerzo para veinte, con sopas, manjares y buen vino. Y todos empezaron a vitorear al muchachito.

El carcelero todos los días encontraba la olla volcada en el suelo, y a los prisioneros más saludables y satisfechos que nunca. Y fue a contárselo al Rey. El Rey sintió curiosidad, bajó a la prisión y preguntó qué estaba pasando. El muchachito da un paso adelante:

—Sabed, Majestad, que gracias a mí mis compañeros comen y beben mejor que en la mesa real. Aún más, si aceptáis, también os invito a vos y estoy seguro de que no os arrepentiréis.

—Acepto —dijo el Rey.

El muchacho desplegó la servilleta y dijo:

—Para veintiuno, y con comida de Rey.

Apareció una comida nunca vista, y el Rey, muy contento, compartió la mesa con los prisioneros.

Concluido el almuerzo, dijo el Rey:

—¿Me vendes esa servilleta?

—¿Por qué no, Majestad? —respondió él—. Pero a condición de que me dejéis dormir una noche con vuestra hija, mi legítima prometida.

—¿Por qué no, prisionero? —dijo el Rey—. Pero a condición de que te estés quieto y callado en un lado de la cama, con las ventanas abiertas, una luz prendida y ocho guardias en la habitación. Si te gusta, bien, si no, nada.

—¿Por qué no, Majestad? Trato hecho.

Así el Rey tuvo su servilleta y el muchacho durmió una noche con la Princesa, aunque sin poder hablar ni tocarla. Y por la mañana lo devolvieron a su celda.

Cuando lo vieron regresar, los prisioneros empezaron a burlarse a viva voz:

—¡Vamos, bobalicón! ¡Mirad al imbécil! ¡Ahora volvemos a comer habichuelas todos los días! ¡Bonito trato hiciste con el Rey!

Y el muchachito, sin perder la compostura:

—¿Y con dinero, no se puede comprar comida?

—¿Y aquí quién tiene dinero?

—No os preocupéis —dijo él, y empezó a sacar monedas de oro de la cajita. De manera que compraban excelentes comidas en la hostería cercana y seguían volcando en el suelo la olla de habichuelas.

El carcelero fue a informar otra vez al Rey, y el Rey bajó y se enteró de lo de la cajita.

—¿Me la vendes?

—¿Por qué no, Majestad?

Y cerró un trato similar al de la vez anterior. Así le dio la cajita y durmió otra vez con la Princesa sin poder tocarla ni hablar.

Los prisioneros, cuando volvieron a verlo se burlaron nuevamente de él:

—¡Bien, ahora nos alimentaremos de nuevo con habichuelas! ¡Qué alegría!

—Por cierto que la alegría no debe faltar. Si no comemos, bailaremos.

—¿Qué quieres decir?

Y el joven sacó el organillo y se puso a tocar. Los prisioneros se pusieron a bailar a su alrededor, y sus pies encadenados producían un gran estrépito. Minués, gavotas, valses, no paraban nunca; acudió el carcelero y también él se puso a bailar, haciendo tintinear las llaves.

Entre tanto, el Rey y sus invitados acababan de sentarse al banquete. Escucharon la música del organillo que venía de la cárcel, se pusieron todos en pie y empezaron a bailar. Nadie entendía nada, parecían endemoniados. Las damas bailaban con los camareros y los caballeros con las cocineras. Hasta los muebles bailaban; la vajilla y la cristalería se hacían añicos; el pollo asado volaba por los aires; algunos se daban con la cabeza en la pared, otros contra el cielo raso. El Rey, siempre bailando, ordenaba que dejaran de bailar. De pronto el joven dejó de tocar y todos cayeron al suelo de golpe, mareados y con las piernas flojas.

El Rey bajó a la prisión con el aliento entrecortado.

—¿Quién ha sido el gracioso? —empezó a decir.

—Soy yo, Majestad —dijo el muchachito—. ¿Queréis verlo?

Tocó una nota con el organillo y el Rey ya levantaba una pierna en un paso de danza.

—¡Basta, basta! —dijo espantado, y después—: ¿me lo vendes?

—¿Por qué no, Majestad? —respondió él—. ¿Cuáles son las condiciones?

—Las de antes.

—Pero Majestad, las condiciones hay que renovarlas. Si no, empiezo a tocar otra vez.

—No, no, dime qué quieres.

—Yo me conformo con que esta noche pueda hablarle a la Princesa y que ella me responda.

El Rey lo pensó un poco y finalmente accedió.

—Pero yo pondré guardia doble y dos arañas encendidas.

—Como queráis.

Entonces el Rey llamó a su hija en secreto y le dijo:

—Escúchame bien, te ordeno que esta noche respondas que no, y siempre que no, a todas las preguntas de ese malandrín.

Y la Princesa prometió obedecerle.

Llegó la noche, el muchachito entró en la habitación totalmente iluminada y llena de guardias, se tendió a un lado del lecho, bien lejos de la Princesa. Después dijo:

—Esposa mía, ¿te parece que con este frío podemos dejar las ventanas abiertas?

Y la Princesa:

—No.

—Guardias, ¿habéis oído? —gritó el muchachito—. Por orden expresa de la Princesa, cerrad todas las ventanas.

Y los guardias obedecieron.

Al cuarto de hora, dice el muchachito:

—Esposa mía, ¿te parece apropiado que estemos en la cama rodeados de tantos guardias?

Y la Princesa:

—No.

—¡Guardias! —grita el muchachito—. ¿Habéis oído? Por orden expresa de la Princesa, idos de aquí y no volváis a aparecer.

Y los guardias se fueron a dormir, y no podían creerlo.

Después de otro cuarto de hora:

—Esposa mía, ¿te parece bien estar acostados con dos arañas encendidas?

Y la Princesa:

—No.

De modo que apagó las arañas y quedaron totalmente a oscuras.

Volvió a recostarse en el borde, luego dijo:

—Querida, somos esposos legítimos, y sin embargo nos mantenemos alejados como si en medio hubiera un seto de espinos. ¿Te gusta eso?

Y la Princesa:

—No.

Entonces él la estrechó en sus brazos y la besó.

Cuando llegó el día y el Rey se presentó en la habitación de la hija, ella le comentó:

—He obedecido vuestras órdenes. Lo que pasó, pasó. Este joven es mi marido legítimo. Perdonadnos.

El Rey se vio en la obligación de ordenar grandes fiestas, bailes y torneos para festejar la boda. El muchachito se convirtió en yerno del Rey, y más tarde fue Rey él mismo. Aunque era pastor, tuvo la suerte de posar las asentaderas en un trono real por el resto de su vida.

(Montale Pistoiese)

61
LA REINA MARMOTA

Reinaba en España el justo y buen Rey Maximiliano, y tenía tres hijos: Guillermo, Juan, y Andresito, el menor y el preferido del padre. El Rey perdió la vista a causa de una enfermedad. Llamaron a todos los médicos del Reino y ninguno conocía el remedio, pero uno de los más viejos afirmó:

—Aquí no basta la sapiencia médica: haced llamar a un adivino. Fueron llamados adivinos de todas partes: estudiaron en sus libros pero tampoco ellos supieron dar una respuesta. Con los adivinos había llegado un Mago que nadie conocía. Y una vez que todos emitieron su opinión, el Mago se adelantó y dijo:

—Conozco perfectamente vuestra ceguera, Rey Maximiliano; y el remedio sólo se encuentra en la ciudad de la Reina Marmota, y es el agua de su pozo.

Aún no se había disipado el estupor provocado por estas palabras, cuando el Mago desapareció sin que nadie volviera a saber de él.

El Rey quería saber quién era, pero nadie lo había visto jamás. Un adivino, sin embargo, opinó que tal vez fuera un Mago de la región de Armenia, llegado allí mediante encantamientos.

—¿Y la ciudad de la Reina Marmota? —preguntó el Rey—, ¿se encontrará en esas tierras lejanas?

—Mientras no se la busque —repuso un anciano de la Corte—, no se sabrá dónde está. Si yo fuera más joven, no tardaría en iniciar el viaje. Se adelantó Guillermo, el hijo mayor:

—Si aquí hay alguien que haya de viajar, ése soy yo. Es justo que el hijo mayor sea quien primero piense en la salud del padre.

—Hijo querido —dijo el Rey—, tienes mi bendición. Toma dinero, caballos y todo lo que necesites. En tres meses, espero tu retorno y tu gloria.

En el puerto del Reino, Guillermo abordó una nave que se dirigía rumbo a la Isla de Buda, donde se detendría tres horas para luego seguir hacia Armenia. En Buda Guillermo desembarcó para ver la Isla, y mientras paseaba se encontró con una dama

de gestos seductores. Tanto se entretuvo discurriendo con ella que las tres horas pasaron inadvertidamente. A la hora acordada la nave izó las velas y dejó a Guillermo en la Isla. Al principio Guillermo se disgustó, pero después la compañía de la dama le hizo olvidar la enfermedad del padre y la finalidad del viaje.

Cumplidos los tres meses, el Rey, al no verlo regresar, pensó que tal vez hubiera muerto y a su dolor por haber perdido la vista se sumó el de haber perdido un hijo. Para consolarlo, Juan, el mediano, se ofreció a partir en busca de su hermano y del agua. Y el Rey accedió, pese a que temía que también a él le acaeciera una desgracia.

Juan zarpó en la nave y al poco tiempo avistó la Isla de Buda. Esta vez la nave anclaba medio día. Juan desembarcó para recorrer la Isla; visitó jardines de mirtos, cipreses y laureles, con lagos de agua clara llenos de peces multicolores, y más tarde una aldea con hermosas calles y avenidas, una plaza con una blanca fuente de mármol, circundada por monumentos y edificios; justo en el centro había un majestuoso palacio con columnas doradas y plateadas, y muros de cristal que relumbraban al sol. Detrás de estos muros de cristal, Juan vio pasear a su hermano.

—¡Guillermo! —gritó—. ¡Estás aquí! ¿Por qué no volviste? ¡Te creíamos muerto!

Y se abrazaron.

Guillermo le contó cómo, al llegar a la Isla, le había sido imposible alejarse, y cómo lo había recogido la hermosa dama que era dueña de todo lo que se veía.

—Esta dama se llama Lugistella —añadió—, y tiene una bellísima hermana menor que se llama Isabella: si la quieres, es tuya.

En síntesis, transcurridas las doce horas, la nave zarpó sin Juan. También él, tras un fugaz instante de remordimiento, olvidó al padre y el agua milagrosa y, al igual que su hermano, permaneció en el palacio de cristal en calidad de huésped.

Cumplidos los tres meses, el Rey Maximiliano se asustó al ver que su segundo hijo no regresaba, y con él toda la Corte fue presa del dolor. Entonces Andresito cobró ánimos y declaró a su padre que saldría en busca de los hermanos y del agua de la Reina Marmota.

—¿También tú quieres dejarme? —dijo el Rey—. ¿Ciego y abatido como estoy, debo quedarme sin hijos a mi lado?

Pero Andresito lo alentó con la esperanza de presenciar el retorno de sus tres hijos, sanos y salvos y con el agua milagrosa, y el padre accedió.

La nave echó el ancla en la Isla de Buda, donde permanecería dos días enteros.

—Puedes bajar —le dijo el capitán a Andresito—, pero trata de volver a tiempo si no quieres quedarte en tierra, como pasó con esos dos jovencitos que vinieron antes, de quienes nunca volvió a saberse.

Andresito comprendió que se refería a sus hermanos y que ellos debían de estar en la Isla. Entonces se puso a recorrerla y los encontró en el palacio de cristal. Se abrazaron y los hermanos le contaron a Andresito acerca del hechizo que los retenía en Buda.

—Estamos en un paraíso, sabes —le dijeron—, y los dos tenemos una hermosa

mujer: yo tengo a la dueña, Juan tiene a su hermana; si también tú quieres quedarte, creo que nuestras damas tienen una prima.

—¡Se ve que habéis perdido la cabeza —replicó Andresito— porque ya no os acordáis de vuestros deberes para con vuestro padre! Yo debo encontrar el agua de la Reina Marmota y nada puede distraerme de ese propósito, ¡ni riquezas, ni diversiones, ni damas bonitas!

Ante este discurso, los hermanos se encerraron en el silencio y le dieron la espalda, ofendidos. Andresito se apresuró a volver a bordo. La nave desplegó las velas y con buen viento llegó al país de Armenia.

En cuanto desembarcó, Andresito empezó a preguntar a todo el mundo dónde se encontraba la ciudad de la Reina Marmota, pero al parecer nadie había oído de ella. Tras semanas de búsqueda inútil, alguien lo envió a ver a un viejo que vivía en la cumbre de un monte.

—Es tan viejo como el mundo, y se llama Farfanello. Si no sabe él dónde se encuentra esa ciudad, no lo sabe nadie.

Andresito trepó a la montaña. Encontró al viejo decrépito y barbudo en su casucha y le comentó su búsqueda.

—Pues sí, jovencito —dijo Farfanello—, algo recuerdo de ese lugar, pero está muy lejos. Ante todo hay que atravesar un océano. Por lo menos te llevará un mes, y la travesía está llena de peligros. Pero si llegas sano y salvo, te esperan peligros aún más graves en la Isla de la Reina Marmota, que lleva en sí el nombre del infortunio, porque la llaman Isla del Llanto.

Andresito, feliz de haber conseguido al fin datos seguros, se embarcó en el puerto de Brindisi. El viaje por el océano fue peligroso a causa de los gigantescos osos blancos que lo recorrían a nado, capaces de volcar los buques más grandes. Pero Andresito, valiente cazador, no tuvo miedo, y la nave se libró de las garras de los osos blancos y llegó a la Isla del Llanto. El puerto parecía abandonado: no se oía ni un ruido. Andresito desembarcó y vio a un centinela con escopeta, inmóvil: le preguntó en qué calle estaba pero el centinela permaneció quieto y callado como una estatua. Llamó a los mozos de cuerda para que le llevaran el equipaje, pero los mozos de cuerda estaban quietos, algunos con pesados fardos echados al hombro, y con un pie hacia delante. Entró en la ciudad; a un lado de la calle había un zapatero remendón tirando del hilo, quieto y en silencio; en la otra, un camarero con la cafetera levantada hacía el gesto de servirle café a una mujer, ambos inmóviles y mudos. En las calles, había mucha gente tanto en las ventanas como en las tiendas, pero todos parecían de cera, detenidos en las posturas más extrañas. Lo mismo ocurría con los caballos, los perros, los gatos. Caminando en medio de ese silencio, Andresito llegó a un espléndido palacio con estatuas y lápidas que rememoraban a los antiguos Reyes de la isla. En la fachada había un bajorrelieve lleno de figuras con una inscripción en letras de oro, circundada de rayos: *A Su Señoría la Reina de los Luminosos, que gobierna esta Isla de Parimus*.

«¿Dónde estará esta Reina?», se preguntó Andresito. «¿Será ella a la que llaman la Reina Marmota?». Y subió por una escalinata de alabastro y atravesó algunas salas de estuco en cuyas puertas siempre encontraba la misma inscripción. En un salón, una escalinata de mármol conducía a un entresuelo, donde bajo un dosel se hallaba el trono con las enseñas reales incrustadas de diamantes. En una vasija de oro había una cepa de vid, que había crecido tanto que las ramas se multiplicaban por el salón, cubriendo el trono y el dosel, y todo estaba atestado de pámpanos y racimos maduros. Y desde otras vasijas, y por las ventanas del jardín, árboles frutales de toda especie habían invadido el salón. Andresito, que tenía hambre después de tanto caminar, arrancó una manzana y la mordió. Apenas hincó los dientes en la manzana, su visión se oscureció y se apagó del todo.

—¡Ay de mí! —gritó—. ¡Estoy ciego! ¿Y ahora qué haré en este país desconocido, habitado por estatuas?

Y trató de regresar a tientas, pero puso los pies en una trampa, se precipitó en el vacío y cayó al agua. Con pocas brazadas volvió a la superficie, y en cuanto asomó la cabeza advirtió que había recobrado la vista. Se hallaba en el fondo de un profundo pozo, y arriba se veía el cielo. «Helo aquí», pensó Andresito, «éste es el pozo del que habló ese Mago. Esta es el agua que curará a mi padre, siempre que logre llevársela». Vio una cuerda que colgaba en el pozo, se encaramó a ella y salió.

Había anochecido y Andresito buscó una cama para dormir. Encontró una cámara principesca, con un gran lecho donde yacía una muchacha de belleza angélica. La muchacha tenía los ojos cerrados y la boca sonriente, y él comprendió que el hechizo la había sorprendido durante el sueño. Andresito, después de pensárselo un poco, se desnudó y se acostó con ella, y así pasó una noche deliciosa, sin que ella en ningún momento manifestara advertir su presencia. Al despuntar el día, se levantó y dejó una nota sobre la cómoda, que decía: «Andresito, hijo del Rey Maximiliano de España, durmió en esta cama con gran júbilo el 21 de marzo del año 203». Se llevó una botella del agua que devolvía la vista y una de las manzanas que la quitaban, y se marchó.

La nave volvió a hacer escala en la Isla de Buda, y Andresito fue a visitar a sus hermanos. Les contó las maravillas de la Isla del Llanto, la noche pasada con esa muchacha encantadora, y les mostró la manzana que cegaba y el agua que devolvía la vista. Los dos hermanos fueron presa de la envidia y de inmediato planearon una traición. Le robaron a Andresito la botella, reemplazándola por otra igual llena de agua fresca; y luego declararon que deseaban volver a casa con él para presentar sus esposas al padre.

Es imposible describir la alegría del Rey Maximiliano cuando sus tres hijos regresaron a España sanos y salvos. Después de los primeros y efusivos abrazos, el Rey preguntó:

—¿Y quién de vosotros ha sido el más afortunado?

Guillermo y Juan guardaron silencio, y Andresito dijo:

—Querido padre, oso decir que yo fui el más afortunado, porque encontré y traje de vuelta a mis hermanos perdidos, llegué a la ciudad de la Reina Marmota y conseguí el agua que te devolverá la vista; y además tengo otro objeto de increíble poder, del cual os haré una demostración de inmediato.

Sacó la manzana y se la tendió a su madre para que la comiera. La Reina mordió y en el acto se encontró ciega y lanzó un grito.

—No te asustes, madre —dijo Andresito sacando la botella—, que con un poco de esta agua no sólo te devolveré la vista a ti, sino a papá, que la ha perdido hace tanto tiempo.

Pero como se trataba del agua que los hermanos habían sustituido, la vista no volvió. La Reina lloraba, el Rey se enfurecía y Andresito estaba perplejo. Entonces se adelantaron los hermanos y dijeron:

—Esto sucede porque no fue él quien encontró el agua de la Reina Marmota, sino nosotros. Y hela aquí —y al enjugarse los ojos con el agua robada, los dos viejos volvieron a ver como antes.

Siguió un gran alboroto: Andresito insultaba a sus hermanos, llamándoles ladrones y traidores; los hermanos, desdeñosamente, lo trataban de pequeño mentiroso; el Rey no sabía qué pensar y terminó por creer en la palabra de Guillermo, Juan y sus dos mujeres.

—¡Cállate, desvergonzado! —le dijo a Andresito—. ¡No sólo no querías curarme a mí, sino que querías cegar a tu madre! Soldados, apresad a este ingrato, llevadlo a un bosque y matadlo. Quiero que me traigáis su corazón. Os va en ello la cabeza.

Los soldados se llevaron a rastras a Andresito, que gritaba y protestaba desesperadamente, y lo condujeron a una arboleda fuera de la ciudad. Pero Andresito encontró el modo de contarles su historia y convencerlos. Como no querían mancharse las manos con sangre inocente, los soldados le hicieron prometer que nunca más volvería al país y lo dejaron en libertad. Al Rey le llevaron el corazón de un marrano que le compraron a un campesino y que degollaron en el camino.

En la Isla del Llanto, transcurridos nueve meses, la muchacha dormida dio a luz un hermoso niño, y al darlo a luz se despertó. Al despertar la Reina, se quebró el hechizo que el Hada Morgana había obrado por envidia, y despertó toda la población y la ciudad volvió a la vida. Los soldados que estaban firmes adoptaron la posición de descanso, los que estaban en descanso adoptaron la posición de firmes, el zapatero tiró del hilo, el camarero dejó caer el café, y los mozos de cuerda del puerto se echaron los fardos al otro hombro porque ya estaban algo cansados de llevarlos en el primero.

La Reina, restregándose los ojos, se preguntó: «¿Quién puede haber tenido el atrevimiento de venir hasta aquí y dormir en esta habitación, librándonos del encantamiento a mí y a mis queridos súbditos?».

Entonces una de las damiselas le mostró la nota que había en la cómoda, con lo cual la Reina supo que se trataba de Andresito, hijo del Rey Maximiliano. De

inmediato escribió una carta al Rey, diciéndole que le mandara a Andresito sin demora, pues de lo contrario le declararía la guerra.

El Rey Maximiliano, apenas recibió la carta, llamó a Guillermo y a Juan, se la dio a leer y les preguntó qué pensaban. No sabían qué responder; finalmente fue Guillermo el que habló:

—Esta historia es difícil de entender, a menos que alguien vaya a ver a la Reina para aclararla. Iré a ver de qué se trata.

El viaje de Guillermo fue más fácil porque el encantamiento del Hada Morgana estaba roto y los osos blancos habían desaparecido. Se presentó a la Reina diciendo que él era el Príncipe Andresito.

La Reina, que era desconfiada por naturaleza, empezó a interrogarlo:

—¿Qué día estuviste aquí por vez primera? ¿Cómo encontraste la ciudad? ¿Dónde estaba yo? ¿Qué te ocurrió en el palacio? ¿Qué cambios has notado?

Ante esas y otras preguntas, Guillermo empezó a contradecirse, a confundirse y a balbucear, y la Reina no tardó en convencerse de que era un impostor. Mandó que lo apresasen y decapitasen. Hizo clavar la cabeza cortada en un gancho de la puerta de la ciudad, con esta inscripción: «Esto le ocurre a quien es sorprendido en sus mentiras».

La Reina Marmota envió otra carta al Rey Maximiliano, diciendo que si no le mandaba a Andresito, su ejército ya estaba listo para lanzarse a la guerra, devastar el Reino y destruirlo a él, a su pueblo y su familia. El Rey, ya arrepentido de haber hecho matar a Andresito, se lamentaba a Juan:

—¿Y ahora qué hacemos? ¿Cómo explicarle que Andresito murió? ¿Y Guillermo, por qué no vuelve?

Entonces Juan se ofreció para visitar a la Reina Marmota. Viajó a la Isla, pero cuando vio la cabeza de Guillermo clavada en las puertas de la ciudad, no quiso saber nada más y regresó veloz como el viento.

—¡Padre mío! —le dijo al Rey—. ¡Estamos perdidos! Guillermo ha muerto y su cabeza está clavada en las puertas de la ciudad. Si hubiese entrado yo, en este momento ya habría otra cabeza clavada en el otro batiente.

El Rey desvariaba con la cabeza entre las manos.

—¡Muerto Guillermo! ¡También él! Ah, sin duda Andresito era inocente, y todo esto sucede para castigarme. Pero tú, Juan, al menos tú dime la verdad, revélame cuál es la traición, antes de que yo muera.

—¡La culpa fue de nuestras mujeres! —dijo Juan—. Nosotros nunca fuimos al reino de la Reina Marmota y le cambiamos la botella a Andresito.

El Rey, clamando, llorando, arrancándose los cabellos, llamó a los soldados para que lo condujeran al sitio donde estaba sepultado Andresito. Los soldados no pudieron ocultar su turbación, y el Rey, al darse cuenta, sintió renacer la esperanza.

—¡Rápido, decidme la verdad! Sea cual fuere, estáis perdonados, palabra de Rey.

Entonces los temblorosos soldados le dijeron que la sentencia no se había

cumplido, pues ellos habían desobedecido la orden; y para gran sorpresa de ellos el Rey los besó y abrazó loco de alegría. Se pregonaron bandos en todas las provincias, anunciando que quien encontrara a Andresito recibiría del Rey un premio que lo haría rico de por vida.

Andresito regresó, colmando de alegría a su viejo padre y a la Corte, y en el acto zarpó hacia la Isla del Llanto, donde fue recibido triunfalmente.

—Andresito, libertador mío y de mi pueblo —dijo la Reina—. ¡Serás mi esposo y Rey para siempre!

Y por muchos meses no se oyeron en la Isla sino cánticos de júbilo, de manera que la llamaron la Isla de la Felicidad.

(Montale Pistoiese)

62
EL HIJO DEL MERCADER DE MILÁN

Había una vez en Milán un mercader que tenía mujer y dos hijos. De los dos prefería al mayor, porque ya era todo un hombre y podía ayudarlo en los negocios; no es que al menor no le tuviese cariño, pero todavía lo trataba como a un niño, y mucho no se ocupaba de él. Era un mercader rico que ya sólo se dedicaba a los negocios que podían acarrearle inmensas ganancias, y ahora viajaba a Francia interesado en ciertos talleres, empresa que según sus cálculos debería producir frutos desmesurados. El hijo mayor tenía que acompañarlo, pero el menor, que se llamaba Menichino, no se cansaba de insistirle:

—Yo también quiero ir contigo, papá. Me portaré bien, ya verás, y hasta podré ayudarte. No quiero quedarme solo en Milán.

Y el padre, que no quería saber nada, lo amenazó con un par de bofetadas para hacerlo callar.

Llegó la hora; el mercader y su hijo hicieron trasladar los baúles y subieron a la carroza. Era de noche, y entre la oscuridad y el alboroto de la despedida, los postillones no se dieron cuenta de que Menichino se había acurrucado en el estribo.

La carroza se detuvo en la primera posta para cambiar los caballos, y el muchacho, para que no lo vieran, saltó a tierra y esperó a que el carruaje se pusiera en movimiento antes de volver al estribo. Al llegar a la segunda posta ya era de día, de modo que Menichino fue a esconderse a un recodo para esperar a que pasara la carroza y saltar. Pero la carroza partió a gran velocidad, y él no tuvo tiempo de dar el salto: se quedó solo en medio de la carretera.

Al verse tan solo, sin un céntimo y hambriento en ese paraje desconocido, el jovencito sintió ganas de llorar; pero luego se armó de coraje y se puso a explorar el campo. Encontró a una vieja sentada en el borde del camino.

—¿Adónde vas tan solo? ¿Te has perdido? —dijo la vieja.

—Me extravié bien extraviado, abuela —dijo Menichino—. Iba en carroza con mi padre y mi hermano, y en una estación de postas la carroza se fue sin mí, así que aquí

estoy, y ni siquiera conozco el camino para volver a casa de mi madre. Pero, por otra parte, en casa no tengo nada que hacer: prefiero recorrer el mundo en busca de fortuna, ya que mi padre me dejó en medio del camino. —Luego reflexionó un poco y añadió—: bueno, para ser franco, mi padre no sabía que me llevaba consigo. Yo viajaba oculto en el estribo trasero, porque yo también quería ir a Francia.

—Así me gusta —dijo la vieja—, has sido sincero y has hecho bien, porque soy un Hada y ya lo sabía todo. Si buscas fortuna, te indicaré dónde puedes encontrarla, si eres despierto y respetuoso.

—Claro que soy joven —dijo Menichino—, eso no lo niego, pero mis catorce años y un poco de cerebro creo tenerlos. Por lo tanto, abuela, si usted tiene el buen propósito de ayudarme, esté segura de que haré todo lo que me diga.

—Así me gusta —dijo el Hada—. Has de saber que el Rey de Portugal tiene una hija muy sabia, capaz de adivinar casi todas las adivinanzas. Y el Rey la ha prometido como esposa a quien sepa proponerle una adivinanza que ella no pueda resolver. Tú eres un jovencito listo: encuentra una adivinanza y tu fortuna está hecha.

—Entiendo —dijo Menichino—, ¿pero cómo quiere que yo sea capaz de tramar una adivinanza que haga pasar por tonta a una señorita de tan fina inteligencia? Hace falta gente educada, no ignorantes como yo.

—¡Oh! —dijo la vieja—. Yo te indico el camino, tú ingéniatelas para hacer el resto. Te regalo este perro: acuérdate de que se llama Bello, y será él quien te ayude a componer la adivinanza. Llévalo contigo y vete tranquilo.

—Está bien, abuela, si usted lo dice la creo. Mientras tanto le doy las gracias: ha sido muy gentil y lo que cuenta es eso —y se fue, saludándola cortésmente, aunque no creía mucho en sus palabras. No obstante, cogió al perro de la correa y prosiguió su camino.

Al anochecer llegó a una casa de campesinos, y pidió por caridad algo de comer y alojamiento sólo por esa noche. Lo atendió una mujer, quien le dijo:

—¿Cómo sales de noche con un perro por toda compañía? ¿No tienes papá ni mamá?

—Quería ir a Francia, me había escondido detrás de la carroza y mi papá se fue —repuso Menichino—. Ahora voy a decirle una adivinanza a la hija del Rey de Portugal, y este perro me lo regaló un Hada y me enseñará la adivinanza y así me casaré con la hija del Rey.

La mujer, que tenía el alma negra, pensó: «Si este perro enseña adivinanzas, podría robárselo y mandar a mi hijo a la Princesa», y decidió matar al muchacho.

Le amasó una hogaza envenenada y le dijo:

—Toma, a esto nosotros lo llamamos *pizza*; yo no te puedo alojar en casa porque mi marido no quiere que de ninguna manera abra la puerta a los forasteros, pero puedes ir a dormir a una cabaña de nuestra propiedad. La encontrarás apenas te internes en el bosque. Llévate esta *pizza* a la cabaña y cómetela. Mañana por la mañana iré a despertarte y te llevaré leche.

Menichino le dio las gracias y se dirigió a la cabaña. Pero el perro tenía más hambre que él y daba saltos alrededor de la *pizza* que Menichino llevaba en la mano; entonces partió la *pizza* y le arrojó un trozo al perro. Bello lo atrapó al vuelo, y en cuanto lo tragó, empezó a temblar, se echó con la panza al aire, estiró las patas y murió. Menichino lo miró boquiabierto y tiró el resto de la *pizza*. Luego se recobró y exclamó:

—Pero éste puede ser el principio de la adivinanza:

Pizza mata a Bello
Por Bello me salvé.

Sólo me queda encontrar la continuación.

Justo en ese momento, tres cuervos que volaban por el cielo, al ver el perro muerto, bajaron, se posaron en el vientre y empezaron a picotear. Al minuto los tres estaban secos.

«He aquí la continuación», se dijo Menichino.

Un muerto mata a tres.

Ató los tres cuervos con la correa del perro y se los echó al hombro. De pronto, salen del bosque seis ladrones armados, con la cara larga de hambre.

—¿Qué llevas ahí? —le preguntaron a Menichino.

Menichino, que sólo llevaba esos tres cuervos, no se intimidó.

—Tres pájaros para asarlos a la brasa —dijo.

—Dánoslos —dijeron los ladrones, y se los llevaron.

Menichino se ocultó detrás de un árbol para ver qué ocurría. Los ladrones asaron los cuervos a la brasa y murieron los seis.

Así Menichino siguió con su adivinanza:

Pizza mata a Bello
Por bello me salvé.
Un muerto mata a tres
Y tres matan a seis.

Pero al ver comer a los ladrones había recordado que tenía hambre, y ahí tenía el fuego preparado. Tomó el fusil de uno de los ladrones muertos y apuntó a un pájaro posado en la copa de un árbol. Era un pájaro que estaba empollando, y el cartucho, en vez de darle al pájaro, le dio al nido, que se precipitó a tierra. De los huevos rotos salieron pichones todavía implumes; los puso sobre el fuego que habían preparado para los cuervos, y para atizarlo arrancó las páginas de un libro, parte del botín de uno de los ladrones muertos. Luego volvió al árbol y se durmió entre las ramas. Ahora ya tenía en mente toda la adivinanza.

Cuando llegó a Portugal, a la Ciudad del Rey, quiso presentarse sin demora ante la Princesa, sucio y harapiento como estaba después de un viaje tan prolongado. La

Princesa se echó a reír:

—¡Pero qué descarado este andrajoso! Pretende vencerme a mí, y ser mi marido.

—Antes de juzgarme, esperad a oír mi adivinanza, Princesa —dijo Menichino—, que el decreto de vuestro padre el Rey va dirigido a todas las personas sin distinción.

—Sí, puedes hablar cuanto quieras —dijo la Princesa—, pero si quieres retirarte todavía estás a tiempo, y así te ahorrarías una tunda de palos.

Menichino titubeó, después pensó en lo que le había dicho el Hada y se armó de valor.

—Mi adivinanza es ésta —dijo:

Pizza mata a Bello
Por bello me salvé.
Un muerto mata a tres
Y tres matan a seis.
Le disparé al que vi
Y acerté a los que no vi.
Comí carne nonata
Cocida con palabras.

No dormí en el cielo ni en la tierra,

Adivinadlo ahora, mi querida Princesa.

No bien Menichino hubo terminado, la Princesa exclamó:

—Sí, sí, sí, es facilísimo. Es decir: hay un hermano tuyo, o amigo, que se llama Pizza, y para salvarte de las manos de Bello, tu enemigo, lo mató, y Bello te salvó con su muerte, porque ya no podía hacerte ningún mal. ¿Está bien, no? Pero antes de morir, ese Bello mató a tres, hummm, luego estos tres… Aguarda…

Apoyó los codos en las rodillas, apoyó el mentón en las manos, y empezó a rascarse la coronilla y a adoptar posturas poco apropiadas para una Princesa, esforzándose por pensar.

—Carne nonata… Ya… Cocida con palabras… Quiere decir… Si pudiera encontrar la relación… —Finalmente se dio por vencida—. Me rindo. Es una adivinanza imposible. Explícamela un poco.

Entonces Menichino contó su historia con todo lujo de detalles, y pidió que se cumpliera la promesa real. La Princesa dijo:

—Bien, tienes razón, no puedo negarme. Pero yo no tengo la menor gana de ser tu mujer. Si en cambio llegaras a un arreglo con mi padre, yo estaría mucho más contenta.

Y Menichino:

—Veremos cómo es ese arreglo. Si me parece conveniente, de acuerdo. Pensad que yo recorro el mundo en busca de fortuna, y si no me caso con una Princesa es necesario algo que compense el cambio.

—Claro que sales ganando —dijo la Princesa—. Serás absolutamente rico y podrás hacer lo que te plazca. ¿Qué quieres, tener por mujer a una Princesa que no te

ama, siempre insatisfecha e irritada contigo? ¿Sabes qué te doy a cambio? El secreto del Mago de la Montaña de la Flor. Con tener ese secreto estás salvado.

—¿Y dónde está ese secreto?

—Debes ir a buscarlo tú en persona, reclamárselo al Mago en la Montaña de la Flor. Si vas en mi nombre, te lo revelará.

Menichino reflexionó un poco si le convenía dejar lo seguro por lo inseguro, pero ser marido de la Princesa le causaba más temor que placer, de manera que pidió que le explicase el camino a la Montaña de la Flor.

La Montaña de la Flor era un peñasco inexpugnable, y Menichino sufrió muchas fatigas para llegar a la cumbre. Arriba, entre las rocas, había un inmenso castillo rodeado de jardines, y no se entendía cómo habían hecho para construirlo. Menichino llama y le abren ciertas criaturas descomunales, ni hombres ni mujeres, tan feas que podían intimidar al miedo en persona. Menichino iba preparado para lo peor, así que las miró con calma y pidió que le presentaran al Mago. Vino el mayordomo del Mago, un gigante monstruoso que le dijo:

—Muchacho, a ti te sobra coraje, pero mejor es que no intentes conocer a mi amo, porque tiene el vicio de comerse a los cristianos crudos como vienen.

Y Menichino:

—Sea como fuere, necesito hablar personalmente con el Mago, así que haz el favor de anunciarme.

El Mago solía estar repantigado sobre ricas alfombras y cojines, y cuando le anunciaron la visita de un muchacho, pensó: «¡Este es un buen bocado de cristiano fresquito para el desayuno!». Cuando entró Menichino, el Mago le preguntó:

—¿Quién eres? ¿Qué quieres de mí?

—No se preocupe, señor Mago —dijo Menichino—, no vengo con malas intenciones. Soy un muchacho humilde en busca de fortuna, y me han enviado a usted, que es tan caritativo con los pobres infortunados.

El Mago, al escuchar estas palabras, estalló en una carcajada que hizo temblar todo el palacio.

—¿Pero se puede saber quién te ha mandado aquí? —y Menichino le contó toda su historia. El Mago se apoyó en un codo para verlo mejor—: pese a todo —dijo—, eres un jovencito con agallas y además sincero: te mereces esa recompensa. Mi secreto es esta varita mágica. Yo te la doy, pero ay si te la dejas robar o si la pierdes. Esta varita, cada vez que des con ella un golpe en el suelo y le pidas un deseo, te lo concederá. Consérvala, y vete ya, sano y salvo.

Al bajar de la Montaña de la Flor, Menichino reflexionó un poco, y decidió que lo mejor era volver a casa vestido de señor y ver si los suyos estaban con vida y aún se acordaban de él. «Esta será la primera prueba de la varita mágica», se dijo. Dio con ella un golpe en la tierra y oyó una voz que decía:

—¡Ordena!

Respondió Menichino:

—Ordeno una carroza de cuatro caballos, lacayo, palafrenero y vestuario de gran señor.

Y de pronto apareció ante sus ojos una carroza con hermosísimos caballos, y servidores que le alcanzaban ropas de última moda para que se cambiara. Los caballos eran mágicos y galoparon sin parar hasta la ciudad de Milán sin necesidad de recambio.

Al llegar a Milán, comprobó que sus padres ya no vivían en un palacio como antes. El negocio de Francia, en vez de resultar provechoso, había arrastrado a su padre a tremendas complicaciones, despojándolo de todas sus riquezas. Ahora se veían obligados a vivir de alquiler en un tugurio en las afueras. Menichino llegó con sus caballos y criados y dejó a sus padres boquiabiertos. Ni mencionó la varita; dijo que había hecho fortuna con sus negocios, y que de ahora en adelante podía proveer las necesidades de todos. Y en efecto, hizo aparecer un gran palacio con su varita y contó que lo habían construido obreros muy expertos y veloces que estaban a sus órdenes. La familia se alojó en el palacio, donde abundaban los muebles, los vestidos, los caballos, los sirvientes y los camareros, por no hablar del dinero.

Reinaba la alegría, pero el hermano de Menichino estaba verde de envidia. El que era el mayor, el favorito de su padre, debía someterse al hermano menor y soportar que lo mantuviera. Se devanaba los sesos por descubrir de dónde venía la riqueza de Menichino. Empezó a espiarlo por el agujero de la cerradura: y así lo descubrió obrando maravillas con esa vara y decidió robársela. Menichino guardaba la varita en un cofre de su habitación, y un día, cuando él no estaba, su hermano entró en la habitación y se la llevó. Cuando estuvo en su cuarto, empezó a dar golpes con la varita en el suelo para comprobar sus virtudes. Pero era inútil, porque en sus manos la varita no servía de nada. El hermano se dijo: «Debo haberme equivocado: ésta no es la varita mágica». Y fue a guardarla en el baúl de Menichino y a hurgar en busca de otra. Pero apenas entró en el cuarto, oyó los pasos de Menichino en la escalera. Por temor a ser descubierto, partió la varita en dos y la tiró por la ventana que daba al jardín.

Menichino no utilizaba la varita todos los días, sino sólo cuando la necesitaba, de modo que no se percató inmediatamente de su desaparición. Pero la primera vez que la buscó, estuvo a punto de enloquecer. Se vio perdido, pensó que después de poseer tantas riquezas no tardaría en caer en la ruina. Presa de desesperados pensamientos, se puso a caminar por el jardín, y en eso vio una varita partida en dos entre las ramas de un árbol. El corazón le brincó en el pecho. Sacudió el árbol y los fragmentos cayeron a tierra. En el momento de caer, una voz dijo:

—¡Ordena!

Menichino pasó bruscamente de la desesperación a una gran felicidad: ¡ésa era su varita, y aunque rota conservaba sus virtudes! Unió los dos pedazos y se prometió ser más prudente en el porvenir.

Sucedió en aquel tiempo que el Rey de España hizo pregonar un bando en todos

los países: su hija única estaba en edad de casarse, y los más fieros caballeros de todas las naciones habían sido invitados a combatir en un torneo de tres días consecutivos: el vencedor obtendría la mano de la hija y heredaría el Reino. Menichino pensó que ésa era una buena oportunidad para convertirse en Príncipe de la Corona y después en Rey. Con un toque de su varita hizo aparecer una espléndida armadura, caballos y escuderos, y partió hacia España. Como no quería revelar su nombre y su origen, se alojó en un mesón apartado y esperó el día de la justa.

La justa se llevaba a cabo en un terreno cercado y alrededor de la valla se apiñaban señores y señoras de toda suerte y condición, y bajo el palio de la tribuna estaban sentados el Rey y la Princesa conversando con los Barones más importantes. De pronto la multitud se vuelve y suenan las trompetas: entran los caballeros con sus lanzas en ristre, se traban en lucha y cada cual recibe lo suyo. Así llovían los golpes sobre las corazas pero ninguno caía a tierra, porque todos eran igualmente fuertes y valerosos, cuando en la pista entra al galope un nuevo caballero, con la visera baja y armas desconocidas, y uno por uno desafía a los otros a enfrentarlo. Uno hace la prueba, cruza lanzas con él y cae a tierra; otro repite la intentona y es despanzurrado; a un tercero se le quiebra la lanza; otro pierde el yelmo; y así todos iban quedando fuera de combate. Vuelve grupas para desfilar como vencedor, pero en cambio enfila hacia la puerta de la valla y se aleja al galope. Todos quedaron estupefactos, empezando por el Rey, y se devanaban los sesos por averiguar quién podría ser, pero no daban pie con bola.

—Veremos si se presenta mañana —dijeron.

Y en efecto, el caballero desconocido volvió a presentarse, desmontó a sus adversarios como el día anterior, y escapó al galope sin darse a conocer.

El Rey, entre curioso y ofendido, dio orden de que al tercer día lo arrestaran, y redobló la guardia de la valla. El caballero se presentó para obtener la victoria final, fue a inclinarse ante la tribuna real, y cuando la admirada Princesa le arrojó su pañuelo recamado, lo cogió al vuelo y se lanzó al galope para escapar. Los guardias estrecharon, filas, pero él se abrió paso con pocas estocadas y huyó, pese a que un lanzazo le desgarró un muslo.

El Rey hizo investigar en toda la ciudad, dentro y fuera de casas y mesones, y finalmente encontraron a Menichino en ese albergue de mala muerte, convaleciente de su herida en el muslo. Al principio no estaban seguros de que fuese él el desconocido, porque no atinaban a comprender cómo un gran caballero podía haber elegido un alojamiento tan modesto, pero luego vieron que la herida estaba vendada con el pañuelo recamado de la Princesa y no tuvieron más dudas. Una vez conducido ante el Rey, éste le pidió que revelara su identidad, porque si no había manchas en su honor se convertiría en Príncipe y heredero del Reino.

—Manchas en mi honor no hay ninguna —dijo Menichino—, pero no soy caballero de nacimiento, sino hijo de un mercader de Milán.

Príncipes y Barones empezaron a carraspear y a patear, y el estrépito creció a

medida que él contaba la historia.

Cuando concluyó, habló el Rey.

—Tú no eres caballero sino hijo de mercader —dijo—, y todos tus bienes son fruto de encantamiento. Y si se quiebra el encantamiento, ¿qué será de ti y de cuanto posees?

Y la Princesa:

—¡Ved en qué dificultades me habéis puesto, señor padre, pregonando esta justa!

Y los Barones:

—¿Podemos aceptar como soberano a uno de origen más bajo que el nuestro?

Y el Rey:

—¡Callaos la boca todos! ¿Qué es esta alharaca? No hay duda de que este joven, conforme a mi palabra de Rey, tiene derecho a la mano de mi hija y a la sucesión del Reino. Pero si él se diera por satisfecho, dado que aquí nadie lo recibe de buen ánimo, y hay que ver todavía cómo se lo toma el pueblo, yo le propongo renunciar a mi hija y aceptar otro premio a cambio.

—Proponed, pues, Majestad —dijo Menichino—, porque si me parece conveniente, yo acepto.

—Mi idea —dijo el Rey— consiste en ofrecerte una pensión de mil liras al año, hasta tu muerte.

—En ese caso acepto —dijo Menichino, y sin dilación se llamó a un notario para consignar el trato. Menichino regresó a Milán sin tardanza.

En casa encontró enfermo al viejo mercader, quien al poco tiempo entregó su alma a Dios. Quedaban los dos hermanos con la anciana madre, y el mayor cada vez le tenía más envidia, pues las riquezas acumuladas eran tantas que ya no hacía falta la varita para continuar siendo ricos. De modo que el hermano mayor proyectó dar muerte a Menichino y contrató dos sicarios. Menichino solía ir de visita a la villa de unos amigos en las afueras de Milán, y los sicarios se emboscaron en el camino. Pero Menichino siempre llevaba la varita consigo y apenas cruzó las puertas de la ciudad, dio un par de golpes con ella en el suelo.

—¡Ordena!

—Ordeno que el caballo corra como el pensamiento —y los sicarios oyeron pasar el caballo sin siquiera poder decir que lo habían visto.

—Lo detendremos cuando regrese, por la noche.

Pero Menichino también volvió rápido como el pensamiento, y los sicarios sólo percibieron una agitación del aire, como un silbido.

El hermano les abrió el portón del palacio y los condujo a la cámara donde dormía Menichino. Pero Menichino, que se olía alguna conspiración, había ordenado a la varita que su puerta no pudiera abrirse de ningún modo, y los sicarios se pasaron la noche afanándose en vano en derribarla, hasta que las primeras luces del alba los pusieron en fuga.

Fue entonces cuando Menichino cometió un error fatal. Pensó: «Si sigo saliendo

con la varita, terminarán asaltándome a traición y me la robarán. Mejor será que la esconda en el dormitorio». Así lo hizo, y salió a cazar con sus amigos. Pero el hermano, que estaba siempre al acecho, vació armarios y baúles hasta que encontró la vara partida en dos pedazos. «¡Entonces era ésta!», pensó. «¡Si no, mi hermano no la habría rescatado del jardín dónde yo la tiré! Ahora no volverá a verla». Corrió a la cocina, la partió en pedazos y la arrojó a las brasas. La varita no tardó en transformarse en cenizas, y en ese mismo momento, palacio, dinero, caballos, vestimentas, todo lo conquistado gracias a sus virtudes se convirtió a su vez en cenizas.

Menichino estaba en medio del bosque. La escopeta que empuñaba, el caballo que montaba, los perros que perseguían la liebre, todo se convirtió en cenizas, y todo fue llevado por el viento. Y él comprendió que había perdido sus riquezas para siempre por culpa de su imprudencia, y rompió a llorar.

Volver a Milán ya era inútil. Pensó que lo mejor era dirigirse a España, donde al fin y al cabo contaba con esa pensión de mil liras anuales asignada por el Rey. Y echó a caminar con un suspiro.

Al atravesar un río, conoció a un hombre mercader de bueyes. Como es usual entre los viajeros, se saludaron y empezaron a contarse sus andanzas. Cruzaron en barca y luego siguieron juntos por tierra. El hombre, compadecido de las desdichas de Menichino, lo invitó a acompañarlo arreando las bestias a los mercados, según las exigencias del momento. Menichino aceptó la propuesta y ambos empezaron a recorrer las ferias. Ya había empezado a amasar una pequeña fortuna, cuando una vez, mientras dormía en una hostería con su compañero, una banda de asesinos vino a asaltarlos. Menichino, el hostelero y el mercader de bueyes cogieron las armas para defenderse, pero los asesinos los sobrepasaban en número. Los derrotaron y les quitaron la vida. Así terminaron las venturas y desventuras de Menichino.

Su hermano no tuvo mejor suerte. Caído en la miseria, emprendió inútilmente un negocio, y cometió un error tras otro, hasta que terminó robando en compañía de ladrones de profesión. Se sabe que a los ladrones nueve les salen bien, pero a la décima caen en el lazo. Así le sucedió a él: los esbirros le tendieron una emboscada y lo pescaron con las manos en la masa. Terminó en la cárcel cubierto de cadenas: y sólo salió acompañado por el cura que encomendó su alma antes de que el hacha del verdugo le segara la cabeza.

(Montale Pistoiese)

63
EL PALACIO DE LOS MONOS

Una vez hubo un Rey que tenía dos hijos gemelos: Giovanni y Antonio. Como no se sabía bien quién de los dos había nacido en primer lugar, y en la Corte se sostenían opiniones contrarias, el Rey no sabía a quién otorgar la sucesión del Reino. Y dijo:

—Para no ser injusto con nadie, id los dos por el mundo a buscar mujer. El esposo de la que me haga el regalo más raro y hermoso heredará la Corona.

Los gemelos montaron a caballo y partieron cada cual por su camino. A los dos días, Giovanni llegó a una gran ciudad. Conoció a la hija de un Marqués y le habló del regalo. Ella le dio una cajita sellada para llevarle al Rey, y se comprometieron oficialmente. El Rey conservó la cajita sin abrir, a la espera del regalo de la prometida de Antonio.

Antonio cabalgaba y cabalgaba sin encontrar ninguna ciudad. Se había internado en un tupido bosque sin senderos que parecía no tener fin, y tenía que abrirse paso segando las ramas con la espada. De pronto se topó con un claro, y en el fondo del claro había un palacio de mármol, con vidrios resplandecientes. Antonio llamó, ¿y quién le abrió la puerta? Un mono. Era un mono con librea de mayordomo; le hizo una reverencia y lo invitó a entrar haciendo un gesto con la mano. Otros dos monos lo ayudaron a bajar del caballo, tomaron el caballo de las bridas y lo llevaron al establo. Él entró y subió una escalera de mármol alfombrada, y otros monos encaramados a la balaustrada le hacían silenciosas reverencias. Antonio entró en una sala donde había una mesa arreglada para jugar a las cartas. Un mono lo invitó a tomar asiento, otros se sentaron a los lados, y Antonio se puso a jugar a los tres sietes con los monos. A cierta hora le preguntaron por señas si quería comer. Lo condujeron a un comedor, y monos con delantal servían la mesa aderezada. Los invitados eran monos con sombreros emplumados. Luego lo acompañaron con teas hasta un dormitorio, donde le dejaron dormir.

Antonio, aunque alarmado y estupefacto, estaba tan fatigado que se durmió. Pero en medio del sueño una voz lo despertó llamándolo desde la oscuridad:

—¡Antonio!

—¿Quién me llama? —dijo él, arrebujándose en la cama.

—Antonio, ¿qué buscabas al venir aquí?

—Buscaba una mujer que le hiciera al Rey un regalo más hermoso que el de la mujer de Giovanni, así la corona sería mía.

—Si consientes en casarte conmigo, Antonio —dijo la voz en la oscuridad—, tendrás el mejor regalo y la Corona.

—Entonces casémonos —dijo Antonio con un hilo de voz.

—Bien: mañana envíale una carta a tu padre.

Al día siguiente Antonio escribió una carta a su padre, diciéndole que estaba bien y que pronto volvería con su prometida. Se la dio a un mono, que saltando de un árbol a otro llegó a la Ciudad Real. El Rey, aunque sorprendido ante este insólito mensajero, recibió muy contento la buena noticia y alojó al mono en Palacio.

A la noche siguiente, Antonio fue nuevamente despertado por una voz en la oscuridad:

—¡Antonio! ¿Sigues pensando como ayer?

Y él:

—¡Claro que sí!

Y la voz:

—¡Bien! Mañana mándale otra carta a tu padre.

Y al día siguiente Antonio volvió a escribir al padre que estaba bien y mandó a un mono con la carta. El Rey también dio alojamiento a este mono.

Así, cada noche la voz le preguntaba a Antonio si no había mudado de parecer, y le decía que escribiera a su padre, y cada día partía un mono con una carta para el Rey.

Esta situación se prolongó durante un mes y la Ciudad Real ya estaba atestada de monos: monos en los árboles, monos en los tejados, monos en los monumentos. Los remendones golpeaban los clavos con un mono al hombro que les marcaba el ritmo; los cirujanos operaban con monos que les robaban los bisturíes y el hilo para coser las heridas, las señoras salían a pasear con un mono sentado en el quitasol. El Rey ya no sabía qué hacer.

Transcurrido el mes, la voz de la oscuridad dijo finalmente:

—Mañana iremos juntos ante el Rey y nos casaremos.

Por la mañana, Antonio bajó y en la puerta encontró una bellísima carroza; había un mono cochero sentado en el pescante y dos monos lacayos agarrados a la parte trasera. Y en el interior de la carroza, echada sobre cojines de terciopelo, totalmente cubierta de joyas, con un gran tocado de plumas de avestruz, ¿quién y qué había? Una mona. Antonio se sentó a su lado y la carroza partió.

Cuando llegaron a la Ciudad Real, la gente fue en procesión detrás de esta insólita carroza, y todos estaban maravillados de que el Príncipe Antonio se casara con una mona. Y todos miraban al Rey que esperaba al hijo en la escalinata del Palacio, para

ver qué cara ponía. El Rey no por nada era Rey: permaneció impertérrito, como si casarse con una mona fuera la cosa más natural del mundo. Se limitó a comentar:

—Si la ha elegido, debe desposarla. Palabra de Rey es palabra de Rey.

Y tomó de manos de la mona una cajita sellada como la de la cuñada. Las cajitas se abrirían al día siguiente, el día de las bodas. La mona fue escoltada hasta su cuarto, donde pidió que la dejaran sola.

Al día siguiente Antonio fue a buscar a la novia. Entró y la mona estaba mirándose en el espejo, probándose el traje de novia.

—Mira a ver si te gusto —le dijo, y se volvió. Antonio se quedó atónito: de mona que era, al volverse se había transformado en una hermosa muchacha, tan rubia, tan alta y apuesta que daba gusto mirarla. Se restregó los ojos, porque no les daba crédito, pero ella le dijo—: sí, soy tu novia —y se arrojaron uno en brazos del otro.

En las afueras del palacio se encontraba la multitud dispuesta a ver cómo el Príncipe Antonio se casaba con la mona, y cuando en cambio lo vieron salir del brazo de una criatura tan bella, se quedaron todos boquiabiertos. A lo largo de la calle había un cortejo de monos, en las ramas, los tejados y los alféizares. Cuando pasó la pareja real cada mono giró sobre sí mismo y al volverse todos se transformaron: unos en dama con manto y vestido de cola, otros en caballero con sombrero emplumado y espadín, algunos en fraile, o campesino, o paje. Y todos formaron un cortejo detrás de la pareja que iba a unirse en matrimonio.

El Rey abrió las cajitas con los regalos. Abrió el de la prometida de Giovanni y dentro encontró un pájaro vivo que volaba, y era en verdad un milagro que pudiese haber sobrevivido a tanto tiempo de encierro; el pajarito llevaba una nuez en el pico, y dentro de la nuez había un gránulo de oro.

Abrió la cajita de la mujer de Antonio y también en ella había un pajarito, y el pajarito llevaba en la boca un lagarto que no se sabía cómo podía estar ahí, y el lagarto llevaba en la boca una almendra que no se sabía cómo podía haber entrado, y al abrir la almendra había dentro, muy prolijamente plegado, un tul recamado de doscientos metros.

El Rey ya estaba a punto de proclamar a Antonio su heredero, y Giovanni ya ponía mala cara, pero la mujer de Antonio dijo:

—Antonio no necesita el Reino de su padre, porque ya tiene el Reino que yo le doy como dote, y que él, al casarse conmigo, ha liberado del encantamiento que nos había convertido a todos en monos.

Y todo el pueblo de monos nuevamente convertidos en seres humanos aclamó a Antonio como Rey. Giovanni heredó el Reino del padre y vivieron en paz y armonía.

Así gozaron y vivieron
Y a mí nada me dieron.

(Montale Pistoiese)

64
ROSINA EN EL HORNO

A un pobre hombre se le murió su joven mujer, y él quedó a cargo de una hermosa niña llamada Rosina. Pero como tenía que trabajar y no podía cuidarla, eligió otra mujer y la tomó como segunda esposa, y de ella tuvo otra niña, llamada Asunta, que nació feúcha. Las niñas crecieron juntas, no se separaban ni para ir a la escuela ni para salir de paseo, y Asunta siempre volvía a casa llena de hastío.

—Mamá —le decía a la madre—, yo no quiero salir más con Rosina. La gente que nos ve le hace un montón de cumplidos, dice que es hermosa, que es rosada, que es grácil, y a mí me dice que soy negra como un tizón.

—¿Eso qué importa, si eres mora? —le respondía la madre—. Naciste de mí, que soy de tez algo oscura. En eso está tu belleza.

—Piensa lo que quieras, mamá —replicaba Asunta—. De todos modos, con Rosina yo no salgo más.

Viendo cómo la envidia consumía a su hija, la madre, que por ella habría dado los ojos, le dijo:

—¿Pero qué puedo hacer?

Y Asunta:

—Mándale que lleve las vacas a pastar y dale una libra de cáñamo para hilar. Si por la noche vuelve con las vacas hambrientas y sin el cáñamo hilado como corresponde, pégale. Golpe hoy, golpe mañana, se volverá fea.

Aunque un poco a regañadientes, la madrastra se plegó a los caprichos de su hija. Llamó a Rosina y le dijo:

—No hace falta que vuelvas a salir con Asunta. Irás a cuidar las vacas y las llevarás a pastar, y mientras tanto hilarás esta libra de cáñamo. Si vuelves a casa sin haber hilado el cáñamo y sin haber saciado a las vacas, verás lo que es bueno. Cuentas claras conservan la amistad.

Rosina, que no estaba habituada a que la mandaran de ese modo, se quedó muda de estupor. Pero como la madrastra ya empuñaba el bastón, no le quedó otro remedio

que obedecer. Se fue al campo con las vacas, con la rueca llena de cáñamo, y por el camino repetía:

—¡Vaquitas mías! ¿Y ahora qué haré para segar la hierba, si tengo que hilar esta cantidad de cáñamo? ¡Alguna tendrá que quedarse con hambre!

Ante esas palabras una de las vacas más viejas volvió el hocico y le dijo:

—No te intranquilices, Rosina: tú siega la hierba y nosotras hilaremos y ovillaremos todo el cáñamo. Basta con que digas:

Vaquitita, vaquitita,
Hila hila con la boquita
Y devana con los cuernecitos,
Hazme pronto el ovillito.

Rosina regresó cuando ya estaba oscuro, llevó las vacas al establo, bien pacidas; llevaba en la cabeza un buen manojo de hierba, y bajo el brazo un ovillo con una libra de cáñamo hilado. A Asunta, cuando vio eso, la rabia se la comía viva. Le dijo a la madre:

—Mañana mándala de nuevo con las vacas, pero dale dos libras de cáñamo, y si no lo hila todo, leña.

Pero también esta vez bastó que Rosina dijese:

Vaquitita, vaquitita,
Hila hila con la boquita
Y devana con los cuernecitos,
Hazme pronto el ovillito,

y por la noche las vacas estaban saciadas, el haz de hierba recogido, y las dos libras de cáñamo hiladas y ovilladas.

—¿Pero cómo —le preguntó Asunta, verde de amargura— logras hacer tantas cosas en un solo día?

—¡Qué le voy a hacer! —le dijo Rosina—, siempre se encuentran criaturas amables. Me ayudaron mis vaquitas.

Asunta corrió en seguida a ver a su madre.

—Mamá, mañana que Rosina se quede a trabajar en casa, que yo voy con las vacas, y me llevaré también cáñamo para hilar.

Su madre accedió y Asunta se fue con las vacas. Llevaba una varita en la mano, y para hacerlas caminar les daba azotes en la rabadilla y en la cola. Cuando llegó al prado, puso el cáñamo en los cuernos de las vacas. Y las vacas, como si nada.

—¡Vamos! ¡Por qué no hiláis! —gritaba Asunta, y les asestaba un latigazo. Las vacas empezaron a mover los cuernos y enredaron todo el cáñamo, tanto que quedó una maraña de estopa.

Asunta no podía consentirlo y un día le dijo a su madre:

—Mamá, tengo ganas de comer rapónchigos. Que esta noche vaya Rosina a recogerlos en el terreno de ese campesino.

Su madre, para contentarla, ordenó a Rosina que fuera a recoger rapónchigos a la propiedad del campesino.

—¿Cómo? —exclama Rosina—. ¿Quieres que vaya a robar? Pero eso es algo que yo no he hecho nunca. ¡Sin contar con que el campesino, si ve que alguien entra en su propiedad de noche, abre fuego desde la ventana!

Eso era precisamente lo que esperaba Asunta, y le dijo, porque también a ella ahora le daba por mandarla:

—Sí, sí, tienes que ir. ¡Si no, leña!

Así fue que Rosina, al llegar la noche, se puso en marcha, se encaramó a la cerca y entró en el terreno del campesino, y en lugar de rapónchigos encontró un nabo. Agarró el nabo para arrancarlo, tiró y tiró, y finalmente lo sacó de raíz y dejó al descubierto un nido de sapos con cinco sapitos chiquitos chiquitos.

—¡Uy, qué lindos! —dijo Rosina, y se los puso en el regazo, haciéndoles muchos mimos; pero uno se cayó al suelo y se rompió una patita—. ¡Oh, perdóname, sapito, no lo hice a propósito! —le dijo.

Los cuatro sapitos que había acunado en su falda, viéndola tan gentil, le dijeron:

—Linda muchacha, tú eres muy gentil y queremos recompensarte. Que te conviertas en la más bella del mundo y resplandezcas como el sol, aun cuando esté nublado. Y así sea.

Pero el que se había caído gruñó:

—Yo no la encuentro tan gentil. ¡Por su culpa me he roto la pata, podría prestar más atención! Que apenas vea un rayo de sol se transforme en serpiente, y que nunca pueda volver a convertirse en mujer si no entra en un horno caliente.

Rosina volvió a casa medio alegre y medio asustada; y alrededor de ella se veía como en pleno día pese a la oscuridad, porque su belleza irradiaba mucha luz. La madrastra y la hermanastra, cuando la vieron aún más bella, al punto que resplandecía como el sol, se quedaron boquiabiertas. Y ella contó todo lo que le había pasado en el campo de rapónchigos.

—Yo no tengo la culpa de todo esto —concluyó—. Al menos tened la caridad de no mandarme al sol, si no, me convierto en serpiente.

De ahí en adelante Rosina nunca salía de casa cuando había sol, sino sólo después del atardecer, o cuando el cielo estaba nublado. Y pasaba los días junto a la ventana, a la sombra, trabajando y cantando. De esa ventana surgía una gran claridad que se veía desde lejos.

Un día pasó por el camino el hijo del Rey. La luminosidad le llamó la atención, alzó los ojos y vio a Rosina. «¿Quién puede ser esa beldad encerrada en una casucha de campesinos?». Y entró en la casa. Así se conocieron, y Rosina le contó toda su historia, y la maldición que pesaba sobre su cabeza.

El hijo del Rey dijo:

—A mí no me importa lo que pueda suceder en el futuro: eres demasiado bella para estar en esta casucha. He resuelto convertirte en mi esposa.

—Majestad —intervino la madrastra—, tened cuidado. Os metéis en un buen lío. Reflexionad un poco sobre el hecho de que en cuanto la toque un rayo de sol se convertirá en una serpiente.

—Esto no es cosa suya —dijo el hijo del Rey—. Lo que a mí me parece es que usted a esta muchacha no le tiene cariño. Pero yo le ordeno que me la envíe a palacio: yo mandaré una carroza totalmente cerrada para que el sol no la toque durante el viaje. En cuanto a ustedes, de ahora en adelante por cierto que no les faltará el dinero. Adiós. Quedamos así.

Como no podían desobedecer al hijo del Rey, la madrastra y su hija apretaron los dientes y de mala gana iniciaron los preparativos para la partida de Rosina. Finalmente llegó la carroza, una de esas carrozas antiguas, totalmente cerrada, con sólo una abertura en la parte superior. En la parte de atrás iba un cazador muy emperifollado, con la espada colgando. Rosina entró en la carroza y la madrastra subió con ella para acompañarla. Pero, antes de salir, había llevado aparte al cazador y le había dicho:

—Caballero, si quieres una buena propina, abre la mirilla de la carroza cuando le dé el sol.

—Sí, señora —había respondido el cazador—, como usted ordene.

La carroza corría y corría, y cuando a mediodía el sol cayó a plomo sobre el techo, el cazador abrió la mirilla y un rayo dio en la cabeza de Rosina, que en el acto se convirtió en serpiente y huyó silbando por el bosque.

El hijo del Rey, al abrir la carroza y no encontrar a Rosina, en cuanto se enteró de lo ocurrido quiso matar a la madrastra. Estaba triste y asustado, pero tanto le dijeron y repitieron que ése era el destino de Rosina, y que si no hubiese ocurrido esta vez habría sido en otra ocasión, que terminó por calmarse, si bien quedó afligido y desconsolado.

Entre tanto los cocineros ya habían puesto toda la comida para el banquete nupcial en los hornos y las hornallas y los espetones, y los invitados ya estaban sentados a la mesa. Cuando supieron que la novia había desaparecido, pese a todo pensaron: «¡Ya que estamos, el banquete hagámoslo igual!». Y los cocineros recibieron órdenes de calentar el horno. Un cocinero estaba a punto de echar un haz de leña en el horno prendido cuando vio allí dentro una serpiente enroscada. No tuvo tiempo de sacarla, porque el haz ya se había encendido. El cocinero seguía mirando la boca del horno para ver la serpiente, y hete aquí que de pronto sale una muchacha sin vestidos, fresca como una rosa y más resplandeciente que el fuego y el sol. El cocinero se quedó petrificado, y luego empezó a gritar:

—¡Venid! ¡Venid! ¡Ha aparecido una muchacha en el horno!

Ante ese grito, el hijo del Rey se precipitó en la cocina seguido por toda la Corte. Reconoció a Rosina, la estrechó en sus brazos, y así se celebraron las bodas y a partir de entonces Rosina vivió feliz y contenta y sin soportar los desaires de nadie.

(Montale Pistoiese)

65
LOS TRES REGALOS

Hubo una vez un Rey que tenía una hija: única, de gran belleza y casadera. Un Rey vecino tenía tres hijos jóvenes y los tres se enamoraron de esta Princesa. El padre de la Princesa dijo:

—Para mí los tres sois iguales y no puedo dar preferencia a ninguno. Pero no quisiera que hubiese controversias entre vosotros. Salid, pues, de viaje por el mundo, y al que en un plazo de seis meses vuelva con el regalo más hermoso, lo elegiré como yerno.

Los tres hermanos partieron, y en un punto donde la carretera se dividía en tres caminos, cada cual tomó por uno distinto.

El hermano mayor anduvo tres meses, cuatro, cinco, y todavía no había encontrado nada que mereciera ser llevado como presente. Una mañana del sexto mes, en una ciudad remota, oyó una voz bajo la ventana del albergue:

—¡Alfombras! ¡Alfombras finas! —se asomó y el vendedor le dijo—: ¿quiere comprar una preciosa alfombra?

—¡La verdad es que alfombras no me faltan! —dijo él—. En mi palacio hay alfombras hasta en la cocina.

Y el vendedor:

—Pero una alfombra con esta virtud, seguro que no la tiene.

—¿Y cuál es esa virtud?

—Cuando uno se sube en esta alfombra —dijo el vendedor—, recorre cien millas al día.

El Príncipe chasqueó los dedos.

—¡Ese es el regalo que buscaba! ¿Cuánto pide, caballero?

—Justo cien escudos, ni uno más ni uno menos —dijo el vendedor.

—Trato hecho —dijo el Príncipe, y le dio cien escudos.

En cuanto puso los pies en la alfombra, la alfombra sobrevoló montes y valles y llegó a la hostería donde había acordado encontrarse con los hermanos al cumplirse

los seis meses. Los otros aún no habían llegado.

También el hermano de en medio había estado viajando hasta los últimos días por todas partes, sin encontrar un regalo apropiado. En eso se encontró con un mercader ambulante que gritaba:

—¡Catalejos! ¡Catalejos perfectos! Señorito, ¿no querría un catalejo?

—¿Para qué lo quiero? —dijo el Príncipe—. En mi casa hay un montón de catalejos, todos de las mejores fábricas.

—¿Qué se apuesta a que nunca ha visto catalejos con las virtudes de éstos? —dijo el vendedor.

—¿Qué virtudes?

—Con estos catalejos se puede ver hasta cien millas de distancia, y no sólo a campo abierto, sino a través de las paredes.

—¡Entonces es justo lo que necesito! —exclamó el Príncipe—. ¿Cuánto pide?

—Cien escudos.

—Aquí tiene cien escudos, deme un catalejo —y apenas lo tuvo en sus manos, se dirigió a la hostería, donde encontró al hermano mayor. Y juntos esperaron al menor de los tres.

El menor de los tres no había encontrado el regalo hasta el día previo al cumplimiento de los seis meses, y ya desesperaba de encontrarlo cuando, ya en el camino de regreso, encontró un vendedor de fruta que pregonaba:

—¡Uva salamanna! ¿Quién quiere? ¡Compren uva salamanna!

El Príncipe, que nunca había oído nombrar la uva salamanna[13-Tr], porque en su país no crecía, preguntó:

—¿Cómo es esa uva que vende?

—Se llama salamanna —dijo el vendedor—. Es la uva más exquisita que hay, y ésta tiene además una virtud especial.

—¿Y en qué consiste esa virtud?

—Si mete un grano de esta uva en la boca de una persona moribunda recobra la salud de inmediato.

—¡No me diga! —exclamó el Príncipe—. Entonces se la compro en seguida. ¿A cuánto la vende?

—Se vende por granos. Se lo dejo en cien escudos por grano, por tratarse de usted.

El Príncipe sólo tenía trescientos escudos en el bolsillo, y sólo pudo comprar tres granos de uva salamanna. Los guardó en una cajita, bien protegidos con algodón, y fue a reunirse con los hermanos.

Cuando los tres estuvieron juntos en la hostería, se preguntaron uno al otro qué habían conseguido.

—¿Yo? Pues… una alfombrita… —dijo el mayor.

—Bueno, yo compré un pequeño catalejo… —dijo el mediano.

—Un poco de fruta, nada más —dijo el tercero.

—¡Quién sabe qué pasará ahora en casa! ¡Y en el palacio de la Princesa! —dijo uno de ellos.

Y el de en medio, así como si nada, apuntó el catalejo hacia la capital del Reino. Todo estaba como de costumbre. Después apuntó el catalejo hacia el Reino vecino, donde estaba el palacio de la que todos amaban, y lanzó un grito.

—¿Qué pasa? —dijeron los hermanos.

—¿Sabéis qué veo? —dijo el hermano—. En el palacio de nuestra amada hay carrozas que van y vienen, gente que llora y se arranca el cabello. Y dentro… dentro veo un médico, un sacerdote con estola, en la cabecera de una cama, sí, la cama de la Princesa, que está tendida y pálida como una muerta. Rápido, hermanos, corramos si queremos llegar a tiempo… ¡Está agonizando!

—¿Y ahora qué hacemos? ¡Está a más de cincuenta millas!

—No os asustéis —dijo el hermano mayor—, llegaremos a tiempo. Rápido: subid a mi alfombra.

Y la alfombra voló hasta la cámara de la Princesa, entró por la ventana y se posó a los pies del lecho como un modesto felpudo, con los tres hermanos encima.

El hermano menor ya había entresacado del algodón los tres granos de uva salamanna, y puso uno entre los pálidos labios de la Princesa. Ella lo tragó y de inmediato abrió los ojos. El Príncipe le puso otra uva entre los labios, que de inmediato recobraron el color. Entonces le hizo tragar la tercera uva, y la Princesa respiró y alzó los brazos: se había curado. Se incorporó en el lecho y pidió a sus camareras los vestidos más hermosos.

En medio de la alegría general, el hermano menor dijo:

—Entonces la victoria es mía y la Princesa se casa conmigo. Sin la uva salamanna, ya estaría muerta.

—No, hermano —protestó el de en medio—, si yo no hubiese tenido el catalejo y no os hubiese advertido de que la Princesa estaba agonizando, tus uvas no habrían servido de nada. De manera que la Princesa se casa conmigo.

—Lo siento, hermano —intervino el mayor—. La Princesa es mía y nadie puede quitármela. Vuestras razones de nada valen ante mi alfombra, porque sólo con mi alfombra pudimos llegar aquí a tiempo, no con tu catalejo ni con tu uva salamanna.

De modo que la riña que el Rey quería evitar fue más áspera de lo previsible. El Rey, para dar por concluido el asunto, decidió que su hija se casara con un cuarto pretendiente que había venido con las manos vacías.

(Montale Pistoiese)

66
EL PALACIO ENCANTADO

Un Rey de los tiempos antiguos tenía un hijo llamado Fiordinando, que jamás se apartaba de sus libros. Leía, siempre encerrado en su cuarto, cerraba el libro y por la ventana miraba el jardín y las florestas, y nuevamente se ponía a leer y a pensar. Sólo dejaba su cuarto para desayunar o para comer; rara vez se le veía paseando por el jardín.

Un día, el cazador del Rey, un joven desenvuelto que había sido amigo de infancia del Príncipe, le dijo al Rey:

—Majestad, ¿me permitís ir a visitar a Fiordinando? ¡Hace tanto que no lo veo!

—Puedes ir —dijo el Rey—. Tu visita servirá de distracción a mi hijo, que es tan estudioso.

El cazador fue pues al cuarto de Fiordinando, quien le preguntó:

—¿Qué haces tú en la Corte, con esos zapatones?

—Soy el cazador del Rey —respondió el joven, y le describió las variedades de salvajina, las astucias de los pájaros y las liebres y los rincones del bosque, con lo cual inflamó la fantasía de Fiordinando.

—Escúchame —le dijo al joven—, yo también quiero ver lo que es la caza. No le digas nada a mi padre, para que no parezca que la proposición vino de ti. Le pediré que una mañana me deje salir contigo.

—Siempre a tus órdenes —dijo el joven.

Al día siguiente, durante el desayuno, Fiordinando le dijo al Rey:

—Ayer leí un libro que habla de cacerías, y me gustó tanto que no veo la hora de probar yo también. ¿Me dais permiso?

—La caza es una actividad colmada de peligros —respondió el Rey— para quien no es avezado. Sin embargo, no quiero que renuncies a algo que te gusta. Te daré por compañero a mi cazador, que conoce su oficio mejor que ninguno. Nunca te alejes de él.

Y por la mañana, al despuntar el sol, Fiordinando y el cazador montaron a caballo

y se internaron en el bosque con el arma en bandolera. A cada pájaro o liebre que veía, el cazador le tiraba y lo dejaba tendido; Fiordinando se afanaba por seguir sus pasos y tirar a su vez, pero nunca acertaba. Pasó el día y el cazador tenía la mochila tan llena que ya no podía sostenerla, y Fiordinando no había derribado ni siquiera una pluma. Llegó el crepúsculo: y allí, entre la claridad y la penumbra, Fiordinando vio un lebrato agazapado en un matorral, y apuntó para dispararle; pero era tan pequeño y estaba tan asustado que pensó que podría capturarlo con las manos. Corrió hacia el matorral pero en ese momento el lebrato huyó de un salto. Fiordinando lo persiguió. Cada vez que estaba a punto de alcanzarlo, el lebrato escapaba, y después se hubiera dicho que se detenía para esperarlo y emprender la fuga una vez más. Ahora Fiordinando se había alejado tanto del cazador que ya no reconocía el camino. Lanzó un grito de auxilio, luego otro, y después otro más: nadie le respondió. Estaba oscuro. El lebrato había desaparecido.

Muerto de fatiga, Fiordinando se apeó y se sentó al pie de un árbol, muy apesadumbrado. Y entonces le pareció ver una luz entre los árboles, en la oscuridad. Tomó el caballo de la brida y se adentró en la espesura. En medio del bosque se abría un gran claro, y en el fondo del claro había un suntuoso palacio.

El portón estaba abierto y Fiordinando llamó:

—¡Ah de la casa!

Nadie respondía, ni siquiera el eco. Había una sala, la estufa prendida, vino y vasos. Fiordinando se sentó para descansar, calentarse y tomar un poco de vino. Luego se levantó y pasó a una sala donde había una mesa servida para dos personas. Los cubiertos, los platos y los vasos eran de oro y plata; las cortinas, el mantel y las servilletas eran de seda con bordados de perlas y diamantes; y del cielo raso pendían arañas de oro macizo, grandes como cuervos. Como no había nadie y tenía mucha hambre, Fiordinando se sentó.

En cuanto se llevó a la boca el primer bocado, oyó un rumor de vestidos que bajaban por la escalera, se volvió y vio entrar a una Reina con un séquito de doce damiselas. La Reina era joven y de bellísima figura, pero tenía el rostro oculto por un gran velo: no habló, y también las doce damiselas permanecieron mudas. La Reina se sentó calladamente frente a Fiordinando, y las damiselas servían la comida y escanciaban el vino sin decir una palabra. Cenaron en completo silencio y la Reina se llevaba la comida a la boca por debajo del espeso velo. Una vez que hubieron terminado, la Reina se incorporó y las damiselas volvieron a acompañarla por la escalera. Fiordinando también se incorporó y se puso a recorrer el palacio.

Había una cámara principesca con un lecho listo para acostarse, y Fiordinando se desnudó y se metió entre las sábanas. Detrás del dosel había una portezuela secreta: se abrió y entró la Reina, siempre silenciosa y con el velo puesto, seguida por las doce damiselas. Fiordinando, acodado sobre el cabecero, miraba con la boca abierta. Las damiselas desnudaron a la Reina dejándole solamente el velo, la tendieron junto a Fiordinando y se marcharon. Fiordinando suponía que entonces diría algo o

descubriría el rostro, pero ya se había dormido. Él se quedó un rato mirando el velo que se alzaba y bajaba con la respiración de la Reina, reflexionó un poco, y después decidió dormirse también.

Al alba volvieron las damiselas, vistieron a la Reina y se la llevaron. Fiordinando también se levantó, tomó un buen desayuno que encontró servido, y luego bajó a los establos.

Su caballo estaba comiendo cebada; Fiordinando montó y se internó al galope en el bosque; anduvo todo el día en busca de un camino que lo llevase a casa o de algún rastro de su amigo el cazador, pero volvió a perderse y, cuando cayó la oscuridad, volvieron a aparecer el claro y el palacio.

Entró, y le ocurrió de nuevo todo cuanto le había sucedido la noche anterior; pero al día siguiente, mientras galopaba una vez más por el bosque, dio con el cazador, que hacía tres días que lo buscaba, y regresaron juntos a la ciudad. Urgido por las preguntas del cazador, Fiordinando pergeñó una historia de complicados contratiempos, pero no reveló la aventura.

Al regresar a palacio, Fiordinando ya no era el mismo de antes. No lograba detener la mirada en las páginas de los libros, y a veces salía corriendo hacia el bosque. Al verlo tan exasperado, aburrido y apasionado, la madre empezó a acosarlo sin darle tregua, con el fin de averiguar el secreto que guardaba. Una pregunta hoy, una súplica mañana, Fiordinando acabó por contarle de cabo a rabo lo que había ocurrido en el bosque, y le dijo lisa y llanamente que estaba enamorado de esa hermosa Reina, pero que no sabía qué hacer para conquistarla, puesto que ella no hablaba y ni siquiera le mostraba el rostro.

—Yo te diré lo que debes hacer —dijo la madre—. Ve a cenar con ella una vez más, y cuando estén en la mesa busca el modo de hacerle caer un cubierto. En cuanto se agache para recobrarlo, arráncale el velo de la cara. Seguro que algo te dirá.

Apenas recibió este consejo, Fiordinando ensilló su montura y corrió a todo galope hacia el palacio del bosque, donde lo recibieron como de costumbre. Durante la cena, empujó con el codo un tenedor de la Reina; ella se agachó y él le arrancó el velo. Entonces la Reina se incorporó, hermosa como un rayo de luna e inflamada como el ardor del sol.

—¡Joven imprudente! —gritó—. Me has traicionado. De haber podido dormir otra noche a tu lado, sin hablar y sin descubrirme, me habría liberado del encantamiento y tú habrías sido mi esposo. Ahora tendré que irme a París ocho días, y de allí a Petersburgo, donde pasaré a ser el galardón de un torneo, y quién sabe a quién le tocaré en suerte. ¡Adiós! ¡Y entérate de que yo soy la Reina de Portugal!

En ese momento desaparecieron ella y todo el palacio y Fiordinando se encontró solo, abandonado en lo más hondo de la espesura, y sólo tras muchos afanes descubrió el camino a casa. Pero una vez de regreso, no perdió el tiempo: llenó una bolsa con dinero, llevó consigo al fiel cazador y partió a caballo rumbo a París. Galopó y galopó hasta quedar muerto de fatiga, pero no se apeó hasta llegar a un

albergue de esa famosa ciudad.

Tampoco perdió mucho tiempo descansando, porque quería saber si la Reina de Portugal se encontraba realmente en París. Y trató de sacarle información al hostelero:

—¿Hay alguna novedad por aquí?

—No, no hay ninguna —respondió el hostelero—. ¿Qué novedad quiere que haya?

—Hay tantas clases de novedad —siguió Fiordinando—. Guerras, festejos, personajes famosos que pasan.

—¡Ah! —exclamó el hostelero—. Entonces sí que hay una novedad. Hace cinco días vino a París la Reina de Portugal, y dentro de tres días sale para Petersburgo. Es una señora muy bella y muy culta. Se entretiene visitando lugares raros, y cada atardecer se pasea por aquí cerca con doce damiselas.

—¿Y se la puede ver? —preguntó Fiordinando.

—¡Pues claro que sí! —dijo el hostelero—. Cuando ella se pasea en público, todos los que pasan pueden verla.

—Bien, bien —dijo Fiordinando—. Mientras tanto prepárenos algo de comer y una botella de vino tinto.

Ahora es necesario añadir que este hostelero tenía una hija que rechazaba a todos sus pretendientes, porque nunca encontraba uno que le gustase. Al ver que Fiordinando desmontaba del caballo, esta muchacha se dijo que o se casaba con éste o no se casaba nunca. Y de inmediato fue a su padre para decirle que se había enamorado y que buscase el modo de casarla con ese forastero. De manera que el hostelero dijo a Fiordinando:

—Espero que se encuentre cómodo en París, y que tenga suerte de encontrar una bella prometida.

—Mi prometida es la Reina más bella del mundo —dijo Fiordinando—, y yo la estoy siguiendo por toda la tierra.

La hija del hostelero, que estaba escuchando detrás de la puerta, montó en cólera, y cuando el padre la mandó a la bodega para traer el vino, echó una dosis de opio en la botella. Cuando Fiordinando y el cazador salieron para esperar a que pasara la Reina de Portugal, les sobrevino un sueño tan pesado que se cayeron en la hierba, dormidos como piedras. Al poco tiempo pasó la Reina, reconoció a Fiordinando, se inclinó junto a él, lo llamó, lo acarició, lo sacudió, lo volvió de un lado y de otro, pero no logró despertarlo. Entonces se quitó del dedo un anillo de diamante y se lo depositó en la frente.

Es necesario saber que allí cerca, en una gruta, vivía un ermitaño que había espiado toda la escena a través de los árboles. Apenas se fue la Reina, el ermitaño salió sigilosamente, se adueñó del anillo y volvió a su guarida.

Cuando Fiordinando se despertó, ya estaba oscuro, y tardó un rato largo en recordar dónde se encontraba. Sacudió al cazador hasta despertarlo, y los dos

culparon al vino tinto demasiado fuerte, y lamentaron no haber podido encontrar a la Reina.

El segundo día le dijeron al hostelero:

—Denos vino blanco, por favor, que no ha de ser tan fuerte —pero la hija también narcotizó el vino blanco y los dos volvieron a roncar en la hierba.

La Reina de Portugal, desesperada al no poder despertar a Fiordinando, le dejó en la frente un mechón de cabellos y se fue. El ermitaño salió de la arboleda, se apoderó del mechón, y cuando Fiordinando y el cazador despertaron bien entrada la noche, no se enteraron de nada de lo sucedido.

Fiordinando empezó a sospechar de este sueño que lo sorprendía cada atardecer. Ya era el último día antes de que la Reina partiera rumbo a Petersburgo, y quería verla a toda costa. De modo que ordenó al hostelero que no le trajera más vino: pero la hija narcotizó el caldo de la sopa. Y cuando llegaron al prado, a Fiordinando ya le pesaba la cabeza. Entonces sacó del bolsillo dos pistolas y se las mostró al cazador.

—Sé que me eres fiel —le dijo—, pero te prometo que si esta vez no logras estar despierto y mantenerme despierto a mí, éstas son para ti. Te las descargo en los sesos, puedes estar seguro.

Dicho esto, se tendió cuan largo era y empezó a roncar. El cazador, para mantenerse despierto, decidió pellizcarse, pero entre un pellizco y otro cerraba los ojos y los pellizcos eran cada vez menos frecuentes, hasta que también él empezó a roncar.

Llegó la Reina: trató de despertar a Fiordinando con gritos, abrazos, bofetadas en la cara, besos y sacudidas. Y al ver que no tenía éxito, se echó a llorar con tal fuerza que en lugar de lágrimas le bajaron por las mejillas dos gotas de sangre. Se enjugó la sangre con el pañuelo y dejó el pañuelo en la cara de Fiordinando. Luego subió a la carroza y corrió directamente hacia Petersburgo. Entre tanto el ermitaño salió de la gruta, se apoderó del pañuelo y se quedó mirando atentamente lo que ocurría.

Cuando por la noche Fiordinando despertó, el furor de haber perdido esta última oportunidad lo cegó hasta tal punto que sacó las pistolas, y ya estaba a punto de cumplir su promesa de descargarlas en la cabeza del cazador aún dormido, cuando el ermitaño lo detuvo aferrándole las muñecas.

—Este desdichado no tiene la culpa —le dijo—. La culpa es de la hija del hostelero, que narcotizó el vino tinto, el vino blanco y el caldo.

—¿Y por qué? —dijo Fiordinando—. ¿Y tú cómo lo sabes?

—Ella está enamorada de ti; fue ella quien puso el opio. Yo lo sé porque desde los árboles veo todo lo que ocurre. Hace tres días que la Reina de Portugal pasa por aquí y trata de despertarte, y te dejó en la frente un diamante, un mechón de cabellos y un pañuelo bañado en lágrimas de sangre.

—¿Y dónde están?

—Yo me adueñé de todo para custodiarlo —dijo el ermitaño—, porque aquí hay muchos ladrones que te lo habrían robado sin que te enteraras de nada. Cógelas: ten

estas cosas en cuenta, porque si actúas con sensatez te traerán fortuna.

—¿Y cómo?

—La Reina de Portugal fue a Petersburgo —siguió el ermitaño—, donde se jugará su suerte en una justa. Ahora bien, el caballero que luche con este anillo, este mechón y este pañuelo en la punta de la lanza será invencible y se casará con la Reina.

Fiordinando no esperó a que se lo repitieran dos veces. Atravesó a toda prisa el camino entre París y Petersburgo, y tuvo la suerte de llegar a tiempo para inscribirse en las justas, aunque con un nombre falso. Guerreros famosos habían llegado a Petersburgo de todas partes del mundo, con grandes cortejos y con escuderos, con armas rutilantes como la esfera solar. En el centro de la ciudad habían edificado un recinto rodeado de palcos, donde se combatiría a caballo por conseguir a la Reina de Portugal.

Fiordinando, con la visera baja, venció el primer día con el diamante en la punta de la lanza; el segundo día venció con el mechón de cabellos; el tercero con el pañuelo: y caballos y caballeros rodaban por tierra como murciélagos, hasta que ninguno quedó en pie. Lo proclamaron vencedor y esposo de la Reina; sólo entonces abrió el yelmo. La Reina lo reconoció y cayó desvanecida en el asiento de la alegría.

Se organizó una gran boda, y Fiordinando mandó llamar a su padre y su madre, que ya lo habían dado por muerto. Les presentó a su prometida, y dijo:

—Esta es la liebre que perseguí, ésta es la dama velada, ésta es la Reina de Portugal, a quien liberé de un terrible encantamiento.

(Montale Pistoiese)

67
CABEZA DE BÚFALA

Un campesino se afanaba arando su tierra estéril cuando su hierro dio con algo duro. Cavó cuidadosamente a su alrededor y sacó una cabeza de búfala cuyo tamaño duplicaba el de todas las cabezas de búfala, con los cuernos erguidos, el pelo claro y los ojos abiertos. Parecía viva. Y no sólo lo parecía. De hecho, cuando el alarmado campesino estaba por asestarle un golpe, la cabeza habló y le dijo:

—Detente, no me mates. Yo seré causa de la fortuna de una de tus hijas. Ponme aparte.

El campesino, recelando un encantamiento, tomó la cabeza con cuidado, la puso en un rincón del campo y la tapó con su casaca. Y cuando su hija mayor vino a traerle una hogaza para comer, le dijo:

—Mira lo que hay debajo de mi casaca.

La muchacha levantó la casaca y lanzó un grito:

—¡Oh, qué horrible monstruo!

Y corrió a casa sin cesar de gritar.

La madre, cuando la vio regresar tan asustada, pensó que algo le había pasado a su marido, y le dijo a la hija de en medio:

—Ve adonde está tu padre a ver si necesita algo.

También a ella el campesino le ordenó mirar debajo de la casaca, y también ella huyó como el viento, gritando:

—¡Oh, qué espantosa cara!

Entonces la madre llamó a la más pequeña, que era también la más desenvuelta y valerosa, y la mandó al campo. La niña obedeció a su padre cuando él le ordenó alzar la casaca, y luego se puso a sonreír y acarició con la mano la cabeza de búfala.

—¡Oh, qué linda cabecita! ¡Qué lindos cuernecitos! ¡Qué lindos bigotitos! ¿Papá, dónde encontraste una cabeza de búfala tan bonita?

Ante esas caricias, la cabeza de búfala alzó el hocico y mugió de alegría.

—¿Te gustaría quedarte conmigo, hermosa niña? —le dijo.

—Si papá me da permiso —dijo la niña—, yo por mí vuelvo en seguida. El campesino no supo negarse. La cabeza de búfala se puso a caminar haciendo cabriolas con los cuernos, la niña seguía brincando y batiendo las palmas.

En medio de un bosque, había un escotillón en un claro. La cabeza de búfala lo abrió con un cuerno y bajó dando saltos. La niña oyó su voz que le decía desde el fondo:

—Quítate las sandalias y baja. Hazlo con cuidado, porque la escalera es de cristal.

La niña bajó por la escalera de cristal y se encontró en un salón principesco; la cabeza de búfala estaba echada en una poltrona.

En esa casa subterránea la niña se encontraba muy bien. La cabeza de búfala le enseñaba tareas de todo tipo —mantener limpias las habitaciones, cocinar, planchar— mejor que una verdadera madre; y su discípula todo lo asimilaba muy bien, e incluso aprendió a leer y escribir. Crecía a ojos vistas, de manera que pronto se convirtió en una hermosa muchacha, y le había cobrado tanto afecto a la cabeza de búfala que la llamaba «mamá».

A los pocos años de vivir en ese agujero, la muchacha empezó a decir:

—Mamá, déjame ir un poco al prado a tomar un poco de aire.

Cabeza de Búfala parecía contrariada, pero la muchacha insistió y entonces le dio un vestido de plata y una sillita, y le permitió sentarse en el prado tejiendo calcetines.

Mientras tejía en medio del prado, pasó un cazador que se había extraviado y la vio. Era el hijo del Rey de esa comarca. Empezó a hablar con ella y no tardó mucho en enamorarse.

—Hermosa muchacha —le dijo—, me gustas demasiado en todos los aspectos, y si no dices que no, me caso contigo.

—Yo por mí no diría que no —respondió la muchacha—, pero primero quiero consultarlo con mamá —se alejó y bajó por la escalera de cristal del escotillón.

Cabeza de Búfala no dijo que no:

—Haz lo que más te guste; y si quieres dejarme, déjame. Sin embargo, acuérdate de no ser ingrata. Todo lo que tienes me lo debes a mí, incluso el haber conocido al hijo de un Rey que quiere casarse contigo.

El hijo del Rey prometió regresar a los ocho días para llevarse a su prometida con damas, caballeros y carrozas reales, y mientras tanto la novia preparó el ajuar con la ayuda de Cabeza de Búfala, y era en verdad el ajuar de una Reina.

—Acuérdate —le decía Cabeza de Búfala—, en el preciso momento de dejar esta casa ten cuidado de no olvidarte nada. Si olvidas algo, puede sucederte una gran desgracia.

Pero cuando vino el hijo del Rey, con su cortejo, fue tanta la ansiedad y el entusiasmo de la novia que no sólo se olvidó de llevarse el peine, sino también de despedirse de Cabeza de Búfala, y se alejó corriendo sin cerrar siquiera el escotillón.

El cortejo ya se había alejado un buen trecho, cuando de pronto la novia se golpeó la frente con la palma.

—¡Volvamos atrás, volvamos atrás, Majestad! Me olvidé el peine.

—¿Temes no encontrar peines en mi palacio? —dijo el hijo del Rey—. ¿O que no haya ninguno en las tiendas de la ciudad?

Pero ella le respondió, con la voz entrecortada por el llanto:

—Temo que me suceda alguna desgracia, porque mi madre me dijo que no debía olvidar nada en casa si no quería terminar mal. Os lo suplico, Majestad, regresemos —y el Príncipe hizo volver grupas a los caballos y regresaron al bosque.

El escotillón seguía abierto; la novia se apresuró a bajar y se puso a buscar el peine.

—¿Cómo, no te habías ido? —preguntó Cabeza de Búfala.

—Sí, mamá —respondió ella—, y con el apuro me había olvidado del peine, y ahora no puedo encontrarlo.

—¡Ah! ¿Así que te habías olvidado el peine? —dijo Cabeza de Búfala—. ¿Sólo el peine? Búscalo entre tus cosas.

La novia abrió apresuradamente un cajón de la cómoda y metió la cabeza para buscar mejor. Cuando la levantó, se vio en el espejo y lanzó un grito. Su cabeza se había transformado en una gran cabeza de búfala.

—¡Mamá! ¡Mamá! —gritó—. ¡Ay Dios mío! ¡Qué desgracia! ¡Corre, sálvame!

—Yo no puedo —dijo Cabeza de Búfala—. Este es el premio que mereces por tu ingratitud. Te habías ido sin decirme siquiera adiós.

—¿Y ahora qué dirá mi prometido?

—Tendrá que aceptarte. Ya te prometió matrimonio.

En resumen, la muchacha no tuvo otro remedio que ocultarse la cabeza con un velo espeso y presentarse al Príncipe en esas condiciones.

—¿Por qué te has encapuchado de ese modo? —le preguntó él. Y la muchacha respondió que tenía una seria fluxión en los ojos.

En la Corte, la madre del Príncipe y todas las damas esperaban con curiosidad, para ver a esta gran belleza. Pero ella, con el pretexto de la fluxión, llegó con el velo puesto y no permitió que nadie la viera. Al fin se encontró a solas con el Príncipe y tuvo que levantarse el velo. ¡Figuraos la cara del novio al ver que su prometida se había transformado en un monstruo! Se tapó los ojos con las manos y no quiso verla más. Al principio pensó ordenar que erigieran una pira para quemarla; pero lo consultó con su madre y ella lo persuadió de que encerrara a aquella criatura en el altillo de palacio. Así lo hizo, y en la Corte se corrió la voz de que la mantenía encerrada por celos. Sólo su madre conocía el secreto, y sufría al verlo cada vez más melancólico. Un día le dijo:

—Hijo mío, a esta Cabeza de Búfala habrá que echarla de aquí, y tenemos que pensar en buscarte una esposa normal.

—¿Y qué hago yo para echarla —dijo él—, si le di mi palabra de casamiento?

—Hay un medio, préstame atención —dijo su madre—. En la Corte hay dos bellas damiselas que no sueñan sino con casarse contigo. Hagamos un certamen entre

ellas y la Cabeza de Búfala. Que cada cual hile en ocho días una libra de lino. Tomarás por esposa a la que lo haya hecho mejor.

El Príncipe siguió el consejo. Las damiselas se pusieron a hilar su libra de lino con suma diligencia, cada cual encerrada en su cuarto. La pobre novia, en cambio, no hacía nada, porque lo único que hacía era lamentar su mala suerte. El sábado por la noche bajó del altillo con una soga y corrió hacia el bosque, hasta la casa de Cabeza de Búfala.

—Mamá, mamá —le dijo—, ayúdame de algún modo, libérame de estas penas, tú que puedes hacerlo. Mira cómo me has dejado. ¡Me habías hecho tan afortunada con tu bondad, y ahora soy la más infortunada de las mujeres!

—¿Y te parece una falta menor, la ingratitud? —respondió Cabeza de Búfala—. No puedo ayudarte. Sólo puedo darte esta nuez. Mañana dásela al hijo del Rey y dile que coma el fruto, a cambio de la libra de lino que te ha dado para hilar.

El domingo las damiselas comparecieron para someter al juicio de la Reina el lino que habían hilado, y la Reina dijo:

—No está mal, no está mal. Pero tienen sus defectos: no está todo bien uniforme. Veamos ahora el trabajo de ésta.

La novia enseñó la nuez.

—¿Qué, tienes ganas de bromear? —dijo el hijo del Rey. Pero abrió la nuez y dentro encontró un ovillo de lino de una libra, hilado a la perfección, y jamás se había visto uno igual.

Dijo sin embargo la Reina:

—El lino está bien, sí, no se puede negar. ¿Pero no querrás tener un monstruo por mujer sólo por una libra de lino? Hay que hacer otra prueba. Ahora daremos a estas damas una camisa de tela para coser, y quien la cosa mejor en ocho días será tu esposa.

Y las damiselas se encerraron sin pérdida de tiempo en sus cuartos, concentrándose en el trabajo, puntada por puntada y minuto por minuto; en cambio la novia, siempre llorando, ni siquiera tocaba la tela. El sábado por la noche, vuelve a bajar con la soga y regresa a casa de Cabeza de Búfala.

—¡Mamá, ayúdame! Perdóname por lo que hice. ¿De veras has perdido todo el amor por tu hija?

—No sabes sino llorar y lamentarte —dice Cabeza de Búfala—. No es por mi culpa por lo que te encuentras así. ¿Acaso no te advertí a tiempo? Esto es todo lo que puedo hacer. Llévate esta avellana, dásela al hijo del Rey: que la parta y se la coma, y si no está contento, que la escupa.

Cuando el hijo del Rey partió la avellana, salió una camisa totalmente recamada en oro, con puntadas tan sutiles y apretadas que no había manera de descubrirlas con los ojos.

La Reina dijo:

—Entonces, hagamos la prueba decisiva. Dentro de ocho días se dará un gran

baile. Ordena a estas tres damas que procuren embellecerse. La más bella será tu esposa.

En cuanto estuvieron en sus cuartos, las dos damiselas se afanaron por embellecerse; y se frotaban con aguas aromáticas, se ponían colorete en las mejillas, se peinaban de todas las formas posibles, se probaban los vestidos una y otra vez, y ya ni dormían. Si el espejo pudiera consumirse, a esta altura no habría quedado ni un pedacito. Y la prometida, ¿qué queréis que hiciera, con esa cabezota de búfala sobre los hombros? Pasó la semana llorando, y el sábado por la noche volvió a la casa del bosque.

—¿De nuevo has vuelto aquí a gimotear? —dijo Cabeza de Búfala.

—Mamá, ¿qué quieres que haga, ahora? Si no me perdonas, ya no hay remedio con mi prometido.

—Tienes lo que buscaste. ¡Te fuiste como un perro, después de todo lo que yo hice por ti!

—No fue mala intención, mamá. ¿Qué quieres? Estaba tan contenta que ni pensé, ni se me pasó por la cabeza.

—Y ahora, si tuvieras que irte como ese día, ¿qué harías?

—¡Oh, mamá! Te saludaría y te besaría y te abrazaría, y no me olvidaría nada, y cerraría el escotillón para hacer las cosas bien.

—Entonces está bien, te perdono —dijo Cabeza de Búfala—. Busca tu peine y olvidado está.

La prometida fue a la cómoda, abrió su cajón, hurgó entre sus cosas y encontró el peine. Al levantarse, cuál no sería su sorpresa al ver en el espejo su cabeza de antes, pero aún mucho más hermosa y espléndida. Saltando y gritando de alegría, corrió junto a Cabeza de Búfala, la abrazó, la besó, le hizo mil caricias y se lo agradeció mil veces.

El domingo toda la Corte estaba reunida en la Sala Real. El Rey y la Reina estaban sentados muy altos en el trono, y el hijo al pie de la escalinata. Comparecen entonces las tres mujeres, cubiertas de la cabeza a los pies con un velo muy denso. El Príncipe levanta el velo de la primera, y dice:

—¡Pero si está totalmente envuelta en trapos!

Se acerca a la segunda y el Príncipe levanta el velo:

—¡Pero si es puro adorno y maquillaje!

No osaba levantar el velo de su prometida, pero cuando lo levantó quedó petrificado.

—¡Esta es mi mujer! Así fue como la encontré, cuando tejía sentada en medio del bosque. ¡Está aún más hermosa que entonces! Querida madre, mi elección ya está hecha: mi esposa ha de ser la que me hechiza con su belleza y gracia.

La tomó de la mano y la hizo sentar junto a él en el trono, y toda la Corte la aclamó Reina. Desde aquel día reinaron triunfantes, y vivieron felices como pascuas.

(Montale Pistoiese)

68
EL HIJO DEL REY DE PORTUGAL

El Rey de Portugal tenía un hijo llamado Pedro y este Pedro no veía la hora de tomar mujer, pero no encontraba ninguna mujer que fuera de su gusto. Una vez, al regresar de una cacería, Pedro vio, a las puertas de una tienda de zapatero, una hermosísima muchacha, de cabellera abundante y dorada, ojos negros y brillantes y que parecían encerrar una lágrima, y tez rosada como piel de manzana. «Es tan bella como para ser mi esposa», se dijo Pedro. Llega al palacio, apoya la escopeta en un rincón y se viste con elegancia; luego vuelve a salir. «Sea como fuere, quiero ir a hablar un poco con ella», barruntaba Pedro. «¡Lástima que sólo sea la hija de un remendón!». Apenas llegó a la tienda, se puso a charlar con la muchacha y se dio cuenta de que no sólo era bella sino muy educada: en síntesis, se enamoró hasta la locura. Le dice:

—¿Quieres casarte conmigo?

—¿Qué? —ríe ella—. ¿Pero qué te parece? Tú eres hijo del Rey y yo soy hija de un pobre zapatero. No hay comparación.

—No hablo en broma —dice Pedro—. A mí no me importa. Si me quieres, me caso contigo.

Para abreviar la historia, prometieron casarse y Pedro volvió muy contento al palacio, porque ya era hora de comer.

En la mesa, dejó pasar la sopa, dejó pasar la comida, y cuando llegaron a los postres, dijo:

—Señor padre, me he decidido a tomar mujer, y la he encontrado. El Rey se puso muy contento al recibir la noticia, pero cambió de parecer al saber quién era.

—¿Qué? ¿La hija de un zapatero? —exclamó—. Esa no es mujer para un Rey. ¿Qué diría la nobleza, qué diría el pueblo al ver a una zapatera en el trono de Portugal? Desde luego que no, un matrimonio así es imposible.

—Señor padre —dijo entonces Pedro—, lamento que no estéis contento, pero yo ya se lo prometí a la muchacha, y le di mi palabra de Rey. Por lo tanto, ya veréis si hace falta que me case con ella.

—Siendo así —dijo el Rey, desconsolado—, mantén tu palabra. Pero fuera de este palacio y de este Reino. Aquí no os quiero, ni a ti ni a ella.

La boda se celebró a los pocos días, pero sin magnificencia, y los novios subieron a una carroza en compañía de una camarera y emprendieron viaje camino de París. Al caer la noche, Pedro, la esposa y la camarera, muertos de cansancio por el viaje, se durmieron en la carroza, mientras los cocheros seguían fustigando a los caballos. Estaba tan oscuro que los cocheros, al llegar a una encrucijada, se equivocaron de camino y tomaron a la derecha en vez de tomar a la izquierda, y sé internaron en una espesura donde se desorientaron por completo. De pronto irrumpe una manada de bestias feroces, se lanzan sobre los caballos y los cocheros y los devoran, veloces como el rayo. El estrépito despierta a Pedro, quien llama a los cocheros. Nadie le responde. ¡Claro, si estaban muertos! Se baja del carruaje, y en el suelo no encuentra sino las botas de esos desdichados, y los cascos de los caballos. Espantadas, también las mujeres bajaron de la carroza, y se lanzaron juntos a la carrera procurando salir de esa espesura. Finalmente llegaron a un descampado, donde se dejaron caer sin aliento. Pedro construyó una cabaña con ramas, y allí reposaron el resto de la noche, medio muertos de miedo y de fatiga.

Al amanecer, Pedro fue el primero en levantarse y salir de la cabaña. A lo lejos vio una fuente. Empuñó la escopeta, de la que nunca se separaba, y se dirigió a la fuente para lavarse. En la fuente, se quitó el sombrero y le puso encima el anillo con brillante que llevaba en el dedo, para tener más libres la cara y las manos. Pero mientras se enjuaga, aparece un pajarito, vuela hasta allí, coge el anillo con el pico y luego se posa en lo alto de un árbol. Pedro coge la escopeta y corre para dispararle; pero en cuanto le apunta, el pájaro vuela ya hacia otro árbol. Y el hijo del Rey, siempre atrás. Así, de árbol en árbol, Pedro se pasó el día corriendo sin poder dispararle. Llegó la noche y el pájaro por fin se detuvo; pero reinaba la oscuridad y el pájaro estaba posado en la enramada: ¿quién lo habría visto? Pedro lamentaba la pérdida de su anillo, de manera que se echó a dormir bajo el árbol con la idea de dispararle apenas saliera el sol. En efecto, antes del alba ya tenía el fusil apuntado hacia el follaje: pero el pájaro era más astuto que él y se le escapó. Uno volando y el otro corriendo, llegaron muy lejos, a un sitio donde había un murallón muy alto; el pájaro siguió volando y desapareció de la vista.

El murallón no tenía puertas ni ventanas. Pedro decidió bordearlo, pero se internaba en el bosque quién sabe hasta qué distancia. Había sin embargo un árbol tan alto que una de sus ramas colgaba sobre el murallón; Pedro trepó hasta la cima y miró. El murallón encerraba un hermoso jardín, y el pajarito estaba en el prado, picoteando tranquilamente. Ayudándose con la rama, Pedro se dejó caer en la cresta del murallón y después saltó al suelo sin hacerse daño. Con mucho sigilo, se acercó al pájaro apuntándole con la escopeta. Pero una vez más se le escapó, sobrevolando el murallón y desapareciendo en el bosque. Pedro quedó prisionero en ese jardín: buscó un modo de salir, de encaramarse al murallón, pero todo era inútil.

Mientras Pedro está ingeniándoselas para escapar, aparece un Mago. De los ojos le brotaban chispas; gritaba:

—¡Pillo! ¡Ladrón! ¡Al fin te he atrapado! Ahora sé quién me arranca las plantas del jardín.

—No, señor —dice Pedro—. Aquí hay un error. Entré aquí por tal y cual razón, sin el menor propósito de causarle perjuicios o de robarle.

Pero el Mago no escuchaba razones y los ojos le refulgían de rabia: lo quería matar a toda costa. Pedro, dándose por perdido, cayó de rodillas y empezó a suplicarle que no lo matara, y le contó sus andanzas con todo lujo de detalles.

—¡Bien, bien! —dijo el Mago—. Ya veremos si dices la verdad o no. Entre tanto, ven a mi palacio.

Van al palacio y encuentran a la Maga, mujer del Mago.

—¿Qué novedades tenemos? —le pregunta al marido.

—Encontré a este joven, que nos arrancaba las plantas del jardín —dice el Mago —. ¿Qué hacemos con él?

La Maga, una vez hubo oído toda la historia, dijo:

—Bien, si lo que ha dicho es cierto, hay que tenerle compasión. Pongámoslo a prueba, esposo mío, para ver si es mentiroso o no, y veamos si sirve para algo o no. Después de probarlo, deliberaremos qué conviene hacer.

Así Pedro tuvo que desempeñarse como jardinero y hortelano, y trabajaba la tierra en ese amplio recinto, y prudentemente procuraba contentar a los dos Magos mostrándose obediente en todo, y mantenía los cultivos en buen estado, hasta el punto de que el Mago y la Maga no sólo estaban alegres sino que casi creían haber ganado un hijo.

Transcurridos varios meses, el Mago le dijo un día a Pedro:

—Mira, Pedro, ahora debes trabajar este campo, porque quiero sembrarlo a mi gusto.

Pedro se pone a trabajar con la azada, y mientras estaba agachado ¿qué ve?: el pajarito del anillo, que volaba en la tierra labrada y la removía con sus patitas. Pedro no se lo pensó dos veces: corrió en busca de la escopeta, apuntó, disparó y esta vez lo dejó bien muerto. Le palpó el buche y con los dedos se dio cuenta de que el anillo seguía allí dentro.

El Mago había corrido al oír el disparo.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado? —grita.

—Aquí tienes, tío —dice Pedro, quien ahora al Mago lo llamaba «tío»—, la prueba manifiesta de que soy gentilhombre y de que te dije la verdad el día en que por primera vez entré en tu hermosísimo jardín. ¿Qué te decía del pajarito y el anillo? Pues bien, acabo de disparar al pajarito y el anillo sigue dentro de su buche.

—Quiere decir —replica el Mago— que ahora puedes considerarte como mi verdadero hijo, y que eres tan dueño de todo esto como yo.

Y así Pedro siguió viviendo en ese lugar como hijo del Mago y de la Maga, pero

no era feliz encerrado en ese jardín, y siempre dejaba entender que lo único que deseaba era irse. El Mago, que en verdad lo quería como a un hijo, viendo que ésa era su idea, le dijo:

—Escucha, de aquí no se puede salir sin riesgo, porque los alrededores están llenos de animales feroces y realmente no sé cómo hiciste para llegar aquí sin que te devorasen. No obstante, si esperas un día en que haya borrasca en el mar, verás que el agua llega hasta la cresta del murallón, y vienen los barcos, y los sujetan a esas prominencias que ves allá arriba. Si tienes la paciencia de esperar, podrás partir con uno de esos barcos.

Muchos meses pasaron antes de que el Mago dijese al fin:

—Mañana hay borrasca en el mar, Pedro. Si sigues aún con la misma idea, prepárate pues para la partida. Aunque yo lo lamento, haz lo que tú prefieras. Pero antes ve al cuarto del tesoro y coge el dinero que necesites.

Pedro no se lo hizo repetir; bajó a la sala del tesoro y se llenó los bolsillos de monedas.

Por la mañana, al levantarse, vio que el Mago había dicho la verdad: el mar tocaba la cresta del murallón y los barcos estaban sujetos a las almenas. Pedro fue hasta uno de los barcos y preguntó:

—Capitán, ¿adónde se dirige?

—Al puerto de España —respondió el capitán.

—¡Bien! —dijo Pedro—. Si me permite embarcarme, también yo iré al puerto de España.

Se despidió del Mago y de la Maga, les agradeció las bondades que le habían prodigado, subió al buque y en pocos días llegó al puerto de España, donde se alojó en un albergue. Qué había venido a hacer al puerto de España, eso ni él lo sabía. De modo que preguntó al camarero del albergue:

—¿Habría alguna manera de encontrar un empleo aquí en la ciudad?

—¿Por qué no? —le respondió el otro—. Hay un hombre que se dedica a colocar gente y viene aquí todas las mañanas.

Cuando vino ese hombre, Pedro se presentó y él le dijo:

—Si te parece bien, el Gobernador anda precisamente en busca de un camarero.

Pedro dijo que le parecía bien, el hombre lo condujo a casa del Gobernador, y Pedro pasó a ser su camarero de confianza. Todos los días acompañaba a la escuela a los hijos del amo. Ahora bien, el amo tenía por costumbre dar a los niños un puñado de monedas para que se habituaran a dar limosna en la calle: a quien les pedía algo por el amor de Dios, ellos le daban una moneda. Pedro tenía por su parte el dinero que le había regalado el Mago, y cuando los niños daban una monedita, él regalaba un *paolo*[14-Tr].

La noticia no tardó en circular por la ciudad, y el pueblo empezó a murmurar en contra del Gobernador, diciendo:

—Sería mejor que fuera Gobernador el camarero, en lugar de ese tacaño.

En definitiva, se originó un gran tumulto; corrieron bajo las ventanas del Gobernador, vociferando:

—¡Muera! ¡Muera el Gobernador! ¡Queremos que nuestro Gobernador sea Pedro el camarero!

Pero Pedro se asomó a la ventana y con la mano les hizo señas de que se apaciguaran, y ante esas señas la gente se calmó y se fue.

Es necesario saber que el Gobernador tenía una hija mayor y casadera que se había enamorado de Pedro. Cuando ella vio que el pueblo lo quería en vez de a su padre, tanto hizo y tanto dijo que el Gobernador se vio obligado a concedérselo en matrimonio. Entre tanto Pedro seguía con sus limosnas, sólo que ahora en vez de un *paolo* por cabeza daba dos. Se originó un tumulto más numeroso que el anterior, y el Gobernador pensó que lo mejor era retirarse a una villa que poseía en las afueras de la ciudad. Pedro lo reemplazó; y gobernaba tan bien que todo el mundo estaba contento.

Retrocedamos un paso y volvamos a la mujer y a la camarera que Pedro había dejado en aquella cabaña de ramas, cuando el pajarito le robó el anillo. Al no ver a Pedro, las dos mujeres lo buscaron por todas partes y esa búsqueda las llevó a ciudades y países diversos. Después de muchos meses de caminar, también ellas llegaron al puerto de España. Se alojaron en un albergue, y en una peluquería se cortaron el pelo muy cortito, y en una sastrería compraron ropas de hombre, y le preguntaron al camarero si se podía encontrar empleo en alguna casa.

—Justamente hay un hombre que se encarga de conseguir empleos —dijo el camarero—. Dentro de poco ha de pasar por aquí; habladlo con él.

El hombre vino, habló con las dos mujeres, y dijo:

—Precisamente a nuestro nuevo Gobernador le faltan cocinero y camarero. Os recomendaré.

Llegaron a un acuerdo, y la hija del remendón cogió el puesto de cocinero y su camarera el de camarero. Pero había pasado mucho tiempo y Pedro no las reconoció, y ellas tampoco reconocieron a Pedro.

Al poco tiempo, Pedro le dijo un día a la mujer, la hija del Gobernador:

—Hoy no vengo a comer a casa. Me han invitado ciertos señores, así que te dejaré sola.

—Haz lo que más te guste —le respondió la mujer—. Para no aburrirme sola en casa, iré a la villa de mi padre y le haré un poco de compañía. Y ya que voy, me quedaré dos días con él —así lo hicieron, y cada cual se fue por su lado.

En el palacio habían quedado el cocinero y el camarero, es decir, las dos mujeres disfrazadas.

—Quiero limpiar bien la cocina ahora que no están los amos —dijo el cocinero —. Cuídame este anillo que me dio mi marido cuando nos comprometimos, porque no quiero que se eche a perder.

El camarero cogió el anillo y se lo puso en el dedo para no perderlo; luego fue a

ordenar el dormitorio de los amos, y allí, para no correr el riesgo de arañarlo, se lo quitó y lo depositó sobre la cómoda. Pero cuando concluyó sus tareas se olvidó de recuperarlo.

Por la noche vuelve Pedro, cena muy contento y se va a acostar. Por la mañana, en cuanto despierta, ve el anillo que relumbra sobre la cómoda. «¿De quién es este anillo?», se pregunta, y se lo pasa de una mano a otra; le parece haberlo visto alguna vez. Toca la campanilla y pregunta al camarero quién ha puesto ese anillo ahí.

—Oh, discúlpeme, señor amo —responde el camarero—, la culpa es mía. Fui yo quien se olvidó el anillo. No es mío; es del cocinero.

—Llama entonces al cocinero —dice Pedro, y pronto acude también el cocinero.

Para no alargar la historia, entre preguntas, respuestas, explicaciones, terminaron por reconocerse todos. Pero si las mujeres estaban alegres, Pedro no lo estaba tanto, porque pensaba en la otra mujer que había tomado allí en España, y no sabía cómo salir de ese enredo. Cuando la hija del Gobernador volvió del campo, Pedro se armó de coraje y le refirió sus aventuras, contándole también que su primera mujer se encontraba en el palacio.

—Dime tú cómo remediarlo —concluyó—, porque yo realmente no lo sé.

Su segunda mujer, como si nada, le respondió:

—¡Oh, si es sólo por eso! ¿Crees que soy celosa? ¡Y a mí qué me importa si en vez de una mujer tienes dos! ¡Los turcos llegan a tener una docena!

Pedro no podía creerlo. ¡Poder estar con dos mujeres, y todos como carne y uña!

Al llegar la noche, dice Pedro:

—Entonces, ¿quién viene conmigo esta noche?

Y la hija del Gobernador:

—Es justo que esta noche le toque a tu primera mujer, después de tanto tiempo.

Así Pedro fue a dormir con su primera mujer. Pero no había transcurrido una hora cuando se abrió la puerta y se presentó la hija del Gobernador con una pistola en cada mano. Un tiro en la cabeza a Pedro, un tiro en la cabeza a su mujer, ésta fue la venganza de esa mujer celosa y traicionera.

El ruido despertó a toda la gente del palacio, que corrió al dormitorio de Pedro para encontrarse con ese espectáculo. Los guardias arrestaron en el acto a la hija del Gobernador, quien al día siguiente fue conducida a la plaza en medio del pueblo amotinado. La ataron a una pila de leña, la vistieron con una camisa de pez y la quemaron viva por el delito que había cometido.

(Montale Pistoiese)

69
FANTA-GHIRÒ, PERSONA BELLA

En los tiempos antiguos vivió un Rey que hijos varones no tenía, pero tenía tres hermosas muchachas: la primera se llamaba Carolina, la segunda Asuntina y a la tercera la llamaban Fanta-Ghirò, persona bella, porque era la más bella de las tres.

Era un Rey enfermizo y melancólico, que se pasaba el día enclaustrado en su cuarto. Tenía tres sillas: una celeste, una negra y una roja, y las hijas, cuando iban a darle los buenos días, lo primero que miraban era la silla donde se había sentado. Si estaba en la celeste, quería decir *alegría*; en la negra, *muerte*; en la roja, *guerra*.

Un día las hijas encontraron al padre sentado en la silla roja.

—¡Señor padre! ¿Qué sucede? —dijo la mayor.

—Recibí una carta del Rey vecino nuestro —respondió el Rey—, quien me declara la guerra. Pero yo, enfermucho como estoy, no sé cómo organizar un ejército ni tengo quién lo mande. ¿Dónde encuentro un buen general de un día para otro?

—Si me permitís —dice la hija mayor—, el general seré yo. Mandar a los soldados, imaginaos: ¿creéis que no soy capaz?

—¡Pero por favor! —dijo el Rey—. ¡Esas no son cosas de mujeres!

—¡Ponedme a prueba! —insistió la mayor.

—Si es por probar, probemos —dijo el Rey—. Pero que quede bien claro: si en el camino te pones a hablar de cosas de mujeres, vuelves derechita a casa.

Llegaron a un acuerdo, y el Rey ordenó a su fiel escudero Tonino que montara a caballo y acompañara a la Princesa a la guerra, pero que la primera vez que comentara cosas de mujeres la devolviera al palacio sin pérdida de tiempo.

Así que la Princesa y el escudero cabalgaron rumbo a la guerra, seguidos por todo el ejército. Ya habían marchado un buen trecho, cuando se toparon con un cañaveral.

—¡Oh, qué hermosas cañas! —exclama la Princesa—. ¡Si las tuviéramos en casa, qué bonitas ruecas haríamos!

—¡Alto ahí, Princesa! —gritó Tonino—. Tengo órdenes de conduciros a palacio. ¡Habéis hablado de cosas de mujeres! —los caballos volvieron grupas y todo el

ejército dio media vuelta.

Entonces se presentó al Rey la hija segunda.

—Majestad, yo iré a conducir la batalla.

—¿En las mismas condiciones que tu hermana?

—En las mismas condiciones.

Así que partieron a caballo, el escudero pisándole los talones, y atrás todo el ejército. Galoparon y galoparon, atravesaron el cañaveral y la Princesa no dijo ni una palabra. Atravesaron un lugar lleno de palos y la Princesa dijo:

—¡Mira, Tonino! ¡Qué palos tan derechos y delgados! Si los tuviéramos en casa, quién sabe cuántos husos podríamos hacer.

—¡Alto ahí, Princesa! —gritó Tonino el escudero, frenando su caballo—. ¡De vuelta a casa! ¡Habéis recordado cosas de mujeres!

Y todo el ejército, con armas y vituallas, retomó el camino de la ciudad.

El Rey ya no sabía dónde golpearse la cabeza, y entonces se le presenta Fanta-Ghirò.

—No, no —le dice el Rey—. ¡Eres muy pequeña! No lo han hecho tus hermanas, ¿cómo quieres que me fíe de ti?

—¿Qué se pierde con ponerme a prueba, papá? —dijo la muchacha—. ¡Vais a ver cómo no os hago quedar mal! Ponedme a prueba.

Así se acordó que partiera Fanta-Ghirò. La muchacha se vistió de guerrero, con yelmo, coraza, espada y dos pistolas, y partió con Tonino el escudero, quien galopaba a su lado. Atravesaron el cañaveral y Fanta-Ghirò no dijo ni una palabra, pasaron entre los palos y Fanta-Ghirò tampoco dijo ni una palabra. Así llegaron a la frontera.

—Antes de empezar la batalla —dijo Fanta-Ghirò—, quisiera cambiar unas palabras con el Rey enemigo.

El Rey enemigo era un apuesto jovencito; apenas vio a Fanta-Ghirò sospechó que se trataba de una mujer y no de un general, y la invitó a su palacio para dejar bien claro los motivos de la guerra antes de iniciar la batalla.

Llegaron al palacio de este Rey, y él corrió en seguida a ver a su madre.

—Mamá, mamá —le dijo—. ¡Si supieras! ¡Traigo conmigo al general que comanda el ejército enemigo, pero si lo vieras!

Fanta-Ghirò, persona bella,
Es de ojos negros y dulce en el hablar.
Oh madre mía, parece una doncella.

—Llévalo a la sala de armas —dijo la madre—. Si es una mujer las armas no le llamarán la atención y ni siquiera les echará un vistazo.

El Rey condujo a Fanta-Ghirò a la sala de armas. Fanta-Ghirò empezó a desenvainar las espadas apoyadas contra el muro, empuñándolas y alzándolas para comprobar el peso; después pasó a los fusiles y a las pistolas, abriéndolas para ver cómo se cargaban. El Rey volvió corriendo junto a su madre:

—Mamá, el general blande las armas como un hombre. Pero yo, cuanto más lo miro más sigo con mi idea.

Fanta-Ghirò, persona bella,
Es de ojos negros y dulce en el hablar.
Oh madre mía, parece una doncella.

—Llévalo al jardín —dijo la madre—. Si es mujer tomará una rosa o una violeta y se la prenderá en el pecho; si es hombre, elegirá el jazmín, lo olfateará y se lo pondrá en la oreja.

Y el Rey fue a pasear por el jardín con Fanta-Ghirò. Ella estiró la mano hacia el jazmín, arrancó una flor, la olfateó y después se la puso detrás de la oreja. El Rey volvió afanosamente junto a su madre:

—Se portó como un hombre, pero yo sigo con mi idea.

Fanta-Ghirò, persona bella,
Es de ojos negros y dulce en el hablar.
Oh madre mía, parece una doncella.

La madre comprendió que el hijo se había enamorado, y le dijo:

—Invita al general a comer. Si para cortar el pan se lo apoya en el pecho, es una mujer. Si en cambio lo corta sosteniéndolo en el aire, sin duda es un hombre y tú te habrás entusiasmado inútilmente.

Pero también esta prueba falló, pues Fanta-Ghirò cortó el pan como un hombre. El Rey, sin embargo, seguía repitiéndole a la madre:

Fanta-Ghirò, persona bella,
Es de ojos negros y dulce en el hablar.
Oh madre mía, parece una doncella.

—Entonces haz una última prueba —le dijo la madre—. Invita al general a bañarse contigo en la piscina del jardín. Si es mujer, seguro que no acepta.

Él formuló la invitación y Fanta-Ghirò dijo:

—Sí, sí, con gusto, pero mañana por la mañana —y llevando aparte a Tonino el escudero, le dijo—: aléjate del palacio y mañana por la mañana llega con una carta que tenga el sello de mi padre. Y que la carta diga: «Querido Fanta-Ghirò, me siento mal. Agonizo y quiero verte antes de morir».

Al día siguiente fueron a la piscina. El Rey se desnudó y se zambulló primero, invitando a Fanta-Ghirò a seguirlo.

—Estoy sudado —dijo Fanta-Ghirò—, espera un momentito —y aguzaba el oído por si llegaba el caballo del escudero.

El Rey le insistía para que se desnudase.

—No sé qué me pasa —decía Fanta-Ghirò—. Siento escalofríos en la columna… Me parece una mala señal, como si una desgracia flotara en el aire…

—¡Qué desgracia ni qué ocho cuartos! —gritaba el Rey desde el agua—. ¡Desnúdate y zambúllete, que aquí se está muy bien! ¿Qué desgracia va a ser?

En eso se oye un retumbar de cascos, llega el escudero y le entrega a Fanta-Ghirò una carta con el sello del Rey.

Fanta-Ghirò se puso pálida.

—Lo lamento, Majestad, pero hay malas noticias. ¡Ya lo decía yo, que esos escalofríos eran una mala señal! Mi padre está muriéndose y quiere volver a verme. Es necesario que parta de inmediato. No nos queda sino hacer las paces, y si aún queda alguna cuestión pendiente, ven a buscarme a mi Reino. Adiós. El baño lo dejamos para otra vez. ¡Adiós! —y se fue.

El Rey se quedó solo y desnudo en la piscina. El agua estaba fría y él desesperado: estaba seguro de que Fanta-Ghirò era mujer, pero se le iba sin que él pudiera comprobarlo.

Antes de partir, Fanta-Ghirò había pasado por su cuarto para recoger sus cosas. Y sobre la cama dejó una hoja con un mensaje:

Mujer vino y mujer se ha ido,
Pero el Rey no la ha reconocido.

Cuando el Rey encontró el mensaje se quedó como atontado, vacilando entre la alegría y el despecho. Corrió a ver a su madre.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Lo había adivinado! ¡Era una mujer!

Y sin dar tiempo a que le respondiera, subió a la carroza y corrió a campo traviesa siguiendo el rastro de Fanta-Ghirò.

Fanta-Ghirò, al llegar junto a su padre, lo abrazó y le contó cómo había ganado la guerra y desbaratado los planes de invasión del Rey enemigo. En ese momento oyeron en el patio el ruido de un carruaje. Era el Rey enemigo que llegaba, perdidamente enamorado, y en cuanto la vio, le dijo:

—General, ¿quiere casarse conmigo?

Se celebraron las bodas, los dos Reyes hicieron las paces, y cuando el Rey suegro murió le dejó todo al Rey yerno, y Fanta-Ghirò, persona bella, se convirtió en Reina de dos Reinos.

(Montale Pistoiese)

70
PIEL DE VIEJA

Había un Rey con tres hijas mujeres. Fue a la feria y antes de partir preguntó a las hijas qué regalo querían. Una pidió un pañuelo, otra un par de botitas, la tercera un cartucho de sal. Las hermanas mayores, que no podían ver a la más pequeña, le dijeron al padre:

—¿Sabéis por qué os pidió la sal, esa bribona? Porque os quiere salar el pellejo.

—¡Ah, sí! —dijo el padre—. ¿A mí quiere salarme el pellejo? Pues yo la echo de casa —y así lo hizo.

Abandonada a su suerte, con su nodriza y un saquito de monedas de oro, la pobre muchacha no sabía adonde ir. Todos los jóvenes que encontraba la molestaban, y entonces la nodriza tuvo una idea. Llegaron al funeral de una vieja muerta a los cien años, y la nodriza le preguntó al sepulturero:

—¿Nos vende la piel de la vieja?

Tuvo que regatear un buen rato; luego el sepulturero cogió un cuchillo, despellejó a la vieja arruga por arruga y les vendió la piel entera, con la cara, los cabellos blancos, los dedos con las uñas. La nodriza la hizo curtir, le cosió un forro de batista y cubrió a la muchacha con la piel. Y todos se quedaban mirando a esa vieja centenaria que hablaba con voz argentina y caminaba con toda desenvoltura.

Se encontraron con el hijo del Rey.

—Esa mujer… —le dijo a la nodriza—, ¿cuántos años tiene esa vieja?

—Pregúnteselo usted —dijo la nodriza.

—Abuelita, ¿me oye, abuelita? —dijo él—. ¿Cuántos años tiene?

—¿Yo? —dijo muy alegre la muchacha—. ¡Ciento quince!

—¡Cáspita! —exclamó el hijo del Rey—. ¿Y dónde nació?

—En mi aldea.

—¿Y sus padres?

—Son mi papá y mi mamá.

—¿Y a qué se dedica?

—¡A salir de paseo!

El hijo del Rey se divertía.

—Traigamos a esta viejecita a palacio —dijo al Rey y a la Reina—. Mientras viva, nos alegrará.

Y así la nodriza dejó a la muchacha en el Palacio Real, donde le dieron un cuarto en el entresuelo. El hijo del Rey, cuando no tenía nada que hacer, iba a charlar con la vieja y a divertirse con sus respuestas.

Un día, la Reina le dijo a Ojos Podridos (la llamaban así porque esa piel de vieja tenía los ojos llenos de legañas):

—¡Qué lástima que con esos ojos ya no pueda hacer ninguna labor!

—Pues —dijo Ojos Podridos—, ¡de joven sí que sabía hilar bien!

—Bien —dijo la Reina—, trate de hilar este poco de lino, a ver si consigue hacer algo.

Cuando se quedó a solas, la vieja se encerró con llave, se quitó la piel, e hiló el lino que era una maravilla. El hijo del Rey, la Reina y toda la Corte se quedaron boquiabiertos al ver que una vieja decrépita, temblequeante y medio ciega había podido realizar semejante labor.

La Reina hizo la prueba de darle a coser una camisa. Y ella, en cuanto estuvo sola, cortó y cosió la camisa con pespuntes, y recamó el petillo con florecitas de oro tan bien terminadas que causaban asombro. Los demás no sabían qué pensar. Pero el hijo del Rey sospechaba que había gato encerrado, y en cuanto la vieja se metió en su cuarto fue a espiar por el ojo de la cerradura. ¿Y qué vio? La vieja se quitaba la piel y debajo aparecía una muchacha joven y hermosa como un ojo de sol. El hijo del Rey, sin pensárselo dos veces, derribó la puerta y abrazó a la muchacha, que pudorosamente intentaba cubrirse.

—¿Quién eres? —le decía—. ¿Por qué te disfrazaste así?

Y la muchacha le contó que también ella era hija de Rey, que la habían echado de casa y maldecido.

El hijo del Rey fue en seguida a ver a los padres y les dijo:

—¿Sabéis? He encontrado una hija de Rey para casarme.

Se pregonaron los festejos de la boda y fueron invitados todos los Reyes vecinos y alejados. Vino también el Rey padre de la novia, pero no la reconoció con esos velos y esas guirnaldas. La novia le había hecho preparar la comida aparte, toda sin sal menos el asado. Sirvieron la sopa. Todos los invitados comían, pero el padre de la novia probó una cucharada y basta. Sirvieron la carne hervida y el padre apenas la probó. Sirvieron el pescado y el padre lo dejó todo en el plato. «No tengo hambre», decía. Pero cuando llegó el asado le gustó tanto que repitió tres veces. Entonces la hija le preguntó por qué los otros platos apenas los había tocado, y el asado sí, y el Rey dijo que no sabía por qué, pero el asado le había parecido sabroso y el resto insípido.

—¿Os dais cuenta de lo desagradable que es la comida sin sal? —dijo la hija—.

Por eso vuestra hija pidió sal cuando fuisteis a la feria, y esas pérfidas de mis hermanas os dijeron que era para salaros el pellejo…

Entonces el padre reconoció a su hija, la abrazó, le pidió perdón y castigó a las hermanas envidiosas.

(Montale Pistoiese)

71
OLIVA

Sucedió una vez que un judío acaudalado, que había quedado viudo con una niña recién nacida, tuvo que dejarla en manos de unos campesinos cristianos para que la educasen.

El campesino, al principio, no quería aceptar el encargo.

—Yo tengo hijos propios —dijo—, y no puedo educar a su hija en la creencia judía. Estará siempre con mis hijos y se habituará a nuestras costumbres cristianas.

—No importa —respondió el judío—, debe hacerme el favor de tenerla con usted, y recibirá su recompensa. Si cuando haya cumplido diez años no vengo a buscarla, haga con ella lo que le plazca, porque querrá decir que ya no he de volver nunca y la niña se quedará con ustedes.

Así fue como el campesino y el judío llegaron a un trato y el judío partió en viaje de negocios por países lejanos. La mujer del campesino hizo las veces de nodriza con la niña, y al verla tan grácil y cariñosa le cobró tanto afecto como si fuera hija propia; la niña pronto aprendió a caminar, a jugar con los otros niños y a realizar las tareas correspondientes a sus pocos años, pero nadie le enseñó jamás las normas cristianas. Escuchaba las plegarias de los demás, pero ella no sabía nada de religión y en esas condiciones llegó a los diez años.

Cuando cumplió los diez, los campesinos esperaban de un día a otro la llegada del judío. Pero pasaron once años, y luego doce, y aun trece y catorce, y el judío no apareció. Los campesinos pensaron que había muerto y dijeron:

—Ya hemos esperado bastante. Es hora de bautizar a esta niña.

La instruyeron en los hábitos de la iglesia, y luego la bautizaron con una gran fiesta, y toda la aldea fue a presenciar el acontecimiento. La llamaron Oliva y la mandaron a la escuela para que aprendiera labores femeninas, y también a leer y escribir. Así llegó a los dieciocho años, y Oliva era realmente una muchacha bien dotada, culta, buena, hermosa y querida por todos.

La familia de los campesinos vivía feliz y sin esperar ningún imprevisto, cuando

una mañana oyeron llamar a la puerta. Abren y es el judío.

—He venido en busca de la niña.

—¿Qué? —exclamó la madre—. Usted había dicho que si no volvía en diez años hiciéramos lo que se nos antojara, porque en ese caso era nuestra. Han pasado dieciocho años. ¿Ahora qué pretende? ¡A Oliva la hemos bautizado y ya es cristiana!

—Eso no importa —respondió el judío—, si no vine antes es porque no he podido. Pero es mi hija y la quiero de vuelta.

—¡Pues nosotros no se la devolvemos! —gritaron a coro los campesinos.

Se originó un gran pleito. El judío recurrió al tribunal, y el tribunal sentenció que si la hija era suya no podían quitársela; de manera que esa pobre gente se vio obligada a obedecer la ley. Todos lloraban, y la más desesperada era Oliva, porque su padre era para ella un desconocido, y no sin lágrimas se alejó de esos bondadosos campesinos que habían sido su padre y su madre durante tantos años.

En el momento de la despedida, la mujer puso en manos de Oliva el Libro de Horas de la Virgen, y le recomendó que nunca olvidase que era cristiana. Así se separaron esas almas piadosas.

El judío, cuando estuvo en casa, se apresuró a decir:

—Aquí somos judíos, y tú también, y creerás en lo que creemos nosotros. Pobre de ti si te encuentro leyendo el libro que te dio tu nodriza: la primera vez lo arrojaré al fuego y te azotaré, la segunda te cortaré las manos y te echaré de casa. Sé juiciosa, porque lo digo en serio.

Ante semejantes amenazas, la pobre Oliva tuvo que fingir que era judía cuando estaba en público; pero cuando estaba encerrada en su cuarto entonaba las plegarias de la Virgen y las letanías, y su fiel camarera permanecía de guardia por si su padre aparecía de improviso. Pero todo fue inútil, porque un día el judío la sorprendió en el reclinatorio con el libro abierto. Lo arrojó al fuego con furia, y a ella le pegó sin misericordia.

No por eso Oliva se dejó intimidar. Le encargó a la camarera que le comprara un libro igual al primero y siguió leyéndolo. Pero el judío, que desconfiaba de ella, no dejaba de vigilarla a hurtadillas; así un día irrumpió en el cuarto y volvió a sorprenderla. Esta vez, sin decir una palabra, la llevó junto a un banco de carpintero, le hizo extender las manos y se las cortó con una cuchilla. Luego ordenó que la llevaran a un bosque y la abandonaran.

La desdichada estaba más muerta que viva, y sin manos no tenía modo de ayudarse. Empezó a caminar hasta que llegó a un gran palacio. Quería entrar y pedir un poco de caridad, pero alrededor había un murallón alto y sin puertas, en cuyo interior florecía un hermoso jardín. Por encima de la cresta del murallón sobresalían las ramas de un peral *buré*, cargado de frutos maduros.

—¡Oh! ¡Si al menos consiguiera una de esas peras! —exclamó Oliva—. ¿Pero cómo lo hago para alcanzarlas?

Apenas dice estas palabras, el murallón se abre y el peral baja las ramas. De tal

manera que Oliva, pese a no tener manos, podía llegar a las peras con los dientes y comerlas aun sin que cayeran del árbol. Cuando estuvo satisfecha, el árbol volvió a levantar las ramas, el murallón volvió a cerrarse, y Oliva se volvió al bosque. Como ya conocía el secreto, todos los días a las once pasaba debajo del peral para desayunar con sus frutos; luego regresaba a las honduras del bosque, donde se quedaba incluso a pasar la noche.

Esas peras eran muy preciadas, y una mañana el Rey que vivía en ese palacio quiso probarlas y mandó a un criado para que le trajera alguna. El criado volvió muy afligido:

—Majestad, hay algún animal que trepa al árbol y roe las peras dejando apenas el rabillo.

—Lo atraparemos —dijo el Rey.

Se construyó una cabaña de ramas y empezó a montar guardia por la noche, pero aunque sacrificaba el sueño las peras siempre aparecían mordidas. Entonces decidió montar guardia de día, y a las once vio que el murallón se abría, el peral bajaba las ramas y Oliva mordía ya una pera ya otra. El Rey, que estaba listo para abrir fuego, del asombro, dejó caer la escopeta y el murallón volvió a cerrarse y la muchacha desapareció sin que él atinara a hacer nada, salvo admirar la belleza de la muchacha.

Se apresuró a llamar al criado y los dos batieron el bosque en busca de la ladrona. Y así fue como la encontraron dormida en lo más espeso de un matorral.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? —le preguntó el Rey—. ¿Cómo osas venir a robarme las peras? ¡Casi te dejo muerta de un tiro!

Oliva, por toda respuesta, le mostró los muñones.

—¡Pobre muchacha! —dijo el Rey—. ¿Quién fue el bribón que te cortó de este modo? —y pidió que le contara la historia—. No me importa lo de las peras —dijo después de escucharla—. Ven a quedarte en mi palacio. Mi madre la Reina seguro que te hará compañía y te ayudará.

Así Oliva fue presentada a la Reina, pero el hijo no le habló del peral que bajaba las ramas ni del murallón que se abría, por temor a que la madre la considerara una bruja y le tomara odio. De hecho, la Reina no se negó a tener consigo a la muchacha, pero mucho no la quería y la daba de comer escasamente, porque había advertido que su hijo se fijaba demasiado en las bellezas de esta mujer sin manos. Para quitarle de la cabeza cualquier idea que se le hubiese metido, le dijo:

—Hijo mío, es hora de que busques mujer. Hay muchas princesas casaderas de tu mismo rango; toma criados, caballos y dinero y recorre el mundo hasta encontrarla.

El Rey partió para no desobedecer a la madre, y pasó seis meses visitando las Cortes de otros países. Pero a los seis meses volvió a casa y dijo:

—Escuchadme, madre, no os enfadéis. Princesas en el mundo no faltan, y basta con querer una. Pero no he encontrado ninguna tan hermosa y gentil como Oliva. Por lo tanto he resuelto casarme con Oliva.

—¿Cómo? —exclamó la Reina—. ¿Una muchacha del bosque, manca y de origen

desconocido? ¿Quieres deshonrarte?

Pero el Rey se negó a escuchar a su madre, y sin esperar más concertó las bodas con Oliva.

A la vieja Reina no le gustaba nada esa historia de tener una nuera de estirpe desconocida, así que a Oliva no le ahorraba desdenes ni desaires, aunque siempre tratando de no enemistarse con el Rey. Oliva se callaba por prudencia.

Al poco tiempo Oliva quedó embarazada y el Rey se puso muy contento, pero de pronto otros Reyes vecinos le declararon la guerra y él se vio obligado a marchar al frente de sus tropas en defensa del Reino. Antes de partir, quiso confiarle a su madre el cuidado de Oliva, pero la vieja Reina le dijo:

—No, no puedo hacerme cargo de algo tan delicado; más aún, me iré de palacio y me encerraré en un convento.

Por lo tanto Oliva se quedó sola en palacio, y el Rey le recomendó que todos los días le enviara una carta con el correo. Así el Rey partió al campo de batalla, la vieja Reina para el convento, y Oliva permaneció en la Corte con toda la servidumbre. Cada día un correo salía de la Corte con una carta de Oliva para el Rey, pero al mismo tiempo una tía de la vieja Reina hacía de correveidile entre la Corte y el convento, para mantenerla al corriente de todo lo que sucedía. Cuando la Reina supo que Oliva había dado felizmente a luz dos hermosos niños, dejó el convento y volvió a palacio con el pretexto de ayudar a la nuera. Se hizo acompañar por los guardias, obligó a Oliva a levantarse de la cama, le puso una criatura en cada brazo y ordenó que la devolvieran al bosque donde el Rey la había encontrado por primera vez.

—Abandonadla ahí para que muera de hambre —dijo a los guardias—. ¡Quién transgreda mis órdenes perderá la cabeza, y también la perderá quién llegue a comentar este asunto!

Después, la Reina vieja escribió a su hijo que su mujer había muerto en el parto junto con las criaturas y, para que la mentira fuera convincente, hizo confeccionar tres fantoches de cera y organizó un gran servicio fúnebre en la capilla real, presentándose bañada en lágrimas y vestida de luto.

El Rey, allá en la guerra, no encontraba sosiego al enterarse de esa desgracia, y ni por un momento sospechó que se trataba de una perfidia de su madre.

Pero volvamos a Oliva, quien sin manos y en medio del bosque, con esas criaturas en los brazos, se moría de hambre y de sed. Caminó y caminó hasta llegar a un pozo de agua, donde una viejecita lavaba la ropa.

—Buena mujer —dijo Oliva—, ¿me harías la caridad de retorcer sobre mi boca uno de esos paños mojados? Me muero de sed.

—No, vale más que hagas lo que te voy a enseñar —respondió la viejecita—. Arrodíllate y baja la boca hasta el agua.

—¿Pero no ves que no tengo manos y debo tener en brazos a mis criaturas?

—No importa. Haz la prueba.

Oliva se arrodilló, pero mientras se inclinaba sobre el pozo, los dos chicos se le

resbalaron, cayeron y desaparecieron bajo el agua.

—¡Oh, mis hijitos, mis hijitos! ¡Socorro! ¡Se ahogan! ¡Ayúdenme!

La viejecita no se movió.

—No tengas miedo, no se ahogan. Rescátalos.

—¿Y cómo lo hago? ¿No ves que no tengo manos?

—Sumerge los muñones.

Oliva sumergió los muñones en el agua y sintió que volvían a crecerle las manos, y con las manos agarró a los niños y los sacó sanos y salvos.

—Ahora puedes irte —dijo la viejecita—. Ya no te faltan manos para arreglártelas por ti misma. Adiós.

Y desapareció antes de que Oliva tuviese tiempo de agradecerle ese inmenso favor.

Oliva caminó al azar por el bosque en busca de un refugio, y encontró una hermosa casita, nueva y con la puerta abierta de par en par. Entró a pedir asilo, pero no había nadie. En el hornillo hervía una olla de patatas y otras comidas más sustanciosas. Oliva dio de comer a sus hijos, comió a su vez, y luego se dirigió a un cuarto donde había una cama y dos cunas. Puso a dormir a los niños y luego también ella se acostó. Así vivió en esa casita sin que nunca le faltase nada y sin ver nunca un alma viviente.

Pero dejemos a Oliva y volvamos al Rey, que al terminar la guerra volvió y encontró su país enlutado. Su madre trataba de consolarlo, pero él se desesperaba más a medida que transcurría el tiempo, y para distraerse quiso ir de cacería. En el bosque lo sorprendió una tormenta tan feroz que la tierra parecía partirse bajo los rayos y los truenos. «¡Ojalá me muriera!», se decía el Rey. «¿De qué vale este mundo sin Oliva?».

Pero en medio de los árboles vio una lucecita y fue hacia ella en busca de protección. Llamó a la puerta y le abrió Oliva. Él no la reconoció y ella guardó silencio, pero lo recibió con gran gentileza y lo invitó a acercarse al fuego para calentarse, trabajando sin descanso con tal de complacer al huésped y ayudada por sus pequeños.

El Rey la miraba y tenía la impresión de que se parecía mucho a Oliva, pero al verle las manos sacudía la cabeza. Y a los niños que brincaban a su alrededor les decía:

—¡También yo pude tener niños como éstos para mi consuelo! ¡Pero han muerto con su madre, y yo me encuentro solo y desdichado!

Mientras tanto, Oliva se alejó para preparar la cama para el huésped y llamó a los chicos:

—Escuchad —les dijo en voz baja—, cuando volvamos con él, pedidme que os cuente un cuento. Yo diré que no, e incluso os amenazaré con un par de bofetadas, pero vosotros insistid en que queréis que os lo cuente.

—Sí, sí, madre. Haremos lo que nos dices.

Y en efecto, cuando volvieron junto al hogar empezaron:

—¡Mamá, mamá, cuéntanos uno de tus cuentos!

—¡Pero os parece oportuno! ¡Es tarde y este señor se aburriría, cansado como está!

—¡Anda madre, danos este gusto!

—¡Si no os calláis, os doy un par de bofetadas!

—¿Por qué, pobrecitos? —intervino el Rey—. Deles el gusto. Yo todavía no tengo sueño y escucharé con mucho placer.

Después de tanto rogar, Oliva se sentó y empezó a contar el cuento. El Rey se puso cada vez más serio. Escuchaba con ansiedad y preguntaba: «¿Y después? ¿Y después?», porque era la historia de la vida de su pobre mujer. Y no se atrevía a confiar en sus esperanzas a causa de ese misterio de las manos, hasta que no pudo más y preguntó:

—¿Y con las manos cortadas, qué pasó?

Y Oliva le contó lo de la viejecita que lavaba.

—¡Entonces eres tú! —gritó el Rey, y se abrazaron y se besaron. Pero después de haber manifestado su alegría, el Rey recobró su expresión adusta—. Ahora hay que volver a palacio —dijo—, ¡porque mi madre lo pagará como debe!

—¡Eso no! —dijo Oliva—. Si de veras me quieres debes prometerme que no le infligirás ningún castigo a tu madre. Bastante tendrá con sus remordimientos. Y además, pobre vieja, creía servir a los intereses del Reino. Déjala con vida, porque yo le perdono todo el mal que me hizo.

Así que el Rey regresó a palacio y no le dijo nada a su madre.

—Estaba preocupada por ti —le dijo ella—. ¿Cómo has pasado la noche, en medio de esa tormenta?

—La pasé bien, madre.

—¿Y cómo? —preguntó la Reina con cierta desconfianza.

—En casa de gente bondadosa que supo mantenerme alegre. Es la primera vez que encuentro consuelo desde la muerte de Oliva. Pero decidme, madre: ¿de veras está muerta?

—¿Pero qué estás preguntando? ¡Si todo el pueblo presenció el funeral!

—Quisiera ir a depositar unas flores en su tumba, y saber bien cómo sucedió…

—¿Pero qué es ese retintín de sospecha? —dijo la Reina roja de furia—. ¿Te parece que ése es modo de hablarle a tu madre, como si dudaras de mi palabra?

—Vamos, madre. ¡Dejémonos ya de mentiras! ¡Ven aquí, Oliva!

Y entró Oliva trayendo a sus hijos de la mano. La Reina, de roja de furia pasó a blanca de susto. Pero Oliva le dijo:

—No tengáis miedo, que no os haremos ningún daño. Nos basta con la felicidad que hemos reencontrado.

La Reina volvió a enclaustrarse en el convento, y el Rey y Oliva permanecieron en paz toda la vida.

(Montale Pistoiese)

72
LA CAMPESINA ASTUTA

Un día un campesino que araba en su viña da en algo duro con el hierro. Se agacha y ve que se trata de un precioso mortero. Lo levanta, lo raspa y al despojarlo de la costra de tierra ve que es de oro macizo.

—¡Esto es digno de un Rey! —dice—. ¡Se lo llevo al Rey y quién sabe lo que me regalará!

En su casa lo esperaba su hija Caterina, y él le mostró el mortero diciéndole que quería regalárselo al Rey.

—Es precioso —dijo Caterina—, eso no se puede negar. Pero si se lo llevas al Rey, seguro que va a encontrar algo que le falta para echarse a reír, y para colmo se burlará de ti.

—¿Y qué le falta? ¿De qué se va a reír, por muy Rey que sea, pedazo de tonta?

Y Caterina respondió:

—Verás que el Rey dice:

—Hermoso y grande es el mortero,
Pero bruto, ¿dónde está el pistadero?

El campesino se encogió de hombros.

—Sólo faltaría que el Rey hablase de esa manera. ¿Te crees que es un cazurro como tú?

Y tomando el mortero bajo el brazo, el campesino fue al palacio del Rey. Los guardias no querían dejarlo pasar, pero él dijo que traía un regalo maravilloso, y lo condujeron ante Su Majestad.

—Majestad —dijo el campesino—, encontré en la viña este mortero de oro macizo, y me pareció digno de vuestro palacio. Por esa razón os lo he traído, porque tengo el propósito de regalároslo, siempre que os dignéis aceptarlo.

El Rey tomó el mortero en sus manos y empezó a darle vueltas y a examinarlo por todas partes. Luego sacudió la cabeza y habló. Dijo:

—Hermoso y grande es el mortero,
Pero le falta el pistadero.

Tal como le había dicho Caterina, sólo que no le llamó «bruto» porque los Reyes son personas educadas. El campesino se dio un manotazo en la frente y dijo sin querer:

—¡Tal cual! ¡Lo adivinó!

—¿Quién lo adivinó? —preguntó el Rey.

—Disculpadme —dijo el campesino—, pero se trata de mi hija, que había dicho que ésa sería la respuesta del Rey, y yo no quise creerle.

—Esa hija tuya debe de ser una muchacha que sabe usar la cabeza —dijo el rey —. Quiero comprobar hasta dónde llega su destreza. Toma este lino. Dile que me haga camisas para un regimiento de soldados, pero rápido, porque las necesito ya mismo.

El campesino se quedó petrificado como una estatua de sal: pero orden de Rey no se discute; tomó el envoltorio, donde no había más que tres trenzas de lino, saludó a Su Majestad con una reverencia, y se fue a casa dejando el mortero y sin recibir ni un céntimo de recompensa.

—Hija mía —le dijo a Caterina—, ¡te has metido en un buen embrollo! —y le comunicó la orden del Rey.

—Tú te asustas por nada —dice Caterina—. Dame eso —coge el lino y empieza a sacudirlo. Se sabe que en el lino, aunque lo carde un maestro, siempre queda alguna agramiza; y cayeron tres agramizas al suelo, tan pequeñitas que ni se veían. Caterina las recogió y le dijo a su padre—: coge esto. Vuelve en seguida al palacio y dile al Rey, de parte mía, que no tengo inconveniente en hacer la tela para las camisas, pero como no tengo telar, que él me lo haga con estas tres agramizas, y entonces será servido como desea.

El campesino no se atrevía a volver al palacio con ese mensaje, pero Caterina le insistió tanto que al final se decidió.

Al comprobar la astucia de Caterina, el Rey tuvo ganas de conocerla.

—¡Es brillante tu hija! Mándamela a palacio, que me gustaría conversar un poco con ella. Pero con esta condición: que comparezca en mi presencia ni desnuda ni vestida, ni en ayunas ni saciada, ni de día ni de noche, ni a pie ni a caballo. Que obedezca punto por punto, si no los dos perderéis la cabeza.

El campesino llegó a casa más muerto que vivo. Pero su hija, sin darle importancia, le respondió:

—Papá, yo sé lo que hay que hacer. Basta con que me encuentres una red de pescadores.

Por la mañana, antes del alba, Caterina se levanta y se pone encima la red (así no estaba ni desnuda ni vestida), come una algarroba (así no estaba ni en ayunas ni saciada), coge la cabra y se sube a horcajadas tocando el suelo con un pie y con el otro no (así no iba ni a pie ni a caballo), y en esas condiciones llegó al palacio del Rey cuando apenas clareaba (no era ni de día ni de noche). Los guardias la tomaron

por una loca y no querían dejarla pasar: pero cuando supieron que ella obedecía una orden del Soberano la condujeron a los aposentos reales.

—Majestad, estoy aquí según vuestra voluntad.

El Rey no pudo contenerse y se echó a reír.

—¡Muy bien, Caterina! —le dijo—. Eres justo la muchacha que buscaba: ahora me caso contigo y te hago Reina. Pero con una condición, acuérdate: cuídate bien de no meterte en mis asuntos.

(El Rey había comprendido que Caterina se las sabía todas, y mucho mejor que él).

Cuando lo supo, el campesino dijo:

—Si el Rey te quiere como esposa, no hay modo de oponerse. Pero cuidado con lo que haces, porque si el Rey es rápido para querer las cosas también es rápido para rechazarlas. En todo caso, déjame esos dos vestidos de arpillera y los tendré colgados de una estaca; si alguna vez tuvieras que volver a casa, los encontrarás en su sitio para volver a ponértelos.

Pero Caterina era muy feliz, y los esponsales se celebraron a los pocos días con fiestas en todo el Reino, y en la ciudad incluso se organizó una gran feria. Los campesinos que no podían albergarse bajo un techo dormían en las plazas, y aun bajo las ventanas del Rey.

Un aldeano fue a vender una vaca preñada, y no encontró un establo donde guardarla durante la noche. El hostelero le dijo que podía alojarla bajo el pórtico, y que atase el cabestro al carro de otro aldeano. Ahora bien, durante la noche, la vaca da a luz un ternero; y por la mañana el dueño de la vaca, muy contento, fue a llevarse sus dos bestias. Pero aparece el dueño del carro y empieza a protestar:

—Está bien, la vaca es suya; pero el ternero me lo quedo porque es mío.

—¿Cómo suyo? ¡Si esta noche lo parió mi vaca!

—¿Ah, sí? —replica el otro—. La vaca estaba atada al carro, el carro es mío, y el ternero es del dueño del carro.

Se entabló un pleito de nunca acabar, y de los dichos a los hechos no hubo un gran trecho; asieron el puntal del carro, y se pegaron como ciegos. El rumor atrajo gente, acudieron los esbirros, los separaron y los llevaron derechitos al tribunal del Rey.

Es necesario saber que existía una costumbre en la Ciudad Real según la cual también la mujer del Rey emitía su opinión. Pero ahora, siendo Reina Caterina, ocurría que cada vez que el Rey pronunciaba sentencia ella no estaba de acuerdo y el Rey no tardó en molestarse.

—Te había advertido que no metieras las narices en asuntos de Estado —le dijo —. De ahora en adelante no entras más en el Tribunal —y así siguieron las cosas; los aldeanos, por lo tanto, comparecieron sólo ante el Rey.

Tras escuchar los argumentos de los dos litigantes, el Rey pronunció esta sentencia:

—El ternero es del carro.

El dueño de la vaca no podía conformarse con una sentencia tan injusta, pero no hubo manera de modificarla: el Rey dijo que quien mandaba era él y que su palabra era sagrada para todo el mundo. El hostelero, al ver tan confundido al aldeano, le aconsejó que fuera a consultar a la Reina, que tal vez le encontraría algún remedio.

El aldeano fue al Palacio Real, se acercó a un camarero y le preguntó:

—Caballero, ¿puede decirme si es posible discutir un asuntillo con la Reina?

—Es imposible —dijo el camarero—, porque el Rey le ha prohibido conceder audiencia.

El aldeano entonces se puso a dar vueltas alrededor del muro del jardín. Vio a la Reina, saltó el muro, y rompió a llorar frente a ella, comentándole la injusticia que el marido había cometido con él. Dijo la Reina:

—Mi consejo es éste. El Rey mañana sale a cazar. Por allá hay un lago que en esta época está seco, sin una gota de agua. Haga lo siguiente: lleve una calabaza de pescador en la cintura, sostenga una red en la mano y simule que está pescando. El Rey, cuando lo vea pescar en ese lago tan árido, primero se reirá, y luego le preguntará por qué pesca donde no hay agua. Entonces tiene que responderle: «Majestad, si un carro pudo parir un ternero, también es posible que yo pesque en seco».

A la mañana siguiente, el aldeano se dirigió al lago sin agua con la calabaza en la cintura y la red en la mano. Sentado en la orilla, arrojaba la red y la sacaba como si dentro hubiera peces. Apareció el Rey con su séquito y lo vio. Se echó a reír, y después le preguntó si había perdido la cabeza. Y el aldeano le respondió tal como le había sugerido la Reina.

El Rey exclamó, al escuchar esa respuesta:

—Amigo mío, ésa no es harina de tu costal. Tú has acudido a la Reina.

El aldeano no lo negó, y el Rey cambió la sentencia y le cedió el ternero.

Después llamó a Caterina y le dijo:

—Has metido las narices en mis asuntos, y sabes que te lo había prohibido. Así que puedes volverte ahora mismo a casa de tu padre. Llévate del palacio lo que más te guste, pero esta noche te vuelves a tu casa, a tu oficio de campesina.

—Como quiera Su Majestad —repuso humildemente Caterina—. No me queda otro remedio que obedecer. Sólo os pido una gracia, que me dejéis partir mañana. De noche sería demasiada vergüenza para vos y para mí, y daría lugar a muchas habladurías.

—Te concedo esa gracia —dice el Rey—. Cenaremos juntos por última vez y mañana te irás.

¿Qué hace la astuta Caterina? Ordena a los cocineros que preparen carnes asadas y jamones, una comida que caiga pesada y provoque sed, y que sirvan el mejor *aleatico* de las bodegas reales. Durante la cena el Rey comió hasta más no poder y Caterina le hacía tomar una botella tras otra. Primero se le nubló la vista, después

empezó a farfullar, y al fin cayó dormido en el sillón como un marrano.

Entonces Caterina dijo a los sirvientes:

—Coged el sillón con lo que tiene encima y seguidme. Ay del que diga una palabra —y salió del palacio, se dirigió a las puertas de la ciudad y no se detuvo hasta llegar a su casa, muy entrada la noche.

—Ábreme, papá, que soy yo —gritó.

El viejo campesino, al oír la voz de su hija, se asomó en seguida:

—¿Tú a esta hora? ¡Ah, te lo había dicho! Hice bien en guardarte los vestidos de arpillera. ¡Están siempre aquí, colgados de la estaca, en tu habitación!

—¡Rápido, ábreme! —dijo Caterina—. ¡Menos discursos!

El campesino abre y ve a los sirvientes que traen el sillón con el Rey; Caterina hace que lo lleven a su habitación, lo hace desnudar y meter en su cama. Luego despide a los sirvientes y se acuesta junto al Rey.

Hacia medianoche el Rey se despertó: le parecía que el colchón estaba más duro que de costumbre, y que las sábanas eran más rústicas. Se movió, y notó que tenía a su mujer al lado.

—Caterina —dijo—, ¿no te dije que te fueras a tu casa?

—Sí, Majestad —respondió ella—, pero aún no es de día. Dormid, dormid.

El Rey volvió a dormirse. Por la mañana se despertó con el rebuzno de un asno y el balido de las ovejas, y vio la luz del sol a través del techo. Se desperezó, y la cámara real le parecía irreconocible. Le preguntó a la mujer:

—Pero Caterina, ¿dónde estamos?

—Majestad —dijo ella—, ¿no me habíais dicho que me volviera a casa y me llevara lo que más me gustase? Os he traído a vos.

El Rey se echó a reír e hicieron las paces. Volvieron al Palacio Real, donde siguen viviendo hasta hoy, y a partir de ese día el Rey nunca se presenta en el Tribunal sin su mujer.

(Montale Pistoiese)

73
EL VIAJERO TURINÉS

Había en la ciudad de Turín un hombre próspero con tres hijos varones. El mayor se llamaba Giuseppe, un joven ingenioso que continuamente rumiaba la idea de hacer un viaje: quería ver la ciudad de Constantinopla. El padre, que quería darle mujer para convertirlo en su heredero y tener descendencia, no quería dejarle partir; pero Giuseppe no pensaba sino en los viajes. Finalmente el hijo segundo tomó mujer, y el padre pensó que sería él quien lo sucediera en sus negocios y diera continuidad a su nombre; de modo que se resolvió a dejar partir a Giuseppe, quien se embarcó rumbo a la ciudad de Constantinopla con un baúl lleno de ropas, utensilios y dinero.

En alta mar los sorprendió una borrasca, y el buque se zarandeaba sin que los marineros pudieran dominarlo. Perdió el rumbo y se estrelló contra un arrecife. Toda la gente desapareció bajo las olas y se ahogó. Giuseppe saltó de la nave que hacía agua y se montó a horcajadas en el baúl, que jamás había querido abandonar, y así pasó toda la noche sacudido por la tempestad, hasta que el viento lo arrastró a las playas de una isla mientras el sol despuntaba sobre un mar más apacible. La isla parecía desierta, aunque pródiga en árboles y frutos.

Pero mientras Giuseppe exploraba los alrededores, irrumpió una horda de salvajes vestidos con pieles de animales. Giuseppe fue a su encuentro, pidió hospitalidad y solicitó que le llevaran el baúl: pero no había manera de hacerse entender. Giuseppe extrajo una moneda de oro y se la mostró a los salvajes, que la miraron como si no supieran qué hacer con ella. Les mostró el reloj, y era lo mismo que si les hubiese mostrado el tacón del zapato. Sacó un cuchillo y cortó la rama de un árbol: los salvajes empezaron a mirarlo con cierto interés, y muchos alargaron la mano para recibir el cuchillo. Giuseppe les dio a entender que no quería dárselo a ninguno de ellos sino a alguien superior a ellos, y los salvajes cargaron el baúl a sus espaldas y condujeron a Giuseppe a la gruta donde vivía su Rey. Entre el Rey y Giuseppe no tardó en entablarse una verdadera amistad. El turinés vivía en la gruta real y aprendió la lengua de los salvajes, enseñándoles muchas cosas que ellos no sabían. Por

ejemplo, descubrió que en la isla había piedra de cal y arcilla, y les enseñó a hornear ladrillos para edificar casas. El Rey lo nombró virrey y finalmente le ofreció a su hija en matrimonio. Este honor no fue muy bien recibido por el forastero, fuera porque ya tenía una hermosa salvaje de quien estaba enamorado, o bien porque la hija del Rey era la muchacha más fea que viajero alguno pudiera encontrar. Pero se hallaba solo, en medio de ese pueblo incivilizado, en una isla de la que no podía escapar: si perdía la amistad del Rey, estaba perdido. Tuvo que dar su consentimiento; él y su amada se separaron llorando, pero siempre enamorados y en buenos términos. Giuseppe se casó con la hija del Rey mientras su amada, para no despertar sospechas, también se casaba con un viejo pescador. El turinés, en lo que respecta a sus intereses, no podía estar mejor: no era Rey pero poco le faltaba; sólo una cosa no poseía, el pan de la felicidad, y se sentía encerrado como un esclavo. Y se arrepentía de no haber seguido los consejos de su padre.

De repente, la hija del Rey enfermó y murió. Hubo gran luto en todo el Reino, y el Rey no podía consolarse de esa pérdida, y no cesaba de llorar y lamentarse. Para consolarlo, Giuseppe le dijo:

—Escúcheme, Majestad, de algún modo tiene que resignarse. Usted ya no tiene a su hija, pero siempre me tiene a mí para hacerle compañía.

—Pero si lloro —dijo el Rey—, no es sólo por la pérdida de mi hija, sino también por la tuya.

—¿La mía? —exclamó Giuseppe—. ¿Qué quiere decirme, Majestad?

—¿No conoces las leyes de estas regiones? —dijo el Rey—. Si muere uno de los cónyuges, es necesario que al otro lo sepulten con su compañero. Lo imponen las leyes y las costumbres, y hay que obedecerlas.

Fueron vanos los llantos y las protestas de Giuseppe. Comenzó la procesión fúnebre. Los silleros llevaban el féretro de la esposa vestida de Reina, y detrás venía Giuseppe enmudecido del susto, y luego seguía el cortejo del pueblo entre llantos y aullidos. La tumba era una gran caverna subterránea cerrada por un peñasco: se apartaba el peñasco y se arrojaban dentro los cadáveres con todas sus riquezas. Giuseppe quiso que con él arrojaran su baúl cargado de objetos de valor; y también le dieron una vela y comida para cinco días. Concluida la ceremonia, volvieron a cerrar la boca de la caverna y lo dejaron solo con el cadáver.

Con la vela, Giuseppe se puso a explorar la caverna. Estaba atestada de cadáveres, algunos recientes y otros que ya eran esqueletos, y con los cadáveres había oro, plata y piedras preciosas. Y él pensaba en el poco valor que podía dar a esas riquezas cuando estaba condenado a terminar sus días allí a causa de esa costumbre salvaje. De manera que, exhausto y desolado, se sentó en su baúl y cada poco sacaba el reloj del bolsillo, miraba la hora y se preparaba a la idea de la muerte. Después de medianoche oyó un ruido de pasos, volvió los ojos y vio que un animal entraba en la caverna, una criatura semejante a un enorme buey. El animal se acercó a un cadáver, lo agarró del pelo con los dientes, y lo hizo girar en el aire para echárselo encima, y

con el cadáver en las grupas se alejó y desapareció en las tinieblas. A la noche siguiente, a la misma hora, el animal volvió y se llevó otro cadáver. Giuseppe esta vez lo siguió; la caverna terminaba en un corredor descendiente, y por el rumor del agua comprendió que bajaba hasta el mar. El hallazgo lo colmó de alegría, pero aunque ya estaba seguro de poder huir con vida de la caverna, no quería irse con las manos vacías, teniendo tantas riquezas al alcance de la mano. De modo que postergó la fuga para el día siguiente, pues ya era casi de día y quería evitar que los isleños lo descubrieran.

Pasó el día preparando todo lo que se llevaría con él. De pronto oyó el cántico que habitualmente acompañaba los funerales y vio que abrían la puerta de la caverna. Arrojaron el cadáver de un hombre, y a continuación una mujer viva, con una vela y un cesto de alimentos. Giuseppe, escondido detrás de un pedrejón, aguardó a que cerraran la caverna antes de presentarse a esa compañera de desventuras. Ella, al ver en el fondo de la caverna el baúl de Giuseppe, se acercó y dijo sollozando:

—¡Pobre Giuseppe mío! A estas horas ha de estar bien muerto, y a mí me toca la misma suerte bárbara.

Entonces Giuseppe comprendió que se trataba de su antigua amada, y que había muerto el viejo pescador con quien se había casado. Y salió y la abrazó, diciéndole:

—No, todavía no estoy muerto, ni lo estaré, sino que huiré contigo de este sepulcro.

La mujer, en cuanto superó el susto inicial y el temor de que Giuseppe fuera un fantasma, dijo:

—Nadie ha salido nunca vivo de aquí. ¿Cómo puedes tener esa esperanza?

Giuseppe le explicó su descubrimiento. Comieron juntos las nuevas provisiones traídas por la mujer, y esperaron la llegada del buey.

Cuando llegó el buey y se llevó un cadáver, Giuseppe le siguió sigilosamente, hasta que en el fondo de la caverna divisó el resplandor de la luna sobre el mar, y el buey que se alejaba a nado con el cadáver a cuestas. También Giuseppe se zambulló, recorrió a nado el contorno de la isla, trepó en la oscuridad hasta la boca de la caverna, y con muchos esfuerzos logró al fin mover el peñasco. Arrojó una soga que llevaba sujeta a la cintura, y su mujer, que lo esperaba ansiosamente en el fondo de la caverna, ataba las cosas para que él las izara. Se trataba de las pieles de animales quitadas a los muertos, llenas de oro, plata y piedras preciosas; en último lugar subieron el baúl de Giuseppe, y finalmente salió la mujer.

Una vez que los dos estuvieron fuera de la caverna con sus tesoros, se dirigieron a la frontera de otro Reino que había en la isla, y lograron atravesarla antes de que despuntara el alba. Se presentaron ante el soberano, le contaron su historia, y fueron acogidos con generosidad en los mismos aposentos del Rey.

Giuseppe pasó muchos años en ese Reino y tuvo tres hijos varones. Pero, si bien nada le faltaba y había ascendido a Primer Ministro, siempre tenía deseos de regresar a Turín, su ciudad natal. Se construyó una barca con el pretexto de utilizarla como

pasatiempo. Con su mujer a bordo, se internaba en el mar y regresaba al caer la noche, para que el Rey no sospechase nada. Pero en una noche serena, se embarcó con su mujer, sus hijos, el baúl y todas sus riquezas, y remó hasta que la isla naufragó en el horizonte. Y cuando a la luz de la luna creyó avistar un buque en la lejanía, sopló su trompa marina para pedir socorro. Era una nave que se dirigía a Constantinopla. Así Giuseppe vio cumplido el sueño de su juventud, fue a Constantinopla, y con las riquezas de la caverna de los muertos abrió una tienda de orfebre y joyero; y volvió a Turín rico y feliz, para unirse a su viejo padre, que nunca había dejado de esperarlo.

(Montale Pistoiese)

74
LA HIJA DEL SOL

Un Rey y una Reina, después de mucho esperarlo, estaban por fin a punto de tener un hijo. Llamaron a los astrólogos para saber si sería varón o mujer, y cuál sería su planeta. Los astrólogos miraron las estrellas y dijeron que nacería una niña, y que estaba destinada a ser amada por el Sol antes de cumplir veinte años, y a tener una hija del Sol. El Rey y la Reina, cuando se enteraron de que su hija tendría una hija del Sol, que está en el cielo y no se puede desposar, se contrariaron bastante. Y para tratar de evitar esa suerte, hicieron construir una torre con ventanas tan altas que el Sol mismo no pudiera llegar hasta el fondo. Allí encerraron a la niña con su nodriza, para que permaneciera en la torre hasta los veinte años, sin ver el Sol ni ser vista por él.

La nodriza tenía una hija de la misma edad que la hija del Rey, y las dos niñas crecieron juntas en la torre. Tenían casi veinte años cuando un día, hablando de las bellezas que el mundo debía reservarles fuera de esa torre, la hija de la nodriza dijo:

—¿Y si tratáramos de subirnos a las ventanas poniendo una silla encima de la otra? ¡Al menos podríamos ver lo que hay afuera!

Dicho y hecho, levantaron una pila de sillas tan alta que lograron llegar a la ventana. Se asomaron y vieron los árboles y el río y las garzas, y arriba las nubes y el Sol. El Sol vio a la hija del Rey, se enamoró de ella y le mandó un rayo. Desde el momento en que el rayo la tocó, la muchacha esperó dar a luz a la hija del Sol.

La hija del Sol nació en la torre, y la nodriza, temerosa de la cólera del Rey, la arropó cuidadosamente con fajas de oro dignas de una Reina, la llevó a un campo de habas y allí la abandonó. Al poco tiempo la hija del Rey cumplió los veinte años, y el padre la hizo salir de la torre pensando que había pasado el peligro. Y no sabía que ya había sucedido todo, y que la hija del Sol y de su hija en ese momento lloraba abandonada en un campo de habas.

Por ese campo pasó otro Rey que iba de caza: oyó los gemidos y se apiadó de esa hermosa criaturita abandonada entre las habas. La llevó consigo y se la dio a su mujer. Le buscaron una nodriza y la niña fue criada en palacio como si fuera hija de

ese Rey y de esa Reina, junto con el hijo de ambos, que era poco mayor que ella.

El niño y la niña crecieron juntos y, cuando fueron mayores, acabaron enamorándose. El hijo del Rey a toda costa quería casarse con ella, pero el Rey no quería que su hijo se casara con una muchacha abandonada y la echó del palacio para confinarla en una casa lejana y solitaria, con la esperanza de que su hijo se olvidara de ella. Ni siquiera se imaginaba que esa muchacha era la hija del Sol, que estaba hechizada y conocía todas las artes ignoradas por los hombres.

Cuando la muchacha estuvo lejos, el Rey buscó una prometida de familia real para su hijo y concertaron las bodas. El día de la boda enviaron confites a todos los parientes, amigos y familiares, y como en la lista de parientes, amigos y familiares también figuraba la niña hallada en el campo de habas, los Embajadores también fueron a llevarle confites a ella.

Los Embajadores llamaron a la puerta. La hija del Sol bajó a abrir, pero no tenía cabeza.

—Oh, disculpad —dijo—, me estaba peinando y olvidé la cabeza en el tocador. Voy a buscarla— subió con los Embajadores, se volvió a poner la cabeza sobre el cuello y sonrió—. ¿Y ahora qué les doy como regalo de bodas? —dijo, y llevó a los Embajadores a la cocina—. ¡Horno, ábrete! —dijo, y el horno se abrió. La hija del Sol sonrió a los Embajadores—. ¡Leña, métete en el horno! —y la leña se metió en el horno. La hija del Sol volvió a sonreír a los Embajadores, y dijo—: ¡horno enciéndete y llámame cuando estés caliente! —se volvió a los Embajadores y dijo—: ¿Qué tal? ¿Qué me contáis de nuevo?

Los Embajadores, con los pelos de punta, pálidos como muertos, estaban tratando de recuperar el habla, cuando el horno gritó:

—¡Señora ama!

—Esperad —dijo la hija del Sol, y se metió de cuerpo entero en el horno incandescente, giró sobre sí misma para salir y volvió con un hermoso pastel, bien cocido y dorado—. Llevádselo al Rey para el banquete de bodas.

Cuando los Embajadores llegaron a palacio, con los ojos fuera de las órbitas, y contaron en un hilo de voz las cosas que habían visto, nadie les quería creer. Pero la novia, celosa de aquella muchacha (todos sabían que el novio la había amado), dijo:

—Oh, son cosas que yo también hacía, cuando estaba en casa.

—Bien —dijo el novio—, entonces las harás también aquí para que las veamos.

—Pues claro, vamos a ver… —empezó la novia, pero él la llevó de inmediato a la cocina.

—Leña, métete en el horno —decía la novia, pero la leña no se movía—. Fuego, enciéndete —pero el horno seguía apagado. Lo encendieron los sirvientes, y cuando estuvo caliente, la novia quiso meterse dentro de tan orgullosa que era. No bien entró, murió calcinada.

Al poco tiempo, el hijo del Rey se dejó convencer para concertar un nuevo matrimonio. El día de la boda, los Embajadores volvieron a casa de la hija del Sol

para llevarle los confites. Llamaron y la hija del Sol, en vez de abrir la puerta, pasó a través de la pared y salió.

—Perdonad —dijo—, lo que pasa es que la puerta no se abre por dentro. Siempre tengo que atravesar la pared y abrirla por fuera. Ya está, ahora pueden pasar —los llevó a la cocina y les dijo—: entonces, ¿qué cosa bonita puedo preparar para el hijo del Rey que se casa? ¡Vamos, leña, al fuego! ¡Fuego, enciéndete! —y todo se hizo en un instante, delante de los Embajadores, que sudaban frío—. ¡Sartén, al fuego! ¡Aceite, a la sartén! ¡Y cuando empieces a hervir, llámame!

Al poco rato el aceite llamó:

—¡Señora ama, estoy hirviendo!

—Ya voy —dijo sonriendo la hija del Sol. Puso los dedos en el aceite hirviendo y los dedos se convirtieron en pescados: diez dedos, diez hermosos pescados fritos, que la hija del Sol envolvió por sí misma, porque entre tanto los dedos habían vuelto a crecerle, y con una sonrisa se los dio a los Embajadores.

La nueva novia, que también era celosa y ambiciosa, dijo al escuchar el relato de los estupefactos Embajadores:

—¡Ah, eso no es nada! ¡Mirad el pescado que hago yo!

El novio le tomó la palabra e hizo preparar una sartén con aceite hirviendo. Aquella soberbia metió los dedos dentro y se escaldó de tal forma que enfermó y murió.

La Reina la tomó con los Embajadores:

—¡Pero qué clase de historias son ésas! ¡Estáis matando a todas las novias!

De manera que encontraron una tercera novia para el hijo y el día de las bodas los Embajadores volvieron a llevar los confites.

—¡Uh, uh! ¡Aquí estoy! —dijo la hija del Sol cuando llamaron. Miraron alrededor y la vieron en el aire—. Estaba dando unos pasitos por esta telaraña. Ya bajo —y bajó por un hilo de araña para recibir los confites—. Esta vez de veras no sé qué regalarle —dijo. Pensó un poco, y después llamó—: ¡cuchillo, ven aquí! —vino el cuchillo, ella lo cogió y se cortó una oreja. Pegado a la oreja había un encaje de oro que le salía de la cabeza, como si estuviera enrollado en el cerebro, y ella seguía sacándolo como si no tuviera fin. Se terminó el encaje, ella volvió a ponerse la oreja en su sitio, le dio un golpecito con el dedo y quedó pegada como antes.

El encaje era tan hermoso que en la Corte todos querían saber de dónde provenía, y los Embajadores, pese a la prohibición de la Reina madre, terminaron por contar la historia de la oreja.

—Bah —exclamó la nueva novia—, yo adorné todos mis vestidos con encajes que hacía del mismo modo.

—¡Toma el cuchillo y demuéstralo! —dijo el novio.

Y aquella imprudente se cortó una oreja: en vez de encaje, le brotó un lago de sangre tan abundante que murió.

El hijo del Rey seguía perdiendo a sus mujeres, pero cada vez estaba más

enamorado de aquella muchacha. Acabó poniéndose enfermo, y ya no comía ni reía; no sabían cómo reanimarlo.

Mandaron llamar a una vieja Maga, quien dijo:

—Hay que hacerle tomar una sopa de cebada, pero de una cebada que en una hora sea sembrada y cosechada y hecha sopa.

El Rey estaba desesperado, porque nunca se había visto una cebada como ésa. Entonces pensaron en esa muchacha que sabía hacer tantas cosas maravillosas y la mandaron llamar.

—Sí, sí, una cebada tal que así, ya lo he entendido —dijo ella, y dicho y hecho, sembró la cebada, la cebada brotó, creció, ella la cocinó y preparó una sopa antes de que hubiese pasado una hora.

Quiso ir ella en persona a servir la sopa al hijo del Rey, quien yacía en cama con los ojos cerrados. Pero esa cebada tenía muy mal sabor, y en cuanto él tragó la primera cucharada, la escupió y le dio a la muchacha en el ojo.

—¿Cómo? ¿A mí me escupes en el ojo la sopa de cebada, a mí, que soy hija del Sol y nieta de Rey?

—¿Pero tú eres hija del Sol? —preguntó el Rey, que estaba por ahí cerca.

—Sí, lo soy.

—¿Y eres nieta de Rey?

—Sí, lo soy.

—¡Y nosotros que te creíamos una expósita! ¡Entonces puedes casarte con nuestro hijo!

—¡Claro que puedo!

El hijo del Rey se curó al instante y se casó con la hija del Sol, que desde ese día se convirtió en una mujer como las demás y no hizo más cosas raras.

(Pisa)

75
EL DRAGÓN Y LA YEGUA MÁGICA

Había una vez un Rey y una Reina sin hijos que daban limosnas y rezaban para tener uno. Finalmente la Reina concibió un niño y el Rey llamó a los astrólogos para que le anunciaran qué nacería y cuál sería su estrella.

—Nacerá un hijo varón —respondieron los astrólogos—, y este hijo, cuando llegue a la edad de veinte años, ni un día ni una hora más o menos, tomará mujer y a la misma hora la matará. De lo contrario se convertirá en Dragón.

El Rey y la Reina, que habían sonreído al enterarse de que sería varón y se casaría al cumplir veinte años, rompieron a llorar cuando supieron el resto.

El hijo nació y creció sano y hermoso. Los padres en parte se consolaron y en parte siguieron temblando a causa de la profecía. Y cuando estuvo a punto de cumplir veinte años le buscaron mujer y pidieron en matrimonio a la Reina de Inglaterra.

Esta Reina de Inglaterra tenía una yegua que hablaba y ella se lo contaba todo, pues era su mejor amiga. Apenas se concertaron las bodas, va a ver a la yegua y le anuncia la novedad.

—Ojo, no te alegres tanto —dice la yegua, que era mágica y lo sabía todo—. Entérate de cómo es la historia —y le contó el destino de ese Príncipe. La Reina se asustó, y no sabía qué hacer—. Ahora te explico —dijo la yegua—. Dirás al padre de tu prometido que la Reina de Inglaterra no irá a las bodas en carroza sino a caballo, y cuando llegue el día montarás en mi grupa y así irás a los esponsales. Presta mucha atención: cuando yo dé un golpe fuerte con una pata, agárrate a mis crines y no tengas miedo.

Y en efecto, en el cortejo nupcial, junto a la carroza del novio marchaba la yegua enjaezada de fiesta llevando a la Reina de Inglaterra vestida de novia. De vez en cuando, por la ventana de la carroza, la Reina miraba al novio con la espada en las rodillas y a los suegros con el reloj en la mano, que esperaban la hora exacta del cumpleaños. De pronto la yegua dio un golpe fuerte con una pata y corrió como el viento, con la novia agarrándose a las crines. Había sonado la hora: los suegros

dejaron caer los relojes. Ante sus propios ojos, el hijo del Rey se convirtió en Dragón, y el Rey y la Reina y todo el séquito se alejaron corriendo de la carroza tumbada, porque si no se los comía todos.

La yegua llegó a casa de un campesino y detuvo su carrera.

—Baja —le dijo a la Reina—, entra en la casa de ese campesino y dile que te cambie su vestido por tu vestido de Reina.

Al campesino no le pareció mal tener un vestido de Reina, y además de novia; y a cambio le dio su blusón y sus calzones. La Reina vestida de campesino montó en la silla y reinició la marcha.

Llegaron al palacio de otro Rey. La yegua le dijo a la Reina:

—Habla con los encargados de los establos y pregúntales si quieren admitirte como mozo de cuadra.

Habló con ellos, y a esta gente le pareció que se trataba de un buen muchacho, y además tenía esa hermosa yegua, así que le dijeron:

—Pues bien, os quedáis tú y tu yegua a trabajar con nosotros.

Ese Rey tenía un hijo de la misma edad de la muchacha, y cuando vio al nuevo mozo de cuadra se le metió una idea en la cabeza. Se la comentó a su madre:

—Mamá, a lo mejor me equivoco, pero me parece que ese mozo de cuadra es una mujer. Además te diré que me gusta.

—Para mí que te equivocas —dijo la madre—. Si quieres hacer la prueba, llévalo al jardín y muéstrale las flores; si hace un ramillete es una mujer, si arranca una flor y se la pone en la boca es un hombre.

El Príncipe llevó al mozo al jardín y le dijo:

—¿Quieres hacerte un ramillete de flores?

Pero la yegua que lo sabía todo ya había puesto sobre aviso al presunto mozo de cuadra, quien respondió:

—Bah, a mí las flores me importan poco —y arrancó una y se la puso en la boca.

—¿Lo ves cómo es un hombre? —dijo la madre del Príncipe cuando él se lo contó.

—Y sin embargo, mamá, estoy más convencido que antes: es una mujer.

—Entonces haz otra prueba: invítalo a la mesa y que corte pan; si se lo apoya en el pecho es mujer, si lo corta directamente es hombre.

También esta vez la yegua puso sobre aviso a su ama, que cortó el pan como un hombre. No obstante, el Príncipe no quería convencerse.

—Entonces —dijo su madre—, no queda otro recurso que verlo manejar las armas. Haz la prueba de batirte con él.

La yegua enseñó a la muchacha todos los secretos del manejo de las armas, pero también le dijo:

—Sin embargo, querida mía, esta vez te descubrirán.

Y en efecto se batió bien, pero al final se desvaneció del cansancio; y así finalmente descubrieron que era una mujer. El Príncipe se enamoró hasta tal punto

que quería casarse.

—¿Casarte sin saber quién es? —dijo la madre. Entonces la invitaron a contar su historia, y cuando supieron que era la Reina de Inglaterra, la madre del Príncipe ya no tuvo nada que decir.

La boda se celebró con grandes festejos. Al poco tiempo la esposa esperaba un hijo, y el Rey recibió una carta donde decía que debía marchar a la guerra. Pero el Rey era viejo y mandó a su hijo. El Príncipe montó la yegua de su mujer, recomendó a sus padres que le escribieran en cuanto naciera el niño, y partió. Pero la yegua, antes de partir, le dio tres crines a su ama:

—Guárdalas en el pecho. En caso de necesidad, pártelas y yo te ayudaré.

Llegado el momento, la Princesa dio a luz dos gemelos, varón y mujer, los más bellos que se hubieran visto jamás. Y el Rey y la Reina se apresuraron a comunicar la noticia a su hijo. Sucedió entonces que el mensajero que llevaba la carta, mientras cabalgaba para llegar hasta el Príncipe, se topó con un Dragón en medio del camino. Era el hijo de aquel Rey, el que se había transformado el día del casamiento. El Dragón lo había visto de lejos y le sopló una vaharada de su aliento: el mensajero cayó de la silla dormido. Entonces el Dragón le extrajo la carta del bolsillo, la leyó, y escribió otra donde decía que la Princesa había dado a luz un perro y una perra, y que todo el pueblo estaba alborotado por su causa. Puso esta carta falsa en el bolsillo del mensajero, quien al despertar no se acordó de nada, volvió a montar y le llevó la carta al Príncipe.

El Príncipe perdió el color al leerla, pero no dijo una palabra. De inmediato redactó una respuesta que decía: «Perros o perras, cuidadlos o daréis cuenta de mi mujer».

En el camino de regreso el mensajero volvió a pasar por donde vivía el Dragón, y una nueva vaharada volvió a dormirlo. El Dragón cogió la carta y le puso en el bolsillo otra que decía: «Sean apresados la mujer y los niños y quémeselos en medio de una plaza; si el Rey y la Reina no cumplen esta orden, ellos sufrirán la misma pena».

Esa respuesta consternó a todo el mundo: ¿cómo podía ser que el Príncipe se hubiese enfurecido tanto? El Rey y la Reina tramaron una argucia para no quemar a esos inocentes. Metieron a la Princesa en una barca, con los niños, dos nodrizas, agua y comida, y cuatro marineros a cargo de los remos, y sin que nadie los viera los enviaron al mar. Luego llevaron a la plaza tres fantoches parecidos a la Princesa y sus hijos y los hicieron quemar. El pueblo, que sentía afecto por la Princesa, murmuraba y prometía venganza.

La Princesa atravesó el mar en barca y fue dejada en la orilla con sus hijos. Caminaba por la playa desierta cuando se le apareció el Dragón. Ya se daba por perdida, ella y sus hijos, cuando se acordó de las tres crines de la yegua. Las sacó del pechó, partió una y al instante creció allí una gran espesura, tan tupida que no se podía pasar; pero el Dragón se internó en ella y dio tantas vueltas que logró

atravesarla. Rompe otra crin y brota un río de gran longitud y de aguas torrenciales; al Dragón le costó muchos esfuerzos vencer la corriente, pero al fin logró atravesar el río. Desesperada, rompió la última crin cuando el Dragón estaba a punto de capturarla, y se alzó una lengua de fuego que se dilató en un alto incendio. Pero el Dragón también atravesó el fuego, y ya la tenía en sus manos cuando llegó a la playa la yegua, cabalgando a más no poder.

Yegua y Dragón se pusieron frente a frente; y luego iniciaron la lucha. El Dragón era de mayor tamaño pero la yegua coceaba con las cuatro patas y daba grandes mordiscos. Tanto lo golpeó que lo derribó en tierra, destrozado y muerto. La Princesa estrechó con fervor a la yegua, pero poco duró su consuelo, porque la yegua cerró los ojos, agachó la cabeza y cayó sin vida. La Princesa rompió a llorar como si se le hubiera muerto una hermana, tantas cosas le debía a esa yegua.

Estaba llorando con sus hijos, cuando alzó los ojos y vio que encima tenía un gran palacio que no creía haber visto antes. Mira bien y en una ventana ve una hermosa señora que le indica que suba. Fue con los niños, y la señora la abrazó y le dijo:

—Tú no me reconoces; yo soy la yegua; por un encantamiento no podía convertirme de nuevo en mujer hasta que no hubiese dado muerte a un Dragón. Cuando rompiste mis crines, dejé a tu marido en el campo de batalla y corrí a tu lado. Maté al Dragón y rompí el encantamiento.

Dejémoslas en su palacio y veamos qué ocurría con su marido. Cuando vio que la yegua se apresuraba a abandonar el campo de batalla, pensó: «¡Algo debe haberle sucedido a mi mujer!». Y se apresuró a ganar la guerra para volver a casa.

Cuando llegó a la ciudad, el pueblo se sublevó:

—¡Tirano! ¡Cruel! —le gritaban—. ¿Qué mal habían hecho esa pobre mujer y sus criaturitas?

Cuando el padre y la madre, llenos de ira y amargura, le mostraron la carta, dijo:

—¡Esta no es mía!

Mostró la carta que había recibido él y vieron que alguien había cambiado las cartas, a saber quién.

El Príncipe fue en busca de los marineros que habían acompañado a su mujer hasta la playa desierta y de inmediato se embarcó con ellos. Encontró el lugar, vio al Dragón muerto y la yegua muerta y empezó a desesperarse. Pero mientras lloraba oyó que lo llamaban: era la bella señora de la ventana del palacio. Subió, la señora le dijo que era la yegua y lo condujo a un cuarto donde encontró a su mujer y sus hijos. Abrazos, lágrimas y alegría. Regresaron todos, también la hermosa señora que había sido yegua. En la ciudad hubo un júbilo que para qué os voy a contar, y de ahí en adelante todos vivieron siempre juntos y muy felices.

(Pisa)

76
EL FLORENTINO

Había una vez un florentino que todas las noches hacía una tertulia y escuchaba los razonamientos de la gente que había viajado y conocía el mundo. Él no tenía nada que contar porque siempre había vivido en Florencia y le parecía que hacía el papel de tonto.

Así que le vinieron deseos de viajar; no estuvo tranquilo hasta que vendió todas sus cosas, preparó el equipaje y partió. Caminó y caminó, y al caer la oscuridad pidió alojamiento en casa de un párroco. El párroco lo invitó a cenar y mientras comían inquirió el motivo de su viaje. Y al enterarse de que el florentino viajaba para después poder volver a Florencia con algo que contar, dijo:

—También a mí me asalta a menudo ese deseo: casi casi, si no le parece mal, podemos ir juntos.

—Imagínese —dijo el florentino—, ni puedo creer que haya encontrado compañía.

Y por la mañana partieron juntos, el florentino y el párroco.

Por la noche llegaron a una granja. Pidieron alojamiento y el granjero preguntó:

—¿Y por qué van de viaje?

Cuando lo supo también él sintió deseos de viajar, y al amanecer partió con ellos.

Los tres caminaron juntos durante largo tiempo, hasta que llegaron al palacio de un Gigante.

—Llamemos —dijo el florentino—, así cuando volvamos a casa podremos contar que hemos visto un Gigante.

Les abrió el Gigante en persona, y los hospedó.

—Si queréis quedaros conmigo —dijo después—, aquí en la parroquia me falta un párroco, en la granja me falta un granjero, y en cuanto al florentino, si bien florentinos no me hacen falta, también le conseguiré un puesto.

—Bueno —se dijeron los tres—, estando al servicio de un Gigante ciertamente veremos cosas fuera de lo común. ¡Quién sabe todo lo que podemos contar después!

—y aceptaron. El Gigante los llevó a sus habitaciones y acordaron arreglarlo todo al día siguiente.

Al día siguiente el Gigante dijo al párroco:

—Ven conmigo, que te enseño los documentos de la parroquia —y lo llevó a un cuarto.

El florentino, que era muy curioso, no quería perderse la ocasión de ver cosas interesantes. Mira por el ojo de la cerradura y ve que cuando el párroco se agacha para mirar los documentos, el Gigante blande un sable, le corta la cabeza y arroja cuerpo y cabeza por un escotillón.

«¡Esta sí que es buena para contarla en Florencia!», pensó el florentino. «Es una lástima, porque no me creerán».

—Al párroco lo he dejado en su puesto —dijo el Gigante—, ahora arreglaré lo del granjero. Ven que te muestro los documentos de la granja.

Y el granjero, sin sospechar nada, siguió al Gigante a la habitación.

Por el ojo de la cerradura, el florentino vio cómo se inclinaba sobre los documentos y cómo el sable del Gigante caía entre la cabeza y el cuello, y después el cuerpo decapitado que caía por el escotillón.

Ya se estaba alegrando por todas las cosas extraordinarias que tenía para contar a su regreso, cuando se dio cuenta de que después del párroco y el granjero le tocaba el turno a él, y que por lo tanto no podría contar absolutamente nada. Y sintió un gran deseo de escapar, pero el Gigante salió de la habitación y le dijo que antes de arreglar lo suyo quería almorzar. Se sentaron a la mesa, y el florentino no lograba tragar ni un bocado, y estudiaba un plan para huir de manos del Gigante.

El Gigante tenía un ojo bizco. Al terminar de comer, el florentino comentó:

—¡Qué lástima! Usted es tan buen mozo, pero con ese ojo…

El Gigante se sintió incómodo al ver que le observaban ese ojo, y empezó a moverse en la silla, a agitar los párpados y a fruncir el entrecejo.

—¿Sabe? —dijo el florentino—. Yo conozco una hierba que para cualquier mal del ojo es una panacea. Incluso me parece haberla visto en el prado de su jardín.

—¿Ah, sí? ¿Ah, sí? —exclamó en seguida el Gigante—. ¿Está en el prado? Vamos a buscarla, vamos.

Y lo condujo al prado. Al salir, el florentino miraba atentamente puertas y cerraduras para recordar bien el camino al escapar. En el prado cortó una hierba cualquiera. Volvieron a la casa y la puso a hervir en una olla con aceite.

—Le advierto que le va a doler mucho —le dijo al Gigante—. ¿Será capaz de resistir sin moverse?

—Pues sí, claro… claro que resisto… —dijo el Gigante.

—Escuche: será mejor que para que se esté quieto lo ate a esta mesa de mármol; si no, se moverá y la operación no saldrá bien.

El Gigante, que estaba muy interesado en que le arreglaran ese ojo, se dejó atar a la mesa de mármol. Cuando estuvo atado como un salami, el florentino le vació la

olla de aceite hirviendo en los ojos, dejándolo completamente ciego: y después emprende la fuga, bajando por las escaleras y pensando: «¡Esta también la cuento!».

El Gigante, con un alarido que hizo temblar la casa, se levantó y se puso a perseguirlo a tientas con la mesa de mármol sujeta a la espalda. Pero comprendió que ciego como estaba no lo encontraría nunca, de modo que recurrió a un ardid:

—¡Florentino! —gritó—. ¡Florentino, por qué me has dejado! ¿No terminas de curarme? ¿Cuánto quieres por terminar la operación? ¿Quieres este anillo?

Y le tiró un anillo. Era un anillo encantado.

—¡Venga! —dijo el florentino—. ¡Este me lo llevo a Florencia y se lo enseño al que no me crea!

Pero apenas lo recogió y se lo puso en el dedo, el dedo se le vuelve de mármol, tan pesado que tiene que arrastrar la mano, el brazo, y después todo el cuerpo cuan largo es. El florentino ya no podía moverse, porque no lograba levantar el dedo. Trató de quitarse el anillo pero no podía. El Gigante ya estaba casi encima de él. Desesperado, el florentino sacó el cuchillo y se cortó el dedo: así pudo escapar y el Gigante ya nunca lo encontró.

Llegó a Florencia con un palmo de lengua fuera de la boca, y ya se le habían ido no sólo las ganas de recorrer el mundo sino de contar sus viajes. En cuanto al dedo, dijo que se lo había cortado segando la hierba.

(Pisa)

77
LOS REYES INFORTUNADOS

Había en Nápoles un Rey que tenía tres hijos. Como era viejo, quiso dar mujer al mayor y lo casó con la Reina de Escocia. Poco después de las bodas, el viejo Rey murió y el hijo heredó el trono. Los otros dos hermanos apenas toleraban el hecho de tener que obedecerlo, y tanto llegaron a odiarlo que lo querían matar. Pensaron cómo llevar a cabo ese propósito y al final uno de los dos sugirió:

—Hagamos lo siguiente: incendiemos el palacio y morirán todos sus moradores, entre ellos el Rey. Después nosotros nos construimos otro palacio.

Así, junto con otros rufianes de la ciudad, hicieron una conjuración para incendiar el Palacio Real. Pero uno de los conjurados se arrepintió y fue a informar al Rey. Cuando los conjurados lo vieron entrar en palacio con su informe, vieron que no había tiempo que perder: rodearon el palacio y le prendieron fuego.

La Reina, que estaba en la planta baja, se tiró por la ventana en cuanto vio las llamas y escapó por el jardín con su damisela Lisabetta. En el fondo del jardín había una puerta: la abrieron y se pusieron a salvo. A lo lejos se veía el palacio en llamas que se derrumbaba con todos los que estaban dentro.

Las dos mujeres se internaron en un bosque: caminaron todo el día, pero la Reina esperaba un niño y se cansaba. Al anochecer se encontraron con doce asesinos:

—¡Alto ahí, mujeres! ¿Qué hacéis aquí, en este bosque?

—Nuestra desgracia nos ha traído hasta aquí —dijo la Reina.

Los asesinos apresaron a la damisela, la sujetaron a un árbol y la dejaron allí; a la Reina en cambio la llevaron a casa y la retuvieron. La obligaban a cocinar y a realizar las tareas domésticas; también le mostraron las medicinas que guardaban en un pequeño armario, para cuando volvían heridos. La Reina, mientras se hallaba sola, hurgó un día en el armario y vio una redoma donde decía: *Veneno para causar la muerte en 12 horas*. Tomó la redoma y roció toda la comida con ese veneno. Cuando los asesinos fueron a comer, ella dispuso toda la mesa y escapó.

Los asesinos no se preocuparon por el momento, se pusieron a comer y murieron

todos envenenados.

La Reina recorría el bosque en busca de su damisela, pero por mucho que caminaba no veía rastros de ella. Estaba fatigada y se sentía mal: en el fondo del bosque encontró un árbol hueco, entró para descansar y de pronto sintió las contracciones y dio a luz un niño. Se quedó toda la noche en el árbol, amamantándolo. Por la mañana pasaron por allí dos pastores, oyeron el llanto del niño y se acercaron al árbol. Al ver a la mujer con su recién nacido le brindaron ayuda y la llevaron a su casa.

—Aquí serás como la dueña de la casa —le decían—, y haremos que no te falte nada.

Así la Reina se quedó a vivir con su hijito en la casa de los pastores, mientras en Nápoles los dos cuñados traidores reinaban tranquilos en el nuevo palacio que habían mandado construir.

Eran pastores ricos, con una gran casa, y un día, mientras ellos estaban fuera, la Reina se puso a recorrer las habitaciones.

Abrió una puerta y vio una escalera muy, muy alta. Subió y llegó a una puerta cerrada. La abrió y se encontró con un joven meditabundo que estaba sentado con la frente entre las manos. La Reina estaba a punto de retirarse, pero él levantó la cabeza y le dijo que entrara. Se interrogaron recíprocamente sobre las circunstancias que los habían llevado a esa casa y se contaron sus andanzas.

—Yo soy hijo del Rey de Portugal —dijo el joven—. Mi padre y su chambelán se casaron el mismo día. El día en que yo nací, la mujer del chambelán tuvo una niña. De chicos siempre estábamos juntos y al crecer nos enamoramos. Nadie estaba enterado de nuestro amor, pero yo juré que no iría al altar con ninguna que no fuera mi bella Adelaide (así se llamaba). Entre tanto mi padre había envejecido y me quiso dar mujer: mandó embajadores a la Reina de Inglaterra para concertar las bodas. Yo no tuve el coraje de decirle que amaba a Adelaide y dejé que prosiguieran los trámites. Un día me vi obligado a confesarle que iba a casarme con otra; para mí no hay recuerdo más amargo que el dolor y la cólera de mi amada al escuchar mis palabras. Me echó de su lado desesperada e indignada, y me lo tenía merecido. Entre tanto mi padre organizaba grandes preparativos para el casamiento. En el salón nupcial hizo poner tres puertas: una para los Príncipes, otra para las Damiselas, y otra para los Pajes. Durante la ceremonia la novia advirtió mi melancolía. «Escucha», me dijo, «si no te casas por propia voluntad, yo estoy dispuesta a volverme a casa». Yo le respondí gentilmente que era melancólico por naturaleza. Y me casé con ella. Después de la boda nos sentamos en el trono: desfiló la Corte, y de una puerta salían todos los Príncipes, de la otra todas las Damiselas, y de la tercera todos los Pajes. El último de los Pajes era un mozo vestido de blanco, con un gran ramo de flores. Se acercó al pie del trono, hizo una reverencia y subió los escalones para ofrecer las flores a la novia. Mientras ella tendía las manos para recibirlas, el Paje extrajo un puñal de entre las flores y la mató allí mismo. Los guardias prendieron al Paje y lo

llevaron a presencia de mi padre: apenas estuvo frente a él, sacó otro puñal y se traspasó el pecho. Trataron de socorrerlo y se dieron cuenta de que era una mujer: yo me acerqué al Paje y entonces reconocí a Adelaide. Ya estaba muerta. En la conmoción del momento, le conté a mi padre el motivo de esa venganza. Mi padre, hombre muy severo, no bien terminó de escuchar mi historia ordenó que de inmediato me encerraran en una torre y que arrojaran las llaves al mar. Allí permanecí encerrado hasta que, con la ayuda de una larga soga, logré bajar y escapar hacia el bosque. Después de mucho caminar en el bosque, me dormí, extenuado, en el tronco de un árbol hueco. Y por la mañana me despertaron estos dos pastores, que se apiadaron de mi suerte y me trajeron a esta casa, donde me tratan como a un hijo. Pero tú, ¿cómo llegaste aquí?

Entonces la Reina le contó toda su historia, y los dos se reconocieron como víctimas de un triste destino.

—Escucha —dijo el Príncipe—, ya que a ti se te murió el marido y a mí la mujer, y la suerte permitió que nos encontráramos, casémonos. Rogaremos a los pastores que nos den un par de caballos y viajaremos hasta tu patria, Escocia.

La Reina accedió, y cuando volvieron los pastores les pidieron un par de caballos: por su parte, prometieron que en cuanto volvieran a su condición les harían nobles regalos para recompensar todo el bien que de ellos habían recibido. Los pastores les procuraron los dos caballos y el Príncipe puso al hijo de la Reina en su silla y ambos partieron.

Tenían que atravesar las montañas, y el camino estaba erizado de peligros. El caballo de la Reina de golpe se espantó, dio un paso en falso y se precipitó en los barrancos que se abrían a un lado del camino. El pobre Príncipe vio en este acontecimiento otra señal de la desdicha que lo perseguía y, abatido, prosiguió rumbo a Escocia para poner a salvo al niño y comunicar las nuevas de la Reina reencontrada y luego muerta miserablemente.

Sin embargo no había muerto. Había caído, pero al rodar en unos prados se había salvado, y aunque maltrecha, estaba viva. Recobró el sentido, miró a su alrededor y en medio de esos precipicios descubrió una casita. Llegó hasta ella, llamó a la puerta y nadie respondía. Volvió más tarde, ya con la oscuridad, volvió a llamar, no había nadie. Se apostó allí para esperar: hacia medianoche apareció un hombre cubierto de pelos con una carga de bestias muertas a las espaldas.

—¿Y tú qué haces aquí? —le preguntó a la Reina.

—Busco asilo para esta noche —dijo ella.

El hombre peludo llamó y esta vez acudió a abrir su mujer. La Reina entró en esa oscuridad, y le dieron un sitio para dormir. Por la mañana el hombre peludo se fue a cazar y la mujer le sirvió a la Reina una taza de caldo. Cuando la vio en la claridad, la Reina dijo:

—¿Pero tú no eres Lisabetta?

—Sí —respondió la mujer del hombre peludo.

Era nada menos que la damisela de la Reina, Lisabetta, a quien el hombre peludo había encontrado sujeta al árbol, como la habían dejado los asesinos. Se la había llevado a casa y todas las noches le traía los animales que cazaba para que los desollara. Y la maltrataba, porque no parecía haber modo de que ella le quisiera.

Las dos mujeres se abrazaron efusivamente y se contaron sus andanzas.

—¿Pero qué podemos hacer para escapar de aquí? —preguntó la Reina—. ¿No tienes opio?

—Sí, puedo encontrar —dijo Lisabetta, y así narcotizaron el vino del hombre peludo. Cuando cayó dormido, lo mataron y lo enterraron.

En un extremo de la montaña había una puerta que llevaba directamente a Escocia, y la llave de esa puerta la tenía el hombre peludo. Lisabetta cogió la llave, abrió la puerta y las dos llegaron a Escocia. Cuando apareció la Reina que dos veces habían dado por muerta, toda Escocia brincó de alegría. El padre de la Reina estaba contento de entregar su hija al Príncipe de Portugal, pero antes de celebrar las bodas quería declarar la guerra a los dos usurpadores que reinaban en Nápoles. Mandó Embajadores al padre del Príncipe para que fuera su aliado en esa guerra, y el Rey de Portugal, efectivamente, le envió un buen ejército.

Antes de partir a la guerra todos los Generales se reunieron alrededor del trono para prestar juramento. Junto al Rey se encontraban los dos prometidos: y los Generales venían a rendirles homenaje con la espada. Cuando le tocó el turno al General de Portugal, la Reina de pronto saltó del trono, lo abrazó, lo besó y ambos cayeron desmayados. Había reconocido en el General a su marido el Rey de Nápoles, que en lugar de morir en el incendio se había salvado y, tras huir de sus hermanos, se había puesto al servicio del Rey de Portugal con un nombre falso.

—Yo no puedo casarme contigo —le dijo entonces la Reina al Príncipe—, porque éste es mi marido, y está con vida. Pero si te place, mi damisela Lisabetta es hija del Rey de España, y además es una mujer digna de ti.

El Príncipe aceptó y mandaron llamar al Rey de Portugal con la excusa de que su General estaba enfermo. Vino el Rey, y cuando vio a su hijo, de quien hacía tiempo que no sabía nada, se emocionó y manifestó su arrepentimiento por haberlo encerrado en la torre.

Emprendieron la expedición contra los usurpadores de Nápoles, los derrotaron, los mataron y devolvieron el trono al Rey y a la Reina y a su hijito. Lisabetta se casó con el Príncipe de Portugal y así terminaron felizmente todos los infortunios.

(Pisa)

78
LA PELOTA DE ORO

Había una vez un Rey que tenía tres hijas. La mayor estaba enamorada del panadero que traía el pan a palacio, y el panadero estaba enamorado de ella. ¿Pero cómo podría pedir su mano? El panadero encaró al Secretario del Rey y le expuso el caso.

—¿Pero estás loco? —le dijo el Secretario—. ¿Un panadero enamorado de una hija del Rey? ¡Pobre de ti si el Rey llega a enterarse!

—Justamente por eso venía a hablarle —dijo el panadero—, para que usted empiece a preparar el terreno con Su Majestad, tanto como para acostumbrarlo a la idea.

—¡Pobres de nosotros! —y el Secretario se agarró la cabeza con las manos—. ¡Ni soñarlo! El Rey la tomaría conmigo y yo también tendría que habérmelas con él.

Pero el panadero, que era un joven obstinado, continuó insistiéndole al Secretario todos los días para que le hablase al Rey, hasta que el Secretario, para quitárselo de encima, le dijo:

—¡Está bien, hablaré con el Rey, pero te aviso que esto traerá cola! Un día, aprovechando que el Rey estaba de buen humor, le dijo:

—Majestad, si me permitís, quisiera deciros algo, pero antes debéis prometerme que no la tomaréis conmigo.

—Habla sin miedo —dijo el Rey, y el Secretario reprodujo el discurso del panadero.

El Rey palideció.

—¿Qué? ¿Cómo te atreves? ¡Guardias! ¡A mí! ¡Arrestadlo!

Y el pobre Secretario ya estaba a punto de ser conducido a prisión cuando el Rey recordó que le había dado su palabra de no tomarla con él, y entonces dio órdenes de arrestar a las tres hijas y de mantenerlas encerradas a pan y agua.

Así las tuvo seis meses; después pensó que era justo llevarlas a tomar un poco el aire y las mandó a pasear un poco por la carretera con sus criados, en una carroza cerrada. A mitad de camino, cayó sobre la carretera una espesa niebla, y en medio de

la niebla apareció un Mago, abrió la carroza, cogió a las muchachas y se las llevó.

Al disiparse la niebla, los criados encontraron la carroza vacía. Llamarón y buscaron, todo en vano: volvieron al palacio con las manos vacías. Al Rey no le quedó sino emitir un bando: quien encontrara a sus hijas podría elegir una por esposa.

El panadero, a quien habían echado sin más trámite del palacio, se había puesto a recorrer el mundo con dos compañeros. Una noche, en un bosque, habían encontrado una casa iluminada. Van a llamar, y la puerta se abre sola. Entran, suben las escaleras y no ven a nadie; pero había una mesa preparada para tres con la cena ya servida en los platos. Se sentaron a comer, después encontraron tres dormitorios con las camas hechas y se fueron a dormir.

Por la mañana encontraron tres escopetas junto a las camas. En la cocina había comida, pero todavía cruda. Entonces decidieron que dos de ellos saldrían a cazar mientras el otro se quedaba cocinando. Fueron a cazar el panadero y otro camarada. El que se quedó fue a encender el fuego; mientras echaba el carbón, una pelota de oro saltó de la chimenea y se puso a bailar entre sus pies. El hombre no sabía dónde saltar; la pelota siempre lo seguía pisándole los talones, y cuando él le dio un puntapié, la pelota giró sobre sí misma y volvió bajo sus pies. Otro puntapié, y la pelota seguía girando entre sus pies. Cuanto más se empeñaba en darle patadas, menos atinaba a librarse de ella. Al fin, con un puntapié más fuerte que los otros, la pelota de oro se partió en dos y de ella saltó un jorobadito con un garrote en la mano. Con ese garrote el jorobadito empezó a repartir palos. Era un jorobadito así de chiquito, y con garrote y todo sólo le llegaba a las piernas, pero repartía golpes con tanta saña que el pobre hombre no podía tenerse en pie, y cayó al suelo con las piernas totalmente moradas. Entonces el jorobadito volvió a meterse en la pelota, y la pelota volvió a cerrarse y desapareció en la chimenea.

Medio muerto, el hombre se arrastró con las manos hasta el dormitorio y se echó en la cama; ni siquiera pensó en cocinar. Y como estaba muy abatido, pensó: «Si yo recibí los palos, también deben recibirlos mis compañeros». De manera que cuando llegaron los otros dos y descubrieron que la comida no estaba lista y él estaba acostado y le preguntaron el motivo, él respondió:

—No es nada, es el carbón malo de esta región, que ha hecho que me duela la cabeza.

A la mañana siguiente, el que había recibido la paliza estaba mejor y salió a cazar con el panadero. El otro se quedó a cocinar, fue a prender el fuego y de la chimenea saltó la pelota de oro. También él la emprendió a puntapiés para quitársela de encima, hasta que salió el jorobadito y le dio tantos garrotazos que también él se tumbó en la cama medio muerto.

—También a mí me hizo daño el carbón —dijo cuando volvieron sus camaradas y no encontraron la comida lista.

—¡Bah! Mañana me quedo yo, a ver qué me hace —dijo el panadero.

—¡Oh, sí! ¡Ya verás lo que te hace! —dijeron los dos que ya habían recibido los

garrotazos.

Al día siguiente se quedó el panadero. Fue a prender el fuego y la pelota de oro empezó a rodar entre sus pies. Él iba hacia uno y otro lado y la pelota siempre seguía bailando alrededor. Se subió a una silla: la pelota también saltó a la silla. Subió a una mesita; y la pelota saltó a la mesita. Puso la silla sobre la mesita y se subió a la silla; y al fin, dejando que la pelota bailara cuanto quisiera, se puso a desplumar un pollo con toda tranquilidad.

Al rato la pelota de oro se cansó de bailar. Se abrió y salió el jorobadito.

—Joven —le dijo—, tú me caes bien: tus camaradas la emprendieron a puntapiés conmigo, y tú no; a ellos los traté a garrotazos, pero a ti quiero ayudarte.

—Muy bien —dijo el panadero—, entonces ayúdame a cocinar, que ya me has hecho perder bastante tiempo. Ve a buscar la leña y sostenla firme que yo la corto.

El jorobadito le trajo un haz, el panadero alzó el hacha, pero en lugar de golpear la leña asestó un fuerte golpe en la nuca al jorobadito cortándole la cabeza limpiamente. Luego lo cogió y lo tiró al pozo.

Cuando volvieron sus camaradas, dijo el panadero:

—¡Conque el carbón, eh! ¡Eran los garrotazos los que os habían sentado mal!

—¿Cómo? ¿Tú no has recibido ninguno?

—No sólo no recibí ninguno, sino que le he cortado la cabeza al jorobadito y lo he tirado al pozo. Si no me creéis, bajadme al pozo y os lo traigo.

Los compañeros le ataron una soga a la cintura y lo bajaron. En la mitad del pozo había un ventanal iluminado, y detrás de los cristales se veía a las tres hijas del Rey encerradas en un cuarto, cosiendo y recamando. ¡Imaginaos la alegría de los dos enamorados al contemplarse! Pero la hija del Rey dijo:

—¡Huye! ¡Está a punto de volver el Mago! ¡Vuelve esta noche a rescatarnos mientras duerme!

El panadero siguió bajando muy contento hasta el fondo del pozo, cogió el cadáver del jorobadito y lo subió para que lo vieran sus compañeros.

Esa misma noche bajó con un sable en la mano para liberar a las hijas del Rey. Entró por el ventanal y vio al Mago dormido en un sofá, mientras las tres hijas del Rey lo abanicaban. Si por un instante dejaban de abanicarlo, se despertaba. El panadero dijo:

—Tratemos de abanicarlo con el sable.

El Mago se despertó, pero ya estaba muerto: le habían segado el cuello de un sablazo, y la cabeza volaba al fondo del pozo.

Las hijas del Rey abrieron los cajones de la cómoda, que estaban colmados de zafiros, diamantes y rubíes. El panadero llenó una cesta con las piedras, la ató a la soga y gritó a sus compañeros que la subieran. Luego ató una por una a las muchachas y las hizo subir.

—Toma, ten esta nuez —dijo la primera en el momento en que la ataba.

—Toma, ten esta almendra —le dijo la segunda.

La tercera, que era su enamorada, como había sido la última pudo darle un buen beso, y después le dejó una avellana.

Ahora le había llegado el turno de subir al panadero, pero él desconfiaba de sus camaradas, que ya le habían hecho la mala pasada de no contarle nada del jorobadito; y en vez de sujetar su cuerpo a la soga, sujetó el del Mago decapitado. Vio que el cuerpo se levantaba, se levantaba, y de pronto se despeñaba al fondo con soga y todo, porque sus compañeros la habían soltado para llevarse a las hijas del Rey y decirle que eran ellos quienes las habían liberado.

Las muchachas, cuando vieron que no subían al panadero, se pusieron a gritar:

—¿Cómo? ¿Él fue quien nos liberó y vosotros lo dejáis caer?

—¡A callar, palomitas! —dijeron los dos bribones—. Será mejor para vosotras. Ahora volvéis al palacio con nosotros, bien tranquilitas, y a todo lo que digamos nosotros decís que sí.

El Rey, creyéndolos los verdaderos salvadores de sus hijas, los abrazó y agasajó, y si bien no eran tipos que le gustaran demasiado, les prometió darles una hija por esposa a cada uno. Pero las hijas empezaron a buscar excusas para postergar las bodas, y se pasaban el día esperando a que el pobre panadero atinara a regresar.

El panadero, abandonado en el pozo, se había acordado de los tres regalos de las hijas del Rey. Había partido la nuez, y había encontrado un vestido de Príncipe, bello y espléndido. Había partido la almendra y de ella había salido una carroza de seis caballos. Había partido la avellana y de ella había salido un regimiento de soldados.

Así, vestido de Príncipe, montado en su carroza de seis caballos y seguido por el regimiento de soldados, emprendió viaje del mundo inferior al mundo de arriba, y llegó a la Ciudad Real.

Al enterarse de que llegaba un señor tan poderoso, el Rey le mandó sus Embajadores.

—¿Vienes en son de paz o buscando guerra?

—En son de paz para quien me ama, y buscando guerra para quien me traicionó —dijo el panadero.

—¡Es él, es él, nuestro salvador! —dijeron las tres hijas del Rey, que habían subido a la cima de una torre para mirar con el catalejo.

—¡Es él, es él, mi prometido! —dijo la mayor.

—¿Qué quiere este villano disfrazado? —dijeron los dos compañeros, y salieron al campo armados.

El regimiento disparó toda su fusilería y los dos traidores cayeron muertos.

El Rey recibió al recién llegado como vencedor y libertador de sus hijas.

—¡Yo soy el panadero que vos despedisteis, Majestad! —dijo el joven.

El Rey se sintió tan mal que abdicó en su favor, y el panadero reinó feliz con su esposa.

(Pisa)

79
FIORAVANTE Y LA BELLA ISOLINA

Un Rey, sintiendo el peso de los años, y con un hijo mayor que no quería aprender nada, empezó a inquietarse y lo mandó llamar.

—Fioravante —le dijo—, me he preocupado mucho por instruirte, pero ha sido como aplastar agua en un mortero. ¿Qué ocurrirá si te dejo la Corona?

—Querido padre —dijo Fioravante—, estoy enamorado de una muchacha, y todo lo que me dicen me entra por una oreja y me sale por la otra.

Esa muchacha era Sandrina, una pobre tejedora. Al Rey no le sentó nada bien.

—¿Pero qué van a decir de ti? ¿Un hijo de Rey que se enamora de una tejedora? ¿No cuidas el decoro? —y pensó en escribir a su hermano, el Rey de París, para que tuviera a su hijo una temporada en su Corte, y olvidase así a la tejedora.

Fioravante cogió un lustroso caballo y emprendió el viaje. Galopó y galopó hasta internarse en un bosque oscuro e intrincado y lleno de lobos, y en eso un cúmulo de nubes cubrió el cielo, el trueno bramó a lo lejos, restallaron los relámpagos, y se desencadenó una tempestad. Los lobos aullaban en sus guaridas. Fioravante se apeó de la silla y se refugió bajo el vientre del caballo. Prendió la pipa y dejó que el cielo se viniera abajo. Cuando paró de llover, vio, lejos en el bosque, una lucecita. Llegó a una cabaña, llamó a la puerta y le abrió una vieja.

—Donde has caído, señor… —dijo con voz trémula, y a sus espaldas apareció un hombretón con una barba que le tapaba el pecho. Era uno que se dedicaba a matar gente.

—¿Quién eres? —le dijo al joven.

—Soy el hijo del Rey de Londres y voy a casa de mi tío, el Rey de París, para que me instruya.

—Si quieres salvar la vida —respondió el asesino—, debes darme tus vestidos y hacer cuenta de que yo soy tú, y tú harás las veces de mi criado, de modo que el Rey de París me tenga por su sobrino. Pero si hablas, te arranco el pellejo. ¿De acuerdo?

—¡Pues qué remedio…!

Fueron a París. El tío recibió al asesino creyendo que era el sobrino que esperaba. Y a Fioravante lo pusieron en el establo, a lustrar caballos y a comer cebada como ellos.

Un día el asesino dijo al Rey:

—Todos los Reyes tienen hermosas parejas de caballos para sus carrozas y vos no, ¿cómo es posible?

—Tengo caballos como para hacer las parejas más hermosas del mundo —respondió el Rey—. Pero son caballos salvajes, y pacen en los prados, todos en manada. Nadie ha conseguido jamás capturar una pareja para mi carroza.

—Mi criado —dijo el asesino— es capaz de capturar todas las parejas que usted quiera, o al menos de eso se ufana.

—Que haga la prueba —dijo el Rey—, pero si no lo logra, ¡qué le corten la cabeza!

El asesino corrió en seguida junto a Fioravante y le dijo:

—¿Sabes?, al Rey se le ha metido en la cabeza que debes procurarle una pareja de caballos de la manada que pace en sus prados. Y si no lo logras, te decapitan.

Fioravante, aburrido de estar siempre en el establo, ensilló un caballo y se dirigió a los prados. Atravesó un jardín donde se encontraban todas las flores y todas las plantas, y al pasar junto a una encina oyó una voz de mujer que lo llamaba:

—¡Fioravante! ¡Fioravante!

Se sorprendió, porque nunca en su vida había estado en ese lugar y no entendía cómo podían saber su nombre.

—¿Quién es? —pregunta, y del tronco de la encina ve salir una hermosa yegua, que habla y le dice:

—¡No tengas miedo, soy yo! Si quieres llevarte una pareja de la manada, deja tu caballo y móntame a mí.

Fioravante sujetó su animal a un árbol, montó a la yegua a pelo y se dirigió a los prados. Llegó donde estaba la manada, arrojó el lazo, capturó dos caballos, les puso el cabestro, todo como si fuera lo más fácil del mundo.

Cuando el Rey vio la pareja, que era incomparablemente hermosa, dijo al asesino:

—Tienes por criado a un gran hombre. Pero ahora veremos si sabe domarlos.

Fioravante siguió los consejos de la yegua, y con una maza de esas que usan para trillar dejó a los dos caballos mansitos y obedientes.

—A ese servidor tuyo lo quiero invitar a comer —dijo el Rey.

—Majestad, tío —dijo el asesino—, es mejor que no, porque está acostumbrado a comer cebada como los caballos, y si pierde el hábito, quién sabe con qué pretensiones nos saldrá.

Así convenció al Rey de que no lo invitara, y en cambio siempre lo seguía a todas partes diciéndole cosas como ésta:

—Majestad, tío, vos ya tenéis muchos años. ¿A quién vais a dejarle la Corona? No tenéis hijos, y me fastidiaría que terminara por tocarme justo a mí…

—Hijos varones no tengo —le respondía el Rey—; tú sabes que tenía una hija, una maravilla, pero se me murió a los catorce años. Y ni siquiera he visto su tumba, porque está sepultada en un convento de las Indias Bajas[15-Tr]. Y yo sigo llorándola.

—Majestad, tío —dijo el falso sobrino—, no lloréis. Mi criado dice que es capaz de traer a vuestra hija sana y salva.

—¿Pero quién es este criado, que resucita a los muertos? —dijo el Rey.

—Qué sé yo, eso dice él —respondió el asesino.

—Tu criado se ufana demasiado. Dile que intente hacer lo que dice, pero si no me trae a Isolina le hago cortar la cabeza.

Pero Fioravante tenía a su yegua, que le dijo:

—No pierdas el ánimo. Ve a ver a tu amo y pídele una copa de cristal sin burbujas, una jaula de oro, con rejas de oro, barrotes de oro y bebedero de oro; y una nave que no haga ni un pelo de agua.

Fioravante fue a ver al asesino y le refirió todos los detalles. Y el Rey dio orden de que todo le fuera preparado.

Fioravante zarpó en la nave rumbo a las Indias Bajas, llevando a bordo a la yegua fiel. En medio del mar vio un pez que saltaba fuera del agua.

—¡Atrápalo! —le dijo la yegua, y Fioravante tendió el brazo y logró atraparlo al vuelo—. Ahora ponlo en la copa de cristal —dijo la yegua. Una vez llegados a las Indias Bajas, se pusieron en marcha hacia el convento. Pasó un pájaro volando a baja altura, y la yegua dijo:

—¡Captúralo! —y Fioravante lo capturó de un manotazo—. Ponlo en la jaula de oro —dijo la yegua.

Llegaron al convento y Fioravante le preguntó a la Abadesa dónde estaba sepultada Isolina, la hija del Rey de París. La Abadesa encendió una bujía, lo condujo a la iglesia, le mostró la tumba y lo dejó allí. Fioravante se puso a cavar: cavó y cavó y bajo tierra apareció la hija del Rey, adornada con oro y diamantes, fresca como si estuviese dormida. Tiró de ella para sacarla pero no podía moverla, como si estuviese fundida con la piedra. Fue a pedir consejo a la yegua, que esperaba fuera de la iglesia.

—Debes saber —le dijo la yegua— que a Isolina le falta una trenza rubia que le ceñía la cabeza, y sin ella no puede separarse de la tumba. Que las monjas te digan dónde la pusieron: cuando recobre la trenza, saldrá como un pétalo de rosa.

Fioravante fue a llamar a la Abadesa y le preguntó por la trenza.

—La trenza se perdió en el mar —dijo la Abadesa— cuando la traían para sepultarla en el convento.

Entonces dijo la yegua:

—¿Sabes qué debes hacer? Arroja al mar el pez que tienes en la copa y dile que a cambio de su libertad te traiga la trenza de Isolina.

La trenza estaba en el fondo del mar y dos delfines se la disputaban tirando uno de cada punta. El pez, liberado, pasó velozmente por en medio, apresó la trenza con la boca y se la llevó consigo. Los dos delfines se quedaron con la cola levantada, y

nunca supieron qué se había hecho de la trenza. Para vengarse se pusieron a comer a todos los pececitos que encontraban. Pero entre tanto el pez le había llevado la trenza a Fioravante, que lo esperaba en la orilla, le dio las gracias y lo dejó en libertad.

Fioravante ciñó la cabeza de Isolina con la trenza, tiró de ella para levantarla, y ella se alzó ligera como una pluma. La llevó a la nave, pero estaba muerta y Fioravante se preguntaba si su padre, al verla regresar así, no sentiría aún más dolor. Pero la yegua le dijo:

—Ve a ver a la Abadesa y pregúntale dónde está el espíritu de Isolina. Cuando recobre su espíritu volverá a la vida.

—El espíritu de Isolina —dijo la Abadesa— está tan lejos que nadie puede alcanzarlo. Imagínate que está en la cumbre de una montaña que cae a pico como una torre, y es tan alta que para llegar a la cima hay que atravesar el aire rojo, el aire verde y el aire negro, y enfrentarse a fieras de todas las especies y naciones.

—¿Cómo lo haré? —le preguntó Fioravante a la yegua.

—Libera al pájaro de la jaula de oro —dijo ella.

El pájaro se lanzó a volar hacia el cielo, subió hasta el aire rojo y se volvió completamente rojo, atravesó el aire verde y se volvió completamente verde, entró en el aire negro y se volvió completamente negro.

Del aire negro sobresalía la cumbre de la montaña, y en esta cumbre, en una pequeña ampolla, se encontraba el espíritu de la bella Isolina. El pájaro apresó la ampolla con el pico y se zambulló en el aire, volvió a ser negro, verde y rojo, y regresó a la nave de Fioravante con la ampolla. Fioravante le devolvió su libertad, cogió la ampolla y la vertió entre los labios de la bella Isolina. Isolina emitió un suspiro, sus mejillas recobraron el color, y ella dijo:

—¡Oh, cuánto he dormido!

La nave levó anclas y partió.

En el puerto de París estaba esperándolos el Rey. En cuanto vio que Fioravante le devolvía a su hija con vida, no cupo en sí de la alegría, y le dijo al falso sobrino:

—¡Ese criado tuyo es el hombre más grande que existe!

Ordenó un gran banquete, invitando a Reyes y Reinas, y quiso que también asistiera el criado. Esta vez el falso sobrino no logró engatusarlo con el cuento de la cebada y tuvo que transmitir la invitación. Pero añadió:

—Fioravante, sabes que no debes abrir la boca durante el festín; estás habituado a andar con caballos y te pondrías a relinchar. ¿Estamos de acuerdo? —y lo miró con una cara que se entendía que a la primera palabra que pronunciara Fioravante, lo despellejaba.

Y Fioravante, que ya había recibido consejo de la yegua:

—Haré lo que quieras, pero dile al Rey que sólo acepto la invitación si invita también a mi yegua.

El Rey al principio no quiso saber nada de esa extravagancia, pero ese hombre le había resucitado la hija y no podía andarse con sutilezas. De manera que en el

banquete todos esos Reyes y esas Reinas se vieron sentados a la mesa con el criado y con la yegua, y no sabían qué cara poner. Una vez que hubieron comido y bebido, empezaron las charlas, y cada cual contaba algo. Sólo Fioravante guardaba silencio.

—¿Y tú que has pasado tantas aventuras, no dices nada? —le preguntaron. Pero él sonreía y no abría la boca.

Entonces la yegua se levantó apoyando las patas sobre la mesa, y dijo:

—Si los señores me dan permiso, yo hablaré por él.

Cuando oyeron hablar a la yegua, todos se aterrorizaron. Pero su asombro se acrecentó aún más cuando por boca de la yegua se enteraron de la historia de Fioravante del principio hasta el fin. El falso sobrino había intentado escapar, pero los guardias lo habían arrestado de inmediato.

—Fioravante, sobrino mío —dijo el Rey—, encárgate de ese asesino y castígalo como merece.

—Basta con que Fioravante me monte y el asesino sea atado a mi cola —respondió la yegua—. Iremos así a recorrer toda la ciudad. Si vuelve vivo, mejor para él.

Así que salieron al trote, con el asesino detrás. Patadas, trompicones, golpes contra todas las piedras. Cuando estuvieron de vuelta, el asesino ya no se movía.

—Fioravante —dijo el Rey—, has devuelto a mi hija al mundo: es justo que sea tuya.

—Si mi padre me da licencia para casarme con mi prima —dijo Fioravante—, así lo haré.

El Rey de París le escribió a su hermano de Londres, que se alegró mucho porque así el hijo se quitaba a esa tejedora de la cabeza.

Después de las bodas, Fioravante fue a ver a la yegua y le dijo:

—¿Sabes? Me he casado con la hija del Rey.

—Lo sé —dijo la yegua—, ahora ya no me queda nada…

—¿Pero qué dices, yegüita? Yo siempre voy a quererte, y no te abandonaré nunca…

—No, te olvidarás de mí…

Por la noche, antes de retirarse a dormir con su mujer, Fioravante pensó en ir a saludar a la yegua como lo hacía todas las noches.

—Ahora ya ha oscurecido —le dijo Isolina—. Irás mañana —y Fioravante le dijo que sí.

Por la mañana, cuando bajó al establo, la yegua le dijo:

—¿Has visto? Ya no te acuerdas de mí…

—Pero, yegüita…

—Muy bien. Si me quieres, ésta es la última prueba: toma la espada y córtame la cabeza.

—¡No! ¡Eso nunca!

—Es decir que no me quieres.

Fioravante, con el corazón deshecho en lágrimas, alzó la espada y ¡zas!, le cortó la cabeza de un tajo limpio. ¿Y qué vio? Del cuello de su yegüita salió una hermosa muchacha, entera y vestida, blanca y roja como una manzana. Era Sandrina, la tejedora, su antigua enamorada.

—Ves, Fioravante —le dijo—, para salvarte la vida me sometí al hechizo de una maga y tomé el aspecto de una yegua. Y ahora tú me has abandonado…

—¡Oh, Sandrina! ¡Si hubiese sabido que eras tú jamás me habría casado con Isolina! ¡Si pudiese echarme atrás!

Pero como atrás no podía echarse, remedió en cierta medida la situación ofreciéndole a Sandrina una rica dote para que pudiera casarse con un mercader de Fiesole, y él fue Rey de Londres y de París y marido de la bella Isolina de la trenza rubia.

(Pisa)

80
EL TONTO SIN MIEDO

Un hombre tenía un sobrino que era estúpido: no entendía nada pero nunca tenía miedo. El hombre salió y dejó dicho al sobrino que tuviese cuidado con los ladrones, para que no se llevaran las cosas de la casa. Y él:

—¿Qué es eso de los ladrones? ¿Qué son las cosas de la casa? Yo no tengo miedo de nada.

Vienen los ladrones y le dicen:

—¿Qué haces aquí, muchacho? Nosotros tenemos que robar.

—¿Y a mí qué? Robad, pues, ¿quién os lo impide? ¿Os creéis que os tengo miedo? —y les dejó robar todo.

Vuelve el tío y encuentra la casa desvalijada.

—¿Has dejado entrar a los ladrones? —le dice al sobrino.

—¿Yo? Estaba aquí en la puerta. Vinieron los ladrones. Dijeron: «¿Qué haces aquí? Tenemos que robar». «¿Y quién os lo impide?», les dije, «vaya tipos». Y se pusieron a robar. Yo no tengo nada que ver.

El hombre se acordó de un hermano suyo, sacerdote, que tal vez podría educarlo mejor.

—Debes ir a casa de tu tío el sacerdote —le dijo.

—¿Qué es eso de mi tío sacerdote? Tío sacerdote yo no conozco ninguno, pero si quieres ir a casa del tío sacerdote, vamos y ya está.

La primera noche el tío sacerdote le dijo:

—Hoy tienes que ir a apagar las velas de la iglesia.

Y el sobrino:

—¿Qué es eso de las velas? ¿Qué es eso de la iglesia? Yo velas no conozco, iglesia no conozco; voy adonde usted quiera, no tengo miedo de nada.

El tío había dicho al sacristán que mientras el sobrino apagara las velas bajara un canasto lleno de candelas encendidas y dijera: «Quien quiera ver el Reino de los Cielos, que se meta aquí dentro».

El sobrino vio el canasto, oyó la voz y dijo:

—Qué cielos ni qué reino. Yo cielos no conozco, esperad que ya voy. Coge un cuchillo y corta la soga. El sacristán tira y se queda con la soga en la mano.

A la noche siguiente el tío sacerdote ordenó al sacristán que se metiera en un féretro y se hiciera el muerto para asustar al sobrino.

—Esta noche vas a velar un muerto —le dijo al muchacho.

—¿Qué es eso de un muerto? ¿Qué es eso de velar? Yo voy a cualquier parte.

Y fue a la iglesia a velar el muerto. Cerca del muerto había una lucecita muy, muy débil, y todo el resto a oscuras. El muerto levanta una pierna. El muchacho lo mira como si tal cosa.

El muerto levanta la cabeza, y el muchacho bosteza. Entonces el muerto le dice:

—¡Eh, tú! ¡Todavía estoy vivo!

—Si estás vivo, morirás ahora —dice el muchacho. Empuña un matacandelas, le da en la cabeza y lo mata. Vuelve junto al tío y le dice—: ¿sabes?, ese muerto no estaba muerto del todo, así que yo lo ayudé.

(Livorno)

81
LA LECHERA REINA

Había un Rey y una Reina que no habían tenido hijos. Una viejecita les anunció el porvenir:

—Contentaos con elegir —les dijo— entre un hijo varón que se irá de casa y al que nunca volveréis a ver, o una niña que, si la cuidáis bien, se quedará con vosotros hasta los dieciocho años.

El Rey y la Reina eligieron la niña; y en efecto, la niña vino al mundo poco después. El Rey mandó construir un bellísimo palacio subterráneo y allí su hija se educó y creció sin saber nada de lo que existía arriba. Al llegar a los dieciocho, empezó a suplicar a la institutriz que le abriera la puerta. Y la institutriz acabó haciéndole caso. La muchacha salió por la puerta y se encontró en un jardín. Como nunca había visto el sol, los colores del cielo y de las flores, se quedó maravillada. Pero en eso bajó del cielo un pájaro de alas enormes, la apresó entre sus garras y se la llevó.

Voló y voló, luego descendió sobre una casa de campo y abandonó a la muchacha en el tejado. Dos campesinos, padre e hijo, vieron desde el campo que algo relucía en el tejado de la casa. Subieron al tejado con una escalera de cuerda y encontraron una muchacha que ceñía en la cabeza una reluciente corona de brillantes. Ese campesino tenía cinco hijas que trabajaban de lecheras; y se llevó a la muchacha a casa, con sus cinco hijas. Cada mes vendían un brillante de la corona y así sobrevivía toda la familia.

Cuando se terminaron los brillantes, la muchacha dijo:

—Yo no quiero vivir a costa vuestra, mamá —(porque ya llamaba mamá a la mujer del campesino)—. Id a ver a la Reina de este país y que os dé algo para bordar.

La mujer fue, pero la Reina le dijo:

—¿Y qué va a saber bordar una hija suya, que siempre ha sido una lechera?

Y despectivamente le dio un paño de cañamazo. La muchacha se puso a bordarlo y realizó un trabajo tan valioso que la Reina se quedó boquiabierta cuando la

campesina se lo llevó y le envió dos monedas de oro y un trapo para quitar el polvo para que también lo bordara. Después de algunos días, la campesina le llevó un bordado que era una obra maestra. La Reina le dio tres monedas de oro y un zagalejo descosido.

Cuando la campesina se lo trajo de vuelta parecía una falda de fiesta.

—¿Pero dónde aprendió a bordar tan bien, esta hija suya? —preguntaba la Reina.

—Con las monjas…

—Puede ser, pero éstos no son trabajos que puedan salir de manos de una campesina. Bien, le encargaré todo el ajuar de novio de mi hijo.

El hijo del Rey, al saber de esta lechera que le bordaba el ajuar, quiso conocerla, e iba a verla mientras trabajaba. Y como era un joven algo díscolo, también la importunaba. Un día, palabra va, palabra viene, la cogió de sorpresa y la besó. Entonces la lechera le clavó el punzón en el pecho. Le traspasó el corazón y él murió.

Condujeron a la muchacha ante el Tribunal, y el Tribunal estaba integrado por las cuatro hijas del Rey. La mayor pidió la pena de muerte, la segunda cadena perpetua, la tercera veinte años, y la menor, que era la más buena y en el fondo comprendía que la culpa había sido del hermano, pidió que sólo la condenaran a ocho años, pero encerrada en una torre junto con el cadáver, para que siempre lo tuviera ante los ojos y se arrepintiera. Triunfó la sentencia de la menor. La muchacha fue conducida a la torre, y la hija menor, al pasar, le dijo al oído:

—No tengas miedo, yo te ayudaré.

De hecho, todos los días enviaba a la prisionera de la torre los manjares más suculentos de la mesa real.

Hacía tres años que la prisionera vivía encerrada en la torre, cuando vio aparecer en el cielo el pájaro de enormes alas que la había raptado. Se posó en la cima de la torre, se hizo un nido y puso sus huevos. De los huevos nacieron diez polluelos.

—Pájaro, pájaro —decía todos los días la prisionera—, así como me sacaste de casa, sácame de aquí.

Cerca de la torre estaba el palacio de las tres hijas mayores del Rey. Y un día que estaban asomadas a la ventana, oyeron las palabras de la muchacha y fueron a contárselas al Rey.

—Ahuyentad a ese pájaro de la torre —ordenó el Rey.

Los guardias tiraron el nido con sus lanzas, los diez polluelos cayeron al suelo y perdieron la vida.

Por la noche, la prisionera vio que el gran pájaro descendía sobre los polluelos muertos llevando en el pico un manojo de cierta hierba. Los frotó con la hierba y los polluelos resucitaron.

—Pájaro, pájaro —dijo la prisionera—. ¡Tráeme esa hierba milagrosa! El pájaro emprendió el vuelo y volvió con un haz de hierba en las patas. La muchacha cogió la hierba y corrió a frotarla en el cadáver del hijo del Rey. Poco a poco, el hijo del Rey resucitó. No sé decir quién de los dos era más feliz: se abrazaron, se besaron, se

hicieron mil fiestas.

Ocultaron a todos la noticia, salvo a la hija menor del Rey, la cual, muy contenta por la hermosa sorpresa, todos los días les mandaba todo lo necesario, y cuando el hermano le pidió una guitarra, le mandó también la guitarra.

Ahora los dos enamorados encerrados en la torre pasaban las horas cantando y tocando la guitarra. Las tres hijas mayores del Rey oían estos sonidos y cantos desde el palacio vecino y quisieron ir a ver de qué se trataba. Pero el hijo del Rey volvió a tenderse en el ataúd y la muchacha puso cara de caída del cielo. Las hermanas se fueron como habían venido, pero por la noche volvieron a oír ruidos y cantos en la torre.

Tanto insistieron al Rey, que el Rey dio órdenes de que cambiaran a la prisionera de cárcel. Los guardias fueron a buscarla, y en eso la ven salir de la celda del brazo del hijo del Rey, que está vivito y coleando.

La familia real, que se había asomado para ver pasar a la prisionera, se quedó boquiabierta.

—Papá, mamá, hermanas —dijo el hijo del Rey—, os presento a mi novia —la hermana menor batió las palmas.

Pero a las tres hermanas mayores la idea de tener una cuñada lechera no les hacía ninguna gracia, y se las arreglaron para humillarla y hacerla blanco de sus bromas.

—Antes de la boda —dijo la novia— debo ir a mi casa para saludar a mis padres. Decidme qué regalo queréis que os traiga.

—¡Uh! ¡Un frasco de leche! —dijo la primera cuñada.

—¡Ih! ¡Yo quiero un requesón! —dijo la segunda cuñada.

—¡Eh! ¡A mí tráeme una canasta de ajos! —dijo la tercera cuñada.

La lechera partió pero no se dirigió a casa del campesino, sino a la de su verdadero padre, el Rey que la había mantenido tanto tiempo en el palacio subterráneo. Y una semana más tarde volvió junto al novio en un bello carruaje tirado por caballos blancos.

—¿Cómo? —se preguntaron las cuñadas al verla llegar—. ¿La lechera en carroza?

La lechera bajó y entregó los regalos: a la primera cuñada le dio el frasco de leche, un frasco de plata revestido de oro; a la segunda cuñada le dio el requesón, requesón de plata en una cesta de oro; a la tercera cuñada le dio la canasta de ajos, dientes de brillantes y hojas de esmeralda.

—¿Y a mí, que siempre te quise tanto, no me has traído nada? —preguntó la más pequeña.

La lechera abrió la puerta de la carroza y bajó un apuesto joven.

—Este es mi hermanito, que nació mientras yo estaba lejos de la Corte. Será tu esposo.

(Livorno)

82
LA HISTORIA DE CAMPRIANO

Había un labrador que se llamaba Campriano. Tenía mujer y un mulo. En el campo donde araba solía pasar gente de Chichorana[16-Tr], que le preguntaba cómo estaba y le preguntaba si se venía a su casa. Y él con frecuencia los acompañaba un trecho con su mulo.

Una mañana Campriano metió unas monedas de oro que tenía en el trasero del asno. Pasaron los de Chichorana, y Campriano dijo:

—¡Voy con vosotros!

Cargó el mulo y se fue hablando con ellos. Era primavera, cuando brotan las hierbas y también las bestias van fácilmente de cuerpo. Mientras andaban, entre la calidad de la hierba y la fatiga, el mulo empezó a ir de vientre con gran entusiasmo: y descargó todo el dinero que su amo le había metido en el cuerpo.

—¿Cómo, Campriano? —le preguntaron los de Chichorana—. ¿Tu burro hace dinero?

—Bueno —dijo él—, si no tuviera este burro, no podría ir tirando… A él le debo mi fortuna.

—¡Debes vendérnoslo, Campriano! —se apresuraron a decirle—. ¡Tienes que vendérnoslo!

—¡No, no lo vendo!

—¿Pero cuánto pedirías si lo vendieras? ¿Mucho?

—No lo vendería ni por todo el oro del mundo. Por lo menos tendríais que ofrecerme trescientos escudos.

Los de Chichorana metieron las manos en los bolsillos y entre todos juntaron trescientos escudos. Se llevaron el mulo, y en cuanto llegaron a casa les dijeron a sus mujeres que le pusieran sábanas en el pesebre, porque por la mañana recogerían el dinero hecho durante la noche.

Por la mañana corren al pesebre. Las sábanas estaban llenas de bosta de mulo.

—¡Campriano nos engañó! ¡Vamos a matarlo!

Y se van a casa de Campriano con horquillas y azadas.

Se asomó la mujer.

—¡Campriano no está! ¡Se ha ido a la viña!

—¡Nosotros lo haremos salir de la viña! —gritaron, y reiniciaron la marcha. Llegaron a la viña y lo llamaron—: ¡ven, Campriano! ¡Te vamos a matar!

Campriano salió de entre las hileras.

—¿Por qué?

—¡Nos vendiste el mulo, y no hace dinero!

Y Campriano:

—Habría que ver qué le habéis dado.

—¡Todo lo bueno: para beber, caldo dulce; para comer, hierbas frescas!

—¡Pobre bestia! ¡Si no ha muerto poco le falta! Está acostumbrado a comer cosas duras, así tiene fuerza para moldear las monedas, ¿no os dais cuenta? Esperad —agregó—, os acompaño. Si está bien me lo traigo de vuelta, si no os lo quedáis como está y paciencia. Pero antes debo pasar un momento por casa.

—¡Bueno! Ve a casa y vuelve en seguida que te esperamos aquí.

Campriano corrió junto a su mujer y le dijo:

—Pon a hervir una olla de habichuelas. Pero ojo, cuando vengamos a casa, debes fingir que la sacas del aparador mientras hierve. ¿Entendido?

Acompañó a los hombres de Chichorana al establo y encontró al mulo entre las sábanas llenas de bosta.

—Me asombra que no esté muerto —dijo—. Esta bestia ya no sirve para trabajar. ¡Pero qué manera de tratarlo! ¡Si hubiese sabido que lo ibais a tratar así! ¡Pobre animal!

Los de Chichorana estaban perplejos:

—¿Y ahora cómo lo arreglamos?

—¿Cómo lo arreglamos? ¡Si me callo la boca yo, también os conviene callaros a vosotros!

—¡Pues sí!, ¡tienes razón!

—Bueno, así son las cosas. Venid a comer a mi casa, hacemos las paces y lo pasado, pasado.

Llegaron a casa de Campriano y encontraron la puerta cerrada. Campriano llamó y su mujer salió del establo, fingiendo que venía de ahí y estaba dirigiéndose a la casa.

El fuego de la cocina estaba apagado.

—¡Cómo! —dijo Campriano—. ¿Todavía no me has preparado la comida?

—Acabo de volver del campo —dijo ella—, pero la comida se soluciona en un momento.

Preparó la mesa para todos, después abrió el aparador y dentro estaba la olla de habichuelas hirviendo.

—¿Cómo? —dicen los de Chichorana—. ¿La olla hirviendo en el aparador?

¿Cómo lo hace para hervir sin fuego?

—¡Ah, si no tuviera esta olla! —dice Campriano—. ¿Cómo haríamos mi mujer y yo para ir a trabajar si no estuviéramos seguros de encontrar la sopa lista?

—Campriano —dicen los otros—, véndenos la olla.

—¡Ni por todo el oro del mundo!

—Campriano, con el mulo nos fue mal: debes vendernos la olla. Te damos trescientos escudos.

Campriano les vendió la olla por trescientos escudos y se fueron.

—Ya te quisieron matar por lo del mulo —dijo la mujer—. ¿Y ahora cómo lo vas a remediar?

—Déjamelo a mí —dijo Campriano. Fue a una carnicería, compró una vejiga de buey y pidió que la llenaran de sangre fresca. Le dijo a la mujer—: toma, métete la vejiga en el pecho y no te asustes si te doy un cuchillazo.

Llegaron los de Chichorana con palos y garrotes.

—¡Te queremos matar! ¡Devuélvenos el dinero o te matamos!

—¿Qué pasa, qué pasa? Decid el motivo.

—Nos dijiste que la olla hervía sin fuego. Nos fuimos a trabajar con nuestras mujeres, volvimos, y las habichuelas estaban crudas como antes.

—Calma, calma. Debe haber sido la desgraciada de mi mujer. Ahora le pregunto, a ver si en una de ésas me la cambió… —llama a la mujer y le dice—: quiero la verdad: ¿les cambiaste la olla a estos hombres?

—Claro —dice ella—, das las cosas sin consultarme. ¡Después soy yo la que trabaja! ¡Esa olla no la quiero largar!

Campriano lanzó un grito.

—¡Ah, desgraciada!

Cogió un cuchillo, se le tiró encima y traspasó la vejiga oculta en el pecho, que empezó a salpicar de sangre por todas partes. La mujer cayó en medio de un charco.

Los dos de Chichorana se quedaron pálidos de espanto.

—Campriano, ¿por una olla matas a una mujer?

Campriano le echó una ojeada a la mujer cubierta de sangre y pareció tenerle un poco de compasión.

—¡Pero, pobrecita, hagámosla revivir!

Sacó una caña del bolsillo, la puso en la boca de su mujer, sopló tres veces y la mujer se levantó sana y fresca como antes.

—Campriano —dijeron los dos de Chichorana, con los ojos desencajados—, esa caña tienes que dárnosla.

—Ah, no —dijo Campriano—. ¡Tantas veces como me da por matar a mi mujer…! Si no tuviera la caña no podría hacerla revivir.

Insistieron, insistieron, y acabaron dándole trescientos escudos. Y Campriano les vendió la caña. Fueron a su casa, buscaron camorra con sus mujeres y las apuñalaron. La justicia los capturó cuando todavía seguían soplando con la caña, y fueron a la

cárcel para toda la vida.

(Lucchesía)

83
EL REGALO DEL VIENTO TRAMONTANO

Un campesino llamado Geppone vivía en la finca de un Prior, en lo alto de un monte donde el Viento Tramontano siempre destruía los frutos y las plantas. Y el pobre Geppone, al igual que toda su familia, pasaba hambre.

—Voy a ir a buscar a este viento que me persigue —resolvió un día. Se despidió de su mujer y sus hijos y anduvo entre las montañas.

Llegó a Castel Ginevrino y llamó a la puerta. Se asomó la mujer del Viento Tramontano.

—¿Quién es?

—Soy Geppone. ¿No está su marido?

—Se ha ido a soplar un poco entre las hayas. En seguida vuelve. Entre y espérelo en casa —y Geppone entró en el castillo.

A la hora regresó el Viento Tramontano.

—Buenos días, Viento.

—¿Quién eres?

—Soy Geppone.

—¿Qué buscas?

—Todos los años te llevas mis cosechas, lo sabes bien, y por tu culpa me muero de hambre con toda mi familia.

—¿Y por qué has venido a verme?

—¿Y cómo?

—Quedo en tus manos.

El Viento Tramontano sintió compasión de Geppone, y dijo:

—Toma esta caja, y cuando tengas hambre ábrela, ordena lo que quieras y te será concedido. Pero no se la des a nadie, porque si la pierdes te quedas sin nada.

Geppone le dio las gracias y se fue. A mitad de camino, en el bosque, sintió hambre y sed. Abrió la caja y dijo:

—Dame pan, vino y fiambre.

Y de la caja salió un hermoso pan, una botella y un jamón. Geppone comió y bebió a su gusto y luego siguió viaje.

—Para pedirte, ya que me has hecho tanto mal, que me ayudes de algún modo.

Frente a la casa se encontró a su mujer y sus hijitos, que habían salido a su encuentro.

—¿Cómo te ha ido? ¿Cómo te ha ido?

—Bien, bien —dijo él, y los llevó de nuevo a la casa—. Sentaos a la mesa —después le dijo a la caja—: pan, vino y fiambre para todos —y así compartieron una buena comida. Cuando terminaron, Geppone le dijo a su mujer—: no le digas al Prior que conseguí esta caja. Si no la va a querer y me la sopla.

—¿Yo, decir algo? ¡Dios me libre!

Pronto el Prior mandó llamar a la mujer de Geppone.

—¿Volvió tu marido? ¿Ah, sí? ¿Y cómo le fue? Bien, me alegro. ¿Y te trajo algo bonito? —y así, una palabra tras otra, le sonsaca el secreto.

En seguida llamó a Geppone.

—Oh, Geppone, sé que tienes una caja muy valiosa. ¿Me la dejas ver?

Geppone quería negarse, pero su mujer ya se lo había dicho todo, así que le mostró al Prior la caja y sus virtudes.

—Geppone —dijo el cura—, debes dármela a mí.

—¿Y yo con qué me quedo? —dijo Geppone—. Usted sabe que perdí todas mis cosechas y no tengo para comer.

—Si me das esta caja, te daré todo el grano que quieras, todo el vino que quieras, todo lo que quieras y cuanto quieras.

Geppone, pobrecito, dijo que sí. ¿Y qué le pasó? El Prior apenas le dio un miserable saco de semillas. De nuevo sufría penurias y esto, fuerza es reconocerlo, por culpa de su mujer.

—Ha sido por tu culpa por lo que he perdido la caja —le decía—, y eso que el Viento Tramontano me había recomendado que no se lo dijera a nadie. Ahora ya no tengo coraje para ir a verlo.

Finalmente se animó y partió hacia el castillo. Llamó y se asomó la mujer del Viento.

—¿Quién es?

—Geppone.

Se asomó el Viento:

—¿Qué quieres, Geppone?

—¿Te acuerdas de la caja que me diste? Me la quitó el patrón y no me la quiere devolver, y siempre tengo que andar pasando hambre y penurias.

—Te dije que no se la dieras a nadie. Ahora te puedes ir por donde has venido, porque yo no te doy nada más.

—Por caridad, sólo tú puedes remediar esta desgracia.

Por segunda vez el Viento sintió compasión: saca una caja de oro y se la da.

—Ésta no la abras sino cuando tengas mucha hambre. Si no, no te hará caso.

Geppone dio las gracias, cogió la caja y bajó por los valles. Cuando no pudo más de hambre, abrió la caja y dijo:

—Provéeme.

De la caja salta un hombretón con un garrote en la mano y empieza a pegar al pobre Geppone hasta romperle los huesos.

En cuanto pudo, Geppone volvió a cerrar la caja y siguió viaje con el cuerpo molido. Cuando su mujer y sus hijos salieron a su encuentro en el camino para preguntarle cómo le había ido, dijo:

—Bien: traje una caja más bonita que la otra.

Les mandó que se sentaran a la mesa y abrió la caja de oro. Esta vez no salió uno, sino dos hombretones con garrotes, y los molieron a palos. La mujer y los hijos clamaban misericordia, pero los hombretones no dejaron de pegarles hasta que Geppone cerró la caja.

—Ahora ve a ver al patrón —dijo a la mujer— y dile que he traído una caja aún más bonita que la otra.

La mujer fue y el Prior le hizo las preguntas de costumbre.

—¿Así que volvió Geppone? ¿Y qué trajo?

—Imagínese, señor Prior, una caja mejor que la otra: es toda de oro, y nos hace comidas ya preparadas que son una maravilla. Pero ésta no quiere dársela a nadie.

El cura llamó a Geppone en seguida.

—Oh, me alegro, Geppone, me alegro de que hayas vuelto, y de tu nueva caja. Déjamela ver.

—Sí, y así me quita ésta también.

—No, no te la quito.

Y Geppone le mostró la caja toda reluciente. El cura no cabía en sí de la codicia.

—Geppone, dámela, y yo te doy la otra. ¿Tú para qué quieres una caja de oro? Te doy la otra a cambio, y algo más.

—Está bien. Déme la otra y yo le doy ésta.

—Trato hecho.

—Ojo, señor Prior, ésta no tiene que abrirla a menos que tenga mucha hambre.

—Me viene de perilla —dijo el Prior—. Mañana viene a visitarme el Titular y varios sacerdotes. Les haré estar en ayunas hasta mediodía, después abriré la caja y les ofreceré un gran almuerzo.

Por la mañana, después de decir misa, todos los curas empezaron a dar vueltas por la cocina del Prior.

—Hoy no quiere darnos de comer —decían—. Aquí el fuego está apagado, y no se ven provisiones.

Pero los que estaban al corrí ente decían:

—Ya veréis, a la hora del almuerzo abrirá una caja y hará salir todo lo que quiera.

Llegó el Prior y cortésmente los invitó a sentarse a la mesa; en el centro estaba la

caja, y a todos se les iban los ojos mirándola. El Prior abrió la caja y salieron seis hombretones armados con garrotes y empezaron a pegar a todos los que estaban presentes. Bajo aquella granizada, al Prior se le cayó la caja de la mano y quedó abierta, y los seis seguían repartiendo golpes. Geppone, que se había escondido por allí cerca, acudió a cerrar la caja: de lo contrario todos los curas habrían muerto a garrotazos. Ese fue el almuerzo que tuvieron, y parece que por la noche no podían ni cantar misa. Geppone se guardó las dos cajas, no se las volvió a prestar a nadie, y vivió como un señor.

(Mugello)

84
LA CABEZA DE LA MAGA

Había una vez un Rey que no tenía hijos. Siempre rogaba al cielo que le diera uno, pero todo era inútil. Un día iba a iniciar sus habituales plegarias, cuando oyó una voz:

—¿Quieres un varón que muera o una mujer que huya?

Él no sabía qué responder y guardó silencio. Fue a casa, llamó a todos sus súbditos, y les preguntó qué podía responder. Le dijeron:

—Si el varón debe morir es lo mismo que no tener nada. Pedid la mujer: la encerráis bajo llave y no podrá escapar.

El Rey volvió para pronunciar su plegaria y oyó la voz:

—¿Quieres un varón que muera o una mujer que huya?

Y a los nueve meses la Reina dio a luz una bellísima niña. A muchas millas de la ciudad el Rey tenía un gran jardín con un palacio en medio; llevó allí a la niña y la encerró con una nodriza. El padre y la madre iban rara vez a visitarla, para que no pensara tanto en la ciudad y no la asaltara la idea de la fuga.

Cuando la muchacha tuvo dieciséis años, pasó por allí el hijo del Rey Giona. La vio y se enamoró: le dio dinero a la nodriza hasta que ella se decidió a dejarlo pasar. Los dos jóvenes, recíprocamente enamorados, se casaron sin que los padres supiesen nada.

A los nueve meses la Princesa tuvo un bellísimo niño. Viene el padre a visitarla, encuentra primero a la nodriza y le pregunta cómo está.

—Bien, Alteza —dice la nodriza—. ¡Figuraos que ha tenido un chico! —el Rey no quiso verla más.

La mujer estaba en el palacio con su marido y su hijo. Al llegar a los quince años, el muchacho, que jamás había visto a su abuelo, dijo a su madre:

—Mamá, quiero ir a conocer a mi abuelo.

—Puedes ir —le respondió la madre.

Se levantó temprano, cogió un caballo, mucho dinero, y partió.

El abuelo no lo recibió muy bien: casi no lo miró a la cara y no dijo ni una

palabra. A los tres o cuatro meses, el jovencito, compungido por esa frialdad, le dijo:

—¿Por qué la tomas conmigo y no me hablas, abuelo? Dímelo, si yo por ti sería capaz hasta de cortarle la cabeza a la Maga.

—Eso es justo lo que quería —respondió el abuelo—, que fueras a cortarle la cabeza a la Maga.

Esa Maga era tan espantosa que cuantos la veían se convertían en estatuas, y el viejo Rey estaba seguro de que su nieto tendría el mismo fin. El joven cogió un buen caballo, mucho dinero, y partió.

En el camino encontró un viejecito, quien le preguntó:

—¿Adónde vas, gallardo joven?

—A casa de la Maga, para cortarle la cabeza —respondió.

—¡Ah, jovencito! Necesitas un caballo que vuele, porque debes atravesar una montaña llena de leones y de tigres que te comerían de un bocado, a ti y al caballo.

—¿Pero dónde encuentro un caballo que vuele?

—Espera, que yo te lo encuentro —dijo el viejecito. Desapareció y volvió con un bellísimo caballo que volaba.

—Escucha —dijo el viejo—, a la Maga no puedes mirarle a la cara, si no, quedas petrificado. Debes mirarla en un espejo. Ahora te explico cómo debes procurarte ese espejo. Camina un buen trecho hacia allá y encontrarás un hermoso palacio de mármol y un jardín con flores de melocotón. Habrá dos ciegas que entre las dos tienen un solo ojo. Estas mujeres tienen el espejo que necesitas. La Maga está en un prado lleno de flores cuyo aroma basta para hechizarte; ten cuidado. Y mírala siempre en el espejo, si no, te convertirás en estatua.

Con el caballo que volaba pudo pasar sobre la montaña llena de osos, tigres, serpientes, que dieron brincos para atraparlo, pero él volaba alto y no lo alcanzaron.

Después de la montaña, anduvo un buen trecho y vio a lo lejos un palacio de mármol. «Debe de ser el de las ciegas», se dijo. Estas ciegas sólo tenían un ojo para las dos, y una se lo pasaba a la otra. Prefirió no llamar. Las ciegas estaban almorzando y él se paseó por el jardín. Cuando las ciegas terminaron de almorzar y también salieron a pasear por el jardín, él se encaramó a una planta para no ser visto. Las ciegas iban conversando. Una llevaba el ojo en la mano y lo alzaba para mirar.

—¡Oh, qué lindos, esos palacios nuevos que ha construido el Rey! —decía.

—Déjamelo un poco, así puedo ver yo también —decía la otra.

La primera le alcanzó el ojo, pero el joven alargó una mano desde el árbol y se lo apropió.

—¡Qué…! ¿Me lo das o no? —le decía la ciega a su compañera—. ¿Quieres verlo todo tú sola?

—¿Es que acaso no te lo he dado?

—No, no me lo has dado.

—Te digo que te lo he dado en la mano.

Y así se pusieron a reñir, hasta que se convencieron de que ninguna de las dos

tenía el ojo. Entonces dijeron en voz alta:

—Esto quiere decir que hay alguien en el jardín que se ha quedado con nuestro ojo. Si es así, que haga el favor de devolvérnoslo, porque tenemos uno solo para las dos. Pídenos lo que quieras a cambio, que nosotras te lo daremos.

Entonces el joven bajó del árbol y dijo:

—Yo tengo el ojo. Quiero a cambio el espejo que tenéis vosotras, porque tengo que ir a matar a la Maga.

—Con mucho gusto —respondieron las ciegas—, pero es necesario que nos devuelvas el ojo, de lo contrario no podremos encontrar el espejo —él les devolvió grácilmente el ojo y las ciegas le trajeron el espejo. Les dio las gracias y reanudó el viaje.

Después de un trecho, empezó a percibir el aroma de unas flores, y cuanto más avanzaba más fuerte era el perfume. Llegó a un bellísimo palacio circundado por un prado lleno de flores. La Maga se paseaba por el prado. Él se había montado al revés y miraba sólo por medio del espejo, dándole la espalda. La Maga, confiada en su poder para petrificar a la gente, no huyó ni se defendió. Él se acercó, siempre de espaldas y mirando por el espejo, lanzó hacia atrás la espada y le cortó la cabeza. Luego guardó la cabeza en un saco para no verla más. Pero de la cabeza habían caído dos gotas de sangre que al tocar la tierra se convirtieron en serpientes. Por suerte el caballo volaba y pudo escabullirse.

Para regresar tomó por otro camino, y llegó a una ciudad portuaria a orillas del mar. Cerca del mar había una capilla; el joven entró y allí dentro había una bellísima muchacha enlutada que lloraba. Al ver al joven, la muchacha gritó:

—¡Vete de aquí, que si viene el Dragón también te comerá! Yo estoy aquí esperándolo, porque hoy tiene que comerme a mí. Todos los días se come una persona viva, y hoy me tocó en suerte ser su víctima.

—No, no, bella muchacha —respondió él—. Quiero rescatarte.

—¡Imposible! —dijo ella—. ¿Cómo vas a matar a un Dragón como ése?

—No tengas miedo —dijo el joven—, súbete a mi caballo —y la montó en la silla.

En ese momento, con su gran fragor y bullicio, el Dragón salía del mar. El joven, tras decirle a la muchacha que cerrara los ojos, extrajo del saco la cabeza de la Maga. Cuando el Dragón asomó la cabeza por encima de las olas, vio la cabeza de la Maga, se convirtió en estatua y se hundió en el fondo.

La muchacha era la hija del Rey y el Rey se la dio en matrimonio y le dijo que si se quedaba en su ciudad le daba la Corona. Pero el joven le dio las gracias, diciéndole que él ya tenía su Reino y debía regresar. Se llevó consigo a la Princesa y ante todo fue a ver al abuelo. El abuelo lo creía muerto y al verlo de vuelta se puso de mal humor.

—Abuelo —dijo el joven—, ¿no querías que fuese a cortar la cabeza de la Maga? Fui y te la he traído. ¿No me crees? Aquí la tienes.

La extrajo del saco y el abuelo se convirtió en estatua. Después el joven fue en busca de sus padres y todos volvieron juntos al Reino del abuelo.

Y allí estuvieron y gozaron
Y de mí ni se acordaron.

(Val d'Arno Superiore)

85
LA NIÑA MANZANA

Había una vez un Rey y una Reina desesperados porque no tenían hijos. Y la Reina decía:

—¿Por qué no puedo dar hijos así como el manzano da manzanas?

Entonces sucedió que la Reina en vez de tener un hijo tuvo una manzana. Era una manzana tan bella y de un color tan vivo como no se había visto jamás. Y el Rey la puso en su terraza, en una bandeja de oro. Frente a este Rey vivía otro, y este otro Rey, un día que estaba asomado a la ventana, vio en la terraza del Rey vecino una hermosa muchacha blanca y roja como una manzana, que se lavaba y se peinaba al sol. Él se quedó mirándola boquiabierto, porque nunca había visto una muchacha tan bella. Pero la muchacha, en cuanto se dio cuenta de que la miraban, corrió hacia la bandeja, entró dentro de la manzana y desapareció. El Rey se había enamorado de ella.

Después de pensar y pensar, va a llamar al palacio de enfrente y pide ver a la Reina.

—Majestad —le dice—, quisiera pediros un favor.

—Cómo no, Majestad; entre vecinos hay que ayudarse… —dice la Reina.

—Quisiera esa manzana que tenéis en la terraza.

—¿Pero qué decís, Majestad? ¿Es que no sabéis que la madre de esa manzana soy yo, y que suspiré mucho para que naciera…?

Pero el Rey tanto dijo, tanto insistió, que no pudo decirle que no por conservar la amistad entre vecinos. Así que se llevó la manzana a su cuarto. Le preparaba todo para lavarse y peinarse, y la muchacha salía todas las mañanas, se lavaba y peinaba y él se quedaba mirándola. La muchacha no hacía otra cosa: no comía ni hablaba. Sólo se lavaba y peinaba y después volvía a la manzana.

Ese Rey vivía con una madrastra, quien al verlo siempre encerrado en el dormitorio, empezó a sospechar.

—¡Pagaría por saber por qué mi hijo anda siempre escondido!

Llegó la orden de guerra y el Rey tuvo que partir. ¡Le dolía el corazón de pena, al tener que dejar su manzana! Llamó a su criado más fiel y le dijo:

—Te dejo la llave de mi cuarto. Cuida de que no entre nadie. Todos los días prepárale el agua y el peine a la niña de la manzana, y procura que nada le falte. Cuidadito porque ella después me lo contará todo —(esto no era cierto, la niña no decía una palabra, pero él al criado se lo dijo así)—. Mira que si durante mi ausencia alguien le toca un pelo, te cuesta la cabeza.

—No os preocupéis, Majestad, haré todo lo que pueda.

En cuanto se fue el Rey, la Reina madrastra se las ingenió para entrar en su cuarto. Mandó poner opio en el vino del criado, y cuando se durmió le quitó la llave. Abre, registra todo el cuarto, y cuanto más busca menos encuentra. Sólo veía esa hermosa manzana en un frutero de oro.

—¡Lo que tanto le interesa sólo puede ser esta manzana!

Se sabe que las Reinas siempre llevan un estilete en la cintura. Empuñó el estilete y se puso a traspasar la manzana. De cada tajo brotaba un hilillo de sangre. La Reina madrastra se asustó, huyó y devolvió la llave al bolsillo del criado dormido.

Cuando el criado se despertó, no tenía idea de lo que había ocurrido. Corrió a la habitación del Rey y la encontró anegada en sangre.

—¡Ay de mí! ¿Y ahora qué haré? —y escapó.

Fue a casa de su tía, que era un Hada y tenía todo tipo de polvos mágicos. La tía le dio un polvo mágico adecuado para las manzanas encantadas y otro adecuado para las muchachas hechizadas y los mezcló.

El criado volvió al cuarto donde estaba la manzana y puso un poco de polvo en todos los cortes. La manzana se partió y apareció la muchacha cubierta de vendas y esparadrapo.

Volvió el Rey y la muchacha habló por primera vez, diciéndole:

—Escucha, tu madrastra me cosió a puñaladas, pero tu criado me curó. Tengo dieciocho años y he salido del encantamiento. Si me quieres, seré tu esposa.

—¡Por Dios, claro que sí! —dijo el Rey.

Y se celebró la fiesta con gran alegría de los dos palacios. Sólo faltaba la madrastra, de quien no se supo nada más porque escapó.

Y mucho se divirtieron
Pero a mí nada me dieron.
No, me dieron un centimito
Y lo metí en un agujerito.

(Florencia)

86
PEREJILINA

Había una vez un matrimonio que vivía en una hermosa casita. Y esta casita tenía una ventana que daba al huerto de las Hadas. La mujer esperaba un hijo y tenía antojo de perejil. Se asoma a la ventana y en el huerto de las Hadas ve todo un prado de perejil. Espera a que salgan las Hadas, coge una escalera de seda y baja al huerto. Se da una buena panzada de perejil, vuelve a subir por la escalera de seda y cierra la ventana.

Al día siguiente, otra vez. Come hoy, come mañana, las Hadas, paseando por el jardín, empezaron a darse cuenta de que casi se habían quedado sin perejil.

—¿Sabéis lo que vamos a hacer? —dijo una de las Hadas—. Fingiremos salir todas, pero una se quedará escondida. Así veremos quién viene a robarnos el perejil.

Cuando la mujer bajó al huerto, la sorprendió un Hada.

—¡Ah bribona! ¡Al fin te descubrí!

—Comprendedme —dijo la mujer—, tengo antojo de perejil porque espero un hijo…

—Te perdonamos —dijo el Hada—. Pero si tienes un niño, lo llamarás Perejilino y si tienes una niña, la llamarás Perejilina. Y en cuanto crezca, sea niño o niña, ¡será para nosotras!

La mujer rompió a llorar y volvió a casa. El marido, al enterarse del pacto con las Hadas, se puso hecho una furia:

—¡Glotona! ¿Has visto?

Nació una niña, Perejilina. Y con el tiempo los padres se olvidaron del pacto con las Hadas.

Cuando Perejilina fue grandecita, empezó a ir a la escuela. Y todos los días, al volver a casa, se encontraba con las Hadas, que le decían:

—Niña, dile a tu mamá que se acuerde de lo que nos debe.

—Mamá —decía Perejilina al llegar a casa—, las Hadas dicen que debes acordarte de lo que les debes —la madre sentía que se le estrujaba el corazón y no respondía nada.

Un día la madre estaba distraída. Perejilina volvió de la escuela y dijo:

—Dicen las Hadas que te acuerdes de lo que les debes.

Y la madre, sin pensar, respondió:

—Sí, está bien, diles que se lo lleven de una vez.

Al día siguiente la niña fue a la escuela.

—¿Y bien, se acuerda tu madre? —preguntaron las Hadas.

—Sí, dice que podéis llevaros lo que os debe.

Las Hadas no se lo hicieron decir dos veces. Se llevaron a Perejilina y se fueron.

La madre, al no verla regresar, estaba cada vez más preocupada. De pronto se acordó de la frase que había dicho y exclamó:

—¡Ay, desgraciada de mí! ¡Ahora ya no se puede volver atrás!

Las Hadas se llevaron a Perejilina a su casa, le mostraron un cuarto muy, muy negro donde guardaban el carbón y dijeron:

—¿Ves este cuarto, Perejilina? Cuando volvamos esta noche, tiene que estar blanco como la leche y pintado con todos los pájaros del aire. Si no, te comemos.

Se fueron y dejaron a Perejilina desesperada y bañada en lágrimas.

Llaman a la puerta. Perejilina va a abrir, segura de que han vuelto las Hadas y que ya le sonó la hora. En cambio entró Memé, primo de las Hadas.

—¿Por qué lloras, Perejilina? —preguntó.

—Tú también llorarías —dijo Perejilina—, si tuvieras que volver blanco este cuarto tan, tan negro y pintarlo con todos los pájaros del aire antes de que vuelvan las Hadas. ¡Y si no, me comen!

—Si me das un beso —dijo Memé—, yo lo hago todo.

Y Perejilina respondió:

—Prefiero por las Hadas ser tragada
Antes que por un hombre ser besada.

—La respuesta es tan graciosa —dijo Memé—, que igualmente lo haré. A un golpe de varita mágica el cuarto fue todo blancura y todo pájaros, tal como habían dicho las Hadas.

Memé se fue y las Hadas volvieron.

—Y bien, Perejilina, ¿lo has hecho todo?

—Sí, señora. Venid a ver.

Las Hadas se miraron entre sí.

—Dinos la verdad, Perejilina. Aquí ha estado nuestro primo Memé.

Y Perejilina:

—No he visto al primo Memé
Ni a mi madre que me vio nacer.

Al día siguiente las Hadas se consultaron unas a otras.

—¿Y ahora qué hacemos para comérnosla? ¡A ver! ¡Perejilina!

—¿Qué ordenáis?

—Mañana por la mañana debes ir a ver al Hada Morgana y decirle que te dé la caja del Buen Cantar.

—Sí, señora —respondió Perejilina, y por la mañana se puso en marcha.

En el camino encontró a Memé, el primo de las Hadas, quien le preguntó:

—¿Adónde vas?

—A casa del Hada Morgana, para pedirle la caja del Buen Cantar.

—¿Pero no sabes que te comerá?

—Mejor, así terminaremos de una vez.

—Toma estas dos ollas de sebo —dijo Memé—; encontrarás una puerta que golpea los batientes. Untala y te dejará pasar. Toma además estos dos panes; encontrarás dos perros que se muerden entre sí. Tírales los panes y te dejarán pasar. Toma además este cordel y esta lezna; encontrarás un remendón que para coser los zapatos se arranca la barba y el pelo. Dáselos y te dejará pasar. Toma también estas escobas; encontrarás una panadera que limpia el horno con las manos. Dáselas y te dejará pasar. Haz todo con mucha prontitud.

Perejilina cogió el sebo, los panes, el cordel, las escobas, y se los dio a los perros, al zapatero, a la panadera; y todos le dieron las gracias. Encontró una plaza, y en la plaza se encontraba el palacio del Hada Morgana. Perejilina llamó.

—Espera, niña —dijo el Hada Morgana—, espera un poco —pero Perejilina, sabiendo que debía actuar con prontitud, subió dos tramos de escalera a gran velocidad, vio la caja del Buen Cantar, la cogió y huyó a la carrera.

El Hada Morgana, al oírla escapar, se asomó a la ventana.

—¡Panadera que limpias el horno con las manos, detén a esa niña, detenla!

—¡Ni loca! ¡Después de tantos años de fatigas, me ha dado las escobas para limpiar el horno!

—¡Remendón que coses los zapatos con la barba y el pelo, detén a esa niña, detenla!

—¡Ni loco! ¡Después de tantos años de fatigas, me ha dado lezna y cordel!

—¡Perros que os mordéis! ¡Detened a esa niña!

—¡Ni locos! ¡Nos ha dado un pan a cada uno!

—¡Puerta que golpeas! ¡Detén a esa niña!

—¡Ni loca! ¡Me ha engrasado de pies a cabeza!

Y Perejilina pudo pasar. Apenas estuvo a salvo, se preguntó: «¿Qué será esta caja del Buen Cantar?», y no pudo resistir la tentación de abrirla.

De la caja saltó un cortejo de hombres chiquititos, chiquititos, un cortejo con una banda que marchaba al son de la música y nunca se detenía. Perejilina quería hacerlos volver a la caja, pero agarraba uno y se le escapaban diez. Rompió a llorar, y justo en ese momento llegó Memé.

—¡Curiosa! —le dijo—. ¿Ves lo que has hecho?

—Oh, sólo quería ver…

—Ahora no hay remedio. Pero si tú me das un beso, yo lo remediaré.

Y ella:

—Prefiero por las Hadas ser tragada
Antes que por un hombre ser besada.

—Lo has dicho con tanta gracia que igual lo remediaré.

A un golpe de varita mágica todos los hombrecitos volvieron a la caja del Buen Cantar.

Cuando las Hadas oyeron que Perejilina llamaba a la puerta, se pusieron de mal humor.

—¿Y por qué no se la ha comido el Hada Morgana?

—Felicidades —dijo ella—. Aquí está la caja.

—Ah, muy bien… ¿Y qué te ha dicho el Hada Morgana?

—Me ha dicho que os mandara saludos.

—¡Ya vemos! —dijeron las Hadas entre ellas—. Debemos comérnosla nosotras —por la noche vino a visitarlas Memé—. ¿Sabes, Memé? —le dijeron—. El Hada Morgana no se comió a Perejilina. Debemos comérnosla nosotras.

—¡Qué bien! —exclamó Memé—. ¡Qué bien!

—Mañana, cuando haya terminado con todas las tareas de la casa, le haremos poner al fuego uno de esos calderos grandes para la ropa. Y cuando hierva, la agarramos y la tiramos adentro.

—Está bien, está bien —dijo él—, entiendo. Es una buena idea.

Cuando salieron las Hadas, Memé fue a ver a Perejilina.

—¿Sabes, Perejilina? Te quieren meter en el caldero, cuando hierva. Pero tú tienes que decir que falta leña y que tienes que ir a buscarla al sótano. Del resto me encargo yo.

De modo que las Hadas le dijeron a Perejilina que había que lavar ropa y que pusiera el caldero en el fuego. Ella encendió el fuego y dijo: —Pero casi no queda leña.

—Baja a buscarla al sótano.

Perejilina bajó y oyó:

—Aquí estoy, Perejilina.

Era Memé, que la cogió de la mano. La condujo a un lugar en el fondo del sótano, donde había muchas velas.

—Estas son las almas de las Hadas. ¡Sopla!

Se pusieron a soplar, y cada vela que se apagaba era un Hada que moría.

Sólo quedaba una vela, la más grande de todas.

—¡Esta es el alma del Hada Morgana!

Se pusieron a soplar con todas sus fuerzas hasta que la apagaron, y así se quedaron con todas sus posesiones.

—Ahora serás mi esposa —dijo Memé, y Perejilina finalmente le dio un beso.

Fueron al palacio del Hada Morgana; al remendón lo hicieron Duque, a la panadera Marquesa; a los perros los llevaron al palacio y la puerta la dejaron donde estaba, acordándose de engrasarla de vez en cuando.

Y gozaron y vivieron
Y en paz siempre estuvieron
Y a mí nada me dieron.

(Florencia)

87
EL PÁJARO BELVERDE

Había un Rey entrometido. Por las noches iba bajo las ventanas de sus súbditos para enterarse de lo que se hablaba en las casas. Era época de turbulencias y el Rey temía que el pueblo tramara algo en su contra. Así, una noche pasó bajo una casucha de campo y oyó a tres hermanas en la terraza, que hablaban muy quedamente entre ellas.

—Si pudiera casarme con el panadero del Rey —decía la mayor—, en un solo día haría todo el pan que la Corte se come en un año: ¡tanto me gusta ese panadero joven y apuesto!

—Yo quisiera por esposo al vinatero del Rey —decía la mediana—. Con un solo vaso de vino embriagaría a toda la Corte: ¡hasta ese punto me atrae ese vinatero!

Después le preguntaron a la menor, que guardaba silencio:

—Y tú, ¿con quién te casarías?

Y la menor, que era también la más bonita, dijo:

—Yo en cambio querría casarme con el Rey en persona, y le daría dos hijos varones de leche y sangre, con cabellos de oro, y una hija mujer de leche y sangre, con cabellos de oro y una estrella en la frente.

—Vamos, vamos —se burlaron las hermanas—. ¡Pobrecita, te contentas con poco!

El Rey entrometido, que lo había escuchado todo, volvió a casa y al día siguiente las mandó llamar a las tres. Las muchachas se asustaron, porque eran épocas de suspicacia y no se sabía qué les podría ocurrir. Llegaron allí muy intimidadas, y el Rey les dijo:

—No tengáis miedo: repetidme lo que estabais diciendo ayer por la noche, en la terraza de vuestra casa.

Ellas, más intimidadas que nunca, decían:

—¿Nosotras? ¡Vete tú a saber!, nada…

—¿No decíais que os queríais casar? —dijo el Rey. Y a fuerza dé insistir logró que la mayor repitiera que ansiaba casarse con el panadero—. Bien, séate concedido

—dijo el Rey. Y la mayor tuvo al panadero por esposo.

La segunda confesó que quería al vinatero.

—Séate concedido —dijo el Rey, y le dio al vinatero.

—¿Y tú? —preguntó a la más pequeña.

Y ella, ruborizándose, repitió lo que había dicho la noche anterior.

—Y si de veras te fuera concedido casarte con el Rey —dijo él—, ¿mantendrías tu palabra?

—Os lo prometo que haría todo lo posible —dijo la muchacha.

—Entonces, séate concedido. Te casarás conmigo, y veremos quién de las tres se atiene con más firmeza a sus palabras.

Ante la suerte de la más pequeña, que de pronto se había convertido en Reina, las hermanas mayores, casadas con el panadero y el vinatero, no se resignaron a ser menos y alimentaron una envidia que no sabían cómo desahogar. Esa envidia creció cuando se supo que la Reina ya esperaba un hijo.

Entre tanto el Rey tuvo que marchar a la guerra contra un primo suyo.

—Acuérdate de tu promesa —le dijo a su mujer. La encomendó a sus cuñadas y partió.

Mientras él estaba en la guerra, la mujer dio a luz un niño de leche y sangre con los cabellos de oro. ¿Y qué se les ocurrió a las hermanas? Se llevaron el niño y en su lugar pusieron un mono. El niño se lo entregaron a una vieja, para que lo ahogara. La vieja fue al río llevando al niño en un canasto; cuando llegó al puente, lo tiró con canasto y todo.

El canasto flotó por el río. Un barquero lo vio y lo persiguió corriente abajo. Lo recogió, vio esa criatura tan bella y se la llevó a casa para que su mujer la amamantara.

Al Rey que estaba en la guerra, las cuñadas le escribieron que su mujer había parido un mono en vez del niño de leche y sangre con cabellos de oro: ¿qué debían hacer con él? «Sea mono o niño», responde el Rey, «vosotras respondéis de mi mujer».

Concluida la guerra, volvió a casa. Pero ya no atinaba a tratar a la mujer igual que antes. Sí, la quería, pero estaba decepcionado porque no había sido fiel a su palabra. Entre tanto, la mujer esperaba otro hijo y el Rey esperaba que esta vez las cosas anduvieran mejor.

Volvamos al niño. Ocurrió que un día el barquero miró atentamente sus cabellos y dijo a la mujer:

—Pero, mira, ¿no te parece que son de oro?

—¡Pues claro que es oro! —dijo la mujer.

Cortan un mechón y van a venderlo. El orfebre lo pesa en la balanza y lo paga como oro de la mejor calidad. A partir de entonces, el barquero y la mujer todos los días le cortaban un mechón al niño y lo vendían: así se hicieron ricos en poco tiempo.

Mientras tanto, el primo del Rey volvió a declararle la guerra. El Rey se fue y

dejó a su mujer esperando un hijo.

—¡Acuérdate! —se despidió.

También esta vez, mientras el Rey estaba lejos, la Reina dio a luz un niño de leche y sangre con cabellos de oro. Las hermanas cogen al niño y lo cambian por un perro. El niño se lo dan a la misma vieja, que lo echa al río en un canasto igual que al hermano.

—¿Pero qué está pasando aquí? —dice el barquero al encontrar otro niño en el río. Y en seguida advirtió que con los cabellos de éste duplicaría sus ganancias.

El Rey, que seguía en la guerra, recibió carta de sus cuñadas: «Majestad, vuestra esposa ha parido un perro. Escribidnos qué debemos hacer con ella». El Rey escribió esta respuesta: «Sea perro o perra, vosotras respondéis de mi mujer». Y volvió a la ciudad con la cara ensombrecida. Pero por esta mujer sentía mucho afecto, y tenía esperanzas de que la tercera vez todo saliera bien.

También ahora, mientras la Reina esperaba un niño, el primo volvió a declararle la guerra por tercera vez, ¡lo que es el destino! El Rey debe marcharse.

—Adiós —dice—, acuérdate de tu promesa. Los dos varones de cabellos de oro no me los diste; procura darme la niña con la estrella en la frente.

Ella dio a luz la niña, una niña que era por cierto leche y sangre, con cabellos de oro y una estrella en la frente. La vieja preparó el canastito y lo echó al río y las hermanas pusieron en la cama un cachorro de tigre. Escribieron al Rey que había nacido un tigre y preguntaron cómo deseaba disponer de su esposa. «Como queráis», respondió él, «con tal de que a mi regreso no vuelva a verla en el palacio».

Las hermanas la cogen, la sacan de la cama, la llevan a la bodega y la emparedan hasta el cuello, de manera que sólo dejan libre la cabeza. Todos los días iban a llevarle un poco de pan y un vaso de agua, y le daban una bofetada cada una: ése era su alimento cotidiano. Se emparedaron sus aposentos y de ella no quedaron rastros; al concluir la guerra, el Rey ni la mencionó, y nadie le habló al respecto. Sin embargo, se había quedado triste para siempre.

El barquero, que también había hallado el canastito de la niña, tenía ahora tres hermosos hijos que crecían a ojos vistas, y con los cabellos de oro había amasado una inmensa fortuna. Y dijo:

—Ahora hay que pensar en ellos, pobrecitos. Hay que construirles un palacio, porque se están haciendo mayores.

E hizo construir un palacio justo frente al del Rey, un palacio aún más grande, con un jardín donde se encontraban todas las maravillas del mundo.

Entre tanto, los niños se habían vuelto mozos y la niña una atractiva jovencita. El barquero y su mujer habían muerto, y ellos, ricos a más no poder, vivían en este hermoso palacio. Como siempre llevaban un sombrero en la cabeza, nadie sabía que tenían los cabellos de oro.

La mujer del panadero y la mujer del vinatero los miraban desde las ventanas del palacio, sin saber que eran sus tías. Una mañana las tías vieron a los hermanos y su

hermanita sin sombrero, sentados en un balcón y cortándose uno al otro los cabellos. Era una mañana de sol y los cabellos de oro refulgían tanto que encandilaban. Las tías no tardaron en sospechar que se trataba de los hijos de la hermana, los que habían arrojado al río. Empezaron a espiarlos: vieron que todas las mañanas se cortaban los cabellos de oro y que a la mañana siguiente ya les habían crecido. A partir de entonces, las dos tías empezaron a temer las consecuencias de sus crímenes.

Entre tanto, también el Rey se había puesto a mirar, a través de las verjas, el jardín vecino y a los jóvenes que lo habitaban. Y pensaba: «Estos son los hijos que me hubiera gustado tener de mi mujer. Parecen justamente los que ella me había prometido». Pero no había visto los cabellos de oro porque siempre estaban con la cabeza cubierta.

Empezó a conversar con ellos:

—¡Qué jardín más bonito tenéis!

—Majestad —respondió la muchacha—, en este jardín se encuentran todas las bellezas del mundo. Si nos hacéis el honor, podéis venir a dar un paseo.

—Será un placer —y así entró y entabló amistad con los tres—. Ya que somos vecinos —dijo—, ¿por qué mañana no venís a comer a casa?

—Ah, Majestad —respondieron—, pero sería muy incómodo para toda la Corte.

—No —dijo el Rey—, para mí será como un regalo.

—Entonces aceptamos su gentileza y mañana iremos a su casa.

Cuando las cuñadas se enteraron de la invitación corrieron a ver a la vieja a quien habían entregado las criaturas para que las matara.

—Oh, Menga, ¿qué hiciste de esas criaturas?

—Las tiré al río —dijo la vieja—, con cesto y todo, pero el cesto era ligero y flotaba. Si después se hundió o no, eso no me quedé a verlo.

—¡Desgraciada! —exclamaron las tías—. Las criaturas viven y el Rey las ha encontrado, y si las reconoce, estamos perdidas. Hay que impedir que vengan a palacio y darles muerte en serio.

—Yo me encargo —dijo la vieja.

Se disfrazó de mendiga y se paró frente a la verja del jardín. En ese preciso instante, la muchacha miraba en derredor, diciéndose, como era su costumbre:

—¿Qué falta en este jardín? ¡Más cosas no puede haber! ¡Aquí están todas las bellezas del mundo!

—Ah, ¿tú dices que no falta nada? —dijo la vieja—. Yo veo que falta una cosa, niña.

—¿Cuál? —preguntó ella.

—El Agua que baila.

—¿Y dónde se puede encontrar…? —empezó a decir la niña. Pero la vieja había desaparecido. La niña rompió a llorar—: y yo que creía que en nuestro jardín no faltaba nada, y en cambio, en cambio falta el Agua que baila: ¡debe de ser algo tan hermoso! —y así siguió llorando.

Volvieron los hermanos.

—¿Qué pasa? ¿Qué tienes? —le preguntaron al verla tan desolada.

—Oh, por favor, dejadme tranquila. Estaba en el jardín y me decía que aquí se hallaban todas las bellezas del mundo, y una vieja pasó frente a la verja y me dijo: «Tú dices que no te falta nada: te falta el Agua que baila».

—¿Eso es todo? —dijo el hermano mayor—. Yo voy a buscártela, si eso te hace feliz —tenía un anillo en el dedo y lo puso en el dedo de la hermana—. Si la piedra cambia de color, señal de que he muerto —montó a caballo y partió al galope.

Había galopado un largo trecho cuando se encontró con un ermitaño, quien le preguntó:

—¿Adónde vas, adónde vas, hermoso joven?

—Voy en busca del Agua que baila.

—¡Pobrecito! —dijo el ermitaño—. ¡Quieren mandarte a la muerte! ¿No sabes el peligro que corres?

—Habrá el peligro que usted quiera —respondió el joven—, pero yo quiero encontrar eso.

—Escúchame —dijo el ermitaño—, ¿ves esa montaña? Sube a la cima, hallarás una gran llanura y en medio un hermoso palacio. Frente al portón hay cuatro gigantes espada en mano. Presta atención: cuando tienen los ojos cerrados no debes pasar, ¿comprendido? Pasa en cambio cuando tienen los ojos abiertos. Después viene el portón: si lo encuentras abierto no pases, si lo encuentras cerrado empújalo y pasa. Encontrarás cuatro leones: si tienen los ojos cerrados no pases, pasa cuando los veas con los ojos abiertos, y encontrarás el Agua que baila.

El joven saludó al ermitaño, montó a caballo y subió por la montaña. En la cumbre vio el palacio con el portón abierto, y los cuatro gigantes con los ojos cerrados. «Sí, sí, esperad, que ya voy…», pensó, y se puso a vigilar. En cuanto los gigantes abrieron los ojos y el portón se cerró, siguió adelante; esperó a que también los leones abrieran los ojos y volvió a pasar. Encontró el Agua que baila: el joven llevaba una botella y la llenó. Apenas los leones abrieron los ojos, huyó.

Imaginaos la alegría de la hermanita, que se había pasado los días mirando ansiosamente el anillo, cuando lo vio regresar con el Agua que baila. Se abrazaron y besaron, y en seguida pusieron dos aljofainas de oro en medio del jardín y allí vertieron el Agua que baila: y el Agua saltaba de una aljofaina a la otra, y la niña la miraba llena de alegría, segura de que ahora sí poseía en el jardín todas las bellezas del mundo. Vino el Rey y les preguntó por qué habían faltado a la cita, cuando él había estado esperando tanto. La niña le explicó que en el jardín faltaba el Agua que baila y su hermano mayor había tenido que ir a buscarla. El Rey elogió mucho la nueva adquisición y volvió a invitarlos a los tres para el día siguiente. La vieja volvió, mandada por las tías, vio el Agua que baila en el jardín y tragó bilis.

—Ahora que tienes el Agua que baila —le dijo a la niña—, te falta el Árbol que canta —y se fue.

Vinieron los hermanos.

—Hermanos míos, si me queréis, ¿sabéis lo que tenéis que traerme? El Árbol que canta.

Esta vez fue el hermano segundo quien dijo:

—Sí, hermanita, voy a buscártelo.

Le dio el anillo a la hermana, montó a caballo y galopó hasta encontrar al ermitaño que había ayudado a su hermano.

—¡Ah! —dijo el ermitaño—. El Árbol que canta es un hueso duro de roer. Escucha lo que debes hacer: sube a la montaña, cuídate de los gigantes, del portón, de los leones, tal como hizo tu hermano. Luego encontrarás una portezuela que tiene encima un par de tijeras; si están abiertas pasa. Encontrarás un árbol enorme que canta con todas las hojas. Súbete y arranca la rama más alta: la plantarás en tu jardín y echará raíces. El joven subió a la montaña, y como las condiciones eran favorables, entró. Trepó al árbol cuyas hojas cantaban y arrancó la rama más alta. Volvió a casa acompañado por sus melodías.

Cuando la plantaron, la rama se convirtió en el árbol más bello del jardín, y todo lo colmaba con su canto.

El Rey, que estaba bastante ofendido, pues era la segunda vez que los hermanos faltaban a la cita, se puso tan contento al oír esa música que volvió a invitar a los tres para el día siguiente.

Las tías mandaron en seguida a la vieja.

—¿Estás contenta con los consejos que te di? ¡El Agua que baila, el Árbol que canta! Ahora te falta sólo el Pájaro Belverde y tendrás todas las bellezas del mundo.

Vinieron los hermanos.

—Hermanitos, ¿quién irá a buscarme el Pájaro Belverde?

—Yo —dijo el primero, y partió.

—Esto sí que es un problema —le dijo el ermitaño—. Muchos han ido y ninguno ha vuelto. Sabes cómo subir a la montaña, sabes cómo entrar en el palacio. Bueno, encontrarás un jardín lleno de estatuas de mármol. Son nobles caballeros que, al igual que tú, querían capturar al Pájaro Belverde. Entre los árboles del jardín vuelan centenares de pájaros. El Pájaro Belverde es el que habla. Te hablará, pero ten cuidado: no importa lo que diga, nunca debes responderle.

El joven llegó al jardín lleno de estatuas y de pájaros. El Pájaro Belverde se posó en su hombro y le dijo:

—¿Has venido, caballero? ¿Y crees poder atraparme? Te equivocas. Son tus tías que te envían a la muerte. Y a tu madre la han emparedado viva…

—¿Mi madre emparedada viva? —dijo el joven, y por hablar se transformó instantáneamente en estatua de mármol.

La hermana no dejaba de mirar el anillo. Cuando vio que la piedra se ponía azul, gritó:

—¡Socorro! ¡Se está muriendo! —y el otro hermano montó sin pérdida de tiempo

y partió.

También él llegó al jardín y el Pájaro Belverde le dijo:

—Tu madre fue emparedada viva.

—¿Qué? ¡Mi madre emparedada viva! —gritó, y se volvió de mármol. La hermana miraba el anillo del segundo hermano y vio que se ponía negro. No perdió el ánimo. Se vistió de caballero, cogió una redoma del Agua que baila, una rama del Árbol que canta, ensilló uno de sus mejores caballos, y partió.

—Ojo —le dijo el ermitaño—, que si cuando el Pájaro habla le respondes, estás perdida. En cambio, arráncale una pluma de las alas, báñala en el Agua que baila y luego toca todas las estatuas…

En cuanto el Pájaro vio a la muchacha vestida de caballero, se le posó en un hombro y dijo:

—¿También tú aquí? Ahora te transformarás igual que tus hermanos… ¿Los ves? Uno y dos, y contigo tres… Tu padre en la guerra… Tu madre emparedada viva… Y tus dos tías pasándoselo bien…

Ella lo dejó trinar y el Pájaro enronquecía repitiéndole esas palabras al oído, y estaba a punto de levantar el vuelo cuando la muchacha lo atrapó, le arrancó una pluma de las alas, la bañó en la redoma de Agua que baila y luego rozó la nariz de los hermanos petrificados, y los hermanos se movieron y la abrazaron. Luego hicieron lo mismo con el resto de las estatuas y tuvieron un séquito de nobles caballeros, Barones, Príncipes e hijos de Rey. Hicieron oler la pluma también a los gigantes, y también los gigantes despertaron, e hicieron lo mismo con los leones. El Pájaro Belverde se posó en la rama del Árbol que canta y se dejó encerrar en una jaula. Y todos juntos, formando un gran cortejo, dejaron el palacio de la montaña, que desapareció por encantamiento.

Cuando en el Palacio Real vieron el jardín con el Agua que baila, el Árbol que canta y el Pájaro Belverde, y a los tres hermanos celebrando una fiesta con todos esos Príncipes y Barones, las tías se sintieron desfallecer, y el Rey quiso invitarlos a todos.

Fueron y la hermana llevaba el Pájaro Belverde posado en un hombro. Cuando estaban a punto de sentarse a la mesa, el Pájaro Belverde dijo:

—¡Falta una!

Y todos permanecieron de pie.

El Rey empezó a poner en fila a toda la gente de la casa, para ver quién era la que faltaba, pero el Pájaro Belverde seguía diciendo:

—¡Falta una!

Ya no sabían a quién llamar. De pronto se acordaron:

—¡Majestad! ¿No será la Reina emparedada viva?

Y el Rey en el acto dio orden de que la libertaran, y los hijos la abrazaron y la niña con la estrella en la frente la hizo bañar en una tinaja de Agua que baila, para que recobrara la salud como si nada hubiera pasado.

Y así se reanudó el festín, con la Reina vestida de Reina en la cabecera de la

mesa, y las dos hermanas envidiosas con la cara amarilla como si tuvieran ictericia.

Estaban a punto de llevarse a la boca la primera cucharada, cuando el Pájaro Belverde dijo:

—¡Sólo los que yo picotee!

Porque las dos tías habían echado veneno en la comida. Los invitados sólo se sirvieron de los platos que picoteaba el Pájaro Belverde, y se salvaron.

—Ahora escuchemos al Pájaro Belverde, a ver qué nos cuenta —dijo el Rey.

El Pájaro Belverde saltó a la mesa, frente al Rey, y dijo:

—Rey, éstos son tus hijos.

Los tres se descubrieron la cabeza y todos vieron que tenían cabellos de oro, y que la hermanita también tenía la estrella de oro en la frente. El Pájaro Belverde continuó hablando y contó toda la historia.

El Rey abrazó a sus hijos y pidió perdón a su mujer. Luego hizo comparecer ante su presencia a las dos cuñadas y a la vieja, y dijo al Pájaro Belverde:

—Pájaro, ahora que nos lo has revelado todo, pronuncia la sentencia.

—A las cuñadas —dijo el Pájaro—, una camisa de pez y un capote de fuego, a la vieja que la tiren por la ventana.

Así se hizo. El Rey, la Reina y sus hijos vivieron siempre felices y contentos.

(Florencia)

88
EL REY EN EL CESTO

Había una vez un leñador de la Corte, y este leñador de la Corte tenía tres hijas. Un día el Rey le ordenó que fuera a hacer un trabajo fuera de lo habitual, algo así como cortar un bosque en un paraje remoto, una tarea que le requeriría años. Este hombre no podía decirle al Rey: «No voy», porque también tenía que ganarse el sustento; pero le dolía irse tan lejos a causa de sus hijas, a quienes tendría que dejar solas. Volvió a casa muy afligido.

—Muchachas, Su Majestad me ha ordenado este trabajo. No me queda otro remedio que dejaros. Pero quiero que accedáis a una cosa.

—Dinos, papá.

—Antes de partir, quiero tapiar la puerta de casa con una pared, de manera que nadie pueda entrar ni vosotras podáis iros.

—Si así dispones, papá, nosotras nos conformamos.

El leñador hizo tapiar la puerta de casa, y a las muchachas les dejó dinero y todo lo necesario. Después dijo:

—Tomad este cesto grande, sujetadlo a la soga del pozo y cuando pase uno de esos vendedores ambulantes, bajadlo con el dinero dentro, así podréis comprar todo lo que necesitéis.

Se dijeron adiós, se abrazaron, lloraron y el padre se fue. Los albañiles ya estaban listos y terminaron de tapiar la puerta, porque habían dejado un boquete para pasar.

Las tres muchachas, al no poder salir, estaban siempre asomadas a la ventana tomando el aire. Las vio el Rey y se dio cuenta de que nunca había visto muchachas tan hermosas. Entonces se vistió de mercader y pasó bajo la ventana, gritando:

—¡Madejas de oro! ¡A las ricas madejas de oro!

Las muchachas pensaron comprar algunas para sus labores de recamado. Lo llamaron.

—¿Qué desean las señoras? —dijo él.

—¿A cuánto las vende, las madejas de oro?

—Tres cequíes —dijo él. Un precio caro, porque como era Rey no tenía una idea precisa del valor del dinero; pero las muchachas le bajaron un cequí en el cesto y le dijeron que pusiera dentro las madejas.

—Ojo, que pesan mucho. ¿Pueden subirlas?

—¡Cómo no las vamos a subir! ¡Somos tres!

—¡Ahora, tiren! —dijo entonces el Rey. Y se metió en el cesto.

Cuando, después de subir el cesto con grandes esfuerzos, las hermanas vieron que allí dentro había un hombre, quisieron tirar abajo el cesto con todo. Pero el hombre se agarró de la ventana y dijo:

—¡Alto! ¡Soy el Rey! ¡Cómo sabía que estabais solas, he venido a haceros compañía!

Las muchachas se abrazaron y dijeron:

—Majestad, somos muchachas humildes. ¿Cómo podemos recibir a alguien de vuestra condición?

—No os preocupéis —respondió el Rey—. No voy en busca del lujo. Vengo a vuestra casa para pasar una hora, porque sois hermosas y sin duda buenas —y añadió —: ¡cuánto lamento que no esté vuestro padre! Porque esta noche doy una gran fiesta y es una lástima que no pueda pedirle que os deje asistir.

—Muy gentil —dijeron las muchachas con una reverencia—, muy gentil.

—Cuando vuestro padre haya vuelto, daré otras fiestas —dijo el Rey—, y vosotras vendréis —así entablaron una grata conversación durante una hora, y después el Rey dijo que lo bajaran.

Las tres hermanas se quedaron hablando con entusiasmo acerca de la visita del Rey.

—¿Pero qué os creéis? —dijo la menor—. ¿Que esta noche yo no me bajo en el cesto?

—¿Bajar? ¿Y para qué?

—Vosotras bajadme: después veréis —las convenció, y las hermanas la bajaron por la ventana.

La muchacha, que se llamaba Leonetta, se llevó consigo el cesto y fue al Palacio Real. Entró por la puerta de la cocina; como los guardias estaban en la puerta principal, pudo entrar. En ese momento los cocineros habían ido a la entrada para espiar la llegada de los invitados, y habían dejado los fogones abandonados. Leonetta empezó a coger cosas y a meterlas en el cesto: pollo asado, cordero al espetón, macarrones, tortas almendradas; y lo que no podía llevarse, lo rociaba con agua y cenizas, de manera que todo quedaba empapado. Luego huyó con el cesto lleno de todo tipo de manjares. Al llegar bajo el ventanal, lanzó un silbido y las hermanas la subieron a ella con todo lo que traía.

Al día siguiente, cuando oyeron: «¡A las ricas madejas de oro!», bajaron el cesto y subieron al Rey. El Rey tenía cara compungida.

—¿Qué os pasa hoy, Majestad?

—Oh, niñas mías, ¿sabéis lo que me sucedió anoche? A la hora de comer, los sirvientes van a la cocina y encuentran todos los platos estropeados con agua y cenizas, un desastre, no se podía comer nada. Se arrojaron todos a mis pies, clamaron que eran inocentes y les creí. Pero hay algún astro maligno que la ha tomado conmigo, o un traidor que quiere usurparme el trono. He hecho poner guardias por todas partes para la fiesta de esta noche. Si descubro quién es, el pedacito más grande que deje de él será como un granito de arena.

Las muchachas se compadecieron.

—¡Pero, no me digáis! ¿En serio? ¿Pero cómo puede haber gente que haga esas cosas?

Y la más consternada era Leonetta:

—Pues yo no sé, con un Rey tan bueno, ¿cómo puede haber gente con esas ideas en la cabeza?

Y el Rey se fue, algo consolado por haber encontrado tanta comprensión en las tres hermanas.

Por la noche, Leonetta dijo a las otras dos:

—¡Vamos, rápido, bajadme!

—¿Pero estás loca? —le dijeron las hermanas—. ¡Esta noche te quedas en casa! Después de la que armaste ayer, ¿crees que vamos a bajarte? ¿No has oído lo que ha dicho el Rey?

Que sí que no, que no que sí, acabaron bajándola. Leonetta fue al Palacio Real con el cesto y, en lugar de entrar por la cocina, que estaba vigilada por los guardias, bajó a la bodega. Ahí tenía para ella los mejores frascos y las mejores botellas; cuando hubo llenado el cesto, destapó los toneles y se escapó.

Al día siguiente, el Rey se subió en el cesto, más muerto que vivo.

—¿Qué os ha pasado, Majestad?

—Y qué os puedo decir, niñas mías: ayer respetaron la cocina, pero en lo mejor de la fiesta, cuando di orden de que trajeran de beber a los invitados, los sirvientes fueron a la bodega y la encontraron anegada a tal punto que el vino les llegaba a las rodillas, con todos los toneles destapados que todavía seguían chorreando.

—¡Pero cómo es posible, Majestad!

—Queridas muchachas, son malos tiempos. Debe de tratarse de toda una conspiración para despojarme del trono. Esta noche pondré doble guardia, y si pesco a uno de esos traidores, ¡un granito de arena será cien veces más grande que el pedazo más grande que deje de él!

—¡Oh, Majestad, tenéis razón! —decía Leonetta—. ¡Hacerle esas cosas a un señor tan bueno!

Esa noche las hermanas no querían saber nada de lo de bajarla. Pero ella tanto dijo y tanto hizo que la metieron en la cesta, concluyendo:

—Bien, haz lo que quieras. Nosotras ahora mismo vamos a escribir a nuestro padre que no nos responsabilizamos de lo que tú hagas.

Esta vez la cocina y la bodega estaban llenas de guardias. Leonetta se introdujo en el guardarropa y se apropió de cuanta capa, pelliza, sombrero con plumas y bota pudo meter en el cesto. Luego prendió fuego al resto y huyó.

En casa, lo primero que las tres hermanas hacían cada mañana era esconderlo todo de manera que el Rey al llegar no se diera cuenta de nada. Así que ese día tuvieron un buen trabajo para esconder todos los vestidos que se habían probado una y otra vez durante toda la noche. Se volvieron a poner sus ropas habituales, pero Leonetta se olvidó en los pies un par de escarpines de plata.

El Rey, cuando subió en el cesto, estaba ojeroso y con los cabellos en desorden.

—¡Si vosotras supierais, muchachas! —dijo—. ¡Llegaron incluso a provocar un incendio en palacio! ¡Afortunadamente llegamos a tiempo, pero el guardarropa quedó medio quemado! Ahora no daré más fiestas, no haré nada más, casi tengo ganas de abdicar y dejar la Corona.

—¡Traidores! —le hacía eco Leonetta—. ¡Un señor tan bondadoso!

Llegó la hora en que el Rey solía retirarse y las hermanas lo bajaban. Pero mientras el canasto descendía, el Rey miró hacia arriba y vio los escarpines de plata de Leonetta.

—¡Ah, traidora! —gritó, y trató de encaramarse a la ventana. Entonces las hermanas soltaron la soga todas a un tiempo y el Rey se fue al suelo en el cesto, y casi creyeron que se había matado, pero luego se levantó y se fue bastante maltrecho.

Llegó al palacio cojeando y sin perder tiempo meditó su venganza. Escribió al leñador que volviera cuanto antes, pues tenía que hablar con él. El leñador, que esperaba estar lejos quién sabe cuántos meses, se sintió muy contento de volver, y mucho más contento cuando el Rey le pidió la mano de una de sus hijas.

—Cualquiera de las tres —le dijo—. La que me quiera.

El leñador fue a casa y les comunicó la propuesta.

—Yo no, papá —dijo la mayor—, realmente no me gustaría…

—Yo tampoco, papá —dijo la segunda—, porque…

—Yo lo acepto —dijo inmediatamente Leonetta.

El leñador volvió a casa del Rey y le dijo:

—Majestad, ya he hablado con mis hijas. La primera respondió: «Yo no, realmente no me gustaría…», la segunda respondió: «Yo tampoco, porque…», y en cambio la tercera: «Yo lo acepto».

Entonces el Rey se dijo: «Entonces ella es la más descarada, la que produjo todos los desastres», y le anunció al leñador:

—Entonces me caso con la tercera.

Se concertaron las bodas para pocos días más tarde. La novia tenía a sus órdenes varías damiselas de la servidumbre de palacio. Les dijo:

—Escuchad: quiero gastarle una broma al Rey.

—¿Qué, señora, qué quiere hacer?

—No digáis nada, por favor: quiero hacer una mujer de pasta, de mi tamaño, con

el pecho de azúcar y miel, y que tenga hilos que le hagan decir sí y no con la cabeza. Quiero ponerla en la cama, en mi lugar, para ver si el Rey se da cuenta.

Las damiselas se esmeraron y fabricaron la mujer de pasta. Ella la acostó en el lecho nupcial, con su bata y su cofia de noche.

Después de la boda vino el banquete, la cena, y al fin el momento de ir a acostarse. Leonetta pidió ir en primer lugar, y se escondió debajo de la cama, teniendo en la mano los hilos para mover a la mujer de pasta.

Entró en la habitación el Rey, cerró la puerta y dijo:

—¡Ahora nos toca a nosotros, querida mía! ¡Finalmente estás en mis manos! ¿Te acuerdas de cuando me decías: «Sois un señor tan bondadoso, Majestad…?».

—Sí, me acuerdo —dijo Leonetta desde debajo de la cama, moviendo la cabeza de la mujer de pasta.

—¿Ah, sí? ¿Y quién era la que me arruinaba la cocina?

—Yo, Majestad —decía Leonetta, y la mujer de pasta movía la cabeza y las manos.

—¡Impostora! ¿Y quién me arruinaba la bodega?

—¡Yo, Majestad!

—¿Y el guardarropa?

—¡Siempre yo, Majestad!

—¡Y tú crees que puedo tolerar esos desmanes!

—¡No sé, Majestad!

No había acabado de decirlo cuando el Rey desenvainó la espada y la clavó en el pecho de la mujer de pasta, pensando que era su mujer, y quedó totalmente salpicado de miel y azúcar.

—Ahí tienes, acabo de matarte… —se puso a gritar—. ¡Así lo has querido! —y sintiendo el gusto del azúcar y la miel en los labios—: ¡Pero si estabas hecha de miel y azúcar! ¡Habríamos podido ser felices! ¡Si aún vivieras, te querría muchísimo!

Y Leonetta, debajo de la cama, con una vocecita lánguida:

—Estoy muerta…

—¿Pero qué he hecho? —se decía el Rey—. Mi Leonetta de azúcar y miel… ¡Si todavía vivieras, te querría mucho!

—Ya estoy muerta… —decía Leonetta.

—¡Si estás muerta, es mejor que muera yo también! —dijo el Rey, y se dispuso a arrojarse sobre la espada.

—¡No, que estoy viva! ¡Estoy viva! —gritó Leonetta saltando de debajo de la cama y abrazándolo.

Se estrecharon con fuerza, se besaron, y a partir de entonces vivieron amándose, felices como pascuas.

(Florencia)

89
EL ASESINO SIN MANO

Había una vez un Rey avaro, tan avaro que a su hija única la mantenía oculta en la buhardilla por temor a que alguien pidiera su mano y él tuviera que darle una dote.

Un día llegó un asesino a esa ciudad, y se alojó en la hostería que había frente a la casa del Rey. Empezó a recoger información sobre quién vivía allí.

—Vive un Rey —le dijeron— tan avaro que oculta a su hija en la buhardilla.

¿Y qué hace el asesino? Por la noche se encarama al tejado y abre el ventanuco de la claraboya. La Princesa, que estaba acostada, ve que abren la ventana y que hay un hombre de pie en el alféizar.

—¡Al ladrón! ¡Al ladrón! —grita.

El asesino cierra la ventana y escapa por el tejado. Acude la servidumbre, ve la ventana cerrada y dice:

—Alteza, estáis soñando: aquí no hay nadie.

Al día siguiente le pidió a su padre que la sacara de la buhardilla, pero el Rey le dijo:

—Estás soñando. ¿Quién crees que va a entrar por ahí?

La segunda noche, a la misma hora, el asesino abrió nuevamente la ventana.

—¡Al ladrón! ¡Al ladrón!

También esta vez escapó, y nadie quería creer lo que contaba la Princesa.

La tercera noche, ella sujetó la ventana con una cadena y se puso en guardia cuchillo en mano, sola, mientras el corazón le palpitaba con gran fuerza. El asesino intentó abrir pero no pudo. Introdujo una mano: la Princesa se la cortó de un tajo, a la altura de la muñeca.

—¡Desgraciada! —gritó el asesino—. ¡Me las pagarás! —y escapó por el tejado.

La Princesa mostró al Rey y a la Corte la mano cortada y todos finalmente la creyeron y la felicitaron por su valor; a partir de ese día ya no durmió en la buhardilla.

Pasado un tiempo, pidió audiencia al Rey un joven forastero, bien vestido y bien

enguantado. El Rey quedó tan complacido con su plática que le cogió simpatía. Hablando de una cosa y de otra, dijo que era soltero, que buscaba una muchacha gentil para casarse con ella, y que estaba dispuesto a aceptarla sin dote, tantas riquezas tenía él por su cuenta. El Rey, al enterarse de que no quería dote, pensó: «Este es el marido ideal para mi hija», y la mandó llamar. La Princesa se estremeció en cuanto vio al forastero, porque le parecía reconocerlo. Y cuando estuvo a solas con el padre, le dijo:

—Majestad, me parece reconocer en ese hombre al ladrón a quien corté la mano.

—Sueñas —dijo el Rey—. ¿No has visto qué hermosas y enguantadas manos? He aquí a un auténtico señor.

Para abreviar el cuento, el forastero pidió la mano de la Princesa, y ella accedió un poco por obedecer al padre y un poco por librarse de su tiranía. Las bodas se hicieron deprisa y corriendo, porque el novio no podía estar mucho tiempo alejado de sus negocios, y el Rey no quería gastar. A la hija le regaló un collar de nueces y una cola de zorra despellejada. Después los novios se apresuraron a partir en carroza.

La carroza se metió en un bosque, y en lugar de avanzar por el camino principal, se internaba cada vez más en la espesura, por senderos tenebrosos. En cierto momento dijo el novio:

—Querida, quítame este guante.

La Princesa le quitó el guante y descubrió un muñón.

—¡Socorro! —gritó, comprendiendo que se había casado con el hombre a quien había cortado la mano.

—Estás en mi poder, ahora —dijo el hombre—. Debes saber que yo trabajo de asesino. Ahora me vengaré del mal que me has hecho.

La casa del asesino estaba en el linde del bosque, a orillas del mar.

—Aquí guardo todas las riquezas de la gente que maté —dijo el asesino, mostrándole la casa—, y tú te quedarás a montar guardia.

La ató a un árbol con una cadena, frente a la casa, y la dejó allí. La Princesa se quedó sola, encadenada al árbol como si fuera un perro, y enfrente veía el mar, surcado de vez en cuando por algún buque. Empezó a hacer señas a un buque que pasaba; del buque la vieron con los catalejos y se acercaron a ver de qué se trataba. Desembarcaron, y ella les contó su historia. La liberaron y la llevaron con ellos, junto con todas las riquezas del asesino.

Era un barco de mercaderes de algodón, y pensaron en ocultar a la Princesa y todas las riquezas debajo de los copos de algodón. El asesino volvió y encontró la casa desvalijada, y vio que su mujer había desaparecido. «Sólo puede haber escapado por mar», pensó, y avistó el buque que se alejaba. Abordó un barquito de vela que tenía, muy veloz, y alcanzó el barco.

—¡Todo el algodón al agua! —ordenó—. He de buscar a mi mujer que se ha escapado.

—Usted quiere arruinarnos —le dijeron los mercaderes—. ¿Por qué no hunde la

espada en los copos de algodón, para ver si hay alguien escondido?

El asesino se puso a traspasar el algodón con la espada, y en cierto momento hirió a la muchacha escondida, pero al sacar la hoja el algodón enjugó la sangre y la espada salió limpia.

—¿Sabe? —le dijeron los marineros—: hemos visto otra nave cerca de la costa. Esa de ahí.

—Voy a ver —dijo el asesino. Bajó del buque cargado de algodón y dirigió su barquito de vela rumbo a la otra nave.

La muchacha, apenas herida en un brazo, fue desembarcada en un puerto seguro. Pero ella no quería saber nada de volver a tierra y continuaba diciendo:

—¡Arrojadme al mar! ¡Arrojadme al mar!

Los marineros entraron en consejo, y uno de ellos, que era viejo, casado y sin hijos, se ofreció para llevarla a su casa con parte de las joyas del asesino. La mujer del marinero era una anciana de buen corazón y se encariñó con la muchacha.

—¡Te cuidaremos como a una hija, pobrecita!

—Sois tan buenos —dijo la muchacha—. Sólo os pido una gracia: quiero estar siempre encerrada en casa y que nunca me vea ningún hombre.

—No te preocupes, pobrecita: a nuestra casa nunca viene nadie.

El viejo vendió algunas joyas y compró seda para bordar, y la muchacha se pasaba las horas bordando. Hizo un bellísimo tapiz, con todos los colores y dibujos del mundo, y la vieja lo llevó a vender a casa de un Rey vecino.

—¿Pero quién hace tan bellas labores? —preguntó ese Rey.

—Una hija mía, Majestad —dijo la vieja.

—¡Puede ser! Pero en verdad no parecen labores propias de la hija de un marinero —dijo el Rey, y compró el tapiz.

Con el dinero que ganaron, la vieja compró más seda, y la muchacha bordó un hermoso biombo. La vieja se lo llevó al Rey.

—¿Pero en serio es vuestra hija la que hace estas labores? —decía el Rey y, poco convencido con las respuestas, la siguió a hurtadillas.

Cuando la vieja estaba a punto de cerrar la puerta de casa, el Rey se adelantó y puso un pie en el intersticio; la vieja lanzó un alarido. La muchacha, que estaba en su cuarto, oyó el alarido y pensó que el asesino había venido a buscarla, y del miedo se desmayó. Entraron la vieja y el Rey y trataron de reanimarla. Abrió los ojos, y al ver que ese hombre no era el asesino volvió en sí.

—¿Pero por qué tienes tanto miedo de que llegue alguien? —preguntó el Rey, a quien esta hermosa muchacha sin duda le gustaba.

—Es mi desgracia —dijo ella, y nada más.

Así que el Rey se habituó a ir todos los días a esa casa, para hacer compañía a la muchacha y verla bordar. Se había enamorado mucho, y terminó por pedir su mano. Los viejos, imagináoslo, respondieron:

—Majestad, nosotros somos gente humilde…

—No me importa. Es la muchacha que me gusta.

—Yo acepto —dijo ella—, pero con una condición.

—¿Cuál?

—No quiero ver a ningún hombre, salvo a ti y a mi padre —(llamaba padre al viejo marinero)—. Ni verlos ni que me vean.

El Rey accedió. Porque ante todo era celoso y le alegraba que ella no quisiera ver a ningún hombre.

De manera que las bodas se celebraron en secreto, para que ningún hombre la viera. Esta situación no fue del agrado de los súbditos: ¿desde cuándo un Rey se casaba sin mostrar la esposa al pueblo? Empezaron a circular los rumores más extraños: «Se ha casado con una mona. Se ha casado con una jorobada. Se ha casado con una bruja», y no sólo entre la gente del pueblo, sino entre los altos dignatarios de la Corte. El Rey se vio obligado a decir a su mujer:

—Es necesario que decidas una hora para mostrarte en público y acallar esas voces.

La pobre tuvo que consentir.

—Está bien. Mañana estaré asomada al balcón desde las once hasta mediodía.

A las once la plaza estaba llena como nunca. Había venido gente de todas partes, incluso de los campos más alejados. La esposa apareció en el balcón y en la multitud se elevaron rumores de admiración. Nunca se había visto una Reina tan bella. La Reina, sin embargo, recorría la multitud con la mirada, llena de aprensión. Y en eso, en medio de la multitud, vio la cara de un hombre embozado, todo de negro, un hombre que se llevó una mano a la boca y la mordió en señal de amenaza, y luego alzó el otro brazo y mostró que terminaba en un muñón. La Reina cayó al suelo desvanecida.

La llevaron de inmediato a su cuarto, y la vieja repetía:

—¡Vos quisisteis mostrarla! ¡Vos quisisteis mostrarla y ella no quería! ¡Mirad lo que ha pasado!

Acostaron a la Reina en su cama y llamaron a los médicos, pero no sabían qué mal la aquejaba; quería permanecer encerrada y no ver a nadie, y no dejaba de temblar.

En esos días vino a visitar al Rey un rico señor forastero, gran conversador, pródigo en cumplidos y palabras elogiosas. El Rey le preguntó si quería quedarse a comer un plato de sopa. El forastero, que no era otro que el asesino, aceptó de buen grado, e invitó a vino a todo el Palacio Real. Pronto trajeron toneles, barriles y damajuanas, y era todo vino narcotizado. Esa noche, guardias, criados, ministros, todos bebían a más no poder, y más tarde todos estaban roncando vencidos por la borrachera, el Rey en primer lugar.

El asesino recorrió el palacio, se aseguró de que en todas las escaleras, salas y corredores no hubiera sino gente tumbada y durmiendo, y entró con sigilo en el cuarto de la Reina. Ella estaba echada en la cama, con los ojos desencajados, tal

como si lo esperase.

—Ha llegado la hora de mi venganza —dijo el asesino hablando en voz muy queda—. Levántate y ve a buscar una palangana de agua para lavarme la sangre de las manos cuando termine de degollarte.

La Reina se levantó y corrió junto al marido.

—¡Despiértate! ¡Despiértate, por caridad!

Pero el marido dormía. Todos dormían, en todo el palacio, y no había forma de despertarlos. Cogió la palangana de agua y volvió.

—Tráeme también el jabón —dijo el asesino, que estaba afilando el cuchillo.

Ella fue, sacudió a su marido una vez más, pero fue inútil. Trajo el jabón.

—¿Y la toalla? —preguntó el asesino.

Ella salió, cogió la pistola del marido dormido, la envolvió en la toalla, y al entregarle la toalla al asesino, le disparó a quemarropa y le metió una bala en el corazón.

El disparo despertó a todos los borrachos, al Rey en primer lugar, y acudieron a ella. Encontraron al asesino muerto y a la Reina finalmente liberada del terror.

(Florencia)

90
LOS DOS JOROBADOS

Había dos hermanos jorobados. El jorobado más joven dijo:

—Quiero ir en busca de fortuna.

Y emprendió viaje. Caminó y caminó, y de tanto caminar se perdió en un bosque.

«¿Y ahora qué hago? ¿Y si vienen los asesinos…? Mejor me subo a este árbol». Cuando estuvo en el árbol, oyó un ruido. «¡Ahí están, socorro!».

Sin embargo, de una cavidad del suelo salió una viejecita, después otra, y otra más, toda una fila de viejecitas una detrás de la otra, que se pusieron a dar vueltas alrededor del árbol, cantando:

—¡Sábado y domingo!
¡Sábado y domingo!

Y así seguían dando vueltas y siempre volvían a repetir:

—¡Sábado y domingo!

El jorobado, desde la copa del árbol, dijo:

—¡Y lunes!

Las viejecitas se quedaron atónitas, mirando hacia arriba, hasta que una dijo:

—¡Oh!, ¿quién habrá sido esa alma bondadosa que nos ha dicho esa frase tan bonita? ¡A nosotras jamás se nos hubiera pasado por la cabeza! Y reanudaron sus vueltas alrededor del árbol, muy felices, cantando:

—¡Sábado, domingo
Y lunes!
¡Sábado, domingo
Y lunes!

Tras otras cuantas vueltas, avistaron al jorobado que estaba en la enramada. Él estaba temblando.

—Por caridad, viejecitas, no me matéis: lo que dije se me escapó, no quería decir nada malo.

—Vamos, baja, te vamos a recompensar. Pídenos una gracia, que te la concedemos.

El jorobado bajó del árbol.

—¡Vamos, pídela!

—Yo soy un hombre humilde. ¿Qué queréis que pida? Lo que me gustaría es que me librarais de esta joroba, porque todos los muchachos se burlan de mí.

—Pues te libraremos de la joroba.

Las viejecitas cogieron una sierra de manteca, le cortaron la joroba, le untaron la espalda con un ungüento, y la dejaron tan sana que no se notaba nada, y la joroba la colgaron del árbol.

Cuando el jorobado volvió a casa, ya no era jorobado y nadie lo reconocía en la aldea.

—¡Oh! ¡Pero no eres tú! —le dijo su hermano.

—¡Sí que soy yo! ¿Has visto qué guapo me he puesto?

—¿Y cómo lo has hecho?

—Presta atención —y le contó lo del árbol, las viejecitas y el cántico.

—Quiero ir yo también —dijo el hermano.

Se puso en marcha, se internó en el bosque, subió al árbol. A la misma hora, las viejecitas salieron del agujero, cantando:

—¡Sábado, domingo
Y lunes!
¡Sábado, domingo
Y lunes!

Y el jorobado, desde el árbol:

—¡Y martes!

Las viejas se pusieron a cantar:

—¡Sábado, domingo
Y lunes!
¡Y martes!,

pero era inútil, había algo que no funcionaba.

Se volvieron hacia arriba, furibundas.

—¿Y quién es este infame, este criminal? ¡Cantábamos tan bien y ahora nos lo ha arruinado todo! ¡Ahora no podemos recuperar el ritmo! —finalmente lo vieron entre las ramas—. ¡Baja! ¡Baja!

—¡No, que no bajo! —decía el jorobado lleno de miedo—. ¡Que me mataréis!

—¡Baja! No te mataremos.

El jorobado bajó, las viejecitas descolgaron del árbol la joroba del hermano y se la pegaron en el pecho.

—¡Ahí tienes el castigo que mereces!

Y así el pobre jorobado volvió a casa con dos jorobas en lugar de una.

(Florencia)

91
GARBANCITO Y EL BUEY

Una mujer estaba cocinando garbanzos. Pasó una mujer pobre y le pidió un plato por caridad.

—¡Si te los doy a ti, no como yo! —dijo la mujer.

Entonces la mujer pobre le gritó:

—¡Que todos los garbanzos de la olla se te conviertan en hijos! —y se fue.

El fuego se apagó, y de la olla, como garbanzos que hierven, saltaron cien niños chiquitos como garbanzos, y empezaron a gritar:

—¡Mamá tengo hambre! ¡Mamá tengo sed! ¡Mamá quiero upa!

Y se esparcían por los cajones, los fogones, los tarros. La mujer, espantada, empieza a perseguir a estos seres pequeñitos, a echarlos en el mortero y a aplastarlos con el pistadero, como si hiciera puré de garbanzos. Cuando creyó haberlos matado a todos, se puso a preparar la comida de su marido. Pero entonces pensó en lo que había hecho y sintió ganas de llorar.

—¡Ay! —decía—. ¡Si hubiera dejado al menos uno con vida, ahora me ayudaría y podría llevar la comida a su padre, en la tienda!

Entonces se oyó una vocecita que decía:

—¡No llores, mamá, todavía quedo yo!

Era uno de los hijitos, que se había escondido detrás del asa del jarro y se había salvado.

—¡Oh, pequeñín, ven aquí! —dijo feliz la mujer—. ¿Cómo te llamas?

—Garbancito —dijo el niño deslizándose por el jarro y cayendo de pie sobre la mesa.

—¡Bien por mi Garbancito! —dijo la mujer—. Ahora tienes que ir a la tienda a llevar la comida a papá.

Preparó el cesto y se lo puso a Garbancito en la cabeza. Garbancito se puso en camino y sólo se veía el cesto, que parecía andar solo. Le preguntó el camino a un par de personas y todos se asustaban porque creían que era un cesto que hablaba. Así

llegó a la tienda y llamó:

—¡Papá, papá! Ven, que te traigo la comida.

Su padre pensó: «¿Quién me llama? ¡Yo no tengo hijos!». Salió y vio el cesto, y debajo del cesto se oyó una vocecita:

—Papá, levanta el cesto y me verás. Soy tu hijo Garbancito, que ha nacido esta mañana.

Lo levantó y vio a Garbancito.

—¡Bravo, Garbancito! —dijo el padre, que era cerrajero—. Ahora vendrás conmigo, pues tengo que recorrer las casas de los campesinos a ver si tienen algo roto para arreglar.

Así que el padre se metió a Garbancito en el bolsillo y emprendieron la marcha. En el camino se entretuvieron charlando, y la gente miraba a ese hombre que parecía hablar solo, como si estuviese loco.

—¿No tenéis nada para soldar? —preguntaba en las casas.

—Sí, algo tenemos —le respondieron—, pero a ti no te lo damos porque estás loco.

—¡Cómo! ¿Loco? ¡Estoy más cuerdo que vosotros! ¡Qué estáis diciendo!

—Decimos que por la calle te pasas el día hablando solo.

—¿Cómo que solo? Hablaba con mi hijo.

—¿Y dónde llevas a tu hijo?

—En el bolsillo.

—¿Ves lo que decíamos? Estás loco.

—Está bien, os lo voy a enseñar —y sacó a Garbancito a caballo sobre un dedo.

—¡Oh, qué niñito más mono! Ponlo a trabajar con nosotros, que podrá cuidarnos el buey.

—¿Te quedas, Garbancito?

—Claro que sí.

—Entonces te dejo y pasaré a buscarte por la noche.

Pusieron a Garbancito a caballo en un cuerno del buey, y parecía que el buey estuviera solo, suelto por el campo. Pasaron dos ladrones y cuando vieron al buey sin custodia lo quisieron robar. Pero Garbancito se puso a gritar:

—¡Patrón! ¡Venga, patrón!

El campesino acudió a la carrera.

—Buen hombre —preguntaron los ladrones—, ¿de dónde viene esa voz?

—¡Ah! —dijo el patrón—. Es Garbancito. ¿No lo veis? Ahí está, en el cuerno del buey.

Los ladrones examinaron a Garbancito y le dijeron al patrón:

—Si nos lo prestas por unos días, te haremos ganar una fortuna.

Y el campesino lo dejó ir con los ladrones.

Con Garbancito en el bolsillo, los ladrones fueron al establo del Rey para robar caballos. El establo estaba cerrado, pero Garbancito pasó por el ojo de la cerradura,

abrió, desató los animales y salió al galope oculto en la oreja de un caballo. Los ladrones, que lo esperaban afuera, montaron a caballo y huyeron a casa.

Cuando llegaron, le dijeron a Garbancito:

—Escucha, nosotros estamos cansados y nos vamos a dormir. Encárgate de dar cebada a los caballos.

Garbancito empezó a colocar el bozal a los caballos, pero se caía de sueño y terminó por dormirse en un bozal. El caballo ni lo vio y se lo comió junto con la cebada.

Los ladrones, al ver que no regresaba, empezaron a buscarlo en el establo.

—Garbancito, ¿dónde estás?

—Estoy aquí —respondió una vocecita—. ¡Estoy en la panza de un caballo!

—¿Qué caballo?

—¡Éste!

Los ladrones despanzurraron un caballo, pero no lo encontraron.

—Éste no es. ¿En qué caballo estás?

—¡En éste!

Y los ladrones despanzurraron otro.

Así siguieron despanzurrando caballos, hasta que al fin los mataron a todos, pero a Garbancito no lo encontraban. Estaban cansados, y dijeron:

—¡Qué lástima, lo hemos perdido! ¡Y pensar que nos ayudaba tanto! ¡Y para colmo hemos perdido todos los caballos!

Cogieron los cadáveres, los arrojaron en un prado y se fueron a dormir.

Pasó un lobo hambriento, vio los caballos despanzurrados y se dio un atracón. Garbancito seguía oculto en la panza de un caballo y el lobo se lo engulló. Así que se quedó en la panza del lobo, y cuando el lobo volvió a tener hambre y se acercó a una cabra atada en un campo, Garbancito empezó a gritar desde adentro:

—¡Al lobo, al lobo!

Y vino el dueño de la cabra y ahuyentó al lobo.

El lobo se dijo: «¿De dónde me saldrán a mí estas voces? ¡Debo de tener la panza llena de aire!». Y empezó a tratar de expulsar el aire por atrás. «Bien, ahora ya no debo de tener más», pensó. «Voy a comerme una oveja».

Pero cuando se acercó al establo de la oveja, Garbancito empezó a gritar desde su panza:

—¡Al lobo! ¡Al lobo!

Y el dueño de la oveja se despertó.

El lobo estaba preocupado. «Todavía tengo ese aire en la panza que me hace estos ruidos», y de nuevo trató de expulsar el aire. Despide el aire una vez, dos veces, y a la tercera también despidió a Garbancito, que se ocultó detrás de un arbusto. El lobo, sintiéndose aliviado, se encaminó hacia los establos.

Pasaron tres ladrones y se pusieron a contar el dinero robado. Uno de los ladrones empezó:

—Uno dos tres cuatro cinco…

Y Garbancito le hacía eco desde el arbusto:

—Uno dos tres cuatro cinco…

El ladrón dijo a sus compañeros:

—Callaos que me confundís. Al que diga una palabra lo mato —y siguió contando—: uno dos tres cuatro cinco…

Y Garbancito:

—Uno dos tres cuatro cinco…

—¡Ah, no te quieres callar! —dijo el ladrón a uno de sus compañeros—. ¡Ahora te mato! —y lo mata. Y al otro—: si quieres tener el mismo fin ya sabes lo que tienes que hacer… —y empieza de nuevo—: uno dos tres cuatro cinco…

—Uno dos tres cuatro cinco —repitió Garbancito.

—No soy yo el que habla —dijo el otro ladrón—, te juro que no soy yo…

—¡Te crees que conmigo te vas a hacer el gracioso! ¡Yo te mato! —y lo mató—. Ahora estoy solo —se dijo—, podré contar el dinero en paz y guardármelo todo para mí. Uno dos tres cuatro cinco…

Y Garbancito:

—Uno dos tres cuatro cinco…

Al ladrón se le pusieron los pelos de punta:

—Aquí hay alguien escondido. Será mejor que huya —escapó y dejó el dinero.

Garbancito se fue a casa con la bolsa de monedas en la cabeza. Llamó a la puerta, abrió su madre y vio sólo la bolsa de monedas.

—¡Es Garbancito! —dijo.

Levantó la bolsa y debajo estaba su hijo y lo abrazó.

(Florencia)

92
EL REY DE LOS PAVOS REALES

Un Rey y una Reina tenían dos hijos y una niña a quienes adoraban, y a quienes tanto ellos como la nodriza colmaban de caricias y de besos. Ahora bien, sucedió que el Rey un día se puso enfermo y murió. La Reina siguió al frente del Reino, pero a los pocos años también ella cayó enferma; en trance de muerte, encomendó la niña a sus dos hijos y expiró.

La niña entre tanto había crecido, y siempre estaba en el palacio sin salir a ninguna parte, y todas sus distracciones consistían en mirar el campo por la ventana, canturrear, charlar con la nodriza, que todavía era su aya, y bordar. Un día que estaba asomada a la ventana, apareció un pavo real, se lanzó a volar y se posó en el alféizar. La muchacha se puso a hacerle fiestas, le dio granitos para picotear y lo dejó entrar en la casa.

—¡Qué hermoso es! —exclamó—. ¡Hasta que no encuentre al Rey de los Pavos Reales no me caso!

Y conservó el pavo real siempre consigo, y cuando venía gente lo encerraba en un armario.

Entre tanto los hermanos se decían:

—Esta bendita hermana nunca quiere salir de casa. A este paso, va a terminar mal. Veamos si quiere casarse —van a visitarla y le dicen lo que piensan—. Hasta que tú no te hayas casado, no nos casaremos nosotros. ¿Tienes ganas de buscar marido?

—No, ninguna.

—Es sólo una idea que se te ha metido en la cabeza. Mira: aquí tienes los retratos de todos los Reyes, elige el que te guste y le preguntaremos si te quiere por mujer.

—Os digo que no quiero marido…

—Pero danos este gusto…

—Si de veras queréis eso a toda costa, os contentaré, pero quiero ser yo quien elija.

—De acuerdo.

Entonces la hermana abrió el armario e hizo salir al pavo real.

—¿Veis esto?

—Sí, es un hermoso pavo real.

—Hasta que no conozca al Rey de los Pavos Reales, no me caso.

—¿Y dónde está el Rey de los Pavos Reales?

—Eso no lo sé, pero o él o nadie.

—Siendo así, trataremos de encontrártelo.

Recomendaron al aya que cuidara a la muchacha, eligieron un gobernador de confianza para el Reino, y partieron por diversos rumbos.

Preguntaron y preguntaron, pero del Rey de los Pavos Reales nadie había oído hablar, y los tomaban por locos. Sin embargo, los dos jóvenes no perdían el ánimo y, cada cual por su parte, seguían buscando. Un atardecer el mayor encontró a un viejecito que era medio mago.

—Decidme, ¿sabéis si existe un Rey de los Pavos Reales?

—Existir, seguro que existe —respondió el otro.

—¿Y cómo es? ¿Dónde vive?

—Es un apuesto joven que viste como los pavos reales. Su Reino es el Perú y para verlo hay que irse hasta allá.

El joven le dio las gracias, una propina, y partió hacia el Perú. Caminó hasta que llegó a un prado circundado por árboles de especie nunca vista, y por todas partes oyó voces que decían:

—¡Aquí está! ¡Aquí está! ¡Es el joven que viene a ofrecer a su hermana como esposa del Rey! ¡Ponte cómodo! ¡Adelante!

El joven miró a su alrededor, pero no veía a nadie, salvo un remolino de plumas multicolores por el aire.

—¿Pero dónde estoy? —preguntó.

—En el Perú —respondieron las voces—, en el Estado del Rey de los Pavos Reales.

—¿Y sabríais decirme dónde está?

—Con mucho gusto: gira a la derecha, encontrarás un hermoso palacio, di a los guardias: «¡Secreto real!», y te dejarán pasar.

—¡Muchas gracias!

—¡De nada!

«Estos árboles son muy gráciles», pensó el joven, «pero sin duda debe haber magia de por medio». Siguió adelante y llegó a un palacio totalmente revestido con plumas de pavo real, azules, blancas y violetas, que relumbraban al sol como el oro. Frente al portón había guardias vestidos de pavo real, y no se sabía si eran hombres o pájaros.

—¡Secreto real! —dijo el joven, y le dejaron pasar.

En el centro de una sala había un trono de piedras preciosas con una aureola de

plumas de pavo real de ojos de oro y rutilantes como estrellas. Y en el trono se encontraba el Rey, completamente vestido con plumas, y tampoco se sabía si era un hombre o un pájaro. El joven se inclinó. El Rey hizo una seña y todos los cortesanos salieron.

—Habla que te escucho —dijo.

—Sire, yo soy el Rey de Portugal —dijo el joven—, y vengo a solicitaros que aceptéis a mi hermanita como esposa. Perdonad mi atrevimiento, pero a mi hermana se le ha metido en la cabeza no tener por esposo a otro que no sea el Rey de los Pavos Reales.

—¿Tienes su retrato?

—Aquí está, Majestad.

—¡Es bella! ¡Me gusta! ¡Doy mi consentimiento!

—¡Majestad, os lo agradezco! Mi hermana se pondrá muy contenta, igual que todos nosotros —y se inclinó para despedirse.

—Detente —dijo el Rey—. ¿Adónde vas?

—A buscarla, Majestad.

—No, quien entra al Reino de los Pavos Reales no puede salir. Yo no te conozco: ¿quién me asegura que no eres un espía enviado por un Rey enemigo, o un ladrón que quiere despojarme? Escribe a tu casa, manda el retrato y espera la respuesta.

—Así lo haré —dijo el joven—, y esperaré. Pero decidme, Majestad, dónde me alojaré mientras tanto —el Rey hizo una seña y acudieron los guardias, que lo sujetaron por los brazos.

—Te alojarás en la prisión —dijo el Rey—. Hasta que llegue tu hermana.

Mientras tanto, el segundo hermano había vuelto a casa sin encontrar nada. Y apenas llegó la carta del Perú, corrió a ver a su hermana y le mostró el retrato del Rey de los Pavos Reales.

—He aquí a mi esposo —dijo la muchacha—, ¡he aquí al que quería! ¡Pronto, apresurémonos a partir! ¡Me parece que faltan mil años para verlo! —y se pusieron a empaquetar el ajuar, a preparar el equipaje y los caballos, y dispusieron el buque más hermoso de la flota.

—Para ir al Perú hay que cruzar el mar —dijo el hermano a la nodriza—. ¿Qué haré para proteger a mi hermana del viento, la humedad y los rayos del sol?

—Es sencillo —dijo la nodriza—. Se la lleva en carroza hasta la orilla del mar, mandáis que se aproxime el barco, y se hace subir la carroza al barco por un puente de tablones. Así podrá hacer el viaje de lo más cómoda en su carroza, sin exponerse al aire ni mojarse el vestido de bodas —y todo se dispuso de esta manera.

Es necesario saber que el aya tenía una hija fea como un demonio y por añadidura envidiosa y maligna. Apenas supo que la Princesa iba a casarse empezó a lloriquear a su madre:

—Ella se casa y yo no, ella un Rey y yo nada, a ella la miran todos y a mí no me mira nadie…

—Ya —dijo el aya—, yo también había caído en eso —y empezó a elaborar un plan para lograr que ese apuesto Rey se casara con su hija y no con la Princesa. Pensó y repensó hasta que le pareció que daba con una idea atinada; entonces ordenó para su hija una carroza y un vestido de bodas igual al de la Princesa, y luego dijo al Capitán del barco—: aquí tienes dos millones, escucha lo que tienes que hacer. En la última carroza que subirá a la nave viene mi hija. De noche, mientras todos duermen, debes llevarte a la Princesa y arrojarla al mar, y meter a mi hija en su lugar.

El Capitán tenía miedo de aceptar, pero dos millones era mucho dinero, y pensó: «Cuando los tenga en el bolsillo, podré escapar e irme lejos lejos para disfrutarlos». Así que discutió un poco el precio, y luego aceptó.

Llegada la hora de partir, todas las carrozas fueron puestas en fila en el barco, pero en el último momento la Princesa empezó a sollozar diciendo que quería llevarse a su perrito.

—¡Ha sido mi compañero durante mucho tiempo, y ahora no quiero abandonarlo!

Entonces el hermano corrió a la orilla, cogió el perrito y se lo llevó a la carroza. El perrito se acurrucó en el colchón y el barco zarpó, las velas al viento.

Cuando oscureció, la nodriza fue a la carroza de la novia.

—El tiempo es bueno, el viento es propicio, mañana estaremos en el Perú. Duerme y descansa —y la Princesa se durmió soñando con el Rey de los Pavos Reales y las fiestas con que la agasajarían a su llegada.

A medianoche, con mucho sigilo, el Capitán abrió la carroza, cargó con el colchón, con la Princesa y el perrito y los arrojó al agua.

Allí cerca, en la sombra, ya estaba aguardando la hija de la nodriza, y el Capitán la hizo entrar en la carroza de la novia.

Al caer al agua, la Princesa se despertó y se vio en medio del mar mientras la nave se alejaba rumbo a su destino. Pero como el colchón era liviano, en lugar de hundirse, flotaba sobre las olas; y una brisa fresca lo impulsaba también hacia el Perú, llevando a la muchacha vestida de novia y a su perrito.

Cuando aún no había despuntado el día, un marinero del país del Perú, que tenía su casa a orillas del mar, oyó un ladrido muy a lo lejos.

—¿Oyes ese perro? —le dijo a su mujer.

—Sí, debe de haber alguien en peligro.

—Eso pensaba yo. Ya es casi de día y quiero ver de qué se trata.

Se vistió, cogió un arpón y se fue a la costa. Y allí, en esa hora imprecisa, vio algo que flotaba suavemente, y oyó de nuevo esos ladridos. Cuando ese algo estuvo más cerca, el marinero se metió en el agua, lanzó el arpón y lo atrajo a la orilla. ¡Imaginaos su cara al ver a una muchacha dormida y vestida de novia, y un perrito que hacía fiestas! La acercó muy despacito para no interrumpir su sueño, pero ella al fin se despertó.

—¡Oh! ¿Dónde estoy? —dijo.

—En casa de marineros pobres —le contestaron—, pero de buen corazón. Ven

que te cuidaremos.

En ese momento, la fea maligna desembarcaba en el Perú, encerrada en su carroza. Apenas el cortejo llegó al prado de los árboles extraños, se oyó por todas partes:

¡Cucú! ¡Cucú!
¡Qué fea es la Reina del Perú!

Y volaban por el aire millares de plumas de pavo real. El hermano que la había acompañado en el viaje la seguía a caballo, y al oír esos gritos que no se sabía de dónde venían, sintió que se le estrujaba el corazón. «Esta me parece una mala señal», se dijo. «¡Qué será de nosotros!». Corrió a la carroza, abrió la portezuela, y al ver a ese cuco quedó estupefacto.

—¿Pero qué has hecho para volverte tan fea? ¿Qué ha sido? ¡El mar, el viento, el sol! ¡Dime!

—¿Y cómo voy a saberlo? —dijo la fea.

—¡Ahí viene el Rey! ¡Ahora nos corta la cabeza a todos!

En medio de una compañía de soldados ataviados con plumas, había aparecido el Rey de los Pavos Reales. Los soldados alzaron unas largas trompetas y dieron un toque. Los árboles gritaron:

¡Viva el Rey! ¡Viva el Rey!
¡La novia fea es!

y por el aire voló un remolino de plumas tan espeso que parecía niebla.

—¿Dónde está la novia? —dijo el Rey.

—Aquí está, Sire…

—¿Y ésta se supone que es esa bella muchacha tan alabada?

—Qué queréis, Majestad… habrá sido el viento, el aire de mar…

—¡Qué viento ni qué mar! ¡Callaos, impostores! ¡Habéis querido engañarme, pero ya veréis cómo con el Rey de los Pavos Reales no se juega! Que los encierren a los dos y preparen una horca para cada uno.

Y el Rey de los Pavos Reales se alejó entristecido; no era sólo por la afrenta que, según él creía, habían querido infligirle, sino aún más por el amor que sentía por esa muchacha cuyo retrato llevaba en el cuello, sin cansarse de contemplarlo.

Dejemos al Rey y a esos desdichados en la prisión, y volvamos a la hermosa Princesa en casa del pobre marinero. A la mañana siguiente le dijo a la mujer del marinero:

—¿Tendrías una canastita?

—Sí, señora.

—Dámela, que de la comida me encargo yo —llamó al perro, le dio el canastito y le dijo—: ve a ver al Rey y trae el almuerzo.

El perrito, con el asa entre los dientes, corrió a la cocina del Rey, robó un pollo

asado, lo metió en el canasto y a la carrera se lo llevó a su ama. En casa del marinero hubo ese día un buen almuerzo, e incluso el perro tuvo su parte de huesos para roer.

Al día siguiente, el perrito volvió a la cocina del Rey con el canasto, robó un pescado y salió a la carrera. Esta vez el cocinero fue a ver al Rey para denunciar el asunto, y el Rey ordenó capturar al perro a toda costa, o al menos ver adonde iba.

En efecto, al día siguiente el perro se adueñó de una buena costilla de cordero, pero el cocinero lo persiguió y vio que entraba en casa del marinero. Fue a decírselo al Rey.

—Mañana lo sigo yo —dijo el Rey—. ¿Acaso ahora todos me toman por tonto?

A la mañana siguiente, la Princesa, apenas el perro salió con el canastito, se puso el vestido de novia y se quedó esperando en su cuarto.

—Si viene alguien a buscar el perro —dijo al marinero y su mujer—, que pase a mi cuarto.

De hecho, poco después llegó el perro con el almuerzo en el canasto, y detrás de él venían el Rey y dos soldados vestidos de pájaro.

—¿Has visto un perro? —preguntaron al marinero.

—Sí, Majestad.

—¿Por qué siempre me roba la comida?

—Lo hace por propia voluntad, para darnos de comer. No fuimos nosotros quienes le enseñamos.

—¿Y dónde lo encontrasteis?

—No es nuestro. Es de una novia que está aquí con nosotros.

—Quiero verla.

—Pasad, pasad, Majestad. Perdonad: es casa de pobres.

Lo hicieron entrar, y el Rey se encontró con la muchacha del retrato, vestida de novia.

—Yo soy la hija del Rey de Portugal, y vos, Sire, tenéis prisioneros a mis hermanos.

—¿Es posible? —dijo el Rey de los Pavos Reales.

—Mirad: éste es el retrato que me enviasteis; siempre lo conservé sobre mi corazón.

—Yo no entiendo nada —dijo el Rey—. Espera, que en seguida vuelvo —y partió como una flecha. Llegó al palacio e hizo salir de la cárcel a los dos hermanos—. Hemos encontrado a vuestra hermana, os devuelvo mi estima, pero explicadme qué ocurrió.

—¿Y qué queréis que sepamos? Cuanto más lo pensamos, menos lo entendemos.

El Rey llamó entonces a la nodriza y a su hija, las amenazó y se enteró de toda la intriga. Las hizo encarcelar en la celda de los hermanos, armó a todos sus soldados, vistió el atuendo de plumas más hermoso que tenía, y marchó a la cabeza de su ejército, entre redobles de tambor, hasta la casa del marinero pobre, para buscar a su novia.

¡Ahora sí! ¡Ahora sí!
¡La Reina ya está aquí!

gritaban los árboles, y por el aire volaban millones de plumas multicolores cubriendo el sol, y parecía que todo el cielo estuviera emplumado.

Cuando llegaron al palacio, se celebraron las bodas con un gran banquete. La nodriza y la fea maligna fueron colgadas de las dos horcas que se habían preparado para los hermanos. Al Capitán de la nave no lograron atraparlo, porque se había ido lejos lejos para disfrutar de sus dos millones.

(Siena)

93
EL PALACIO DE LA REINA CONDENADA

Hubo en tiempos pasados una vieja viuda que trabajaba de hilandera, y tenía tres hijas que también eran hilanderas. Pese a que se fatigaban hilando día y noche, las tres hilanderas nunca lograban ahorrar un céntimo, porque sus ganancias apenas bastaban para cubrir sus gastos. Mientras tanto, una tremenda fiebre consumió a la anciana, y en dos o tres días la llevó al umbral de la muerte. Llamó en torno a su lecho a sus tres hijas bañadas en lágrimas, y les dijo:

—No lloréis, soy vieja y la vida no puede seguir después de la vejez, así que un día u otro tenía que tocaros verme morir. Lo que lamento es dejaros tan pobres, pero tenéis un oficio y podréis sobrevivir; entre tanto yo rogaré a Dios para que os ayude. Como dote sólo puedo dejaros tres ovillos de cáñamo hilado que están en el armario —y con estas palabras, la madre expiró.

Pocos días después las hermanas decían:

—Mañana es Pascua. Y no tenemos con qué hacer una cena como es debido.

Dijo María, que era la mayor.

—Venderé mi ovillo y compraremos la comida.

Y efectivamente, el día de Pascua llevó el ovillo al mercado. Era cáñamo hilado como Dios manda, así que en el mercado se vendió muy bien. Compró pan, un cuarto de cordero y vino. Volvía a casa con todas estas cosas, cuando un perro la persiguió, le quitó el cordero y el pan de una dentellada, rompió el frasco, y huyó, dejándola medio muerta de miedo. María volvió a casa a contárselo a sus hermanas, y ese día distrajeron el hambre con un poco de pan negro.

—Mañana quiero ir yo —dijo Rosa, la de en medio—. Veremos si el perro me incordia.

Fue, vendió su ovillo, compró entrañas, pan y vino, y se dirigió a casa por otro camino. Y ocurrió que el perro también la persiguió, le quitó las entrañas y el pan, rompió la botella y escapó. Rosa, que era más valiente que María, fue tras él, pero no pudo alcanzarlo y volvió a casa sin aliento para contárselo todo a sus hermanas.

También ese día tuvieron que comer pan negro.

—Mañana voy yo —dijo Nina, la más pequeña—, a ver si el perro se ríe también de mí.

A la mañana siguiente, más temprano que las veces anteriores, cogió su ovillo, lo vendió y se hizo con una buena provisión. Mientras volvía a casa por otro camino, la siguió el perro, rompió la botella y se fue con todo el resto. Nina empezó a perseguirlo, y tras mucho correr lo vio entrar en un palacio. Nina pensó: «Si me ve alguien aquí dentro, le diré que el perro nos robó la cena de tres días y haré que me devuelvan el dinero». Y entró con ese pensamiento.

Subió las escaleras y vio una linda cocina con el fuego prendido, y comida que hervía en ollas y cazuelas y un espetón con un cuarto de cordero. Nina levantó la tapa de una olla y vio la carne que había comprado poco antes; miró en una cazuela y vio cómo se cocían las entrañas; en la artesa estaban los tres panes. Continuó recorriendo la casa y no vio un alma; pero en el tinelo había una mesa servida para tres. «Parece como si nos hubieran preparado el almuerzo», pensó Nina, «¡y con lo que compramos nosotras, para colmo! ¡Si estuvieran mis hermanas, me sentaría a comer!».

En ese momento oyó que una carreta pasaba por la calle; se asomó a la ventana, y como conocía al carretero, le rogó que dijera a sus hermanas que las esperaba allí, y que tenían servida una buena cena.

Cuando llegaron las hermanas, Nina se lo contó todo y les dijo:

—Sentémonos a la mesa. Si vienen los dueños, les explicaremos que nos estamos comiendo lo que es nuestro.

Las hermanas no se confiaban tanto, pero el hambre las apremiaba sin broma, así que se sentaron a la mesa. Había caído la oscuridad, y de pronto las tres muchachas vieron que se cerraban las ventanas y se encendían las velas. Aún no se habían repuesto del asombro, cuando vieron que la cena se posaba por sí sola sobre el mantel.

—Quienquiera que sea el que nos ahorra el trabajo —dijo Nina—, cuente con nuestro agradecimiento. Y ahora, hermanas mías, buen provecho —e hincó el diente en el cordero.

Las hermanas, con el miedo que tenían, a duras penas podían masticar, y miraban en torno a sí esperando que de un momento a otro apareciera algún monstruo. Nina, por el contrario, decía:

—Si no quisieran que cenásemos aquí, no lo habrían dispuesto todo para nosotras, encendido las luces y servido la mesa.

Después de la cena empezaron a tener sueño, y Nina las llevó a recorrer la casa hasta que encontraron un dormitorio con tres hermosas camas hechas.

—Ahora vamos a dormir —dijo.

—O mejor —dijeron las hermanas— volvamos a casa, porque aquí tenemos miedo.

—¡No seáis tontas! —dijo Nina—. Encontramos el modo de estar bien ¡y vamos

a irnos! ¡Por mi parte, yo me voy a acostar, y que sea lo que Dios quiera!

Ya las había persuadido, cuando del fondo de las escaleras se oyó una voz:

—¡Nina, ilumíname!

Las hermanas se asustaron.

—¡Jesús, María y José! ¿Quién será? ¡No vayas, Nina!

—Yo voy —dijo Nina. Cogió la vela y bajó las escaleras. Se encontró en un cuarto donde había una Reina encadenada que arrojaba fuego por la boca, las orejas y la nariz.

—Nina, dime: ¿quieres hacer fortuna? —dijo la Reina, hablando a través de las llamas.

—Sí.

—Pero es necesario que también colaboren tus hermanas.

—Se lo diré.

—Pero ten en cuenta que tendrán que hacer cosas terribles, y si se atemorizan morirán.

—Las convenceré.

—Está bien. Abre esos tres cajones: están llenos de vestidos de Reina, todos de oro y gemas. Has de saber que yo era la Reina de España; me enamoré de un joven de esta ciudad y por culpa suya estoy condenada. Ahora, después del mal que me hizo, quiere casarse con otra, pero yo quiero que venga a sufrir conmigo, como es justo. Mañana ponte mis ropas, arréglate a mi imagen y semejanza, y luego asómate a la balaustrada con un libro en la mano. Verás que a cierta hora pasará un joven y te dirá: «Señora, ¿os gustaría que os visitase?». Tú dile que sí, invítalo a tomar café y dale esta taza envenenada. Cuando caiga muerto tráelo aquí, abre este cajón, mételo dentro, y enciende cuatro velas alrededor. Yo era riquísima: éste es el libro de mis bienes, con el cual podrás arrancarlos de manos de mis administradores, que se han adueñado de todo.

Nina volvió y les contó la historia a sus hermanas.

—¡Jurad que me ayudaréis; si no, pobres de vosotras!

A la mañana siguiente se vistió de Reina, se maquilló para ser totalmente igual a la muerta y se asomó a la balaustrada hojeando un libro. A cierta hora oyó un caballo: un apuesto joven se acercaba, y se detuvo a mirarla. Nina lo saludó con un ademán.

—¿Os agradaría una visita, Señora?

—Sí…

Y el joven se apeó y subió las escaleras.

—Ahora beberemos una taza de café juntos.

—Con mucho gusto —bebió de la taza envenenada y cayó muerto.

Nina llamó a sus hermanas para que la ayudaran a bajar el cadáver, y como ellas se negaban les dijo:

—¡Si no venís, os mato a vosotras también!

Cogió al muerto por la cabeza, las hermanas por las piernas, bajaron las escaleras

y encontraron el cajón cerrado con las cuatro velas a los lados. Las hermanas temblaban y querían soltar el muerto y escapar.

—Tratad de escapar —dijo Nina— ¡y veréis lo que os hago!

Las hermanas, que ya la habían visto actuar, sabían que no bromeaba y obedecieron.

Nina abrió el cajón: allí dentro estaba la Reina sentada en un trono de llamas. La pusieron junto a su amado, y ella le cogió la mano y le dijo: —Ven conmigo al Infierno, depravado. Así no volverás a abandonarme.

Y en ese momento el cajón volvió a cerrarse y se hundió bajo tierra con gran estruendo.

Nina socorrió a las hermanas, que se habían desvanecido, las llevó arriba y las ayudó a volver en sí. Luego arrancaron los bienes de las manos de los administradores y se convirtieron en dueñas de todo. Años después las hermanas se casaron y Nina les dio una dote principesca; luego también ella se casó, y vivió como una reina.

(Siena)

94
LAS OCAS

Había una vez una bandada de ocas que iban al pantano a poner sus huevos. A mitad de camino una de ellas se detuvo.

Hermanas mías, debo dejaros. Tengo necesidad de poner el huevo en seguida, y no llego hasta el pantano.

—¡Espera!

—¡Aguántalo!

—¡No nos dejes!

Pero la oca no podía más. Se abrazaron, se saludaron, prometieron encontrarse a la vuelta, y la oca se internó en un bosque. Al pie de una vieja encina hizo un nido de hojas secas y puso el primer huevo. Luego fue en busca de hierba fresca y de agua limpia para comer.

Volvió al nido hacia el crepúsculo, y el huevo ya no estaba. La oca estaba desesperada. Al día siguiente, pensó en subirse a la encina para poner el segundo huevo entre las ramas, para que así estuviera a salvo. Luego bajó del árbol muy contenta, y fue a buscar comida como el día anterior. A su regreso el huevo había desaparecido. La oca pensó: «En el bosque debe estar la zorra, y viene a sorber mis huevos».

Fue a la aldea vecina y llamó a la tienda del maestro herrero.

—Señor maestro herrero, ¿me haríais una casita de hierro?

—Sí, si tú me haces cien pares de huevos.

—De acuerdo, ponedme aquí en una cesta, y mientras me hacéis la casita, yo os hago los huevos.

La oca se acomodó y a cada martillazo que el herrero asestaba a la casita de hierro, ella ponía un huevo. Cuando el herrero asestó el ducentésimo martillazo, la oca puso el ducentésimo huevo y saltó fuera de la cesta.

—Señor maestro herrero, aquí tenéis los cien pares de huevos que os había prometido.

—Señora oca, aquí tienes tu casita.

La oca dio las gracias, se puso la casita al hombro, se la llevó al bosque y la depositó en un prado. «Este es el lugar ideal para mis hijitos; aquí hay hierba fresca para comer y un arroyo para bañarse». Y muy satisfecha se encerró dentro para finalmente poner sus huevos en paz.

La zorra entre tanto había regresado a la encina y no había encontrado más huevos. Se puso a buscar por el bosque, hasta que llegó a ese prado y encontró la casita de hierro. «Apuesto a que aquí dentro está la oca», pensó, y llamó a la puerta.

—¿Quién es?

—Soy yo, la zorra.

—No puedo abrir, estoy empollando.

—Abre, oquita.

—No porque me comes.

—No te como, oquita, ábreme. Mira que si no me abres en seguida,

Subo a tu tejadito,
Bailo un bailecito,
Me pongo a bailar el rigodón
Y derribo tu lindo caserón.

Y la oca:

—Sube a mi tejadito,
Baila un bailecito,
Ponte a bailar el rigodón
No podrás derribar el caserón.

La zorra se subió al tejado y patapún y patapán empezó a saltar por todas partes. Cuanto más saltaba, más sólida se volvía la casa de hierro. La zorra, enfadada, bajó de un salto y se alejó corriendo, mientras la oca reía hasta reventar.

La zorra no volvió a aparecer en un par de días, pero la oca no salía sino con prudencia. Los huevos se habían roto y habían nacido muchos polluelos.

Un día, llamaron a la puerta.

—¿Quién es?

—Soy yo, la zorra.

—¿Qué quieres?

—He venido a decirte que mañana hay feria. ¿Quieres que vayamos juntas?

—Con mucho gusto. ¿A qué hora pasarás a buscarme?

—Cuando quieras.

—Entonces pasa a las nueve. Más temprano no puedo, tengo que cuidar a mis hijitos.

Y se despidieron como buenas amigas. La zorra ya se relamía los bigotes, segura de poder comerse oca y polluelos en dos bocados.

Pero a la mañana siguiente la oca madrugó, dio de comer a sus hijitos, los besó,

les recomendó que no abrieran a nadie y se fue a la feria.

Eran apenas las ocho cuando la zorra llamaba a la casita de hierro.

—Mamá no está —dijeron las oquitas.

—¡Abridme! —ordenó la zorra.

—Mamá no quiere.

La zorra se dijo: «Me los comeré después», y en voz alta:

—¿A qué hora salió mamá?

—Salió esta mañana temprano.

La zorra no se quedó un segundo más: partió a la carrera. La pobre oca, después de haber hecho sus compras, estaba volviendo a casa, cuando vio llegar a la zorra a gran velocidad, con la lengua fuera. «¿Dónde me escondo?». En la feria había comprado una gran sopera. Puso la tapa en el suelo, se acurrucó encima, y se cubrió con el recipiente volcado.

La zorra se detuvo.

—¡Mira qué altar tan bonito! Quiero hacer una plegaria —se arrodilló, rezó delante de la sopera, dejó una moneda de oro como ofrenda, y siguió su carrera.

La oca asomó la cabeza con mucha cautela, recogió la moneda de oro, cogió la sopera y se encaminó a casa para abrazar a sus hijitos.

Entre tanto la zorra daba vueltas por la feria y miraba debajo de los puestos sin poder encontrar a la oca. «Y sin embargo por el camino no la he visto, debe de estar aquí todavía». Y seguía dando vueltas. La feria había terminado, los vendedores guardaban la mercancía sin vender, desarmaban los puestos, pero la zorra no encontraba rastros de la oca. «¡Me ha engatusado otra vez!».

Medio muerta de hambre, volvió a la casita de hierro y llamó.

—¿Quién es?

—Soy yo, la zorra. ¿Por qué no me has esperado?

—Hacía calor. Y además pensaba encontrarte en el camino.

—¿Pero qué camino has tomado?

—Hay uno solo.

—¿Y cómo no nos hemos visto?

—Yo te vi. Estaba dentro del altarcito…

La zorra se enfureció.

—Oca, ábreme.

—No, porque me comes.

—Mira, oquita, que

Subo a tu tejadito,
Bailo un bailecito,
Me pongo a bailar el rigodón
Y derribo tu lindo caserón.

Y la oca:

—Sube a mi tejadito,
Baila un bailecito,
Ponte a bailar el rigodón
No podrás derribar el caserón.

Patapún y patapán, por más que saltaba, la casa de hierro era cada vez más fuerte.

La zorra no se dejó ver en muchos días. Pero una mañana llamaron a la puerta.

—¿Quién es?

—Soy yo, la zorra, ábreme.

—No puedo, estoy ocupada.

—Quería decirte que el sábado hay mercado. ¿Quieres venir conmigo?

—Con mucho gusto. Pasa a buscarme.

—Dime la hora exacta. No vaya a pasar lo mismo que el día de la feria.

—Digamos que a las siete, antes no puedo.

—De acuerdo.

Y se despidieron como buenas amigas.

El sábado por la mañana, antes del amanecer, la oca peinó las plumas de las oquitas, les dio hierba fresca, les recomendó que no abrieran a nadie, y partió. Eran apenas las seis cuando llegó la zorra. Las oquitas le dijeron que mamá ya había salido, y la zorra se puso a correr para alcanzarla.

La oca se había parado frente a un puesto de melones cuando vio que a lo lejos venía la zorra. No tenía tiempo de escapar. Vio un melón grande grande en el suelo, abrió un boquete con el pico y se metió dentro. La zorra empezó a dar vueltas por todo el mercado en busca de la oca. «Tal vez todavía no ha llegado», se dijo, y se dirigió al puesto de melones para elegir el mejor. Mordía uno, probaba el otro, pero la cáscara era siempre demasiado amarga y los descartaba todos. Al fin vio ese melón grande grande que había en el suelo. «¡Este sí que debe estar rico!», y le asestó una dentellada más fuerte que a los demás. La oca, que justo en esa parte tenía el pico, abrió un agujerito y escupió.

—¡Puf! ¡Puf! ¡Qué malo! —exclamó la zorra, y empujó el melón, que se alejó rodando. Rodó por una cuesta, se partió contra una piedra, la oca salió y corrió a su casa.

La zorra, después de recorrer el mercado hasta la puesta del sol, fue a llamar a la casita de hierro.

—Oquita, has faltado a tu palabra. No estabas en el mercado.

—Sí que estaba. Estaba dentro de ese melón tan grande.

—¡Ah, me has engañado otra vez! ¡Ahora ábreme!

—No, porque me comes.

—Mira oquita, que

—Subo a tu tejadito,
Bailo un bailecito,
Me pongo a bailar el rigodón

Y derribo tu lindo caserón.

Y la oca:

—Sube a mi tejadito,
Baila un bailecito,
Ponte a bailar el rigodón
No podrás derribar el caserón.

Patapún, patapán, pero la casa de hierro ni siquiera temblaba.

Pasó el tiempo. Un día la zorra volvió a llamar.

—Vamos, oquita, hagamos las paces. Para olvidar el pasado, hagamos juntas una buena cena.

—Será un placer, pero no tengo nada de tu gusto para ofrecerte.

—De eso me encargo yo; tú te encargas de cocinar y de servir la mesa.

Y la zorra empezó a ir y venir, ya con un salami, ya con una mortadela, o un queso, o un pollo, todo lo que podía robar en sus incursiones. La casita de hierro quedó colmada de alimentos.

Llegó el día fijado para la cena. La zorra, para tener más apetito, se había pasado dos días sin comer: pero ella, naturalmente, no pensaba en las mortadelas o los quesos, pensaba en el buen atracón que se daría con la oca y sus oquitas. Fue a la casa de hierro y llamó:

—Oquita, ¿estás lista?

—Sí, cuando quieras venir ya está todo listo. Sin embargo tendrás que resignarte a entrar por la ventana. La mesa servida llega hasta la puerta y no puedo abrirla.

—A mí me da lo mismo. El asunto es poder llegar a la ventana.

—Te tiraré una cuerda. Mete la cabeza en el lazo y yo te subiré.

La zorra, que no veía la hora de comerse a la oca, metió la cabeza en el lazo, pero no se dio cuenta de que tenía un nudo corredizo. Cuanto más tiraba, más la apretaba el nudo; cuanto más pataleaba, más la sofocaba. Quedó estrangulada, con los ojos desencajados y la lengua fuera. La oca aún no se fiaba, así que la dejó caer de golpe, y la zorra se quedó seca en el suelo.

—Venid, hijitos —dijo entonces la oca, abriendo la puerta—, venid a comer hierba fresca y a bañaros en el arroyo —y las oquitas por fin salieron de casa, aleteando, revoloteando y persiguiéndose unas a otras.

Un día la oca oyó un batir de alas y un griterío. Era la época del retorno de las ocas del pantano. «¡Si fueran mis hermanas!». Salió al camino y vio llegar una bandada, seguida por todas las oquitas recién nacidas. Se saludaron efusivamente, como buenas hermanas, y la oca les contó sus andanzas con la zorra. A las hermanas les gustó tanto la casita que fueron todas a ver al maestro herrero para que les fabricara una a cada una. Y aún hoy, no sé dónde, en un prado, existe la aldea de las ocas, cada cual en su casita de hierro, al amparo de las zorras.

(Siena)

95
EL AGUA EN EL CESTITO

Había una madre viuda que se casó con un padre viudo, y cada uno de los dos tenía una hija. La madre quería a la suya pero a la otra no. A la suya la mandaba a buscar agua con un cántaro, a la otra con un cestito. Pero el agua se escurría fuera del cestito, y todos los días esa pobre muchacha recibía una paliza de la madrastra.

Un día, cuando iba a buscar agua, el cestito se le cayó en la corriente. Se puso a correr y a todos les preguntaba:

—¿Habéis visto pasar mi cestito?

Y todos respondían:

—Sigue más allá que lo encontrarás.

Siguió más allá y encontró una vieja que se espulgaba, sentada en una piedra en medio de la corriente, y le dijo:

—¿Has visto mi canastito?

—Ven aquí —le dijo la vieja—, que tu cestito lo encontré yo. Mientras tanto, hazme un favor, busca un poco a ver qué tengo en la espalda, que me pica. ¿Qué tengo?

La muchacha mataba bichitos uno tras otro, pero para no mortificar a la vieja decía:

—Perlas y diamantes.

—Y perlas y diamantes tendrás —respondió la vieja. Y cuando estuvo bien espulgada, le dijo—: ven conmigo —y la llevó a su casa, que estaba llena de inmundicias—. Hazme un favor, buena niña: hazme la cama. ¿Qué encuentras en mi cama?

Esa cama caminaba sola de tantos bichos que tenía, pero la muchacha, para no ser descortés, dijo:

—Rosas y jazmines.

—Y rosas y jazmines tendrás. Ahora hazme otro favor, bárreme la casa. ¿Qué tienes que barrer?

—Rubíes y querubines —dijo la muchacha.

—Y rubíes y querubines tendrás —luego abrió un armario con vestidos de toda suerte, y le dijo—: ¿quieres un vestido de seda o un vestido de percal?

—Yo soy pobre —dijo la muchacha—, deme un vestido de percal.

—Pues yo te doy el de seda —y le dio un hermosísimo vestido de seda. Luego abrió un cofrecito y le dijo—: ¿quieres oro o coral?

—Déme coral —dijo la muchacha.

—Pues yo te doy oro —y le puso un collar de oro—. ¿Quieres aros de diamante o aros de cristal?

—De cristal.

—Te doy los de diamante —y le colgó diamantes de las orejas. Luego le dijo—: que seas bella, que tus cabellos sean de oro y que cuando te peines caigan rosas y jazmines por una parte y perlas y rubíes por la otra. Ahora vuelve a tu casa, y cuando oigas rebuznar al asno no te des la vuelta, pero cuando oigas cantar al gallo vuélvete.

La muchacha se dirigió a su casa; rebuznó el asno y no se volvió; cantó el gallo y se volvió; y le salió una estrella en la frente.

—¿Pero quién te ha dado esta ropa? —preguntó la madrastra.

—Madre, me la ha dado una vieja que había encontrado mi cestito, porque yo le maté las pulgas.

—Ahora sí que te quiero —dijo la madrastra—. De ahora en adelante tú irás por agua con el cántaro y tu hermana irá con el cesto —y a su hija, en voz baja—: ve a buscar agua con el cestito, déjalo bajar por la corriente, y síguelo: ¡tal vez puedas encontrar tú también lo que encontró tu hermana!

La hermanastra fue, tiró el cestito al agua y después fue tras él. Corriente abajo se encontró con la vieja.

—¿Has visto pasar mi cestito?

—Ven que lo tengo yo. Búscame en la espalda, que tengo algo que me pica —la muchacha empezó a matar bichitos—. ¿Qué tengo?

—Pulgas y sarna.

—Y pulgas y sarna tendrás.

La llevó a que hiciera la cama.

—¿Qué encuentras?

—Chinches y piojos.

—Y chinches y piojos tendrás.

La hizo barrer la casa.

—¿Qué encuentras?

—¡Una mugre que apesta!

—Y mugre que apesta tendrás.

Luego le preguntó si quería un vestido de arpillera o un vestido de seda.

—¡El vestido de seda!

—Pues yo te doy el de arpillera.

—¿Collar de perlas o collar de cordel?

—¡De perlas!

—Pues yo te doy cordel.

—¿Colgantes de oro o colgantes de parpalla?

—¡De oro!

—Pues yo te doy parpalla. Ahora vuelve a tu casa, y cuando rebuzne el asno date la vuelta, y cuando cante el gallo no te vuelvas.

Fue a casa, se volvió cuando rebuznó el asno y le salió una cola de burro en la frente. Era inútil cortar la cola, porque volvía a crecer. Y la muchacha lloraba y cantaba:

—Madre mía, dindán, dindén,
Cuanto más la corto más larga es.

A la muchacha con la estrella en la frente la pidió en matrimonio el hijo del Rey. El día en que debía venir a buscarla con la carroza, la madrastra le dijo:

—Ya que te casas con el hijo del Rey, hazme este favor antes de irte: lávame la cuba. Entra tú primero, que luego vengo a ayudarte.

Mientras la muchacha estaba en la cuba, la madrastra cogió un caldero para hervir agua, echársela dentro y matarla. Luego quería que su fea hija se pusiera el vestido de novia y presentársela al hijo del Rey cubierta con velos, de tal modo que se casara con ella. Mientras iba a buscar el caldero al fuego, su hija pasó junto a la cuba.

—¿Qué haces ahí dentro? —le preguntó a su hermana.

—Estoy aquí porque voy a casarme con el hijo del Rey.

—Déjame entrar a mí, así me caso yo.

La bella, siempre condescendiente, salió de la cuba y dejó entrar a la fea. Llegó la madre con el agua hirviendo y la vertió en la cuba. Creía haber matado a su hijastra, pero cuando se dio cuenta de que era su hija se puso a llorar y a gritar. Llegó su marido, a quien la hija ya se lo había contado todo, y le descargó una tunda de palos.

La hija hermosa se casó con el hijo del Rey y vivió feliz y contenta.

Largo cuento, angosto el camino,
Contad el vuestro que yo ya he contado el mío.

(Marcas)

96
CATORCE

Había un matrimonio con trece hijos varones. Les nació uno más, y lo llamaron Catorce. Creció deprisa y se hizo mayor; y la madre le dijo:

—Ya es hora de que tú también colabores con tus hermanos, que están arando en el campo. Toma este cesto con una colación para ti y para ellos, y llévaselo.

Le dio un cesto con catorce hogazas de pan, catorce hormas de queso y catorce litros de vino; y Catorce partió. A mitad del camino sintió hambre y dio cuenta de las catorce hogazas, las catorce hormas y los catorce litros de vino.

Los hermanos se quedaron con la boca reseca. Le dijeron:

—Toma un azadón y empieza a arar tú también.

—Sí —dijo Catorce—, pero quiero un azadón que pese catorce libras.

Los hermanos le encontraron un azadón que pesaba catorce libras.

—A ver quién ara primero hasta el linde del campo —dijo Catorce.

Los catorce se pusieron a arar; y Catorce llegó primero al linde del campo.

A partir de entonces, Catorce trabajó con sus hermanos; trabajaba por catorce pero también comía por catorce, y los hermanos se pusieron flacos como anchoas.

Entonces el padre y la madre le dijeron:

—¿Por qué no te vas a recorrer un poco el mundo?

Y Catorce se fue. Había un granjero[17-Tr] que necesitaba quince labradores.

—Yo trabajo por catorce y como por catorce —dijo él—. Si me coges con esa condición, yo acepto.

El granjero quiso ponerlo a prueba y lo cogió a él y a otro hombre, de manera que Catorce más uno sumaron quince. Fueron a arar, y por cada golpe de azada que daba el otro, Catorce daba catorce, y pronto aró todo el campo.

Cuando tuvo todo el campo arado, el granjero pensó que no le convenía pagarle y darle de comer por catorce, y urdió un plan para quitárselo de encima.

—Escúchame —le dijo—. Debes hacerme un servicio. Tienes que ir al Infierno con siete mulas y catorce cubos para cargarlos con oro de Lucifer.

—Claro que sí —dijo Catorce—, sólo necesito unas tenazas que pesen catorce libras.

En cuanto tuvo las tenazas, fustigó las mulas rumbo al Infierno. Cuando llegó a las puertas del Infierno, dijo a los diablos:

—Llamad a Lucifer.

—¿Qué quieres del jefe? —preguntaron los diablos.

Catorce les dio la carta de su patrón, que pedía que le llenaran de oro los catorce cubos.

—Baja —le respondió Lucifer.

Cuando bajó, catorce diablos se le echaron encima para devorarlo. Pero apenas los diablos abrían la boca, Catorce les agarraba la lengua con la tenaza y los mataba. Sólo quedó Lucifer, jefe de los diablos.

—¿Y ahora qué hago para llenarte de oro los catorce cubos si me has matado a los catorce diablos que tenían que cargarlos?

—Los cargo yo —dijo Catorce; llenó de oro los cubos y dijo—: gracias, me voy.

—¿Crees que te vas a ir así? —dijo Lucifer, y abrió la boca para comérselo. Catorce le apresó la lengua con la tenaza, lo levantó del suelo, se lo echó al hombro agarrado con la tenaza, y salió del Infierno con las mulas cargadas de oro.

Llegó a casa del patrón y ató al Diablo al pie de la mesa de la cocina.

—¿Ahora qué tengo que hacer? —dijo Lucifer.

—Llévate a mi patrón y vuelve al Infierno con él —dijo Catorce.

El Diablo no se lo hizo repetir; y Catorce se convirtió en el dueño de todo.

(Marcas)

97
JUAN EL FUERTE QUE A QUINIENTOS DIO MUERTE

Había una vez en Roma un leñador que se llamaba Juan. Un día, mientras cortaba una rama de encina, la rama lo aplastó, le rompió una canilla y lo mandó al hospital tres meses. Cuando ya no pudo aguantar el hospital, escapó y se vino a las Marcas. Un día estaba sentado y se quitó la venda de la herida, y sobre la herida se posaban las moscas. A cada mosca que se posaba, le daba un manotazo y la mataba. Cuando dejaron de ir, contó los insectos que había en el suelo: eran quinientos. Hizo un cartel y se lo colgó en el cuello: *Juan el Fuerte que a quinientos dio muerte*. Fue a la ciudad y se alojó en una posada.

Al día siguiente lo mandó llamar el Gobernador.

—Ya que eres tan fuerte —le dijo—, captura al Gigante que hay en los alrededores y que saquea a todo el mundo.

Juan fue al bosque y caminó hasta que encontró un pastor.

—¿Dónde está la gruta del Gigante? —le preguntó.

—¿Qué vas a hacer? Cuidado, que te come de un bocado —le dijo el pastor.

—Dame tres o cuatro requesones, que te los pago —dijo Juan. Y se fue con una pila de requesones bajo el brazo.

Cuando estuvo encima de la gruta del Gigante, se puso a zapatear fuerte para hacer ruido. Salió el Gigante.

—¿Quién vive?

Juan cogió uno de los requesones y dijo:

—Cállate la boca o te trituro como a esta piedra —y aplastaba el requesón de tal forma que los pedacitos se le salían entre los dedos.

Entonces el Gigante le preguntó si quería unirse a él. Juan le dijo que sí, tiró lejos los otros requesones y se unió al Gigante.

A la mañana siguiente, el Gigante, como se le había acabado la leña, cogió una cuerda muy larga y fue al bosque con Juan. Arrancó una encina de raíz con una

mano, y le dijo a Juan:

—Venga, lleva tú también una encina.

—Pero dime, Gigante —dijo Juan—, ¿no tendrías una cuerda algo más larga? Me gustaría enlazar todo el bosque y arrancarlo de un solo golpe, así no tendríamos que volver más a buscar leña.

—Un momento —le respondió el Gigante—. ¿Qué quieres, que se extingan los árboles y no tener leña? Basta con la que yo he cogido, déjame en paz, no planees desastres —cargó las dos encinas y Juan no tuvo que llevar ninguna.

Un día el Gigante quiso hacer una apuesta con el trompo: el que llegase más lejos con un tiro ganaría cien escudos. Tomó como cuerda una soga de molino, y como trompo una piedra molar. Tiró y llegó casi a una milla. Fue a buscar el trompo, marcó el lugar adonde había llegado, y le dijo a Juan:

—Es tu turno.

Juan se cuidaba bien de tocar la piedra, porque no hubiera podido moverla ni un dedo, pero se puso a gritar:

—¡Oooh! ¡Ooh! ¡Cuidado! ¡Oooh! ¡Apartaos todos!

El Gigante aguzó la vista.

—¿A quién le gritas? ¿Quién está allí? Yo no veo a nadie.

—¡Se lo digo a esos que están en el mar!

—Está bien, dejémoslo así, que si no ese trompo no lo volveremos a encontrar — y le dio los cien escudos sin necesidad del tiro.

Entonces Juan le propuso otra apuesta:

—Ya que eres tan fuerte, ¡a ver quién mete más hondo el dedo en una encina!

—¡Cien escudos más! —aceptó el Gigante.

Previamente Juan había hecho un boquete en una encina con un barreno y un cuchillo, y después había vuelto a poner la corteza para que no se notara. Fueron, y el Gigante introdujo medio dedo en el tronco; Juan apuntó al boquete que había hecho y hundió medio brazo.

El Gigante le dio los cien escudos, pero ya no le gustaba eso de convivir con un hombre tan fuerte. Y lo echó. Esperó a que Juan estuviera bajando por el monte y le arrojó una avalancha de pedruscos. Pero Juan, que no se fiaba, se había escondido en una caverna; y cuando oyó caer las piedras se puso a gritar:

—¿Qué pasa, caen cascotes del cielo?

El Gigante se dijo: «¡Al diablo! Le tiro peñascos y dice que son cascotes. ¡A este mejor tenerlo de amigo que de enemigo!». Y le dijo que volviera a su gruta. Pero siempre pensaba en el modo de librarse de él. Una noche, mientras Juan dormía, se acercó sigilosamente y le asestó un mazazo en la cabeza. Pero es necesario saber que todas las noches Juan ponía una calabaza en la almohada y dormía con la cabeza en el lugar de los pies. En cuanto el Gigante aplastó la calabaza, oyó la voz de Juan:

—¡Que me hayas roto la cabeza no me importa, pero eso de interrumpirme el sueño me lo pagarás!

El Gigante estaba cada vez más atemorizado. Pensó: «Lo llevaré a ese bosque, lo dejaré solo y los lobos lo harán pedazos».

—Ven, vamos a pasear un poco —le dijo a Juan.

—Sí —dijo Juan.

—¿Quieres echar una carrera? —preguntó el Gigante.

—De acuerdo —dijo Juan—, pero dame alguna ventaja, porque tienes las piernas más largas.

—¡Es justo! Te doy diez minutos.

Juan se lanzó a correr y no paró hasta encontrar un pastor con sus ovejas.

—¿Me vendes una? —le preguntó; la compró, sacó el cuchillo, la desventró y tiró las tripas, el hígado y todas las entrañas en medio del camino—. Si un Gigante te pregunta por mí —le dijo al pastor—, dile que para correr más rápido me saqué las tripas, y que así iba como el viento, y enséñale esas tripas que hay en el suelo.

A los diez minutos llega el Gigante a la carrera.

—¿Has visto a un hombre corriendo? —le pregunta al pastor.

El pastor le explicó lo de las tripas y se las enseñó.

—Dame un cuchillo que voy a hacer lo mismo —dijo el Gigante, y se abrió la panza de un extremo al otro, cayó al suelo y murió.

Juan, que se había encaramado a un árbol, bajó de un salto y se llevó, a lomos de dos bueyes, al Gigante a la ciudad, donde el Gobernador lo hizo quemar en medio de la plaza. Y a Juan le dio de comer toda la vida.

(Marcas)

98
GALLO CRISTAL

Había una vez un gallo que iba recorriendo el mundo. En el camino halló una carta, la recogió con el pico, la leyó; decía:

«Gallo cristal, gallina cristalina, oca Condesa, pata Abadesa, pajarito jilguerito, vamos todos a la boda de Pollito».

El gallo se puso en camino para ir a la boda; a los pocos pasos se encuentra con la gallina:

—¿Adónde vas, compadre gallo?

—Voy a la boda de Pollito.

—¿Puedo ir yo también?

—Si estás en la carta —y mira la carta; lee—: gallo cristal, gallina cristalina… Estás, estás, así que… en marcha.

Y los dos se ponen en camino. Al rato se encuentran con la oca.

—Oh, comadre gallina y compadre gallo, ¿adónde vais?

—Vamos a la boda de Pollito.

—¿Puedo ir yo también?

—Si estás en la carta —y el gallo vuelve a abrir la carta y lee—: gallo cristal, gallina cristalina, oca Condesa… ¡Estás! ¡En marcha!

Los tres salen caminando y se encuentran con la pata.

—¿Adónde vais, comadre oca, comadre gallina y compadre gallo?

—Vamos a la boda de Pollito.

—¿Puedo ir yo también?

—Pues sí, si estás en la carta —lee—: gallo cristal, gallina cristalina, oca Condesa, pata Abadesa… Estás. ¡Bueno, ven tú también!

Al poco rato se encontraron con el pajarito jilguerito.

—¿Adónde vais, comadre pata, comadre oca, comadre gallina y compadre gallo?

—Vamos a la boda de Pollito.

—¿Puedo ir yo también?

—¡Pues sí, si estás en la carta! —vuelve a abrirla—: gallo cristal, gallina cristalina, oca Condesa, pata Abadesa, pajarito jilguerito… también estás tú —y los cinco se pusieron en camino.

En eso se encontraron con el lobo, quien también les preguntó adónde iban.

—Vamos a la boda de Pollito —respondió el gallo.

—¿Puedo ir yo también?

—¡Sí, si estás en la carta!

Y el gallo volvió a abrir la carta, pero el lobo no estaba.

—¡Pero yo quiero ir! —dijo el lobo.

Y todos, por miedo, respondieron:

—Pues bueno, vamos…

Al poco trecho, el lobo dijo de pronto:

—Tengo hambre.

—Yo no tengo nada para darte… —le respondió el gallo.

—¡Entonces te como a ti!

Y el lobo abrió las fauces y se lo comió enterito. Un poco más tarde, repitió:

—Tengo hambre.

La gallina le respondió como había respondido el gallo, y el lobo también se la engulló. Y lo mismo hizo con la oca y la pata.

Quedaban sólo el lobo y el jilguerito.

—¡Pajarito, tengo hambre! —dijo el lobo.

—¿Y qué quieres que yo le haga?

—¡Entonces te como a ti!

Abrió la boca… y el jilguerito se le posó en la cabeza. El lobo se esforzaba por atraparlo, pero el pajarito revoloteaba por aquí, revoloteaba por allá, saltaba sobre un árbol, saltaba sobre una rama, luego volvía a la cabeza del lobo, a la cola, y lo volvía loco. Cuando el lobo estuvo bien cansado, vio que a lo lejos venía una mujer con un canasto en la cabeza, llevando comida a los segadores. El jilguerito llamó al lobo:

—Si me perdonas la vida, podrás darte un atracón de tallarines con carne, de los que esa mujer les lleva a los segadores. Porque cuando ella me vea, me querrá atrapar, yo huiré volando y saltaré de una rama a la otra. Ella dejará el canasto en el suelo y tú podrás comértelo todo.

En efecto, llegó la mujer, vio ese pajarito tan lindo y en seguida alargó la mano para atraparlo, pero el jilguerito se elevó en el aire. La mujer dejó el canasto y lo persiguió. Entonces el lobo fue hasta el canasto y comió.

—¡Socorro, socorro! —grita la mujer.

Llegan los segadores, unos con la hoz, otros con garrote, se lanzan sobre el lobo y lo matan. Del vientre salen, vivitos y coleando, el gallo cristal, la gallina cristalina, la oca Condesa, la pata Abadesa, y junto con el pajarito jilguerito se van a la boda de Pollito.

(Marcas)

99
LA BARCA QUE VA POR MAR Y POR TIERRA

Una vez un Rey hizo promulgar este bando:

«Quien sea capaz de fabricar una barca que vaya por mar y por tierra tendrá a mi hija por esposa».

En aquella región vivía un padre con tres hijos, y todo lo que poseía era un caballo, un burro y un lechón. En cuanto oyeron el bando, el hijo mayor dijo a su padre:

—Papá, vende el caballo, y con el dinero del caballo cómprame herramientas para fabricar barcas, y con las herramientas para fabricar barcas construiré la barca que va por mar y por tierra y me casaré con la hija del Rey.

Insiste hoy, insiste mañana; el padre, con tal de que lo dejara en paz, vendió el caballo y le compró las herramientas. El hijo se levantó temprano, y se fue al bosque con sus herramientas a cortar leños para fabricar la barca.

Ya tenía la barca a medio construir, cuando pasó un viejecito.

—¿Qué haces de bueno, hijo mío?

Y él:

—Lo que se me antoja.

Y el viejecito:

—¿Y qué se te antoja?

Y él:

—¡Duelas de tonel!

—Y duelas de tonel has de encontrar —dijo el viejecito, y se marchó.

Cuando por la mañana volvió al bosque donde había dejado la barca a medio hacer, los leños y las herramientas, no encontró nada más que una pila de duelas de tonel. Volvió a casa llorando como desesperado y contó a su padre la desgracia que le había ocurrido. ¡Figuraos la furia del padre, que por satisfacer su capricho se había quedado sin caballo! ¡Por poco lo degüella!

No había transcurrido un mes cuando al hijo de en medio también le tentó la idea

de tratar de construir la barca. Empezó a dar vueltas alrededor del padre y a fuerza de chillidos y suspiros lo obligó a deshacerse del burro para comprarle las herramientas necesarias y también él cogió las herramientas y se dirigió al bosque a cortar leños. Tenía la barca a medio construir cuando pasó el viejecito y le dijo:

—¿Qué estás haciendo, jovencito?

Y él:

—Hago lo que me gusta.

Y el viejecito:

—¿Y qué es lo que te gusta?

—¡Mangos de escoba!

—¡Y mangos de escoba has de encontrar! —dijo el viejecito, y volvió por su camino.

Al anochecer el hermano de en medio se va a su casa, come, duerme, y al salir el sol vuelve al bosque. Le pasó lo mismo que a su hermano: sólo encontró una pila de mangos de escoba.

—¡Te lo tienes merecido! —gritó el padre cuando también él fue, desesperado, a contarle lo sucedido—. ¡Todos os lo tenéis merecido, con esas ideas! ¡Y también yo, por haceros caso!

Entonces dijo el menor, que estaba presente:

—Bueno, ya que hemos hecho treinta hagamos treinta y uno. Papá, deja que yo también haga la prueba. Vendamos el lechón y volvamos a comprar las herramientas. Tal vez a mí me vaya mejor que a ellos.

En pocas palabras, vendieron el lechón y el hijo menor también tuvo sus herramientas para irse al bosque. Ya había completado la mitad de la barca cuando se presentó el viejecito de las otras veces.

—¿Qué haces, jovencito?

Y él:

—Estoy haciendo una barca que ande por mar y por tierra.

—Y una barca que ande por mar y por tierra has de encontrar —dijo entonces el viejecito, y se fue.

Por la noche el muchacho se va a su casa, come, duerme, y de mañana vuelve al bosque. Encontró la barca terminada en todos sus detalles, con las velas desplegadas; subió y dijo:

—Barca, anda por la tierra.

Y la barca se puso a viajar por el bosque con un andar tan terso como si navegara por el agua, enfiló hacia la casa y se presentó ante su padre y sus hermanos, que se quedaron como de piedra pómez.

El hijo menor, siempre diciendo «Barca, anda por la tierra», se dirigió al palacio del Rey. Cuando había que atravesar un río la barca flotaba, cuando tenían que atravesar llanuras o montañas la barca corría ligera sobre la tierra.

La barca ya la tenía, pero le faltaba la tripulación. Llegó a un río, allí se

encontraba la desembocadura de un riachuelo de menor caudal. Pero el agua del riachuelo no llegaba al río porque poco más arriba, arrodillado en la ribera, había un hombretón que se la bebía toda.

—¡Qué magnífica garganta tienes, buen hombre! —exclama el muchacho—. ¿Quieres venir conmigo, que te llevo al palacio del Rey?

El hombretón bebió un sorbo más, hizo gluglú, y dijo:

—Por qué no, ahora que ya he calmado un poco mi sed.

Y subió a la barca.

La barca viaja por agua y viaja por tierra y llega adonde había un hombretón que hacía girar una vara sobre el fuego. En la vara había ensartado un búfalo muy limpiamente.

—Eh —gritó el muchacho desde la barca—, ¿quieres venir conmigo, que te llevo al palacio del Rey?

—Por qué no —le respondió el hombretón—, pero espera a que me coma este pajarito.

Y cogió el búfalo atravesado en el palito y se lo engulló como si fuera un tordo. Después se embarcó y reanudaron el viaje.

La barca atravesó lagos y campos y llegó hasta donde había otro hombretón que se apoyaba de espaldas contra una montaña.

—¡Eh! —le gritó el dueño de la barca—, ¿quieres venir conmigo al palacio del Rey?

Y el hombretón:

—No puedo moverme.

—¿Por qué no puedes moverte?

—Porque sostengo la montaña con la espalda; si no, se cae.

—Pues deja que se caiga.

El hombretón mantuvo una mano apoyada en la montaña y saltó dentro de la barca; no bien la barca se puso en marcha se oyó, ¡bum!, un estruendo: la montaña se había venido abajo.

La barca atravesó caminos y colinas y llegó frente al palacio del Rey; el muchacho desciende y dice:

—Yo, Sacra Majestad, fui capaz de fabricar esta barca que va por agua y por tierra; en consecuencia, mantenga su palabra y deme a su hija por esposa.

Al Rey, que no se lo esperaba, no le hizo ninguna gracia, y se arrepintió de haber promulgado ese bando. Ahora tenía que entregar su hija a un muerto de hambre cualquiera, para colmo un desconocido.

—Te doy a mi hija —respondió el Rey— a condición de que tú y tu séquito os comáis el banquete que voy a ofreceros sin dejar siquiera un ala de pollo o una pasa de uva.

—De acuerdo. ¿Y para cuándo ese banquete?

—Para mañana.

Y ordenó preparar un banquete con un millar de platos. «Este andrajoso», pensaba, «no va a tener un séquito tan grande como para comérselo todo».

El dueño de la barca se presentó acompañado por una sola persona, el hombretón que se comía los búfalos como si fueran tordos. Come que te come, masticó diez manjares, uno tras otro; después deglutió cien, y más tarde trituró mil; y el Rey, que lo miraba mudo de asombro, volvió en sí para preguntar a los camareros:

—¿No queda nada en la cocina?

—Quedan algunas sobras.

Sirvieron las sobras, y el hombretón tuvo estómago para comerse hasta las migajas.

—Quedamos en que te casarías con mi hija, de acuerdo. Pero primero quisiera ofrecer a tu séquito todo el vino de mi bodega; pero tienen que bebérselo todo, sin dejar ni un poso en el vaso.

Vino el que se bebía los ríos y empezó por empinar un tonel, luego un barril, luego una damajuana; terminó por echar mano a dos botellitas de malvasía que el Rey tenía guardadas como reserva y también se las mandó al fondo.

—Que quede bien claro —dijo el Rey—, yo no me opongo en absoluto a darte a mi hija. Pero junto con mi hija está la dote: la cómoda, el aparador, la cama, el lavamanos, la ropa blanca, los cofres con los tesoros y todo lo que hay en casa. Es necesario que te lo lleves de una sola vez, ahora mismo, con mi hija encima de todo.

—¿Tienes ganas de hacer un poco de fuerza? —preguntó el muchacho al hombre que sostenía las montañas.

—¡Pues claro! —dijo él—. ¡Si ésa es mi pasión!

Van al palacio.

—¿Todos listos? —dicen a los faquines—. ¿Sí? Entonces empecemos a cargarle las cosas al hombro.

Empezaron a poner armarios, mesas, cofres con joyas, y sobre su espalda se hizo una montaña que llegaba hasta el tejado; y la hija del Rey tuvo que escalar la torre para subirse a la cima. En cuanto se instaló la hija del Rey, el hombretón le dijo:

—Agárrese fuerte, Princesa.

Echó a correr con la pila a las espaldas, llegó a la barca y saltó a bordo.

—Ahora vuela, barca mía —dijo el muchacho.

Y la barca atravesó la plaza, las carreteras, los campos.

El Rey, que miraba desde su cuarto, gritó:

—Deprisa, mis fieles: ¡seguidlos, detenedlos, traédmelos encadenados!

El ejército sale a la carga, pero lo único que consiguen es comer el polvo levantado por la barca, y se quedaron a mitad de camino con la lengua fuera.

El padre del muchacho, al ver que su hijo menor regresaba con la barca atiborrada de riquezas y la hija del Rey vestida de novia, sintió que se le ensanchaba el corazón. El muchacho mandó levantar un palacio que era una maravilla. Regaló un piso a su padre y a sus hermanos y uno a cada uno de sus compañeros y se quedó con el resto

para él y para su esposa, la hija del Rey.

(Roma)

100
EL SOLDADO NAPOLITANO

Tres soldados habían desertado del regimiento y vagaban por el campo. Uno era romano, otro florentino y el más pequeño napolitano. Tras haber recorrido el campo de un extremo al otro, la oscuridad los sorprendió mientras atravesaban un bosque.

—Muchachos —dijo el romano, que era el de más edad—, no conviene que nos vayamos a dormir los tres; hay que hacer turnos de guardia de una hora cada uno.

Empezó él, mientras los otros dos, arrojando las mochilas en tierra y desenrollando las mantas, se tendían a dormir. Casi había completado su hora de guardia cuando del bosque salió un gigante.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó al soldado.

Y el romano, sin mirarlo siquiera a la cara:

—A ti no te debo explicaciones.

El gigante se le viene encima; pero el soldado, más veloz, desenvaina el sable y le corta la cabeza. Después coge la cabeza con una mano, el cuerpo con la otra, y lo echa todo a un pozo. Limpia el sable con mucho cuidado, lo devuelve a la vaina, y llama a su compañero para que lo releve. Pero antes de despertarlo pensó: «Mejor que no le diga nada, si no este florentino se asusta y escapa…». De modo que cuando el florentino se despertó y preguntó si había alguna novedad, él respondió:

—No, no. Todo está en calma.

Y se fue a dormir.

El florentino empezó a montar guardia, y estaba a punto de completar su turno cuando también a él se le presentó un gigante igual al anterior y le preguntó:

—¿Se puede saber qué andas haciendo por aquí?

Y él:

—No te debo explicaciones ni a ti ni a nadie.

El gigante se le echa encima, pero el soldado actúa con mayor rapidez y de un sablazo le separa la cabeza del cuerpo. Después coge la cabeza y el cuerpo y lo echa todo a un pozo. Había llegado la hora del relevo, y el florentino pensó: «A este

napolitano miedoso mejor no le digo nada. Si se entera de que suceden cosas como ésta, se escapa y que le echen un galgo».

En efecto, cuando el napolitano le preguntó si había alguna novedad, respondió:

—Ninguna, quédate tranquilo.

Y luego se fue a dormir.

El soldado napolitano estuvo de guardia casi una hora, y el bosque permanecía en silencio. De pronto se oyen unos pasos en la espesura y sale un gigante.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Y a ti qué te importa? —exclamó el napolitano.

El gigante levantó una mano que lo hubiese aplastado como a una tortilla, pero el soldado fue más rápido, alzó la espada y lo decapitó. Luego lo arrastró al pozo y lo arrojó al fondo. Ahora le correspondía despertar de nuevo al romano, pero entonces pensó: «Primero quiero averiguar de dónde venía ese gigante». Y se internó en el bosque. Avistó una luz y se acercó a una cabaña. Miró por el ojo de la cerradura y vio tres viejas que charlaban junto al fuego.

—Ya es medianoche y nuestros maridos no aparecen —decía una de las viejas.

—¿Les habrá pasado algo? —decía otra.

—Casi casi tendríamos que ir a ver si los encontramos, ¿qué os parece? —dijo la tercera.

—Vamos en seguida —convino la primera—. Yo llevaré la linterna que permite ver hasta cien millas a la redonda.

—Y yo —dijo la segunda— llevaré la espada que de un golpe extermina un ejército.

—Y yo el fusil capaz de matar a la loba del palacio del Rey —dijo la tercera.

—Vamos.

Y abrieron la puerta.

El napolitano estaba esperándolas con su espada detrás del quicio. Salió la primera, linterna en mano, y el soldado ¡zas!, la dejó seca sin darle tiempo a decir «amén». Salió la segunda y ¡zas!, la mandó a abonar la tierra. Salió la tercera, y ¡zas!, la tercera.

El soldado ahora tenía la linterna, la espada y el fusil de esas brujas, y quiso ponerlos a prueba de inmediato: «Veamos si estas viejas chochas decían la verdad». Alzó la linterna y a cien millas de distancia vio un ejército con lanzas y escudos, alineado para defender un castillo, y en la terraza del castillo estaba encadenada una loba de ojos fulgurantes.

—Quitémonos la curiosidad —dijo el soldado.

Levantó la espada y la hizo girar en el aire. Después volvió a enfocar la linterna y observó: todos los soldados estaban tendidos en tierra, muertos, con las lanzas astilladas y los caballos patas arriba. Entonces cogió el fusil y disparó a la loba, que murió en el acto.

—Ahora quiero ir a verlo de cerca —dijo el soldado.

Caminó hasta llegar al castillo. Golpeó, llamó, nadie respondía. Entró, recorrió todos los cuartos y no se veía un alma. Pero he aquí que en el cuarto más bello, sentada en una poltrona de terciopelo, encontró una hermosa joven adormecida.

El soldado se acercó, pero ella seguía durmiendo. Del pie se le había caído una zapatilla. El soldado la recogió y se la guardó en el bolsillo. Después besó a la joven y se fue de puntillas.

No bien se hubo marchado la muchacha se despertó. Llamó a las damiselas que estaban en el cuarto contiguo, también dormidas. Las damiselas se despertaron y acudieron a verla.

—¡Se ha roto el encantamiento, se ha roto el encantamiento! ¡Nos despertamos! ¡La Princesa se ha despertado! ¿Quién habrá sido el caballero que nos liberó?

—Rápido —ordenó la Princesa—, mirad por las ventanas a ver si hay alguien.

Las damiselas se asomaron y vieron el ejército exterminado y la loba tendida.

—Rápido —dijo entonces la Princesa—, corred a ver a Su Majestad mi padre y decidle que vino un valeroso caballero, desbarató el ejército que me tenía prisionera, mató a la loba que me custodiaba y me liberó del encantamiento, dándome un beso. —Se miró el pie descalzo y dijo—: y además se llevó la zapatilla de mi pie izquierdo.

El Rey, feliz y contento, hizo colgar anuncios en toda la comarca:

«Quien se presente como salvador de mi hija la recibirá por mujer, ya sea un Príncipe o un andrajoso».

Entre tanto el napolitano había vuelto a reunirse con sus compañeros. Ya había amanecido y los despertó.

—¿Por qué no nos has llamado antes? ¿Cuántos turnos de guardia has hecho?

—Como no tenía sueño decidí quedarme de guardia —dijo el napolitano, que no tenía ganas de contar todo lo que había pasado.

Los días transcurrieron, y en el país de la hija del Rey nadie se había presentado aún para solicitar su mano como su legítimo salvador.

«¿Pero cómo es posible?», se preguntaba el Rey.

A la Princesa se le ocurrió una idea.

—Papá, hagamos lo siguiente: abramos una hostería en el campo, con tres camas para dormir, y en el cartel ponemos: «Aquí se come, bebe y duerme gratis tres días». Vendrá tanta gente que por fuerza algo habremos de averiguar.

Así lo hicieron, y la hija del Rey trabajaba de hostelera. Un día llegan los tres soldados, famélicos como lobos. Pasan cantando, como era su costumbre aunque estuvieran muertos de hambre, leen el cartel y el napolitano observa:

—Muchachos, aquí se come y se duerme gratis.

—¡Sí, vaya que sí! —dicen sus compañeros—. Ponen eso para burlarse del prójimo.

Pero la Princesa hostelera había salido a la puerta, y los invitó a entrar asegurándoles que lo que leían era cierto. Los tres entraron y la Princesa les sirvió una cena de señores. Luego se sentó a la mesa con ellos y dijo:

—¿Y qué tal, sabéis alguna novedad, vosotros que venís de otros lugares? Yo, sola en medio del campo, no me entero de nada de lo que ocurre.

—¿Qué quieres que te contemos, patrona? —dijo el romano. Y así, haciéndose el modesto, le contó la historia de cuando estaba de guardia y se le había presentado el gigante y él lo había decapitado.

—¡Caramba! A mí también me pasó lo mismo —exclamó el florentino, y contó la historia de su gigante.

—¿Y a ti? —le preguntó la Princesa al napolitano—. ¿No te pasó nada?

Sus camaradas se echaron a reír.

—¿Qué quieres que le haya pasado? Este amigo nuestro es tan miedoso que si de noche ve temblar una hoja sale corriendo y no se le ve el pelo en una semana.

—¿Por qué lo tratáis así, pobrecito? —dijo la joven, insistiendo para que él también contara algo.

—Si queréis saberlo —dijo entonces el napolitano—, mientras vosotros dormíais a mí también se me presentó un gigante, y lo liquidé.

—¡Bum! —exclamaron en broma sus compañeros—. Sólo de verlo te habrías muerto del susto. Basta: no queremos oír ni una palabra más. Vamos a acostarnos.

Y lo dejaron solo con la hostelera.

La hostelera le daba de beber y le insistía que siguiera contando. Así fue como poco a poco él se lo contó todo: las tres viejas, la linterna, el fusil, la espada, y la hermosa joven dormida que había besado, llevándose luego la zapatilla.

—¿Y conservas todavía esa zapatilla?

—Es ésta —dijo el soldado, extrayéndola del bolsillo.

Entonces la Princesa, muy contenta, le siguió dando de beber hasta que cayó dormido; luego dijo al sirviente:

—Llévatelo a esa habitación que he hecho preparar; quítale las ropas y déjale vestimentas de Rey sobre la silla.

Por la mañana el napolitano se despertó y se encontró en una cámara revestida de oro y brocado. Fue a buscar sus ropas y encontró vestimentas de Rey. Se pellizcó para asegurarse de que no estaba soñando, y al ver que no recobraba el conocimiento tocó una campanilla.

Entraron cuatro lacayos con librea, haciéndole reverencias.

—Ordenad, Alteza. ¿Habéis descansado bien, Alteza?

El napolitano no cabía en sí del asombro.

—¿Pero os habéis vuelto locos? ¡Qué Alteza ni qué puñetas! Traedme mi ropa que quiero vestirme y terminar con esta comedia.

—Pero calmaos, Alteza. Habéis de afeitaros, habéis de peinaros.

—¿Dónde están mis compañeros? ¿Dónde habéis puesto mis cosas?

—Ya vienen, ahora os lo traeremos todo, pero permitid que os vistamos, Alteza.

Cuando comprobó que no había otro modo de quitárselos de encima, el soldado los dejó hacer: lo afeitaron, lo peinaron y le pusieron esas ropas de Rey. Luego le

trajeron chocolate, pasteles y confituras.

—¿Pero puedo ver a mis compañeros o no? —preguntó cuando terminó el desayuno.

—En seguida, Alteza.

E hicieron entrar al romano y al florentino, que cuando lo vieron vestido de ese modo se quedaron boquiabiertos.

—¿Pero de qué te has disfrazado?

—¿Vosotros no sabéis nada? Yo sé tanto como vosotros.

—¡Quién sabe qué estás maquinando! —dijeron los compañeros—. ¡Quién sabe cuántas patrañas le contaste anoche a la patrona!

—Palabra que no dije ni una patraña —replicó el napolitano.

—¿Y entonces qué está pasando?

—Yo os diré lo que está pasando —dijo el Rey, entrando en ese momento con la Princesa, vestida con su manto más precioso—. Mi hija era víctima de un encantamiento y este joven la liberó.

Y entre preguntas y respuestas se enteraron de todo lo sucedido.

—Por esa razón —dijo el Rey—, lo caso con mi hija y lo nombro mi heredero. En cuanto a vosotros dos, no os preocupéis. Os nombraré Duques, porque si no hubierais matado a los otros dos gigantes mi hija no habría sido salvada.

Las bodas se celebraron en medio de la alegría general.

Comieron pan en mendrugos
Y gallina con microbios,
Vivan los novios, vivan los novios.

(Roma)

NOTAS SOBRE LOS RELATOS

Las siglas hacen referencia a los volúmenes (u opúsculos, o manuscritos) citados en la bibliografía. Los números que siguen a las siglas hacen referencia al número de orden de los relatos en los diversos volúmenes; si en un volumen los relatos no están numerados, se cita el número de página con la inicial *p*. No uso siglas (ni referencias bibliográficas) para los clásicos como Straparola, Basile, Perrault, Grimm, etcétera.

Para cada uno de los cuentos transcritos ofrezco los siguientes datos: la referencia bibliográfica (habitualmente con la abreviatura) de la versión original que seguí, el título de dicha versión original (en dialecto, cuando dispongo de él), el sitio donde se recogió esa versión (también la fecha, si dispongo de ella, aunque por lo general hago referencia a la fecha de publicación del libro del cual extraje el relato) y, en todos los casos en que obtuve tal información, el nombre y la profesión del narrador. Señalo, por último, los casos en que la versión por mí adoptada no estaba publicada en dialecto.

En el cuerpo de la nota, además de eventuales reflexiones sobre el cuento, constan los cambios que introduje en el texto original; a continuación —después de algunas indicaciones sobre la fortuna literaria del «tipo» en cuestión— ofrezco un catálogo de versiones y variantes del mismo «tipo» en las diversas regiones italianas; tal catálogo no tiene la pretensión de ser completo, sino que sólo alude a los textos que tuve oportunidad de examinar[18-Tr].

1. *Juan sin miedo (Giovannin senza paura)*: Inicio la recopilación con un cuento del cual, a diferencia de todos los demás, no cito la versión empleada, porque las versiones de las diversas regiones de Italia son muy similares y yo me atuve libremente a la tradición común. No sólo por esta razón me complazco en ponerla en primer lugar, sino también porque se trata de uno de los cuentos más simples y, a mi juicio, más bellos. Al igual que su imperturbable protagonista, no se frunce jamás; se distingue de las innumerables «historias de horror», basadas en muertos y espíritus, porque demuestra una tranquila firmeza ante lo sobrenatural, sin someterse a la sujeción de lo ignoto. Además, me complazco en comenzar con éste porque quizá sea el único del que guardo un recuerdo familiar: me acuerdo que mi padre se refería a él como a una historia que él había escuchado de chico, contada por viejos cazadores en dialecto de San Remo. (Pero era de un árbol de donde caían los miembros humanos. *A geccu*? *A gecca!*: «¿Tiro?». «¡Tira!»). La tradición italiana sigue en el género un esquema narrativo que me parece notablemente distinto del de la *Historia de uno que fue en busca del miedo* de los Grimm (4; quizá más cercana a nuestro 80, más difundido en Europa). Parece seguro que el tipo es de origen europeo, pues no se lo encuentra en Asia. La desaparición del hombre parte por parte no está en la tradición;

la puse por propia iniciativa, para establecer una relación simétrica con la aparición parte por parte. El final de la sombra lo tomé de una versión sienesa (Degub, 22), y no es sino una simplificación de un final más difundido: a Giovannin le dan un ungüento para volver a pegar las cabezas cortadas; él se corta la suya y se la pega al revés; se ve la espalda y le da tanto miedo que se muere.

He visto versiones, a menudo con el mismo título, todas recogidas en la Italia septentrional y central: Lombardia (Tirab, *Gioaní sensa paura*) y Véneto, Friul, Trentino, Venecia Julia (G. I. Patuzzi, *A proposito d'una fiaba*, Verona 1895; Zorz, p. 162; Schen, 52; Ping, 12), Emilia (Coron. S. 33), Liguria (Andr. 15, 55), Toscana (Ner. 44,. Degub. 22, Pitrè T. 40), Marcas (Comp. 12, combinada con los tres dones mágicos). En Sicilia existe el cuento del remendón, ligeramente distinto (Gris. 17).

2. *El traje de algas (L'uomo verde d'alghe)*: de Andr. 7, *Tribord-amure*, Mentón, narrado por la viuda Lavigna (publicado en francés).

Esta historia marinera traslada a un insólito escenario un esquema muy difundido en toda Europa: el del hermano menor arrojado al pozo para liberar a la princesa y luego abandonado (*cf.* nuestro 78). La recopilación de Andrews sólo ofrece resúmenes muy sintéticos, en francés: por lo cual, tanto en este cuento como en los siguientes extraídos del mismo libro, trabajé por mi cuenta en todo salvo en la trama. El nombre de Baciccin Tribordo es mío, y sustituye al original y poco claro *Tribord-Amure*. En el texto el que rapta a la princesa no es un pulpo sino un dragón, que se transforma no en salmonete sino en caracol (y me pareció que era demasiado simple capturarlo). [*N. del T.*: El nombre Baciccin proviene de «baciccia»: una persona gorda y, además, una denominación con que burlonamente se conoce a los genoveses; «Tribordo» significa «estribor». Preferí conservar el nombre en su forma italiana].

3. *La nave de tres pisos (Il bastimento a tre piani):* de Andr. 2 y 27, *Le roi d'Angleterre* y variante, Mentón, narrado por Giuanina Piombo llamada La Mova y por Angelina Moretti (publicados en francés).

Los comercios navales afortunados, con cargamentos excepcionales que llegan a puertos donde esa mercancía es indescriptiblemente preciosa, son imágenes populares de fortuna recurrentes en varios cuentos, urdidos con diversas tramas (*cf.* también nuestro 173, siciliano). En este cuento de Mentón, los curiosos motivos de la nave «de tres pisos» y de las islas habitadas por animales, se entretejen con el tipo muy difundido de la yegua hechizada (en Andr. 2 era el caballo el que daba consejos) y de los animales agradecidos (*cf.* nuestros 6 y 79). Yo manejé libremente las dos versiones sintetizadas por Andrews.

También el principio, con el padrino desconocido y la recomendación de cuidarse del bizco, el cojo y el tiñoso, está muy difundido: por ejemplo, en Lombardia (Visen. 5), en el Friul (*Pagine Friulane*, VII, n.°. 10), en Cerdeña (Guar. 9, 10).

4. *El hombre que sólo salía de noche (L'uomo che usciva solo di notte*); de Andr., 14

y 21, *Le diamant* y variante, Mentón, narrados por Irene Gena e Irene Panduro (publicado en francés).

Cuento lleno de cosas curiosas; la más curiosa de todas es la referencia a las mujeres-esbirro, ofrecida como una información histórica sobre una peculiar organización de policía. En la primera variante de Andrews el marido se transforma en sapo.

La muchacha que mediante sus poderes mágicos obliga a los jóvenes que desean seducirla a pasar la noche cerrando una ventana que siempre vuelve a abrirse también se encuentra en cuentos recogidos en Toscana (Pitrè T. 24) y Sicilia (Gonz. 55).

5. *¡Y siete! (E sette!)*: de Andr. 4, 23, 47, *Les trois fileuses* y variantes I y II, las dos primeras recogidas en Mentón, la tercera en Ciotti (Latte) en territorio italiano (publicadas en francés).

Una historia conyugal y motivos maravillosos e iniciáticos (el nombre secreto que hay que recordar) se mezclan en este antiguo relato de difusión europea (de origen inglés, o sueco o alemán, según los estudiosos), que en el siglo XVII recibió tratamiento literario tanto en Italia (Basile, IV, 4, *Le sette contennuzze*) como en Alemania.

He hallado otras versiones en Lombardia (Visen. 22), Friul (Zorz. III, p. 138), Trentino (Schn. 55), Abruzos (Den. 15), Campania (Coraz. 17), Sicilia (Gonz. 84). Es idéntico al 14 de los Grimm, mientras que al 55 (*Rumpelstilzchen*, sin las hilanderas, pero con un ayudante mágico cuyo nombre hay que adivinar) corresponde la friulana Zorz. II, p. 28.

6. *Cuerpo-sin-alma (Corpo-senza-l'anima)*: de Andr. 46, *Corps sans ame*, Riviera ligur, Arzene (¿Arzeno d'Oneglia quizá?); publicado en francés.

Este Giuanin ligur se diferencia de los demás héroes liberadores de princesas por una metódica prudencia que llega a la desconfianza (es uno de los pocos que, apenas recibido un don mágico, siente la necesidad de corroborarlo antes de creer en él), digno hijo de esa madre que, antes de dejarlo ir a correr mundo, quería que demostrase una constancia que le permitiera derribar árboles a puntapiés. Fui fiel al texto, aunque intenté darle un ritmo.

El motivo del caballo (o de la yegua) que ayuda a superar las pruebas está muy difundido en Europa y Asia. En Straparola aparece en la *novella* (III, 2) de Livoretto de Túnez, llamado Porcarollo. Otras versiones populares vistas por mí con el caballo o la yegua (y los animales agradecidos): Piamonte (Comp. 16), Toscana (Comp. 5), Abruzos (Finam. II, Den. 31), Pulla (Gigli 6), Lucania (Lar. 5), Sicilia (Pitrè 34), Córcega (Ort. 24). La gratitud de los animales obtenida a través de la equidad en el juicio se encuentra en la *novella* (que, según creo, sigue la tradición de un cantar caballeresco) de Fortunio en Straparola (III, 4) y está presente en muchos cuentos populares, en Lombardia (Visen. 37), Istria (Bab. 1), Toscana (Degub. 23, Comp. 32,

25), Ciociaria (Targ. 4), entre los griegos de Calabria (*La Calabria*, IX, n.os 1 y 2), en Sicilia (Pitrè 106). El motivo del ogro o mago que revela dónde se oculta el secreto de su vida también se encuentra en el cantar *trecentesco* de Antonio Pucci, *Gismirante*, y es frecuente en el folklore toscano (Imbr. 1; Pitrè T. II, 19).

7. *El dinero lo hace todo (Il danaro fa tutto)*: de Andr. 64, *L'argent fait tout*, Génova, narrado por Caterina Grande (publicado en francés; restaurado en genovés: *O dinâ ô fa tutto*, en Amedeo Pescio, *Terre e vita di Liguria*, Trevisini, Milán, sin fecha).

Esta narración de ilustre origen oriental (se halla en el *Pancha Tantra*) subraya, en esta versión genovesa, su moral utilitaria y mercantil. (El aplauso final del rey era, en este sentido, excesivamente drástico; yo quise dar —como es justo— su parte de mérito al ingenio…).

De la India pasó, durante el Medievo, a la tradición oral italiana y a la narrativa literaria (Giovanni Fiorentino, IX, 2; Ciecco Da Ferrara, canto II; Sansovino, VIII, 8). Se lo reencuentra en versiones populares de Lombardia (Visen. 34), Venecia (Bern. III, 2), Friul (Zorz. II, p. 59), Toscana (Pitrè T. 5; Degub. 8), Umbría (Mor. 5), Lacio (Targ. 8), Pulla (Gigli 9), Sicilia (Gonz. 68; Pitrè 115, 116, 289). Véanse los extensos comentarios de G. Cocchiara, *Il paese di Cuccagna e altri saggi di folklore*, Turín, 1956, cap. I (bibliografía 10).

8. *El pastor que nunca crecía (Il pastore che non cresceva mai)*: de *A bela Bargaglina de tre me je chi canta*, Péntema (Torriglia, Génova), narrado por la campesina Maria Manchero (en *Due fole nel dialetto del contado genovese, raccolte de* P. E. Guarnerio, Génova, 1892).

Son características de esta variante genovesa de la muy difundida historia de las «tres naranjas» los encuentros con criaturas que parecen surgidas de los cuadros de Hieronymus Bosch: mujeres pequeñísimas que se acunan en cáscaras de nuez o de huevo. Idénticos encuentros hallamos en otra versión genovesa (Andr. 51) algo menos original, y testimonian un gusto popular goticizante sedimentado en Liguria.

Para el tipo «tres naranjas» *cf.* nuestro 107. El motivo del rapto de la hija de una bruja, con persecución y lanzamiento de objetos mágicos que se transforman en montes, bosques, etc., está difundido en muchas regiones, por ejemplo Emilia (Coron. S. 19), Abruzzo (Finam. 4), Campania (Coraz. 10), Sicilia (Pitrè 13).

9. *La nariz de plata (Il naso d'argento)*: de Carr. 3, *Il diavolo dal naso d'argento*, de Langhe (publicado en italiano).

En el Piamonte, Barbazul es Nariz de Plata; sus víctimas no son sus mujeres sino las muchachas que van a servirlo, y la circunstancia no se modela sobre las crónicas de los crueles arbitrios feudales, como en Perrault, sino sobre las leyendas teológicas del Medievo: Barbazul es el diablo, y el cuarto de las mujeres asesinadas es el Infierno. La nariz de plata sólo la he encontrado en esta versión resumida en italiano por Carraroli, pero el Barbazul-Diablo y las flores en el cabello y las astucias para

volver a su casa pude encontrarlas en toda la Italia septentrional (*cf.* también Grimm, 46; pero en Grimm 3 hay un similar esquema narrativo, referido no al Infierno sino al Paraíso), y uní la descarnada versión piamontesa con una boloñesa (Coron. S. 27, *La fola del Diavel*) y una veneciana (Bern. 3, *El Diavolo*).

10. *La barba del Conde (La barba del Conte)*: inédito, recogido por Giovanni Arpino en julio de 1956, en Bra (narrado por Caterina Asteggiano, vieja del asilo, y por Luigi Berzia), en Guarene (narrado por Doro Palladino, campesino), en Narzole (narrado por Anneta Taricco, doméstica) y en Pocapaglia.

No creo que esta larga narración, que mi amigo el escritor Giovanni Arpino transcribió y unificó a partir de diferentes versiones mediante variantes y añadidos de Bra y sus contornos, pueda ser descrita como *fiaba* sino como leyenda local, muy tardía en parte (en lo que respecta, por ejemplo, a los pormenores geográficos) aunque seguramente no anterior al siglo XIX, con elementos heterogéneos: explicación de una superstición local (las horquillas de la Masca Micillina), leyenda campesina antifeudal como las que existen en muchos países septentrionales, curiosa estructura de narración policial a lo Sherlock Holmes, todo ello adornado con divagaciones no indispensables para la historia (como la del viaje desde África a la aldea natal —que, me dice Arpino, existe además como narración autónoma— y todas las características referencias a las peripecias pasadas y futuras de Masino, que nos hacen pensar en la posible existencia de un «ciclo de Masino», héroe astuto y trotamundos de una aldea cuyos habitantes tienen, por el contrario, fama de ser lentos y tranquilos), parte en verso (de éstos, Arpino y yo hemos ofrecido sólo lo que podíamos traducir con cierta eficacia), con imágenes grotescas que al parecer son elementos fijos de la tradición, como la bolsita debajo de la cola de las gallinas, los bueyes tan flacos que los limpiaban con el rastrillo, el Conde a quien peinan la barba cuatro soldados, etcétera.

11. *La niña vendida con las peras (La bambina venduta con le pere)*: de Comp. 10, *Margheritina*, Monferrato (publicado en italiano, texto ms. en dialecto: *Mirgaritinnha*, Ferr. 27).

Cambié el nombre de la muchacha —Perita en lugar de Margheritina— e inventé el motivo del peral y de la vieja (en el original los auxilios mágicos provienen del hijo del rey, víctima de un sortilegio) para crear una continuidad con el tema de la comunión pera-muchacha.

Se encuentra, con toda su complejidad, también en Toscana (Degub. 2, Marz. 74); muy difundidos, por lo demás, son los motivos de la segunda parte, con los diversos modos de superar los obstáculos en el camino.

12. *La serpiente (La biscia)*: de Comp. 25, *Le tre sorelle*, de Monferrato (publicado en italiano; texto ms. en dialecto: Ferr. 93).

Una preciosa y opulenta narración de las *Piacevoli Notti* (III, 3), la de Biancabella

y la serpiente, una de las más hermosas de Straparola, es narrada aquí, por el contrario, con una descarnada solidez campesina, entre prados para segar *(siè ir prá)*, fruta y estaciones. Añadí el episodio del granado de frutos inalcanzables para enriquecer un pasaje algo esquemático de la versión piamontesa, recurriendo a la *Isabelluccia* sienesa de Gradi, construida sobre los motivos de éste y otros cuentos y donde el auxilio sobrenatural proviene de un pez rojo y dorado.

Hay un pez en lugar de una serpiente en las versiones toscanas (Gradi, p. 141, Imbr. 13, Pitrè T. II, 4) y un sapo en la romañola *Ohimè* (Toschi 4). La serpiente figura también en una versión tridentina (Schn. 40). Hay otros cuentos similares en Toscana (Degub. 13), Abruzos (Den. 19), Sicilia (*cf*. nuestros 150 y 193, de Pitrè 61 y 62).

13. *Los tres castillos (I tre castelli)*: de Com. 62 y 22, *Lo specchio incantato* e *Il pastorello fortunato*, de Monferrato (publicados en italiano; texto ms. en dialecto: Ferr. 109 y 80).

Los dos cuentos monferrinos publicados por Comparetti son variantes del mismo tipo. Tomé el comienzo del *Specchio incantato* y la continuación del *Pastorello fortunato*. No agregué nada; sólo subrayé algún hallazgo que ya existe en el texto (el del recaudador de impuestos), y los movimientos rítmicos.

También lo encontré en Bergamasco (Tirab. 6; más distinto: *I tri mahi*).

14. *El príncipe que se casó con una rana (Il principe che sposó una rana)*: de Comp. 4, *La moglie trovasa con la frombola*, de Monferrato (publicado en italiano; *cf*. texto ms. en dialecto: Ferr. 31).

El cuento de la esposa-rana está difundido en toda Europa; los estudiosos han contado hasta trescientas versiones. Confrontándola, por ejemplo, con la de los Grimm (63), o incluso con *La princesa-ranita* de Afanasjev, esta variante que podemos llamar italiana (porque se presenta con mucha homogeneidad en toda la península, si bien el sistema de las *sfransiaje*, de los hondazos para encontrar esposa, es bastante raro; yo me inspiré libremente en las diversas versiones) se distingue por una índole lineal y una lógica casi geométricas.

Versiones muy similares en Lombardia (Visen, 48), Trieste (Ping. 18), Toscana (Pitrè T. II, 8 var. 2, Prato 3, Marz. 2, Imbr. 20), Umbría (Prato var. en el 3), Marcas (Gianan. 4), Lacio (Zan. 25), Abruzos (Den. 14), Campania (Coraz. 18, Amal. 4). Suele contarse una versión bastante distinta (una joven nace con forma de rana —o ratón, o pájaro— y el príncipe se enamora de ella sin verla) en Venecia (Bern. II, p. 59), en el Trentino (Schn. 29), Dalmacia (Fors. 4, 11), Emilia (Vecchi 4). En Calabria (Dífr. 28), la mujer encontrada en la zanja es un hada, no una rana. En Sicilia (Pitrè 45) una princesa gibosa es sometida a las mismas pruebas. Véase también nuestro 63. Fuera de Italia, en el mismo cuento suele aparecer una gata en vez de una rana, como en la primera versión literaria que se conoce: *La chatte blanche*, de Madame

d’Aulnoy (1710), de la que acaso derive la versión toscana, Marz. 30.

15. *El papagayo (Il pappagallo)*: de Comp. 2, *Ir Papagal* de Monferrato. Sobre este cuento véase cuanto digo en la pág. 44 de la *Introducción*. Combiné ampliamente las dos versiones publicadas por Comparetti: la monferrina (2, *Ir Papagal*) y la pisana (i, *Il Pappagallo*), acentuando las características de suspense y situando las interrupciones en los momentos culminantes.

El papagayo que, mediante uno o más cuentos, salva la castidad de una muchacha o una señora, se encuentra en las antiguas tradiciones hindúes (el *Cucasaptati*). En Italia lo encontré en Piamonte (Comp. 2), Toscana (Comp. 1), Calabria (Lomb. 19), Sicilia (Pitrè 2), Cerdeña (Lor. 11). En todas estas versiones se halla, entre los relatos narrados por el papagayo, el de la muñeca de la cual se enamora el hijo de un rey, que también aparece como narración autónoma en Mentón (Andrews, *Annales de la Soc. des Lettres Sciences et Arts des Alpes Mar*., VIII, 162), en Abruzos (Den. 25), Calabria (Difr. 6), Sicilia (Pitrè 3).

16. *Los doce bueyes (I dodici buoi)*: de Comp. 47, *I dodici buoi*, de Monferrato (publicado en italiano; texto ms. en dialecto: Ferr. 117).

Los cuentos de la hermana que salva al hermano o los hermanos transformados en bestias pueden dividirse en dos grupos: el de la maldición de los siete hijos (como en Basile, IV, 8 o en Grimm 9, 25) y el del único hermano transformado en cordero (como en Grimm 11 o en nuestro 178). Lo más habitual es que los hermanos se transformen en aves (cisnes, cuervos, palomas), y la primera versión italiana se remonta al año 1190 en el *Dolopathos* de Johannes de Alta Silva (y añadamos que la última parece ser la de Andersen, *De vilde svaner*, «Los cisnes salvajes»). En Italia, puede hallárselo también en Liguria (Andr. 62), Emilia (Coron. 19), Toscana (Marz. 35, Pitrè T. II, 9, Giann. 12), Abruzos (Finam. 53, Dem. 7). En algunas de estas versiones la hermana es aprisionada por un pez, como en nuestro 101.

17. *Cric y Croc (Cric e Croc)*: de Comp. 13, *Cric e Croc* de Monferrato (publicado en italiano; texto ms. en dialecto: Ferr. 6).

Es una de las historias más antiguas e ilustres que se conocen, y en ella se ejercitaron generaciones de estudiosos de narrativa comparada. La versión monferrina que hemos adoptado es fiel a la tradición más antigua y le añade los curiosos nombres de los personajes y una ágil exhibición de astucia provinciana.

Heródoto (*Historias*, II, 121) refiere difusamente la leyenda egipcia del tesoro del rey Ramsés, principal fuente de la vasta tradición narrativa de los ladrones astutos puestos a prueba por un poderoso. La cabeza cortada para impedir el reconocimiento del cadáver se encuentra también en Pausanias, donde se narra el mito de Trofonio y Agamedes (*Descripción de Grecia*, IX, 372). Ya a través de los griegos, ya a través de la tradición oriental, el cuento ingresa en la literatura medieval en las diversas traducciones del *Libro de los siete sabios* y otros textos italianos, ingleses y

alemanes. Hay muchas versiones literarias en los *novellieri* italianos, empezando por la latina de Sercambi (13). Bandello (I, 25) aún ambienta los hechos en el antiguo Egipto, que en cambio se transforman en relato contemporáneo con Mastro Bindo y el Dux de Venecia en el *Pecorone* (IX, 1) y con Cassandrino, el ladrón de Straparola (I, 2). Para toda esta tradición (que llega hasta el Heine del *Romancero*), véase: Stanislao Prato, *La leggenda del tesoro di Rampsinite*, Como, 1882. Entre las versiones populares italianas, además de esta piamontesa, encontré las de Emilia (Coron. 2, Coron. S. 39), Lunigiana (Adolfo Bartoli, *Una novellina e una poesía popolare gragnolese*, Florencia, 1881, opúsculo celebratorio), Toscana (Degub. 29, Prato, *op. cit.*, Pitrè T. 41), Sicilia (Pitrè 156, 160), Cerdeña (*cf.* nuestro 193). También hay una apuesta entre un poderoso y un ladrón en la *novellina abruzzesa* (Finam. 24) de donde extrajimos nuestro 117, pero el esquema y las diversas pruebas difieren notablemente del tipo «Ramsés» tal como se propagó en Italia y tienen más parentescos con variantes extranjeras, como la que encontramos en Grimm (192) y en Afanasjev *(El ladrón)*. Nuestro 123, *Cricche, Croché e Manico d'Uncino*, encontrado en Toscana (Gradi, p. 105) y Campania (Amal. 13), también es una historia de ladrones que se desafían entre sí, pero lo único que tiene en común con ésta son los nombres. (También el de Manico d'Uncino o Manecancine presenta una curiosa concordancia con el monferrino *Porta-cau-sin-ha*).

18. *El Príncipe canario (Il Principe canario)*: de *'L Canar in*, Turín (publicada por Giuseppe Rúa en Arch., VI, 1887, 401).

Este cuento turinés, con su patetismo de balada, desarrolla un motivo de tradición medieval, incluso literaria. (El *lai* de María de Francia, *Yonec*, es sin embargo muy distinto: la historia de un adulterio). Añadí, por mi parte: el traje amarillo y las botas del príncipe; la descripción de la metamorfosis con el agitarse de alas; las noticias de las brujas que han recorrido el mundo, y algunas travesuras estilísticas.

En Italia, llegó, a través de una probable tradición renacentista, hasta Basile, quien se sirvió de ésta para su bellísimo *cunto* del príncipe Verdeprato (II, 2). Pero la versión literaria más popular, aun entre nosotros, es quizá la de Madame d'Aulnoy, *L'oiseau bleu* (1702), evocada hasta en los nombres de los personajes en la larga y rica versión calabresa *Fiorilla* (Difr. 4). A esta piamontesa se parecen las versiones lombardas (Visen. 17) y toscana (Pitrè, T. 4), mientras que la veneciana (Bern. 17) se relaciona más con nuestro 188 siciliano, (Pitrè 38). Una circunstancia similar, aunque con un príncipe serpiente en lugar de pájaro, se halla en Basile, II, 5, a la cual se aproxima el abruzo Finam. 21. El episodio del árbol de las brujas es común a muchos cuentos y leyendas que aluden al famoso «nogal de Benevento» (*cf.* notas a nuestros 90 y 184).

19. *Rey Crin (Re Crin)*: de *La storia del re crin*, Monteu da Po (Turín). (Recogido por Antonio Airetti y publicado por Pitrè en *Arch.*, I [1882], 424).

De ilustre ascendencia (porque ciertamente está emparentado —al menos en el motivo del marido que no puede ser visto con su aspecto verdadero— con el mito de *Eros y Psique*), el cuento del rey puerco es uno de los más difundidos en Italia. Este, piamontés, tiene un principio lleno de bríos; la continuación repite —con las nueces para quebrar, la noche junto al esposo dormido, etc.— un motivo difundido también en otros tipos, de los cuales puede encontrarse una versión más rica en nuestro 140.

Ya Straparola le dedicó una narración (II, 1) al rey puerco, pero más rica y poética es la tradición oral, que se repite con suma fidelidad en otras versiones recogidas en Monferrato (Comp. 9, 51), Dalmacia (Fors. 1), Emilia (Coron. 1), Toscana (Imbr. 12), Umbría (Prato, var. en el 4), las Marcas (Gianan. 3), Abruzos (Den. 41), Campania (Coraz. 4), Sicilia (Gonz. 42). Similares características e igual difusión, aunque más orientada hacia la zona meridional tiene el *Rey serpiente* (*cf.* nuestro 144): Toscana (Prato 4, Degub. 14), Campania (Coraz. I, Amal. 8, D'Am. 4), Calabria (Difr. I), Sicilia (Gonz. 43; Pitrè 56). En otras partes el rey es un oso (Toscana: Gradi, *La vigilia di Pasqua di Ceppo*, págs. 26-43; un rey disfrazado de oso se encuentra en una variante umbra de Prato), o de cuervo (Lombardia: Imbr. p. 176; Venecia: Bern. III, 15), o caballo (Calabria: *La Calabria*, V, n. 2; Difr. 2, Lomb. 21; Sicilia, Pitrè 12), o sapo (Romaña: P. Toschi, *Romagna solatia*, Trevisini, Milán, s.f.), o araña (Abruzos: G. Finamore, *Arch*., III, 362), o cangrejo (Calabria: Lomb. 2), o dragón (Piamonte: Comp. 66). Ninguna versión italiana alcanza el extremo de deshumanización del n.° 127 de los Grimm, que lo transforma en un horno.

20. *Los bielleses, gente dura (I biellesi, gente dura)*: de *Il Buon Dio, il contadino e la rana*, Valdengo (publicado en italiano en Virginia Majoli Faccio, *L'incantesimo della mezzanotte [Il Biellese nelle sue leggende]*, Milán, 1941).

Existe también en Trieste, atribuido a los friulanos (Ping. 51).

21. *El tiesto de mejorana (Il vaso di maggiorana)*: de Imbr. p. 42, *La Stella Diana*, Milán.

La rústica galantería del «desdén» en versos sostiene esta grácil trama narrativa de difusión europea, ya *in nuce* en la *Viola* de Basile (II, 3), junto con otros motivos. Los versos (que aquí he combinado libremente) varían en las diversas regiones, aunque siempre siguen el mismo repertorio de bromas.

Véase también en la zona mantuana (Visen. 1) y de Bergamasco (Tirab. 13), en Istria (Ive 1), Toscana (Pitrè T. 13, Marz. 53), Lacio (Zan. 17), Abruzos (Den. 22), Campania (Amal. 6), Calabria (Lomb. 37), Sicilia (Pitrè 5, Gonz. 35, Gris. 18), Cerdeña (Mango 12).

22. *El jugador de billar (Il giocatore di biliardo)*: de Imbr. p. 411, *El re del sol*, Milán.

De original sólo tiene el comienzo, que lo sitúa como cuento de origen urbano: el jovencito desocupado que frecuenta los cafés, el señor desconocido desafiado a jugar

al billar; luego se pasa a lo sobrenatural, pero, quizá por sugerirlo ese comienzo, el antiguo motivo de las muchachas que se bañan (las muchachas-paloma) se carga con una fantasía de alcoba de la ciudad. El final truncado es mío.

El motivo del jugador se combina a menudo con el de las muchachas que se bañan y con la persecución y el lanzamiento de objetos mágicos; pero por lo común el protagonista apuesta su alma al Diablo: Friul (Zorz. p. 3), Trentino (Schn. 27), Abruzos (Finam. 41). Otro grupo de cuentos con jugador es el de la reina que siempre gana (en *Sicilia*, Pitrè 24).

23. *El lenguaje de los animales (Il linguaggio degli animali)*: de Visen. 23, Bobo, Mantua (publicado en italiano).

El hombre que entienda el lenguaje de los animales será papa: es una antigua tradición europea también incluida por los Grimm (33), con su sabor medieval, de teología medio satánica y de ciencia de los «bestiarios». El descubrimiento de la desnaturalizada orden del padre por medio del relincho de los caballos y el ofrecimiento de su vida por parte del perro son mis variantes del tema.

También existe exactamente igual en Monferrato (Comp. 56). Esta leyenda tiene elementos comunes con otra que tuvo éxito en las recopilaciones de narraciones religiosas del Medievo, tanto católicas como judías: se trata de un niño que comprende el lenguaje de los animales y escucha a los pájaros que profetizan que sus padres se humillarán ante él y, por habérselo comunicado, es expulsado y vagabundea por el mundo hasta convertirse en rey o en papa. La leyenda (que conserva algo del episodio bíblico de José) fue atribuida a los papas Silvestre II e Inocencio III; Afanasjev nos refiere una versión rusa *(El lenguaje de los pájaros)*; fue también recogida en Sicilia por Cocchiara (en Reitano di Messina, inédita).

Para el tipo en su conjunto, véase G. Cocchiara, *La leggenda di Re Lear*, Turín, 1932, págs. 83-89. Un joven que entiende la lengua de los pájaros, junto a dos hermanos con otras virtudes, también se encuentra en las compilaciones clásicas (Straparola, VII, 5; Basile, V, 7). El motivo del conocimiento fatal del lenguaje animal también está en un cuento de las *Mil y una noches* que se introdujo en la tradición popular italiana (*cf*. nuestro 177).

24. *Las tres cabañas (Le tre casette)*: de Visen. 31, *Il lupo*, Mantua (publicado en italiano).

Es la muy conocida historia de los tres cerditos, que en esta versión mantuana tiene una gracia nueva, con las tres hermanitas que construyen las cabañas, en lugar de los tres animales, pero conserva ese carácter de danza jovial y aterradora que Walt Disney supo transmitir en una de sus creaciones más felices.

Los tres cerditos a menudo son tres patitos en Italia: *cf*. nota a nuestro 94.

25. *El campesino astrólogo (Il contadino astrologo)*: de Vis. *Gàmbara*, Mantua.

Antigua historia de Bertoldo sobre la astucia campesina, con el aldeano detective,

la burla de la astrología (hecho insólito en el folklore) y un cierto rencor de la gente de campo hacia la gente que sirve en las casas, súbitamente disuelto en un compañerismo cómplice.

Difundida en toda Europa y Asia, incluida en las más antiguas compilaciones literarias hindúes y en los *novellieri* europeos del Renacimiento, semejante a menudo hasta en el nombre del protagonista, que las más de las veces es «cámbaro» como en Grimm (98), y en otras «ratón» o «grillo». [*N. del T.:* Para conservar el juego de palabras, alteré levemente el nombre del personaje: de Gámbara a Cámpara. En italiano, cámparo se dice «gambero».] Es rara en las recopilaciones de los folkloristas italianos; encontré algo similar en un cuento siciliano (Gris. II, 26).

26. *El lobo y las tres muchachas (Il lupo e le tre ragazze)*: de *El loo o le tre putèle*, Pacengo sul Lago di Garda (en Arrigo Balladoro, «Due fiabucce popolari veronesi», tomado de *Giamb. Bas.*, IX, n.°. 6).

Caperucita roja, cuento que no se puede llamar popular en Italia, debe haber llegado al Garda a través de Alemania (el final se parece más a la versión de los Grimm que a la de Perrault) pero con la variante de una Caperucita multiplicada por tres. Las rimas reiteradas en el diálogo con el lobo son una arbitrariedad personal, para seguir el tono de cierto ritmo del original: *Vago a Borgoforte a catar me mama che sta mal de morte. [N. del T.:* en la versión de Calvino, se lee: *—Dove corrí cosí forte?—. —Da mía mamma a Borgoforte, che le e preso mal da morte—. —Cosa porti in quelle sported—. —Quatro fiaschi e quattro torte—*]. Las que llamé *torte* son en el original *spongàde*, especie de panecillos. En este tenue contexto, eludí una progresión sumamente truculenta: el lobo mata a la madre y con los nervios hace la cuerda de una tranca, con la carne una tortilla y con la sangre, vino. La niña tira de la cuerda y dice: *Che corda molegata che te gh'e, mama* [Qué cuerda tan nudosa tienes, mamá], y así continúa mientras come la tortilla y bebe el vino.

Según los estudiosos, *Caperucita roja* jamás fue un cuento popular, ni en Italia ni en ninguna parte, porque su fama no se basa en una tradición oral, sino en el espontáneo *Petit Chaperon Rouge* de Perrault, que tiene un ritmo de danza, o en la versión más cruda de los Grimm. Así, exactamente fieles a esta tradición literaria, se presentan los símiles italianos (todos septentrionales): un *Capusót rôss* piamontés (Farin 3), una *Baretina rôussa* friulana (Zorz., II, págs. 12, 33), un *Cappellin rosso* tridentino (Schn. 6) y un *Cappuccetto rosso* romañés (Ander. 30, 31). Más interesante es el abruzo Den. 12 (de donde procede nuestro 116), que combina diversos motivos pero conserva el famoso diálogo entre la niña y el lobo acostado. En esta versión véneta, la broma que la niña le gasta al lobo que después se venga, la relaciona con el tipo de nuestro 49, *Tío Lobo* (véase G. Vidossi, «Note a due novelline», en *Lares*, I, 1937). También tiene alguna semejanza con el lobo de Caperucita Roja la *Mamma-Draga* acostada con la cola oculta, en la siciliana Pitrè 127 (de la que proviene nuestro 168). El mantuano Visen. 31 (del que procede nuestro 24) se acerca más, en

cambio, al tipo «tres cerditos».

27. *El país donde nunca se muere (Il paese dove non si muore mai)*: de «Una leggenda della Morte», Verona (publicado por Arrigo Balladoro en *Lares*, I, 1912, fase. 2-3, págs. 223-226).

Entre los muchos cuentos o leyendas de provisional victoria sobre la muerte, éste se distingue por su gusto gótico: esos viejos y sus condenas, esos huesos dispersos, ese carro de zapatos gastados. Y además, paisajes cambiados después de siglos, y el asombro del hombre que vuelve a su aldea después de múltiples generaciones. Sólo añadí el tamaño de la barba de los viejos.

El mismo final, con la muerte-carretera que aferra al hombre que regresa del Paraíso terrestre a su aldea natal, se encuentra en un cuento toscano (Ner. 33). En uno piamontés (Comp. 50), en cambio, el protagonista no desciende del caballo y regresa a la Isla de la Felicidad, donde vive aún hoy. También se encuentra en Abruzos (Den. 75) y en Córcega (Ort. 28).

28. *El devoto de San José (Il devoto di San Giuseppe)*: de Ball. 42, *Quel che Tera divoto de San Giusepe*, Verona.

El tono de esta versión veronesa es de una desenvoltura casi volteriana, lo cual no debe llamarnos a engaño sobre los orígenes y significado de la leyenda, que contiene en sí misma un germen de debate teológico, y que como tal se difundió en toda Italia y otros países católicos. Ya Alejandro Dumas padre, en dos libros sobre recuerdos napolitanos, *El Corricolo* e *Historia de los Borbones de Nápoles*, dice que un famoso predicador la había narrado desde el púlpito para afirmar entre los «holgazanes» partenopeos la supremacía del culto a San José; y el pecador devoto era el famoso bandolero Mastrilli. Un reciente estudio sobre el argumento (Guido Tammi, *Il devoto di San Giuseppe nella leggenda popolare*, Edizioni dell'Ateneo, Roma, 1955), que retoma la indagación de Pitrè y confronta varias versiones populares, sostiene que la leyenda, cuya estructura recuerda las Disputas medievales entre la Justicia Divina y la Virgen que intercede por los pecadores, se concretó en esta forma en la época de la Contrarreforma, en el impulso que le dio la Iglesia al culto de San José, y acaso sea creación de un predicador poco experto en los problemas de la gracia. El padre Giovanni Crisóstomo de Términi la refirió desde el púlpito en Palermo, en 1775, y fue denunciado y arrestado por la Inquisición.

Tammi publica, además de una versión siciliana de Pitrè (*Fiabe e leggende*, Palermo, 1888, págs. 247 y ss.) y de la napolitana de Dumas, las versiones irpina, vigevanesa, milanesa, vicentina, sienesa, bresciana y friulana (además de una española y una canadiense). La leyenda reaparece además en un poemita de Eduardo de Filippo (*Il Paese di Pulcinella*, Nápoles, 1951, págs. 59 y ss.).

29. *Las tres viejas (Le tre vecchie)*: de Bern. 16, *Le tre vede*, Venecia.

Basile (I, 10) transmitió a esta historia toda su fascinación por lo macabro. En el

texto veneciano que seguí, la vieja se pone en la boca *conjetura de bon odor* y escupe en la mano del joven que pasa; sustituí la escupida por un pañuelo que se deja caer.

Vi versiones recogidas en Toscana (Marz. 62), Abruzos (Finam. 75, Den. 64), Sicilia (Gonz. 73).

30. *El príncipe cangrejo (Il principe granchio)*: de Bern. III, 10, *El Granzio*, Venecia.

Cuento más bien raro, en una original versión completamente acuática, con ese complicado laberinto de conductos subterráneos, el personaje de la muchacha valiente y nadadora, la rítmica escena del pequeño concierto sobre las rocas con las ocho damiselas. Mis intervenciones en el texto se limitan a una especificación mayor del personaje de la princesa en cuanto atenta observadora de las costumbres de los peces; de los canales subterráneos, algo confusos en el texto; del funcionamiento de la envoltura del cangrejo; y a una acentuada coreografía de las damiselas en las rocas.

Descubro esta mención a una variante montañesa en el Trentino: «En Val di Primiero existe la historia de un cámbaro bajo cuya forma se ocultaba un príncipe encantado. Una princesa se afana en liberarlo y va a orillas del mar montada sobre un haz de heno. Encanta con su música al hada de las aguas y a todos los peces, y le quita el clavel que tenía en la frente, en el cual residía la virtud de los encantamientos. Los otros peces vuelven a ser hombres como antes, y el cámbaro se convierte en su esposo». (Angelo Nardo Cibele, *Zoología popolare veneta*, Palermo, 1887).

31. *Muda por siete años (Muta per sette anni)*: de Bern. III, 12, *La sorela muta per set'ani*, Venecia.

Un motivo muy difundido en Europa pero raro en Italia —la heroica obstinación en fingirse muda para salvar a los hermanos— confiere una singular fuerza narrativa a este cuento en el que se alternan elementos de narración familiar e infantil, de leyenda demoníaca, de novela de aventuras y —con el original relieve que le otorga el silencio de la víctima— el famoso tema medieval de la esposa perseguida.

Encontré una sola variante en las compilaciones italianas, bergamasca (Tirab. 15), pero podemos incluir todo el cuento en uno de los tipos más universalmente difundidos, el de la maldición de los siete o doce hijos que la hermana luego ha de salvar. Véanse el 9 y el 48 de los Grimm, y nuestros 16 y 178.

32. *El palacio del hombre muerto (Il palazzo dell'omo morto)*: de Bern. III, 13, *L'omo morto*, Venecia.

Es la misma y hermosa historia de la «Introducción» al *Pentamerone*. Pero basta un momento de distracción del narrador, que en cierto momento, en vez de decir «calle» dice «Canalazzo», para que este cuento melancólico encuentre en Venecia un escenario casi natural, y el palacio del hombre muerto se transforme en uno de los enmohecidos y decadentes palacios de la Laguna, y la esclava mora, aquí más que en otros relatos, evoca los botines obtenidos en el Levante. Es insólito el final, con ese

giro melancólico: *e i ga vivesto sempre felici e contenti, e gnanca di lori n se ghe ne parla piú*.

Hay otras versiones en Lombardia (Tirab. *La préda dla passiú*), Abruzos (Den. 73), Campania (*cf*. Imbriani, *E sette mane-mozze, in dialetto di Avellino, Principato Ulteriore*, Pomigliano d'Arco, 1877), Sicilia (Gonz. II, Pitrè 66), Cerdeña (Mango 10).

33. *Manzano y Cascarón (Pomo e Scorzo)*: de Bern. III, 2, *Pomo e Scorzo*, Venecia.

Momentos de gran teatro trágico tiene la historia (de origen hindú muy probablemente) del hermano petrificado en el *Cuorvo* de Basile (IV, 9); y Gozzi, que no dejó de advertirlo y de ella tomó el argumento para el mejor de sus cuentos teatrales: *Il corvo*. Más patético es el *Fiel Juan* de los Grimm (6). Un poco hermano, un poco servidor, es el «Scorzo» o «Bella Scorza» de las versiones populares que comienzan con la doble concepción por parte de una reina y una criada que comen, respectivamente, una manzana y su cáscara.

Así se presenta el cuento en Emilia (Coron. S. 21) y las Marcas (*Vita pop. march*., I, n.° 1). «Belpomo o Bellascorza» también figuran en cuentos sin la escena de la petrificación, en el Piamonte (Carr. 1) y el Abruzzo (Den. 4). El mayordomo petrificado aparece en Toscana (Imbr. 30), la versión italiana más alejada de Basile. En cambio, sólo dos hermanos figuran en otras versiones, en el Piamonte (Comp. 29), Lombardia (Visen. 9), Friul (Zorz. III, p. 119), Toscana (Marz. 11), Emilia (Coron. S. 20), Calabria (Difr. 19, Lomb. 45), Sicilia (Gonz. 40). En Calabria también aparece una hermana petrificada (Lomb. 31). Para el motivo del joven que llega hasta la bella mediante un águila u otro animal de metal, *cf*. nota a nuestro 7.

34. *El Mediohombre (Il dimezzato)*: de Bern. III, 9, *El Mezo*, Venecia.

La historia de Pietro Pazzo, quien, capaz de realizar todos sus deseos por la virtud que le transmitiera un pez, hace madre a la princesa que se reía de él, fue narrada con gran jovialidad por Straparola (III, 1), y los estudiosos no son reacios a creer que pueda tratarse de una historia no importada, sino de origen italiano. Similar es la historia de Peruonto en Basile (I, 3), que recibe sus poderes mágicos por haber hecho sombra a tres hijos de hada adormecidos. Esta versión veneciana posee la característica de tener, en lugar del habitual héroe tonto, un héroe partido en dos.

Las versiones populares se acercan tanto a la variante de Straparola como a la de Basile, o bien mezclan elementos de ambas. Las he visto recopiladas en Lombardia (Visen. 47), Liguria (Andr. 56), Toscana (Ner. 38, Pitrè T. 30, Bald., p. 61), Sicilia (Pitrè 178). Para el motivo inicial (robo del perejil e hijo prometido) *cf*. nuestro 86. El motivo del pez que concede todos los deseos es —tomado aisladamente— de difusión europea (recuérdese el cuento en verso de Pushkin) y aparece también en alguna versión popular italiana (Toscana, Ner. 38; Sicilia, Pitrè 102). Para otros motivos de objetos mágicos que permiten realizar cualquier deseo, *cf*. nota a nuestro

42. En cuanto a los seres divididos dotados de poderes sobrenaturales, se los encuentra en el folklore de todo el mundo: en Sicilia, en un cuento infantil (Pitrè 129), está *La menzu-gaduzzu*; en Benevento, en un cuento sobre «el mundo subterráneo», se encuentra *'nu miezzo cristiano* (Coraz. 19). [*N. del T.:* El cuento citado de Puskhin es *Shazka o rybake i rybke*, «Historia del pescador y el pez»].

35. *El abuelo invisible (Il nono che non si vede)*: de Bern. III, 14, *Testa da beco e rede da lievro*, Venecia.

El castigo de la muchacha, en la versión veneciana, es la transformación de la cabeza en un hocico de carnero con orejas de liebre. Sin embargo, como así el cuento se asemejaba en exceso a otra versión del mismo tipo transcrita en esta obra (el 67, *Cabeza de búfala*), sustituí la metamorfosis en animal por el crecimiento de la barba, como en otras variantes, una toscana (Com. 3, *La Barbuta*, Pisa) y una abruza (Finam. 1, *La Bhèlla Mandúche*, Ortona a Mare). La toscana *Cabeza de búfala* y las muchas otras versiones que cito en la nota que le corresponde, se cuentan entre los más misteriosos y «etnológicos» cuentos de hadas italianos; esta variante veneciana intenta tener, por el contrario, una lógica clara y propia. Hasta el castigo para la muchacha que olvida un objeto recibe una «explicación»: su transgresión impidió que se quebrase el encantamiento.

36. *El hijo del Rey de Dinamarca (Il figlio del Re di Danimarca)*: de *El fio del re de la Danimarca* (cuento popular veneciano, publicado e ilustrado al cuidado de Francesco Sabatini; tomado de *Gli Studi in Italia*, a. III, vol. II, fase. 2, Roma, 1880).

Quién sabe cómo, en este cuento que entreteje motivos tradicionales, se fijó esa denominación de *fio del Re de la Danimarca*, que acaso derive de alguna reminiscencia teatral, inspirada en una atmósfera de vaga melancolía.

El repudio del rey bellísimo y soberbio es también el punto de partida del mantuano Visen. 42, del romano Zan, I (de donde procede nuestro 102) y del avellinés Amal. 10, donde el desarrollo, antes que mágico, es de romance caballeresco. El rey bellísimo cubierto por los siete velos también figura en el cuento siciliano Pitrè 38 (de donde procede nuestro 188), muy semejante al veneciano Bern. 117.

37. *El niño en la bolsa (Il bambino nel sacco)*: de Gort. p. 118, *Pierissut*, Cedarchis (Udine).

Sobre las características del cuento infantil, *cf.* mis comentarios en las págs. 43 y ss. de la *Introducción*. Intenté ofrecer un ejemplar típico, con toda la libertad a la que me creí autorizado, dada la tosquedad de los textos. Los nombres Pierino Pierone y Strega Bistega son míos *[N. del T.:* En la traducción, facilité la adaptación y las rimas transformándolos en Pedrito Pedrón y Bruja Bibruja], derivados de la *Margarite Margaritón* de los versitos friulanos. Esta orientación me indujo a hacer hablar a todos los personajes en verso. También es mío el verso de la codorniz y el cazador

(en el texto, el niño grita y lo liberan unos muchachos que jugaban a las canicas); asimismo, la escalera de ollas (en el texto, la bruja intenta subir por la chimenea haciendo una escalera con la cuchara, el cuchillo y el tenedor).

La historia del niño en la bolsa tiene difusión europea. Con un nombre similar al de la versión que seguí (Piereto, Perolin) se la encuentra en la Venecia Julia y en la Venecia Tridentina (Ping. 19, Prat. 5), y con el nombre de Rosseto en Venecia (Bern. II, p. 78); otras versiones en Toscana (Buchettino, Pitrè T. 43, 44; Marz. 20) y Emilia (*Zanninein*, Coron. 8).

38. *¡Cuacuá! ¡Pégate acá! (Quaquà! Attaccati là)*: de Zorz. II, p. 140, *Pa…! — Tàchiti là…!*, Cormons (Udine), narrado en 1911 por Giovanni Minen, de sesenta y seis años, organista parroquial.

En versiones algo desmembradas nos ha llegado esta antigua y misteriosa historia (difundida en toda Europa) de la princesa que no ríe, de la que tenemos un primer tratamiento literario en un poema inglés del siglo XV, *The Tale of a Basyn*. Esta versión friulana no difiere mucho de la de los Grimm (6), pero es rica y divertida. El protagonista es aquí un tiñoso; la tiña aparece en los cuentos de hadas ya como signo de fortuna, ya como de perversidad.

También se encuentra en Venecia (Bern. III, 1), Zara (Fors. 7), Toscana (Degub. 25), el Lacio (Zan. 26), Sicilia (Gris. 13). En lugar del pato pueden encontrarse: un canasto de flores, un pañuelo rojo, una bandera, un silbato.

39. *La camisa del hombre contento (La camicia dell'uomo contento):* de Zorz, II, p. 47, *Cui isel contènt in chist mont?*, Cormons (Udine), narrado en 1912 por Orsola Minen, doméstica, instrucción elemental.

Cuento de ilustre origen literario. Atribuido a Alejandro Magno, figura en el *Pseudo-Calístenes* y de allí pasó a las leyendas latinas medievales y a los relatos orientales. Fue retomado en el *Pecorone* y en una narración de Casti (I, 2). Luego se transformó en uno de los famosos «racconti popolari lucchesi» de Nieri (9). También fue encontrado en Toscana (Ner. 24, con un final distinto; Prato, *Riv. trad. pop.*, I, 56) y en el Veronese (Ball. 66).

40. *Una noche en el Paraíso (Una notte in Paradiso)*: de Zorz. p. 169, *Une gnot in Paradís*, Cormons (Udine), narrado en 1913 por Giovanni Minen, de sesenta y ocho años, organista parroquial.

Esta leyenda sigue los grandes motivos medievales: la Muerte, el Más Allá, el Tiempo; pero aquí, en medio del espanto antiguo, también despunta la Historia, con esa aldea transformada en ciudad moderna: *transvais, tonobui, raoplans…*

Las primeras versiones literarias son de principios del siglo XIII; su difusión está ligada a las compilaciones de *exempla* para uso del clero. Ocasionalmente presenta elementos comunes con la leyenda de Don Juan.

41. *Jesús y San Pedro en el Friul (Gesú e San Pietro in Friuli).*

El ciclo de leyendas populares sobre Jesús y los Apóstoles que recorren el mundo está difundido en toda Italia. Y casi siempre, estas breves narraciones giran sobre el personaje de San Pedro, un santo con el cual el pueblo tiene una confianza particular. La tradición popular hace de San Pedro un hombre perezoso, glotón, embustero, que continuamente opone su lógica elemental a la fe predicada por el Señor, y que siempre es desconcertado por los misericordiosos milagros del Señor. Pedro representa, en esta especie de evangelio vulgar, lo humano contrapuesto a lo divino, y su relación con Jesús es algo semejante a la de Sancho Panza con el hidalgo. (Más respetuosamente, en el *Novellino*, San Pedro es sustituido por un bufón; *cf. Códice panciatichiano-palatino*, CXIII, *Qui conta come Domenedio s'acompagnioe con un giulare*). El mayor número de leyendas de este ciclo lo recogí en Friul y Sicilia. Aquí consigno una selección de las friulanas, y más adelante una selección de las sicilianas; pero casi en su totalidad son comunes a ambas regiones, como a todo el mundo cristiano, junto a otro vasto ciclo de leyendas e historias: las del Más Allá, en las que San Pedro se presenta en su función de portero del Paraíso. No sólo me demoré en la tradición friulana por la riqueza del material recopilado (ya por Caterina Percoto a mediados del siglo pasado, luego por Gortani y por Zorzút, quien ha publicado un copioso repertorio), sino por el papel que en estas vicisitudes desempeña el paisaje, siempre presente o sobrentendido en la narrativa oral friulana, y por esa religiosidad moralista de los montañeses, áspera, concreta, carente de misticismo, aunque a menudo dotada de una sutil gentileza.

I. *De cómo San Pedro se fue con el Señor (Come fu che San Pietro è andato col. Signore)*: de Zorz. p. 22, *Zimût che san Peri al è lât cul Signór,* Cormons (Udine), narrado en 1909 por Caterina Braida, viuda de Minen, de cuarenta años, doméstica.

Intenté recrear una exposición narrativa de tono popular, en lugar de adoptar el criterio literario, moderno, dialogado y a veces en exceso «poético» de Zorzút.

II. *Las entrañas de liebre (La coratella di lepre):* de Zorz. p. 105, *La corodele tradîs san Peri,* Cormons (Udine), narrado en 1913 por Giovanni Minen, de sesenta y ocho años, organista parroquial.

También se cuenta en Romaña (Bagli, p. 18), pero con San Juan en lugar de San Pedro, y en Toscana (Ner. 31) con un tal *Pippetta bugiardo*. En Grimm (81) se atribuye a un «compañero» que viaja con San Pedro. En Sicilia (Cast. 9) existe, atribuida a San Pedro, una historia del tipo de Chichibio y la grulla.

III. *La hospitalidad (L'ospitalità)*: de Gort, p. 12, *L'ospitalitàt*, de Carnia.

También se narra en Venecia (Bern. II, 1), Romaña (Bagl. p. 21), Toscana (Marz. 83 b).

IV. *El grano sarraceno (Il grano saraceno)*: de *Il prin sarasin*, del Friul (en *Scritti friulani* de Caterina Percoto, con un estudio de Bindo Chiurlo, Udine-Tolmezzo, 1929). (La Percoto lo publicó por primera vez en la *Ricamatrice* de Lampugnani, Milán, 1 de septiembre de 1865, pág. 223).

Es una de las leyendas populares que figuran entre los escritos en dialecto friulano de la «Condesa campesina», Caterina Percoto (1812-1887), literata, escritora, patriota, benefactora, una de las mayores figuras femeninas de nuestro Ottocento «provinciano».

También lo recogieron otros, siempre en el Friul (Giobi. *Pág. friul.*, III, 131; Zor. III, p. 90) y en Romaña (sólo la primera parte: Bagli p. 20). «Fuera del Friul [y aun en las comarcas eslavas o germanas] —observa Chiurlo—, el *trigo* sustituye al grano *sarraceno*, no sin perjuicio de la lógica artística».

42. *El anillo mágico (L'anello mágico)*: de Schn. 44, *L'anello*, del Trentino (publicado en alemán).

Muchos motivos de la tradición (que es de origen asiático) se entretejen aquí con un aire de improvisación, como si se intentara suplir la trama algo desordenada con una demora en cláusulas moralizantes. Encuentro una sola variante italiana: en el Bergamasco (Tirab. 9), con un comienzo tipo Aladino, y algo similar en Toscana (Bald. p. 87, *Il capello magico*, en el cual intervienen cuervos).

Las tradiciones populares italianas sobre los objetos mágicos que permiten el logro de cualquier deseo son diversas, comenzando por la *Pietra del gallo* de Basile (IV, 1) que reaparece en un cuento mantuano (Visen. 35) y tiene en común con éste la recuperación del objeto con ayuda de los ratones. En Piamonte está *La fava fatata* (Comp. 39), en Toscana *Il cappellaccio* (Pitrè T. 18). El motivo de la lámpara de Aladino se vuelve a encontrar, con cierto desarrollo, en Toscana (Ner. 38, Pitrè T. II, 3) y Sicilia (Pitrè 81; Franc. Sabatini, *La lanterna, novella pop. siciliana*, Imola, 1878). La moraleja de estos cuentos está emparentada con la de los apólogos que aluden a los deseos obtenidos mágicamente, que no traen la felicidad, como *Le tre domande* de Lucca (Niere. 13).

43. *El brazo de muerto (Il braccio di morto)*: de Schn. 35, *Il braccio di morto*, del Trentino (publicado en alemán).

Historia macabra montañesa, con la gótica riqueza en pormenores fantásticos típicos de la vena macabra, y que yo, naturalmente, tuve deseos de secundar en mis propios añadidos.

Puede considerarse una variante de *La regina delle tre montagne d'oro (cf.* nuestro 55) y existen muchas versiones afines a ésta.

44. *La ciencia de la pereza (La scienza della fiacca)*: de Ping. 30, *Figo caschime in boca!* Trieste.

Graciosa narración proverbial triestina, que enlaza con un antiguo tema narrativo: la imitación de la pereza, y con la tradición de la mofa de las blandas costumbres del Levante. Con medios mínimos (ese huerto al sol, bajo la sombra de las higueras, esos cojines, esa lentitud) se evoca todo un paisaje.

45. *Bella Fronte*: de Ive 3, *Biela Fronte*, Rovigno d'Istria.

[*N. del T.:* Creí innecesario traducir el nombre del personaje por el menos expresivo «Bella Frente»].

El muerto agradecido es motivo de diversas leyendas medievales, entre ellas la *Histoire de Jean de Calais*, que pasó a formar parte de la tradición narrativa de nuestras regiones marítimas enriqueciéndose con las travesías entre los turcos, inevitable en los relatos marineros italianos.

Se la encuentra, casi idéntica a esta versión, en el Nizzardo (Andr. 2; la variante 41, titulada *Jean de Calais*, es sin duda de origen francés) y en el dialecto griego de Roccaforte Calabro (L. Bruzzano, *La Calabria*, VII, n.os 8-9). Para otros símiles del tipo «muerto agradecido», *cf*. nota a nuestro 108.

46. *La corona robada (La corona rubata)*: de Fors. 10, *La fada Alzina*, Zara.

Está lleno de viejos motivos unidos y remendados, como si alguien contara sin acordarse con exactitud. Pero tiene un tono seguro y lleno de inventiva, lo cual lo hace agradable de leer y agradable de reescribir, si bien con ciertas intervenciones, aunque siempre conservando esa pizca de desenvuelta incoherencia.

También se encuentra en Istria (Ive 4). Se relaciona con los tipos estudiados en la nota a nuestros 180 y 61.

47. *La que nunca se hartaba de higos (La figlia del Re che non era mai stufa di fichi)*: de Bagli 5, *Al trai liver*, Castelguelfo (dialecto imolés, pero con afinidades con el boloñés), narrado por Girolamo Quarantini.

También encontré pruebas extrañas para obtener la mano de la princesa, como la de hacer pastar las liebres, en Toscana (Pitrè T. 17) y en Lombardia (Visen. 26). Por otra parte, las hay en los cuentos de toda Europa (véase por ejemplo el 165 de los Grimm).

48. *Los tres perros (I tre cani)*: de Bagli, p. 40, *E drêgh dal sett test*, Imola, narrado por Teresa Ronchi.

Este cuento, así como otro afín, con dos hermanos (*cf*. nuestro 58, *El Dragón de las siete cabezas*) ha inducido a los especialistas a extensos estudios. Ranke registró 368 versiones en toda Europa, entre ellas catorce italianas; sus orígenes serían más antiguos que los del tipo «dos hermanos», y su centro primario de irradiación se hallaría en Francia. También lo narró Straparola (X, 3) pero en lugar de los perros hay

un león, un oso y un lobo. Reduje al mínimo el episodio de la liberación de la princesa del poder del dragón, pues ya está ampliamente narrado en el *Dragón de las siete cabezas*. El final, con la transformación de los perros en reyes, está tomado de una versión toscana (Pitrè T. 2, *I tre cani*, Siena, narrada por Umiltà Minucci, modista).

Encontré versiones en Lombardia (Visen. 15), Venecia (Bern. 10), Emilia (G. G. Sarti, *Arch*., XIII, 555), Toscana (Marz, 55, Nencini, *Riv. trad., pop*., II, 28), Abruzos (Finam. 50, Den. 36), Calabria (Difr. 14), Cerdeña (Guar. 6). Los nombres de los perros varían de región en región.

49. *Tío Lobo (Zio Lupo)*: de Toschi, *La fola de lòv*, Faenza.

Zio Lupo, Barbe, Lof, Zarba Zucon, Nonno Cocon: es el más simple cuento para niños de la tradición popular, difundido en Italia septentrional y central, con su rudimentario contraste entre glotonería y asco estercóreo, y con su espantosa progresión. Desde este tipo simplísimo (y que seguí en una de las versiones que pueden llamarse más ricas) se llegará a la gracia perfecta de *Caperucita Roja*. *(Cf.* Giuseppe Vidosi, «Note a due novelline», en *Lares*, I, 1937).

Otras versiones: Venecia (Bern. II, p. 76), Trentino (Schn. 5, Bolong, p. 9), Friul (Zorz, II, p. 179), Dalmacia (Fors. 17), Romaña (Ander. 3, 46, 47), Lacio (Zan. 46).

50. *Giricoccola (Giricoccola)* de Coron. S. 2, *La fola d'Ziricochel*, Bolonia.

Ese tránsito de la luna por el cielo confiere a esta Cenicienta o Blancanieves boloñesa una nostálgica tersura.

Otra versión boloñesa es *La fola dèl Mercant* (Coron. 13). Se encuentra una similar en el Trentino (Schn. 23).

51. *Tabagnino el jorobado (Il gobbo Tabagnino)* de Coron. S. 38, *La fola dèl Gob Tabagnein*, Bolonia.

Difundido en toda Italia (así como en el resto de Europa, especialmente en el norte), este cuento de los sucesivos robos en casa del Ogro retoma el tema del *Corvetto* del *Pentamerone* (III, 7). Pero la tradición popular es mucho más rica e ingeniosa de lo que da a entender la versión de Basile, y despliega sus recursos en las astucias para superar las pruebas.

Lo reencontramos con cierta fidelidad en Lombardia (Imbr. p. 340, Visen. 4), Romaña (Bagli p. 57), Toscana (Ner. 41, Marz. 7), Lacio (Zan. 28), Abruzos (Den. 30), Campania (Amal. 5), Calabria (inédita y en mi poder), Sicilia (Gonz. 30, 82, Pitrè 33, Gris. II, 19). En Sicilia, una mujer supera las mismas pruebas en el *Cuntu di 'na Riggina* (Pitrè 35).

52. *El Rey de los animales (Il Re degli animali)* de Coron. S. 26, *La fola dè Re di animal*, Bolonia.

Este difiere de los muchos cuentos del palacio encantado por su extraña atmósfera

oriental (llena de animales, enigmática como un tapiz), e incluso porque es más bien incoherente, casi como un cándido y maravillado *Alice in Wonderland* dialectal. Le di un poco de relieve a la «damisela», pues en el texto no se destaca para nada, la pobre. Y atribuí el regalo del anillo a la tía buena y no al Rey de los animales, como contradictoriamente figura en el texto.

53. *Los calzones del Diablo (Le brache del Diavolo)* de Coron. S. 28, *La fola di braghein dèl diavel*, Bolonia.

Es una historia del pacto con el diablo distinta de las demás, que en esta versión boloñesa presenta características curiosas: el protagonista oprimido por su belleza huyendo de las mujeres enamoradas que dificultan sus relaciones laborales; y esa repugnante descripción de suciedad que contrasta con la descripción del ajuar de novia (motivo elemental del cuento maravilloso, especialmente cuando —como creo que ocurre en este caso— quien lo cuenta es una mujer). Hice evidente el ofrecimiento del alma al diablo por parte de las hermanas, que no figura en el texto, porque de lo contrario la condenación por un simple pensamiento de envidia quedaba como un castigo muy duro, y más teniendo en cuenta cuántas crueldades inspiradas por la envidia estamos habituados a presenciar en los cuentos de hadas.

Es muy conocida en Europa del Norte (Grimm, 100, y mejor aún, 101; Afanasjev, *El sudo*). En Italia sólo he localizado dos versiones más, en el Trentino (Schn. 33) y en Sicilia (Gonz. 72).

54. *Como a la sal (Bene come il sale)* de Coron. 3, *La fola dèl Candlir*, Bolonia.

El comienzo de este cuento consiste en la «prueba de amor» que un rey solicita a sus tres hijas, tal como en el comienzo de *El rey Lear*. Pero ahí concluyen las afinidades con la obra maestra shakespeariana. Por lo demás, la construcción general del cuento está emparentada con la del tipo *Peau d'asne* de Perrault, donde la hija emprende la fuga para escapar a la desnaturalizada pasión del padre. Elegí, entre muchas otras, esta desenvuelta y elegante versión boloñesa, donde la respuesta de la muchacha *ch'l'ai purtava l'amóur dèl sal* tiene su lógica, puesto que —como anota Pitrè— «en dialecto boloñés *amour* no sólo significa *amor* sino también *sabor*». El principio, con los tres tronos de varios colores, lo tomé de una *Cenicienta* de Parma, recogida por Caterina Pigorini-Beri (*Arch*., II, 44).

Shakespeare tomó la historia de Lear y Cordelia de la *Historia de los reyes de Britania* de Geoffrey de Monmouth (1135), pero pueden encontrarse leyendas muy similares, con protagonistas llamados de otra manera, en otras crónicas inglesas medievales. (El volumen de Giuseppe Cocchiara, *La leggenda di Re Lear*, Fratelli Bocea, Turín, 1932, constituye un rico examen de este tópico). Para las versiones italianas de todo el tipo, cfr. nota a nuestro 103, *Maria di legno*. El comienzo con la «respuesta de la sal» se encuentra en Lombardia (Tirab., *La storia del castel d'or*), Venecia (Bern. 14), Toscana (Ner. 13, Marz. 61, Pitrè T. II, 6), Abruzos (Finam. 26),

Puglia (Zag. 4), Lucania (Lar. 10), Sicilia (Pitrè 10), Córcega (bastante diferente, Ort. 9). Sólo en Pitrè T. II, 6 la muchacha se esconde dentro de un objeto (una chancleta de oro); en todos los demás, hasta el de los Abruzos, se disfraza con una piel de vieja (*cf.* nuestro 70, *Pelle di vecchia*); en las versiones meridionales, en cambio, la muchacha expulsada termina en casa de un hombre selvático (*cf.* nuestro 111, *Il Re selvático*). Las salidas nocturnas del candelero, por parte de la muchacha oculta, son similares a las de un cuento umbro curioso pero rudimentario: *La camerina di cristallo* (Mor. I).

55. *La Reina de las Tres Montañas de Oro (La Regina delle Tre Montagne d'Oro)* de Coron. S. 31, *La rigeina del trèi muntagn d'or*, Bolonia.

Entre los cuentos (muy difundidos en Italia) del castillo encantado, de la bella que hay que rescatar y de su desaparición y consiguiente búsqueda, este tipo se distingue por el motivo del pozo de donde la bella se libera gradualmente, y los carruseles de animales.

Lo he encontrado en forma muy similar en Piamonte (Comp. 24), en Dalmacia (Fors. 14), en Trentino (Schn. 36, 37, 38), y, más rudimentario, en los Abruzos (Den. 32, 56). En Sicilia (Gonz. 60, Pitrè 84) la bella es transformada en ovejita o cabra y paulatinamente vuelve a ser mujer.

56. *El que se enfada pierde (La scommessa a chi primo s'arrabbia*) de Coron. 18, *La fola di tri quartirú d'quatrein*, Bolonia.

El tener paciencia, el no enfadarse nunca, vieja regla predicada a los pobres por los ricos, se vuelve contra quien quiere aprovecharse de ella en este antiguo motivo de la apuesta, aquí entretejido en una vivaz historia campesina. [*N. del T.:* Las «tres medidas de cuatrines» son, en el texto original, *tre staia di quattrini*. El *staio* es una medida de capacidad para granos y legumbres utilizada en Italia septentrional y central; el *quattrino* era, como el cuatrín español, una moneda de escaso valor].

He visto dos versiones toscanas del cuento, menos ricas (Imbr. 48, Pitrè T. II) y una variante corsa (Ort. 26).

57. *El Ogro con plumas (L'Orco con le penne)* de Pitrè T. 24, *Il diavolo fra i frati*, Fabbriche (Garfagnana Estense), contado por Rosina Casini.

Así como hay cuentos parcos, también hay cuentos generosos, casi independientemente de las peripecias narradas, por el ritmo que les imprime el narrador. Este curioso y agilísimo cuento toscano representa el triunfo del hombre servicial, que sabe que todo lo que se pueda hacer por los demás es poco, y no vale la pena hacerse desear. La denominación *Orco con le penne* es mía: el texto alude a una «bestia» no bien definida (cuyas características, por lo demás, son las típicas del Ogro). También es mío el final, con el Ogro que se queda en la barca, pero no me parece arbitrario (*cf.* con el análogo 29 de los Grimm).

Muy similares, y también curiosas, son *Istuoria de Karonte* de Istria (Ive D. p.

174) y el tridentino Schn. 34. Las preguntas son similares en el siciliano Gonz. 47.

58. *El Dragón de las siete cabezas (Il Drago dalle sette teste)* de Ner. 8, *Il Mago dalle sette teste*, Montale Pistoiese, contado por la niña Elena Becherini.

Uno de los cuentos más difundidos en Europa e Italia, y tal vez el que ha sido objeto de los estudios más profundos por parte de los folkloristas. Ranke registra 800 versiones de este relato, 27 de ellas italianas (al margen de las 1100 de su similar *Los tres perros; cf.* nuestro 48). En su forma más completa (aparte de las derivaciones de los motivos por separado, como la liberación de la princesa del monstruo, que tiene una muy larga tradición desde el mito de Perseo y Andrómeda hasta la leyenda medieval de San Jorge y el dragón), parece que puede atribuírsele con cierta seguridad un origen europeo; según Ranke, Francia septentrional sería el foco de irradiación primaria, durante los primeros siglos del Medievo. Las versiones italianas son muy ricas y armónicas (mejores, diría yo, que las de los Grimm, 60 y 85). He fundido la versión montalesa con detalles de otras versiones. Sustituí la voz *Mago* por *Drago*, más precisa y difundida.

Las otras versiones italianas que vi fueron recogidas en Piamonte (Ferr. 8), Lombardia (Imbr. p. 387, Visen. 19, Tirab. 5), Trentino (Schn. 28), Friul (Zorz. p. 96), Liguria (Andr. 53), Emilia (Coron. 16), Toscana (Comp. 32, Degub. 17, 18, Bacci, *Saggio di novelle che si dicono da' contadini della Valdelsa*, Castelfiorentino, 1895; muy distinta, *Aquilante e Grifone* de Baldini), Abruzos (Den. 65, Finam. 8), Lucania (Lar. 7), Calabria (Lomb. 15), Sicilia (Gonz. 39, 40, Pitrè alb. 6). Basile narró dos cuentos de este tipo: *Los dos hijos del mercader* (I, 7) y *La Cierva encantada* (I, 9).

59. *Bellinda y el Monstruo (Bellinda e il Mostro)* de Ner. 16, *Bellindia*, Montale Pistoiese, contado por Luisa, viuda de Ginanni.

Para ofrecer una versión lo más rica posible de este famosísimo cuento he refundido la versión montalesa con una romanesca, muy similar (Zan. 27, *Bhellinda e er mostro*), e incluso añadí un motivo de una tercera versión, abruza: el árbol de la risa y el llanto (de Den. 29, *Bellindia*, de Valle Peligna).

Otras versiones consultadas: Lombardia (Visen. 24), Trentino (Schn. 25), Dalmacia (Fors. 6), Liguria (Andr. 59), Toscana (Gradi p. 189, Marz. 33, Pitrè T. II, 17 y var., Ner. I, sólo por el comienzo), Umbría (Mor. 2), Sicilia (Gonz. 9, Pitrè 39 y var.), Cerdeña (Mango 9).

60. *El pastor en la Corte (II pecoraio a Corte)* de Ner. 7, *Il Figliolo del Pecoraio*, Montale Pistoiese, contado por la niña Elena Becherini.

El cuento mágico se transforma en relato picaresco y narración salaz, e intenta notas que sugieren miedo, como el encuentro con el desconocido que duerme en la roca, o de humorismo grotesco, con el forzado baile de toda la Corte. El texto montalés es generalmente mucho más verboso; yo lo recorté y sólo añadí algún

detalle demostrativo de la mala educación del muchachito en la Corte y del baile mágico; y el puntapié al guiso de habichuelas.

Se distingue de los otros cuentos de tres objetos mágicos (*cf*. nota a nuestros 127 y 189), porque la salvación y reconquista de los objetos robados se da por medio de un instrumento musical que hace bailar a todo el mundo (como en Grimm 110). Encontramos otras versiones del mismo tipo en Piamonte (*Riv. Trad, pop*., I, 113), Lombardia (Visen. 6, 25), Istria (Ive D. p. 194), Trentino (Schn. 16), Toscana (Pitrè T. 16, que comienza con las adivinanzas a proponer a la Princesa, Marz. 13), Campania (Imbr. P. 3 ter) y Sicilia (Gonz. 31, Pitrè 16, donde un pastor vence todos los contratiempos, pero la Princesa lo engaña tres veces).

61. *La Reina Marmota (La Regina Marmotta)* de Ner. 46, *La Regina Marmotta*, Montale Pistoiese, contado por Pietro di Canestrino, labrador.

Para el estilo narrativo de este cuento, cfr. nuestra *Introducción*, págs. 20-21, en el tomo I de esta obra.

El punto de partida es el mismo estudiado en la nota a nuestro 180: pero con otro desarrollo, con el que tienen similitud versiones recogidas en el Véneto (Buzzati, *Arch*., VII, p. 236), Toscana (Comp. 37), Puglia (Voc. p. 111), Calabria (Difr. 21). En las dos últimas la trama abarca diversos tipos encastrados uno en el otro, como en el 57 de los Grimm.

[*N. del T.:* El personaje *de féerie* cuyo nombre traduzco por Hada Morgana es en el original *la Fata Morgana*, transposición de la Morgan le Fay del ciclo artúrico. Curiosamente, la expresión *fata morgana* hoy se utiliza en italiano para denominar un espejismo].

62. *El hijo del mercader de Milán (Il figlio del mercante di Milano)* de Ner 19, *Il Figliuolo del Mercante di Milano*, Montale Pistoiese, contado por Ferdinando Giovannini, sastre.

En la *Introducción (cf.* p. 29 del tomo I de esta obra) he tomado este relato como ejemplo de cómo en el libro de Nerucci asistimos al tránsito del cuento de hadas a la *novella di fortuna*, o mejor, a la novela burguesa de aventuras. Queda todavía por consignar el hecho de que éste es uno de los raros cuentos que no tiene final feliz, hecho explicable como una adecuación a las modalidades de las narraciones novelescas modernas. (Pero sin embargo hay que recordar el esquema de los cuentos de deseos cumplidos, que suelen culminar con la pérdida de las riquezas obtenidas mágicamente).

La primera parte, la de la adivinanza, existe independientemente (aparte de la literatura medieval y la tradición popular europea; véase el cuento 22 de los Grimm) en muchas regiones de Italia, con las mismas o similares ocurrencias enigmáticas, que a veces también aparecen independientemente en las tradiciones de adivinanzas. Hemos encontrado versiones con desarrollos muy diversos en Trentino (Schn. 49),

Friul (Zorz. II, p. 135, III, p. 9), Istria (Ive 2), Emilia (Coron. S. 15), Toscana (Degub. 24, Pitrè T. 16, Marz. 85), Abruzos (Finam. 60, Den. 33), Lucania (Comp. 26), Sicilia (Gris. II, 24), Córcega (Ort. 18). (Seguí la versión lucana en lo concerniente a los versos de la adivinanza, porque eran menos tontos que en otras versiones). De otro cuento con adivinanza, conocido en toda Europa, y que se remonta a los relatos helenísticos y reaparece en las baladas caballerescas, encuentro versiones en Piamonte (Comp. 59), Toscana (Pitrè T. II, 10), Calabria (Lomb. 25): es la truculenta historia de un hijo nacido de nupcias antinaturales que se fabrica guantes con la piel de la madre asesinada.

63. *El palacio de los monos (Il palazzo delle scimmie)* de Ner. 10, *La Novella delle Scimmie*, Montale Pistoiese, contado por Ferdinando Giovannini, sastre.

La difundida situación del Príncipe que se casa con una bestia es aquí llevada a sus consecuencias extremas, con la transformación simiesca de todo un pueblo, con efectos grotescos de gran ballet que yo subrayé un poco deteniéndome en la descripción de los monos en la ciudad y su metamorfosis.

Para los cuentos que pertenecen genéricamente a este tipo (normalmente, la esposa es una rana) *cf.* nota a nuestro 14 [tomo I de esta obra]. Las variantes como ésta, con los monos, son más bien raras; he encontrado otra en Cerdeña (Lor. 12). En una historia análoga de los Grimm, aunque menos eficaz (104), hay una sociedad de gatos; y he encontrado una sienesa de carácter similar (Marz. 121).

64. *Rosina en el horno (La Rosina nel forno)* de Ner. 32, *La Ragazza serpe*, Montale Pistoiese, contado por Luisa, viuda de Ginanni.

La belleza de las muchachas, en los cuentos campesinos, consiste en una blancura luminosa. Esta Cenicienta, por el encantamiento de los sapos, resplandece en la noche; un rayo de sol la destruye; resurgirá entre las llamas.

El motivo de la bestia que ayuda a la muchacha a realizar tareas imposibles impuestas por la madrastra también está difundido en versiones italianas de Cenicienta y sus dos hermanastras (una graciosa variante corsa: Ort. 13). Para la transformación en serpiente bajo el rayo de sol, véanse los parangones en nuestro 150.

65. *Los tres regalos (L'uva salamanna)* de Ner. 40, *I tre Regali o la Novella de' Tappeti*, Montale Pistoiese, contado por Luisa, viuda de Ginanni.

Uno de los relatos más opulentos de las *Mil y una noches* de Galland (Histoire du Prince Ahmed et de la fée Pari-Banou), colmado de descripciones de maravillas y riquezas, en una versión toscana despojada y esencial. La continuación del cuento, es decir, la historia del hada Pari-Banou, muy rica y prolongada en Galland, en la versión de la Ginanni se reducía a un apéndice innecesario; por eso preferí truncar el relato con una decepción general, un tipo de desenlace que está sin embargo en la tradición popular de ciertas historias de disputas.

Versiones similares en Trentino (Schn. 14, con un final truncado semejante al mío), Emilia (Coron S. 12), Toscana (Marz. 29, 83), ambas con una continuación del tipo «esposa sobrenatural».

66. *El palacio encantado (Il palazzo incantato)* de Ner. 59, *Fiordinando*, contado por Giovanni Becheroni, campesino.

Uno de los más bellos cuentos del palacio encantado, que puede definirse como una variante del tipo «Eros y Psique», con la esposa invisible perdida y reconquistada por el esposo en lugar del esposo invisible perdido y reconquistado por la esposa. La sugestión de esta versión montalesa está dada por ese personaje, el príncipe solitario e inmerso en sus libros, carácter que traté de acentuar haciendo de él un cazador torpe y enlazando con esta cacería infortunada la persecución de la liebre que lo lleva al palacio (en esto he seguido una versión monferrina, Comp. 27, *Il palazzo incantato*; en Nerucci, un «monstruo» no muy definido está a cargo de la custodia del palacio). La trama es a menudo fantásticamente incoherente, como en el caso de la extraña conducta del ermitaño; a la maldad del hostelero que narcotiza el vino, que en el texto de Ner. no tiene explicación, di como justificación las pretensiones de su hija con respecto a Fiordinando, siguiendo la versión monferrina.

Muy similar a éste es el cuento de la *Bella del Sole* que Carlo Cassola hace referir a un leñador de Cecina en el capítulo IV de la novela *Il taglio del bosco*; la comensal misteriosa es invisible mientras el protagonista come, y la comida también desaparece del plato de la comensal. El palacio encantado y la pérdida de la bella por haberle querido ver el rostro también figuran en otros cuentos toscanos (Comp. 55, Ner. 33, Marz. 37, 67) y sicilianos (Gris. 25). En el cuento siciliano del que extrajimos nuestro 171, el encantamiento se extiende a toda una ciudad, cuyos habitantes enmudecen. El palacio encantado con la bella que hay que rescatar se encuentra también en un tipo notoriamente distinto: el de nuestro 55, *La Regina delle Tre Montague d'Oro*.

67. *Cabeza de búfala (Testa di Búfala)* de Ner. 37, *Testa di Búfala*, Montale Pistoiese, contado por Luisa, viuda de Ginanni.

Una de las versiones más sugestivas y misteriosas de uno de los cuentos más sugestivos y misteriosos de los existentes en Italia. Reaparece con detalles diferentes pero con una trama sustancialmente idéntica, empezando por la versión narrada en *Pentamerone* (I, 8).

Otras versiones consultadas: Venecia (Bern. III, 14), Toscana (Ner. 30, Comp. 7, Marz. 101, Pitrè T. II, 8), Abruzos (Finam. I, 43), Molise (Conti, p. 223), Calabria (Lomb. 34), Cerdeña (Mango 2). El ser sobrenatural que educa a la protagonista puede ser una lagarta (Basile), una serpiente, un dragón al servicio de las hadas, un monstruo, un ogro, una ogresa, una vieja, una mujer con cabeza de becerro, o alguien de quien sólo se ven las manos (como en la versión más racional y civilizada, la de

Bernoni, de la que proviene nuestro 35). La culpa que ocasiona la metamorfosis del rostro de la muchacha suele ser la ingratitud, el irse sin dar las gracias; a veces es el olvido de un objeto (sólo en Bernoni se procura dar una justificación a la gravedad de este hecho: olvidar el objeto prolonga un encantamiento al cual está condenado el ser sobrenatural); con más frecuencia la ingratitud y el olvido aparecen juntos; raras veces la culpa es la curiosidad (la habitual puerta prohibida). La venganza de la criatura sobrenatural siempre se manifiesta con una transformación del rostro de la protagonista: en una cabeza de búfala o de cabra o de carnero o de gato o de asno; o con el crecimiento de la barba, o de un vellón de oveja en el cuello; o simplemente con la fealdad; o directamente dejando a la protagonista sin cabeza.

68. *El hijo del Rey de Portugal (Il figliolo del Re di Portogallo)* de Ner. 25, *Il figliolo del Re di Portogallo*, Montale Pistoiese, contado por Giovanni Becheroni, campesino.

Un poco cuento de hadas, un poco novela de aventuras, y al final crónica de una fechoría digna de un trovador ambulante; probablemente derive de un poemita popular, *Istoria di Ottinello e Giulia,* que fue estudiado por D'Ancona.

Para tener más información sobre la fortuna literaria de este tema, véase la nota de Imbriani a esta misma versión según aparece en su compilación (36). De las mismas fuentes deriva al parecer *Il manto reale*, de los Abruzos (Den. 60). La separación de la esposa por seguir al pájaro que robó el anillo figura también en el siciliano *Mandruni e Mandruna* (Pitrè 14).

69. *Fanta-Ghirò y persona bella (Fanta-Ghirò, persona bella)* de Ner. 28, *Fanta-Ghirò, persona bella,* Montale Pistoiese, contado por Luisa, viuda de Ginanni.

Si en *Pentamerone* (III, 6) es la vergüenza de un padre que sólo tiene hijas mujeres lo que impulsa a Belluccia a fingirse hombre, en esta narración desenvuelta y precisa reina un espíritu de afirmación de la determinación y el coraje femeninos, el espíritu que en verdad anima siempre las andanzas de las mujeres disfrazadas de varones, tan frecuentes en las narraciones y comedias de los siglo XVI y XVII.

El citado *cunto* de Basile me parece menos feliz que los productos de la tradición oral, ya sea que ésta lo siga más de cerca (Lacio, Zan. 23; Campania, *cf*. nuestro 124; Basilicata, Comp. 21; Sicilia, Gonz. 17), o bien que, siguiendo un poemita popular, enfrente directamente a la muchacha con la actividad viril más brutal, la guerra (como en otras versiones toscanas: Pitrè T. 14, Marz. 31), o bien se den otras circunstancias (Toscana, Comp. 17; Abruzos, Den. 55; Sicilia, Gonz. 12, Pitrè 287). En Grimm el motivo aparece en un cuento muy diferente (67), donde las Fanta-Ghirò se multiplican por docenas.

70. *Piel de vieja (Pelle di vecchia)* de Ner. 13, *Occhi-Marci*, Montale Pistoiese, contado por Luisa, viuda de Ginanni.

La imagen de la bella muchacha que se libra de la piel de vieja (bien manejada ya en el 179 de los Grimm) vuelve sugestivo este cuento, una de las tantas variantes del

tipo *Bene come il sale*, como nuestro 54. La versión montalesa justamente empezaba igual que aquélla, y por variar seguí el comienzo de una versión abruza (Finam. 26, *Lu scartozze de sale*, Casoli).

Para las distintas versiones véanse las notas a nuestros 54 y 103. También en la sienesa *Isabelluccia* (Gradi p. 141) aparece, entre otros tantos motivos, el de la piel de vieja.

71. *Oliva (Uliva)* de Ner. 39, *Uliva*, Montale Pistoiese, contado por Luisa, viuda de Ginanni.

El nombre «Uliva» se encuentra en una representación sacra y en un poemita popular *(Rappresentazione di Santa Uliva; Istoria de la Regina Oliva)* que narran las vicisitudes de una mujer con las manos cortadas y hostigada por las vejaciones más crueles. Esos motivos son retomados en este cuento toscano, donde la truculencia y la intolerancia religiosa (el judío desnaturalizado), el sabor de la naturaleza alegre (la muchacha que come las peras), se mezclan con serena limpidez, como en el retablo de Urbino de Paolo Uccello. La historia de esta desdichada muchacha sin manos, aparte de figurar en incontables versiones esparcidas en Europa (Grimm, 31) y Asia *(Mil y una noches)*, se encuentra en casi todas las regiones de Italia, y —como escribe Pitrè— «es parte de los relatos populares que combinan lo sacro con lo profano, y que en la Edad Media crearon a Genoveffa y Orlanda, a Florencia y a Santa Guglielma, a la hija del rey de Dacia y a la Reina de Polonia, a Crescenzia y a Santa Oliva».

Las razones que llevan a la desdichada muchacha a ser abandonada con las manos tronchadas varían de una versión a otra, pero son comunes a la tradición el episodio del suplicio, el consiguiente matrimonio con un rey, el parto mientras el rey está en la guerra, la falsa noticia de un parto monstruoso, el nuevo abandono en el bosque, esta vez con los hijos, la recuperación de las manos, y el reencuentro final con el esposo. Ya en 1200 encontramos en Inglaterra versiones literarias de esta trama que luego habría de inspirar la Constance del *Man of Law's Tale* en los *Canterbury Tales* de Chaucer. Alessandro d'Ancona ofrece una rica bibliografía en lo referente a la fortuna de este motivo en la literatura europea, en una nota a su texto de la *Rappresentazione di Santa Uliva* (en *Sacre rappresentazioni dei secoli XIV, XV e XVI*, vol. III, Florencia, 1872). Entre los múltiples títulos, recordemos una *Novella della Pulzella di Francia, dove si racconta l'origine delle guerre fra i francesi e gli inglesi* (versión en lengua vulgar) de Jacopo Bracciolini —reelaborada luego por Molza y editada por Doni— a partir de la historia latina de Fazio; y además la *novella* de Dionigia (X, 1) del *Pecorone*. Straparola introdujo las peripecias de la esposa perseguida como desarrollo de la bellísima historia de la serpiente Samaritana y de Biancabella (III, 3), o del amor desnaturalizado de Tebaldo di Salerno por su hija Doralice (I, 4). La Penta Manomozze de Basile (III, 2) es también una hija que rehúye una boda con su padre.

De las versiones populares italianas, con los motivos principales injertados en

tramas diversas (excluyo las versiones del *Uccel-bel-verde* —para las cuales remito a la nota de nuestro 87—, que tiene en común con ésta el abandono de la madre con sus hijos y la falsa carta sobre el parto monstruoso), he visto las siguientes, recogidas en: Lombardia (Imbr. p. 97; *Riv. trad, pop*., I, 203); Venecia (Bern. III, 5); Friul (Zorz. p. 25); Trentino (Schn. 50); Istria (Bab. 3, p. 236; Ive 2); Emilia (*Riv. trad. pop*., I, 203), Toscana (Ner. 17, 39, 42, 51; Degub. 15; Pitrè T. II, 13; Comp. 17, origen de nuestro 75); Abruzos (Finam. 13, 74); Calabria (Difr. 10, origen de nuestro 141; *Riv. trad, pop*., I, 51); Sicilia (Gonz. 24, 25; Pitrè 114); Cerdeña (Mango 3). El personaje del judío sólo lo encontré en otra versión toscana, la *Chiarastella* de Baldini.

72. *La campesina astuta (La contadina furba)* de Ner. 3 y 15, *Il Mortajo d'oro* y *Griselda*, Montale Pistoiese, contados por Luisa, viuda de Ginanni y Ferdinando Giovannini, sastre.

La narración de las pruebas de ingenio superadas por una campesina está difundida en toda Europa (la versión escrita más antigua parece ser una saga noruega del siglo XIII o XIV), entretejida con motivos orientales. Algunas de sus astucias (como la del «ni desnuda ni vestida») también figuran en *Bertoldo, Bertoldino e Cacasenno*.

He visto además las siguientes versiones italianas: Lombardia (Coraz. p. 482, Visen. 36, Tirab. i), Friul (Zorz. III, p. 56), Toscana (Comp. 43, Pitrè T. 15, Bald. p. 113), Abruzos (Den 16), Sicilia (Gonz. i). La última parte de la narración, con un comienzo diferente, figura en *La panza chi parra* de Palermo (Pitrè 8). En la *Balletta genovesa* (A. Pescio, *Terra e vita di Liguria*, Trevisini, Milán, s.d., p. 171), las pruebas de astucia son atribuidas a un huso transformado en mujer. Otra historia acerca de las imposibles exigencias de un Rey resueltas gracias al ingenio de una muchacha consta en *Le dodese donzele gravie*, cuento veneciano (Bern. 5).

73. *El viajero turinés (Il viaggiatore torinese)* de Ner. 48, *Il Viaggiatore turinese*, Montale Pistoiese, contado por Benvenuto Ginanni, adornista.

Un *Robinson Crusoe* rústico. No sólo el diseño general del relato es similar al de la novela de Defoe, sino que no faltan ciertas afinidades marginales, como la oposición del padre a la vocación marinera de su hijo, el carácter industrioso del náufrago, las reflexiones sobre la vanidad de la riqueza de un hombre solitario. Pero la fuente hay que buscarla en ese gran nudo de relatos marineros que son los *Viajes de Simbad* de las *Mil y una noches*, y más precisamente en el cuarto viaje, que la narración toscana repite con fidelidad, añadiéndole por su parte la historia sentimental de la enamorada que cae también en la caverna. (En el relato árabe, Simbad mata uno a uno a sus compañeros de desventura, para sobrevivir con sus provisiones). El motivo oriental del esposo sepultado con la esposa muerta reaparece, con justificaciones diversas, en otros cuentos populares italianos (*cf*. nuestro 179, siciliano, y 197, sardo). De ese misterioso buey, el dictado de Ginanni nos da incluso

un nombre, comunicado con escrúpulo casi científico («ve un enorme animal, muy parecido a un buey, que subía lentamente. Era el animal llamado esofo»), en tanto que las *Mil y una noches* (incluida la traducción de Galland) no dicen siquiera que sea un buey, sino un animal indeterminado que se nutre de cadáveres. A la gratuita toponimia de los narradores de cuentos populares debe pertenecer el insólito y poco marinero nacimiento del protagonista *in nella citta di Turino*.

74. *La hija del Sol (La figlia del Sole)* de Comp. 45, *Il Sole*, Pisa, contado por una vieja del pueblo.

El mito de Dánae esta muy vivo en el folklore italiano y habitualmente sirve como introducción a las peripecias de la hija nacida del Sol (cuento maravilloso que, según creo, sólo se encuentra en Italia, España y Grecia), toscas historias de magia, llenas de mutilaciones y comidas que se sirven por sí solas. El campo de habas no aparece en el texto pisano sino en otro cuento danaico, de Rufina (Florencia), (*Faina*, Pitrè T., p. 9). Los artilugios mágicos se encuentran todos en el texto, salvo el paso a través de la pared y la caminata sobre la telaraña, que son de mi invención.

Versiones similares incluso en el principio, se encuentran en Abruzos (Den. i) y Calabria (Lom. 36); con un principio donde un rey se enamora de una muñeca, en Toscana (Pitrè T. 7, Marz. 63), Campania (Imbr. p. 333), Sicilia (Gonz. 28, Pitrè 67 n.); con una muchacha muda en Sicilia (Pitrè 67). El tema de Dánae también figura al principio de nuestro 84.

75. *El Dragón y la yegua mágica (Il Drago e la cavallina fatata)* de Comp. 17, *Il drago*, Pisa, contado por la misma vieja del relato precedente.

En una trama bastante insólita se entretejen los motivos del rey-serpiente (*cf*. nuestro 144), de *Fanta-Ghirò (cf*. nuestro 69), de la falsa noticia del parto monstruoso (*cf*. nuestros 31, 71, 87 y 141).

Una variante calabresa (Lomb. 43) une a éstos el motivo del nacimiento de la manzana y de la cáscara (*cf*. nuestro 33); una variante siciliana (Pitrè 287), el motivo de la reina melindrosa (*cf*. nuestro 175).

76. *El florentino (Il Fiorentino)* de Comp. 44, *Il Florentino*, Pisa, contado por la misma vieja del relato precedente.

Esta es la historia de Ulises y Polifemo en forma de narración popular toscana, con el granjero y el párroco, con la sátira municipal, con el florentino que sufre por no poder fanfarronear, y la pequeña y prudente moraleja de que es mejor quedarse en casa. Hice hincapié en la sátira de caracteres, según me pareció que correspondía al espíritu de la historia. La última frase es también un añadido propio.

El final con el anillo y el dedo cortado aparece también en narraciones abruzas inspiradas en Polifemo (Finam. 38 y 68, Den. 61; *cf*. nota a nuestro 115), que siguen con cierta fidelidad el mito homérico.

77. *Los Reyes infortunados (I Reali sfortunati)* de Comp. 42, *La regina sfortunata*, Pisa, contado por la misma vieja del relato precedente.

Varias cosas insólitas en este cuento: la doble trama, el enredo de amores diversos e intercambios matrimoniales, la precisión de las alusiones políticas, con conjuraciones, golpes de estado y relaciones internacionales bien definidas. Y por otra parte, el tono grave de *histoire larmoyante*. Todo lo cual nos indica un probable origen novelesco. La geografía, en cambio, es feérica, con esa bellísima puerta en la montaña que da directamente a Escocia.

78. *La pelota de oro (Il gohhino che picchia)* de Comp. 40, *La Palla d'oro*, Pisa, contado por la misma vieja del relato precedente.

La tradición europea abunda en historias del mundo subterráneo donde el menor de tres hermanos o camaradas desciende y libera a la princesa, para luego no ser izado por los hermanos traidores (véase el 91 de los Grimm), y asimismo la italiana. Escogí esta versión pisana, curiosa y desenfadada, adornándole un poco el final.

Otras versiones, todas bastante distintas entre sí: Piamonte (Comp. 19), Lombardia (Visen. 18, 32, 49), Friul (Zorz. p. 129), Trentino (Schn. 39), Liguria (Andr. 63), Toscana (Imbr. 5, Degub. 19, Pitrè T. 3, Bald. p. 121 *L'omino di ferro*), Lacio (Imbr. p. 74), Calabria (Difr. 22), Sicilia (Gonz. 58, 59, 61, 63, 64; Pitrè 80, Gris. II, 27). Varias versiones comienzan con un gigante que todas las noches acude a robar al jardín de un rey: Lacio (Tag. I), Sicilia (Gonz. 64).

79. *Fioravante y la bella Isolina (Fioravante e la bella Isolina)* de *Fioravante e la bella Isolina*, Pisa (*Fioravante e la bella Isolina*, cuento en lengua vernácula pisana recogido y anotado para recreación de los niños por Oreste Nuti, Milán, 1878) contado por Tonchio di Pitolo, «campesino y maestro de escuela».

En el gran filón de las historias del príncipe a quien se cree siervo, que libera a una princesa del hechizo con ayuda de una yegua parlante y de tres animales agradecidos (*cf*. nuestro 6), este cuento pisano, en una lengua vernácula cargada de color (que yo tuve que atenuar para atenerme al tono del resto del libro), entrecruzado con versos de Tasso y seguido de explicaciones morales, presenta extrañas y fantasiosas características (los dos delfines que se disputan la trenza) y una «segunda trama» aun más extraña: la de la *tessandola* enamorada, la pobre muchacha que se sacrifica para salvar al amado y termina por unirlo a una princesa. ¿Son variantes que debemos juzgar «literarias» o constituyen una genuina tradición popular? Claro que las vicisitudes con una culminación triste son insólitas en los cuentos de hadas, pese a que aquí esa culminación quede oculta bajo el tibio final feliz del matrimonio principesco. Y hay una amarga resignación en la incomunicabilidad entre clases, elemento del que se extrae la solución, enunciada con cínica serenidad, de darle a la enamorada infeliz una dote para que se case con otro.

Para el motivo de la yegua *cf*. nota a nuestro 6.

80. *El tonto sin miedo (Lo sciocco senza paura)* de Pitrè T. 39, *Giovannino senza paura*, Florencia, contado «por Paolina Sarti, que lo había escuchado en Livorno, y lo contó muy absorta».

A diferencia de *Giovannin senza paura (cf.* nuestro 1), éste, que en el original florentino figura como su homónimo, no se da cuenta de los peligros ni de las cosas más extrañas, es un charlatán inconsciente. Lo notable de esta versión es que el tono del discurso del protagonista basta para ofrecer una caracterización eficaz, cosa rara en la narrativa oral (*cf.* el 4 de los Grimm, que es similar). El episodio del canasto con las candelas aparece en muchas otras partes —por ejemplo, en Liguria (recuerdo mío), Friul (Zorz. p. 89), Lacio (Zan. 50), Córcega (Ort. p. 296)— de otra manera, como historia de una burla y con diálogo en verso. El texto de Pitrè se cierra con el episodio de la cabeza cortada y luego puesta al revés (*cf.* nota a nuestro 1), pero es la intrusión de un elemento fantástico en una textura narrativa realista, y por eso creí conveniente suprimirlo.

Una variante siciliana: Gonz. 57.

81. *La lechera reina (La lattaia regina)* de Pitrè T. II, 25, *La lattaiola*, Livorno.

La muchacha prisionera transportada por el viento o un pájaro a casa de un Ogro ya consta en Basile (IV, 6) y ha subsistido también en otro cuento toscano (Imbr. 29, *Le due belle gioje*).

82. *La historia de Campriano (La storia di Campriano)* de Giann. I, *La fola di Campriano contadino*, Tereglio, partido de Coreglia Antelminelli (Lucca).

Se ha conservado idéntico y con el mismo nombre probablemente desde el siglo XIV. A. Zenatti, al publicar un texto en verso de 1572 (*Storia del Campriano contadino*, Bolonia, 1884) cataloga catorce ediciones impresas que van de 1518 a las populares ediciones Salani de su época. En una de las primeras ediciones consta la indicación: *composta per un florentino*. D. Merlini (*Saggio di ricerche sulla satira contro il villano*, Turín, 1894) estudió su derivación a partir del ciclo medieval de Salomone y Marcolfo. Straparola narró las mismas burlas en el *novella* de Pre'Scarpacifico (I, 3). En todas las versiones, literarias y populares, salvo en esta que he seguido, aparece el episodio final de Campriano encerrado en la bolsa y de la argucia para encerrar a otro. No lo recreé porque con los tres negocios rufianescos el relato ya tiene redondez, y el final —si bien respaldado por una vasta tradición— me parece un añadido arbitrario. Hasta tal punto es cierto, que existe de forma independiente en versiones literarias (atribuido a Campriano, como en las *Annotazioni* de Minucci al *Malmantile* de Lippi, IV, 47; o a Bertoldo, como en las *Sottilissime astuzie di Bertoldo*) y orales.

Versiones populares italianas de la historia de Campriano: Lombardia (Visen. 13), Toscana (Degub. 2; Pitrè T. II, 12), Marcas (Vital. 1), Calabria (Lomb. 12), Sicilia (Pitrè 157, Gonz. 70, 71, Gris. II, 9). El episodio de la bolsa aparece de forma

independiente, atribuido a Bertoldo en Lombardia (Imbr. p. 604) o como final de otras historias del pícaro en Toscana (Imbr. 47).

[*N. del T.:* Mi cambio de *Ciciorana* a *Chichorana* es sólo por razones de adaptación fonética].

83. *El regalo del viento tramontano (II regalo del vento tramontano)* de Comp. 7, Geppone, Mugello.

El cuento, muy difundido en toda Europa y en Asia, de los dones mágicos, dispensadores de comida y riquezas, sustraídos sucesivamente al legítimo propietario y reconquistados más tarde mediante otro don mágico que reparte garrotazos, ha sufrido, en esta variante toscana, una brisa de rebelión campesina. Una brisa apenas, no un viento tramontano como el que Geppone reconoce como única razón de sus penurias y también como el único capaz de remediarlas; de hecho, el prior propietario nunca es juzgado explícitamente como el ladrón que es, y el campesino sólo culpa al viento o a su mujer charlatana de sus desgracias; pero la sumisión termina por estallar en una lluvia de palos.

Para otras versiones de este tipo, *cf.* nota a nuestro 127 [tomo II de esta obra].

84. *La cabeza de la Maga (La testa della Maga)* de Pitrè T. I, *La maga*, «contado por Beppa Pierazzoli, de Pratovecchio, zona del Val d'Arno Superiore, instalada en Florencia desde hace muchos años».

Deriva evidentemente del mito de Perseo, del que repite muchos motivos: la separación de Dánae, que no impide la concepción; la empresa de Medusa impuesta a Perseo por el rey Polidectes; el poder de volar (en el mito, con las sandalias aladas); las Greas, hijas de Forco, con un solo ojo y un solo diente; el escudo de plata que hace las veces de espejo, para no mirar directamente a la Medusa; la sangre que se transforma en serpientes; la liberación de Andrómeda del monstruo; la petrificación del rey Polidectes. No he encontrado otras versiones en compilaciones de cuentos populares, lo cual puede hacer pensar que se trata de una tardía divulgación del mito clásico.

85. *La niña manzana (La ragazza mela)* de Pitrè T. 6, *La mela*, Florencia, contado por Raffaella Dreini.

Raffaella Dreini es la mejor narradora de las escuchadas en 1876 por Giovanni Siciliano, colaborador de Pitrè. El secreto del relato reside (como decía en la *Introducción*, pág. 45) en la conjunción metafórica: la imagen de frescura de la manzana y una sugestión casi surrealista. De los reyes vecinos he hablado en la *Introducción* (págs. 45 y 46), a propósito de cómo los narradores toscanos ven a los reyes.

Tiene su más famoso modelo literario, al igual que la *Rosmarina* siciliana (*cf.* nuestro 161), en la *Mortella* de Basile (I, 2).

86. *Perejilina (Prezzemolina)* de Imbr. 16, *La Prezzemolina*, Florencia.

Un cuento pródigo en motivos muy difundidos resueltos con cierto exceso de simplicidad, pero relatado con brío y agilidad, pleno de diálogos, y con esa alegre figura de Memé, el primo de las hadas.

Es uno de los cuentos populares italianos más conocidos, ya adoptado por Basile (II, 1, *Petrosinella*), y de difusión europea (*cf.* el 12 de los Grimm). Existe en Lombardia (Visen. 20), Venecia (Bern. 12), Toscana (Ner. 18), Marcas (Garg. 2), Abruzos (Fin. 12, Den. Il), Campania (Coraz. 3, Imbr. P. 4, cinco var.), Calabria (*La Calabria*, a. VI, n. II, p. 85; Difr. 18), Sicilia (Gonz. 53, Pitrè 20, *cf.* nuestro 181; Gris 8). El hijo de la ogresa que ayuda a la muchacha a superar las pruebas figura en otro *cunto* de Basile (V, 4), y en otros relatos populares: Toscana (Imbr. 29), Abruzos (Den. 42).

[*N. del T.:* Con respecto al Hada Morgana, véase la nota al n.° 61].

87. *El Pájaro Belverde (L'Uccel bel-verde)* de Imbr. 6, *L'uceellino che parla*, Florencia; y de otras versiones.

Para este cuento tan difundido en toda Italia he incorporado a la versión de Imbriani detalles extraídos de muchas otras versiones, con el propósito de ofrecer un texto lo más rico posible.

El cuento existe en toda Europa (véase la saltarina, agilísima versión de los Grimm, 96) y también en Asia occidental (a partir de donde, según opinión de los estudiosos, se habría difundido por Europa; véase, muy similar a nuestra tradición, el último relato de la versión Galland de las *Mil y una noches: Histoire de deux soeurs jalouses de leur cadette*). La primera versión literaria es la *novella* de Ancillotto rey de Provino en Straparola (IV, 3), bastante análoga a la tradición oral tal como llegó hasta nosotros. Del relato de las *Piacevoli Notti* procede *La Princesse Belle-Étoile et le Prince Chéri* de Madame D'Aulnoy. Gozzi hizo con ella una de sus obras de teatro maravilloso más cargada de polémica *(L'augellino Belverde)*, adaptando la trama como continuación del *Amore delle tre melarance*. Entre las versiones populares italianas recuerdo: Piamonte (Airetti, citado en Pitrè), Lombardia (Visen. 46, Tirab. *L'oselí che parla, l'aqua che hala e la pianta che russa* e *I tre mölinere*), Venecia (Bern. 14), Trentino (Schn. 26), Liguria (Andr. 42), Emilia (Coron. 5), Toscana (Prato 2, Ner. 20, 27, Comp. 30, Marz. 16, Degub. 16, 15, Bald. p. 11), Umbría (Prato, seis var. en la 2, Mor. 3), Lacio (Zan. 37, Targ. 3), Abruzos (Finam. 39, 55), Campania (*cf.* Imbriani, *A'Ndriana Fata, cunto pomiglianese, opuscolo per nozze*, Pomigliano d'Arco, 1875; R. Della Campa, *Giamb. Bas., IV*, n.^{os} 9, 10, 11), Puglia (Gigli 2), Lucania (Comp. 6), Calabria (Difr. II, Ls. 18, 40), Sicilia (Gonz. 5, Pitrè 36), Cerdeña (Mango 22). En la luquesa Giann. 3, la mujer campesina promete dar al rey cien varones y una niña en un solo parto; la suegra sustituye los ciento un niños por cien sapos y un topo. Adopté el título gozziano *L'Uccel bel-verde*, que es también el de la

7 de Imbr., versión florentina más bien literaria, donde el rey es rey de Francia y la esposa desdichada —encontrada mientras vaga por un bosque— es hija del rey de Inglaterra (como en el X, 1 del *Pecorone* y en la *Novella della pulzella di Francia, dove si racconta l'origine delle guerre fra i francesi e gli inglesi* de Jacopo di Poggio Bracciolini).

88. *El Rey en el cesto (Il Re nel paniere)* de Imbr. 3, *La Verdea*, Florencia.

De la *Sapia Licarda* de Basile (III, 4), historia de la seducción de tres hermanas y de las astucias de la tercera para no ser seducida y vengarse de la prepotencia de un rey libertino, este cuento florentino sólo conserva un regusto infantil de correrías y vandalismos carentes de malicia. La tercera incursión de la muchacha, para introducir cierta variedad, hice que transcurriera en el guardarropa. Y también incluí un par de escarpines de plata como «cuerpo del delito» en lugar del tiesto de *verdea* (nombre de una planta desconocida incluso para la narradora). En el texto florentino el nombre de la protagonista es Leonarda; lo he refinado convirtiéndolo en Leonetta.

Más similares a la citada narración del *Pentamerone* son la versión montalesa Ner. 56 y la boloñesa Coron. S. 29. Una curiosa variante sarda con monjas y frailes es nuestro 197. Las burlas en la cocina se encuentran también en *Bella Giovanna* (Ner. 4). El final con la muñeca de pasta se reitera en nuestro 21, que puede considerarse una variante de este tipo con añadidos en verso.

89. *El asesino sin mano (L'assassino senza mano)* de Imbr. 17, *Il re avaro*, Florencia.

Es uno de los cuentos más románticos difundidos en Italia, y esta versión florentina se desarrolla en una atmósfera de temor obsesivo, aunque sin recurrir a lo sobrenatural. El sugestivo detalle de la mano cortada no figura en Imbriani, sino que lo tomé de un cuento pisano (Comp. 1). La pistola en la toalla es un detalle de mi invención; en Imbriani el que dispara es el esposo, finalmente (e injustificadamente) despierto. El texto incluye además un final para el arrepentimiento del padre avaro, que yo omití.

En gran parte de las versiones italianas la trama se aproxima bastante al tipo «Barbazul». He visto las siguientes: Lombardia (Imbr. p. 298), Trieste (Ping. 23), Toscana (Imbr. 22, Comp. 18, Ner. 2, 47), Lacio (Zan. 32), Abruzos (Den. 47), Sicilia (Gonz. 10, Pitrè 21, 22). De Pitrè 21 extraje nuestro 169. En Basile hay una historia análoga, si bien con muchos detalles diferentes: la de Cannetella (III, 1). *El novio salteador* de los Grimm (40) es mucho más truculenta que la tradición italiana.

90. *Los dos jorobados (I due gobbi)* de Pitrè T. 22, *I du' gobbi*, Florencia, contado «por Raffaella Dreini, que lo había escuchado de una mujer de Firenzuola».

Es una de las leyendas relativas a la famosa «nuez de Benevento» (como la de los dos amigos, uno de los cuales ciega al otro, *cf*. nuestro 184) pero tiene difusión europea desde muy antiguo. Pietro Piperno la cuenta en su *De Nuce maga Beneventana* (Casus II); Francesco Redi la atribuye a dos jorobados de Peretola en su

carta a Lorenzo Bellini del 25 de enero de 1639.

Entre otras versiones orales italianas, he visto las recogidas en Friul (Zorz. III, pp. 106, 170), Toscana (Gradi p. 125, de quien tomé la «sierra de manteca»; Imbr. 43; Degub. en 3); una (bastante diferente) en Sicilia (Pitrè 44).

91. *Garbancito y el buey (Cecino e il bue)* de Pitrè T. 42, Cecino, Florencia.

Tiene un estilo algo fuera de lo común (y no sólo esta versión, sino también las otras versiones italianas, e incluso las extranjeras, *cf*. Grimm, 37 y 45): parece un dibujo infantil, con hombrecitos muy pequeños y vacas enormes y figuras una dentro de otra, sin perspectiva. Común a todas ellas es la extrema rudeza que intenté conservar en mi versión (acordándome también de cómo la había oído de un bañista de San Remo en mi infancia). Me aparté de la versión florentina sólo en el principio, prefiriendo las versiones que presentan la metamorfosis de los garbanzos en hijos como una maldición antes que como una gracia, lo cual me parece más «verosímil»; y en el final, suprimiendo la muerte de Garbancito, que se ahoga en un charco, porque me pareció que el cuento se cierra mejor así. Conservé el gusto algo escatológico que es característico de las narraciones infantiles.

Otras versiones: Liguria (*Pecheletu* o *Petumeletu*, Andr. 29, 36), Romaña (*Brungí*, Toschi 5; *Pignichirillo*, Ander. 34), Toscana (*Panicuzzo*, Degub. I in.), Abruzos (*Ju vache de pepe* o *Lu cicille*, Finam. 47, Den. 8), Sicilia (*Cicireddu*, *Arch*., VI, p. 270; Gris. II, 5). Está difundido en todo el mundo. La primera versión literaria que se conoce es un poemita inglés del siglo XVI: *Tom Thumbe, his Life and Death*.

92. *El Rey de los Pavos Reales (Il Re dei Pavoni)*, inédito, de Marz. 34, *Il re dei pavoni*, Siena.

Es de procedencia literaria, a partir de un cuento francés de fines del siglo XVII, *La Princesse Rosette* de Madame D'Aulnoy, al que sigue fielmente en la trama aunque no en el modo de narrar que, si bien es simplísimo en relación con el preciosismo del texto francés, resulta extrañamente refinado y adornado tratándose de un cuento popular. Hay incluso un «Ella se adormeció en brazos del amor» que no transcribí, porque me parecía una nota demasiado elevada. La imagen más extraña, la de las voces de los árboles con el revoloteo de las plumas en el aire, no figura en el texto francés. El tema más general (la novia cambiada durante el viaje por la fea hija de la nodriza) se cuenta entre los más difundidos en Italia (*cf*. nota a nuestro 101); pero el *décor* ornitológico debe de ser invención de la D'Aulnoy.

93. *El palacio de la Reina condenada (Il palazzo della Regina dannata)*, inédito, de Marz. 25, *La ragazza coraggiosa*, Siena, contado «por una tal Smida, viejecita que hace medias».

Cuento más bien siniestro, con esa fría determinación de la protagonista, demasiado despiadada como para irradiar la simpatía habitual en las muchachas valerosas de los cuentos, y entretejido con elementos medievales, con esa aparición

infernal de la reina encadenada y la romántica fatalidad de la venganza amorosa.

Parece que este tipo sólo existe en Italia. También encontré versiones en compilaciones de Venecia (Bern. II, p. 84), Romaña (Ander. 21), Sicilia (Gonz. 78 y p. 201; Pitrè 66). El principio con el perro que roba la comida de las muchachas y entra en el palacio desierto es común a todas las versiones. A continuación, la mayor parte de ellas tiene elementos en común con *Giovannin senza paura* (nuestro n.° 1). *Lu sanganazzu* de Pitrè (66) termina con la historia de la sarracena fea. La historia de la muerta que quiere vengarse sólo la he encontrado, al margen de en esta versión sienesa, en la siciliana publicada por la Gonzenbach en dialecto (Gonz. p. 201).

94. *Las ocas (Le ochine)* de *L' ochine*, Siena (inédito, tomado de la señora Olga Cocchi, quien gentilmente me cedió el manuscrito).

Los tres cerditos se han transformado en tres ocas, mejor dicho en una sola oca: en esta versión sienesa no se menciona a las otras dos, las que hicieron la casa con materiales más frágiles y fueron devoradas por el lobo (o, como aquí, por la zorra), sino sólo a la tercera, la más prudente, la de la casita de hierro, y sus sucesivos lances con la bestia voraz. El conjunto está ambientado en un marco de observaciones animales más preciso que el habitual zoomorfismo de las fábulas: el pantano, las migraciones estacionales de los palmípedos.

Otros cuentos de ocas, más fieles al tipo «tres cerditos», en Venecia (Bern. II, p. 65), Trieste (Ping. 21), Friul (Zorz. II, p. 82), Trentino (Schn. 42), Romaña (Ander. 2). En el Mantovano, en lugar de las ocas hay tres muchachas (Visen. 31, de donde procede nuestro 24). La fábula tiene antiguos orígenes literarios: aparece en forma simple en una de las primeras compilaciones de fábulas de Esopo, y a menudo fue reelaborada en la Edad Media.

[*N. del T.:* El «pantano» al que se dirigen las ocas es *la Maremma* —literalmente, la marisma—, zona de Toscana y el Lacio a orillas del Tirreno, en un tiempo región pantanosa].

95. *El agua en el cestito (L'acqua nel cestello)* de Comp. 31, *Il Cestello*, Jesi (Ancona).

Esta es una de las versiones que mejor responden a la tradición popular harto difundida del cuento de las dos hermanas o hermanastras, una gentil y la otra descortés, con seres sobrenaturales cargados de miserias e inmundicias humanas. Este tema permitió a Basile una profusión de barrocas imágenes de fealdad (especialmente con Cicella y Grannizia, III, 10; y una segunda vez con Marziella y Puccia, IV, 7, con el motivo de la novia cambiada). (*Cf.* Grimm 13).

Variantes de este tipo pueden considerarse nuestros 129 y 183, a cuyas notas remito. Otras versiones que he consultado: Lombardia (Imbr. p. 190, Tirag. *La hela e la bröta*), Venecia (Bern. 19), Friul (Gort. p. 104, Zorz. III p. 24), Trentino (Schn. 7, 8, Bologn. 2), Dalmacia (Fors. 5), Emilia (Coron. S. 9), Toscana (Degub. I, Imbr. 13,

14, Coraz. p. 409, Pitrè T. II, 21), Marcas (*Vita pop. march.*, I, 25), Abruzos (Finam. 48, Den. 18), Calabria (Difr. 13), Sicilia (Gonz. 34, Pitrè 85, 86), Cerdeña (Guab. 3).

96. *Catorce (Quattordici)* de Gianan. 6, *Quattordici*, San Paolo di Jesi (Ancona).

El labrador pequeño y fortísimo es el héroe de esta tosca epopeya campesina, una suerte de «trabajos de Hércules» de un jornalero. El héroe no cuenta con ningún socorro sobrenatural, sino sólo con la fuerza de sus brazos. Quien ordena las empresas no es un rey sino un patrón agricultor, que quiere deshacerse de él por una muy comprensible preocupación salarial. Las empresas culminan con un descenso al infierno a través del cual el héroe alcanza su liberación. He fundido el cuento marquesano con uno abruzo, análogo: Finam. 27, *La stòrije de Quattòrece*, Casoli (Chieti).

También tienen elementos comunes las historias de «Giovanni il forte» de las Langhe (Carr. 2) y la del «Pacchione» mantuano (Visen. II). El «Giuan qutuardis» friulano (Zorz. III, 38) presenta un desarrollo diferente, intermedio entre esta versión y nuestro 97, *Giuanni Benforte* (como, por otra parte, con la tradición germánica: véase el 90 de los Grimm). En Romaña el campesino forzudo toma el nombre bíblico de «Sansón», y su mito —escribe Bagli (p. 23)— está «muy difundido en toda Romaña. El que me narraba estos cuentos se entusiasmaba con sus palabras y por momentos lanzaba exclamaciones, diciendo de Sansón: *Quel ben l'è ste l'om. Un i n'è pi'ò d'jomn acsè. Quel ben l'èva la forza* [Ese sí que era un hombre. Ya no quedan así. Ese sí que tenía fuerza]».

97. *Juan el Fuerte que a quinientos dio muerte (Giuanni Benforte che a cinquecento diede la morte)* de Gianan. 7, *Giuanni Ben forte, che a cinquecento diede la morte*, San Paolo di Jesi (Ancona).

La presunción de fuerza y la astucia del pequeño contra el grande son eternos motivos narrativos populares (*cf.* Grimm 20, *El sastrecillo valiente*). La versión que he seguido tiene la desenvoltura y la ironía necesarias para el tema. La muerte del gigante era algo banal en el texto marquesano (una jaula de hierro que hacía las veces de trampa); la sustituí por el hallazgo de las tripas, de una versión boloñesa (Coron. S. 32, *La fola d'Zan fort*), poniendo lobos donde se habla de leones para no perder ese trazo de fidelidad ambiental. (Las últimas líneas son nuevamente marquesanas). Transcribí también otra versión (199, *Giovan Balento*), corsa, con episodios diversos y curiosos, como el de las Amazonas.

Una versión literaria muy citada es la de las *Annotazioni al Malmantile*, pero parece que el origen es oriental (se conoce una versión literaria china de Po Yu King, del 402 d. C.). Entre Asia y Europa los estudiosos suman 350 variantes. Los Grimm tienen *El sastrecillo valiente*, Afanasjev *Forna Berennikov*. Vi las siguientes versiones populares italianas: Lombardia (Imbr., cuatro versiones, pp. 575-80; Visen, 2), Trentino (Schn. 53, 54), Trieste (Ping. 10), Friul (Zorz. p. 157), Dalmacia (Fors.

2), Toscana (Marz. 79, Degub. en 4), Abruzos (Den. 43), Calabria (de Guardia Piemontese, «La Calabria», IX, n.° 16), Sicilia (Gonz. 41, Pitrè 83), Cerdeña («Riv. trad, pop.», I, 528), Córcega (*cf.* nuestro 199).

98. *Gallo cristal (Gallo cristallo)* de Gianan, 5, *Le nozze de Treddici*, Jesi (Ancona).

Las fábulas con muchos animales juntos son siempre divertidas. Esta, más que una fábula, es una retahíla, muy cómica gracias a esta carta continuamente consultada con gran diligencia.

Aparece prácticamente igual en Venecia (Bern. II p. 69), Friul (Zorz. III 5), Sicilia (Gonz. 66, Pitrè 279).

99. *La barca que va por mar y por tierra (La barca che va per mare e per terra)*: de Zan. 21, *La barca*, Roma.

Se encuentra en la vena de esa literatura de alardes y bribonería, compuesta a base de hazañas «cuantitativas», de la que surgió el *Gargantúa*.

El motivo de los compañeros extraordinarios, de origen hindú, que los estudiosos incluso suelen relacionar con el mito de los argonautas y con historias del ciclo del rey Arturo, está muy difundido. Pero en pocas versiones italianas lo encontré vinculado al motivo de la barca: Friul (Zorz. III, p. 130), Emilia (Coron. 4), Sicilia (Gonz. 74); sin embargo debe de tener una difusión muy amplia, ya que aun en Rusia tenemos un cuento prácticamente similar (Afanasjev, *La nave voladora*). Los compañeros extraordinarios aparecen con más frecuencia combinados con otros motivos: la carrera con la princesa (*cf.* el n.° 126), el mundo subterráneo (Grimm 166, Piamonte, Comp. 34, Liguria, Andr. 40), el fanfarrón que desafía al gigante (Sicilia, Pitrè 83). Afín a éste es el motivo de los tres o los cinco hermanos con diversas habilidades (como en Straparola, VII, 5 y en Basile, V, 7), que encontré en Toscana (Pitrè T. 10) y en Sicilia (Gonz. 45, Pitrè var. en el 21).

100. *El soldado napolitano (Il soldato napoletano)*: de Zan. II, *Li tre soldad*, Roma.

El ambiente de bravuconada y de recíproca burla soldadesca confiere un sesgo moderno a este cuento romano. El tercer soldado, desdeñado por los otros por ser napolitano, figura en el original; yo añadí la caracterización de los otros dos como romano y florentino, respectivamente, para acentuar esa atmósfera de broma de cuartel, siguiendo incluso el ejemplo de un cuento calabrés (Difr. 29) que, si bien es sustancialmente distinto, presenta algún punto de contacto con éste.

Este tipo es —según la opinión de Stith Thompson— muy raro. Se encuentra en varias regiones de Europa, pero no conozco otras versiones italianas.

ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN EL MES DE MAYO DE 1990
EN MADRID

ITALO CALVINO. Escritor italiano. Debido al trabajo de su padre, agrónomo, nació en La Habana, Cuba, en 1923, aunque la familia regresó a Italia dos años después. Al finalizar la II Guerra Mundial, durante la que luchó contra los alemanes en un grupo de partisanos, se licenció en Literatura y realizó trabajos editoriales. Su primera novela, *El sendero de los nidos de araña* (1947), era neorrealista. Luego utilizó técnicas alegóricas en novelas como *El vizconde demediado* (1952), *El barón rampante* (1957) o *El caballero inexistente* (1959). En obras posteriores, como *Tiempo cero* (1967), *Las ciudades invisibles* (1972) y *Si una noche de invierno un viajero* (1979), queda patente su original mezcla de fantasía, curiosidad científica y especulación metafísica. Fue, además, un consumado cuentista, con volúmenes de relatos como *Por último, el cuervo* (1949) y *Los amores difíciles* (1970). Falleció por un ataque de ictus cerebral, en Siena, Italia, en 1985.

Notas

[1] Cf. nota al n.°. 41; IV. <<

[2] *Temistocle Gradi, Saggio di Letture varie per i Giovani*, Turín, 1865. *Proverbi e modi di diredichiarati con racconti* Turín, 1869; *La vigilia di Pasqua di Ceppo*, Turín, 1870. <<

[3] Carlo Collodi [autor del famoso *Pinocchio*] tradujo al italiano cuentos de Perrault, Mme. d'Aulnoy, Mme. Leprince de Beaumont (*I racconti delle fate voltati in italiano*, Florencia, 1876). <<

[4] Entre los escritores que ocasionalmente se ocuparon del cuento popular en libros para niños, es excepcional, como ejemplo de recopilación directa y transcripción fiel, Antonio Baldini, quien en 1923 publicó *La strada delle meraviglie*, nueve cuentos tomados de una muchacha de la campiña de Bibbiena. <<

[5] *Letture italiane scelte é annotate a uso delle scuole secondarie inferiori da* Giosué Carducci *e dal dott*. Ugo Brilli, *Zanichelli*, Bolonia, 1889. <<

[6] *Cronaca Bizantina*, a. VI (1886, n.os 2, 4, 5). <<

[7] Aquí no me detendré, salvo dispersas alusiones, en la historia de los estudios y las interpretaciones del cuento popular. Un amplio y documentado cuadro de la sucesión de las diversas escuelas folklóricas, de sus resultados, de sus polémicas, puede hallarlo el lector en la *Storia del folklore in Europa* de Giuseppe Cocchiara (Einaudi, Turín, 1952), un manual muy útil para toda aproximación preliminar a este campo de estudios, y para el encuadre de éstos en una historia general de la cultura, y además, por la información y valoración del trabajo desarrollado en Italia de forma paralela a los más avanzados estudios extranjeros. De forma más sucinta, hay una historia de las teorías sobre el cuento en el primer capítulo de *Genesi di leggende* del mismo autor (Palumbo, Palermo, 1949). Un manual absolutamente esencial sobre el cuento popular desde el punto de vista del método «finés» o «histórico-geográfico» es el de Stith Thompson, *The Folktale*, (The Dryden Press, N. York, 1946). Quien en cambio desee ver ejemplificadas las más sugestivas interpretaciones etnológicas de los motivos del cuento de hadas, lea el volumen de V. J. Propp, *Le radici storiche del racconto di fate*, (Einaudi, Turín, 1949). (Propp, estudioso soviético, intenta integrar el método y los resultados de la «escuela antropológica» dentro de la historicidad marxista). [*N. del T.*: Hay versión española del citado trabajo de Propp: *Las raíces históricas del cuento*, Fundamentos, Barcelona, 1974]. <<

[8] Se sabe además que sólo una parte de los cuentos de los Grimm fue tomada de la boca del pueblo (ellos recuerdan ante todo a una campesina de una aldea cercana a Cassel); muchos fueron referidos por personas cultas, quienes recordaban que sus nodrizas se los habían contado en la infancia. <<

[9] A propósito para mi libro, Giovanni Arpino recogió en los alrededores de Brá (Cúneo) una curiosa leyenda local, *La barba del Conde*. <<

[10] El valle de Aosta es una región de tal importancia folklórica que me disgustó excluirla; pero de las recopilaciones sólo se obtiene un conjunto de leyendas locales que en mi libro no armonizan con el resto, y los nombres franceses de los lugares, o incluso alemanes (en el valle de Gressoney, pródigo en leyendas) habrían acentuado aún más dicha diferencia. <<

[11] Del prefacio al *Indice delle fiabe toscane* de D'Aronco, citado en la nota 22. <<

[12] En este capítulo suministraré algunos rasgos generales, región por región, de las compilaciones a que acudí. Pueden hallarse indicaciones más precisas sobre cada libro en la bibliografía que hay al final del volumen y en las notas a cada cuento, también al final del volumen. <<

[13] Toscana y Sicilia (y luego Piamonte y Toscana-Sicilia) fueron además —según se ha dicho— los dos polos de las primeras investigaciones sobre el canto popular italiano. Pero no es posible hacer extensivos al cuento de hadas los problemas que propone el canto, pues éstos se relacionan con problemas métricos y lingüísticos (véase una reseña en la introducción de Pier Paolo Pasolini a su *Canzoniere italiano, antología della poesía popolare*, Guanda, Bolonia, 1955). <<

[14] Los cuatro volúmenes mayores incluyen las recopilaciones sicilianas que Pitrè publicó antes y después: *Saggio di Fiabe e novelle popolari siciliane*, Palermo, 1873; *Nuovo Saggio di Fiabe e novelle popolari siciliane*, Imola, 1873; *Otto fiabe e novelle popolari siciliane*, Bolonia, 1873; *Novelline popolari siciliane raccolte in Palermo*, Palermo, 1873; *Fiabe e leggende popolari siciliane*, Palermo, 1888; *Studi di leggende popolari in Sicilia e Nuova raccolta di leggende siciliane*, Turín, 1904. Pero, para obtener datos bibliográficos más precisos, véase G. Pitrè, *Bibliografía delle tradizioni popolari* d' Italia, Palermo, 1894, págs. 51-54 (n.os 714-51). <<

[15] Ya los dos volúmenes de Laura Gonzenbach se habían publicado con los retratos de dos narradoras con vestimentas tradicionales en la portada: Caterina Certo de San Pietro di Monforte (Mesina) y Francesca Crialese de la ciudad de Catania. Pero en el texto no está indicado a quién le corresponde cada narración. <<

[16] *Cf*. el cap. XX de la citada *Storia del folklore in Europa*. <<

[17] En este sentido se han orientado las investigaciones emprendidas en la Unión Soviética. Escribe Thompson, en el citado volumen *The Folktale* (págs. 451 y ss.): «Los folkloristas rusos han prestado atención especial a las diferencias individuales entre los narradores. En muchas de sus recopilaciones, los cuentos referidos por un mismo narrador se agrupan en conjunto, con noticias sobre su vida y ambiente social. Naturalmente, también los rusos reconocen la importancia de sus cuentos de hadas para el folklore comparado, y suelen llamar la atención sobre ello en sus notas, pero su principal interés reside en el cuento popular como elemento de la vida social. La persona del narrador y sus relaciones con amigos y vecinos es, pues, de primerísima importancia para dichos estudiosos». Thompson prosigue haciendo la síntesis de un estudio del exponente más importante de la escuela soviética, Mark K. Azadovskij (*Eine Sibirische Márchenerzdhlerin*, FFC, Helsinki, 1926) que trata sobre los grupos de vagabundos, antiguos deportados al río Lena, en Siberia, que recorren las aldeas contando historias (historias que suelen prolongar al infinito para ser hospedados hasta la hora de cenar o de acostarse) y analiza los diversos estilos narrativos individuales. Véanse también las concepciones de Gorki y de Sokolov, expuestas por Cocchiara en las págs. 567-72 de la citada *Storia del folklore in Europa*. <<

[18] 1828-1906. De estudiante había combatido en Curtatone y más tarde escribió sus recuerdos de esta circunstancia. <<

[19] Uno de los más sugestivos, *El hijo del Rey de Francia*, contado por Giovanni Becheroni, campesino, ya estaba incluido en mi selección y yo no acertaba a comprender qué misterio ocultaba: tenía motivos similares a un cuento de las *Mil y una noches* en la versión filológica hecha por Gabrieli, pero allí era un relato oscuro y lleno de lagunas, mientras que aquí todo se hilaba a la perfección; luego fui a fijarme en Galland y encontré el relato montalés tal cual, hasta el punto de haber tenido que renunciar a incluirlo en mi libro, pues —salvo la lengua vernácula y los nombres de los lugares— no tenía nada de original. *[N. del T.*: Para la versión italiana de las *Mil y una noches* citada por Calvino, véase: *Le mille e una notte, prima versione intégrale dall'arabo diretta da Francesco Gabrieli* editada por Einaudi, Turín]. <<

[20] «… Las migajas de la poética y la técnica del *Decamerón* y de sus derivados clásicos, son fácilmente reconocibles en la briosa fragmentación de las tardías compilaciones provinciales o vernáculas, como las de Imbriani y Nerucci». Emilio Cecchi, en el prefacio a la 1.ª jornada del *Decamerón* de la Universale Económica, Milán, 1950. <<

[21] Él era autor de un *Saggio sopra i Pariari Vernacoli della Toscana: Vernacolo Montalese (contado) del sotto-dialetto di Pistoia*, Milán, 1865. <<

[22] Toscana, además de la que he mencionado, tiene un sinfín de recopilaciones (véase el muy reciente *Indice delle fiabe toscane* de Gianfranco d'Aronco, Olschki, Florencia, 1953). Las *Novelline di Santo Stefano di Calcinaia* (1869) del condado sienés, del hinduista y polígrafo Angelo de Gubernatis (1840-1913), son de redacción no estenográfica y algo resumida. La *Novellaia Fiorentina* (1871) del patriota y periodista Vittorio Imbriani (1840-1846), ofrece versiones fieles a las orales y a menudo hermosas pero —salvo las provistas por Nerucci— sin grandes vibraciones. En la recopilación general de las *Novelline popolari italiane* (1875) del helenista, mitólogo y medievalista Domenico Comparetti (1835-1927) hay mucho material toscano (de Barga, provincia de Luca, recogidas por Giuseppe Ferraro; de Mugello, recogidas por Raffaello Nocchi; y de Pisa, recogidas por el mismo Comparetti, «por boca de una vieja aldeana»), que es óptimo, aunque poco atendible en cuanto a su fidelidad al dictado popular. También Pitrè publicó (1885) un enjundioso volumen de *Novelle popolari toscane*, recogidas por su amigo Giovanni siciliano en 1876: a éste se añadió, en la «edición nacional» dirigida por Giovanni Gentile (de 1941; casi no tuvo continuidad), un segundo volumen que contenía otros veinticinco cuentos toscanos sucesivamente publicados por Pitrè en el *Archivio*. Los dos volúmenes tienen la frescura típica de las compilaciones de Pitrè, y también en ellos podemos confrontar las características del arte de las diversas narradoras. Los famosos *Racconti popolari lucchesi* (1889; y luego en ediciones paulatinamente enriquecidas hasta llegar a los cien cuentos) de Ildefonso Nieri no están comprendidos dentro de mi material de trabajo: en primer lugar, porque casi no hay posibilidad de definirlos como cuentos de hadas en sentido estricto, pues son en su mayor parte historietas y anécdotas, y además porque debe juzgárselos literatura creativa más que recopilación folklórica. En las notas al final del volumen el lector verá citadas las numerosas compilaciones menores y los opúsculos a los que recurrí. Pero hay una recopilación toscana muy importante tanto por la cantidad cuanto por la calidad —las ciento treinta *novelline* sienesas recogidas por Ciro Marzocchi— que aún permanece inédita, en el sector Comparetti del Museo de Artes y Tradiciones Populares Italianas de Roma: es un libro ya preparado, al que sólo le falta el trabajo de impresión. <<

[23] (Tanto para éstos como para los demás textos que cito sin indicación bibliográfica precisa, consúltese mi bibliografía al final del volumen). Ya antes de Bernoni se publicó una recopilación de cuentos venecianos en alemán: Georg Wilter und Adam Wolf, «Volksmärchen aus Venetien» en *Jahrbuch für romanische und englische Literatur*, VII, 1-3, Leipzig, 1866. También Verona contó con un diligente recopilador: Arrigo Balladoro, que publicó un gran número de opúsculos y recopilaciones, aunque éstas ante todo contenían historietas, anécdotas y leyendas. <<

[24] Existen pequeñas compilaciones, limitadas aunque bien hechas, de Istria (Antonio Ive) y de Dalmacia (Riccardo Forster). Algo más sobre Venecia Julia puede hallarse en el volumen *Fonti vive dei Veneto-Giuliani* de Balbudri, de la colección escolar Trevisini; asimismo, en un volumen muy reciente de relatos triestinos de Pinguentini. <<

[25] Sin embargo, los testimonios son más bien indirectos: la copiosa recopilación de Schneller está en alemán; y las pequeñas recopilaciones que publicó Nepomuceno Bolognini en el *Annuario degli Alpinisti Tridentini* son reelaboraciones con pretensiones literarias. No son de mayor importancia las del volumen Trevisini de Angelico Prati, *Folklore trentino*. <<

[26] Además de los tres volúmenes de *Sot la nape…* de Zorzút, encontré algunos cuentos en las *Tradizioni popolari friulane* de Luigi Gortani y en la revista udinesa *Pagine friulane* (a. I, 1887). Gianfranco d'Aronco publicó recientemente un índice de los cuentos populares friulanos. <<

[27] Es muy escaso el restante material de Emilia que se ha publicado, disperso en las revistas (otra recopiladora fue Carolina Pigorini-Beri). De Romaña hay una buena aunque breve recopilación de Bagli. Paolo Toschi, en su *Romagna solatia* de la colección Trevisini, refiere tres cuentos por sí mismo. Uno de los más ilustres estudiosos vivos de la escuela finesa, Walter Anderson, realizó una compilación en San Marino con un sistema que no sirve para mi trabajo: hizo que los niños de las escuelas contaran por escrito los cuentos que conocían; así se obtienen, naturalmente, defectuosos resúmenes que sólo pueden ser de utilidad para los catalogadores de tipos y motivos. <<

[28] La primera recopilación de cuentos romanos fue inglesa: R. H. Rusk, *The Folk-lore of Rome*, Londres, 1874. En total son noventa y cuatro, «entre fábulas, ejemplos y fragmentos». Otra recopilación del Lacio es la romana de Giovanni Targioni-Tozzetti: textos algo breves y rudimentarios. <<

[29] De las obras de De Nino, D’Annunzio extrajo mucha documentación sobre la vida y costumbres de los Abruzos. <<

[30] Otras recopilaciones pullesas, como la de Gigli y la de La Sorsa, están vertidas al italiano y carecen de mayor relevancia. <<

[31] Últimamente se publicó otra hermosa y rica compilación de *Racconti popolari calabresi* (1953), la de Raffaele Lombardi Satriani. Muchos *cunti* pueden encontrarse, además, en la revista *La Calabria* (a. I., 1888-89). <<

[32] La mayor compilación piamontesa se encuentra en el volumen de *Novelle popolari italiane* de Comparetti: son cuentos seleccionados entre los que Giuseppe Ferraro (1846-1907) había recogido en 1869 en su aldea natal, en Carpeneto. El manuscrito de Ferraro (ciento veintisiete narraciones en texto dialectal y traducción; ricas en su contenido, pobres en su redacción) puede consultarse en el Museo de Artes y Tradiciones Populares de Roma. Pitrè cita a menudo los cuentos recopilados por Antonio Airetti en Monteu da Po, manuscrito que él poseía y que se proponía publicar; de hecho sólo publicó uno, *Rey Crin*, en el *Archivio*. También en el *Archivio* se editó una historia turinesa publicada por Rúa (*Cf*. nuestro cuento n.° 18). En la colección Trevisini, el volumen del Piamonte, a cargo de Clotilde Farinetti, tiene cuentos sin sabor de originalidad. Existen muchísimos libros de leyendas locales, particularmente en los valles alpinos, que siempre abundan sobre todo en este tipo de tradición (véase mi comentario sobre el Valle de Aosta). <<

[33] La *Novellaja Milanese* de Vittorio Imbriani (publicada separadamente en 1872, y luego incluida en las notas a la *Novellaja florentina* en la edición de 1877) presenta versiones dialectales estenografiadas, pero son escasas, y más bien toscas e infantiles; no me sirvió de mucho. Las *Fiabe Mantovane* de Isaia Visentini, en cambio, con cincuenta, además de ser variadas y complejas, pero están publicadas —según los criterios de Comparetti, en cuya colección se editó el volumen— en italiano y compendiadas. En Bérgamo, en la Biblioteca Cívica, encontré una buena compilación en los apuntes manuscritos de Antonio Tiraboschi, pero son tipos muy difundidos, sin «novedades» interesantes. <<

[34] Los *Contes ligures* de Andrews, un folklorista inglés que vivía en Mentón, son una recopilación bastante copiosa (sesenta y cuatro piezas, aunque sintetizadas en francés) que comprende ante todo la Riviera de Niza (Mentón, Roccabruna, Sospello), con sólo veinte piezas de la Riviera italiana y de Génova. Un opúsculo apologético de Guarnerio incluye nuestro hermoso cuento n.° 8. En la colección Trevisini, el volumen *Terra e vita di Liguria* de Amedeo Pescio casi no hace, en lo que se refiere a los cuentos, otra cosa que retraducir a Andrews al genovés. No conozco otras publicaciones ligures al respecto. Un imaginativo escritor e ilustrador de libros infantiles, Antonio Rubino, contó en revistas infantiles y en libros muchas leyendas de su aldea, Baiardo, en la zona interior de San Remo. <<

[35] Las Marcas (y sobre todo la zona de Jesi) tuvieron un óptimo recopilador en Antonio Gianandrea, a quien es deben los dos cuentos publicados por Comparetti, los siete publicados por él mismo en el opúsculo *Novelle e fiabe marchigiane* y los dos publicados por Gargiolli en un opúsculo celebratorio. Algo más puede encontrarse en el único año de publicación (1896) de un semanario de Ascoli Piceno, *Vita popolare marchigiana*, dirigido por Alighiero Castelli. Poco interesante hay en el volumen Trevisini *Dolce terra di Marca*, por Guido Vitaletti. <<

[36] Umbría es la única región que no está representada en mi libro. Le parecerá absurdo a quien tenga en mente ciertas joyas de la poesía popular, especialmente sacra, de esta región, pero en nuestro campo no encontré nada utilizable. Stanislao Prato añadió a sus *Quattro novelline popolari livornesi* numerosas variantes umbras; pero se trata de apretados resúmenes o de variantes poco destacadas de tipos mejor representados en otras regiones. Lo mismo puede decirse de la *novellina dei gatti nel'Umbria*, una conferencia de folklore comparado que Gerolamo Donati publicó en Perugia en 1887; acaso puedan hallarse los manuscritos de Donati con las trece *novelline* que él recogió en Trasimeno, según nos informa. Entre los manuscritos de Comparetti, en el Museo de Roma, encontré una pequeña compilación de Morandi de cinco cuentos umbros, pero eran textos muy rudimentarios. Espero poder llenar esta laguna en una próxima edición. <<

[37] La muy escrupulosa bibliografía molisana de Alberto M. Cirese («Saggi di cultura meridionale», I. *Gli studi di tradizioni popolari nel Molise, Profilo storico e saggio di bibliografía*. De Luca editore, Roma, 1955) aporta muy poco en lo que se refiere a los relatos populares, y trata en su mayor parte de apólogos o fábulas (como las escogidas por mí) o leyendas religiosas, dispersas en números de la *Rivista delle tradizioni popolari italiane,* en el tomito de un escritor dialectal, Eugenio Cirese (*Tempo d'allora,* Campobasso, 1939), y en un número reciente de la revista *La Lapa* (Roma, junio 1955). Puede encontrarse algún cuento de hadas, aunque en textos deficientes, en el volumen de Oreste Conti y en el de Berengario Amorosa (*Riccia nella storia e nel folklore*, Casalbordino, 1903), que es inaccesible. <<

[38] Los *XII conti pomiglianesi* de Imbriani y los *XVI conti in dialetto d'Avellino* de Gaetano Amalfi nos ofrecen textos en dialecto, pero de escaso desarrollo narrativo. Son mejores, aunque pertenecen a «tipos» muy conocidos, los veinticuatro *cunti* de Benevento contenidos en la recopilación de Francesco Corazzini. Pero lo más interesante se encuentra en la revista de Luigi Molinaro del Chiaro: *Giambattista Basile*, publicada en Nápoles a partir de 1883. <<

[39] Los once *cunti* de la Basilicata publicados en el volumen de Comparetti (en italiano, salvo uno) habían sido recogidos en Spinoso y en Tito (Potenza) por Raffaello Bonori, y los manuscritos pueden consultarse en el Museo de Roma. Otras once fábulas y cuentos de hadas pueden hallarse en el reciente volumen de L. la Rocca, *Pisticci e i suoi canti*. <<

[40] Las *Novelline popolari sarde* de Mango, editadas en la colección de las *Curiosità* de Pitrè, son veintiséis en total, entre cuentos, leyendas y anécdotas, en una redacción dialectal breve y pobre, aunque a veces —por efecto mismo de tal pobreza— sugestiva. Cerdeña tiene además una de las raras compilaciones respetables de leyendas locales, supersticiones y tradiciones (la emprendida recientemente por el glotólogo Gino Bottiglioni), conducida con criterio científico, es decir, con textos transcritos de la voz de los paisanos en los respectivos dialectos (que resulta casi intolerable por la grafía fonética), textos muy bellos que hasta yo pude utilizar, aun cuando, según explicaba, es muy poco lo que pude hacer con material semejante. En el *Archivio* de Pitrè, Guarnerio publicó una vasta recopilación sarda, pero no hay mucho que sea de interés. Comparetti había reunido mucho material sardo a través de una red de recopiladores, al parecer dirigidos por Ettore Pais; podría hacerse, ahora que los manuscritos están en el Museo de Roma, una importante recopilación sarda. Yo me demoré en un grupito de diez cuentos recogidos por Francesco Loriga en Porto Torres (*Cf*. n.os 194 y 195), que me parecen los mejores textos sardos existentes en lo que se refiere a los cuentos de hadas propiamente dichos. <<

[41] La mayor recopilación de cuentos corsos, la de Ortili, existe en francés, y no da una idea del modo de relatar, sino sólo de los «tipos» relatados. También encontré algo en un libro en dialecto corso, aunque más bien «literario»: el del Reverendo Carlotti. <<

[42] *Fiabe*, en la *Nuova Antología* del 16 de abril de 1934; reeditado en *Storia e poesía*, Turín, 1936. <<

[43] *Cf.* ante todo el último capítulo del citado volumen de Propp. Confrontando los cuentos populares rusos con los testimonios de los etnólogos sobre los pueblos primitivos, Propp llega a la conclusión de que el nacimiento de muchos cuentos populares que han llegado a nosotros tuvo lugar en el momento de transición de la sociedad de clanes, basada en la caza, a las primeras comunidades agrícolas; es decir, cuando los ritos de iniciación cayeron en desuso y los relatos secretos que los acompañaban o precedían comenzaron a ser narrados sin tener ya ninguna relación con las instituciones o las funciones prácticas a las que estaban ligados, perdieron toda significación religiosa y se convirtieron en historias de maravillas, horror y crueldad. <<

[44] Son palabras de Antonio Gramsci (págs. 216 y 221 de *Letteratura e vita nazionale*, Turín, 1950) destacadas por Vittorio Santoli en el ensayo *Tre osservazioni su Gramsci e il folklore* (en *Societa*, a. VII, 1951, n.° 3). <<

[45] El método finés me parece indispensable para proveer los presupuestos de toda investigación interpretativa, histórica o estética del cuento de hadas, puesto que intenta precisar el área y el período histórico en el cual aparece un determinado «tipo» o «motivo». Más allá, no es conveniente seguir. Pero creo que sus limitaciones (el descuido ya de las investigaciones etnológicas, ya de las valoraciones estéticas, ya de una auténtica dialéctica histórica) justifican las objeciones «de método» que le oponen las diversas escuelas contrarias (*Cf.* el citado primer capítulo de *Genesi di Leggende* de Cocchiara, págs. 33-37). <<

[46] Una obra rica en datos interesantes aun para nuestro estudio, si bien se interesa en la fortuna de la *novella* en la literatura italiana, es el volumen *Novellistica* de Letterio di Francia (vol. I, *Dalle origini al Bandello*, Milán, 1924) en la *Storia dei generi letterari italiani*, Vallardi. <<

[47] Como en mis n.os 128 y 179. <<

[48] *Cf.* la hermosa recopilación, *Fiore di leggende, Cantari antichi editi e ordinati da Ezio Levi, Serie prima, Cantari Leggendari*, Laterza, Bari, 1914. <<

[49] *Cf*. nota al n.° 158. <<

[50] Hablo de los *cuentos de hadas [fiabe];* en cuanto a las *leyendas*, más ligadas a su lugar de origen, suele darse más a menudo la posibilidad de afirmar —aunque no tan a menudo como pueda creerse—: «Es italiana»; asimismo para las *novelle*, cuyo origen en una época histórica es más fácil de rastrear. <<

[51] *Cf.* el citado *The Folktale* de Thompson, pág. 94. El «tipo» está muy difundido sólo en Italia, España, Portugal, Grecia y hasta en Hungría y Turquía, sin que jamás haya sido registrado en los países del Norte («salvo en Noruega, donde fue recogido de labios de una vendedora de frutas italiana»). Se ha encontrado en Persia y en la India, pero con tan escasa frecuencia que su origen oriental se torna improbable. Hasta aquí Thompson: pero este discurso vale para el cuento de hadas en su totalidad: si sólo consideramos los motivos, ya los hay con amplísima difusión (y con profundas raíces en los ritos prehistóricos, como el del héroe que vuelve a casa solo mientras su mujer se detiene en la calle; *cf.* el citado volumen de Propp). <<

[52] Y quizá lo fue: no hay testimonios previos. <<

[53] *Cf*. el cap. IV del citado volumen de Propp. <<

Otras notas

[1-Tr] *Cunti de' peccerille* (dialecto napolitano), «cuentos de niños». (*N. del T.*). <<

[2-Tr] Véase el cuento n.° 147 de esta compilación. *(N. del T.)*. <<

[3-Tr] Véanse los cuentos n.° 59 y n.° 86. *(N. del T.)*. <<

[4-Tr] También hay traducción española: Vladimir Propp, *Morfología del cuento*, Fundamentos, 1977 Madrid. *(N. del T.)* <<

[5-Tr] «En los tiempos en que Berta hilaba. De *Babí Babò* no se ha podido saber sino el nombre» (Andrews). *[N. del T.*: «En los tiempos de María Castaña» sería un equivalente, en español, de las expresiones italianas *Ai tempi di Babí Babò y Ai tempi che Berta filava*; respecto a esta última, véase el cuento n.° 106 de esta obra]. <<

[6-Tr] *Masca* o *Masera* equivale a bruja en los dialectos piamonteses. [*N. del T.:* Calvino utiliza *maschera*]. <<

[7-Tr] *L'ndurmia* (dialecto piamontés): somnífero. <<

[8-Tr] *Carantán* (dialecto friulano): «moneda de cobre que equivalía a la sexagésima parte de un florín, conocida antiguamente por ese nombre a causa del comercio con la vecina Carintia» (Pirona). <<

[9-Tr] *Falulele* (dialecto friulano): «Cantinela común entre los aldeanos, sin significado, con la cual suelen cerrar las estrofas de sus canciones» (Pirona). <<

[10-Tr] Bora es un viento del NE que sopla en el Adriático. He conservado la forma femenina del italiano. *(N. del T.)*. <<

[11-Tr] *Cavdâgna* (dial, boloñés): «Linde, camino cubierto de hierbas perpendiculares a la dirección de los surcos, que se deja en los dos extremos del campo para hacer volver a los bueyes cuando se trabaja con el arado, el rastrillo y utensilios similares» (Ungarelli). *(N. del A.).* <<

[12-Tr] En el texto italiano, *cavdâgna*. Véase nota en cuento 52[11-Tr]. *(N. del T.)*. <<

[13-Tr] Se trata de una variedad de uva blanca cuya denominación deriva del nombre de un tal Alamanno Salviati, que en el siglo XVIII la introdujo en Toscana. *(N. del T.)*. <<

[14-Tr] Antigua moneda italiana, hecha acuñar por Pablo III. *(N. del T.)*. <<

[15-Tr] «En algunas lenguas vulgares de Italia las Indias Bajas *[Indie Basse]* denotan un país que, según la opinión general, está muy lejos» (Nuti). *(N. del A.)*. <<

[16-Tr] «Con el nombre de *que' di Ciciorana* se alude en nuestras narraciones a cierta gente tonta y simple por excelencia» (Giannini, *Novelle lucchesi*). *(N. del A.)*. <<

[17-Tr] *Contadí grosso* (dial, marquesano) [*contadino grosso*, en la versión de I. C.]: «Con tal expresión se alude entre nosotros al campesino que conduce una vasta colonia y tiene familia numerosa» (Gianandrea). *(N. del A.)*. <<

[18-Tr] El lector hallará entre paréntesis el título italiano adoptado por Italo Calvino para sus versiones e, intercaladas entre corchetes, las notas aclaratorias adicionales. *(N. del T.)*. <<